

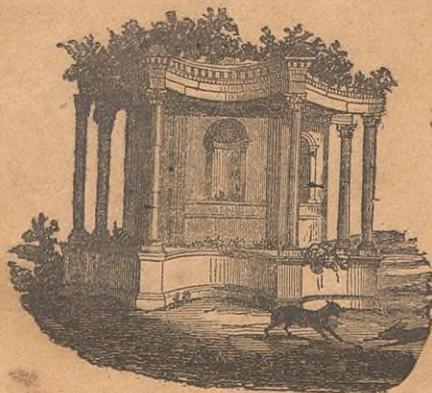
*N.º 373.  
14-abr. 87.*

IMPRESIONES  
**DE VIAGE,**

POR ALEJANDRO DUMAS.

**QUINCE DIAS EN EL SINAI.**

LAŠ ORILLAS DEL RHIN.



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,  
calle de Sta. Teresa, núm. 8.

*2.100*

LIBRARY

# DE VLAG

1811

DE VLAG

1811

1811

27-3<sup>o</sup> (Vic) 247-94

IMPRESIONES DE VIAGE.

4001

IMPRESSIONS DE ALGER.

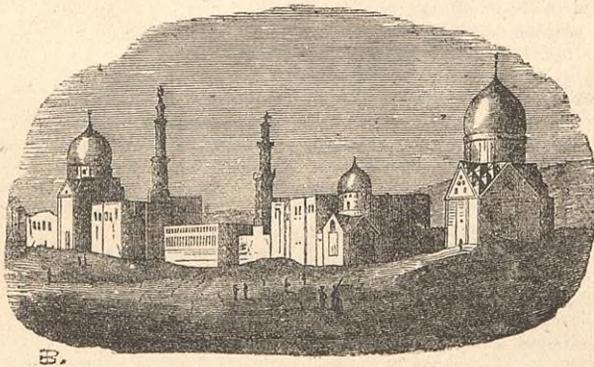
IMPRESIONES  
**DE VIAGE,**

**POR ALEJANDRO DUMAS.**

TRADUCIDO AL CASTELLANO

**POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.**

**QUINCE DIAS EN EL SINAI.**



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,  
calle de Santa Teresa, núm. 8.

THE UNIVERSITY OF CHICAGO  
LIBRARY

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

PHYSICS

# IMPRESIONES DE VIAGE.

QUINCE DIAS EN EL SINAI.

POR A. DUMAS Y A. DANZATS.

---

## PARTE PRIMERA.

---

I.

### ALEJANDRÍA.

Como á las seis de la tarde del 22 de abril de 1830, nos sorprendió en medio de nuestra comida el grito de *tierra, tierra!* dado á bordo del brick *el Lancero*, que nos conducia á Mrs. Taylor, Mayer y á mí, á Egipto. Subimos precipitadamente sobre cubierta, y á los últimos rayos del sol que se iba á poner, saludamos el antiguo pais de los Ptolomeos.

Alejandría es una playa de arena, una gran faja dorada estendida á flor de agua: á su estremidad izquierda, semejante al extremo de una media luna, avanza la punta de Canope ó de Aboukir, segun que se ocurra á la imaginacion la derrota de Antonio ó la victoria de Murat. Mas próximo á la ciudad se eleva la columna de Pompeyo, y el obelisco de Cleopatra, únicas ruinas que quedan de la ciudad del Macedonio. Entre estos dos monumentos, junto á un bosque de palmeras, está el palacio del virey, edificio blanqueado, mezquino y malo, edificado por arquitectos italianos. En fin, al otro lado del puerto se destaca sobre el azul del cielo una torre cuadrada, edificada por los árabes, al pie de la que desembarcó el ejército francés mandado por Bonaparte. En

cuanto á Alejandría, esa antigua reina del Bajo Egipto, avergonzada sin duda de su esclavitud, se oculta tras las olas del desierto, en medio de las que se levanta como una isla de granito sobre un mar de arena.

Todo esto habia ido saliendo de la mar, y como por mágia, á medida que nos aproximábamos á la costa; y sin embargo, no habiamos pronunciado una palabra; tantas ideas se agolpaban á nuestra imaginacion, tanta alegría henchia nuestro pecho. Es preciso ser artista, haber pensado largo tiempo en semejante viage, haber tocado, como acabábamos de hacerlo, en Palermo y Malta, esas dos escalas del Oriente, y haber visto, por último, aparecer á la caída de la tarde de un hermoso dia, con una mar tranquila, rodeada de un horizonte iluminado como por el reflejo de un vasto incendio, ardiente y desmantelada, aquella antigua region del Egipto, misteriosa progenitora del género humano, al que ha legado como un enigma el secreto indescifrable de su civilization; es preciso haber visto todo esto con ojos cansados de Paris, para comprender lo que nosotros experimentamos al aspecto de aquella costa, que no se parece á ningun paisaje conocido.

No volvimos de nuestra absorta contemplacion sino para ocuparnos de los preparativos del desembarco; pero el capitán Bellanger nos detuvo sonriéndose al ver nuestro apresuramiento. La noche, que descende con tanta rapidez en los climas orientales, comenzaba á oscurecer aquel brillante horizonte, y á lo

últimos destellos del día, veíanse las espumosas aguas, semejantes á olas de plata, estrellarse contra una cadena de rocas que cierra casi completamente el puerto. Hubiese sido muy imprudente aventurarse á franquear la rada, aun con un piloto turco, y habia cien probabilidades contra una para asegurar que, no participando de nuestra impaciencia, ninguno de aquellos guías marinos se atreveria de noche á ir á bordo de nuestro buque.

Fué necesario, pues, tener paciencia hasta el día siguiente. Ignoro lo que hicieron mis compañeros de viage; por lo que hace á mí, no dormí ni un minuto. Durante la noche subí al puerto dos ó tres veces, y siempre esperando ver algo á la débil claridad de las estrellas; pero ni una luz se distinguia en la ribera, ni un rumor llegó hasta mí de la ciudad: se hubiera creído que estábamos á cien leguas de tierra.

Por fin apareció el día. Una niebla amarillenta cubria todo el litoral, que no se distinguia mas que por una prolongada línea vaporosa de un tinte mas oscuro. No obstante maniobramos hácia el puerto, y poco á poco el velo que cubria aquella misteriosa Isis, sin elevarse, se hizo menos denso, y como á través de una gasa cada vez mas trasparente, volvimos á ver paulatinamente el paisaje del día anterior.

No distábamos ya mas que unas cien brazas de aquellos escollos, cuando por fin apareció nuestro piloto. Aproximábase en una lancha conducida por cuatro remeros, la cual tenia en su proa pintados dos ojos grandes, cuya mirada estaba fija en el mar, como para descubrir en él sus mas ocultos escollos.

Era aquel el primer turco que veía, porque no consideraba como verdaderos turcos los vendedores de dátiles que habia encontrado en los boulevarts, ni los enviados de la Sublime Puerta que habia visto alguna vez en el teatro; así que veía yo aproximarse aquel digno musulman con esa sencilla curiosidad del viagero que cansado de los hombres y de las cosas que ha visto, y habiendo recorrido ochocientas leguas para ver nuevas cosas y otros hombres, se apodera de lo pintoresco así que lo encuentra, y da palmadas por haber hallado al fin esa cosa estraña, ese objeto desconocido que de tan lejos ha ido buscando.

Era este, por lo demas, un digno hijo del Profeta, con su luenga barba, su traje ancho y brillante, sus movimientos pausados y reflexivos, y sus esclavos para que le rellenasen la pipa y llevasen el tabaco. Luego que llegó á nuestro buque, subió gravemente por la escala, saludó, cruzándose los brazos sobre el pecho, al capitán, á quien reconoció por el uniforme, y fué á sentarse al timon, en cuya barra le cedió nuestro piloto su sitio. Marchaba yo detrás de él sin dejar de mirarle, cuando á los pocos instantes ví que se contraía su rostro como si tuviere atravesado en la garganta

un cuerpo estraño que no pudiese tragar ni arrojar; por fin, despues de estraordinarios esfuerzos, pronunció estas dos palabras: *á la derecha*. Muy á tiempo las pronunció: un minuto mas, y le estrangulan. Despues de una ligera pausa, volvió á atacarle el mismo paroxismo; pero entonces ya fué para decir: *á la izquierda*. Estas eran las únicas palabras francesas que habia aprendido: por lo que se ve que su educacion filológica se habia limitado á lo estrictamente necesario.

Este vocabulario, por mas reducido que fuese, bastó, sin embargo, para hacernos abordar á un muelle excelente. El baron Taylor, el capitán Bellanger, Mayer y yo, nos lanzamos á la chalupa, y de la chalupa á tierra. Lo que pasó por mí cuando toqué en tierra, seria imposible de describir; ademas, no tuve tiempo de profundizar mis sensaciones, porque un incidente inesperado vino á sacarme de mi éxtasis.

En el puerto mismo, á la manera que vemos en París á nuestros cocheros de berlinas, cabriolés y ómnibus, alquiladores de burros están esperando á los que arriban. Se ven por todas partes en donde el hombre puede desembarcar: en la torre Cuadrada, en la columna de Pompeyo, en el obelisco de Cleopatra. Pero preciso es confesarlo en alabanza suya, escenden aun en amabilidad y pertinacia á nuestros cocheros de Seeaux, de Pantin y Saint-Denis. Antes que hubiese podido volver en mí, ya habia sido cogido, trasportado y montado sobre un burro, arrebatado de mí cabalgadura, trasladado á otra, derribado de esta sobre la arena, y todo esto acompañado de gritos y de golpes que se sucedieron tan rápidamente, que no habia tenido tiempo de oponer la menor resistencia. Aproveché el momento de tregua que me proporcionaba el combate que se verificaba sobre mi cuerpo para mirar á mí alrededor, y ví á Mayer en una situacion todavia mas crítica que la mia: le habian aprisionado rigorosamente, y á pesar de sus gritos, era llevado al galope por un burro y su alquilador. Acudí á su socorro y conseguí sacarle de manos del infiel; inmediatamente huimos por la primera calle que se nos presentó para librarnos de aquella octava plaga de Egipto, que Moisés no nos previno; mas no tardamos en ser alcanzados por nuestros hombres, quienes para obrar con mas celeridad, habiendo montado en sus cuadrúpedos, tenian sobre nosotros la ventaja de la caballeria sobre la infanteria. Y no sé lo que ya hubiera pasado, si unos buenos musulmanes, reconociéndonos por nuestro traje como franceses, no se hubiesen apiadado de nosotros, y sin dirigirnos la palabra, sin manifestarnos ni con un gesto sus buenos sentimientos para con nosotros, no hubieran acudido á nuestro socorro apartando á nuestros officiosos asaltantes con sendos latigazos dados con vergajos de hipopótamo. Verificado el hecho á nuestra satisfaccion, continuaron su ca-

mino sin esperar nuestras muestras de agradecimiento.

Penetramos entonces en la ciudad; pero no habíamos andado por ella cien pasos, cuando conocimos la imprudencia que habíamos cometido rehusando nuestras monturas; los burros son los cabriolés del país, y es imposible atravesar sin ellos por el barro. Consiste en que á causa del excesivo calor tienen que regar las calles cinco ó seis veces al día: esta medida de policía está confiada á los fellahs, que se pasean, con un pellejo bajo cada brazo, y los oprimen uno despues de otro para que salga el agua que contienen, acompañando esta eyaculacion alternativa con una doble frase árabe que pronuncian con un tono monótono, y que quiere decir: *Cuidado por la derecha, cuidado por la izquierda*. Consecuencia de esta irrigacion portátil, que da á aquellas buenas gentes el aspecto de nuestros gaiteros, el agua y el polvo forman una especie de argamasa romana, de que solo pueden salir con gloria los burros, los caballos y los dromedarios; en cuanto á los cristianos, aun se defienden de ella, gracias á sus botas; pero los árabes dejan allí sus babuchas.

Sin embargo, nos hallábamos al principio de nuestras desventuras; al salir de la calle sucia y estrecha en que nos habíamos empeñado, caímos en medio de un bazar infecto; en uno de esos focos mefíticos de los que una ó dos veces por año va la peste á sacar los miasmas pútridos que esparce en seguida por toda la ciudad: por mas que nos apresuramos á atravesar por él, presentaba tal hacinamiento de fardos, burros, mercaderes y dromedarios, que durante algunos momentos fuimos lanzados, maltratados y aplastados contra las tiendas, sin poder adelantar un paso. Ibamos á tomar el partido de volver atrás, cuando vimos el kadi, que como en las *Mil y una Noches* rondaba á la cabeza de sus kaffas. Apenas observó que la via pública estaba obstruida, se dirigió hácia el sitio del atasco, y con una imparcialidad admirable se pusieron él y sus ayudantes á descargar sendos palos sobre el lomo de los animales y las cabezas de aquellas gentes. Como el medio era eficaz, se practicó una brecha; el kadi pasó el primero, nosotros le seguimos; restablecióse la circulación detrás de nosotros, como un río que vuelve á seguir su curso. A los cien pasos, el kadi tomó por la derecha y nosotros por la izquierda, él para despejar un nuevo aglomeramiento, y nosotros para ir en casa del cónsul.

Seguimos por espacio de una media hora por calles estrechas, irregulares y tortuosas, cuyas casas tienen todos los aleros salientes, cuyas curvas avanzando de piso en piso llegan hasta la parte superior del edificio; lo cual cierra de tal modo el espacio por la parte alta, que la luz está casi completamente interceptada. En nuestro camino encontramos

algunas mezquitas, en general poco notables; solo hay dos ó tres en la ciudad que están adornadas con *madenets* (1), pero poco elevados y que no tienen mas que una galería. A sus puertas, que jamás atravesó un giaoun, estaban sentados verdaderos creyentes que fumaban ó jugaban al *mangallah* (2); en fin, despues de haber empleado casi una hora desde el puerto, llegamos á casa del cónsul.

Mr. de Mimant nos recibió con una amabilidad extraordinaria. Literato distinguido, arqueólogo infatigable, defensor celoso no solo de los derechos, sino tambien de la dignidad de nuestra nacion, todo francés estaba seguro de encontrar en él hospitalidad como viajero, proteccion como compatriota. Nos recibió en una grande habitacion que habían ocupado en otro tiempo Bonaparte, Kleber, Murat, Junot y algunos de los generales mas valientes y mas célebres de nuestra expedicion. Casi todos al llegar adoptaron la vida oriental y el uso del café y las pipas, que constituyen las mas comunes distracciones de ella. Fumaban sentados en anchos divanes colocados todos alrededor de la habitacion, y se nos enseñó en diferentes sitios del piso las señales que el fuego de sus largas pipas habia dejado allí. Cito este detalle para probar de qué modo las menores particularidades de nuestra permanencia en Egipto han quedado en la memoria de sus habitantes.

Despues de tener una conversacion tan animada como la que se entabla entre los compatriotas que se encuentran á mil leguas de su país, y en la que Mr. Taylor espuso los motivos de su viage y la mision de que iba encargado cerca del pachá, hicimos buscar guías y burros; porque ya estábamos hartos de los viages á pie, y nos dirigimos en seguida hácia la puerta Mahmudia, que conduce á las ruinas de la antigua Alejandria. Una vez libres del lodo é instalados pacíficamente en nuestras monturas, pudimos entregarnos á hacer observaciones, mas curiosas en Egipto que en ninguna otra parte. Para nosotros parisienses, todo era objeto de sorpresa: el órden físico y social nos parecieron trastornados; admirábamos un cielo y una tierra como no se ven en otra parte, un idioma que no tiene analogía con ningun otro, costumbres que no existen mas que allí, un pueblo que parece haber tomado nuestra vida al contrario. Entre nosotros se llevan los cabellos largos, la barba afeitada, los musulmanes se afeitan la cabeza y dejan crecer su barba. Nosotros castigamos la bigamia y marcamos con el deshonor el concubinage; ellos procla-

(1) Especie de campanario de lo alto del cual el muezzin llama á los fieles á la oracion.

(2) Pedazo de madera macizo, cuadrilongo, comunmente de cedro ó de encina, está horadado por agujeros semi-esféricos, y alguna vez incrustado de nácar. Es una especie de tric-trac al que cada jugador juega con treinta y seis conchas.

man la una, y no ponen al otro ningun límite. La muger es en nuestra existencia una esposa, una hermana, una amiga; en la suya, no es mas que una esclava, esclava mas desgraciada que todas las demas; su vida es la de una prisionera: nadie mas que su señor se aproxima á su habitacion. Es mas desventurada cuanto mas hermosa, porque entonces su existencia pende de un cabello: ¡si levanta su velo, su cabeza cae!

Al salir por la puerta Mahmudia, toreimos algunos pasos para ver un montecillo que todavia lleva hoy el pomposo nombre de Fuerte Bonaparte. Alejandria es una ciudad que está situada tan baja que los ingenieros franceses no tuvieron mas que amasar algunas pelladas de tierra y coronarlas con una bateria para obligarla á rendirse. Pagados nuestros honores y deberes á aquel recuerdo moderno, nos dedicamos completamente á la antigüedad.

La antigua Egipto, la Egipto venida de la Etiopia por el Nilo, no existe mas que en las ruinas de Elefantina y Tebas. Menfis la troyana les habia sucedido, y bajo sus muros habia visto caer con Psammetich el imperio de los Faraones, legado por Cambises á sus sucesores. Reinaba Darío; su monarquia se extendia del Indus al Ponto Euxino y del Jaxartes á la Etiopia. Continuando la obra de sus predecesores, que hacia ciento cincuenta años tenian en servidumbre la Grecia Asiática y atacaban á la Grecia Europea ya con ejércitos de millones de hombres, ya con el oro y la intriga, Darío meditaba una tercera invasion, cuando en una provincia de esa Grecia, limitada al Oriente por el monte Athos, al Poniente por la Iliria, al Norte por el Hæmus y al Mediodia por el Olimpo, apareció un joven rey de veinte y dos años que resolvió destruir aquel inmenso imperio, y hacer lo que Cimon, Agesilao y Filipo habian intentado en vano. Este joven rey se llamaba Alejandro.

Levanta treinta mil hombres de infanteria, cuatro mil y quinientos de caballeria, reúne una escuadra de ciento sesenta galeras, se proporciona setenta talentos, toma viveres para cuarenta dias, parte de Pella, costea Anfipolis, pasa el Strimon, atraviesa Hiber, llega en veinte dias á Lestu, desembarca sin oposicion en las costas del Asia Menor, visita el reino de Priamo, corona de flores la tumba de Aquiles, su abuelo materno, atraviesa el Granico, derrota á los sátrapas, mata á Mitridates, somete la Misia y la Lidia, toma á Sardes, Mileto, Halicarnaso, somete la Galacia, atraviesa la Capadocia, subyuga la Cilicia, vuelve á encontrar en las llanuras de Issus á los persas, que arroja ante sí como un torbellino, sube hasta Damasco, vuelve á bajar hasta Sidon, toma y saquea á Tiro, da tres veces la vuelta al rededor de las murallas de Gaza, arrastrando su carro á su gobernador Betis, como en otro tiempo habia hecho Aquiles con Hector; va á Jerusalem y á Menfis, hace sacrificios al dios de

los judíos y á los dioses de los egipcios, vuelve á bajar por el Nilo, visita á Canope, da la vuelta al lago Mareotis, y arriba á su orilla septentrional, admirado de la belleza de aquella playa y de la fortaleza de su situacion, se decide á dar una rival á Tiro, y encarga al arquitecto Dinócrates edifique una ciudad que se llamara Alejandria.

El arquitecto obedece; traza un recinto de quince mil pasos, al cual da la forma de una capa macedonia, corta su ciudad por dos calles principales, á fin de que los vientos etios que soplan del Norte pudiesen refrescarla. La primera de estas calles se estendia desde el mar al lago Mareotis, y tenia diez estadios ó mil cien pasos de longitud; la segunda atravesaba la ciudad en toda su extension, y tenia cuarenta estadios ó cinco mil pasos de un extremo á otro. Los dos tenian de ancho cien pies.

Y la ciudad naciente no se estendió poco á poco como las demas ciudades, sino que surgió de repente. Alejandro echó sus cuarteles, partió para el templo de Ammon, se hizo reconocer como hijo de Júpiter, y cuando volvió, la nueva Tiro estaba edificada y poblada. Entonces el fundador continuó su victoriosa marcha. Alejandria, tendida entre su lago y sus dos puertas, oyó el ruido de sus pasos que se dirigian hácia el Eufrates y el Tigris, una ráfaga de viento oriental la llevó el rumor de la batalla de Arbellas; percibió como un eco la caída de Babilonia y de Suza; vió resplandecer al horizonte el incendio de Persépolis, y por último aquel ruido lejano se perdió tras Ecbatane, en los desiertos de la Media, al otro lado del rio Ariud.

Ocho años despues, Alejandro vió entrar en su recinto un carro fúnebre, rodando sobre dos ejes al rededor de los que giraban cuatro ruedas á lo persá, cuyos rayos y llantas eran doradas. Cabezas de leones, de oro macizo, cuya boca mordía una lanza, formaban el adorno de los cubos de las ruedas. Tenia el carruaje cuatro lanzas, en cada una de las que estaba sujeta una cuádruple fila de yugos, y enganchadas á cada yugo cuatro mulas. Todas llevaban en la cabeza una corona de oro, campanillas tambien de oro á cada lado del cabezon, y alrededor del cuello collares recargados de piedras preciosas. Sobre este carro habia un templete abovedado, todo de oro, de ocho codos de ancho y doce de largo; la cúpula estaba adornada de rubies, carbunclos y esmeraldas. Delante de este templete habia un peristilo del mismo metal, sostenido por dos columnas de orden jónico, y en este peristilo cuatro cuadros. El primero de estos cuadros representaba un carro ricamente trabajado; un guerrero estaba sentado en él teniendo en la mano un magnifico cetro; alrededor de él marchaba la guardia macedonia completamente armada y el escuadron de los persas; la vanguardia la formaban

los oplitas. El segundo cuadro se componia de la falange de los elefantes armados para la guerra, conduciendo sobre su cuello los indios, y á la grupa los macedonios cubiertos con sus armas. Habianse figurado en el tercero cuerpos de caballeria imitando las maniobras y las evoluciones del combate. En fin, el cuarto representaba navios en órden de batalla, y prontos á atacar á una flota que se divisaba en lontananza. Encima de este templete, es decir entre el techo y la parte superior, todo el espacio estaba ocupado por un trono de oro cuadrado, adornado con figuras de relieve de las que pendian anillos de oro, y por estos anillos pasaban guirnaldas de flores, que se renovaban todos los dias. Remataba todo en la parte superior en una corona de oro, de una dimension bastante grande para que un hombre de alta estatura pudiese estar de pie en el hueco que formaba, y cuando la luz del sol daba en su parte superior despedia muy lejos sus reflejos en forma de rayos. En fin, en este templete habia un fereetro de oro macizo, en el que y sobre aromas estaba tendido el cadáver de Alejandro.

Uno de los doce capitanes á quienes la muerte de su general habia hecho reyes era el que presidia el duelo; en aquella gran particion del mundo que se habia ejecutado al rededor de un fereetro, Ptolomeo, hijo de Lago, habia tomado para si el Egipto, la Cirenaica, la Palestina, la Fenicia y el Africa. Despues, como un palladiu que debia durante tres siglos y medio conservar el imperio á sus descendientes, habia torcido el camino del cuerpo de Alejandro; le llevaba á pedir una tumba á aquella ciudad á la que él habia dado una cuna.

A contar desde este dia, Alejandria recibió el dictado de reina, como lo habia sido Tiro, como lo era Atenas, como debia serlo Roma: cada uno de sus diez y seis reyes y sus tres reinas añadieron una piedra preciosa á su corona. Ptolomeo, llamado Soter ó Salvador por los rodios, mandó edificar la torre del Faro, unió por medio de un muelle la isla al continente, trasladó de Sinope á Alejandria las imágenes del dios Serapis, y fundó la famosa biblioteca que fué quemada por César. Ptolomeo II, llamado irónicamente Filadelfo por sus persecuciones á los principes de su familia, reune, hace traducir al griego los libros hebreos, y nos lega la version de los Setenta; Ptolomeo III, llamado el Bienhechor, va á buscar al corazon de la Bactriana y traslada á los bocas del Nilo los dioses del antiguo Egipto, arrebatados por Cambises. El teatro, el museo, el gimnasio, el estadio, el panteon, los baños, se construyeron en tiempo de sus sucesores. A través de una inmensa estension de terreno se abrieron seis canales; cuatro iban del Nilo al lago Mareotis; el quinto conducia de Alejandria á Canope; en fin, el sexto atravesaba el istmo en toda su estension, cor-

taba el arrabal Rhacolis, y partiendo del puerto Kibetos, iba á desaguar en el lago, inmediato á la puerta del Sol.

Hoy no queda de la antigua ciudad mas que el muelle, agrandado y solidificado por terrenos y sobre el que está edificada la nueva ciudad. En medio de ruinas casi informes, las que sin embargo, se conoce haber sido los baños, la biblioteca y los teatros, no ha quedado en pie mas que la columna de Pompeyo y uno de los obeliscos de Cleopatra, porque el otro yace derribado y medio enterrado en la arena. Toda la parte que era en otro tiempo una isla, en cuyo centro y extremo oriental se elevaba la ciudadela, y aquella famosa torre del Faro, que iluminaba á treinta mil pasos de distancia, no es mas que una playa escueta y árida, que avanza en forma de media luna para ceñir la nueva ciudad.

La columna de Pompeyo es un trozo de mármol coronado por un capitel corintio y que descansa sobre un sólido pedestal compuesto de restos antiguos y fragmentos egipcios. El título que lleva y que la ha sido dado por los viajeros modernos no tiene relacion alguna con su origen, que si se ha de creer la inscripcion griega que hay en él, remonta únicamente á Diocleciano; hácia la parte Sur ha sufrido una inclinacion de cerca de siete pulgadas; por lo demas, ni el capitel ni la base se llegaron jamás á concluir. En cuanto á su altura no la he medido; pero se eleva dos tercios mas que las palmeras que crecen á su rededor.

Los obeliscos de Cleopatra, uno de los cuales como hemos dicho está todavía en pie, y el otro derribado, son de granito rojo con tres columnas con caracteres en cada cara: Faraon Moris fué quien mil años antes de Cristo, las sacó de las canteras de la cadena libica, como de un estuche y las alzó con su potente mano ante el templo del Sol. Dicese que Alejandria las envidió á Menfis, y Cleopatra, á pesar de las murmuraciones de la ciudad madre, se las arrebató como joyas que no era ya bastante bella para poseer. Los lisos antiguos que servian de base á estos obeliscos existen todavía y descansan sobre un zócalo de tres escalones: son de construccion grecoromana y vienen á apoyar con su fecha arquitectónica la tradicion popular, que hace remontar su segunda ereccion al año 38 ó 40 antes de Jesucristo.

Vagábamos hacia ya cerca de dos horas por en medio de aquellas ruinas, con nuestro Strabon y nuestro Plutarco en la mano, cuando se fijaron mis ojos por casualidad en el pantalon blanco de Mayer; estaba negro desde los pies á las rodillas, y gris desde la rodilla á lo alto del muslo. Al principio creí que presuroso por visitar las ruinas, se habia quedado con el que habia atravesado las fanegas de Alejandria; mas prestando una atencion mas seria al fenómeno, no tardé en

ver que aquel tinte oscuro que iba aclarando á medida que se alejaba del suelo, era variable y debía reconocer una causa especial. Inmediatamente y como por instinto dirigí mi vista al mio, una sola mirada me bastó para conocer la espantosa realidad: estábamos plagados de pulgas.

Lo mejor que podíamos hacer en semejante apuro, era irnos inmediatamente á los baños de los que habíamos oído hablar tan frecuentemente como de un delicioso recreo; así apenas espuso la idea uno de los dos, fué adoptada unánimemente por la caravana. Hicimos seña á nuestros guías de que nos acercaran los burros, montamos en ellos con mas ó menos destreza, segun nuestros estudios sobre equitacion y nuestros recuerdos de Montmorency, y volvimos al galope hácia la ciudad; mas apenas comunicamos á nuestro intérprete la intencion que teníamos, su rostro tomó una espresion de espanto muy alarmante: los baños estaban cerrados todo el dia, y corria riesgo nuestra cabeza si intentábamos hacerlos abrir. He aquí la causa de esta prohibicion.

El viernes es el domingo de los turcos. Ahora bien, el Koran ordena á todo buen musulman llenar sus deberes conyugales durante la noche del viernes al sábado, bajo pena de pagar al entrar en el paraiso un camello por cada vez que faltara á esa prescripcion: resulta de aqui que el sábado está consagrado á las abluciones femeninas, y los baños reservados esclusivamente á la purificacion de los harenes. En su consecuencia, vimos pasar verdaderos rebaños de mugeres cubiertas con un manto de seda negro ó blanco, calzadas con borceguies amarillos, velado el rostro con un lienzo de pie y medio de largo y del ancho de la cara; esta especie de mascarilla cuelga por delante del rostro desde los ojos, y está unida al velo que cubre la frente por una cadena de oro, de perlas ó de conchas, segun la fortuna ó el capricho de la que lo lleva. Aquellas mugeres, que no salen jamás á pie, iban montadas en burros y conducidas por un eunuco, que marchaba á la cabeza con un palo en la mano. Vimos algunos de aquellos escuadrones en que se contaban sesenta, ochenta y aun cien mugeres: algunos iban seguidos de sus dueños, lo cual, vista la circunstancia religiosa á que hacia alusion esta salida, nos pareció el colmo de la fatuidad de parte de estos últimos.

## II.

### LOS BAÑOS.

Al dia siguiente me presenté en los baños así que que se abrieron. Despues de las mezquitas, son los baños los mas bonitos monu-

mentos de las ciudades orientales. Al que me condujeron era un vasto edificio de una arquitectura sencilla y cubierto de ingeniosos adornos; se entra primero en un gran vestibulo con habitaciones á derecha é izquierda donde se deja la capa. En el fondo, y frente á la entrada, hay una puerta herméticamente cerrada; franqueada, se entra en una atmósfera mas caliente que el aire exterior. Al llegar allí todavia es tiempo de retirarse, pero una vez que se ha puesto el pie en uno de los gabinetes que están contiguos á esta habitacion, ya no dispone uno de sí mismo. Se apoderan de vosotros dos criados, y os convertís en cosa del establecimiento.

Eso es lo que me sucedió con gran admiracion mia; apenas hube entrado, dos vigorosos bañeros se apoderaron de mi cuerpo; en un instante me encontré completamente desnudo, y en seguida el uno me ató una faja de lienzo á la cintura, mientras que el otro me calzaba un par de patines colosales, que me hicieron crecer en el acto un palmo. Este calzado nada comun, no solo me hizo imposible ya toda fuga, sino que, habiéndome elevado tan extraordinariamente, ni aun hubiera podido conservar mi centro de gravedad, si mis dos esclavos no me hubiesen sostenido cogiéndome ambos por bajo los brazos. Estaba cogido, y ya no me era dado retroceder; me dejé conducir.

Pasamos á otra habitacion; pero una vez en ella, cualquiera que fuese mi resignacion, era tan intenso el vapor y el calor tan grande, que sentí me sofocaba. Creí que mis guías se habian equivocado y habian entrado en un horno; quise desasirme, pero mi resistencia habia sido prevista; por otra parte, no estaba yo ni con trage ni en situacion favorable para sostener la lucha; así que me di por vencido. Verdad es que á pocos momentos quedé admirado al sentir, á medida que el sudor me corria por el cuerpo, que me volvía la respiracion y se me dilataban los pulmones. De este modo pasamos á cuatro ó cinco habitaciones, cuya temperatura seguía una marcha progresiva y tan rápida, que al fin comencé á creer que el hombre habia estado en un error en cuanto á su elemento por espacio de cinco mil años, y que su verdadero destino era ser cocido ó asado. Por último, entramos en la estufa; era aquí tan espeso el vapor, que al pronto no pude percibir nada á dos pasos de mí, y tan insoportable el calor, que me sentí desmayar. Cerré los ojos y me dejé ir á merced de mis guías, que todavia me hicieron dar algunos pasos, me quitaron el cinturón, me desataron los patines, y me tendieron medio desmayado sobre el estrado que se elevaba en el centro de la habitacion, y que se parecia á la mesa de mármol de un anfiteatro.

Sin embargo, al cabo de cortos instantes comencé á habituarme á aquella temperatura infernal. Me aproveché de la vuelta gradual

de mis facultades para dirigir discretamente una mirada alrededor. Como los demás órganos, mi vista se familiarizaba con la atmósfera que me rodeaba, de tal modo, que á pesar del vapor conseguí ver distintos los objetos que había á mi inmediacion. Mis dos verdugos parecían haberme olvidado momentáneamente; veíalos yo ocupados al otro extremo de la habitacion, que se me ocurrió aprovecharme de aquel momento de descanso que tenían á bien concederme.

Me orienté, pues, poco á poco, y concluí por darme cuenta de mi situacion: estaba en el centro de un gran salon cuadrado, incrustado hasta la altura de un hombre, de mármol de diferentes colores; surtidores abiertos deramaban continuamente sobre las baldosas una agua humicante que iba á caer en los cuatro rincones del salon en otros tantos recipientes semejantes á calderas en cuya superficie veía agitarse cabezas rasuradas que espresaban su gozo con los mas grotescos gestos de su fisonomía. Estaba yo tan ocupado con aquel cuadro, que presté muy poca atencion á la vuelta de mis dos bañeros. Volvian hácia mí llevando el uno una artesa ancha de madera en que había hecho disolver jabon, y el otro un paquetito de lino muy fino cardado. De repente pareció que atravesaban mi cabeza, mis ojos, nariz y boca millares de agujas; era el bribon del bañero que acababa de inundarme el rostro con aquella preparacion, y que mientras su compañero me sostenia por los hombros, me frotaba con furor la cara, los cabellos y el pecho. Era el calor tan insoportable que me volvió toda mi energia. Me pareció ridículo dejarme jabonar de aquel modo sin defenderme. Separé al uno de un puntapie, derribé al otro de un puñetazo, y no viendo otro remedio á mi mal que una inmersión completa, me dirigí hácia aquella de las cuatro pilas que me pareció mejor situada y me lancé en ella atrevidamente; el agua estaba cociendo. Arrojé un grito al abrasarme, y sosteniéndome en los que estaban inmediatos á mí, y que no comprendían mi agitacion, salté fuera de la pila casi tan rápidamente como había entrado en ella. Sin embargo, por corta que hubiese sido la ablucion, había producido su efecto; tenia el cuerpo rojo como un cangrejo cocido.

Quedé un instante estupefacto, creyéndome presa de una pesadilla. Tenia ante mis ojos hombres que se cocían en una especie de hervor, y que parecían recibir el mayor placer con aquel suplicio. Esto confundía todas mis ideas acerca del placer y del dolor, pues lo que era dolor para mí era placer para ellos; así que tomé la resolucion de no abandonarme á mis impulsos y no creer en mis sensaciones y dejar buenamente que hicieran conmigo lo que quisieran; encontráronme, pues, pacíficamente resignado mis dos verdugos cuando volvieron á dirigirse hácia mí, y los

seguí sin resistencia á una de las cuatro pilas. En cuanto llegué á los escalones, me hicieron señal de bajar; obedecí pasivamente y me encontré metido en una agua que parecia tener de treinta y cinco á cuarenta grados. Me pareció aquel calor nada mas que mediano.

De esta pila pasé á otra de una temperatura mas elevada, pero soportable aun. Permanecí en ella, como en la primera, tres minutos próximamente. Pasado este tiempo me condujeron mis hombres á la tercera que podría tener diez ó doce grados mas que la segunda; en fin, de esta tercera me dirigieron á la cuarta, que era donde yo había hecho mi aprendizaje de condenado. Me aproximé á ella con la mayor repugnancia, por mas decidida que fué mi resolucion de soportarlo todo. Así que cuando iba á meterme comencé por tocar el agua con la punta del pie; me pareció tambien muy caliente, pero no ya al grado con que la había sentido la primera vez. Me atreví á meter una pierna, despues la otra, por último todo el cuerpo, y me quedé admirado al no sentir la misma coción. Consistia en que esta vez había llegado por graduacion habiéndome preparado á aquel calor las otras pilas. Pasados algunos segundos ya no lo sentía, y sin embargo, creo poder asegurar que el agua tenia de sesenta á sesenta y cinco grados; solo si cuando salí mi piel había aumentado de color, del de amapola había pasado al carmesi.

Mis dos verdugos me volvieron á coger y me anudaron de nuevo un cinturon por los riñones, despues me rodearon un chal á la cabeza y me llevaron sucesivamente por las salas que habíamos pasado, teniendo cuidado á cada cambio de atmósfera de ponerme un nuevo cinturon y un nuevo turbante. Por fin llegué á la primera habitacion donde había dejado mis vestidos. Encontré allí una buena alfombra y una almohada; me volvieron á quitar mi cinturon y mi turbante para envolverme todo el cuerpo en un gran peñador de lana, me acostaron como á un niño y en seguida me dejaron solo.

Esperimenté entonces una sensacion de bienestar indefinible: me sentía completamente feliz, pero con tal debilidad que cuando se volvió abrir, como media hora despues, la puerta de mi habitacion, me encontraron exactamente en la misma postura en que me habían dejado.

El nuevo personaje que entraba en la escena era un árabe jóven, vigoroso y bien formado: se aproximó á mi lecho como hombre que tenia que hacer algo conmigo. Le miré con una especie de espanto adelantarse, espanto muy natural en un hombre que acaba de pasar por semejantes pruebas; pero estaba tan débil que ni aun se me ocurrió la idea de incorporarme: comencé por cogerme la mano izquierda y la hizo chascar todas sus articulaciones; despues pasó á la mano dere-

cha en la que hizo lo mismo. Después de la dislocación de las manos vino la de los pies y de las rodillas; en fin, por un último esfuerzo hábilmente combinado me volví en la postura de un pichon emparrillado, y, al modo que se da el golpe de gracia á un paciente me hizo crujir la espina dorsal. A esta evolución arrojé un grito de verdadero terror; creía tener rota la columna vertebral. Mi verdugo, satisfecho del resultado que había obtenido, abandonó el primer ejercicio para pasar á otro y se puso á sobarme los brazos, las pantorrillas y los muslos con una destreza admirable; duraría esto un cuarto de hora, pasado el cual me dejó. Me encontraba todavía mas débil que antes; además todas las articulaciones me dolían. Quise atraer la alfombra para cubrirme; no tuve fuerzas para ello.

Un criado me trajo café, una pipa y pebeteros; después, viéndome desnudo, me arrojó una cubierta de lana sobre el cuerpo y me dejó embriagarme con perfumes y tabaco. Pasé así como media hora entre el sueño y la vigilia perdido en las vagas meditaciones de una embriaguez deliciosa, esperimentando un sentimiento de bienestar inesplorable y en un perfecto abandono de las cosas del mundo. Salí de mi éstasis con la llegada del barbero, que empezó por afeitarme, después me peinó la barba y los bigotes y terminó proponiéndome rasurarme por completo; como no me agradaba este género de ceremonia la proposición quedó sin resultado. Fué reemplazado el barbero por un muchacho de catorce á quince años que entró bajo pretexto de frotarme los talones con piedra pomez. Ignorando completamente su intención ulterior, le entregué mis pies; pero viendo que terminada la operación permanecía de pie y como esperando algo, le pregunté lo que quería; me respondió con una frase árabe de la que no comprendí una palabra. Moví la cabeza en señal de que no entendía; entonces aclaró su proposición con un gesto tan espresivo que no había medio de engañarse acerca de él. Respondí con otro que le envió rodando á diez pasos de distancia.

Al ruido que produjo al caer entró el descoyuntador; le hice señal que quería salir; me trajo mis vestidos y me ayudó á vestirme, porque estaba tan débil y tan delicado aun que apenas podía tenerme en pie. Me volví á conducir entonces á mi habitación, que daba al vestíbulo, donde volví á encontrar mi capa, y en seguida pagué aquel baño que había durado tres horas, por los bañeros, el descoyuntador, el barbero, la pipa, el café, los perfumes, la proposición que se me había hecho y el puntapié que yo había dado, piastra y media, es decir, once sus de nuestra moneda, (unos dos reales). — ¡Es maravilloso!

Encontré burros á la puerta, y esta vez no me hice de rogar. Monté en uno y marché

tranquilamente al paso. Aunque eran las diez ó las once de la mañana me parecía que la atmósfera estaba muy fresca. Consistía esto en la transición, y comprendí entonces el fanatismo de los turcos por aquel deleite que á mí me había parecido una fatiga intolerable.

Al entrar en el consulado, supe que seríamos recibidos aquel mismo día por Ibrahim-Pachá, en ausencia de su padre que estaba en el Delta. La audiencia era para las doce del día. Me quedaban aun dos horas y las aproveché para echarme en la cama.

A la hora señalada, llegó un oficial del príncipe para conducir la comitiva, y se colocó á la cabeza. Componíase la caravana de Mr. Mimant, del baron Taylor, del capitán Bellanger, Mayer y yo. Acompañábanos dos kaffas, cuyo oficio era separar á palos á los curiosos que hubieran podido impedir la marcha de la embajada.

Una gran variación suntuaria acaba de hacer el pachá. Hacia seis meses próximamente había desterrado el antiguo traje militar y adoptado el nuevo, llamado *nizamgedid*. La comitiva encontró muchos cuerpos de infantería envueltos con ese uniforme que consiste en un manto encarnado, una casaca encarnada, calzon encarnado y botines encarnados. Este traje ha sido escrupulosamente adoptado, y los regimientos presentan una unanimidad en color bastante agradable. Verdad es que por oposición presentan los rostros de los soldados los mas variados matices, desde el cutis blanco mate del circasiano, hasta la tez de ébano del hijo de la Nubia, mas todos los esfuerzos del pachá no han podido aun remediar este inconveniente.

Otro hay que no es menor, y que ya he señalado. Esos regimientos que avanzan por las fangosas calles de Alejandría al son de los tambores, que baten marchas francesas, á pesar de la disciplina que procuran mantener los sargentos colocados entre filas, no solo no pueden guardar el paso sino ni aun conservar las filas. Es la causa de esto, que de cinco en cinco minutos, las chinelas encarnadas de los soldados quedan en el lodo, y sus propietarios se ven obligados á detenerse para no perderlas. Esta continua maniobra que no ha sido prevista por la táctica de infantería, introduce un desorden en las filas del ejército egipcio, que al primer golpe de vista podía confundirse con la guardia nacional del país. La equivocación sería tanto mas natural, cuanto que bajo aquel clima ardiente donde todo peso es insuportable, cada uno lleva su fusil á discreción de la manera que le es mas cómodo.

Por fin, la comitiva venció todos los obstáculos y llegó al palacio. En el patio encontramos un regimiento que nos esperaba sobre las armas. Pasamos por entre dos filas, subimos la escalera, y atravesamos una serie de salones blanqueados y sin ningún mueble, de

los que cada uno tenia en el centro un surtidor. En la antecámara, se detuvo Mr. Taylor para arreglar los presentes destinados al príncipe Ibrahim. Consistían en armaduras de coroneles de coraceros y carabineros, escopetas y pistolas de combate. Dispuesto esto, entramos en el salon de recepcion.

Era en un todo semejante á las precedentes, y sin otro mueble que un enorme divan, que estaba todo alrededor. En el ángulo mas oscuro de este salon, habia una piel de leon estendida sobre el divan, y sobre la piel de leon, en cuclillas, colgando una pierna por encima de la otra, estaba Ibrahim, con un rosario en la mano izquierda y jugando con la derecha con los dedos del pie.

Mr. Taylor saludó y se sentó á la derecha del príncipe, Mr. de Mimaut á su izquierda, y el resto de la comitiva donde agradó á cada uno. Ni una palabra se pronunció en esta primera parte de la recepcion. Luego que cada uno ocupó su asiento, Ibrahim hizo una seña; trajeron pipas encendidas y se fumó. En los cinco minutos que duró esa operacion, tuvimos tiempo de examinar á nuestro placer al príncipe Ibrahim. Tenia en la cabeza un gorro griego, vestia el nuevo uniforme militar y parecia tener cuarenta años. Era pequeño, rechoncho, robusto, tenia los ojos vivos y penetrantes, el rostro colorado, y el bigote y la barba del color de la piel de leon sobre que estaba sentado.

Cuando concluyeron las pipas se llevó el café. La pipa y el café reunidos constituyen los grandes honores. En las audiencias ordinarias, generalmente no se ofrece mas que lo uno ó lo otro. Bebido el café, se levantó Ibrahim lentamente, fué hácia la puerta, y seguido de Mr. Taylor y de todos nosotros, entró en el salon donde estaban los regalos. Examinó todos sucesivamente con visible satisfaccion; las armaduras de los carabineros adornados con un sol de oro, parece que fué lo que le agradó mas. No obstante, concluido el exámen, pareció que buscaba otra cosa; pero no encontrando lo que buscaba, dirigió algunas palabras á su intérprete, quien volvió á Mr. Taylor:

—Su alteza, dijo, pregunta si os habeis acordado de traerle vino de Champagne.

—¡Sí, de Champagne! ¡de Champagne! añadió el príncipe acompañando estas palabras francesas con un movimiento espresivo de cabeza.

Mr. Taylor respondió que se habia anticipado á los deseos de su alteza, y que ya debian estar guardadas en palacio muchas cajas llenas de botellas de aquel liquido.

Desde entonces se mostró Ibrahim del humor mas encantador: volvió á entrar en el salon de recepcion, habló mucho de la Francia, á la que miraba, decia, como una segunda patria, siendo nieto de una francesa. En seguida, como última muestra de honor, entraron

esclavos con pebeteros encendidos, y aproximándolos á nuestros pechos, perfumaron nuestra barba y nuestro rostro. Terminada esta ceremonia, Mr. Taylor se levantó y se despidió del príncipe llevándose sucesivamente su mano derecha á la frente, á la boca y al pecho, lo cual quiere decir en el lenguaje figurado y poético del Oriente: ¡Mis pensamientos, mis palabras y mi corazon son tuyos!

Despues la embajada volvió al consulado con el mismo orden con que habia salido de él.

Para noche nos invitó Mr. de Mimant á ir al teatro. Habia en Alejandria una compañía que ponía en escena comedias del género vulgar; representábanse aquella noche dos vaudevilles de Scribe.

### III.

## DAMANHOUR.

Sin embargo, como era forzoso esperar al pachá para que no perdiésemos en Alejandria un tiempo precioso, Mr. Taylor nos envió á Mayer y á mí á diseñar las mezquitas de esa ciudad de las *Mil y una noches* que los árabes llaman *el Masr* y los franceses el Cairo. El 2 de mayo por la mañana dejamos á Alejandria, montados cada uno en un asno, y seguidos de nuestros burreros y nuestro criado Mohammed, que caminaba á pie.

Era este último un joven nubio, vigoroso, listo é inteligente, que hablaba un poco el francés, y llevaba el traje de su país; este traje, de los mas sencillos y al mismo tiempo de los mas bonitos, consistía en un calzon blanco y una túnica azul cuyas mangas perdidas estaban levantadas y sostenidas por un cordón de seda que formaba una cruz en medio de la espalda. Su cabeza estaba cubierta de un turbouch y rodeada de un turbante blanco; llevaba sobre sus espaldas el manto negro, llamado *abad*, y ceñía su talle un cinturón que sujetaba un puñal con mango de marfil; su rostro lleno de espresion y sagacidad, estaba adornado por cabellos negros, largos y flotantes; su bigote caía por ambos lados de su boca perfectamente dibujado, y su barba, escasa en las megillas, se reunía espesa en la parte inferior, donde terminaba en punta.

Ademas de nuestros dos burros y nuestro nubio, todavia estaba reforzada nuestra escolta con dos *cavas*, especies de guardias de corps que pertenecen á la guarnicion de la ciudad, y que el gobernador de Alejandria nos habia dado para facilitarnos los primeros pasos en nuestro viage: vestían un uniforme

particular, semejante al de los antiguos mameucos, y tenían la misión de obtener para nosotros ayuda y protección de las autoridades turcas. No tardamos en necesitar de sus buenos oficios.

Hacia algunas horas que seguíamos el camino que conduce de Alejandría á Damasco, cuando encontramos el canal Mahmud, que muy bien podría no ser otro que el antiguo Fosa, que conducía las aguas del Nilo de Schedia á Alejandría; el desfiladero estaba tomado por tropas turcas, á las que presentamos nuestros *tekeriks* ó pasaportes. Inclínose el gefe ante los geroglíficos de que estaban adornados, y nos comunicó que estábamos en completa libertad para continuar nuestro camino, pero á pie y sin acompañamiento. Pedimos la explicación de aquella estraña decisión, y presentamos de nuevo nuestros pasaportes; á esta segunda exhibición, respondió el gefe, sin dejar de inclinarse, que nuestros pases estaban perfectamente en regla, que llevaban en su centro, es verdad, el plano y la elevación del templo de Salomón, y en sus cuatro ángulos el sello de Saladino, el nema de Soliman, el sable y la mano de justicia de Mahomat; pero que no tenían nada que concerniese á nuestro criado, nuestros burros y los burreros. Llamamos entonces en nuestro auxilio á los cavas; pero les encontramos sin opinión alguna acerca de la cuestión que nos dividía. Sin embargo, nos dieron un consejo, el de ofrecer una docena de piastras al gefe del puesto. Como la piastra egipcia apenas vale siete ú ocho sous de nuestra moneda, no vimos ningun inconveniente en seguir su consejo; además, no tardamos en conocer que era el mejor. Se abrieron las barreras del canal, y pasamos triunfalmente nosotros, nuestros animales y nuestras gentes; en cuanto á los cavas, no pasaron mas adelante, limitándose su misión á hacernos abrir las barreras del canal: ya se ha visto como la habían desempeñado. No por eso dejamos de darles el *batchis*, que es la gratificación de Francia, el *trenk-geld* de los alemanes, la propina de España, la llave de oro de todos los países.

Seguimos las orillas del canal, y despues de dos horas de marcha por un pais monótono y llano, hicimos alto á la puerta de la casa de un griego llamado Tuitza, que nos recibió en su pequeña y cuadrada morada, y nos dió autorización para comer á la sombra, á condición de que nos proporcionásemos nuestro almuerzo, del que tomaria su parte. Esta hospitalidad me recordó la de Sicilia, donde son los viajeros los que mantienen á los posaderos.

Terminado el refrigerio, nos despedimos de nuestro huésped y nos pusimos en camino. El de Alejandría á Damanhour no tiene de notable mas que su esterilidad; marchábamos por un mar de arena donde nuestros burros y los hombres se hundian hasta las rodillas. De vez

en cuando alguna abrasadora ráfaga de viento mezclada de polvo nos cegaba al pasar, y en la opresión momentánea de nuestro pecho, conocíamos que acabábamos de respirar el aire cálido del desierto. A trechos, á derecha é izquierda, veíamos sobre puntos elevados, que en los desbordamientos del rio se convierten en islas, aldeas formando circulo, cuyas casas de figura cónica, estaban horadadas por agujeritos cuadrados, destinados á dejar penetrar en lo interior la luz estrictamente necesaria y el menor calor posible. En fin, á intervalos desiguales, pero bastantes próximos, encontrábamos á orillas del camino algunos sepulcros aislados de solitarios ó dervises, á la sombra de una palmera, religiosa amiga de la tumba, y por encima de la que se cernian dando agudos gritos, una banda de gavi-lanes.

Serian las tres cuando descubrimos de lejos á Damanhour; era la primera ciudad completamente árabe que íbamos á visitar, porque Alejandría, con su población cosmopolita, no es mas que una mezcla de pueblos diversos, cuyo carácter y originalidad se borran poco á poco por el mútuo contacto.

El espejismo nos hacía ver la ciudad como una isla rodeada de agua y de nubes; á medida que nos aproximábamos se disipaban poco á poco los vapores de aquel lago ficticio, y los objetos se nos presentaban bajo su verdadera forma; nuestras sombras se prolongaban con los últimos rayos del sol poniente, las palmeras mecían graciosamente su penacho de verdura movido por la fresca brisa de la tarde, cuando llegamos á las puertas de la ciudad, cuyos elegantes *medenehs* sobresalian por encima de las murallas y de las mezquitas, pintados de listones rojos y blancos alternativamente.

Nos detuvimos un instante antes de atravesar las puertas para contemplar aquel paisaje tan nuevo para nosotros. Un cielo puro, trasparente y de una delicadeza de tonos de que no podría dar idea alguna el pincel; estanques que rodean parte de la ciudad, y que reflejan sus murallas en sus dormidas aguas; largas filas de camellos conducidos por los aldeanos árabes y caminando lentamente por la ciudad, todo daba á aquel maravilloso cuadro un aire de vida, de tranquilidad y de dicha, mas notable aun despues de aquel prólogo del desierto que acabábamos de atravesar.

Damanhour no tiene mas que una posada, aunque su población es de ocho mil almas. Mohammed, despues de habernos hecho atravesar calles de una originalidad salvaje, nos condujo á ese venturoso parador de caravanas de que por la descripción de las *Mil y una noches*, nos habíamos formado de antemano una idea completamente encantadora. Desgraciadamente ni aun pudimos comparar la poesía á la realidad: el parador estaba lleno de tal modo, que no podia alojarse en él ya un

raton, y por mas que dijimos y ofrecimos, nos fué preciso volver atrás. Aunque ya muy desengañados sobre algunas cosas, el recuerdo de la hospitalidad árabe tan frecuentemente alabado por los viajeros y celebrado por los poetas, me vino á la imaginacion é invité á Mohammed á que hiciese algunas tentativas con los propietarios de las casas mejores que encontramos en nuestro camino; pero todas fueron inútiles; nada adelantamos con nuestra proposicion, y muy humillados con las negativas que recibíamos, nos fué forzoso reunirnos á nuestros amigos, que mas prudentes que nosotros y no queriendo dar pasos inútiles, nos esperaban á la puerta de Damanhour. No teníamos dos partidos que escoger: miré á mi alrededor para buscar un sitio favorable para nuestro campamento, y habiendo visto un grupo de palmeras, hice estender nuestras alfombras bajo su follage; en seguida fui el primero en dar el ejemplo de la resignacion con los decretos de la Providencia ciñéndome el cinturón y tendiéndome con la espalda vuelta á la ciudad inhospitalaria que nos habia rechazado de su seno.

Desgraciadamente, del lado opuesto á la ciudad, y precisamente en el círculo que abrazaba mi rayo visual, se elevaba una encantadora casa árabe cuyas blancas paredes se destacaban sobre un seto de sensitivas de un delicioso matiz verde. No pude resistir al deseo de hacer la última tentativa y envié á Mahomed de embajador al propietario de aquel oasis. Estaba este en la ciudad y en su ausencia sus criados no se atrevían á cargar con la responsabilidad de recibir á un extranjero.

Como media hora despues vi salir de Damanhour y dirigirse hácia donde nosotros estábamos, un caballero ricamente vestido y montado en un magnífico caballo blanco y seguido de numerosa escolta; presumí que era nuestro hombre, é hice colocar á nuestra pequeña caravana, recomendando á todos tomasen el aire mas lastimoso posible, orilla del camino por donde debía pasar. Cuando estuvo á diez pasos de nosotros, le saludamos, nos volvió el saludo, y reconociéndonos por nuestro traje como viajeros francos, se informó del motivo que nos detenía fuera de la ciudad á una hora tan avanzada. Referímosle entonces nuestra mala aventura en los términos mas propios para conmoverle. Nuestra relacion hizo un efecto maravilloso, y aunque la traduccion hubiese debido hacerla perder de su interés, no por eso dejó de invitarnos á que le siguiéramos y fuéramos á pasar la noche en aquella casita blanca de las verdes sensitivas que hacia una hora era el objeto de todos nuestros deseos.

Se nos introdujo primero en una habitacion espaciosa alrededor de la que habia un ancho diván cubierto de esterillas. Estendimos nuestras alfombras por encima; mas á pesar de esta precaucion no equivalia á un colchon

bien mullido. Apenas habíamos acabado aquellos nocturnos preparativos, entraron tres criados llevando cada uno un plato de porcelana cubierto con una tapadera esférica de plata de un precioso trabajo: el uno contenia una especie de guiso de carnero, el otro arroz y el tercero legumbres: dejaron este servicio en tierra, nos sentamos Mayer y yo uno en frente de otro. Un esclavo nos trajo una palangana para lavarnos las manos, y comenzamos nuestro aprendizaje de gastronomia oriental sirviéndonos cada uno con nuestros dedos; lo cual, á pesar de nuestro apetito, quitó un poco de ilusion á nuestra comida. En cuanto á la bebida era sencillamente agua de algibe en una botella con tapon de plata. Terminada la cena, el mismo esclavo nos dió otra vez agua para lavarnos las manos y enjuagarnos la boca; despues trajeron el café y las pipas, y nos dejaron en completa libertad de velar ó dormir.

Nos estuvimos contemplando todavia algun tiempo á través del humo de nuestras pipas: luego, despues de dar gracias por la hospitalidad á nuestro huésped, cerramos los ojos recomendándole al Profeta.

Al dia siguiente me desperté al rayar la aurora y en dos saltos me puse en pie y fuera de la casa. Di la vuelta á la ciudad por encontrar sus mejores vistas; despues de haber dibujado una general hice dos ó tres bocetos de mezquitas, y volví corriendo á unirme con mi caravana y dar la órden de partir. Antes de abandonar la casa quise dar gracias al dueño; pero nuestro sábio musulman estaba en su harem, y por tanto no hubo medio de verle, pregunté su nombre á fin de transmitirle á la posteridad: se llamaba Rustum-Effendi. Di el *batchis* á los esclavos, montamos en nuestras cabalgaduras, y á quinientos pasos de Damanhour nos encontramos en medio del desierto. Caminamos seis ó siete horas por la arena, por fin llegamos á una colina un poco elevada desde cuya cima descubrimos de repente y sin preparacion el Nilo.

A las áridas llanuras sucedian paisajes encantadores: en lugar de algunas palmeras escasas y perdidas en un horizonte abrasado encontrábamos bosques cuyos árboles estaban cargados de fruto, el campo cubierto de mies. El Egipto es un valle en el fondo del que corre un rio, cuyas orillas con un inmenso jardín, que ambos lados roza el desierto; en medio de los bosques de sensitivas y dhalias, por encima de aquellas llanuras de mieses y arroz, revoloteaban pájaros desconocidos de precioso canto, de plumage de rubies y esmeraldas. Numerosos rebaños de búfalos y de carneros, conducidos por pastores demacrados y desnudos, seguian el curso del Nilo, por cuya corriente ascendíamos. Dos enormes lobos atraídos sin duda por el olor del ganado, salieron de un matorral á cincuenta pasos delante de nosotros. Se detuvieron en el camino como para impedirnos el paso y no

emprendieron la fuga hasta que nuestros burreros les arrojaron piedras. Descendía la noche rápidamente, y el camino, cortado por los canales necesarios para el riego, se hacía cada vez mas difícil; en algunos sitios estaba encharcado hasta el punto de hundirse nuestros burros hasta las rodillas caminando muy despacio. A pesar de nuestra repugnancia á andar por aquella especie de pantano nos vimos obligados á echar pie á tierra; bien pronto tuvimos que atravesar verdaderos torrentes; estábamos calados hasta los hombros, y estos baños aunque mas frescos que los de Alejandria eran infinitamente menos agradables. Entonces salió la luna é iluminando nuestro camino dió á aquel maravilloso paisaje un nuevo aspecto. A pesar de las dificultades del camino no podíamos permanecer insensibles á las bellezas de los sitios que atravesábamos; en la cima de las colinas que separan el valle del desierto, veíamos moverse graciosamente las palmeras que se destacaban vigorosamente sobre el fondo del cielo, mientras que á cada paso encontrábamos mezquitas cuya base bañaba el Nilo y que rodeaban en la sombra de su verdura sicomoros de prolongadas ramas inclinadas hácia la arena. Desgraciadamente de cinco en cinco minutos nos sacaba de nuestro éstasis algun canal por donde debíamos bajar ó algunos pantanos en que nos era preciso hundir; de modo que cuando vimos á Rosseta estábamos tan completamente calados que nuestros zapatos, como los de Panurgo, recibían el agua escurrida de nuestras camisas.

A medida que nos aproximábamos á la ciudad nuestras ideas adquirían un tinte mas risueño; nos veíamos ya de antemano en una habitacion bien cerrada donde cambiábamos nuestros vestidos empapados por los de algun buen musulman, porque nuestras maletas estaba en Alejandria y nuestro guardaropa se limitaba á lo que teníamos puesto. Los estómagos por su parte empezaban á gritar hambrientos: recordábamos con delicia nuestra cena de la víspera y pedíamos una semejante aunque tuviéramos que comerla con nuestros dedos; en cuanto á la cama, estábamos tan extraordinariamente cansados que el primer divan que se nos presentara nos hubiese servido perfectamente. Nos hallábamos, pues, como se comprende, dispuestos á acomodarnos con facilidad. Con estas disposiciones llegamos á las puertas de Rosseta. Estaban cerradas. Quedamos como si nos hubiera caído un rayo: de todas las posibilidades, esta clausura era la única que se podia ocurrir á nuestra imaginación: llamamos desesperados; pero los guardas no quisieron oír. Hablamos de *baltchis*, ese gran medio de conciliación; desgraciadamente las hendiduras de las puertas no eran bastante anchas para introducir una moneda de cinco francos. Mohammed rogó, suplicó, amenazó, todo fué inútil. Entonces se

volvió hácia nosotros y nos dijo con la tranquilidad de la convicción, que no había medio por aquella noche de entrar en Rosseta; por lo demas conocimos que decía verdad en su resignación verdaderamente musulmana, y en que nuestros burreros miraron inmediatamente á su alrededor á fin de buscar el sitio mas favorable para un campamento. Nosotros estábamos tan furiosos que quedamos solos á la puerta todavía un cuarto de hora largo. Al fin Mohammed volvió á anunciarnos que había descubierto un vivac muy bueno. No había otro partido que seguir; nos decidimos á ello prouunciando juramentos. Nos condujo junto á una mezquita rodeada de lilas en flor donde encontramos nuestras alfombras tendidas bajo dos magníficas palmeras; nos tendimos en ellas con el estómago vacío y el cuerpo empapado: pero estábamos tan cansados que despues de haber tiritado un poco, estremeciéndonos despues con el frio de la fiebre, caímos al fin en un aletargamiento que para los que nos vieron tendidos en aquel momento semejaba bastante al sueño. Al dia siguiente cuando abrimos los ojos, el rocío de la mañana había caído sobre el agua de la víspera; de modo que teníamos la rigidez del frio; quisimos levantarnos, pero ninguna articulacion se doblaba; estábamos envueltos en nuestros vestidos como puñales en sus vainas. Llamamos á Mohammed y á los burreros en nuestro auxilio: mas familiarizados que nosotros con las noches pasadas al raso, sacudieron sus vestidos y se acercaron á nosotros. Estábamos tiesos como de una pieza: nos levantaron por los hombros, como Pallaso levanta al Arlequin, y nos arrimaron á las palmeras con el rostro vuelto hácia el sol que salía: al cabo de algunos minutos experimentamos la bienhechora influencia de sus rayos, la vida nos volvía con el calor; poco á poco nos fuimos deshelando; por fin, á eso de las ocho de la mañana nos encontramos bastante listos de cuerpo y secos de vestidos para hacer nuestra entrada en la ciudad.

## IV.

## NAVEGACION POR EL NILO.

Las casas de Rosseta son de ladrillo, y muchas tienen cuatro ó cinco pisos; el embovedado de la planta baja está sostenido por columnas de granito color de rosa, de diversas dimensiones, sacadas todas de las ruinas de la antigua Alejandria. El Nilo que pasa al pie de la ciudad, donde forma un puerto cómodo, está cercado de hermosos y estensos arrozales cu-

yo color verde claro contrasta graciosamente con las masas sombrías de los negros sicomoros y las flexibles palmeras que se pierden en el horizonte.

El cónsul francés, Mr. Camps, nos recibió con mucha cortesania, y nos presentó á su muger é hija. Encontramos con aquellas señoras á un compatriota llamado Mr. Amon; era un veterinario, discípulo de la escuela de Alfort, que habia entrado hacia cinco ó seis años al servicio del pachá de Egipto; se habia casado en Rosséta con una doncella cophta. Los cophtos, como se sabe, son cristianos; de modo que esta union en nada afectaba su conciencia religiosa; sin embargo, habia algo de particular en la manera como se verificó. Cuando Mr. Amon estuvo decidido á tomar muger, se habia informado si habia alguna doncella en el pais con quien casarse. La persona á quien se dirigió, y que era agente de esa clase de negocios se puso en su busca, y dos ó tres dias despues volvió con una respuesta satisfactoria. Habia hallado una jóven cophta, linda y de catorce años de edad. Mr. Amon pidió se la presentara. Como esta peticion era contraria á la costumbre, se le respondió que era imposible; pero que por lo demas podia preguntar y se le contestaria fielmente á todas sus preguntas, aun á las que al pronto pudieran ser las mas indiscretas. Debieron ser las noticias completamente favorables á la futura, porque al dia siguiente se ofreció una dote considerable á los padres y fué aceptada por ellos. En consecuencia fijóse el dia para la ceremonia, y en la hora convenida, Mr. Amon de una parte y los padres de la futura de la otra, se reunieron en casa del kadí. Entregada la suma, la doncella sirvió de carta de pago, y el esposo se llevó á su esposa. Hasta llegar á su casa no se levantó el velo. Habian sido exactos en todo, y Mr. Amon se felicita todavia hoy de este matrimonio á lo Colin-Maillard.

Sin embargo, no se crea que sucede siempre así. Hay algunas veces crueles desengaños. En este caso el marido engañado vuelve á enviar la esposa á casa de sus padres, dándole una segunda dote del mismo valor que la primera. Todavía conserva este derecho cuando la decepcion es puramente moral, cuando pasado algun tiempo los dos cónyuges conocen que sus caracteres no pueden simpatizar. Entonces los maridos vuelven á quedar libres, y al dia siguiente de este divorcio, por consentimiento mútuo, les es permitido pasar á segundas, terceras y cuartas nupcias.

Mr. Amon nos dió estos detalles al tiempo que nos llevaba á ver, fuera de Rosséta, la mezquita de Abou-Mandour, que se eleva á orillas del Nilo. Este edificio, completamente oriental, y colocado en medio de un paisaje encantador, se introduce en el rio, dejando un estrecho paso entre su base y la otra orilla, poblada de casitas rodeadas de arrozales. Una cúpula en forma de corazon colocado al re-

vés, y coronado de una media luna, domina las paredes blancas y festoneadas; un medeneh de particular elegancia, levanta en uno de los ángulos sus galerías con antepechos cortados como un encage, mientras en la parte opuesta parece sostener una enorme masa de arena formando una colina sobre el declive de la montaña; en todo el circuito crecen con un solo tallo altas palmeras, algunas de las que rodean, coronándola como con una diadema, la estendida y sombría copa de un colosal sicomoro.

Los verdaderos creyentes dicen que es el santo dervis Abou-Mandour, quien sostiene con sus hombros las montañas de arena que parecen prontas á devorar la mezquita y cegar el Nilo.

Un espectáculo curioso para los europeos nos esperaba al volver á entrar en Rosséta: en los escalones y á la sombra de una mezquita, un santón completamente desnudo, estaba indolentemente tendido: con aquel trage y en aquella postura que le eran habituales, esperaba á que los devotos del barrio le llevasen su alimento; cuando entre sus proveedoras distinguía por acaso una que le agradaba, la honraba al instante con sus caricias, las que tenia á mucha honra recibir. Este extraño espectáculo no chocaba á nadie, y se citaba como una susceptibilidad completamente exagerada la de un honrado musulman que algunos dias antes habia arrojado su capa sobre un grupo que recordaba muy al vivo el del cínico Grates y de su muger Hiparquia.

Mr. Camps y Mr. Amon nos habian ofrecido la hospitalidad; pero por no incomodarlos no aceptamos, y fuimos á establecernos á una antigua casa de capuchinos, edificio vasto y deteriorado, donde no quedaba mas que un fraile de esa orden, ruina viviente en medio de aquellas ruinas muertas. El pobre anciano habia comido como los soldados de Ulises los frutos del lotos, que hacen perder la memoria; hacia veinte años que no le habia llegado ningun rumor de un mundo que le habia olvidado, y devolvía á la Europa indiferencia por indiferencia. Sus metódicas costumbres, su ancho trage, cortado á la moda oriental, le habian atraído la consideracion de los árabes; me olvidaba de su barba, que no habia contribuido poco á ello.

Fuimos á pasar la noche en casa de un amigo de Mr. Amon, apreciable turco que habia sacrificado el precepto mas conocido del Koran, por su aficion al vino. La habitacion en que nos recibió era sencilla, como casi todos los salones orientales; segun se acostumbraba en cuanto al mueblage, un gran divan le rodeaba; un surtidor colocado en medio, derramaba el agua en una preciosa fuente de mármol blanco con una pila octógona; algunos tiestos de flores raras y de brillantes colores, cubiertas de perlas liquidas, como si hubiese caído sobre ellas el rocío de la maña-

na, estaban colocados con gusto alrededor de la pila, y daban un aspecto encantador y alegre á aquel inmenso salon. El turco nos recibió allí en medio de sus amigos, nos hizo ocupar un lugar en el círculo, y nos presentó la pipa y el café. Media hora despues nos sirvieron una limonada preparada por sus mugeres; esto reanimó poco la conversacion, que era de las mas lánguidas, porque era preciso traducir lo que nosotros deciamos y lo que se nos contestaba. No hay diálogo, por animado que sea, que pueda sostener esa prueba: así este trabajo de imaginacion concluyó por fastidiar de tal modo á los interlocutores ó intérpretes, que nos levantamos de comun acuerdo y nos retiramos. El turco por su parte, preciso es hacerle esta justicia, no hizo ningun esfuerzo para detenernos.

Al dia siguiente vimos llegar de Alejandria á Mr. Taylor, al comandante Bellanger y á Mr. Cidoux, cirujano primero. Este último habia ido menos por curiosidad que por un sentimiento filantrópico, que le colocó en grande estima para con nosotros. Habia oido hablar de una manera aterradora de las oftalmías de Egipto, y esponia sus ojos por salvar los nuestros.

Como nada nos detenia en Abou-Mandour, y teniamos prisa de ver el Cairo, al dia siguiente, 6 de mayo, fletamos un djerme de la mayor dimension; el que escogimos tendria cuarenta pies de largo, y llevaba dos velas latinas y triangulares de un tamaño extraordinario. En el momento de la partida, y cuando todo estaba preparado, nos encontramos con que el viento era contrario: acopiamos paciencia yendo al baño.

Como en Alejandria, la casa de baños era el mas vasto y hermoso monumento de la ciudad; como en Alejandria volví á pasar por las pruebas del vapor condensado y del agua hirviendo; pero sea que mis pulmones se hubiesen dilatado respirando arena, sea que mi piel se hubiese endurecido á los rayos del sol egipcio, no esperimé ningun malestar: aun la operacion del magullamiento la sentí con gran satisfaccion mia, y sin violencia adquiri en mi bañero posturas que hubieran hecho honor á Mazurier y á Auriol.

La mañana del 7 de mayo nos despertaron anunciándonos que el viento habia cambiado: era una buena noticia la que nos comunicaban. Comenzábamos á fastidiarnos sóberanamente en Abou-Mandour, y cualquiera que fuese ya mi aficion al baño, no podia, sin embargo, renunciar al elemento que me es natural; resultó, por tanto, que nos pusimos en camino con viva satisfaccion. El dia era magnífico: soplabá el viento como si hubiera estado á nuestras órdenes, y nuestros marineros ejecutaban su maniobra cantando para animarse á trabajar á compás. Hicimos nos tradujesen dos de aquellas canciones: la primera se componia de algunos versículos en alabanza

de Dios; la segunda era una reunion de sentencias y reflexiones filosóficas unidas las unas á las otras, y entre las que nos pareció la mas nueva y notable esta: «La tierra no es nada; todo es miseria en este mundo.» Como estábamos alegres, y estas verdades nos parecieron demasiado sérias para nuestra disposicion de espíritu, suplicamos á nuestros árabes cantasen alguna cosa mas jovial. Fueron inmediatamente á buscar los dos instrumentos necesarios para el acompañamiento; el uno era una especie de caramillo que recordaba la antigua flauta, y el otro un simple tambor cuya caja de barro ensanchaba por arriba; la parte mas ancha estaba cubierta de una piel muy fina que se hizo poner tirante aproximándola al fuego. Comenzó entonces una algazara que absorbió de tal modo nuestra atencion por su especialidad salvage, que no pensamos en preguntar el sentido de las palabras, completamente ocupados en procurar reparar en medio de aquella barahunda una frase musical cualquiera. Pronto se distrajo nuestra curiosidad de la poesia y de su acompañamiento con un grueso turco de turbante verde, descendiente de Mahomed, que escitado por aquella melodía, se levantó lentamente balanceándose alternativamente y á compás, sobre cada una de sus piernas, y por último, decidiéndose al fin, pasó resueltamente á ejecutar una danza grosera y lasciva. Luego que concluyó le dimos las gracias por el placer inesperado que nos habia proporcionado; nos respondió con un aire desenvuelto que así era como las *almes* bailaban en las plazas públicas del Cairo: felizmente en nuestra cualidad de parisenses no teniamos gran fé en los programas, y tomamos el suyo en lo que valia.

El dia se pasó en estos recreos melódicos y coreográficos. En toda nuestra navegacion nos habia ofrecido el Nilo graciosamente sus dos orillas festoneadas de una maravillosa verdura; al anochecer el sol descendió rápidamente y sus últimos rayos iluminaron una encantadora aldea coronada de palmeras.

Nos retiramos á la popa del djerme; nuestros marineros habian construido allí una tienda ó mas bien una especie de arco de puente de tela sostenido por cañas flexibles y encorvadas: estendimos allí nuestras alfombras sobre las que nos dormimos.

Cuando despertamos tenia el paisaje el mismo aspecto que la vispera; solo que á medida que subiamos por el rio las aldeas iban siendo menos notables y mas escasas. El dia pasó en los mismos establecimientos; pero el descendiente de Mahomed nos pareció menos gracioso que la vispera; ya nos familiarizábamos con lo grotesco.

Al dia siguiente habian ya comenzado los cantos y todavia dormiamos; creimos al abrir los ojos que era una serenata que nos daba nuestro equipage; nada de eso; el viento se habia vuelto contrario, lo que obligaba á los

marineros á trabajar rápidamente para vencer la corriente. Cantaba el patron del barco con todas sus fuerzas una letanía respondiendo los árabes á todos los versículos: *Eleyson*. ¡A cada estribillo retrocedíamos, cincuenta pasos!

Como el patron calculó que de aquel modo habríamos vuelto á Abour-Mandour á la noche siguiente ó dos dias despues á mas tardar, dió orden de amarrar cerca de una aldea por delante de la que pasábamos retrocediendo. Apenas estuvo el barco amarrado, salté á tierra y me dirigí hácia la casa mas próxima: con gran trabajo pude conseguir un poco de leche en un tazón; nos fuimos al abrigo de una pared de tierra para librarnos de los torbellinos de ardiente polvo que el viento levantaba, y empezamos el almuerzo.

Una abominable santona se aproximó á nosotros con un traje exactamente parecido al de su colega de Damanour: si el hombre nos habia parecido medianamente gracioso, la vieja nos pareció atroz. A medida que se adelantaba se apoderaba de mi espíritu un temor horrible, el de que la entrase el deseo de honrarnos, por nuestra cualidad de extranjeros, con sus caricias; me apresuré á comunicar esta idea á la sociedad estremeciéndose todos de horror. Felizmente salimos del susto: la vieja se contentó con pedirnos limosna; nos apresuramos á darla pan, dátiles y algunas monedas. Mediante este rescate se alejó de nosotros y nos dejó acabar nuestra comida.

Dos horas despues, habiendo calmado el viento, nos volvimos á poner en camino.

Adelantábamos lentamente; al inconveniente del viento contrario habia sucedido el de los bagios, y aunque no calábamos mas que tres pies escasos de agua, tocábamos algunas veces en la arena. Andamos así dos ó tres leguas en cuatro ó cinco horas y con gran fatiga. Al anochecer vimos elevarse lentamente sobre un horizonte rojizo tres montes simétricos cuyos contornos se detallaban sobre el cielo: ¡eran las pirámides! que aumentaban la dimension gradualmente, mientras que á nuestra izquierda las primeras cimas de la cadena líbica encerraba al Nilo en un flanco de granito.

Permanecemos inmóviles; no podían nuestros ojos separarse de aquellas construcciones gigantescas á las que iba unido un recuerdo antiguo tan grande y un recuerdo moderno tan glorioso! Allí habia tenido tambien el moderno Cambises su campo de batalla donde podíamos encontrar á nuestra vez los esqueletos de nuestros padres como Herodoto habia visto los cadáveres de los persas y de los egipcios! A medida que el sol descendia, sus reflejos subian, por los lados de las pirámides, cuyas bases cubierta la sombra, no tardó en centellear solo la cuspide como un punto enrojecido; despues quedó un último rayo

en la estremidad de aquella aguda base, semejante á la llama que arde en el extremo de un faro. En fin, tambien aquella llama desapareció como si se hubiese remontado al cielo para encender las estrellas, que un instante despues comenzaron á brillar.

Nuestro entusiasmo participaba de locura; batíamos palmas y aplaudíamos aquella magnífica decoracion. Llamamos al patron para decirle que no adelantara un paso durante la noche, á fin de no perder nada al dia siguiente del grandioso paisaje que iba á desarrollarse á nuestra vista. Precisamente nuestra determinacion era oportuna: iba él por su parte á decirnos que la dificultad de la navegacion exigia que arrojásemos el áncla. Permanecemos largo tiempo todavia sobre el puente mirando hácia el lugar de las pirámides, aunque la oscuridad no nos permitia ya distinguirlas; en seguida nos retiramos á nuestra tienda para hablar de ellas, no pudiendo ya verlas.

Al dia siguiente desperté el primero y me admiré de ver que todo el mundo dormia, á pesar de ser muy de dia. Esperimentaba yo un malestar semejante á una pesadilla; desperté á mis compañeros; el malestar habia sido general á todos; salimos de nuestra tienda: el aire era pesado y sofocante, se levantaba el sol triste y pálido tras un velo de ardiente arena llevada por el viento del desierto. Nos hallábamos oprimidos como cuando se baja á una atmósfera muy espesa; el aire que respirábamos nos abrasaba el pecho. No comprendiendo aquel fenómeno miramos á nuestro alrededor: nuestro marineros y el patron estaban sentados en una completa inmovilidad sobre el puente del djerme envueltos en sus mantas, uno de cuyos pliegues, cubriéndoles la boca, les daba el aspecto de esas figuras dantescas dibujadas por Flaxman; solo sus ojos parecian vivos; estaban fijos en el horizonte que interrogaban con ansiedad. Nuestra llegada al puente de ningun modo pareció distraerlos de su preocupacion; les dirigimos la palabra, pero permanecieron mudos; en fin, inquirí del patron mismo la causa de aquel abatimiento: entonces dirigió la mano hácia el horizonte y sin destaparse la boca:

—El *kramsin*, dijo.

Apenas pronunciadas estas palabras, reconocimos en efecto todas las señales de ese viento desastroso tan temido de los árabes. Las palmeras movidas por caprichosas ráfagas se balanceaban en diferentes direcciones, de modo que se hubiera creído se cruzaban corrientes en la atmósfera; la arena levantada azotaba nuestros rostros y cada granito nos abrasaba como una chispa que salta de un horno. Las aves alarmadas abandonaban las regiones elevadas y rozaban la tierra para preguntarla acerca del mal que la atormentaba: bandadas de gavilanes con sus alas largas y estrechas se cernian dando agudos gri-

tos, despues, repentinamente, se ponian sobre la copa de las sensitivas desde donde se lanzaban hácia el cielo rápidos y perpendiculares como flechas porque sentian estremecerse á los mismos árboles, como si los objetos inanimados hubiesen participado del temor de los seres vivos. Ninguno de estos síntomas visibles para nosotros, se escapaba á los árabes, pero en su mirada impasible y fija y en su fisonomía impenetrable, era imposible distinguir si eran propicios ó alarmanentes.

Como, á pesar de la opresion que causaba, el kramsin no parecia que ocasionaria grandes desastres, bajamos á tierra con nuestras escopetas, y fuimos en busca de unos pájaros de patas largas: costeamos las orillas del rio, como verdaderos cazadores de la llanura de Saint-Denis, acostumbrados á seguir el canal; solo que el terreno era mas tortuoso. Matamos algunas garzas y muchas alondras y tórtolas.

Al anochecer, un grito de llamada á que siguieron canciones nos llevó hácia el rio, donde encontramos nuestra tripulacion poseida de júbilo; cesaba ya el kramsin y nuestros marineros saltaban de alegría y se mojaban el rostro y los brazos en el Nilo para refrescarse. Este modo de bañarse á la europea me era peculiar; así que no quise que la fiesta terminase sin que tomase en ella parte. En un instante me quedé en traje de santón, y tomando carrera desde el barco, dí por encima de la barandilla un salto á lo husar, que denunciaba al primer golpe de vista el pantalon encarnado. Cuando volví á flor de agua, ví á toda la tripulacion ocupada en mirarme con la mayor atencion; sabia yo que no habia cocodrilos en el Nilo hasta mas arriba de la primera catarata; de modo que, no concibiendo ningun temor, no me pude dar razon del interés de los espectadores, sino explicándolo de un modo completamente lisonjero para mi amor propio. Mi agilidad y mi destreza redoblaron: todo lo que encierra el repertorio de la natacion, desde la brazada sencilla hasta la doble voltereta, ejecuté con un éxito creciente á la vista de mis atezados espectadores. Estaba haciendo la plancha, cuando de repente recibí en el muslo derecho una especie de descarga eléctrica tan violenta que sentí la mitad de mi cuerpo paralizado; me volví al punto boca abajo para nadar hácia el barco; pero inmediatamente ví que sin ayuda no podia volver á él. Medio riendo, medio tragando agua, pedí la pértiga, sacando el brazo derecho fuera del agua é intentando sostenerme con el izquierdo: la pierna derecha estaba insensible y se negaba á todo movimiento. Felizmente Mohammed, como si hubiese previsto el accidente que acababa de sucederme, estaba arrimado al borde del djerme con una cuerda que me arrojó; cogí el extremo de ella, tiró él del otro, y abordé el barco de un modo mucho menos triunfante que le habia

dejado. Sin embargo, en la indiferencia casi burlona con que los árabes me rodearon, juzgué que la aventura no tenia nada de alarmanente; no por eso dejaba de desear conocer la causa, aunque no fuese mas que por vivir prevenido en adelante. Mohammed me dijo que entre una porcion de pescados muy agradables al gusto y de estudio curiosísimo, se encuentra en el Nilo una especie de torpedo, cuya virtud eléctrica era tan conocida de los árabes, que temiendo la sensacion dolorosa que yo habia experimentado, se habian contentado, como habia yo visto, con lavarse con precaucion en el rio la cara y las manos. Lo que en todo esto me pareció muy claro fué que si la electricidad les desagradaba en ellos no les disgustaba estudiar sus efectos en el europeo; por lo demas aun no habia concluido la esplicacion, cuando el dolor habia cesado; mi pierna y mi brazo habian vuelto á prestar su acostumbrado servicio.

El viento habia cesado completamente. Pensamos en comer el producto de nuestra caza, lo cual hicimos á bordo del djerme, para librarnos con mas seguridad de la visita de alguna nueva santona; luego fuimos á visitar nuestras alfombras, por temor de que le diese á algun alacran el deseo de repetir el bromazo del torpedo, lo que hubiera sido mucho menos gracioso; esta vez fueron nuestros árabes los que nos invitaron á tomar esta precaucion. Desempeñado esté cuidado, nos dormimos con la dulce esperanza de ver al dia siguiente el Cairo, del que no distábamos mas que siete ú ocho leguas.

V.

## EL CAIRO.

Al dia siguiente, al rayar el dia, levamos ancla, y nos aproximamos rápidamente á las pirámides, que parecian salir á nuestro encuentro é inclinarse sobre nuestras cabezas. Al pie de la cadena libica, pelada y estéril, á través de los vapores arenosos que condensaban la atmósfera, comenzábamos á percibir las torres y cúpulas de las mezquitas coronadas por sus medias lunas de bronce. Poco á poco aquella cortina, impulsada ante nosotros por el viento norte, que impelia nuestro barco, se elevó huyendo por encima del gran Cairo, y nos descubrió las altas azoteas de la ciudad, cuya base estaba todavia oculta por las orillas elevadas del rio. Avanzábamos velozmente, y estábamos ya casi á la altura de las pirámides de Ghyzé. Mas allá y sobre la misma orilla, se mecía graciosamente el bosque



Ciudadela del Cairo.—Pág. 46.—S.



de palmeras que crece en el sitio donde estuvo en otro tiempo Menfis, y costea la ribera donde se pascaba la hija de Faraon cuando salvó á Moisés de las aguas: y por encima de esas palmeras, entre una espesa bruma, no de niebla sino de arena, distinguimos las rojizas cúspides de las pirámides de Sakkara, esas seculares antepasadas de las pirámides de Ghyzé. En breves instantes pasamos entre muchos barcos cargados de esclavos: uno de ellos contenía mugeres. Al punto que las vió el patron, clavó un puñal en el palo mayor y echó sal en el fuego: esta doble operacion tenia por objeto neutralizar el mal de ojo. El conjuro fué eficaz: una hora despues desembarcamos sin accidente en Schoubra, en la orilla derecha del Nilo. Nos enseñaron á alguna distancia la casa de campo del pachá: era un edificio encantador rodeado de frescura y verdor.

Aquí encontramos burros y burreros, aquellos mejores y mas altos que los de Alejandria, los otros mas solícitos y mas luchadores todavía, si es posible, que sus colegas de orilla del mar. Ahora, instruidos ya por la experiencia, nos guardamos bien de hacer los melindrosos, y tomaudo por una hermosísima calle de sicomoros cuyas sombrías copas interceptaban los rayos del sol, nos dispusimos á caminar rápidamente la legua que nos quedaba que andar.

Toda la diferencia que el desembarco habia producido en nuestra manera de viajar era que en lugar de subir el Nilo en barco, seguíamos su ribera en burro. Por lo demas, como nos hallábamos en una elevacion de unos treinta pies, el horizonte era mas estenso, veíamos frente á nosotros la isla de Rondah, base del monumento donde se conserva el nilómetro, instrumento destinado á medir las inundaciones del Nilo: algunas líneas trazadas en él indican los años en que la creciente del rio, llegando á una altura desacomtumbrada, produjo una fertilidad memorable. Allí es donde todos los años, los cheiks de las mezquitas publicando la elevacion de las aguas, dan la medida de los regocijos á que se pueden entregar, ó como musulmanes resignados, anuncian la esterilidad próxima, el ayuno y el hambre á que la insuficiente crecida del rio condena á los habitantes de sus riberas. En aquel momento teníamos á nuestra derecha las pirámides de Ghyzé que descubrimos desde su cúspide á su base, así como la colina formada por la grande esfinge que las guarda hace tres mil años, y que tiene vuelta hácia el mausoleo de los Faraones su rostro de granito, mutilado por los soldados de Cambises. En fin, á nuestra izquierda se extendia la vista por el campo de batalla de Heliópolis, á que dió celebridad Kleber, y cuya vasta soledad, que se estiende hasta mas allá de donde alcanza la vista, no está animada mas que por un sicomoro, que reverdece en

medio de la ardiente arena del desierto. Nuestros guias nos le hicieron observar; porque una tradicion árabe refiere que bajo este árbol descansó Maria cuando huyendo de la cólera de Herodes, José, dice San Mateo, *cogió de noche al tierno infante y á su madre y se retiró á Egipto*. Segun los mismos mahometanos, al amparo que prestó á la madre de Cristo, debe este árbol su milagrosa longevidad y su verdor eterno.

Entretanto habíamos llegado á Boulak, especie de arrabal del Cairo, centinela de la ciudad, encargado de guardar la puerta. No nos faltaba ya mas que media legua: dirigimos una mirada á la rada llena de animacion por una multitud de lanchas y djermes que remontando el Nilo, llevan los productos de los jardines, ó bajando por él, las mas sabrosas frutas del Alto Egipto, que no puede madurar el sol demasiado débil del Delta. En la aldea denotaba la poblacion por su número y actividad la aproximacion de una gran ciudad; enseñé los muros á Mohammed: comprendió éste mi deseo.—*El Masr*, exclamó; y poniendo su burro al galope, nos invitó con la accion á seguirle. No nos hicimos repetir la invitacion, y nuestras cabalgaduras que conocian volvian á sus casas, secundaron con la mejor voluntad nuestra impaciencia. No tardamos en ver el Cairo completamente aislado en medio de un Océano de arena, cuyas abrasadoras olas baten sin cesar sus flancos de granito, en las que concluirian por abrir brecha, si dos veces al año, el Nilo, poderoso auxiliar, no librase momentáneamente á la ciudad de ese molesto sitiador. A medida que nos aproximábamos, distinguimos los variados colores de los edificios y los dibujos elegantes de las cúpulas, y por encima de las matizadas aspilleras que coronan las murallas, lanzándose al aire semejantes á las piezas de un inmenso juego de ajedrez, los medenchs de trescientas mezquitas; por fin, llegamos á la puerta de la Victoria, la mas linda de las setenta y una que rodean el Cairo, y por la que Bonaparte entró al dia siguiente de la batalla de las Pirámides, el 29 de julio de 1798.

Apenas entró en la ciudad Mr. Taylor, que sabia el inconveniente de pasearse por el Cairo al modo que un provinciano que llega á Paris, se dirigió al galope por una de las calles que se nos presentaban: nos vimos precisados á seguirle por temor de estraviarnos; efectivamente, veíamos que nuestros vestidos á la europea atraían sobre nosotros la atencion de una manera poco favorable; hay momentos en que se adivina el peligro sin verle, por instinto y como por presentimiento. Sobre todo, el uniforme de los oficiales de marina preocupaba singularmente á los siervos del Profeta. Redoblamos, pues, nuestra celeridad, tropezando turcos y árabes que pasaban con sus brillantes trages ante nuestros deslumbrados ojos, y nos gritaban: *yamin ó chemal*, es

decir, á derecha ó á izquierda, segun que esta maniobra les parecia necesaria de nuestra parte para que no se les estorbara en la línea recta é invariable que seguian gravemente, fuese á pie ó á caballo. En fin, despues de una de esas carreras como se dan en sueños, en medio de seres fantásticos y desconocidos, á través de las estrechas y tortuosas calles que nos hacia pasar Mr. Taylor, porque era el camino mas corto, llegamos al centro del barrio franco, y desmontamos á la puerta de un padorano italiano.

Nuestro primer cuidado fué mandar nos enviasen un sastre: nuestro mesonero nos proporcionó uno al instante. Era un turco de pura raza. Nos dió á elegir telas, y sacando del bolsillo de su pantalon un hilo del que pendia un plomo, le colgó de modo que encontrase su nivel desde mi espalda, en que le apoyó, hasta el empuje del pie, y leyó el grado que sobre el hilo estaba marcado; hizo lo mismo con cada uno de nosotros, y salió: la medida estaba tomada.

Terminada esta operacion, pensamos en otra no menos urgente: la preocupacion de los grandes recuerdos que se presentaban á nuestra imaginacion, el aspecto grandioso del paisage, el deseo vehemente de llegar al Cairo, nos habia hecho olvidar del almuerzo; mas apenas estuvimos en nuestra habitacion, donde la falta de vestido nos detenia hasta la noche, nuestro estómago reclamó con viva instancia la doble racion que le era debida. La peticion era muy justa para que nos apresuráramos á satisfacerla. Llamamos á nuestro huésped, encantados de encontrar con quien hablar sin necesidad de intérprete, y le pedimos de comer. Media hora despues dispusieron en nuestra habitacion un servicio á la europea: confieso que no dejé de satisfacerme el sentarme cristianamente á una mesa. Sin embargo, nuestra preocupacion gastronómica no llegó hasta olvidarnos de Mohammed; le llamamos por la ventana del patio, y á nuestra llamada ocupó su sitio en el suelo, cerca de nosotros.

Si nosotros le habíamos divertido al principio de nuestro viage, cuando nos habia sido preciso reemplazar únicamente con nuestros dedos la cuchara, el tenedor y el cuchillo, en aquel momento éramos nosotros los que triunfábamos; el pobre diablo estaba asombrado de vernos manejar tan diestramente instrumentos que le eran desconocidos. Intentó imitarnos; pero despues de haberse pinchado los labios y las encias dos ó tres veces, volvió á su sistema natural y dejó á un lado cuchara, tenedor y cuchillo. La suntuosidad de la comida no admiró menos su frugalidad árabe; pero acerca de este segundo punto fué mas fácil de acomodarse que sobre el primero: comió de todo, y todo lo encontró completamente bueno.

Llegada la noche nos aprovechamos de la oscuridad para recorrer las calles que condu-

cian al consulado de Francia. El vice-cónsul, entusiasmado al ver compatriotas, quiso darnos una pequeña fiesta: media docena de músicos del pais llegaron, se sentaron en cuclillas en círculo frente al divan sobre que estábamos sentados, afinaron sus instrumentos con una seriedad imperturbable, y comenzaron á tocar aires nacionales alternados con cantos. Necesario es haber oido la música turca ó árabe para formarse una idea del grado á donde puede llevarse lo grotesco; aquello era de lo mas completo, y sin la precaucion que los músicos habian tomado de bloquearnos, mis recuerdos de los Bufos hubieran predominado sobre mi cortesania natural, y hubiera emprendido la fuga al cuarto compás. Despues de dos horas, las mas atroces que he pasado en mi vida, los instrumentistas se levantaron por fin, siempre graves y tiesos, á pesar de la mala jugada que acababan de hacernos, y salieron. El vice-almirante nos dijo entonces que para hacernos los honores debidos nos habian tocado su música mas grave; pero que otra vez les oiríamos *cavallinas* mas *vivaces* y alegres.

Volvimos al hotel conducidos por un *caffa* que marchaba delante de nosotros alumbándonos con una linterna de papel pegado sobre una espiral de alambre; las calles estaban completamente desiertas. Entramos en la posada sin encontrar alma viviente y nos acostamos en buenas camas: era la primera vez que lo hacíamos desde Alejandria.

Por mas que tuviesen una gran superioridad los catres sobre los divanes, y los colchones sobre las alfombras, tenia yo los nervios tan extraordinariamente afectados por la música infernal con que nos habian obsequiado, que no pude dormir. No tardó una causa estraña y fisica en unirse á la irritacion nerviosa que me tenia despierto: sentí saltar y correr sobre mi cama animales que no podía distinguir en la oscuridad, y que á pesar de mi ligereza en perseguirlos con la mano en cuanto sentia sus pasos sobre alguna parte de mi cuerpo, se me escapaban con una destreza y una sagacidad que anunciaba de parte suya una gran práctica en aquel género de ejercicio; en un momento de descanso en que estaba yo de espera, oí á Mayer, acostado en el otro extremo de la habitacion, andar á la misma caza. Entonces ya no tuve duda; era un ataque en regla y combinado; nos aliamos al punto de palabra, y habiéndonos informado mutuamente de la critica situacion en que nos encontrábamos, nos apoyamos en las cabecezas de nuestras camas para no ser sorprendidos por detrás, y comenzamos una defensa en toda regla. Pero mi actitud y la palabra eran impotentes; como el mameluco

*que combate, carga, huye y vuelve á huir*

nuestros enemigos eran inagarrables: tomé el partido, con mi vela apagada en la mano, de

hacer una salida hasta la antesala donde ardia una lámpara, y volví á entrar inmediatamente con la luz. Esta vez, si no habíamos podido tocar antes á nuestros antagonistas, podíamos al menos verlos; eran enormes ratas viejas y gordas como patriarcas; al aspecto de la vela encendida verificaron su retirada con el mayor desórden y dando gritos de espanto por debajo de la puerta, á la que faltaba para llegar al suelo cerca de cuatro pulgadas. Entonces nos ingeniamos como pudimos para cerrarlas aquella retirada: despues de proponer muchos medios sin resultado aceptable, ví que habia llegado la hora de una grande abnegacion y, nuevo Curcio, sacrificué mi redingot que arrollé como un ródillo y con él tapé la puerta. Apenas nos habíamos vuelto á acostar y apagado la luz, volví á comenzar el sitio; pero ahora la entrada estaba tapada y nos dormimos con la seguridad de que mi táctica habia tenido buen éxito.

Por la noche habia yo puesto un redingot bajo la puerta; al dia siguiente me encontré una chaqueta redonda irregularmente roída: los faldones habian desaparecido, eran los despojos óptimos.

Este déficit en mi traje, unido á la imposibilidad de salir, sin esponerme á injurias, del barrio franco donde no hay nada muy curioso que ver, me detuvo en la posada. Aproveché este dia de cuarentena para consignar en el papel algunas reflexiones arquitectónicas, resultado de antiguos estudios que habia hecho con Mr. Taylor en el Norte y de los nuevos que acababa de empezar con él en Oriente.

La arquitectura árabe presenta al primer golpe de vista un carácter de estraña individualidad que la hacian mirar, así como ciertas plantas indigenas que crecen en el suelo, como pertenecientes esencialmente al país, y sin que tengan nada análogos mas que un cierto radio oriental. Sin embargo, por mas que esta hija ingrata se cobige misteriosamente bajo su cúpula de oro, ciña su cabeza de versículos escritos en una lengua desconocida que la oprimen la frente, como los listones geroglíficos de una momia egipcia, y envuelva su talle en un manto de mármol de mil colores, una vez que la mirada del arqueólogo, familiarizada con la deslumbradora belleza de su ornamentacion, descienda á detalles particulares del plan general, una vez levantada la primera cubierta, toda vez, en fin, que se quite la corteza al objeto, se reconoce en sus músculos, en sus órganos, la antigua familia, el origen comun, el fraternal manantial donde el Norte y el Oriente, el cristianismo y el mahometismo han ido á buscar lo que á cada una le faltaba propiamente, es decir, la mano que debia trazar el plano de las mezquitas del Cairo y las basílicas de Venecia.

Porque he aqui, en pocas palabras, la historia completa de la arquitectura. Nacida en

la civilizacion antigua de la India, comenzó por construir cavernas antes de edificar palacios; tuvo templos monólitos antes de tener catedrales aéreas; despues y paulatinamente, lo que estaba debajo subió á la superficie, y aquel dia salió á luz el arte de las grandes naciones y de las grandes épocas.

¿Atravesó la arquitectura india el mar Rojo para pasar á la Etiopia? Esto es lo que se ignora. La egipcia ¿fue su hermana ó tan solo su hija? No se sabe; solo si que partió de Me-roé, grave y poderosa como una progenitora, edificó á Philoe, Elephantina, Thebas y Tentyra, se detuvo despues mirando las murallas de Menfis levantarse bajo las manos de hombres estraños que subian por el Nilo, por cuya corriente ella bajaba. Esta es la segunda época. Es la época del progreso, que precede á la época del arte; es la época en que se levantan por medios dinámicos desconocidos en nuestros dias, masas gigantescas sobre bases monólitas; es la época en que el arquitrabe de un solo trozo reuniéndose en el centro del capitel forma la bóveda cuadrada, plana y maciza; es la época, en fin, en que todos los monumentos, cualquiera que sea su destino, demostrarán en su aspecto haber sido edificados por gigantes. Así, la palabra grandiosa es la idea dominante en aquella época, y está escrita desde Babilonia á Palanqué, y desde Elephantina á los muros de Esparta, no ya con piedras sino con rocas.

La Grecia sucede al Egipto: la hija graciosa y coqueta á la madre silenciosa y velada; el arte á la idealidad, lo bello á lo grande. Entonces nacen palabras desconocidas, la pureza, la proporcion, la elegancia: Atenas, Corinto, Alejandria derraman un pueblo alegre de ninfas bajo cuatro órdenes de columnas; la construccion queda estacionaria, la ornamentacion se eleva á su apogeo.

Viene despues la laboriosa Roma con su multitud de obreros y soldados, para quien el granito, el pórfido y el mármol son ya raros, á causa del gasto que de ellos han hecho sus mayores, y que no posee mas que el artificio. Es preciso que los materiales menudos succedan á los grandes; pero la ciencia viene en ayuda de la pobreza é inventa la bóveda semicircular. La cimbra forma desde entonces el carácter principal del arco romano, porque la aplica á todo, á sus templos á sus acueductos, á sus arcos de triunfo; únicamente en las estremidades y sobre los limites de su imperio, se reflejan los países que están vecinos. En Petra, escava palacios monólitos como en la India; en Persépolis, reemplaza el capitel toscano ó corintio con la cabeza de los elefantes de Dario ó de los caballos de Gerges.

De repente es interrumpida esta inmensa Babel; el Oriente lanza el Norte sobre el Occidente, y los dos caen rodando sobre el mundo caduco al que rodean como una serpiente, inundan como un mar, devoran como un in-

ceudio. Roma, la reina del mundo, prepara apresuradamente su arca santa, que aborda á Bizancio con la semilla de cada arte, como Noé aborda al monte Ararat con el germen de cada raza.

Sin embargo, no solo ha sucedido un mundo á otro, sino que en medio de ese cataclismo se ha dejado oír una voz del cielo; una nueva idea ha sido formulada, ha brillado un símbolo desconocido, se necesitan monumentos que representen esa idea, una base para elevar ese símbolo; los bárbaros vuelven los ojos hácia Bizancio, y reconocen la cruz sobre la cúpula de Santa Sofía; el símbolo y el monumento están reunidos, la idea cristiana está completa.

Mas si la fé existe en todas partes, allí está el arte, allí la luz; allí es donde el cristiano debe ir á buscar sus artistas, y el árabe sus arquitectos; porque el árabe es ignorante, bárbaro y fogoso como el cristiano. Bizancio es, pues, el comun manantial; sus hijos llamados á la reedificación del mundo, descendientes degenerados de sus padres, vienen con sus recuerdos antiguos y su incapacidad presente; ensayan, tantean, copian; en este primer período, la basilica de Jesucristo y la mezquita de Mahoma son hermanas, y solo cuando las exigencias del Evangelio y del Koran han hablado con bastante energía para que las piedras, el granito y el mármol les obedezcan, se separan las dos hijas de la misma madre para no aproximarse ya.

Entonces las dos ideas infatigables en el trabajo reunen en derredor de su símbolo visible todo lo que puede completarle; la basilica toma al momento la forma de la cruz griega, y despues no tarda en tomar la de la cruz latina que es la cruz de Jesucristo; eleva un campanario cerca de su pórtico, para mostrar desde allí con su dedo de piedra el cielo á aquellos á quienes sus campanas llaman; edifica doce capillas en memoria de sus doce apóstoles; coloca el coro un poco á la derecha, porque Jesus ha inclinado la cabeza hácia el lado derecho al morir, y hace en este coro tres ventanas, porque Dios es trino y toda luz viene de Dios. Vienen tambien los vidrios de mil colores, que apagando los rayos de la luz del dia, formarán á todas horas un crepúsculo que disponga á la meditacion y á la plegaria; y viene el órgano, esa voz inmensa de las catedrales que habla todos los idiomas, desde el de la venganza hasta el de la misericordia, y la idea cristiana completa habrá llegado á su mas alto grado de perfeccion en la catedral gótica del décimo quinto siglo.

Entre el pueblo musulman, por el contrario, para quienes todo debe dirigirse á la materia y nada al alma, entre quienes la recompensa de sus verdaderos creyentes, despues del placer de este mundo, será la voluptuosidad del paraíso, el monumento religioso toma otro carácter muy distinto. Su primer cuidado

es abrir la bóveda á la sonrisa eterna de su cielo: hace saltar, bajo el pretexto de sus abluciones, surtidores de plata líquida cuyo solo murmullo refresca; las rodea de árboles frondosos y odoríferos, bajo cuya sombra llama á los ruisenores y sus poetas, no reservandomas que un espacio estrecho y cuadrado donde yacerá el cuerpo del santo musulman al abrigo de una cúpula adornada de ingeniosos arabescos, y cerca del que se elevará el medeneh, torre de muchos pisos, desde la que el *muezzin* llamará tres veces al dia á los fieles á la oracion, recordándoles las máximas fundamentales de su fé. Luego, tras la influencia religiosa vendrá la influencia local. El arte mahometano, aunque hijo de Bizancio, no pasará impunemente tan próximo á Persépolis y Delhy; sus arcos ensanchados en su centro, se volverán á cerrar en su base con una belleza persa, y la India le añadirá combinaciones ligeras y delicadas con las que cubrirá sus muros con un encage de granito. Entonces y á su vez la idea mahometana se completará y reasumirá en su mezquita, como la idea cristiana en su catedral.

Por lo demas, los arquitectos de las dos ideas tienen de comun, que unos y otros por su parte han destruido para construir. Todos han reedificado su nuevo mundo con las ruinas del antiguo. Han encontrado el esqueleto tendido sobre la arena, y le han arrebatao sus huesos mas fuertes, sus mas elegantes maravillas: para los cristianos el Parthenon, el Coliseo, el templo de Júpiter Stator, la Casa dorada de Neron, las termas de Caracalla, los anfiteatros de Tito; para los árabes las pirámides, Tebas, Menfis, el templo de Salomon, los obeliscos de Karnac y las columnas de Serapis. Y esto por disposicion de esa inimitable voluntad que no permite se cree nada de nuevo, sino que quiere que todo se encadene, y que por este encadenamiento ha dado á los hombres la explicacion de la eternidad.

Entre todos aquellos arquitectos y edificadores de ciudades, Ahmed-Ebn-Teylun, cuyo padre era gefe de la guardia de los califas de Bagdad, fué el que fundó el antiguo Cairo. Este conquistador nómade le llamó *Fostal*, ó la tienda, é hizo allí edificar la mezquita de Taylun. El fatimita Djuhaar se apoderó, en 969, de este campaneo de piedras, trazó el sitio de la nueva ciudad, y la llamó Mars-el-Kahirah, la *Victoriosa*. A principios del siglo XII, Sallah-Eddin, lugarteniente de Nour-Eddin, conquistó el Egipto, y envolvió á la *Victoriosa* en su conquista. En su tiempo fué cuando Karacoush, su capitan, hizo edificar la ciudadela y las murallas que la rodeaban. Algunos años mas tarde, Beybar, el gefe de los musulmanes, mató á puñaladas al visir y reinó en su lugar; en fin, sus descendientes poseyeron tranquilamente el Cairo, hasta que en 1517 hizo Selim del Egipto una provincia turca. En estos diferentes reinados, y mientras se derrumba-

ba la ciudad de Ahmed-Ebn-Taylun, fué cuando la de Djubaar vió sucesivamente elevarse sus espléndidos edificios.

El Cairo, que ocupa una inmensa estension de terreno, y cuya poblacion se eleva á trescientas mil almas, está dividido en muchos barrios, como las ciudades europeas de la edad media; el barrio de los árabes, el de los griegos, de los judíos y de los cristianos; solo que cada barrio está separado por dos puertas, en las que vigilan por la noche guardias. Como hemos dicho, estábamos nosotros en el barrio de los cristianos, llamado el barrio franco, y del cual es peligroso salir con trage á la europea; peligro al que debe el lector esta larga discusion arqueolo-cronológica, por la que humildemente le pedimos excusa, pero que hemos creído necesaria, una vez por todas, en una obra de este género.

## VI.

## EL CAIRO.

Al día siguiente, á la hora convenida, llegó nuestro mercader de ropas. Todavía en esta exactitud, como en otras muchas cosas, me vi obligado á reconocer la superioridad del sastre turco sobre el sastre francés. Algunos compatriotas, atraídos por la curiosidad de la operacion, habian acudido para asistir á nuestra metamorfosis. El sastre llevaba consigo un barbero, por cuyas manos, ó mas bien, entre las piernas del que nos hizo pasar antes de llegar á él. La ceremonia comenzó por mí; Mr. Taylor, que tenía que tratar de su mision, habia ido á casa del cónsul, y nos habia dejado dedicados á nuestro atavío.

Colocóse el barbero en una silla y me hizo sentar en el suelo. Luego sacó de su cinturón un pequeño instrumento de acero, que conocí era una navaja de afeitar, viéndole frotar en la palma de la mano. La idea de que aquella especie de sierra iba á resbalar sobre mi cabeza, hizo erizármese los cabellos, pero casi en el mismo momento encontré mis sienes sujetas entre las rodillas de mi adversario como en un torno, y comprendí que lo mejor que podía hacer era no chistar. En efecto, sentí correr sucesivamente por todas las partes de mi cráneo aquel pedacito de hierro tan despreciado, con una suavidad, una destreza y blandura tales, que me llegaron al alma. A los cinco minutos, el barbero alojó las piernas, levanté la frente y ví reírse á todos; me miré en un espejo; estaba completamente afeitado, y no me quedaba en el cráneo de mi cabellera mas que ese encantador tinte azul-

do que adorna la barba despues de bien afeitada. Estaba estupefacto con aquella prontitud; además, nunca me habia yo visto así, y me causaba alguna pena reconocerme. Busqué por encima de la protuberancia de la teosofía la mecha por la que el ángel Gabriel coge á los musulmanes para trasladarlos al cielo, y ni aun eso tenía. Me creí con el derecho de reclamarla; pero á la primera palabra que de ella dije, me respondió el barbero que este adorno no era adoptado mas que por una secta disidente, poco venerada entre las demás á causa del desarreglo de sus costumbres. Le deluve en medio de su respuesta, asegurándole que tenía decidido en mi corazón no pertenecer mas que á una secta perfectamente pura, puesto que mis costumbres siempre habian sido en Europa el objeto de la admiracion general. Acordado este punto, pasé sin disgusto á manos del sastre, que comenzó por ponerme en la cabeza un casquete blanco; sobre este casquete blanco un turbuch encarnado, y sobre el turbuch un chal arrollado, que casi me trasformó en verdadero creyente. Pusiéronme en seguida mi bata y mi *abbaye*; el talle, como la cabeza, que ceñido con un chal, del que colgué con énfasis un sable, y coloqué un puñal, lápices, papel y miga de pan. Con este trage, que no me hacia un pliegue sobre el cuerpo, mi sastre me aseguró que podía presentarme en todas partes. No lo puse en duda, y esperé con la mayor impaciencia, y como un actor que va á entrar en escena, á que el disfraz de mis compañeros se verificase. Preciso les fué, á su vez, sufrir á mi vista la operacion que yo habia sufrido á la suya; y seguramente no era yo quien tenia mas mala cabeza. Por fin, terminada la toilette, bajamos la escalera, franqueamos el umbral de la puerta, é hicimos nuestro debut.

Iba yo bastante embarazado en mi persona: el turbante me abrumaba la frente; los pliegues de mi bata y mi manto dificultaban el paso; las babuchas y los pies, todavía mal acostumbrados los unos á las otras, espermentaban frecuentes soluciones de continuidad. Mohammed marchaba á nuestro lado marcando el paso con las palabras: Poco á poco, poco á poco. En fin, cuando la viveza francesa se calmó un poco, y una acompasada lentitud nos permitió ejecutar el balance del cuerpo necesario para dar la gracia árabe á nuestro aire, todo marchó perfectamente. En suma, aquel trage, muy apropiado al clima, es infinitamente mas cómodo que el nuestro, puesto que no oprime el talle, y deja todas las articulaciones completamente libres. En cuanto al turbante, forma al rededor de la cabeza una especie de muralla por medio de la que traspira fácilmente, sin que el cuerpo tenga que temer por ello, lo que no deja de ser muy satisfactorio.

Habiendo pasado una media hora en mahometizarnos, comenzamos nuestras investiga-

ciones. Nuestra primera visita fué al palacio del pachá; el camino que conduce á él estaba lleno de fragmentos de muchísimo gusto, de cuya contemplacion tenia Mahommed que sacarnos á cada minuto. Nada puede dar una idea de la delicadeza é ingenio de la ornamentacion árabe; así que el Cairo es grande por do quiera, lo mismo por sus detalles que por su conjunto; cuando deja ver solamente el extremo de una calle ó el rincon de una mezquita, que cuando descubre un panorama general con sus trescientos medenehs, sus setenta y dos puertas, su circuito de murallas, los sepulcros de sus califas, sus pirámides, su Nilo y su desierto.

Atravesamos rápidamente bazares suntuosos y calles cubiertas de tiendas; llegamos á la colosal mezquita del sultan Hassan, separada de la ciudadela por una plaza, de cuyo lado está la fachada principal. Tomamos el áspere camino que conduce al divan de José, cerca del que habia un famoso pozo de que nos habia hablado Mr. Taylor. Es un edificio cuadrangular destinado á proveer de agua á la ciudadela, y cuya profundidad, segun dicen, es igual á la del rio: está escabado en la roca, y se baja á él por escalones iluminados en su parte superior por tragaluces practicados en la meseta del centro; pero llegando á cierta profundidad, es indispensable encender hachas.

La mezquita conocida bajo el nombre de *El divan de José*, está sostenida en columnas monólitas de un mármol admirable, de las que parten, por encima de sus capiteles corintios, arcos un poco entrantes, cuyo contorno está adornado de letras árabes, indicando versículos especiales del Koran. Continuando la ascension se llega á la plataforma; sobre este punto culminante es donde se levanta el palacio del pachá, monton de piedras, de columnas de madera, y pinturas italianas de un gusto detestable; y todo mal apropiado á las exigencias del clima.

Karacounh, capitan y primer ministro de Sallah-Eddin, fué quien, como hemos dicho, hizo construir la ciudadela, cavar los pozos y trazar las murallas de la nueva ciudad; así que su memoria es de las mas populares, y como era pequeño y jorobado, le dió su nombre á una especie de polichinel, que goza de la mayor libertad en las calles del Cairo, donde recita gesticulando las obscenidades mas escandalosas. La celebridad de su nombre ha sido entre nosotros casi tanto como Mrs. de Malborough y de La Palizza.

Nos acompañaba en nuestra excursion monsieur Msara, intérprete del consulado, antiguo dragoman de los mamelucos de la Guardia, á quien cuando llegamos, encontramos establecido en el parador; á esta antigua recomendacion unia una nueva industria, la del comercio de antigüedades; sabia, además, una multitud de anécdotas que le hacian uno de los mas apre-

ciables cicerones. El fué quien nos esplicó el magnifico panorama que teniamos á la vista desde el punto elevado á que habiamos subido.

La ciudadela domina todo el Cairo. Volviendo el rostro al Oriente y la espalda al rio, á la derecha está el Mediodía, el Norte á la izquierda, y se abraza un horizonte inmenso; en los flancos, y á nuestros pies, se ven los sepulcros de los califas, ciudad muerta, silenciosa é inhabitada, pero en pie como una ciudad viviente: esta es la necrópolis de los gigantes. Cada sepulcro es como una gran mezquita, y cada monumento tiene su guardian, mudo como un sepulcro. Mas tarde iremos á visitarle con hachas, á evocar sus espectros y espantar sus aves de rapiña, que durante el dia están sobre las agujas que la coronan, y por la noche vuelan á las tumbas, como para avisar á las almas de los califas que les ha llegado su turno de salir. Detrás de esta ciudad monumental y mortuoria atraviesa la cadena del Mokattan, rocas áridas y escarpadas que reflejan hasta el Cairo los ardientes rayos del sol.

Volviendo del lado opuesto, se tiene bajo los pies la ciudad viviente en vez de la ciudad muerta; en el fondo de sus confusas y tortuosas calles, se ven circular lenta y gravemente algunos árabes á pie, ataviados con su magnifico *msallah*, ó turcos montados en burros; en otro sitio grandes reuniones que son sus bazares, de donde parten los sonidos que articulan los camellos con su tortuosa laringe, y las voces de los vendedores; un plano de cúpulas, semejantes á escudos de gigantes, un bosque de madenehs cual si fuera de mástiles ó de palmeras; á la izquierda el antiguo Cairo ó la *tienda* de Taylun; á la derecha Boulak, el desierto, Heliópolis; al frente, mas allá de la ciudad, el Nilo con su isla de Rondah; y en su orilla opuesta el campo de batalla de Embabeh; mas lejos aun, el desierto; al sudoeste, Ghyzé, la esfinge, las pirámides, un bosque de frondosas palmeras, donde duerme el coloso, y donde Menfis fué; por encima de sus copas, se ven otras pirámides; despues está el desierto, el desierto por todo su horizonte: un océano de arena inmenso como el océano verdadero, con su flujo y su reflujo; sus caravanas que le atraviesan como flotas, sus dromedarios que le surcan como lanchas; su *simoun* que le agita como un huracan.

Sobre la plataforma en que estábamos, si no me equivoco, es en donde el pachá de Egipto hizo metralar en 1818 todo aquel antiguo cuerpo de mamelucos que habia convocado como para una funcion: habia acudido, como de costumbre, ataviado con sus mas preciosos trages, armado con sus mas bonitas armas, llevando consigo todas sus riquezas. A una señal dada por el pachá, la muerte estalló por do quiera; las bocas de los cañones cruzaron su llama y su hierro, y hombres y caballos rodaron mezclados en la sangre.

Entonces toda aquella milicia se dispersó viéndose perdida, estrellándose en las murallas dando gritos desesperados de furor y de venganza, mezclándose en confuso torbellino, dividiéndose en pelotones, esparciéndose como las hojas lanzadas por el viento, reuniéndose de repente y volviendo con un supremo esfuerzo á destrozar el pecho de sus caballos en la rugiente boca de los cañones, huyendo en seguida otra vez, semejantes á una bandada de pájaros espantados, perseguidos en su carrera por la lluvia de bronce que los perseguía. Hubo muchos que se precipitaron entonces desde lo alto de la ciudadela, y cayeron al abismo con sus caballos; sin embargo, dos de entre ellos se volvieron á levantar; caballos y caballeros, aturridos del golpe se estremecieron un instante á la manera de las estatuas ecuestres cuyo pedestal sacudiese un temblor de tierra, y en seguida ambos caballeros y caballos volvieron á partir con la rapidez del rayo, atravesaron la puerta de la ciudad, que no estaba cerrada, y se encontraron fuera del Cairo. Dirigiéronse al punto hácia la ciudad de los califas, pasaron por entre su silenciosa poblacion, cuyo suelo resonó como una catacumba, y llegaron al pie de la cadena del Mokattan, en el momento en que una partida de caballería de la guardia del pachá salía de la ciudad en su seguimiento; el uno tomó el camino de El-Arich, el otro se internó en la montaña; la escolta se dividió y los persiguió.

Tenian algo de terriblemente maravilloso aquella rápida carrera á vida ó muerte y aquellos corceles del desierto atravesando la montaña fatigados, saltando por encima de las rocas, salvando los torrentes, costeano los precipicios. Tres veces cayó el caballo de uno de los mamelucos, próximo á espirar y casi sin vida; tres veces oyendo el galope que le perseguía se levantó y volvió á emprender su carrera; por fin cayó para no volverse á levantar. Entonces el hombre dió un tierno ejemplo de fidelidad reciproca; en lugar de deslizarse de alguna roca en una garganta, y burlar á sus perseguidores ganando picos inaccesibles, se sentó junto á su corcel con la brida al brazo, y esperó; entonces los soldados le dieron muerte sin que profríese una queja, sin que exhalase un suspiro. El otro mameluco mas feliz que su camarada, atravesó El-Arich, ganó el desierto y llegó á ser gobernador de Jerusalem, donde le hemos visto, último y único resto de aquel cuerpo formidable, que treinta años antes rivalizaba en valor en lo mas escogido de nuestro joven ejército.

Lo que especialmente nos llamó la atención en aquella correría, fué las orejas y narices que faltaban á muchas de las fisonomías que encontramos, lo cual daba á las buenas gentes de aquella manera mutiladas, el aspecto mas raro. Pregunté á Mohammed acerca de aquel extraño fenómeno; me respon-

dió que aquellos honorables inválidos eran parroquianos del tribunal correccional del Cairo. Esto necesitaba una esplicacion: monsieur Msara, siempre officioso y locuaz, nos la dió al instante.

El Cairo, país primitivo y que todavía no ha tenido tiempo de llegar á nuestra civilizacion, no tiene un ejército de polizontes para vigilar el ejército de los ladrones: por otra parte, las pesquisas mas minuciosas, la mas esquisita vigilancia, serian fácilmente burladas. El vigilado sale del Cairo, y ya está en el desierto. Ahora bien, la justicia tiene horror á la arena como al agua; todo mar le causa espanto: era preciso poner remedio á este inconveniente. Los kadis, á quienes incumbía esto especialmente, rebuscaron en su imaginacion, y encontraron un medio ingenioso de distinguir los ladrones de las gentes honradas.

Cuando se ha perpetrado un robo y el ladrón es cogido, lo que sucede algunas veces, el kadi hace se presente el acusado, le interroga, entabla su proceso, y cuando ha formado su conviccion, lo que está hecho en el momento, coge con una mano la oreja del ladrón y con la otra una navaja de afeitar, y pasa diestramente el instrumento entre su mano y la cabeza del acusado; frecuentemente el resultado de esta manobra es que le queda el pedazo en los dedos y el acusado se va mutilado de una oreja.

Compréndese que semejante procedimiento simplifica grandemente la accion de la policia. Si un ladrón apercibido ya por la justicia comete un segundo robo, no hay negativa posible, á menos que la oreja haya vuelto á salir, lo cual es muy raro; entonces se le corta la otra en virtud de este axioma de derecho: *non bis in idem*: si el ladrón es incorregible y vuelve á incurrir por tercera vez en la misma falta, el kadi coge entonces el rostro por el centro, y corta la nariz como ha cortado las orejas: corresponde ya á los ciudadanos del Cairo darse por advertidos cuando ven que se les aproxima una cabeza que carece de algunos accesorios, porque los propietarios tienen la ridiculez de sentir tanto su pérdida, que las buscan en todos los bolsillos que encuentran en su camino. Por lo demas, si en el Cairo sentis una mano en vuestro bolsillo, sacad vuestro puñal, cortadla é iros con ella; si tiene sortijas en los dedos, tanto mejor para vosotros: podeis estar tranquilos, el propietario no reclamará.

Acababa Mr. Msara de darnos esta esplicacion, cuando vimos al kadi en accion. El kadi sale por la mañana sin direccion fija; emprende su vuelo á través de la ciudad, y seguido de sus ejecutores, se instala en el primer bazar que encuentra; aquí se sienta al acaso en una tienda, contrasta los pesos y las medidas, examina las mercancías, escucha las quejas del público, é interroga al comerciante cogido

in fraganti contravencion; en seguida, sin abogado, sin juez, y sobre todo, sin dilacion, pronuncia la sentencia, aplica el castigo, y continúa en busca de un nuevo delincuente. En este caso las penas cambian de aspecto: á pesar de su semejanza, no se puede tratar á los comerciantes como á los ladrones; esto haria desaparecer la confianza del comercio; así que las condenas son comunmente las mas suaves, la confiscacion; las moderadas, cerrar las tiendas, y las severas la esposicion. Esta esposicion se hace de una manera muy particular: se le arrima al paciente de espaldas á su tienda, le hacen levantar los talones de modo que todo el peso de su cuerpo descansa sobre la punta de los pies; en seguida le clavan la oreja á la puerta ó al escapate, lo que le da el aspecto de hacer puntas á la manera de Ellsler ó de la Brugnoli; este ingenioso suplicio dura dos, cuatro ó seis horas. Inútil es decir que el paciente puede abreviarle practicando un desgarramiento; pero esto sucede rara vez; los comerciantes turcos tienen su puntillo de honor, y por nada en el mundo querrian semejarse á un ladrón por la falta del mas insignificante pedacito de oreja.

Me detuve delante de uno de aquellos desgraciados que acababa de ser clavado en aquel mismo instante; ya me iba á apiadar de su suerte, cuando Mohammed me dijo que era un reincidente, y que si miraba de cerca sus orejas, las encontraría como una criba. Esto cambió completamente mis disposiciones con respecto á él; le restaban todavía en aquella situacion siete cuartos de hora; era mucho mas que lo que yo necesitaba para hacer su retrato. Invité á los demas á que continuasen su camino acompañados de Mr. Msara, y que me dejaran á Mohammed, con quien yo me compondría; pero mi fiel Mayer no quiso abandonarme. Nos quedamos, pues, los tres: los demas continuaron su camino.

La composicion del cuadro era completa. El panadero, clavado por la oreja, estaba empinado, rígido como de una pieza, sobre la estremidad de sus pulgares, y cerca de él, sentado sobre el umbral de la puerta, el vigilante encargado de la ejecucion fumaba una pipa, cuyo contenido parecia haber sido calculado con el tiempo del suplicio. Alrededor de los dos personajes, se comprimía ó ensanchaba un círculo de curiosos, segun que llegaban otros ó se iban los que ya estaban. Ocupamos nuestro sitio en uno de los lados, y comencé mi trabajo.

A los diez minutos, el panadero, viendo que no podia esperar piedad alguna del público, en el que probablemente reconoceria algunos de sus parroquianos, se atrevió á dirigir la palabra á su vigilante.

—Hermano, le dijo, un precepto de nuestro santo Profeta es que los hombres deben ayudarse mutuamente.

El guardian no tenia al parecer nada que

objetar contra aquel precepto, y continuó tranquilamente fumando su pipa.

—Hermano, añadió el paciente, ¿me has oído?

El guardian no dió otra señal afirmativa que una gran bocanada de humo que subió hasta las narices de su vecino.

—Hermano, siguió éste diciendo, uno de nosotros dos podría ayudar al otro, y ser agradable á Mahoma.

Las bocanadas de humo se sucedían con una regularidad desesperadora para el desventurado que pedia otra cosa.

—Hermano, continuó con voz doliente, pon una piedra bajo mis talones, y te daré una piastra;—silencio absoluto:—dos piastras;—pauza:—tres piastras;—bocanada de humo:—cuatro piastras.

—Diez piastras (1), dijo el guardian.

La oreja y la bolsa del panadero entablaron una lucha que se retrató en su fisonomía; al fin venció el dolor, y las diez piastras cayeron á los pies del vigilante, el cual las recogió, las contó una por una, las metió en su bolsa, dejó la pipa arriada á la pared, se levantó, fué á buscar un guijarro del tamaño de un huevo de pavo, y le colocó con mucho cuidado bajo los pies de su vecino.

—Hermano, dijo el paciente, no siento nada bajo mis pies.

—Pues sin embargo, hay una piedra, contestó el guardian volviendo á ocupar su puesto, cogiendo su pipa y poniéndose á fumar; solo que la he elegido proporcionada á la cantidad. Dame un talari (cinco francos), y te pondré bajo los pies una piedra tan magnífica y tan apropiada á tu situacion, que te acordarás con pesar en el Paraiso del sitio que ocupabas á la puerta de tu tienda.

El resultado de todo esto fué que el guardian tuvo sus cinco francos, y el tahonero su piedra. Por lo demas, no sé cómo se terminó la discusion, habiendo terminado mi dibujo á la media hora.

Como el calor comenzaba á ser intolerable y nuestra correria estaba lejos de concluir, Mohammed hizo una seña, y nos trajeron dos burros magníficamente enjaezados. De seguro eran los animales mas listos que habiamos encontrado hasta entonces; pero habiamos salido con el objeto de diseñar, y no para ganar el premio de Chantilly. Los obligamos, pues, á marchar á nuestro gusto, lo cual no fué muy fácil, especialmente para Mayer, quien en su cualidad de oficial de marina, no tenia aficion alguna á la equitacion. Mohammed nos aseguró que antes de la entrada de los franceses en el Cairo, jamás se habia visto galopar á un asno; los pacíficos cuadrúpedos, no bien esperimentaron los ingeniosos medios que empleaban los recién llegados, tales como la punta

(1) Entiéndase que la piastra de que hablamos es la egipcia, que vale seis ó siete sueldos de Francia.

de la bayoneta ó los pedazos de yesca encendida aplicados bajo la cola, adoptaron ese galope continuado que se ha perpetuado de generacion en generacion. Sin embargo, Moham-med afirmaba que en general tenian inteligencia para conocer la raza á que pertenecia su ginete. En efecto, he visto animales que reconocia por haberme costado un inmenso trabajo manejar la vispera, que caminaban tranquilamente bajo la direccion de un grave turco, ó trotaban perfectamente oprimidos por las piernas de un mercader cophto: los que he visto alquilados por viajeros franceses, siempre eran verdaderos Bucéfalos.

Visitamos sucesivamente muchos bazares: cada bazar está dedicado á una sola clase de mercaderias, como cada comerciante á un solo género de comercio, y cada esclavo á una sola especie de servicio. Comenzamos por el bazar de los comestibles: habia alli en primer lugar, y mas que nada, arroz, que es el-género mas fácil de trasportar y el principal alimento de la poblacion; ademas pasta de albaricoque en rollos como alfombras, cada uno de los que tenia de veinte y cuatro á treinta pies de largo, por tres á cuatro de ancho; esta pasta se vende por varas, lo cual destruye en parte la idea que en Occidente tenemos de los dulces: ademas dátiles elegidos, dátiles muy maduros y dátiles muy verdes, prensados y hecha una masa de forma cúbica que pesa de ciento á ciento cincuenta libras; esto y el arroz constituye el mayor alimento del pueblo; con la diferencia de que el uno es considerado como comida y lo otro como postre: por lo demas esta pasta se vende á bajo precio.

Los bazares de telas tienen muchas riquezas; véanse alli en gran profusion los chales de la India; su precio me pareció era próximamente la mitad de lo que cuestan en Francia. El bazar de las armas es suntuoso; especialmente las armas blancas son magníficas, particulares y de un trabajo esquisito. Es raro encontrar ni puñales ni sables montados; hay que comprar la hoja, hacer que un armero la monte, llevarla en seguida al tallachista para que la ponga vaina, luego al tallador para que la adorne, en seguida al pasamanero para que la coloque los cordones, y por último al contrastador para que la marque con el punzon. Algunas hojas son de un precio exorbitante; valen hasta 2,000, 2,500 y 3,000 francos.

Para facilitar las compras, recorren los judíos los bazares, y proponen cambiar oro y plata, ó prestan fondos á personas conocidas que necesiten mas cantidad que la que han llevado: al primer golpe de vista se les conocia en sus trages negros, prohibiéndoles las leyes suntuarias del Koran cualquier otro color.

Para terminar el dia fuimos al bazar de las mugeres. El edificio en que están encerradas

está dividido en mezquinos patios cuadrados en cuyas paredes se ven una especie de jaulas: á la mitad de la altura de cada patio hay un piso dividido en dos: en el superior hay departamentos mejor dispuestos reservados á las esclavas de precio.

Entramos en los patios y encontramos las mercancías que queriamos visitar completamente desnudas para que pudiéramos al primer golpe de vista apreciar sus cualidades, hallándose divididas por colores, por naciones, y por edades: habia alli judías de facciones graves, de nariz recta, de ojos rasgados y negros; árabes de tez bronceada con brazaletes de oro en las piernas y brazos; nubias de cabellos trenzados sumamente finos, sacada la raya por el centro para que caigan á derecha y á izquierda; entre estas, á pesar de que todas eran negras, habia, sin embargo, dos clases para la tarifa; consiste esto en que algunas pertenecen á una raza que tiene el privilegio, cualquiera que sea el grado de color de su pais, de conservar su piel fresca como una lechuga, lo cual es de un precio inestimable para el amo en aquel clima ardiente donde todo el que respira pasa diez horas al dia buscando el fresco. En fin habia tambien jóvenes griegas llevadas de Scio, Naxos y Me-lo, entre las que se hallaba una de gracia y belleza encantadora, cuyo precio pregunté y me contestaron era de 300 francos.

Todas estas esclavas están al parecer alegres, porque alimentadas perfectamente por los comerciantes sus amos, golpeadas á la menor falta que cometen, ó mas bien al capricho de sus dueños, ninguna situacion es peor para ellas que la de permanecer en el comercio. Asi que no hay gesto, sonrisa, promesa muda y lasciva que no liagan estas desgraciadas á los compradores que las visitan. Los comerciantes las tratan absolutamente del mismo modo que á bestias: no hay caballo en el mercado en que pueda ejercitarse de una manera mas sencilla y completa la curiosidad del aficionado que en aquellas desgraciadas oriundas. Por lo demas, bajo aquel clima de fuego una muger no es ya jóven á los veinte años.

Tambien se encuentran en este bazar los judíos; pero aqui venden trages. Como la paga se hace en el mismo momento de la compra y la mercancía está completamente desnuda, el comprador no puede llevarla sin cubrirla al menos con un manto.

En las inmediaciones de cada bazar hay magníficas fuentes: por lo regular son monumentos bonitos, suntuosos y aislados y cuya entrada cierra un enverjado de bronce. De cada ventana cuelga un caldero de cobre suspendido por una cadena; se pasa el brazo á través del enverjado, se saca agua, se bebe y se vuelve á dejar caer el caldero, casi siempre esperado por otra boca sedienta. Cerca de cada fuente hay siempre una docena de árabes sentados: dan vuelta al monumento con el sol; de modo

que siempre tienen las dos cosas mas apreciadas en aquel clima; agua y sombra.

Salimos del bazar tan preocupados con lo que acabábamos de ver que dejamos á nuestros burros dueños de conducirnos donde quisieran; cuando nos encontramos, al tomar por una calle que conducia al barrio franco, marchando delante, una multitud de mugeres que iban al baño montadas en mulas cubiertas con mantillas de seda blanca, y se adelantaban conducidas por un eunuco con las armas del pachá. Colocóse todo el mundo en fila por el camino que debian recorrer, los hombres inclinando el rostro á la tierra ó volviéndole hácia las paredes, de modo que solo Mayer y yo quedamos en medio de la calle. Mahommed, que vió el peligro, cogió al punto mi burro por el ronzal y se apartó al ángulo entrante de una casa, gritando á Mayer: ¡á la izquierda! ¡á la izquierda! señor francés ¡á la izquierda!

Pero el consejo á lo que parecia era mas fácil de dar que de seguir; Mayer en su cualidad de marino no entendia sino cuando se le decia á estribor ó babor: asi que por temor de cometer una falta refrenó las bridas; de modo que su burro reculó como el de Balaam. En aquel momento se encontró frente á frente con el eunuco; este, acostumbrado á separar todos los obstáculos con una seña, levantó un palo y sacudió en la cabeza al burro. Este se encabritó, Mayer perdió los estribos y le faltó poco para caer; pero aferrándose como pudo al borseu, á la silla y al cuello del animal, volvió á apoyarse en ella, y dirigiéndose á su vez al eunuco que no se acordaba ya de él, le tendió en tierra del puñetazo mas magnífico que recibió jamás rostro de eunuco; en seguida, como verdadero parisiense, le arrojó su tarjeta que habia trasladado del bolsillo de su chaleco al de su abbaye, á fin de que si el eunuco no estaba contento supiese donde hallarle. Pero este, asustado con un tratamiento á que estaba tan poco acostumbrado, se incorporó sobre las dos rodillas, y viendo á Mayer que le presentaba un papel le besó humildemente. Mayer, satisfecho de aquella demostracion, verificó al fin la maniobra indicada por Mahommed, y tomando hácia la izquierda se reunió á nosotros, mientras que la comitiva detenida un instante continuó su camino hácia el baño.

Apenas Mayer estuvo con nosotros, Mahommed, sin decir una palabra, cogió con ambas manos las bridas de sus burros y emprendiendo el galope, nos llevó por una multitud de callejuelas, y al terminar aquella carrera, entramos al mismo paso en el patio del consulado francés. Allí preguntamos al fin á nuestro intérprete la razon de aquella carrera muda y forzada; mas él no nos dió otra respuesta que estas palabras: *decid al cónsul—decid al cónsul.*

En efecto, este era el camino mas corto para saber á qué atenernos; subimos á ver al vice-cónsul para referirle lo que habia pasado:

nos escuchó con terror y terminada nuestra relacion:

—Vamos, dijo, por fin todo ha concluido del mejor modo posible; mas si el eunuco os hubiese hecho dar de puñaladas en la plaza, ni aun me hubiera atrevido á reclamar vuestros cadáveres.

Lo que nos habia salvado es que el imbecil, al verse castigado de aquella suerte, habia pensado que no podíamos menos de ser dos grandes personajes y habia tomado la tarjeta de Mayer por un *firman*.

Permanecemos ocultos en el consulado hasta la noche, y luego que esta llegó nos hicieron volver á conducir directamente á nuestro barrio.

## VII.

### MOURAD.—LAS PIRAMIDES.

El 4.º de julio de 1798, tocó Bonaparte la tierra de Egipto, cerca del fuerte Marabout, á alguna distancia de Alejandria.

Ved aqui cual era el estado político del Egipto cuando ese suceso acaeció. Esto nos llevará naturalmente á hablar de las causas de la expedicion, cuyos principales sucesos es indispensable que refiramos, tantas huellas han dejado en los lugares que vamos á recorrer.

La Puerta no tenia mas que una autoridad ficticia en Egipto: su pachá Seid-Abon-Beker estaba mas bien cautivo en la ciudadela del Cairo, que mandando en la ciudad; el poder real era el de los dos beys Mourad é Ibrahim, el primero emir-el-hadj, ó principe de los peregrinos, el segundo cheik-el-belad, ó principe del pais.

Hacia veinte y ocho años que aquellos dos hombres tan opuestos el uno al otro se repartian el Egipto, como un leon y un tigre se dividen la presa.—Como un leon y un tigre, el uno arrebataba por la fuerza y el otro por la astucia algun girón de aquel rico pais á su aliado; pero jamás se prolongaba mucho la querrela. Al esenchar los rugidos de alegría que lanzaban los demas beys testigos de sus disensiones, recordaban ellos sus verdaderos intereses, y juntos hacian cara al peligro común. Una vez intentaron,—este consejo político habia sido dado por Ibrahim,—hacerse reconocer por la Puerta Otomana, y por consecuencia habian enviado á uno de sus adictos al Gran Señor, con caballos, armas y telas en señal de tributo voluntario; pero viendo que se habia dado á su agente el título de *veckel*, es decir, Ingarteniente del sultan en Egipto, y habiéndoles referido éste á su vuelta

las ofertas que le habian hecho para que los espíase, temieron que un enviado menos leal llevase de retorno algun dia, en cambio de sus presentes, algun puñal oculto ó algun veneno sutil; cesaron, pues, de tener contemplaciones con la Puerta, y la primera señal de independencia que dieron fué no enviar ya mas tributos. Desde entonces se concertó entre aquellos dos hombres un pacto de rapiña y de sangre que nada fué capaz de romper. Ibrahim con sus cinicas y vergonzosas estorsiones, Mourad, con sus expediciones á la luz del dia y sus violencias públicas, se ahogaron en oro: Ibrahim para amontonar el botín en sus cuevas; Mourad para arrojarlo á puñados á sus mamelucos, para cubrir á sus mugeres de perlas, sus caballos de bordados, y sus armas de diamantes. Dueños del Egipto, le reducian al hambre á su placer aquellos dos hombres; despues abrian á los bazares sus almacenes que rebosaban de arroz y maíz; estas estorsiones produjeron revueltas, y las revueltas contribuciones: á esto era á lo que siempre aspiraban Mourad é Ibrahim, y esas contribuciones, repartidas con un principio de justicia completamente árabe, recaia por igual sobre los egipcios y los estrangeiros. Impúsoles su gravámen á los negociantes franceses; el cónsul se quejó al Directorio, y el Directorio tomó pretexto de esta queja para enviar un ejército francés á Egipto; ese ejército iba ostensiblemente para vengar los agravios inferidos á la nacion, pero en realidad para arruinar el comercio de Lóndres con Alejandria, y poner garrnición en Suez, punto que Bonaparte habia ya designado como escala en lo futuro de la India.

Cuando los dos hombres estraordinarios que mandaban en el Cairo, supieron el desembarco del ejército francés en Alejandria se reveló como siempre su diverso carácter: Ibrahim estalló en invectivas contra Mourad, á quien acusó de haber atraído á los estrangeiros; Mourad saltó sobre su corcel de batalla y recorriendo las calles del Cairo con sus mamelucos, mandó él mismo á los muezzines anunciar en la noticia, diciendo «que estaba bien, que si él habia atraído á los franceses á Egipto, sabia espulsarlos de allí.»

Desde aquel momento ya no hubo para Mourad ni tregua ni descanso; se exaltó aquella hermosa organizacion salvage, y con los mamelucos que apresuradamente pudo recoger marchó al encuentro de los recién llegados, de quienes se contaban tantas maravillas: una flotilla de djermes, canoas y chalupas cañoneras, bajaba por el Nilo al mismo tiempo que él; Ibrahim por su parte quedaba en el Cairo para prender á los comerciantes franceses y saquear sus almacenes.

En Rhamanieh estaba Bonaparte cuando supo que los mamelucos avanzaban para salirle al encuentro. El general Desaix que desde Alejandria venia formando la vanguardia,

escribia el 14, desde la aldea de Minich Salame, que un destacamento de mil doscientos á mil cuatrocientos caballos maniobraba á tres leguas de distancia, y que ciento cincuenta mamelucos se habian presentado por la mañana en los puestos avanzados. Bonaparte tomó el camino que nosotros habiamos seguido, acompañado, como Mourad, de una flotilla que subia por el rio, y que conducia desde Rosseta el gefe de division Perrée; era aquel el camino mas difícil y peligroso; pero tambien el mas corto: Bonaparte le eligió. Mourad por su parte, le habia ahorrado la mitad por tierra y por agua enviándole su vanguardia; las primeras tropas de Oriente y Occidente se encontraban frente á frente.

El choque fué rudo: djermes, canoas y chalupas chocaron por sus proas y costados: mamelucos y franceses se pusieron en contacto por las puntas de las bayonetas, y el filo de los sables. Aquella milicia, cubierta de oro, rápida como el viento, devoradora como la llama, cargaba nuestros cuadros, de los que hacia pedazos los cañones de los fusiles con sus sables de Damasco; en seguida, cuando el fuego salia de aquellos cuadros como de un volcan, se desplegaba semejante á una faja de acero, de oro y de seda, recorria al galope todos sus ángulos de hierro, de los que cada frente le enviaba su descarga, hasta que al fin cuando veia imposible toda brecha, huia como una prolongada línea de aves despavoridas, dejando al rededor de nuestros batallones un circuito todavia movable de hombres y caballos mutilados, é iba á rehacerse mas lejos, para volver á intentar una nueva carga, inútil y sangrienta como la anterior.

A la mitad del dia, todavia volvieron á rehacerse; pero en vez de volver sobre nosotros, emprendieron el camino del desierto, y desaparecieron en el horizonte en un torbellino de arena; iban á llevar á Mourad la noticia de su primera derrota.

Esta accion habia tenido lugar en el sitio mismo del Nilo donde habiamos encontrado los bajos.

En Gyzeh fué donde Mourad supo el descalabro de Chebreiss. Era, pues, cierto, los perros infieles, iban á la caza del leon. En aquel mismo dia se enviaron mensajeros al Said, al Fayoum, al desierto, á todas partes: beys, cheiks, mamelucos, todos eran convocados contra el enemigo comun, todos debian acudir con su caballo y sus armas. Tres dias despues, Mourad tenia consigo seis mil caballeros.

Toda aquella gente que habia acudido al grito de guerra, fué á acampar en desórden en la ribera del Nilo, á la vista del Cairo y de las pirámides, entre la aldea de Embabeh, donde apoyaba su derecha, y Gyzeh, la residencia favorita de Mourad, á donde estendia su izquierda. En cuanto á este, habia hecho plantar su tienda junto á un gigantesco sicómoro, cuya sombra cubria á cincuenta caballeros. Despues

de introducir un poco de orden en su gente de guerra, esperó en aquella posición al ejército francés con la misma impaciencia que este tenía por llegar á su vista.

Ibrahim habia reunido sus mugeres, sus tesoros, sus caballos, y estaba á la expectativa dispuesto á huir al Alto Egipto.

Bonaparte fué informado en la aldea de Omedonar de que los mamelucos le esperaban dando frente al Cairo. La ciudad era el premio de la batalla. Mandó pasar revista.

Al amanecer del 23, Desaix que marchaba siempre á vanguardia, vió un destacamento de quinientos mamelucos enviados para hacer un reconocimiento, y que se replegaron sin dejar de estar á la vista. A las cuatro de la mañana, Mourad oyó grandes aclamaciones; era que el ejército entero saludaba las pirámides.

A las seis, los dos ejércitos se encontraron frente á frente.

Imagínese cada uno aquel campo de batalla: era el mismo que Cambises, el otro conquistador que iba del extremo opuesto de la tierra, habia elegido para aniquilar á los egipcios. Habian pasado dos mil cuatrocientos años; el Nilo, las pirámides continuaban siempre allí; únicamente la esfinge de granito, cuyo rostro mutilaron los persas, no tenia ya fuera de la arena mas que su gigantesca cabeza. El coloso de que habla Herodoto yacía tendido. Menfis habia desaparecido, el Cairo habia surgido á la superficie. Todos estos recuerdos claros y presentes en la imaginación de los oficiales franceses se cernían vagamente sobre las cabezas de los soldados, como aquellas aves raras que pasaban en otros tiempos sobre los campos de batalla y presagiaban la victoria.

En cuanto al sitio es una vasta llanura arenosa muy á propósito para las maniobras de la caballería. Una aldea titulada Bekir se levanta en medio de ella y un arroyuelo la limita poco antes de Gyzeh; Mourad y toda su caballería se apoyaba en el Nilo, teniendo el Cairo á su espalda.

Bonaparte queria no solo vencer á los mamelucos, sino esterminarlos. Desplegó su ejército en semicírculo, formando de cada división gigantescos cuadros, en el centro de los que estaba colocada la artillería. Desaix, acostumbrado siempre á marchar á vanguardia, mandaba el primer cuadro, colocado entre Embabeh y Gyzeh: despues seguía la división Regnier, la división Kléber, mandada por Dugua; luego la división Menou, mandada por Vial, y por último, y formando la estrema izquierda apoyada en el Nilo y la mas inmediata á Embabeh, la división del general Bon.

Todos esos cuadros debían ponerse en movimiento, marchar aproximándose sobre Embabeh, y arrojar todo al Nilo; aldeas, caballos, mamelucos, atrincheramientos.

Pero Mourad no era hombre de esperar tras algunas colinas de arena. Apenas los cuadros

tomaron posiciones, salieron los mamelucos de sus atrincheramientos formando masas desiguales, y sin eleccion, sin cálculo, se precipitaron sobre los cuadros que encontraron mas próximos: componian estos las divisiones Desaix y Regnier.

Luego que estuvieron á tiro de fusil, los que acometían se dividieron en dos columnas, marchando la primera con la cabeza inclinada sobre el ángulo izquierdo de la división Regnier, la segunda sobre el ángulo derecho de la división Desaix.

Dejaron los cuadros aproximarse á diez pasos, y luego que estuvieron á esta distancia rompieron el fuego. Caballos y caballeros se encontraron detenidos con una muralla de llamas. Las dos primeras filas de mamelucos cayeron como si la tierra temblase bajo sus pies; el resto de la columna, arrebatada por su carrera y detenida por aquella muralla de hierro y fuego, no pudiendo ni queriendo volver atrás, recorrió, ignorando su posición, todo el frente del cuadro Regnier, cuyo fuego á quema-ropa la arrojó sobre la división Desaix, la que encontrándose entonces entre aquellas dos tempestades de hombres que se movían cual un torbellino á su alrededor, les presentó las puntas de las bayonetas de su primera fila, mientras las otras dos se encendían, y sus ángulos, al abrirse, dejaban pasar las balas de cañón, que querían á su vez mezclarse en aquella sangrienta función.

Hubo un momento en que las dos divisiones se encontraron completamente rodeadas, y en que se pusieron por obra todos los medios imaginables para abrir aquellos cuadros impasibles y mortíferos. Los mamelucos cargaban hasta llegar á la distancia de diez pasos, y recibían el doble fuego de fusilería y artillería; despues, volviendo sus caballos, que se espantaban á la vista de las bayonetas, los obligaban á avanzar retrocediendo, los hacían encabritarse y caían con ellos, mientras que los caballeros desmontados se arrastraban de rodillas, rastreaban como serpientes, é iban á cortar las corvas á nuestros soldados. Duró aquella horrible pelea, tal como la describimos, tres cuartos de hora. Al ver aquella manera de batirse, nuestros soldados no los creían hombres; se figuraban pelearse con fantasmas, espectros, demonios que pasaban por medio del humo y del fuego, montados en corceles fantásticos como ellos. Por fin, mamelucos ébrios de cólera, gritos de hombres, relinchos de caballos, fuego y humo, todo se desvaneció. Entre aquellas dos divisiones no quedó mas que un campo de batalla sangriento, lleno de muertos y moribundos, crizado de armas y estandartes, quejándose aquellos y moviéndose todavía como una marejada que no se ha calmado enteramente.

Entretanto Bonaparte habia dado la señal del ataque general. Las divisiones Bon, Menou y Vial, recibieron orden de destacar la

primera y tercera compañía de cada batallón, y formar en columna, mientras la segunda y la cuarta, guardando la misma posición, formaban solo los cuadros, y avanzaron de aquella manera para sostener el ataque, no presentando mas que tres hombres de frente.

En esto aquella columna de mamelucos dispersa que habia desaparecido, se dirigió hácia la pequeña aldea de El-Bekir, donde pensaba rehacerse; pero una circunstancia extraordinaria habia hecho que en aquel momento se hallase en poder de los franceses.

Lo hemos dicho ya; las divisiones Desaix y Regnier habian llegado las primeras á sus posiciones, y se habian colocado entre el Nilo y El-Bekir: ocurriéronse á algunos soldados que esta aldea podria contener agua y víveres, y pidieron permiso al general para ir allí. Esta suposición no carecia de verosimilitud; por otra parte, bueno era reconocer un punto cubierto de donde el enemigo podria salir de repente. Desaix mandó, pues, que cuatro compañías de granaderos y carabineros, una de artillería del 4.º regimiento, y un destacamento de zapadores, ocupasen la aldea á las órdenes de dos comandantes de batallón, Dorsenne y Paige, y que cogiesen los víveres que en ella se encontrasen. Nuestros forrageadores no se habian engañado en su prevision, y estaban ejecutando su encargo, cuando oyeron tirotear la fusilería y silbar por encima las balas de cañón.

Al primer ruido del ataque, el comandante Dorsenne, calculando que el refuerzo que llevaria á las dos divisiones seria de poca importancia, y temiendo por otra parte ser envuelto con sus seis compañías, las habia repartido tras las paredes de los cercados, en las casas y en las azoteas. Los mamelucos se dirigieron directamente á la aldea, sobre la que cayeron como una bandada de perdices que se posa; mas apenas entró en las calles la cabeza de la columna, casas, cercados, azoteas rompieron el fuego á la vez. Sin embargo, los mamelucos no retrocedieron; la columna, á la manera de una colosal serpiente, se desarrolló al galope por las calles, y volvió á entrar por la estrechidad opuesta toda mutilada y sangrienta, y fué, formando un inmenso semicírculo, á atravesar el riachuelo para volver á presentarse á la derecha de la division Desaix.

En aquel momento avanzaban todos los cuadros encerrando á Embabeh en un círculo de hierro: de repente la línea del bey se enciende, treinta y siete piezas de artillería cruzaron su enrejado de hierro sobre la llanura. La flotilla que estaba en el Nilo saltó sobre sus aguas sacudida por la repulsión de sus bombardas; y Mourad, á la cabeza de tres mil caballeros se lanzó por ver si podia al fin morder aquellos cuadros infernales: la columna que habia hecho el primer reconocimiento

volvió tambien contra sus primeros y mortíferos enemigos.

Cosa maravillosa de ver debia ser para la mirada del águila que se cernia por encima de aquel campo de batalla, aquellos seis mil caballeros, los primeros del mundo, montados en corceles cuyos pies no dejaban huellas en la arena; recorriendo como una jauría la periferia de aquellos cuadros inmóviles y encendidos, oprimiéndolos con sus repliegues, envolviéndolos en sus nudos, intentando ahogarlos ya que no podian abrirlos, dispersándose, rehaciéndose para dispersarse otra vez, cambiando de frente como las alas que bate una paloma, volviendo despues en una sola línea y semejante á una serpiente colosal cuya cabeza se veia algunas veces, guiada por el infatigable Mourad, levantarse hasta por encima de los cuadros. De repente las baterías de los atrincheramientos cambiaron de dirección; los mamelucos oyeron tirotear contra sí sus mismos propios cañones y se vieron acibillados por sus propias balas; su flotilla se incendió y voló. Mientras Mourad y sus caballeros empleaban sus dientes y sus garras de león contra nuestros cuadros, las tres columnas de ataque se habian apoderado de los atrincheramientos, y Marmont, dominando la llanura, cañoneaba desde las alturas de Embabeh á los mamelucos encarnizados contra los nuestros.

Entonces Bonaparte ordenó una maniobra que fué la última y todo concluyó: abriéronse los cuadros, se desplegaron, se unieron, se soldaron como los eslabones de una cadena; Mourad y sus mamelucos se encontraron cogidos entre sus propios atrincheramientos y toda la línea de batalla francesa. Vió Mourad que la batalla estaba perdida, reunió los hombres que le quedaban y entre aquella doble línea de fuegos cruzados, al aéreo galope de sus corceles, se lanzó con la cabeza inclinada sobre su silla, por el espacio que la division Desaix dejaba entre ella y el Nilo, pasó como un torbellino, se internó en la aldea de Gyzeh y volvió á aparecer un instante despues por la parte superior retirándose hácia el Alto Egipto con doscientos ó trescientos caballeros, resto de su poder.

Ibrahim no habia tomado parte en el combate, que estuvo presenciando desde la orilla opuesta del Nilo; apenas vió perdida la jornada volvió á entrar en el Cairo.

Mourad habia dejado en el campo de batalla tres mil hombres, cuarenta piezas de artillería, cuarenta camellos cargados, sus tiendas, sus caballos y esclavas: se abandonó esta llanura, toda cubierta de oro, de cachemiras y de seda, á los soldados vencedores que cogieron un botín inmenso, porque todos aquellos mamelucos iban cubiertos de sus mas preciosas armaduras, y llevaban consigo todo lo que poseian de joyas, de oro y de plata.

Bonaparte durmió aquella misma noche en Gyzeh, en la casa de recreo de Mourad.

Durante la noche, Ibrahim se dirigió á Belbeis, capital de la provincia de Charkieh, llevando consigo á Seid-Abou-Deker, el representante del gran señor.

Al día siguiente se presentaron comerciantes franceses en el cuártel general y anunciaron esta nueva á Bonaparte. Resolvió éste tomar posesion del Cairo en la misma noche, y envió á Embabeh al ayudante general Beauvais para que ordenase al general Bon, destacase con las compañías de granaderos de la brigada 32.<sup>a</sup>, al general Dupuy, investido con el mando del Cairo. Dupuy reñió á los que habia elegido para que le acompañasen, comenzó inmediatamente sus operaciones de transporte, y se dispuso tranquilamente á verificar con doscientos hombres la ocupacion de una ciudad de trescientas mil almas; sus instrucciones prevenian se aprovechara de la noche para penetrar hasta el barrio franco y fortificarse en él; á las ocho de la noche se operó el paso del Nilo de Embabeh á Boulacq.

Era ya entrada la noche cuando el pequeño destacamento llegó á los muros del Cairo; encontró las puertas cerradas, pero sin puestos que las defendieran; no tuvieron mas que empujarlas los franceses para que cedieran y se abriesen, dejándoles ver una ciudad sombría y muda; hubiérase creído que entraban en los sepulcros de los califas.

El general Dupuy mandó batir cajas, á fin de que los que marchaban á la cola de la columna no se extraviasen en medio de aquellas calles tortuosas é inhospitalarias. Ejecutóse la orden, y aquel ruido nocturno é inusitado lejos de sacar á los árabes de su letargo, les causó un terror mas profundo todavía.

Sin embargo, encontrar el barrio franco en una ciudad desconocida, y donde de día es difícil dirigirse sin guia, no era cosa fácil para nuestros soldados; así que, se extraviaron, no individualmente, sino en masa. A la una de la noche, y despues de tres horas de marcha por el piso desigual y pedregoso de las calles del Cairo, el general Dupuy, fatigado, mandó hacer alto y derribar las puertas de una gran casa á donde habian llegado: el acaso dispuso que perteneciese á un gefe de mamelucos que habia seguido á Mourad y que estuviere inhabitada. Los franceses entraron y se instalaron en ella esperando el día, y despues de haber colocado centinelas, se durmieron con tanta tranquilidad como si hubiesen estado en el centro de Paris, en el barrio Gopincourt ó en la caserna de Babilonia.

Tal fué el primer acto de la toma de posesion del Cairo; Bonaparte, con todo su estado mayor, hizo aquel mismo día su entrada en la capital del Egipto.

Permanecimos dos años dueños del Cairo y de todo el Delta.

## VIII.

## SULEIMAN-EL-HALEBY.

A estos recuerdos, en nuestra cualidad de franceses, fué á los primeros á que rendimos homenaje, y cuando estubo satisfecha nuestra curiosidad con la escursion que he referido, fuimos á ver la plaza Erbekich; en una de las azoteas de esta plaza es donde fué asesinado Kléber.

El sitio que habia sostenido el Cairo despues de su segundo levantamiento, habia sido muy desastroso para la ciudad; calles enteras habian sido incendiadas, y la mayor parte de las casas destruidas hasta el punto de no poder ser habitadas: la del general Kléber estaba en el número de estas últimas. Kléber se habia retirado interinamente á Gyzeh en la casa de recreo de Mourad, y desde allí iba al Cairo para dirigir los reparos y trabajos. El 25 de praerial del año VIII, se paseaba por una galeria que dominaba la plaza, y daba á un arquitecto, Mr. Protain, sus últimas instrucciones, cuando un jóven árabe se lanzó de un pozo de torno cerca del que paseaban y antes que el general tuviese tiempo de poderse defender, le dió cuatro puñaladas, una de las que penetró en la aurícula derecha del corazon. Mr. Protain intentó defender á su compañero con un baston que tenia en la mano, pero recibió tambien seis heridas y cayó desmayado; cuando volvió en sí, el asesino habia desaparecido, y Kléber, en pie todavía, pero sin fuerzas ni voz, se apoyaba en la barraudilla. Entonces Mr. Protain se dirigió á él, y le habló de la imprudencia que cometia saliendo sin escolta; pero Kléber le tendió lentamente la mano: «Amigo mio, le dijo, no es este el momento de darme consejos; me siento muy malo...» y cayó muerto.

En aquel mismo día los cuártel—maestres Perrin y Robert encontraron en el jardin de los baños franceses inmediato al del Estado mayor, un jóven árabe oculto entre paredes medio demolidas manchado en algunos sitios de sangre; á sus pies habia un puñal enterrado en la arena, y la tierra pegada á su hoja estaba ensangrentada. Este árabe era de tez bronceada, mirada viva, pequeño de estatura y de rostro picado de viruelas. Conducido ante la comision militar reunida para juzgarle, declaró llamarse Suleiman-el-Haleby, natural de Siria, de edad de veinte y cuatro años, de profesion escribiente, establecido en Alepo; en cuanto á lo demas se encerró en una negativa absoluta. Persistiendo el acusado en negar, dice el proceso verbal, el general ha mandado que reci-

biese baquetas, siguiendo la costumbre del país; al punto se le han aplicado hasta que ha declarado estar dispuesto á decir la verdad. Llevado ante el consejo, reproducimos textualmente las preguntas que se le han dirigido y las respuestas que ha dado.

—Interrogado desde cuando está en el Cairo; responde que hace treinta y un días y que ha venido de Gaza en seis en un dromedario.

—Interrogado por qué ha venido;

—responde que ha venido á asesinar al general en jefe.

—Interrogado quién le ha enviado para que cometiera el dicho asesinato;

—responde que ha sido enviado por el aghá de los genzaros; que al volver de Egipto las tropas musulmanas, han pedido en Alepo uno que pudiese asesinar al general en jefe; que han prometido dinero y gratos militares y que él se ha presentado con aquel objeto.

—Interrogado acerca de cuáles son las personas á quienes ha sido dirigido en Egipto, si ha participado á alguno sus proyectos y qué ha hecho desde que ha llegado al Cairo;

—responde que no ha sido dirigido á nadie y que se ha ido á instalar á la Gran mezquita.

En vista de semejante declaración, la sentencia no se la hecho esperar; Suleiman convicto de haber asesinado al general en jefe Kléber, fué condenado á ser quemada la mano derecha, ser empalado y permanecer en el palo hasta que su cadáver fuese devorado por las aves de rapiña.

Esta ejecución se verificó cuando volvió el convoy funerario del general Kléber, sobre la columna del fuerte del Instituto en presencia del ejército desolado y de los habitantes aterrorizados; porque acostumbrados á la justicia de los pachás y de los beys, para los que toda una ciudad responde del crimen de un hombre, no podían creer que el castigo se limitara al culpable. Por lo demás Suleiman fué el tipo perfecto del asesino árabe, que se cree el hombre de la fatalidad y marcha al suplicio sin ostentacion y sin temor, tranquilo y con paso firme como un mártir. Llegado al lugar del suplicio, le despojaron del justillo que le cubría el tronco, y estendieron su mano por encima de la hoguera. El suplicio duraba cinco minutos sin que hubiese exhalado un quejido, cuando un carbon encendido saltó de la hoguera y cayó sobre su brazo en el sitio de la sangría; entonces desapareció por un instante toda su firmeza: luchó para desasirse y pidió le quitasen aquel carbon. El ejecutor le hizo entonces observar que era muy admirable que un hombre como él que había mostrado tanto valor cuando su mano entera se consumía, diese lamentos por tan pequeña quemadura.

—No es el dolor quien me arranca gritos, dijo Suleiman, es que reclamo mi derecho: este carbon no está consignado en la sentencia.

Cuando la mano estuvo quemada, el ejecutor hizo subir á Suleiman al minarete de la

mezquita inmediata y le empaló sobre la flecha de la cúpula: permaneció así cuatro horas y media sin morir recitando versículos del Koran y no interrumpiéndose mas que para pedir de beber. Al fin el muezzin tuvo piedad de él y le subió un vaso de agua: Suleiman bebió y espiró; despues el cadáver permaneció allí un mes próximamente; durante el que las aves de rapiña ejecutaron la última parte de la sentencia.

El esqueleto de este desventurado ha sido llevado á Francia al mismo tiempo que el cadáver de su victima. Está depositado en las habitaciones inmediatas al jardín del Rey en la primera sala de anatomía, á la izquierda de la puerta de entrada; es un hombre de cinco pies y dos pulgadas, próximamente. Los huesos de la mano derecha están quemados, y todavía se ven en ellos los efectos del fuego; el palo habia roto dos de sus vértebras dorsales; están reemplazadas por dos vértebras de madera que imitan las naturales hasta tal punto que es necesario fijar una grande atención para distinguir las de las verdaderas.

Resolvimos estender nuestras escursiones al dia siguiente hasta las Pirámides, pasando por el campo de batalla y volviendo por Gizeh. Al amanecer nos llevaron burros de los mejores, con los que en menos de diez minutos estuvimos en Boulacq; pasamos al lado del Nilo, y nos encontramos inmediatamente sobre el campo de batalla donde treinta y dos años antes se habia decidido aquella última contienda del Oriente y del Occidente. Corta fué nuestra investigacion: desde las alturas de Embabeh le descubrimos completamente. Por lo demás, allí todo es propio para el recuerdo y la idea, nada para la instruccion.

Emprendimos, volviendo nuestro camino, hácia las pirámides; no tardamos en vernos obligados á caminar al paso; nuestras cabalgaduras se hundian en la arena hasta los corbejones; de modo que empleamos cerca de cinco horas en llegar á la primera, que nos habia parecido al desembarcar podíamos tocarla con estender el brazo.

La mayor de las pirámides, aquella á que se sabe dan preferencia, descansa en una base de seiscientos noventa y nueve pies de largo, y desde abajo parecia ligeramente sesgada en su punta: formada de piedras superpuestas, cuyas hiladas están en ángulo entrante, presenta una escalera gigantesca cuyos escalones tienen cuatro pies de alto y diez pulgadas de ancho. Al principio nos pareció la ascension, si no imposible, al menos bastante incómoda en su ejecución; pero Mohammed se agarró á un ángulo, subió la primera hilada, cogió la segunda, y haciéndonos seña de que le siguiéramos, continuó su camino, como si nos invitase á la cosa mas sencilla. Por mas que no fuese mucho placer una subida de cuatrocientos veinte y un pies, bajo un sol ardiente que reflejaba en la piedra

por donde trepábamos como lagartos, causábanos vergüenza quedar atrás. Mayer, habituado á correr sobre los filaretos y las vergas de su buque, habia encontrado la ocasion de triunfar, y saltaba de escalon en escalon como una cabra contenta. Al fin, despues de veinte minutos de impropio trabajo, despues de habernos doblado las uñas bastante, y despedido las rodillas, llegamos á la cúspide, de donde nos fué preciso pensar casi en el mismo momento en volver á bajar, so pena de ver fundirse inmediatamente la poca gordura que el sol de Egipto nos habia dejado sobre los huesos. Sin embargo, tuve tiempo de abarcar fácilmente con mis miradas todo el paisaje. Dando la espalda al Cairo, tenia á mi izquierda el inmenso bosque de palmeras que cubre á Memfis; mas allá de este bosque, las pirámides de Sakkara; mas allá de las pirámides de Sakkara el desierto: frente á mi el desierto; á mi derecha el desierto; es decir, una vasta llanura de color de fuego, y que no presenta de trecho en trecho, por todo accidente del terreno, mas que algunas columnas movibles, formadas por la arena, y que el viento reúne y hace desaparecer alternativamente; en el lado opuesto á Egipto, es decir, el Nilo corriendo en el fondo de un valle de esmeraldas; luego el Cairo, ciudad viva entre Fostat y los sepulcros de los califas, sus dos hermanas muertas; mas allá del sepulcro de los califas, la estensa cadena del Mokattan, que cierra el horizonte como una muralla de granito. Me pasé un instante sobre la plataforma, que me pareció tener de treinta á treinta y cinco pies de longitud: algunas piedras enormes que han quedado en pie, parecen los picos cortados de una cresta de montañas. Aquella roca está cubierta de nombres, entre los que eran todavía visibles los de una parte de los generales de la expedicion; al lado de esos nombres ilustres, encontré los de Carlos Nodier y de Chateaubriand, que Mr. Taylor habia escrito en un viage anterior.

De allí dirigí mis ojos bajo nuestros pies, y ví los burros y los burreros del tamaño de escarabajos y hormigas; les tiré una piedra, pero por mas que la lancé con toda mi fuerza, cayó en los flancos de la pirámide, y llegó á tierra saltando de escalon en escalon.

Este último ejercicio me hizo pensar en la bajada; y preciso es decirlo, la cosa me pareció mucho mas difícil que la subida: el borde de cada escalon, por la desproporcion que habia entré la altura y el ancho, oculta los bordes de los que le siguen, de modo que al parecer no hay otro medio de llegar abajo mas que sentarse en aquella rápida pendiente y dejarse escurrir. Felizmente se reflexiona antes de aventurarse á semejante deslizamiento: por otra parte, una vez bajado el primer escalon, se ve el segundo, y así los demas. Sin embargo, lo repito, la marcha no es cómoda, y las personas que padecen vértigos

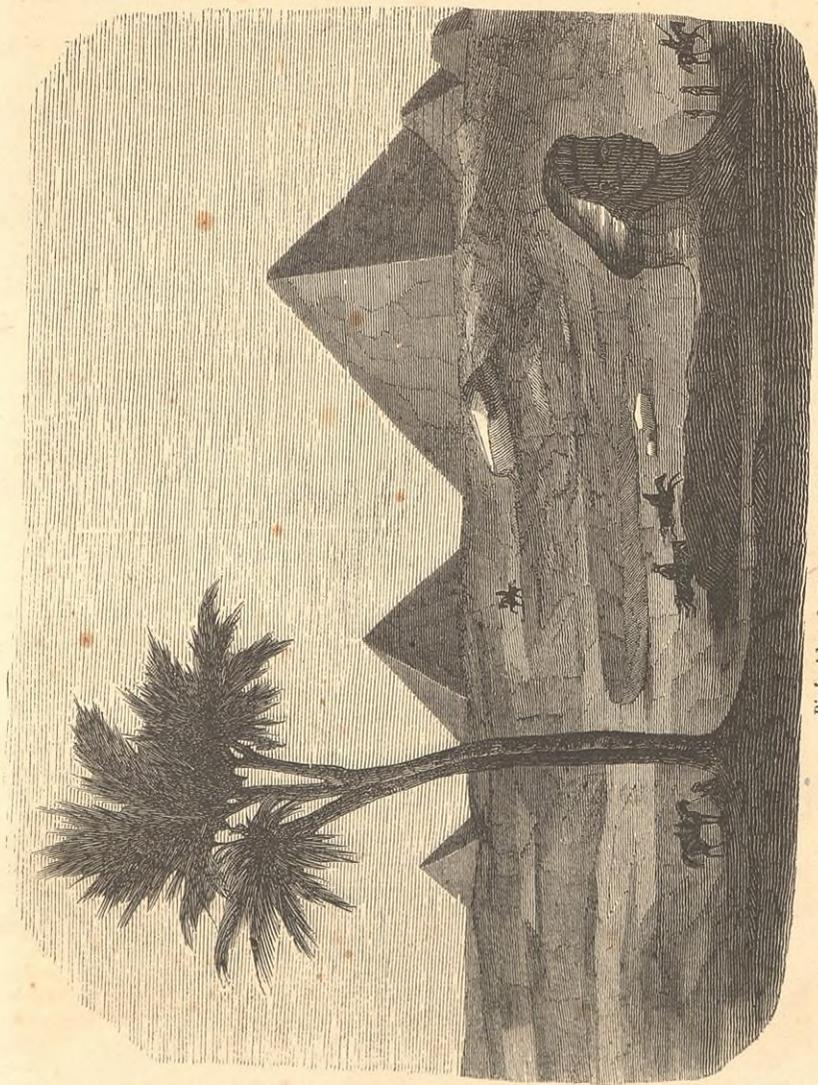
harán muy bien en privarse de la ascension.

En cuanto llegué al suelo, caí sobre la arena; me moria de calor y de sed: en todo mi viage habia sentido nada, ocupado como estaba en velar por mi seguridad personal. Mohammed me pronunció entonces un largo discurso acerca de la necesidad de beber poco á poco; yo le arrebaté la botella de las manos, y me bebí su contenido de un solo trago. Pero en cuanto apagué mi sed, sentí hambre. Felizmente confesaron todos francamente que se encontraban con las mismas disposiciones, de modo que por unanimidad se decretó almorzar. Hicimos aproximar el burro que llevaba las provisiones, y reconocimos con satisfaccion que no le habia sucedido accidente alguno.

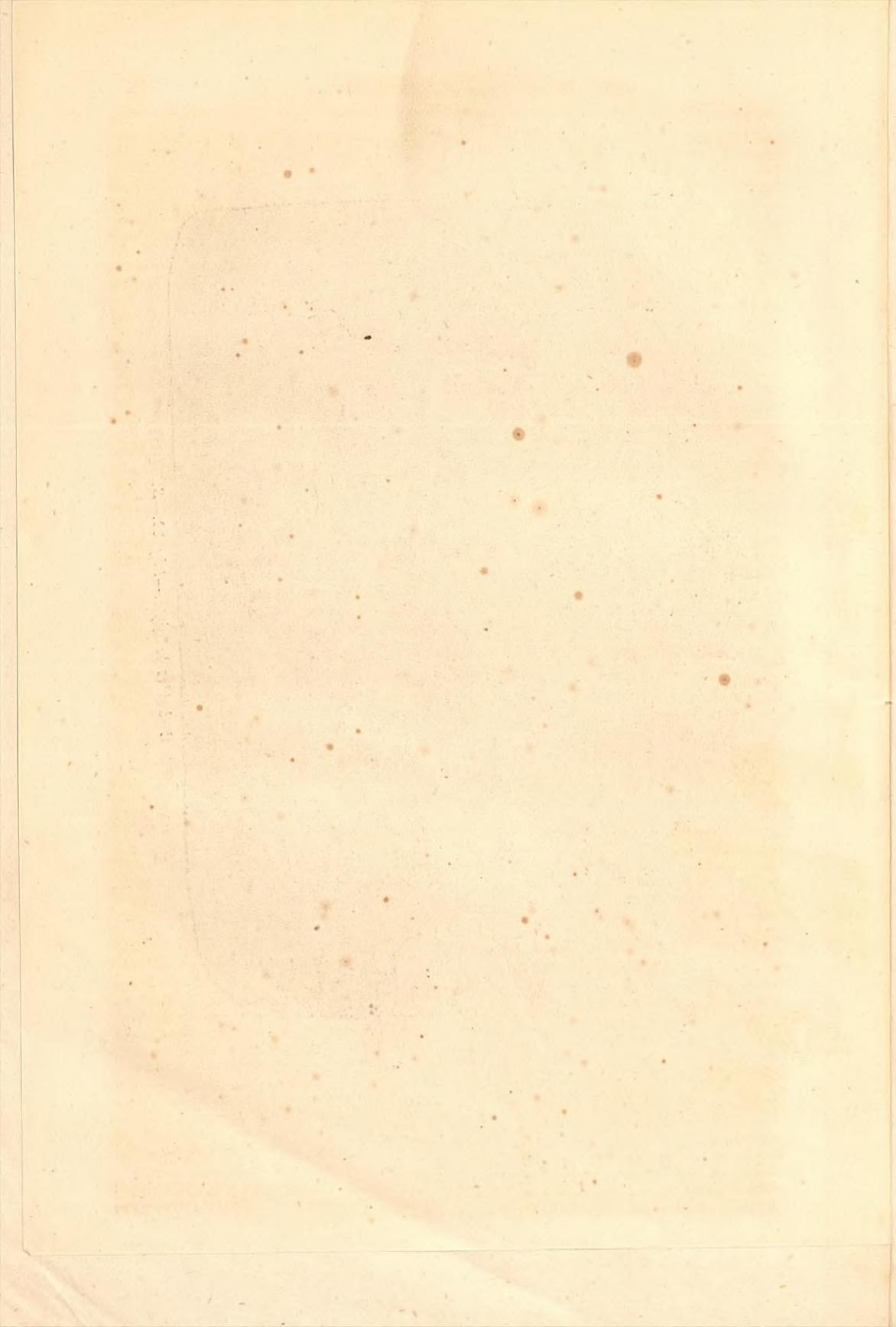
Dimos vuelta á la pirámide para buscar algo de sombra. Por desgracia estaba el sol en su zenit, de modo que caía por igual sobre las cuatro faces de la tumba de Chéops. Recorrimos los contornos sin hallar un sitio donde permanecer mas de cinco minutos sin volvernos locos. Entonces nuestros árabes nos enseñaron, á un tercio de la altura de la pirámide, por el lado del Norte, la entrada por donde se penetra en el monumento. Aquella sombría boca que abria el coloso como para respirar, nos pareció tan oscura y fresca, que por mas fatigados que estuviésemos, nos volvimos á poner en marcha, y llegamos á ella en menos de cinco minutos. Allí encontramos un lugar como un comedor, si no muy cómodo, al menos muy fresco; esto era todo lo que pedíamos.

Terminada la comida, hicimos nos subiesen antorchas, á fin de visitar, puesto que nos hallábamos allí, el interior de la pirámide. Penérase en aquel monumento por una galería cuadrada que presenta un espacio abierto de un metro en todos sentidos próximamente, y que desciende á lo interior con una inclinacion de cuarenta y cinco grados. A medida que nos alejamos de la entrada, se siente disminuir el calor; pero á lo espeso de la atmósfera por el humo de las antorchas, se mezcla un polvo impalpable levantado con los pies de los que visitan aquel sitio, que hace el aire muy fatigoso para la respiracion. Por último se llega á dos habitaciones, llamadas, la una la cámara del rey, la otra la de la reina; en la primera hay un sarcófago de granito cuya tapa está rota, la segunda está vacía.

Salimos de las cámaras de sus magestades donde absolutamente no hay nada que ver mas que las paredes, para ir á saludar á su alteza la esfinge; está algunos centenares de pasos mas cerca del Nilo que las pirámides: es el gigantesco mastin que guarda aquel baño de granito. Con el auxilio de mis árabes conseguí subir sobre sus espaldas, y de las espaldas sobre la cabeza, lo que cuesta un trabajo regular. Mayer me siguió inmediatamente. Deslicéme al punto otra vez por las espal-



Pirâmides de Egipto. — Pág. 32. — S.



das del coloso á tierra, y me puse á dibujarle mientras Mayer, en pie sobre una oreja, le hacia el oficio de plumage: esto me dió naturalmente la escala de proporcion.

Cerca de la gran pirámide hay otra mas pequeña, cuya cúspide está perfectamente conservada y termina en punta; rara vez se sube á ella, y el primero que llegó á la parte mas alta, segun nos dijeron nuestros árabes, fué un tambor francés que perseguido por unos mamelucos, no encontró nada mejor que escalar aquella muralla á donde sus enemigos no podian perseguirle. En cuanto llegó al estremo mas elevado, se le ocurrió la idea de tocar llamada con toda su fuerza para pedir socorro: el alboroto que armó se oyó á una legua á la redonda, y el general Regnier envió dos compañías, las cuales pusieron en fuga á los mamelucos, abandonando al sitiado, el cual bajó de la pirámide con los honores de la guerra.

Volvimos á montar en nuestros burros y dimos la vuelta por Gyzeh, no para ver la casa de recreo de Mourad, de la que no creo quede vestigio alguno, sino para ver el establecimiento de los pollos huérfanos.

Sabido es que en Egipto se ha reemplazado á las gallinas, que con la mejor voluntad de la tierra y la mayor abnegacion del mundo no pueden empollar mas de quince huevos á la vez, con hornos calentados al vapor, en los que se hace salir del cascaron á millares de polluelos. Esta interesante institucion está bajo el cargo de un director, quien no solo trabaja para sí, sino que pone en incubacion todos los huevos que le llevan, y de los que se encarga mediante una pequeña retribucion. La habitacion en que coloca á sus pensionistas engalladas es una larga galeria en que se ve á cada lado una serie de celdas de dos pisos, que comunican entre sí por una abertura practicada en el centro, y destinada á conducir el calor que envia un horno subterráneo, caliente siempre á un grado calculado. La abertura de estas celdas da á la galeria; los diez ó doce primeros dias permanece cerrada, despues cada dia se abre algo mas tiempo; al fin, al vigésimo dia han llegado á sazón los pollos.

Llegamos nosotros precisamente cuando una hornada estaba de parto, de modo que el alumbramiento se verificó á nuestra presencia. La operacion es de las mas sencillas: se rompen los huevos como para hacer una tortilla; se mandan los pollos como judías, en seguida se les echa unos sobre otros en el horno donde han sido calentados, sin mas precauciones que cuando se amontonan piedras. El primer acto de existencia que ejecuta toda aquella pollada, es piar al que mas puede, y el segundo buscar su alimento: pero esta es una exigencia desgraciada, porque el amo del establecimiento se ha encargado de sacarlos del cascaron, pero no de alimentarlos. Por lo de-

mas, pueden vivir así tres dias, sin duda con el calor; pasados los cuales, si no son reclamados por sus propietarios, pertenecen al empollador, quien los envia al mercado y los hace vender sin cebarlos de otro modo.

Volvimos al Cairo pasando por la isla de Rondah, donde está edificado el nilómetro.

Este instrumento, que sirve para medir la altura de la crecida del Nilo, no es otra cosa que una columna de diez y ocho codos, contando con su capitel, y en la que se señala todos los años el nivel del rio en su mayor elevacion. Este mekias, muy destruido en la época en que el ejército francés ocupó el Cairo, fué restaurado por órden del general Menou, y bajo la direccion del ciudadano Chabrol, ingeniero de caminos y canales. Terminadas las reparaciones, se construyó un pórtico á la entrada del monumento, y bajo su peristilo, por encima de la puerta, se fijó una lápida de mármol blanco, en la que se grabó en francés y en árabe la siguiente inscripcion:

EN EL NOMBRE DE DIOS CLEMENTE Y MISERICORDIOSO.

*El año IX de la república francesa, y el 1215 de la égira, treinta meses despues de ser conquistado el Egipto por Bonaparte, Menou, el general en jefe, reparó el mekias. El Nilo correspondia en su mayor descenso á los tres codos y diez dedos de la columna, el dia 10.º despues del solsticio del año VIII.*

*Comenzó á crecer en el Cairo el dia 16.º despues del mismo solsticio.*

*Se elevó dos codos y tres dedos por encima de la caña de la columna, el dia 107.º despues de ese solsticio.*

*Comenzó á crecer el dia 114.º despues de dicho solsticio.*

*Todas las tierras han sido inundadas. Esta extraordinaria crecida de catorce codos y diez y siete dedos, deja esperar un año muy abundante (1).*

En aquella noche, al volver al Cairo, monsieur Cydoux, el doctor del *Lancero*, que nos habia acompañado con el filantrópico objeto de curarnos oftalmias, se vió atacado de esa enfermedad. Mr. Msara nos dió al punto el consejo de enviar á buscar á Mr. Dessap, médico francés de Besançon, que ha permanecido en el Cairo desde la expedicion francesa, y que ha adquirido una grande esperiencia en la curacion de las afecciones de los ojos, á que se ha dedicado especialmente. Nos apresuramos á seguir su consejo, y una hora despues vimos entrar un venerable anciano ves-

(1) La caña de la columna es de diez y seis codos: el codo es de cincuenta y cuatro centímetros: se divide en veinte y cuatro dedos.

tido á la oriental, y llevando su barba en una mano: era nuestro compatriota.

Los árabes, que miden la ciencia por la longitud de la barba, le tienen en la mayor veneración. Apresurémonos á añadir que la merece, y que en él no promete la apariencia mas de lo que posee la realidad.

## IX.

## UNA VISITA AL CORONEL SELVES Y Á CLOT-BEY.

Habiendo sabido Mr. Taylor el regreso del virey á Alejandria, partió para aquella ciudad, y nos dejó en el Cairo para hacer los preparativos de nuestro viage al Sinaí.

Gracias al maravilloso instinto topográfico de los parisienses, comenzábamos á conocer el Cairo como si hubiésemos nacido en él; el traje musulman que llevábamos, debo decirlo á pesar de mi modestia, con una dignidad completamente oriental, nos abria todas las puertas, aun las de las mezquitas: á estas era nuestro paseo habitual. Las mezquitas son los oasis de la ciudad: en ellas se encuentra frescura, agua, sombra, árboles y pájaros. Y además de todo esto, algunos poetas árabes que van á comentar en los intervalos de la oracion los versículos del Koran, y cuyos cánticos entretienen á piadosos desocupados que viven descuidadamente tendidos bajo los floridos naranjos; agradábanos aquella voz monótona y cadenciosa del muezzin, que mientras es joven sube á lo mas alto de su madeneh, y con su grito religioso convoca á todo el pueblo á la oracion; despues, á medida que va teniendo mas años, desciende un piso y baja la voz, hasta que, anciano débil, no puede llegar mas que á la galeria menos elevada, de donde no se hace oír mas que de los que pasan por la calle.

Frecuentemente nos encontrábamos en las mezquitas á la hora de las abluciones, y tomábamos parte en aquellos deberes religiosos como verdaderos musulmanes: hubiérase creído al ver el fervor religioso con que metíamos la nariz y las manos en el agua, que llegábamos de Medina ó de la Meca; las ciudades santas. Terminada aquella ceremonia, se verificaba una cosa que nos divertia mucho: era que al salir, cada uno reconocia su propiedad: todo musulman que entra en una mezquita deja su calzado á la puerta, de modo que siempre en esa ocasion se reunia allí una verdadera montaña de babuchas de todas hechuras y colores. Figúrese el lector la salida de

nuestros bailes, donde cada uno coge, no su sombrero, sino el mejor sombrero que encuentra; y así sucede con las babuchas; era un saqueo donde ni siquiera se tomaban el trabajo de casar los colores; todos se volvian calzados de distinto modo que habian ido. Los devotos exagerados se volvian descalzos completamente, porque los que estaban muy quejosos de lo que se les habia dejado, compen-saban en la cantidad el defecto en la cualidad, y se escapaban con cuatro chinelas: dos en los pies, y dos en las manos.

Compréndese, por lo demas, cuán frecuente y variado puede ser este placer en una poblacion como el Cairo, donde en una sola calle contamos hasta sesenta mezquitas. Dibujamos sucesivamente los mas notables de aquellos templos; la gigantesca mezquita del sultan Hassan, á donde se retiraron los insurgentes en el levantamiento del Cairo, y donde fueron derrotados con la caballería y la artillería; la mezquita de Mahomet-Bey, cuya cúpula está sostenida por columnas llevadas de la antigua Menfis; Mu-Rustam, enriquecida con preciosos mosaicos, maravillosos recuerdos del arte en los siglos XI y XII; Ha-laonn, cuyos pilares cuadrados están revestidos hasta el capitel de un maqueado de brillantes colores; Sultan Hourri con sus ricos techos de arabescos ingeniosamente enlazados, y pintados con una coquetería encantadora; y en fin, Tailoun, fundada por el conquistador que le dió su nombre; esta se ha hecho entre las demas, muy venerable para los árabes, que hacen allí oracion mejor que en ninguna otra, y es muy curiosa para los extranjeros, á los que se presenta con su fecha del siglo IX, su prodigiosa estension, su madeneh rodeado de una escalera exterior que produce un efecto de los mas pintorescos.

Diseñando lo interior de esta última, faltó poco para que fuese yo, para los asistentes á ella, objeto del mayor escándalo. Como los cristianos no pueden penetrar en las mezquitas sino esponiéndose á un castigo, que generalmente se deja á la eleccion de los que le sorprenden en ella; como por otra parte pocos musulmanes se dedican á la pintura, siempre que hacíamos un dibujo teníamos la precaucion de escoger el momento en que la mezquita estaba, si no desierta, al menos ocupada solamente por despiertos alargados, que continuaban el sueño del opio tendidos bajo algun naranjo florido, ó poetas que absortos en la interpretacion del Koran, ó admirándose á sí mismos, no fijaban su atención en nosotros. Entonces sacaba yo de mi cinturón, además de mis enseres de dibujo, una hoja de papel cubierta de caracteres árabes, y me ponía á trabajar. Si oía aproximarse á mí pasos lánguidos y mesurados, cubría mi empezado dibujo con la hoja escrita; el musulman al pasar nos dirigia una oblicua mirada, y viendo lo escrito nos tomaba por copis-

tas ó poetas, y se alejaba deseándonos ánimo ó inspiracion, segun que pensaba era nuestra mano ó nuestra cabeza la que trabajaba. Un dia, sin duda estaba yo tan profundamente absorto en la contemplacion de mi obra, que no oí aproximarse uno de los mas devotos concurrentes á la mezquita; de repente vi una sombra que se interponia entre la luz y yo; instintivamente saqué mi página escrita, pero era demasiado tarde: el santo hombre habia visto el diseño, y me reconoció por un franco. Este descubrimiento le inspiró tal horror, que huyó hácia una de las puertas interiores dando desaforados gritos; no perdí tiempo, metí en el cinturón mi dibujo, mi lápiz y mi página escrita, calculando que puesto que él corría en un lugar santo, bien podia yo correr tambien; gané la puerta exterior, donde no me tomé el trabajo de reconocer mis chinelas, me puse las dos primeras que me vinieron á las manos, y me interé por las calles inmediatas, donde ya no supe lo que era de mi perseguidor.

Sin embargo, apenas acababa de librarme del martirio de San Esteban, pensé caer en el de San Lorenzo: habia fuego en una casa del barrio franco, y como yo veía correr hácia aquel lado, y tenia mis razones que conocia perfectamente para apresurar el paso, y ademas aquella direccion me aproximaba al parador, seguí á los demas. No tardamos en llegar frente á donde era el incendio, que ganaba terreno sin que nadie se opusiese á él de otro modo que con gritos, movimientos y oraciones. En esto llegó el kadi con su guardia armada de cañas de bambú; en un momento quedó la plaza desocupada; una compañía de soldados, ayudados de un centenar de hombres de la mejor voluntad, se repartieron por las casas inmediatas á las que ardian; como eran todas de madera, trabajaron tanto con pies y manos, que al cabo de una hora no quedaba ni resto de ellas. Se encontró, pues, aislado el incendio; entonces á hachazos derribaron los cuatro principales pies derechos de la casa incendiada, que se hundió al punto; inundaron de agua los escombros, y cada uno se marchó á su casa, dejando humear los restos, junto á los que vigilaba un guarda.

Nuestra segunda distraccion, menos peligrosa que la primera, eran los cafés. Como estos establecimientos son profanos, todos pueden frecuentarlos sin correr riesgo alguno, aun cuando fuesen reconocidos; los fumadores de ópio, los jugadores de ajedrez y los de mangallah, son los mas constantes parroquianos. Nosotros, como no éramos aficionados á ninguno de esos juegos, pedíamos sencillamente café y pipas; al principio nos habia costado algun trabajo acostumbrarnos al café, que no se prepara en Oriente como en Francia: se le tuesta poco, se tritura en un mortero, y sobre los granos triturados se echa agua hirviendo; y tan caliente como pueda

sufrir la infusion el paladar, se traga. Al principio tuve la flaqueza de querer echarle azúcar, y pedí lo necesario para hacerlo; el mozo me llevó en la cuenca de su mano un poco de azúcar casi negra; habiéndole pedido una cucharilla para revolver el azúcar, cogió del suelo un pedacito de madera, que me presentó con mucho obsequio. Como entra en mis principios no humillar á nadie, alargué mi taza á pesar de la repugnancia que aquello me causaba, y raspé el palito con mi cortaplumas, á fin de quitarle lo superfluo, con todo lo que conseguí echar á perder completamente mi bebida. Pedí entonces otra taza que me bebí en toda su pureza oriental; le encontré un aroma maravilloso y un gusto exquisito. Lo poco concentrado de aquel líquido permite beber veinte y cinco á treinta tazas al dia; obra entonces como tónico, mientras la pipa produce el efecto de una distraccion; así apenas entráis en cualquier parte, os presentan el café y la pipa; el café restaura las fuerzas que ha hecho perder el calor; la pipa hace las veces de la conversacion.

El accidente que estuvo para sucederme en la mezquita de Tayloun, nos alejó momentáneamente de los lugares santos, y resolvimos hacer una segunda excursion fuera de la ciudad. Al pasar por el antiguo Cairo, saludamos un dia al coronel Selves, quien nos hizo presente su deseo de recibir en su tienda á Mr. Taylor, y nos encargó le trasmitiésemos su invitacion. El coronel Selves, convertido en Solyman-Bey, ha renunciado á la religion cristiana para adoptar el culto mahometano, y á sus hábitos franceses para abrazar la vida oriental; á pesar de este cambio en su fé y en sus costumbres, su corazón ha permanecido europeo, y los recuerdos nacionales son todavia sus recuerdos: ha hecho pintar en las paredes de su casa las batallas mas gloriosas de la revolucion y del imperio, y con los ojos y la memoria vive en medio de sus compatriotas; nos habia enseñado todo eso con una triste sonrisa que nos reveló cuanto luto y desventura se habia aglomerado en aquella alma antes de osar ejecutar lo que en Francia se llama su apostasia; nos habia pedido le dedicásemos un dia completo; se lo habiamos prometido, y una mañana se nos presentó á reclamar el cumplimiento de nuestra palabra. Mr. Taylor encontró su magnífica lanchar que se hallaba á sus órdenes en Rondah, para conducirnos á las Pirámides de Sakkara y á las ruinas de Menfis; luego, á la vuelta, ibamos á tener una comida á la europea con los oficiales franceses al servicio del virey. Marchamos llevando á Mr. Msara, que era nuestro compañero en todas las expediciones.

Era bueno el viento, el paisaje encantador. El Nilo, llamado por los antiguos el padre de los rios, corría bajo nuestros pies; sus olas, que bañaban nuestra barca, habian mojado las ruinas de Tebas y de Philæ; los hombres que

discurrían por sus orillas, iban vestidos como en los días de Ismael, y las mugeres como en los tiempos de Agar; hubiese sido imposible experimentar el fastidio ni por un momento, aun cuando la conversacion de Solyman-Bey y de Mr. Msara no hubiese revestido de nueva poesia aquellos lugares. El coronel Selves habia conservado de sus gustos franceses la afición á la caza; hícele, pues, muchas preguntas acerca de los animales que habia encontrado en sus escursiones, y sobre todo, acerca de los cocodrilos que habia ido á buscar mas arriba de la primera catarata.

El cocodrilo jamás llega al Bajo Egipto; hay necesidad de subir hasta Denderah para encontrarle; en los días de gran calor, y cuando el Nilo está bajo, es cuando sale voluntariamente del agua para calentarse al sol; sin embargo, antes de procurarse ese goce, toma precauciones que prueban cuán perfectamente conoce el peligro á que se espone saliendo de su elemento para invadir el nuestro: comunemente se le ve desde la orilla en los bancos de arena que deja el Nilo al descubierto cuando decrece, permaneciendo inmóvil como un tronco de árbol, y casi siempre rodeado de aves de gran tamaño, que al parecer tienen con él las mas amistosas relaciones; entre estas, una de sus mas íntimas amigas es el pelicano; es al cocodrilo lo que la garza de las lagunas Pontinas al búfalo y á la vaca: extraño compañero cuya simpatía no se puede explicar.

Cuando el cocodrilo no tiene isla donde tomar el sol, se decide á trepar á la ribera; pero en este caso jamás se aleja del rio mas de cinco ó seis pasos, y al menor ruido se vuelve á sumergir en él. En esta ocasion es cuando el pelicano, que tiene un oído muy fino, le presta un grande auxilio: se echa á volar sacudiendo las alas y lanzando agudos gritos, y de este modo previene al cocodrilo que de un salto se sumerge en el rio. Por lo demas, como está cubierto por todas partes de una escama muy dura, y no es vulnerable mas que por bajo de los brazos, es muy raro que se le llegue á encontrar á tiro, y que pueda lograrse dirigir la puntería bastante bien para meterle la bala en el sitio donde le falta aquella armadura natural.

Sin embargo, en la época de la expedicion de Egipto, habia en Denderah un kachef á quien divertía singularmente esa caza; conocia las salidas de los cocodrilos como nuestros cazadores furtivos conocen los pasos de las liebres y corzos, é iba algunas veces cubierto de yerbas acuáticas ó de hojas de palmera, á ponerse en espera días enteros para espíar aquella singular presa; de ese modo habia muerto siete ú ocho cocodrilos de dimensiones muy regulares, que habia colocado encima de su casa, y que desde lejos parecían una batería; este extraño engaño óptico, era por lo demas el único beneficio que sacaba de aquella

caza, en la que jamás le sucedió accidenté alguno, y en que constantemente habia visto al cocodrilo huir ante el hombre.

Trascurridas dos horas de una deliciosa navegacion, saltamos á tierra frente á las pirámides de Sakkara. Son mas antiguas y por consiguiente están mas deterioradas que las de Gyzeh: sus contornos son irregulares; algunas tienen escalones de pequeña dimension; otras no tienen para llegar á su cúspide mas que diez escalones colosales que parecen contruidos para gigantes; en su base está el suelo cubierto de huesos; no hay mas que escabar en la arena con los pies ó las manos para sacar fragmentos de momias, telas, listones, ídolos pequeñitos, vitrificaciones é insectos. Bajo aquel suelo hay inmensas catacumbas donde yacen los habitantes de la antigua Menfis, cuya necrópoli ocupaba toda esta parte de la ribera del Nilo.

Ademas de la catacumba de hombres y mugeres hay catacumbas de animales; encuéntranse en esta gatos, ibis y lagartos; cada uno de estos individuos, que fué en otro tiempo un dios, sin que por esto se ofenda nuestro amor propio, está cuidadosamente empaquetado en sus paños sagrados, herméticamente encerrado como si fuera un escabeche en puchero, cerrado con argamasa y colocado con las otras divinidades de diferentes órdenes á lo largo de las paredes de la tumba comun. Cogi bajo el brazo derecho un ibis y bajo el izquierdo un gato, que me parecieron por su envoltorio haber pertenecido á la época de los personajes mas notables, y me fui con mi par de dioses á descansar un instante en una cueva cubierta de geroglíficos maravillosamente conservados en ciertos sitios, y en otros horriblemente mutilados por los viages, esos bárbaros de la civilizacion.

Despues de ver las pirámides de Sakkara, fuimos al bosque de palmeras que ocupa el sitio de la antigua Menfis, que dista de las pirámides próximamente una legua. Esa antigua ruina del Egipto no podia elegir para sus cenizas mas magnífico sudario: algunos restos, escasas columnas horadan la tierra con sus ángulos de mármol; y como el genio eterno de aquellas opulentas ruinas, el coloso del rey Ramsés el Grande, conocido de los occidentales bajo el nombre de Sesostris, está tendido, derribado de su pedestal y cubre con sus mutilados restos treinta y seis pies de terreno.

A pocos pasos del coloso se presenta un monumento bíblico, casi contemporáneo del conquistador cuya estatua está inmediata; es una cueva que los árabes llaman la prision de José: segun ellos de esta prision es de donde fué conducido el hijo de Jacob, y probablemente subió los escalones que nos enseñaron para ir á palacio á explicar el sueño de Faraon. Por lo demas, esto es muy comun en Oriente; las tradiciones paganas y bíblicas se unen; las dos historias se tocan, y tendremos

mas de una ocasion de conocer sus recuerdos á un mismo tiempo.

Volvimos por donde habiamos ido, por el Nilo, única via que atraviesa el Egipto; desembarcamos frente al campo de Strouba y fuimos á casa del coronel Selves.

Nos esperaba la comida. Pero el número de los convidados se habia completado con una celebridad. La contemporánea, que en aquel momento viajaba por Egipto, habia recibido de nuestro generoso compatriota una hospitalidad régia. A los pocos dias habia caído enferma, y todavia bastante indispuesta para dejar el lecho, habia pedido que se pusiera la mesa en su habitacion. Por lo demas, si comia poco hablaba mucho, y no perdimos nada con aquel trastorno de sus facultades.

Al dia siguiente comenzamos á ocuparnos de los preparativos para nuestra peregrinacion al monte Sinai, y recurrimos en esta circunstancia á un compatriota, Mr. Linant, jóven francés, que en otro tiempo acompañó á Mr. el conde de Forbin á Siria, y que, entusiasmado de aquel clima, de sus edificios y de toda aquella poesia oriental, se habia quedado en el Cairo, despues de haber llevado sus deberes para con su ilustre compañero que nos habia ofrecido sus servicios para con los árabes conductores. Habia llegado el momento de entendernos con esos hijos del desierto: fuimos por tanto á recordar á Mr. Linant la palabra que nos habia dado y le encontramos dispuesto á cumplirla. El resultado no se hizo aguardar; á los dos dias se nos presentó una diputacion de la tribu de Onaleb-Saide, una de las mas considerables de la peninsula del monte Sinai y convinimos el precio con su gefe para ir á buscar á Mr. Taylor á Alejandria y volver al Cairo, reservándonos despues de esta especie de introduccion hacer al regreso un contrato mas formal para mi viage al Sinai á la vuelta de Suez. Este primer acuerdo fué por la cantidad de cincuenta piastras por dromedario, diez y ocho francos próximamente.

Habia visto entrar aquellos árabes con sus acémilas en el patio de nuestra fonda, y por la décima vez aquel aspecto me habia dado seriamente que pensar: siempre que habia yo oido hablar de viages por Oriente habia oido al mismo tiempo citar los camellos como los vehiculos ordinarios, y cuantas veces habia pensado en aquel animal me le habia figurado tal como le describe Mr. de Buffon con la doble giba que adorna su espina dorsal; de modo que me habia familiarizado poco á poco con esa idea, y á mi vez me habia visto viajando montado en aquel valle natural, que la naturaleza parece haber colocado sobre el lomo de ese interesante cuadrúpedo; pero desde mi llegada se habian rectificado singularmente mis ideas. Desde luego ví que se llama de un modo indiferente al camello dromedario, y al dromedario camello; pero el animal que tiene dos gibas no existe en Egipto. El camello es al

dromedario como á un caballo de carga es un caballo de carrera. Este descubrimiento echaba por tierra todo mi sistema de equilibrio: en lugar de un valle tenia una montaña, y aun en vez de servirse de esta montaña como de un punto de apoyo para los riñones, los árabes han tenido la idea de colocar sobre ella una silla que la hace todavia ocho ó diez pulgadas mas alta, llevando de este modo la altura un viagero de unos diez pies sobre el suelo. Añadid á esto un trote capaz de reventar á un gañán, y os formareis una idea de los encantos de la locomocion oriental.

Esto no era muy agradable á un hombre que en todas sus escursiones se caia por lo regular dos ó tres veces de un burro.

Felizmente tengo por sistema no preocuparme por acontecimientos que no me amenazan en el momento; de modo que teniendo ocho ó diez dias á mi disposicion, abandoné aquella idea y me encontré dispuesto al dia siguiente á continuar la vida de molicie y llena de atractivo que llevábamos hacia tres semanas. Otro francés llamó á nuestra puerta: iba á comprometernos tambien para todo el dia. Clot-Bey, el célebre médico, que volvimos á ver despues en París en 1833, y que estaba al servicio del pachá de Egipto, á quien se los ha prestado inminentes, acababa de fundar el hospital de Abouzabel, cuyo establecimiento queria visitar Mr. Taylor, llevándonos en seguida á su casa para disfrutar de una tertulia á la turca. Adivinase fácilmente que aceptamos de muy buena voluntad. El pachá concede una atencion especialísima al hospital de Abouzabel: este establecimiento debe llegar á ser el plantel de sus jóvenes médicos: vimos alli todas esas enfermedades monstruosas del Oriente desconocidas ú olvidadas entre nosotros, y que no encontramos mas que en la Biblia: la elefantiasis, la lepra, los hidroceles enormes, el libro de Job todo entero. Cirujanos árabes jóvenes de mirada rápida é inteligente, nos hicieron los honores presentándonos sus enfermos con una solicitud que probaba el deseo que tenían de agradar á su gefe. Clot-Bey, conociendo que este espectáculo, muy interesante para las gentes de la ciencia, no podia ser para nosotros mas que un objeto de pasagera curiosidad, nos hizo pasar al momento á las calles de los jardines; eran estos verdaderos oasis de lilas y naranjos, donde los convalecientes se hallaban á sus anchas bajo la sombra y en una atmósfera fresca.

A cosa de las dos, Clot-Bey vió que el tiempo se echaba á perder: en consecuencia nos propuso volver á tomar nuestros vehiculos y aprovecharnos de la educacion que les habian inculcado los franceses, para volver apresuradamente al Cairo. Pensaba y con razon, que si el huracan nos sorprendia en Abouzabel, tendríamos un medio deseo de pasar alli el dia; por otra parte, habia tomado tambien para

nuestra *soirée* disposiciones que le llamaban á la ciudad. Hizose el camino al galope; y en menos de una hora, aunque hay dos leguas sin fin desde el hospital al Cairo, vi con placer que el regreso se verificó sin ninguna separacion de continuidad entre mi cuerpo y el de mi burro; lo cual me infundió alguna confianza respecto al dromedario.

Mientras preparaban la comida, nos condujo Clot-Bey al baño. He explicado ya suficientemente en el artículo *Alejadria* cómo se verifica esta operacion, para no tener necesidad de volver á hablar de ello; por lo demas, me habia acostumbrado á ellos, y habia llegado á mi vez á ser uno de los aficionados mas entusiastas.

Volvimos á comer á casa de Clot-Bey; era una verdadera comida á la turca, con tenedores y cuchillos al lado, cuya concesion se nos hizo: se componia del arroz de rigor, de carnero cocido, pescado y pasteles.

Terminada la comida, Clot-Bey nos invitó á pasar al salon y á tomar asiento sobre un enorme divan; se nos sirvieron muchas tazas de excelente café, que saboreamos á nuestro gusto; en fin, nos armaron á cada uno con una pipa, hicieron que se echara á nuestros pies un negro encargado de llenarla, encenderla y vaciarla; y viéndonos ya acomodados bastante bien, Clot-Bey llamó con las manos, y entraron cuatro músicos.

Confeso que mi primer movimiento fué de espanto: recordaba el concierto que nos habia dado el vice-cónsul, y no queria oír segunda vez semejante algarabía. Dirigi una mirada investigadora á los instrumentos, que por su forma no me parecieron de un aspecto capaz de tranquilizarme: el primero era el famoso tambor de ancha caja, con el que habia hecho ya conocimiento en nuestra lancha; el segundo un violin cuyo mástil descansaba entre las piernas del músico, y los otros dos una especie de bandolines de desmesurado mástil. Los impios tenian ademas una voz que reservaban en aquel momento, pero que no tardarian en darnos á conocer.

Acababa de comenzar el concierto, que prometia no ceder en nada al que habiamos oído, cuando de repente distrajo nuestra atencion la presentacion de una especie de Gitles vestido de blanco: llevaba un traje mas corto que el de los orientales y tenia la cabeza cubierta con una especie de sombrero de fieltro flexible como el de un Pierrot. Iba delante de cuatro mugeres, que al punto conocimos eran bailarinas: eran las *Taglioni* del Cairo. Desde aquel momento prescindimos de la música, y toda nuestra atencion se fijó en las huris que nos bajaban del cielo.

Iban vestidas con un elegante y voluptuoso traje: la parte mas alta de la cabeza la cubria un *tarbouch* ricamente bordado y adornado de pedrería por bajo del que salian los cabellos trenzados en multitud de trencitas,

largas y delgadas, adornadas de cequies de Venecia horadados por el borde y colocados tan cerca unos de otros, que se cubrian como escamas. Algunas de estas trenzas caian por delante; pero la mayor parte flotaban por detrás velando los hombros como un manto de oro espléndido y tentador. El cuerpo estaba ceñido por un corpiño cortado en forma de vestido de montar escotado en la parte anterior uniéndose el escote junto á la cintura con una graciosa curva que deja el pecho completamente desnudo: desde el talle á los pies la falda está suelta y flotante: las mangas cortadas por el mismo gusto; cerradas á trechos por la parte superior, se ensanchan en el codo, están abiertas un poco mas abajo y cuelgan hasta el suelo, cubre sus piernas un pantalon turco, caprichoso en sus pliegues y en su forma que deja el pie al descubierto, y en cuyas presillas de oro va á perderse una camiseta verde ó azul, fina y trasparente como una red. Un chal de cachemir anudado con descuido á la cintura y cuyos dos extremos caen por delante con desigualdad, completa este traje, que por mas sencillo que parezca es de un inmenso valor: el *tarbouch* solo, suele costar diez, veinte, y hasta treinta mil francos.

Ademas tenian, como muchas mugeres turcas, las uñas de los pies y de las manos dadas de encarnado con *henni*, el borde de los párpados teñidos de negro con el *hrol*, lo que daba á sus ojos un brillo extraordinario, y el talle tan flexible, tan estrecho, que creo que mis recuerdos de Occidente no me presentaban verdaderamente nada que pudiese compararse.

Aquella inesperada entrada, el aspecto pintoresco, el nombre poético de *almea* que llevan, produjeron al instante mismo un efecto de los mas lisonjeros para las recién llegadas: reinó el silencio mas profundo, y mientras Clot-Bey, acostumbrado á aquel espectáculo, continuaba fumando tranquilamente su pipa, las nuestras salieron de la boca y aplaudimos como se hace en Paris al presentarse en escena un actor de fama.

Por su parte, las bailarinas, para responder á nuestra galantería, se colocaron en una misma línea las cuatro, avanzaron despues mesuradamente meciéndose con molice y dejando oír un canto suave y voluptuoso que los músicos acompañaban muy piano. Así que llegaron junto á nosotros, empezaron á bailar y se volvieron otra vez dándonos la espalda: entonces las que formaban las alas se adelantaron y las cuatro se cruzaron formando figuras ingeniosas sin ser, sin embargo, ni rápidas, ni variadas. Hasta entonces conservaron en sus movimientos actitudes sencillas y nobles, como las estatuas antiguas. No obstante, poco á poco fué animándose el baile, los movimientos se hicieron mas rápidos y voluptuosos, los cantantes elevaron la voz,

las actitudes tomaron un carácter lascivo, el bufon se mezcló en el baile y ejecutó en medio de él posturas obscenas: en fin, payaso y bailarinas escitados cada vez mas por el canto y la música llegaron al paroxismo de la pasión mas vehemente y mas desordenada. Entonces la voz venció á la música, los aficionados cantaron acompañándose una canción escitante y lúbrica; entre las cuatro mugeres y el hombre hubo una lucha de bacantes y de sátiros. En fin, anhelantes y con los cabellos en desórden, se arrojaron sobre nosotros rodeándonos con sus convulsivos brazos y desliziéndose como serpientes bajo nuestras grandes batas orientales.

Este es el momento en que se las paga; esas caricias impuras es su cuestacion: entonces uno pone entre sus labios un cequí que ellas cogen con los suyos; otros ponen sobre sus rostros y sus pechos, inundados de sudor una mascarilla ó una coraza de pequeñas monedas de oro que van á echar ellas inmediatamente en un aguamanil de plata. Aquí es donde los musulmanes ganan reputacion de avaros ó de magníficos.

A este primer acto sucedió una aria. La música tomó un carácter dulce y risueño y se oyeron versos de un ritmo sencillo: una doncella se pasea en un eden delicioso y coge flores para hacerse un ramillete. La poesía es rica y primorosa como el vergel que recorre la niña; describe todo; la mariposa con sus tornasolados colores, el ruiseñor con sus suaves trinos, el dorado sol, vida y lumínar de la naturaleza; y toda la pantomima, todas las posturas de la doncella, siguen verso por verso, estrofa por estrofa, el canto y los músicos. De repente se espanta de una avispa irritada porque ha cortado la rosa sobre la que estaba posada; la espanta y vuelve á coger otras flores; pero la avispa la acomete otra vez; los cantantes rien, la doncella se quita su cinturón; pero la avispa evita los inciertos golpes que la dirige y los músicos se burlan de la jóven. En aquel momento, á pesar de tener cruzados sus brazos, la avispa se introduce en su pecho; entonces la jóven en su espanto se despoja precipitadamente de su bata, su camisa, su flotante pantalon, y queda desnuda. Pero la avispa continua tenaz atacándola con furor; los músicos prorumpen en una carcajada; la doncella huye, da vueltas, salta y se arroja por tierra, dando unos quejidos con una pasión, con un delirio, una voluptuosidad, un frenesí que os alucina: es un efecto mágico, un sueño, una magnetización. Por último, como para pedir socorro, se lanza de un salto junto al espectador que la inspira mas confianza por su destreza, se envuelve en su vestidura, se apoya sobre su pecho, y oculta la cabeza y los hombros con su manto de cabellos.

Esta escena es comunmente el desenlace de la representacion, la bomba de los fuegos

artificiales. El privilegiado termina dando cequíes: así es que una fiesta de bailarinas cuesta en general muy cara: es un placer de gran señor, y el amo de la casa no le proporciona á sus convidados sino costándole al menos dos ó tres mil piastras. Por este precio, no habiendo mucha delicadeza con respecto al color, se podrian comprar seis ú ocho esclavas.

## X.

## LA CIUDAD DE LOS CALIFAS.

Un dia, en el momento en que íbamos á comer, oímos un gran ruido de hombres y dromedarios; nos asomamos á la ventana de nuestro comedor, que daba á un patio interior, y vimos á Mr. Taylor. Habiendo salido de Alejandria la vispera por la mañana, habia recorrido con la rapidez de los corceles árabes las cuarenta y cinco leguas de desierto que dista esa ciudad del Cairo.

Su negociacion habia terminado; sin embargo, habia experimentado mas dificultades que lo que en un principio habia creído. Por mas diligencia que empleó, por mas que cuidó de guardar secreto, el proyecto se habia traslucido, la Inglaterra se adelantó á la Francia, y los dos obeliscos que iba á buscar monsieur Taylor, habian sido prometidos á la Gran Bretaña: Mehemet-Ali tenia el mayor deseo de dejar satisfechas á las dos naciones, y no queria otra cosa que ponerlas acordes. El viage anterior de Mr. Taylor, y el estudio que personalmente habia hecho sobre el terreno de los monumentos antiguos, le sirvieron en esta ocasion de grande utilidad: conocia el Egipto desde 1828, é hizo observar que datando el negocio de aquella época, la prioridad pertenecia á su peticion. Despues, para conciliarlo todo, ofreció dar á Inglaterra, en vez de los dos obeliscos de Louqsor, el de Karnach, que es mayor; todavia se ofrecieron algunas dificultades, pero se añadieron dos esfinges como compensacion, y los dos obeliscos de Louqsor y el de Alejandria fueron cedidos definitivamente á la Francia.

Llegaba, pues, muy satisfecho Mr. Taylor de haber terminado su negociacion, y deseaba vivamente continuar el viage; así que á propuesta mia, se fijó por unanimidad la partida para el dia siguiente al anochecer.

En la mañana de aquel gran dia, fuimos con nuestros árabes á casa del vice-cónsul de Francia, Mr. Dantan, para hacer nuestro convenio en presencia de un testigo: en primer lugar, se fijó el número de acémilas y perso-

nas; despues se abordó la cuestion principal: tratábase de saber lo que se pagaria á las unas y á las otras por el viage, que entre ida y vuelta debia durar poco mas de un mes.

Las discusiones son el triunfo de los árabes: amables, tenaces, impalpables, se deslizan siempre sorteando vuestras razones, que aparentan no comprender; ó que combaten con argumentos á los que vuestra ignorancia de los lugares y de las costumbres os impide tener nada que oponer; temiendo siempre pedir muy poco, exageran sus pretensiones, á fin de que aun cuando rebajen algo, dándose la importancia del que hace un sacrificio, todavía sean retribuidos en doble de lo justo. La principal razon que opusieron á la rebaja que proponiamos, fué que por la península del monte Sinai era recorrida por tres tribus diferentes, y que habia un convenio entre ellas, por el que la que acompañase á los viajeros no seria inquietada por las otras; resultaba de aqui, segun ellos, que no obteniéndose esta neutralidad sino á precio de oro, la cantidad que nos pedian, por excesiva que nos pareciese, era sumamente razonable, puesto que despues de separar de ella la parte que correspondia á las otras dos tribus, lo que les quedaba á nuestros conductores bastaria apenas para costear el gasto de los hombres y caballos. Como se ve, era uno de esos argumentos irrecusables á los que nada hay que contestar: pasamos, pues, casi por todo lo que quisieron, y la única concesion que obtuvimos fué que se mantendrian á su costa en el viage, no teniendo nosotros nada que ver con sus provisiones de boca; la manutencion de los dromedarios era de nuestra cuenta.

Terminado el ajuste, Mr. Dantan, que habia asistido á él, nos advirtió no formásemos una absoluta confianza en las amistosas relaciones de la tribu *Onaleb-Saïde* con las otras poblaciones; pero era una tribu valiente y fiel, que llegado el caso *nos ayudaria á defendernos*. Por tanto, nos aconsejó Mr. Dantan no olvidásemos en nuestro equipage las armas, y entre nuestras provisiones el plomo y la pólvora.

Los árabes, que seguian con mucha atencion la palabra á Mr. Dantan, y que no pudiendo comprenderle espianaban su traduccion en nuestras fisonomías, conocieron que fuera lo que quisiera lo que decía, no les era favorable. Su primera idea fué que nos arrepentiamos del trato que acabábamos de cerrar, y que buscábamos un medio de romperle: inmediatamente uno de ellos, que se llamaba Bechara, y que hablaba un poco el francés, se acercó á nosotros, y como si no reparara en que nos interrumpia, nos brindó á ir á ver los dromedarios. Sin saberlo, me habia cogido por el flaco. Seguí, pues, á Bechara, que me condujo al patio y se paró frente á nuestras acémilas, suplicándonos observara que habia dromedarios de dromedarios; que los

que nosotros íbamos á probar eran verdaderos *haghins*, ligeros como gacelas, fuertes como leones, dóciles como corderillos; que cada uno de ellos tenia su genealogia tan en regla como la de los caballos árabes mas nobles y antiguos, y que podriamos ir detrás de ellos por el desierto sin ver la huella de sus pasos sobre la arena; tan rápida era su marcha.

Esta asercion, preciso es confesarlo, parecia confirmada plenamente por la simple inspeccion de los desventurados animales que eran objeto de aquel elogio; su demacracion era un verdadero fenómeno; su piel, que parecia haber pertenecido á un animal dos veces mas grueso que ellos, cubria con sus flotantes pliegues una especie de esqueleto de acero, del que se podian examinar todos los resortes. Por lo demas, su fisonomia indicaba bondad, y el anillo de hierro atravesado por sus narices me parecia que debia reemplazar ventajosamente la brida, de modo que aparte su desmesurada talla, no tenia ningun motivo formal de queja.

Comenzaba ya á apiadarme de nuestros futuros compañeros de viage: su ponderada sobriedad estaba impresa en todo su cuerpo; pero naturalmente aquella commiseracion hizo nacer en mí la duda acerca de la continua salud de aquellos desgraciados animales. Entonces los árabes levantaron el grito á coro, y Mohammed se puso de su parte. Todo lo que me inspiraba temor era para ellos un motivo de seguridad, todo lo que me parecia un defecto era mirado por mis interlocutores como una perfeccion. Vi que no quedaria encima, y me guardé mis reflexiones; mas en realidad me parecia no haber visto dromedarios de una talla tan gigantesca.

El baron Taylor y Mayer se acercaron á mí: era urgente comprar provisiones; dejamos para la noche la conclusion del trato, y les pedimos á los árabes la lista de los objetos necesarios. Por poco considerable que fuese esta lista, nos obligaba por su diversidad á recorrer todos los bazares del Cairo, teniendo presente la especialidad de cada comerciante y de cada barrio, que jamás se intrusa en la especialidad del mercader y del barrio inmediato.

He aqui la lista de esos objetos, la cual dará una idea de la sencillez de costumbres de la vida nómada, que ha reducido las necesidades de los viajeros á las mas estrictas necesidades de la vida:

Barriles para el agua.

Botas de cuero para colgar en la silla, á fin de beber caminando sin hacer detener á la caravana para abrir los barriles.

Arroz para tres personas, á la ida y á la vuelta: nos dijeron que lo encontraríamos en el Sinai, pero preferimos tomar nuestras precauciones en el Cairo.

Harina para el pan.

Habas para los dromedarios.

— Dátiles: es la fruta que se conserva mejor en semejantes viages.

— Mich-mich: recuérdese aquella pasta de albaricocque secada al sol, que se arrolla como piezas de lienzo, de que hemos hablado tratando de los bazares de comestibles, y que se vende por varas; es una provision cómoda de trasportar, porque no ocupa mas sitio que un maletin, y cocida en agua forma una excelente conserva.

— Tabaco para dar tanto á nuestra escolta como á los árabes que pudiéramos encontrar.

— Leña para guisar.

— Café para neutralizar la traspiracion de que estábamos amenazados.

— Azúcar para regalar al convento.

— Una tienda para librarnos del ardor del sol y del fresco de las noches.

— En fin, vasijas de hierro para preparar nuestros alimentos, porque las de barro no podrian resistir diez minutos el trote de los dromedarios.

Este último artículo me recordó mi idea fija: entre las cualidades de los *haghins*, habia olvidado Bechara ponderarme aquel trote formidable, y me pareció, por poco halagüena que fuese la comparacion, que estábamos destinados á representar el papel de pucheros.

Entretanto, como se trataba de recorrer una porcion de bazares en dos ó tres horas, me apresuré á hacerlo; nos dirigimos inmediatamente á la estacion mas próxima, y montamos en aquellos apreciables cuadrúpedos que tantos servicios nos habian prestado, y que apreciaba yo mas todavía en el momento de separarme de ellos para hacer conocimiento con nuestras nuevas monturas; en seguida empezamos nuestra expedicion. A medida que comprábamos, Moháammed iba enviando las mercancías hácia el cuartel general; á las tres habiamos terminado todas nuestras compras. Se me olvidaba decir que á la lista de nuestras provisiones habiamos añadido las velas, á fin de poder dibujar despues de puesto el sol.

Nos despojamos de nuestras babuchas y marcupas, y las reemplazamos inmediatamente por unas botas encarnadas, altas, trabajadas en Marruecos, y que son flexibles y ceñidas como medias de seda; ademas del turbante, llevábamos por la cabeza un pañuelo rayado de amarillo y encarnado, cuyas dos puntas, que colgaban por ambos lados de nuestro rostro haciéndole sombra, estaban adornadas con borlitas de seda cubiertas de plata afiligranada; en fin, ataviados de esta suerte volvimos al barrio franco para presenciar el embalaje de todas nuestras compras, rendidos de cansancio, pero decididos á salir aquella misma noche.

Encontramos casi terminada la tarea; los árabes son las gentes mas listas para empaquetar que conozco: todo estaba arrollado, atado y cerrado cuando llegamos, y cargados nuestros cuatro dromedarios destinados al ba-

gage. Entonces Mr. Msara, viendo que el resto de la operacion se verificaria perfectamente sin hallarnos nosotros, pues la primera parte se habia hecho en nuestra ausencia, nos aconsejó aprovecháramos el tiempo que nos quedaba para ir á pedir cartas de recomendacion al convento griego del Cairo que es una sucursal del monte Sinai. El consejo nos pareció bueno y nos pusimos en camino para seguirle; pero á las tres ó cuatro calles nos encontramos el camino obstruido por una procesion nupcial: la desposada, montada en un burro, iba herméticamente encerrada en una gran tela de seda; cuatro eunucos llevaban un palio que sostenian por encima de su cabeza, y una porcion de mugeres cubiertas con velos como ella, la seguian haciendo con la boca un ruido especial á las mugeres árabes, que consiste en un chasquido de la lengua contra el paladar, y que en esta ocasion como en todas las que se trata de felicidad, era la expresion de la alegría. Esta melodia formaba los intermedios de una música mas bárbara todavía; cuando cesaban, una docena de cantores, acompañándose con los instrumentos ya descritos, entonaban canciones mas que anacreónticas, las que juglares y payasos se encargaban de traducir con las actitudes mas significativas á los que como nosotros tenian la desgracia de no comprender el idioma. Toda aquella comitiva, ya considerable en sí misma, iba seguida por tal multitud que alzándonos sobre nuestros estribos no podiamos ver el fin. Calculamos por el paso con que avanzaban que todavía tendríamos que aguardar una hora cumplida; era perder demasiado tiempo: dejamos á Dios el cuidado de recomendarnos, y volvimos pies atrás. Encontramos á nuestros árabes dispuestos y los dromedarios cargados: no nos quedaba, pues, ya mas que concluir el trato; consistia éste por nuestra parte en las prendas que habiamos de dar, y por la de los árabes en la entrega de los rehenes que debian dejar en el consulado para responder de nosotros. Estos rehenes, cuyas cabezas debian tener la misma suerte que las nuestras, eran dos guerreros de la tribu con sus cabalgaduras; hicimos presente que éramos tres y que por lo tanto se necesitaban lo menos tres árabes para representarnos; pero nuestro jefe contestó que dos de nosotros estaban representados por los dos guerreros y el tercero por los dromedarios: buena ó mala, preciso nos fué contentarnos con esta respuesta, solo que el equivalente era poco lisonjero para nuestro amor propio; sufrida aquella humillacion, Mr. Dantan, Mr. Msara, y Mr. Dessap, que habian querido asistir á nuestra partida, nos dieron el abrazo de despedida; en seguida se encendieron las antorchas y nos llevaron los caballos de que nos debiamos servir en la primera jornada, porque temian que la poca costumbre que teniamos del trote de nuestras cabalgaduras nos causase algun acci-

dente en las estrechas y tortuosas calles de la ciudad. Esta precaucion, tomada por Mohammed, me hizo tomarle verdadera amistad; por fin, á las nueve de la noche montaron los árabes en sus dromedarios y nosotros en los caballos; en seguida salimos magestuosamente de la fonda alumbrados por las antorchas de nuestros guías, que marchaban delante de nosotros, y atravesamos el Cairo con grande admiracion de sus habitantes, á quienes el esplendor y estrañeza del espectáculo sacaba de sus casas á pesar de su indiferencia ordinaria.

Salimos por la puerta de la Victoria, la mas próxima al barrio franco: luego volvimos á la derecha costeano las murallas de la ciudad; y despues de una hora de marcha nos encontramos cerca de otra poblacion, poblacion de muertos, mas bella, mas rica, mas monumental que la que dejábamos, necrópolis de los califas donde los tenientes de Sallah-Eddin y los descendientes del mameluco Beg-Bars yaceen en sepuleros de pórfido y mármol, al lado de la mas rica y alta aristocracia del Cairo; habiamos reservado esta exploracion para nuestra primera parada y no podia haberse elegido mejor hora para visitar sepuleros.

Dejamos, pues, á nuestros árabes levantar las tiendas y ocuparse del campamento; nosotros llevamos á los cuatro que tenian las hachas y nos dirigimos á pic hácia la fúnebre ciudad que veíamos ante nosotros como una negra masa en medio de la que no podiamos distinguir ninguna forma ni contorno.

A los doscientos pasos el resplandor de nuestras hachas se reflejó en la pared de un vasto y rico monumento, enya base, iluminada por una luz trémula, dejaba ver los versículos del Koran que la rodean como listones sagrados, al paso que la luz, disminuyendo á medida que se llegaba, cortada de repente por las cornisas y los ángulos salientes que proyectaban su sombra, se perdía antes de llegar á la cima de los madenehs, cuyas doradas medias lunas brillaban como un astró en el cielo.

Llamamos á la puerta del monumento; al oír aquel ruido inusitado en semejante hora, los gavilanes que dormian al abrigo de los arabescos de piedra, se despertaron y emprendieron su vuelo dando agudos gritos. Prolongados aullidos los contestaron, y por un momento creimos que los perros y las aves de rapiña erao los únicos habitantes de la necrópolis: mas no tardamos en oír pasos humanos: cambiaron nuestros árabes algunas palabras con el que se adelantaba; por fin, se abrió la puerta, y el huésped de la muerte apareció en el dintel de aquel espléndido sepulcro.

Era un anciano de una sobriedad de palabras completamente musulmana: luego que supo el motivo que nos conducia allí, nos hizo seña de que entráramos, nos indicó las diver-

sas partes del edificio; luego nos llevó al panteon cuyas paredes estaban adornadas con flores de mosaico del trabajo mas elegante; el sarcófago era de granito perfectamente conservado. Sin embargo, nosotros no queriamos ver un sepulcro solo; participamos al anciano nuestra intencion; nos hizo seña de que estaba á nuestras órdenes; salimos del monumento y bajamos á la calle. Allí encontramos á los gavilanes, los cuales inmediatamente que volvieron á ver la luz lanzaron de nuevo agudos gritos y empezaron á girar tan cerca de nuestras antorchas que atravesaban por entre el humo que despedian; al mismo tiempo millares de perros errantes, que por el dia van á ganar su vida en las calles del Cairo y por la noche van á buscar un asilo entre las tumbas, nos rodearon y nos siguieron aullando. Despertados por aquellos gritos y aquellos aullidos, que protestaban contra la vida y la luz, tan insólitos en aquel sitio y á aquella hora, árabes beduinos, de esa raza indomable que se creeria prisionera si la encerrasen las puertas de una ciudad separándola del desierto aun durante su sueño, se levantaban envueltos en sus albornoces de las escaleras de las mezzitas ó de los huecos de los sepuleros, y parecian con sus blancos sudarios las amostazadas sombras de aquellos cuyo reposo ibamos á turbar. En medio de aquel siniestro acompañamiento y de aquellas fúnebres apariciones, llegamos á un sitio retirado donde nos enseñaron los sepuleros de los *Djezam*, rama de la tribu árabe de *Kholem* que se estableció en Egipto cuando la conquista musulmana. Dos monumentos se elevan suntuosamente sobre los demas: eran las tumbas de dos hombres célebres por su hospitalidad y su munificencia; el uno, que se llamaba *Tharif*, tenia diariamente á su mesa mil convidados que le llevaban sus esclavos situados en las diferentes puertas de la ciudad; el otro, que se llamaba *Mhuenna*, á falta de otros combustibles, quemó un dia para disponer la comida á los viajeros que se habian detenido bajo su tienda, un rico botín que acababa de coger á sus enemigos; habiaselos dado á sus cadáveres aquella magnífica hospitalidad que habian ejercido ellos durante su vida, y yacian en sepuleros espléndidos y vastos como palacios.

Al salir de aquel monumento, visitamos el último que nos pareció el mas antiguo de todos los que habiamos visto; sus paredes estaban llenas de grietas en toda su estension y en muchos sitios abiertas; por encima de una de aquellas hendiduras, nos hizo observar *Mohamet* trazada por un poeta persa, esta sentencia que nos pareció bastante clara: «Cada grieta de este antiguo edificio es una boca entreabierta que se rie de la pompa pasajera de las mansiones reales.»

Habiamos empleado dos horas próximamente en la ciudad de los muertos, y habiamos visitado los mas hermosos edificios; ya

era tiempo de reunirnos á nuestros árabes: nos dirigimos pues hácia el primer sepulcro que habíamos visitado, escoltados siempre por los gavilanes, acompañados de los perros, costeando las fantasmas; sin embargo, como si aquel fantástico cortejo fuese detenido por un poder superior en su fúnebre ciudad, se detuvo en la puerta que daba á la llanura de los vivos; nos despedimos de él sin pesar para volver á nuestra tienda. Todavía oímos por algun tiempo los gritos lúgubres de las aves y el aullido de los perros; después tranquilizados por el silencio y la oscuridad, las unas volvieron á ocupar sus nidos de mármol, los otros sus camas de granito; de modo que al poco tiempo cesó todo rumor, y ningun ruido turbó ya el eco de la ciudad mortuoria, cuyo sueño eterno habíamos interrumpido por un momento.

A nuestro regreso, encontramos á los árabes sentados en círculo alrededor de una fogata que habían encendido, y se referían historias. Detrás de ellos, sus camellos, tendidos y confundiendo con la arena cuyo color tienen, formaban un segundo y mas estenso círculo; nuestra tienda se había levantado á un lado; era el momento de dirigir una mirada en conjunto sobre aquellas gentes que debían acompañarnos, y en detalle sobre aquellos hombres á quienes habíamos confiado nuestra vida.

## XI.

### ARABES Y DROMEDIARIOS.

El gefe ó cheik se llamaba *Tonaleb*; pequeño de estatura, delgado, nervioso, aunque feo, tenía una espresion de fisonomía afable y simpática; hablaba poco y con brevedad; su palabra fuertemente acentuada y su rápida mirada ejercían una continua vigilancia y superioridad sobre nuestros árabes, y en lo sucesivo tuvimos mas de una ocasion de juzgar de la exactitud de su mirada y la energia de su carácter.

A su izquierda estaba Bechara, con quien ya había hecho conocimiento en el patio de nuestra fonda y que era el que me había probado la nobleza de sus camellos y demostrado todas sus buenas cualidades. Su robustez no era mayor que la de su gefe; pero tan severo y taciturno como era éste, aquel era risueño y hablador; mientras duraba el día cantaba sentado en su camello, y en cuanto llegaba la noche, Scheherazade del desierto, refería sus historias á sus camaradas sin tener compasion de ellos, hasta que se dormían.

Entonces tomaba el partido de monologar algunos instantes, hasta que concluía por dormirse á su vez. Esta locuacidad perpétua, tan agradable en las expediciones largas para aquellos á quienes ha dado la naturaleza un carácter menos locuaz, hacia de Bechara el ídolo de sus camaradas; y si *Tonaleb* era el gefe durante el día, una vez puesto el sol, pasaba el cetro de mando á Bechara, sin réplica y sin reclamacion.

Al otro lado de *Tonaleb*, estaba el hermano de armas, el amigo, el confidente de Bechara; era un árabe hercúleo, llamado *Ara-ballah*, muy estimado del gefe y respetado de sus demas camaradas porque era el mas robusto de la compañía; este era el que primero se lanzaba á vanguardia cuando alguna alarma oscurecía con sombrío tinte la frente de *Tonaleb*; él era el último que se dormía cuando Bechara contaba por la noche sus historias sin fin; así que *Tonaleb* y Bechara le consideraban extraordinariamente; era el brazo del uno y el oído del otro.

Después de esos tres hombres, el único que merecía llamar la atención era Abdallah, nuestro cocinero; había entrado en el servicio por recomendacion de Mr. Msara, y en la seguridad de que había estudiado su arte con los mejores maestros del Cairo. Esta era su patente condenacion; imposible es figurarse las impuras mezclas que aquel envenenador disponia para nuestras comidas.

No hablamos de Mohammed, nuestro antiguo amigo, que nos había seguido desde Alejandria, y que tambien nos acompañaba en este viage.

En cuanto á los demas de la compañía, nada hay que decir de ellos por lo que hace á la parte intelectual; respecto á la parte física, eran verdaderos hijos del desierto, enjutos, vivos y ágiles como sus camellos. Así que á la primera mirada conocimos de cuan escasa importancia debía haber sido para ellos la rebaja de lo pedido para su alimento; en esta primera parada, no trataron de su comida. Calculamos que habían cenado como nosotros antes de salir del Cairo, y nos entramos en nuestra tienda sin ocuparnos mas de ello.

Me eché en mi alfombra completamente tranquilo respecto á la buena fé de nuestros guías, y por consecuencia sobre la seguridad del viage; éramos diez y ocho hombres bien armados, y formábamos una caravana bastante respetable. El único objeto de alarma que me quedaba era la desmesurada gibosidad de aquellos malaventurados dromedarios, sobre la que no veía ningun medio de permanecer mas de cinco minutos, y sobre todo, sin estritos; por fin me dormí en la confianza de que Dios es grande y misericordioso.

Al amanecer me desperté y salí sin hacer ruido de la tienda, teniendo el mal pensamiento de elegir el mas pequeño de los tres dromedarios. Encontré á los árabes despiertos

tos y ensillando sus acémilas: hice una seña á Bechara de quien yo deseaba especialmente servirme, y le dije me condujera á mi cabalgadura. Nuestros tres dromedarios estaban arrodillados unos junto á otros, alargando el cuello como las serpientes, y en aquella situacion era difícil juzgar de sus tallas; di vueltas á su rededor para examinarlos, cuando Bechara me dijo que no me aproximara demasiado á sus cabezas. Le pregunté si habia en ello algun peligro, si su genio desmentia aquel aspecto tímido y lánguido que formaba la especial gracia de su fisonomía; me respondió que se habian visto dromedarios que sin aviso de ningun género, cogian el brazo ó el muslo de un hombre y le rompian como si fuera de vidrio; uno de sus compañeros me señaló, el cual habia sido víctima en el viaje anterior de un accidente de aquel género; y algunos dias antes de nuestra partida del Cairo, un honrado turco, que estaba comprando, sin ocurrírsele temer ningun daño, mermelada arrollada, en un bazar de comestibles, habia sido cogido por el turbante, y levantado del suelo, donde volvió á caer perdido el conocimiento. Se habian apresurado á acudir á su socorro, pero vieron al instante que la parte superior de la cabeza, es decir, del cráneo y del cerebro, habia quedado en el turbante. Por lo demas, los dromedarios hacen estas cosas sin picardía, sin malicia, en esos raros accesos de alegría ó mal humor que destruyen á las veces momentáneamente el equilibrio de los mas dulces caracteres.

Jamás Bechara habia sido escuchado con mas religiosidad, jamás ninguno de sus discursos se grabó tan profundamente en la imaginacion de sus oyentes. Le probé inmediatamente que apreciaba sus consejos dando una media vuelta y dirigiéndome por la parte de la cola hácia el dromedario sobre el que habia fijado mi eleccion. Estaba echado con todo abandono dobladas las piernas bajo el cuerpo y el cuello estendido; de modo que la silla en aquella postura estaba á la altura de una silla colocada en un caballo de talla ordinaria. Resolví hacer antes que llegasen los demas, á la presencia de mi amigo Bechara, un ensayo sin importancia aparente, pero cuyo resultado debia ser familiarizarme con el animal. En consecuencia, como si tuviese yo la imaginacion completamente libre, me agarré cantando al borde de la silla y á las cuerdas que de ella colgaban, y, despues de los tres arranques clásicos, salté sobre la colina y me encontré á caballo; mas apenas estaba afirmado, cuando el animal que sabia su profesion de dromedario tan bien como yo mi oficio de caballero, levantó de un modo brutal toda la parte trasera, con lo que me puso inmediatamente las narices ocho pulgadas mas bajas que las rodillas y me valió en el pecho un golpe atroz con el arzon de la silla, que se eleva cerca de un pie y está terminado por

una bola de madera adornada con cobre. Al momento la parte delantera se levantó con la misma espontaneidad que habia observado en su predecesora la trasera, y senti al respaldo de la silla volverme con usura en los riñones el golpe que el arzon me habia dado en el pecho. Bechara que no me habia perdido un instante de vista durante mis ejercicios de volatinero, me hizo notar la excelente combinacion de aquellas dos eminencias, sin el auxilio de las que hubiera caido inevitablemente hácia adelante ó hácia atrás; Bechara me habia hecho esta juiciosa observacion con una fisonomía risueña como si hubiese querido probarme que era yo un ingrato para con la silla: así entonces comencé á considerarle como un chusco. Así, cuando me propuso apearme le respondí con tono de desprecio, aunque en el fondo conociese que avanzaba mucho, que quedaria allí mientras me agradase y aquello no le importaba; Bechara comprendió su inconveniencia y me invitó para volver á reconciliarse conmigo, á que aprovechase mi situacion mirando el paisaje.

En efecto, desde el punto á que yo habia ascendido, abrazaba un inmenso horizonte. El dromedario se habia levantado en la misma posicion que estaba echado, con la cabeza al Norte y la cola al Mediodía. Tenia á mi derecha los sepuleros de los califas apoyados en la árida cadena del Mekkattan, cuya cima estaba bañada de luz y la base de sombra; delante de mí el campo de batalla de Heliópolis, y á mi izquierda el Cairo, cuyos minaretes brillaban á los primeros rayos del sol. Aquella vista magnífica apoyada en el Nilo, hizo nacer en mí el deseo de completar mi goce con el opuesto semicírculo. Tiré del ronzal de mi dromedario para que diese una vuelta; pero al parecer no se apercibió de mi intencion; tiré con mas fuerza y levantó la cabeza; reuní todas mis fuerzas en aquel instante, que se puso á marchar hácia adelante. Entonces á falta de la brida quise hacer uso de mis piernas; pero vi que esta pretension era notoriamente incompatible con mis medios naturales; me ví, pues, obligado, viendo que el dromedario continuaba marchando y que me conducia directamente á Damietta, á llamar á Bechara en mi socorro; acudió sin resentimiento, y detuvo al animal; presentándole algunas habas en la palma de la mano le hizo dar una vuelta con la docilidad del asno inteligente, de modo que me encontré dando frente al opuesto horizonte.

Comenzaba este en el antiguo Cairo, y se extendia hasta el bosque de palmeras que cubre el terreno de Menfis, y sobre el que se elevan las cúspides de las pirámides de Sakkara; á la derecha las pirámides de Gyzéh, y á la izquierda la cadena del Mekkattan, que sube en la direccion del Nilo y va á perderse en el Alto Egipto; en lontananza el desierto visible para la imaginacion mas allá del horizonte

y cuya inmensidad se adivina como la del Océano.

Llegaba al término de mi contemplación, cuando el lienzo de la tienda se levantó y Mayer salió de ella. Fingí no verle; aquella distracción me daba un aire de seguridad que halagaba mi amor propio. Sin embargo, aun fingiendo no mirar hacia donde él estaba, le veía de reojo, y observé que menos dueño de sus sentimientos, era yo el objeto, si no de su admiración, al menos de su envidia, y que hubiera dado cualquier cosa por hallarse en mi lugar; el hecho es que los espectadores eran ahora mas numerosos que un cuarto de hora antes, porque los árabes habian cargado sus camellos, y solo á nosotros esperaban para partir.

Felizmente para Mayer, una circunstancia que me hubiera embarazado mucho, le sirvió de ayuda: su dromedario, viendo levantarse á sus camaradas, los imitó arrastrado por el ejemplo: quisieron los árabes hacerle arrodillarse, pero Mayer comprendió su ventaja y procuró no dejarla escapar. En su cualidad de marino, trepar por un animal, cualquiera que fuese, era para él una bicoqa; mantenerse en él era lo principal; con un braumante, siempre que fuese bastante largo, hubiera subido hasta la veleta de un campanario. Así, en cuanto vió la cuerda que colgaba de la silla, hizo seña de que le dejasen, y en un segundo se encontró sobre su dromedario, con gran aplauso de la concurrencia. En cuanto á Mr. Taylor, su primer viage al Alto Egipto, y su regreso de Alejandria al Cairo, habian hecho de él un cumplido ginete.

Todo el mundo estaba dispuesto, á escepcion de Bechara, que buscaba en la arena no sé qué cosa que habia perdido; uno de nuestros árabes tomó la delantera para indicarnos el camino, y en el mismo instante toda la caravana salió al trote en su seguimiento. ¡Dios os libre del trote del dromedario!

Sin embargo, no estaba yo tan distraído que no hubiera visto la acémila de Bechara abandonar á su señor para ocupar su puesto en la cabalgata; mas ésta no se alarmó por la falta del ginete: continuaba éste buscando el objeto perdido; al fin, sea que le encontrase, sea que tiese nos alejáramos demasiado para que pudiese volvernos á alcanzar sin cansancio, echó á correr, y alcanzando á su dromedario que caminaba al lado del mio, se aprovechó del momento en que levantaba la pierna izquierda, colocó uno de sus pies sobre su pezuña, el otro en su rodilla, saltó de la rodilla sobre el cuello y del cuello sobre la silla, y esto con tal rapidez, que no habia yo podido ver el medio de que se valió para conseguir su objeto: estaba asombrado.

Bechara se aproximó á mí con la misma naturalidad que si no acabase de ejecutar un ejercicio de destreza de los mas asombrosos, y viendo que para hacer lo mas suave que me

fuera posible el paso del animal me agarraba con una mano al borren delantero y con la otra al trasero, comenzó á darme algunas instrucciones sobre la manera de mantenerme en la silla. Esta palabra silla me recordó nos habia dicho que las nuestras estaban perfectamente rehenchidas, siendo así que lo primero que noté fué que estaba montado sobre madera y muy dura; Bechara me respondió que no nos habia engañado, y que en la primera parada me haria ver que mi silla estaba guarnecida con el mayor cuidado; verdad es que era por la parte inferior, pero añadió que era mas importante en una expedición como la que íbamos á hacer, cuidar de la piel de los camellos que del cutis de los viajeros. Parecióme éste un verdadero razonamiento de árabe al que no quise rebajarme á contestar, y continuamos nuestro camino sin hablar una sola palabra.

A la media hora de marcha llegamos al pie del Mokkaitan. Aquella cadena granítica, quemada por el sol, está absolutamente pelada; un pequeño sendero abierto en la roca, sirve para trepar por los costados escarpados de la montaña, y presenta estrictamente el ancho bastante para que un camello cargado pueda pasar por él. Pusimonos en fila unos tras otros, yendo siempre delante el árabe que nos servia de guia, y tras él nosotros colocados á voluntad; aquella subida nos dió un poco de respiro, viéndose los dromedarios obligados á ir al paso, á causa de la dificultad del camino.

Subimos de este modo hora y media próximamente, y al cabo nos encontramos en la cima de la montaña. Ofrecia ésta, en el espacio que se recorre en tres cuartos de hora, una superficie desigual, en medio de la que bajando y subiendo sin cesar, perdíamos frecuentemente de vista todo el horizonte occidental para volverle á encontrar un momento despues; al bajar la última colina cesamos de ver las casas del Cairo, y despues desaparecieron á nuestra vista sus mas elevados minaretes; todavia descubrimos por algun tiempo la cúspide de las pirámides de Gyzéh y de Sakkara como los agudos picos de una cadena de montañas; por último, se hundieron sus agujas y nos encontramos en la parte superior de la pendiente oriental del Mokkaitan.

Hacia este lado no hay mas que una llanura sin límites, un Océano de arena que desde el pie de la montaña se extendía hasta el horizonte, donde se confundía con el cielo; la vista en conjunto de aquella alfombra móvil era rojiza, del color de la piel del león; sin embargo, algunas fajas salitrosas la rayaban de blanco, como las telas en que nuestros árabes se envolvian. Ya habia yo visto algunas áridas playas, pero jamás de semejante estension; nunca me pareció bañar el sol á la tierra con tanto ardor: sus rayos eran visibles, y aquella arena daba sed solo con mirarla.

Bajamos durante media hora, poco mas ó menos, y nos encontramos en medio de unas ruinas que tomamos al principio por las de una ciudad; pero habiendo notado que la tierra estaba tan solo cubierta de columnas, nos fijamos en ellas con mas atencion, y vimos que aquellas columnas no eran otra cosa que troncos de árboles. Preguntamos á nuestros árabes, los cuales nos dijeron que estábamos en un bosque de palmeras petrificadas; este fenómeno nos pareció merecía un exámen mas detenido que el que podíamos hacer desde lo alto de nuestros dromedarios: por tanto, como llegábamos á la base de la montaña, y habia llegado el momento de la parada del medio día, dijimos á Tonaleb que descábamos detenernos. Los árabes se apearon de sus dromedarios, y los nuestros viendo de lo que se trataba, se arrodillaron al punto; aquello era el viceversa de la partida: comenzaron por doblar los brazos, despues las piernas; pero como ahora estaba yo prevenido, me aseguré tan perfectamente en la silla que no sentí la sacudida. Mayer, como no estaba prevenido, recibió en el pecho y en los riñones los dos golpes de rigor.

Nos pusimos á mirar el extraño suelo que pisábamos: estaba cubierto de troncos de palmeras semejantes á trozos de columnas; se hubiese dicho que todo el bosque se habia petrificado en su pie, y que el simoun, estrellándose en las áridas laderas del Mokkattan, habia desarraigado aquellos árboles de piedra, que al caer se habian hecho pedazos. ¿A qué causa atribuir este hecho? ¿en qué cataclismo señalar la fecha de este fenómeno? Esto es lo que no podemos decir; pero la verdad es que por espacio de mas de media legua marchamos por entre estas extrañas ruinas, que al primer aspecto se hubiesen podido tomar, con sus mil columnas tendidas y truncadas, por alguna desconocida Palmira.

Nuestros árabes habian levantado la tienda en la falda de la montaña, en las primeras zonas de arena; no tardamos en ir á donde estaban, y los encontramos tendidos á la sombra de sus camellos cargados. Abdalla comenzaba su servicio y acababa de preparar nuestra comida: componíase de arroz cocido en agua y una especie de galletas de harina de trigo, delgadas como barquillos, y que habia cocido poniendo sobre las ascuas; estaban blandas y correosas como pasta de malvavisco, sin deshacerse como el pan: por el principio juzgué al hombre, y desde aquel momento perdí mi confianza. Comimos algunos dátiles y un pedazo de nuestra mermelada, que cortamos de la pieza; Mayer estaba tan cansado de los esfuerzos que habia hecho para sostenerse en su dromedario, que no quiso tomar nada. En cuanto á nuestros árabes, se hubiera dicho que participaban de la naturaleza de los djinns, y que se alimentaban de aire y rocío, porque desde nuestra salida del

Cairo no los habíamos visto comer ni un solo grano de maíz.

Dormimos unas dos horas; despues, como habia pasado la mayor fuerza del sol, nos despertaron nuestros árabes; mientras doblaban la tienda, volvimos á montar sobre nuestros haghins, y nos preparamos á hacer en la misma noche nuestro primer alto en el desierto.

## XII.

### EL DESIERTO.

Tonaleb hizo la señal de la partida: un árabe se puso á la cabeza de la comitiva, y emprendimos la marcha.

Aunque el sol habia perdido ya su mayor fuerza, todavia era abrasador para nosotros los europeos; íbamos al trote con la cabeza baja, y de vez en cuando nos veíamos obligados á cerrar los párpados, porque el reflejo de la arena nos quemaba los ojos; la atmósfera estaba en calma y pesada, y el rojizo horizonte se destacaba sobre un cielo cargado de amarillentos vapores. Acabábamos de dejar detrás de nosotros los últimos restos del bosque petrificado; comenzaba á acostumbrarme al trote de mi cabalgadura, como nos acostumbramos al balance de un buque; Bechara marchaba junto á mí cantando una canción árabe, triste, pausada y monótona, y aquel canto, unido al movimiento del dromedario, á la atmósfera pesada que abrumaba nuestras cabezas, á aquella ardiente arena que nos ofendia la vista, comenzaba á adormecerme, como el arrullo de las nodrizas adormece al niño en la cuna. De repente mi haghin dió una huida que faltó poco para que me sacara de la silla; volví á abrir los ojos, buscando maquinalmente la causa de aquella sacudida: habia tropezado con el cadáver de un camello medio devorado por las fieras; entonces vi que seguíamos una línea blanca, que se extendia hasta el horizonte, y observé que aquella línea estaba trazada con esqueletos.

El hecho era bastante extraordinario para que no pidiese su esplicacion; llamé á Bechara que esperaba mi pregunta, porque mi admiracion no habia escapado á aquella profunda penetracion que en tan alto grado poseen los pueblos primitivos y salvages.

—El dromedario, me dijo aproximándose á mí, no es un animal incómodo y orgulloso como el caballo: camina sin detenerse, sin comer y sin beber; no se manifiesta en él la enfermedad, el cansancio, la fatiga. El árabe que oye á tanta distancia el rugido del león, el relincho del caballo ó el grito del hombre, no

percibe, por cerca que esté de su haghin, otra cosa que su respiracion mas ó menos apresurada, mas ó menos anhelante; pero jamás un quejido; cuando la naturaleza es vencida por el dolor, cuando las privaciones han agotado sus fuerzas, cuando falta la vida á sus órganos, el dromedario se arrodilla, estiende su cuello sobre la arena, y cierra los ojos. En este caso sabe su ginete que todo ha concluido: se apea, y sin intentar siquiera hacerle levantar, porque conoce la honradez de su cabalgadura, y no sospecha en ella ni engaño ni pereza, le quita su silla, la coloca sobre otro dromedario, y continúa su camino abandonando allí al que no puede seguir la caravana: llegada la noche, los chacales y las hienas acuden al olor, y no dejan del pobre animal mas que el esqueleto. Estamos en el camino del Cairo á la Meca; dos veces al año pasa y vuelve á pasar la caravana por aquel camino, y aquellos huesos en tanto número y tan frecuentemente renovados, que jamás las tempestades del desierto los dispersan completamente; aquellos huesos que puedes seguir sin guia, y que te revelarán los oasis, los pozos y las fuentes á que el árabe va á pedir sombra ó agua, y terminarian por conducirte al sepulcro del Profeta, son los de los dromedarios que caen y no se levantan mas. Acaso al mirar atentamente y de cerca aquellos despojos, reconocerás de trecho en trecho esqueletos mas pequeños y de una forma diferente: tambien estos pertenecieron á cuerpos fatigados que han encontrado el reposo antes de llegar al término del camino; son los huesos de los creyentes, que consultando su celo y no sus fuerzas, han querido conformarse al precepto que manda á todo fiel hacer una vez al menos durante su vida el santo viage, y que habiéndose dejado detener por los placeres ó los negocios mundanos, han emprendido tarde su peregrinacion sobre la tierra, de suerte que han ido á terminarle en el cielo. Añade á eso algun turco estúpido, eunuco de abotagado cuerpo, que se ha dormido cuando debia velar, y se ha estrellado al caer; cuenta los estragos de la peste, que frecuentemente diezma la mitad de una caravana, y los del simoun, que á las veces devora el resto, y comprenderás fácilmente que aquellas miras fúnebres se coloquen tan á menudo para trazar un nuevo camino al punto que el antiguo se borra, é indicar á los hijos el camino que han seguido sus padres.

Sin embargo, continuó Bechara, cuyas ideas ordinariamente alegres tomaban, con la facilidad que distingue á los de su nacion, el colorido del objeto sobre que momentáneamente se habian fijado, todos los huesos no están aqui; á veces, á cinco ó seis leguas á derecha é izquierda del camino, se encuentra en medio del desierto el esqueleto de un haghin ó de un ginete: consiste esto en que el dromedario, cuando llegan los meses de ma-

yo y junio, es decir la época de los grandes calores, suele ser acometido repentinamente de una especie de locura. Entonces se separa de la caravana, toma el galope y va hácia delante: quererle detener con la brida es cosa imposible; así, en este caso, lo mejor es dejarle correr hasta el momento en que se va á perder de vista la caravana, porque suele detenerse por su voluntad, y volver mansamente á ocupar su puesto en la fila; pero en el caso contrario, si continúa corriendo, y hay temor de perder de vista á los compañeros, á quienes no se volverá á encontrar una vez perdidos, es preciso atravesarle el pescuezo con la lanza ó romperle el cráneo de un pistoletazo, en seguida volverse inmediatamente con la caravana, porque las hienas y los chacales no están solo á la espera de los dromedarios que caen, sino tambien de los hombres que se estravían. He aqui porque te decia que á las veces se encuentra el esqueleto del hombre á poca distancia de la armazon del camello.

Habia yo escuchado aquel largo discurso de Bechara con los ojos fijos en el camino, reconociendo en la multitud de huesos de que estaba sembrado, la verdad de su lúgubre relacion; entre aquellos restos los habia tan antiguos, que estaban reducidos á polvo y se confundian en la arena: otros mas recientes, relucian y tenian la solidez del marfil; en fin, algunos tenian todavia pedazos de carne seca, indicando que la muerte de aquellos á quienes habian pertenecido era todavia mas reciente. Confieso que la idea de que si me desnucaba al caer de mi dromedario, cosa muy posible; si el simoun me ahogaba, cuyo efecto se ha visto, ó si moria de enfermedad, otra hipótesis muy natural; confieso, digo, que la idea de que seria abandonado en el camino; que en él recibiria en la misma noche la visita de las hienas y de los chacales, y por último, que ocho dias despues servirian mis huesos para mostrar á los viajeros el camino de la Meca, no presentaba á mi imaginacion una imágen de las mas halagüeñas. Esto me trajo naturalmente á pensar en Paris, en mi habitacion, pequeña si, pero tan caliente en invierno y tan fresca en verano; en mis amigos, que en aquel momento continuaban su vida parisien, dividiendo sus horas entre el trabajo, los espectáculos y los bailes, y á quienes habia yo abandonado para ir á escuchar colocado en lo alto de un dromedario, las fantásticas relaciones de un árabe. Preguntábame qué locura me habia impulsado hasta donde iba, qué pensaba hacer, y cuál era el objeto que allí iba á buscar: felizmente en el momento en que me hacia estas preguntas, levanté la cabeza; mis ojos se dirigieron hácia aquel inmenso Océano, hácia aquellas oleadas de arena, sobre aquel horizonte leonado y ardiente; miré aquella caravana, aquellos dromedarios de largo cuello, aquellos árabes de pintoresco traje,

toda aquella naturaleza estraña y primitiva, cuya pintura no se encuentra mas que en la Biblia, y que parece salir de las manos de Dios y me convencí que en último resultado bien valia todo aquello la pena de abandonar á París y atravesar el mar, aun á riesgo de dejar en el desierto algunos huesos mas.

Esta sucesion tan brusca de ideas tan diferentes, separando el espíritu del cuerpo, habia librado á éste de aquella preocupacion penosa que tanto le habia atormentado el dia de la partida. Iba con tanta comodidad sobre mi dromedario, como si hubiera nacido sobre él; y Bechara que veia mis progresos en equitacion con el amor propio de un maestro, me colmaba de felicitaciones. En cuanto á los demas árabes, menos locuaces que su compañero, se contentaban con cerrar la mano de modo que el pulgar sobresaliese á las falanges de los otros dedos, y estendiendo el brazo horizontalmente, decirme: ¡Taib, taib! lo cual en el idioma árabe es el colmo del elogio, y corresponde á nuestro superlativo *¡muy bien!* Por lo demas, nuestros conductores, á pesar de conservar ese aire de indiferencia bajo el que ocultan una curiosidad sin limites, no nos perdian de vista; cada movimiento de nuestro cuerpo, cada expresion de nuestra fisonomía, cada señal que nos hacíamos, por imperceptible é ininteligible que fuese para cualquiera que no fuera nosotros, eran el objeto de sus observaciones, las que se comunicaban brevemente, en voz baja, con un movimiento, con una mirada; es un ejercicio en el que despleaban una maravillosa destreza; visto el hombre, su filiacion está hecha; tomada la filiacion, ya no se pierde de la memoria, y aun se asegura que el árabe, cuando vuelve á reunirse á su tribu, la hace una pintura tan fiel del viajero á quien conduce, ó que simplemente encontró, que largo tiempo despues, si por casualidad le vuelven á encontrar los oyentes, le reconocen sin haberle visto jamás.

Continuamos nuestro camino, Bechara cantando, y yo meditando, cuando en uno de esos momentos en que el sol, que comenzaba á ocultarse tras el Mokkatan, me permitia levantar la cabeza, descubrí en el horizonte un punto negro: este es el árbol del desierto, es el límite que divide en dos partes iguales el camino del Cairo á Suez.

Es un sicomoro, aislado como un islote en medio del mar, y al que en vano busca la vista un compañero. ¿Quién la ha plantado allí, precisamente á igual distancia de ambas ciudades, como para indicar á la caravana que ya es tiempo de hacer alto? Nadie lo sabe. Nuestros árabes, sus padres, sus abuelos y los antepasados de sus abuelos, siempre le habian visto en aquel sitio, y decian que Mahoma, habiéndose detenido á descansar allí y no habiendo sombra, habia arrojado una semilla mandándola se convirtiese en un árbol. Este sicomoro cubre un pequeño monumento mal

construido y conservado: es un sepulcro que encierra los huesos de un digno musulman cuya santidad recordaban nuestros árabes, pero cuyo nombre habian olvidado.

Apenas nuestro guia le descubrió, puso su dromedario al galope, y los nuestros le siguieron con una rapidez que daria vergüenza al mejor caballo de carrera. Por lo demas, aquel paso, mas suave que el trote, me era mucho mas cómodo; así que de tal modo hice apresurarse á mi haghin, que era joven y vigoroso, que llegué el segundo al descado árbol. Inmediatamente, sin esperar á que mi dromedario se arrodillase, me agarré con la mano izquierda al pomo de la silla, y me dejé caer en la arena.

Cierta frescura que nos ofrecia aquella sombra, fué para nosotros un placer que no se puede concebir mas que cuando se experimenta. Para completa felicidad, quisimos beber un poco de agua, porque en la parada del medio dia habiamos vaciado nuestras botas, y teniamos las lenguas materialmente pegadas al paladar. Desataron un odre y me le accerraron; á través del pellejo noté que el agua estaba á la misma temperatura que el aire; no por eso dejé de aproximar mi boca á la abertura y tragar por largo rato su contenido; pero por mucha que fuese la rapidez con que entró, todavía fué mayor con la que volví á arrojarla; en mi vida habia tragado una cosa como aquella. En un dia se habia vuelto el agua corrompida y fétida. Al gesto atroz que hice, se acercó á mí Bechara; le dí el pellejo sin decirle nada, tan ocupado estaba yo en arrojar hasta la última gota de aquel líquido infernal. Era este inteligente en agua, catador experimentado: probaba un poco en las cisternas antes que sus camellos; así que todos, desconfiando de mi estragado gusto, esperaron en silencio el fallo que iba á dar. Comenzó por oler el pellejo, hizo un movimiento de cabeza de alto á bajo, adelantando al mismo tiempo el labio inferior, lo cual significaba que efectivamente habia algo que decir de él; al fin tomó una bocanada, con la que se enjuagó; luego la tiró, dándome la razon ámplia y completísima: el movimiento, el calor y los pellejos nuevos eran las tres causas combinadas de aquella corrupcion. Desde el instante en que supimos á que atenernos, tuvimos diez veces mas sed: á esto nos respondió Bechara que en la noche del dia siguiente encontraríamos excelente agua en Suez: era lo bastante para volverle á uno rabioso.

No era esto todo: creíamos haber llegado á nuestro campamento, pero Tonaleb lo habia decidido de otro modo. Despues de un descanso como de media hora, fué preciso volver á montar en nuestros camellos, los cuales, levantándose luego que nos sintieron colocados en la silla, nos probaron que menos inocentes que nosotros, no habian tomado aquella parada por lo serio. En cuanto á nuestros

árabes, ni comían ni bebían: era una cosa incomprendible.

A las dos horas de marcha, durante las que, por el trote largo de nuestros camellos debimos caminar cerca de cinco leguas francesas, Tonaleb hizo un chasquido con la lengua, que según parecía, era la señal convenida entre él y sus dromedarios, porque al punto se detuvieron estos y se arrodillaron. Nos apeamos muy fatigados de aquella larga jornada y fastidiados por no tener agua habiéndola llevado. Los árabes participaban al parecer de nuestro mal humor; estaban silenciosos y pensativos: solo Bechara había conservado algo de su ordinaria alegría.

Sin embargo, á los pocos momentos, desplegaron la tienda, clavaron las estacas y extendieron nuestras alfombras. Por mas fatigado que estuviese, tendí sobre la caliente arena, á los últimos rayos del sol que se ponía, mi papel de dibujar, que se había mojado completamente en mi cintura, y volví á tenderme, suplicando á Dios renovase con nosotros el milagro de Agar, por mas indignos que de ello fuésemos.

En esto vi á Abdallah que se había levantado sus anchas mangas, y que dándose la importancia de un cocinero, preparaba nuestra comida: consistía esta en el pan y el guisado ya dicho, desleído y sazonado con el agua de los pellejos. Los árabes le prestaban los servicios que podían, partiendo con sus puñales la leña en menudos pedacitos, ayudándole soplando á encender su fuego, mondándole el arroz y echando las galletas sobre las brasas. A su lado Mohammed y Bechara se ocupaban en desinfectar el agua mudándola de receptáculo desde alto á fin de que el aire la purificase. Acordéme entonces de que el carbon era un depurativo y ofrecí mi auxilio á nuestros químicos, los cuales viéndome dispuesto á emplear un procedimiento desconocido no demostraron ningun amor propio y me dejaron obrar. Una parte de la hoguera que tenía Abdallah se empleó allí; despues filtramos el agua á través de un lienzo, y Bechara, nuestro catador titulado, renovó el experimento. Esta vez el resultado fué satisfactorio: el agua era potable. Esta noticia hizo á Mayer dejar su alfombra, en la que estaba decidido procurar dormirse sin cenar, por temor de que la cena aumentase su sed. Se había encendido luz en la tienda y Abdallah nos trajo el arroz en una escudilla de madera; nos sentamos en círculo acurrucados como sastres é intentamos comer algunas cucharadas de aquel guisado y probar el pan; pero todavía no estábamos á la altura de los guisados de Abdallah; de suerte que le dijimos se llevase al momento su arroz y sus galletas y nos diese dátiles y café. En aquel momento se acercó Mohammed á nosotros con aire paternal, que indicaba tenía algo que pedirnos. Vi su intención y me volví hácia él, despues de haber probado á

tragar sin sacarla el gusto medio vaso de nuestra agua filtrada.

—¡Y bien! Mohammed, le dije, ¿qué hay?

—Hay, respondió Mohammed que los árabes estan tristes.

—¿Y por qué estan tristes?

—Porque tienen hambre, dijo Mohammed.

—¡Toma! Pues si tienen hambre que coman

—No piden otra cosa; pero no tienen que comer.

—¿Cómo! ¿No tienen nada? ¿pues qué no han hecho provisiones? Eso era lo contratado.

—Si; pero calcularon que como no hay mas que dos jornadas del Cairo á Suez podrian en rigor, echando un candado á su estómago, andar el camino sin comer.

—¿Y no pueden hacerlo, eh?

—Si pueden; pero están tristes.

—Ya lo creo que deben estarlo, no han tomado nada desde ayer.

—¡Oh! han comido dos ó tres veces habas con sus camellos.

—Pues bien, dí á Abdallah que les haga de cenar inmediatamente.

—Es inútil. Si queréis darles lo que ha sobrado de vuestro arroz y vuestras galletas tendrán bastante con ello.

—¿Cómo! ¿Lo que ha sobrado de tres para ellos que son quince!

—¡Oh! dijo Mohammed, si hubiesen almorzado á su hora, tendrian con eso para tres comidas.

Mr. Taylor no pudo menos de decirle sonriendo:

—Tomad y comed, amigos míos, y que Jesucristo haga con vosotros el milagro de la multiplicación de los panes.

Mohammed se volvió hácia la reunion que parecía no había escuchado nada de lo que decíamos, é hizo seña de que la petición estaba concedida. Al instante la alegría volvió á todos los rostros y se preparó cada uno á tomar su parte de aquel espléndido festín que nuestra munificencia les concedía.

Formáronse dos círculos. El primero se componía de Tonaleb, Bechara, Araballah, Mohammed y Abdallah, todos los que tenían cierta posición: Tonaleb, como gefe; Bechara, como narrador; Araballah, como guerrero; Mohammed, como intérprete y Abdallah como cocinero. El segundo círculo le formaban los otros árabes que ocupando un grado menos elevado en la escala social debían comer los últimos y alargar el brazo por entre los compañeros que ocupaban la primera fila. El ejercicio se ejecutó con admirable precisión: Mohammed dió la señal tomando con el extremo de sus cinco dedos un puñado de arroz que llevé á la boca y Tonaleb siguió su ejemplo: toda la primera fila imitó á su gefe; luego le llegó su vez á la segunda, la que con una destreza admirable pescó su ración y la llevó á la boca sin dejar caer un solo grano de arroz.

Esta evolucion continuó con la misma religiosidad y precision hasta que la escudilla quedó desocupada, lo que no tardó mucho en suceder. Entonces Bechara se levantó en nombre de la sociedad para darnos gracias y nos preguntó nuestro nombre, á fin de que él y sus camaradas los conservasen en sus corazones en memoria de nuestra generosidad; se los dijimos añadiendo á ellos dos dátils por persona á fin de que no solo conservasen nuestros nombres en su memoria, sino tambien los trasmitiesen á sus descendientes.

Sin embargo, nuestros árabes habian tomado sobre sí un compromiso en el que habia mas de buena voluntad que de prevision. Nuestros tres nombres con sus pronunciaciones diferentes y su aglomeracion de consonantes eran dificiles de pronunciar para gargantas orientales; así, á pesar de sus ensayos repetidos, los destrozaron de tal manera que pronunciados á su modo no solo corrían peligro de no ser trasmitidos á su posteridad, sino ni aun de ser reconocidos por nuestros mejores amigos. Por otra parte, aquel trabajo filológico era demasiado áspero para aquellos hijos de la naturaleza que sufren como mártires las fatigas del cuerpo, pero que tienen repugnancia como los *lazzaroni* al menor trabajo de la imaginacion. Resultó de aqui que á los diez minutos de hacer esfuerzos, Bechara se levantó y aproximándose se llegó á nosotros, nos pidió en nombre de sus camaradas que no podian pronunciar nuestros nombres, el permiso de bautizarnos en cambio con nombres árabes, suplicándonos conservásemos esos nombres en todo el viage á fin de que pudiesen llamarnos y nosotros responderlos: como no veíamos en ello inconveniente alguno les concedimos su demanda de buena voluntad. En consecuencia la sustitucion se hizo en el mismo instante. Mr. Taylor á causa de su posicion y de su edad, algo mayor que la nuestra, fué llamado *Ibrahim-Bey*, es decir, Abraham, el gefe; Mayer, cuyo fisico tenia alguna relacion con la demacracion del cuerpo, el color del cutis y sus facciones con un árabe de nuestra escolta, fué saludado con el nombre de *Hassan* y yo, en vista de mi precoz disposicion á hablar el árabe, mi seguridad en montar sobre el dromedario y mis continuas ocupaciones en tomar notas ó sacar bocetos, fui honrado con el de *Ismael*, al que añadieron para colmo de honor la palabra *effendi*, es decir, sábio.

Convenido este punto con gran satisfaccion de todos, Bechara cruzó las manos sobre su pecho deseándonos una buena noche y suplicando á Mahoma nos preservase de la visita de *Salem*.

Como yo andaba huscando todo lo que podia añadir un carácter pintoresco á nuestro viage, pregunté á Mahommed quién era Salem. —Me respondió que un ladrón árabe conocido en la comarca por su valor y su destreza y que

en aquel mismo sitio donde hacíamos alto habia ejecutado una de sus maravillosas fechorias. No se necesitaba mas para excitar nuestra curiosidad; aunque cansados, no teníamos tantas ganas de dormir que no pudiésemos escuchar las narraciones de Bechara: fuimos pues á ocupar un sitio en el círculo de los árabes; hicimos una distribucion de tabaco, se encendieron las pipas, y con la ayuda de Mahommed comenzó Bechara su narracion, medio árabe, medio francesa, y que hubiese sido inteligible en ambos idiomas si sus gestos no hubiesen espresado completamente lo que decia á sus compañeros, y si nuestro intérprete no hubiese explicado los pasages mas oscuros para nosotros.

Ahora bien, Salem era un árabe simplemente hijo de una tribu nómada que en su infancia habia manifestado las mas felices disposiciones para el robo; esta inclinacion habia sido estimulada por sus padres que comprendieron inmediatamente cuán ventajosa no seria semejante vocacion bien dirigida, para el porvenir. Así que el jóven Salem, respetando siempre las propiedades de su tribu y de los aliados de ella, siendo muy jóven todavía, ejercitó sus nacientes facultades en las tribus con quienes estaba la suya en guerra: prudente como la serpiente, ágil como la pantera, ligero como la gacela, se deslizaba bajo una tienda sin hacer crugir la tela, ni rechinar la arena, atravesaba de un salto un torrente de quince piés de ancho y ganaba á la carrera á un dromedario al trote.

A medida que crecia se desarrollaron sus disposiciones; solo que en lugar de dedicarse por las noches á alguna tienda aislada ó á algun viagero imprudente, reunió los jóvenes de su tribu, quienes habitualmente hacia largo tiempo á obedecerle no vacilaron en reconocerle por gefe, y con este refuerzo de poder material intentó expediciones mas importantes. Entonces fué cuando su astucia se desarrolló con vigor y comenzó á hacer operaciones en grande escala, sin renunciar, sin embargo, de vez en cuando á aquellos golpes de mano aislados y aventureros que le habian valido su reputacion: tan pronto hacia correr el falso rumor del paso de una caravana ricamente cargada y entonces los guerreros de las tribus vecinas salian á campaña para colocarse á su paso, cayendo él entretanto sobre sus tiendas donde no habian quedado mas que los ancianos y los niños y robando los animales y las provisiones; en otras ocasiones, y esto sucedia cuando alguna caravana salia efectivamente de Suez para el Cairo, ó del Cairo para Suez, enviaba á un árabe para que dijese á las tribus que espaban, que sus campamentos eran saqueados, y entonces los guerreros volvian á toda brida hácia sus tiendas, mientras que el señor y rey del desierto robaba la caravana á su gusto y rescataba los comerciantes y los peregrinos por lo que él pedia. Al fin, aquellos robos tan

atrevidos y tan frecuentes llegaron á oídos del bey de Suez. Suez es el emporio de la India, el puerto de la Arabia; medio arruinado ya por el descubrimiento del paso por el cabo de Buena Esperanza, solo á largos intervalos acuden allí las caravanas á llevarles sus mercancías; el bey de Suez se alarmó, pues, seriamente con las depredaciones de Salem, quien contribuía todavía mas á separar las caravanas de su ciudad, y dió las órdenes mas severas para que fuese cogido el bandido. Trascurrió un año en vanas pesquisas sin que Salem tratara de ocultarse; por el contrario, todos los dias se tenían noticias de alguna nueva hazaña cometida por él; pero se escapaba de entre las manos de los que le perseguían con una destreza y un atrevimiento tal que escitaron la cólera del bey que resolvió ir en persona en busca del bandido, y juró no volver á entrar en Suez sin llevar cautivo á Salem.

En su consecuencia se dirigió el bey al camino de Suez al Cairo, donde acampó en el mismo sitio en que nosotros habíamos hecho alto, y su tienda se desplegó donde se levantaba la nuestra; en seguida, colocada su tienda, rodeado de sus mas fieles tropas, custodiado por su mas vigilante centinela, y ensillado su mejor caballo, se quita el sable y su machallah de honor, se tiende sobre la alfombra, esconde la bolsa bajo su cabeza, dirige su oracion á Mahoma, y se duerme lleno de confianza en Allah y su profeta.

Al dia siguiente, al amanecer se despierta el bey; la noche habia sido tranquila. Ningun alerta habia turbado el reposo del campamento; cada uno estaba en su puesto, todo estaba en su sitio, excepto el sable, el machallah y la bolsa del bey, que habian desaparecido.

El bey llamó dos veces con sus manos, y entró su esclavo de confianza; mas al punto retrocedió este asombrado al ver á su amo: le habia visto salir á caballo una hora antes de ser de dia, y no lo habia vuelto á ver entrar.

Esto causó un nuevo temor al bey, el que su caballo hubiera ido á unirse con su sable, su machallah y su bolsa; el esclavo fué corriendo á donde estaban los caballos, y pidió noticias del corcel favorito del bey. Respondióle el palafrenero que habiendo llamado el bey tres veces con las manos, que era la señal convenida, le habia llevado su caballo; que le habia visto montarse en él, se habia dirigido por el desierto, y no habia vuelto á aparecer.

Por un momento se le pasaron ganas al bey de mandar cortar la cabeza al centinela, al esclavo y al palafrenero; pero reflexionó que con esto no le volvian su sable, su machallah, su bolsa, ni su caballo; y ademas, que puesto que él se habia dejado engañar, su centinela, su esclavo y su palafrenero que eran de una condicion inferior á la suya, podian muy bien y con mucha mas razon, ser engañados tambien.

Rehexionó tres dias y tres noches sobre la manra como el robo podia haberse ejecu-

tado; despues, viendo que perdía en ello su tiempo, resolvió dirigirse él mismo al ladrón, lo cual era el medio mas seguro de tener noticias oficiales, é hizo publicar entre las tribus de las inmediaciones, que si Salem queria decirle ó irle á referir las circunstancias de un robo cuyo atrevimiento le denunciaba, no solo no le haria daño alguno, sino que se le darian para sus gastos de viage mil piastras (300 francos próximamente de nuestra moneda); comprometió su palabra de musulman, y la palabra es sagrada en Oriente, de que dado sus informes, Salem quedaria en libertad de retirarse donde le acomodara.

No se hizo esperar: aquella misma noche un árabe de veinte y cinco á veinte y seis años, de corta estatura, delgado de cuerpo, de ojos vivos y aire atrevido, vestido con una sencilla chaqueta de tela azul, se presentó en la tienda del bey, y anunció que estaba dispuesto á dar á su señoría las noticias que parecia desear. El bey le recibió como se habia comprometido á hacerlo, como hombre que no tiene mas que una palabra, y le renovó la promesa de las mil piastras, si se reconocia que decia la verdad completa; respondió Salem que no era un vil interés el que le llevaba, sino el deseo de corresponder á la atencion de tan gran gefe; que solo pedia para que los detalles fuesen mas exactos, que se pusiese todo en el estado que se encontraba, que se diese orden al centinela de que le dejase pasar, y al palafrenero le obedeciese como lo habian hecho la noche del robo. El bey encontró muy justa la peticion; por tanto colgó otro sable de la estaca que sostenia la tienda, echó otro machallah sobre el divan, colocó otra bolsa bajo su alfombra, mandó ensillar otro caballo, y se acostó como lo habia hecho la noche en que Salem le hizo su primera visita, con la diferencia de que abrió desmesuradamente sus ojos, para no perder nada de lo que iba á ejecutarse. Colocóse cada uno en su puesto, y la segunda representacion comenzó en presencia de todo el ejército.

Salem se alejó cincuenta pasos de la tienda próximamente; en cuanto estuvo allí se quitó su chaqueta y los cordones con que la abrochaba, á fin de estar mas libre en sus movimientos, y la ocultó en la arena: entonces tendiéndose boca abajo se puso á arrastrarse como la serpiente, de manera que su cuerpo del color del suelo, estuviese medio metido y oculto en la arena. Algunas veces para fingir la realidad con mas exactitud, levantaba la cabeza como temeroso de ser visto ú oído, y luego que se aseguraba con una rápida mirada de que todo estaba tranquilo, volvía á emprender su marcha, lenta si, pero silenciosa y segura. En cuanto llegó á la tienda, pasó su cabeza por bajo de la tienda, y el pachá que ni la habia visto moverse, observó de repente dos ojos fijos y brillantes como

los del linco que se fijaban en él. Su primer sensación fué de temor, porque no esperaba aquella aparición; pero recordando al punto que todo aquello no era mas que un juego, continuó permaneciendo inmóvil como si durmiese. Al cabo de breves instantes de muda inspeccion la cabeza desapareció, y en algunos minutos reinó la calma y el silencio, en cuyo tiempo no se oyó otro rumor que el de la arena que rechinaba bajo los pies del centinela. De repente un cuerpo opaco intercepta la luz que venia de lo alto de la tienda abierta circularmente alrededor del pié derecho que la sostenia para dar paso al fresco de la noche; un hombre se deslizó como una sombra á lo largo del madero, y se colocó en pié á la cabecera de la cama del bey; aquel hombre se apoyó en una rodilla, y mientras se sostenia con su mano izquierda escuchaba la respiracion del fingido durmiente, un puñal pequeño y encorvado brillaba en su mano derecha. Sintió el bey correr por su frente un sudor frio, porque su vida estaba en las manos de aquel por cuya cabeza habia ofrecido pagar mil equies de oro. Continuó no obstante presentando con bravura su papel, y ni la mas leve alteracion en su respiracion ni en los latidos de su corazon denunciaban su temor. En aquel momento de aparente inmovilidad, creyó sentir el bey deslizarse una mano bajo su almohada; pero por mas que estaba despierto, le pareció tan leve el movimiento, que no lo hubiese notado á no estar advertido. Al punto Salem se levantó sin ser sentido, y sin separar sus ojos del que dormia; pero su mano izquierda, desocupada cuando se habia inclinado, la levantaba llena: tenia la bolsa.

Entonces puso el puñal y la bolsa entre los dientes, marchó retrocediendo hácia el divan, y con los ojos siempre fijos en el bey, cogió el machallah, se le puso lentamente, alargó el brazo, descolgó el sable, le colgó á su cintura, rodeó á su cabeza y á su talle las

dos cachemiras que servian al bey de turbante y de faja, salió resueltamente de la tienda, pasó por delante del centinela que se inclinó con respeto, y dió tres palmadas para que le llevasen el caballo; el palafrenero prevenido obedeció aquella orden, que como hemos dicho, era la seña habitual del bey. Salem se lanzó apresuradamente sobre el corcel, y volviendo hácia la puerta de la tienda, donde el bey, en pie y medio desnudo, le veia ejecutar la repeticion de su aventurada empresa. —Bey de Suez, le dijo, h  aqui cómo me he manejado hace cuatro dias para cogerte tu sable, tu machallah, tus cachemiras, tu bolsa y tu caballo. Al presente estoy pagado de las 4,000 piastras que me has prometido; porque el sable, el machallah, las cachemiras, la bolsa y el caballo que me llevo hoy, valen próximamente 50,000.

Dichas aquellas palabras, puso al galope el caballo del bey, desapareció como una sombra en la oscuridad de la noche y en la inmensidad del desierto.

Mandó el bey le ofreciesen una plaza de kachef en su guardia; pero Salem respondió que mejor queria ser rey en el desierto que esclavo en Suez.

H  aqui, continu  Bechara, lo que pasó entre el bey de Suez y Salem el ladron. Tened cuidado con vuestros sables, vuestros machallahs, vuestras cachemiras y vuestras bolsas, porque estamos en el mismo sitio donde sucedió la historia que os he referido.

En seguida nos dió las buenas noches, y se retiró acompañado de las alegres risotadas de sus camaradas, á quienes siempre encanta el que un turco haya sido engañado por un  rabe.

Pas  la noche en completa tranquilidad, y al dia siguiente nos encontramos cada cosa en su sitio. En aquella ocasion ejercia Salem su profesion en otra localidad.

## PARTE SEGUNDA.

### I.

#### EL MAR ROJO.

Estábamos ya en camino antes de salir el sol. Sus primeros rayos nos dejaron ver manadas de gacelas, que huían despavoridas al aproximarnos. Nada mas extraño que el contraste de ese bonito animal con los lugares que habita; diríase que ha nacido para los floridos vergeles y aterciopeladas praderas. Es una viva contradicción con la ruda y magestuosa naturaleza de aquellas regiones. Tuve la curiosidad de separarme un momento del camino, para ver la huella que habían dejado en el desierto. Apenas sus veloces pies se habían impreso en la arena; de modo que se hubiera dicho corrían por la superficie del suelo arrebatadas por el viento, que á ratos llegaba á nosotros en ráfagas calientes é impetuosas.

Iba á emprender nuevamente la ruta sobre huesos. Al amanecer la vimos dibujarse sobre la amarillenta arena como una línea plateada. Al salir el sol calentaba ya y era mas insoporrible que en los días anteriores. Nos aconsejaron los árabes no dejásemos ninguna parte del cuerpo espuesta á su contacto abrasador. Sin embargo, á pesar de sus consejos y nuestras precauciones, como era imposible librarse de los oblicuos rayos de la mañana ó de la tarde, recibimos algunos que nos hicieron el efecto inmediatamente de moxas; la epidermis calcinada se levantaba formando ampollas, y se desprendía á las pocas horas: por lo que á mí hace, es seguro que en todo el tiempo que duró nuestro viaje por el desierto cambié de nariz todas las tardes.

A las tres horas de marcha apareció un

punto blanco en el horizonte. No tardamos en reconocer á medida que nos aproximábamos, una torre cuadrada, en cuyas inmediaciones se hubiese creído ver una inmensa serpiente, cuyos repliegues apenas podía seguir la vista. Aquella torre era la casa de un cheik, situada á tres leguas de Suez. En esta casa se detiene cortos momentos la caravana de la Meca, á fin de separarse de los viajeros que solo van á Suez. Los peregrinos continúan su camino hacia el Oriente, los viajeros se inclinan al Sur, y no tardan en encontrar el primer brazo del mar Rojo, mientras los otros emplean todavía diez ó doce días de marcha antes de descubrir el segundo, cuya ribera oriental costean hasta la Ciudad Santa. En cuanto á los anillos de la serpiente arrollada á aquella casa, eran los innumerables burros que iban allí por agua para el gasto de la ciudad: asentada á orillas del mar Rojo, no tiene mas que pozos y fuentes de agua amarga. Apenas supimos aquello, la esperanza de encontrar agua fresca nos estimuló. Pusimos nuestros dromedarios al galope, y en menos de una hora recorrimos las tres ó cuatro leguas que nos separaban de la apetecida fuente. En cuanto llegamos á ella, el gefe del khan llenó nuestros pellejos mediante una corta retribucion. Nosotros bebimos en la misma fuente. El agua era ligeramente salada; pero estábamos demasiado sedientos para que nos parásemos en semejante bagatela.

Habíamos dejado á nuestra derecha, y á la parte opuesta de una cadena de montañas que estuvimos viendo durante el día hacia el Sur, el camino que tomaron los fugitivos israelitas cuando conducidos por Moisés y guiados por la columna de fuego, y llevando consigo las cenizas de José, como éste les había recomendado al morir, dejaron á Rhamsses, atravesaron el Mokkatan, y acamparon en Elham, al extremo del desierto. En esta última ciudad fué donde el Señor habló otra vez á Moisés y le dijo: «Di á los hijos de Israel que vuelvan y acampen delante de Philahiroth, que está

entre Magdad y el mar, frente á Beelsephon. Acampareis frente á aquel lugar que está en la orilla de la mar.»

Los israelitas descendieron hácia el Occidente, y fueron al sitio en que nosotros estábamos, atraídos probablemente por los mismos manantiales donde en aquel momento acabábamos de apagar nuestra sed. Desde allí fué desde donde descubrieron el ejército de Pharaon, que iba en su persecucion, y donde sobrecogidos de un gran terror, dijeron á Moisés:

«¿Acaso no habia sepulcros en Egipto? ¿es para esto para lo que hemos venido aquí, para morir en el desierto? ¿Qué designio teniais cuando nos habeis hecho salir del Egipto?»

«¿No os deciamos esto mismo estando todavía en Egipto? Dejadnos que sirvamos á los egipcios, porque valia mucho mas fuésemos sus esclavos, que venir á morir en el desierto.»

Moisés respondió al pueblo: «No temais; permaneced firmes y conoced las maravillas que el Señor va á hacer hoy, porque esos egipcios que veis ante vosotros, van á desaparecer, y ya no los vereis mas.»

El Señor dijo entonces á Moisés: «¿Por qué me invocais? Dí á los hijos de Israel que caminen.»

En efecto, los hebreos emprendieron otra vez su camino y se dirigieron directamente hácia aquella punta del mar Rojo donde hoy está Suez. La distancia es de tres horas próximamente, aunque nosotros empleamos menos tiempo en andar el camino, porque nuestros camellos, dejando el que conduce á la Meca, tomaron el galope hácia el Mediodía, y desde la torre de Cheik no dejaron aquel paso hasta el momento en que llegamos. A medida que avanzábamos, adquiría el cielo un tinte argentino; elevábase en derredor la cadena de montañas que costea la ribera occidental del mar Rojo; á la izquierda continúa estendiéndose el desierto, y entre este y las montañas se destacan sobre el agua del mar, aumentando de dimension, las murallas de Suez, cuya monotonía interrumpen escasos *madenehs* elevándose por cima de sus almenas. Al otro lado de la ciudad está la parte en la cual fondean los barcos que vienen de Thor y los navios de extrañas formas que se aventuran hasta el estrecho de Babel-Mandel, y vuelven allí despues de haber tocado en Moka.

En cuanto llegamos á corta distancia de la costa, hicimos levantar nuestras tiendas cerca de Suez; luego nos dirigimos á la orilla del mar. En aquel sitio es donde el Señor dijo á Moisés: «Levanta tu vara, estiende la mano sobre las aguas y dividelas, á fin de que los hijos de Israel marchen en seco por medio del mar.»

«Yo endureceré el corazon de los egipcios á fin de que os persigan, y seré glorificado

en Pharaon, en todo su ejército, en sus carros y en su caballería.»

Entonces el ángel del Señor que marchaba delante del campo de los israelitas, se quedó detrás, y en el mismo instante la columna de la noche, dejando su sitio á la cabeza del pueblo,

«Se colocó tambien detrás entre el campo de los egipcios y el campo de los israelitas; y la nube era tenebrosa por la una parte, y por la otra iluminaba las tinieblas, de modo que los dos ejércitos no pudieron aproximarse en toda la noche.»

«Habiendo estendido Moisés su mano sobre el mar, el Señor le abrió, haciendo soplar un viento fuerte y abrasador durante toda la noche, y secó el fondo del agua que dividió en dos.»

«Los hijos de Israel caminaron en seco por medio del mar, teniendo el agua á derecha y á izquierda, sirviéndoles como de un muro.»

«Y los egipcios marchando cerca de ellos, entraron persiguiéndoles en medio del mar con toda la caballería de Pharaon, sus carros y sus caballos.»

«Y cuando los israelitas hubieron llegado á la otra orilla, el Señor dijo á Moisés:—Tiene de tu mano sobre el mar, á fin de que las aguas caigan sobre los egipcios, sus carros y su caballería.»

«Moisés tendió, pues, la mano sobre el mar, y al amanecer volvió á ocupar el mismo lugar que tenia antes. Así, cuando los egipcios huían, las aguas les salieron á su encuentro, y el Señor los sepultó en medio de las olas.»

«Y volviendo las aguas á su anterior estado, cubrieron los carros y la caballería y todo el ejército de Pharaon que habia entrado en el mar persiguiendo á Israel, y no escapó de allí ni uno solo.»

En el momento en que llegábamos á la orilla del mar, las aguas estaban elevadas. Entonces se atraviesa, en caso de urgencia, por medio de un barco. Como no teniamos nada urgente ni éramos perseguidos, y por otra parte queriamos pasar el mar á la manera de los israelitas, resolvimos esperar el reflujo, y hacer enfretanto una corta visita á la ciudad de Suez.

Nos dirigimos, pues, hácia las puertas, y despues de haber presentado nuestros *tokerifs* (1), fuimos á casa del gobernador turco, quien, viendo nuestras recomendaciones nos recibió perfectamente bien. Pero lo que mas agradecimos de su acógida fué la prontitud y afabilidad con que mandó nos diesen á cada uno una bota llena de agua dulce y fresca. Al instante y sin gastar cumplimiento, bebimos de ella, espresando mientras la bebiamos nuestro reconocimiento haciendo señales con las manos. Nos invitó á que fuésemos á visitarle á nuestro regreso; se lo prometimos de

(1) Pasaportes.

buena voluntad; en seguida, temiendo retrarnos nos despedimos de él.

Al salir de casa del gobernador, Bechara, que nos acompañaba, se detuvo ante una casa que nos la mostró con el dedo repitiendo dos veces: ¡Bounabardo! ¡Bounabardo! Nos detuvimos porque sabíamos que este nombre era el que los árabes dan á Bonaparte; y como recordamos que había llegado á Suez, nos imaginamos que aquella casa encerraría algun recuerdo histórico. En efecto, en aquella casa era donde se había alojado; entramos en ella y pedimos permiso para hablar al amo; era un griego agente de la compañía de las Indas de los ingleses llamado Comanouli, quien reconociéndonos por franceses advino al punto el objeto de nuestra visita, y nos hizo los honores de su casa con la mayor amabilidad. La habitación donde estuvo alojado Bonaparte es una de las mas sencillas de toda la casa; tiene alrededor un divan y las ventanas dan al puerto; por lo demás ningún recuerdo material del general en jefe del ejército de Egipto se la recomienda á la curiosidad de los viajeros.

El 26 de diciembre de 1798 llegó Bonaparte á Suez, el día 27 le empleó en recorrer la ciudad y el puerto; el 28 se resolvió á pasar el mar Rojo para ir á las fuentes de Moisés; á las ocho de la mañana, habiéndose retirado el mar, atravesó el cauce y se encontró en Asia.

Mientras Bonaparte estaba sentado junto á los manantiales, recibió la visita de algunos gefes árabes de Thor y de las cercanías que iban á darle gracias por la proteccion que concedía á el comercio con el Egipto; mas no tardó en volver á montar á caballo para visitar las ruinas de un gran acueducto construido durante la guerra de los portugueses contra los venecianos; esta guerra tuvo lugar despues del descubrimiento del paso del cabo de Buena Esperanza, suceso que arruinaba el comercio de los últimos. No tardamos en encontrar el acueducto á la izquierda del camino que seguíamos; estaba destinado á conducir el agua de los manantiales á las cisternas construidas á orillas del mar que debía servir para la aguada de los buques que navegan por el mar Rojo.

Terminada aquella visita, Bonaparte trató de volver á Suez; la noche era oscura cuando llegó á la orilla del mar. Llegaban á la hora de la marea y se propusieron acampar en la playa y pasar allí la noche; pero Bonaparte no quiso oír nada; llamó al guia y le mandó caminase delante. El guia, turbado al oír aquella órden emanada directamente de un hombre á quien los árabes miraban como un profeta, equívocó el camino prolongándole de este modo un cuarto de hora. Apenas habían llegado á la mitad, cuando las primeras olas del flujo mojaron las piernas de los caballos; conociase la rapidez con que el agua subía; la oscuridad

impedia medir el espacio que faltaba recorrer; el general Caffarelli, á quien su pierna de madera impedía mantenerse sólidamente á caballo pidió auxilio á su ayudante. Aquel grito fué mirado como de angustia; introducese el desórden en la pequeña caravana; cada uno huye por su lado lanzando su caballo en la direccion en que creía encontrar tierra; solo Bonaparte continuó tranquilamente siguiendo al árabe que marchaba delante de él. Entretanto el agua subía; su caballo se asustó y se negó á pasar adelante; la situacion era terrible; el menor retraso era la muerte. Un guia de la escolta, de una estatura elevada, de fuerzas hercúleas, salta al mar, coge al general sobre sus hombros, y agarrándose á la cola del caballo del árabe, trasporta á Bonaparte como á un niño; á los pocos momentos le llegaba el agua hasta los sobacos y comenzaba á perder tierra; el mar corria con una espantosa rapidez; cinco minutos mas y los destinos del mundo cambiaban con la muerte de un solo hombre. De repente el árabe lanza un grito; tocaba la orilla; el guia rendido cae sobre su rodilla; ha salvado á su general: las fuerzas le faltaban ya.

La caravana volvió á entrar en Suez sin haber perdido un solo hombre; solo se ahogó el caballo de Bonaparte.

Veinte años despues conservaba Bonaparte de aquel suceso un recuerdo acaso mas presente que ninguno de sus otros peligros, porque hé aqui lo que escribia en Santa Elena:

«Aprovechando la baja marea, atravesé el mar Rojo á pié enjuto; á la vuelta me sorprendió la noche y me estrovié cuando la marea crecía; corrí grandísimo riesgo; poco faltó para que pereciese del mismo modo que Pharaon; lo cual no hubiera dejado de proporcionar á los predicadores de la cristiandad un testo magnifico contra mí.»

Cuando estuvimos orilla del mar, la marea acababa de retirarse, y el momento era completamente favorable. Hicimos recoger la tienda, volvimos á montar en nuestros dromedarios y nos lanzamos al mar; en el sitio donde mas profundidad tenia el agua, no pasaba de un pié; cuarenta minutos nos bastaron para aquella travesía, y á las dos horas pisábamos la tierra de Asia; atravesamos algunas colinas de arena que costean el mar, y nos encontramos en el desierto.

Nuestra caravana al tocar la peninsula del Sinai, había tomado súbitamente un aspecto militar, lo cual probaba que entrábamos en el pais en que el derecho natural reemplaza al derecho de gentes: Araballah marchaba de explorador á cincuenta pasos delante de nosotros, y Bechara había sido colocado á igual distancia á retaguardia, á fin de que sus cuentos y canciones no pudiesen distraer á nadie. Habíamos caminado de este modo una legua, cuando Araballah se detuvo de repente estendiendo su lanza hácia el Sur, y señalándonos

dos puntos negros que aparecían al horizonte. Tonaleb mandó á dos árabes se unieran á Araballah y fuesen delante con él; esta órden se ejecutó al instante y en silencio; apenas se unieron á su compañero, desaparecieron los tres internándose en un bosque de palmeras que se mecían á nuestra izquierda, como una isla de verdura. Entretanto toda la caravana había hecho alto, y ya preparábamos á todo evento nuestras armas, cuando Tonaleb lanzó un grito y partió al galope; nuestros haghins, impulsados por el ejemplo, le siguieron á todo escape, y de este modo avanzábamos hácia el bosque de palmeras, detrás del que se distinguían los dos puntos negros, que hacia breves instantes se habían convertido en ginetes, sin que supiésemos si nos dirigíamos á amigos ó enemigos.

Probablemente eran amigos, porque Tonaleb cesó completamente de ocuparse de ellos, y en cuanto llegó al pequeño oasis hácia el que había emprendido su carrera de un modo tan rápido, se bajó de su dromedario; arrodilláronse los nuestros, y nos hallamos junto á cinco fuentes encantadoras á que daban sombra una docena de palmeras cuyos retoños formaban alrededor de sus troncos un bosque muy fresco y delicioso. Habíamos llegado á los manantiales de Moisés: aquí fué donde los israelitas se detuvieron y entonaron el cántico de acción de gracias, mientras que María la profetisa, hermana de Aaron, cogiendo un tambor, y seguida de todas las mugeres que marchaban con ella llevando tambores y formando coro con ellos, cantaba la primera diciendo:

«Cantemos las alabanzas del Señor, porque ha demostrado su grandeza y su gloria, y ha precipitado en el mar caballo y caballero.»

Como nosotros teníamos otra cosa que hacer que cantar, metimos cabeza y brazos en aquellos antiguos manantiales, y estábamos completamente abstraídos en aquel delicioso entretenimiento, cuando volvió á aparecer Araballah con sus compañeros; iba seguido de dos hombres vestidos de negro: eran religiosos del monte Sinai; Tonaleb los había reconocido de lejos por su traje, y por eso libre de todo temor había arrojado su grito de alegría, y nos había llevado á galope hasta los manantiales de Moisés.

Los dos frailes se apearon de sus dromedarios y vinieron á sentarse junto á nosotros: en el desierto todo es amigo ó enemigo; se da parte de la tienda, del pan y del arroz, ó se cambian recíprocamente lanzadas, y disparos de fusil y pistola. Los recién llegados no tenían ninguna intención hostil; para nosotros, luego que supimos pertenecían al convento á donde íbamos, su encuentro era una felicidad: por tanto hicimos muy pronto conocimiento con ellos; nos saludaron en latin, y les contestamos como pudimos. Abdallah estaba ya dedicado á su obra. M. Taylor les invitó á co-

mer con nosotros; aceptaron, nos sentamos á la sombra de las palmeras, sobre una arena húmeda por la filtración de las aguas, y no tardamos en sentir un apacible bienestar que no habíamos disfrutado desde nuestra salida del Cairo.

Era el momento mas á propósito para la expansión; le aprovechamos para preguntar á nuestros dos convidados la esplicación de una cosa que nos parecía de las mas extraordinarias: ¿cómo dos hombres solos, sin escolta, sin armas, sin defensa, que pertenecían á un convento rico, se esponían á ser asesinados en el desierto, robados, ó puestos á rescate por los primeros árabes que se apareciesen? Sabíamos perfectamente que á los ojos de tales hombres, ni su edad, ni su religion, ni su traje eran salvaguardias suficientes; expresamos pues á nuestros piadosos convidados nuestra admiración por su valor, y nuestro asombro de que no tuviese para ellos fatales consecuencias. Entonces el mas anciano de los dos sacó de su pecho una bolsita bordada y colgada como un escapulario, la abrió y nos presentó un papel que dentro contenía: era un firman rubricado por Bonaparte.

Aquella firma conservada en medio del desierto, en los lugares mismos en que el nombre del genio se hacia mas grande todavía por el recuerdo de sus victorias, la veneración con que Tonaleb se levantó y se aproximó diciendo: ¡*Bounabardo! Bounabardo!* la curiosidad de los árabes, que formaron al instante á nuestro alrededor un círculo tan compacto como lo permitía el respeto, todo concurria á dar á aquella escena un carácter lleno de interés, especialmente para franceses. Preguntamos al anciano cenobita cómo se hallaba en sus manos aquel firman y hé aqui lo que nos dijo:

—El convento del Sinai, aislado entre los dos brazos del mar Rojo, colocado en la punta meridional de la península, distando diez jornadas de Suez y doce del Cairo, se encontraba por su posición en un todo dependiente de aquellas dos ciudades, cuyo gobernador, profesando una religion opuesta á la de los cenobitas, se encontraba poco dispuesto á prestarnos su apoyo contra las depredaciones de los mamelucos de las ciudades y el brigandaje de los árabes del desierto. Obligados á proveer á su subsistencia de la Arabia, de la Grecia y del Egipto, recolectando el trigo con que hacían su pan en Chio, llevando del Peloponeso las lanas con que tegían sus hábitos, cultivándose en Moka el café que bebían, resultaba como consecuencia inmediata que desde la rebelión de los beys y la dominación de los mamelucos imponían estos un enorme derecho sobre los distintos objetos de que los monges hacían provision en Alejandría, Djedda y Suez; y aun no se limitaban todas sus gabelas á este derecho: era preciso tratar con los árabes para el transporte, pagar una escolta,

lo cual no impedía que de vez en cuando alguna tribu vecina, mas numerosa ó mas valiente, asaltase á la caravana y perdiese el convento con aquel golpe, no solo sus provisiones sino tambien algunos de sus padres, que una vez prisioneros no recobran su libertad sino por un rescate ruinoso. Asi, la vida de aquellos animosos cenobitas se habia convertido en una lucha continua para poder subvenir á las primeras necesidades de la vida. Además, los beduinos, como una bandada de aves de rapiña, andaban sin cesar al rededor del monasterio dispuestos á entrar en él á la menor imprudencia de los religiosos, arrebatando lo que se encerraba en sus muros, hombres y animales. La miseria de los buenos padres, habia, pues, llegado á su colmo, cuando un dia supieron por los mismos árabes que habia llegado un hombre de Occidente con la elocuencia de un profeta y el poder de un Dios. Se les ocurrió la idea de dirigirse á aquel hombre para pedirle su proteccion. En su consecuencia reuniéronse los monges, eligieron dos diputados, se ajustaron con un gefe de tribu para que los condujese y protegiese hasta que hubiesen encontrado á aquel á quien iban á buscar, y los dos diputados se pusieron en camino llevando consigo la última esperanza de los que quedaban en el convento. Siguiéron las orillas del mar Rojo por espacio de diez dias, y por último llegaron á Suez donde vieron flotar un pabellon desconocido. Preguntaron dónde estaba el sultan de los franceses y se les dijo que en el Cairo; porque en diez y ocho dias habia hecho la conquista del Egipto. Continuaron su camino á través del desierto; atravesaron el Mekkatan y llegaron á la ciudad de El-Talaou. Sus antiguos enemigos los mamelucos habian sido lanzados de allí como un torbellino de polvo. Mourad-Bey, batido en las Pirámides, habia huido al Alto Egipto; Ibrahim, vencido en El-Arish, se habia internado en la Siria, y la misma bandera que ya habian visto en Suez flotaba al viento en los minaretes del Cairo. Entraron en la ciudad, que encontraron completamente tranquila. Llegaron á la plaza de El-Bekir y pidieron una audiencia al sultan. Señaláronles la casa que habitaba; se presentaron en ella. Un ayudante de campo les hizo pasar por los jardines y les condujo á una tienda donde Bonaparte se encontraba por lo regular desde que las primeras horas de la noche permitian abandonar las habitaciones interiores, frescas durante el dia por las corrientes de aire y por las fuentes.

Bonaparte estaba sentado á una mesa en la que tenia á su vista desarrollada una carta del Egipto. Junto á él estaban Caffarelli, Fourrier y un intérprete. Dirigiéronle los diputados la palabra en italiano y le espusieron el objeto de su viaje.

Bonaparte se sonrió; iban á lisonjearle mejor que hubiera podido hacerlo el cortesano mas hábil. Su fama habia llegado al Asia y

por el Yemen á precederle á la India. Todavía ignoraba el poder de su nombre; dos pobres frailes acababan de caminar cien leguas por el desierto para hacerle conocer la estension de su dominio. Hizo sentar á los enviados, y mientras los servian el café, dictó al intérprete un *firman*. Este era el que los religiosos nos enseñaban y el cual aseguraba sus viajes y los trasportes de sus provisiones á través del desierto y por las ciudades.

Desde aquel dia los monges habian sido respetados; un dia el Nilo y el Mediterráneo volvieron á conducir la flota francesa del mismo modo que la habian llevado y los turcos recobraron su poder; volvieron á tomar los mamelucos las ciudades, los árabes guardaron el silencio; ni turcos, ni mamelucos, ni árabes no se atrevieron á violar el *firman* dado por su enemigo, de modo, que todavía hoy los frailes del Sinai, objeto de la veneracion de los árabes que los rodean, pueden recorrer el desierto solos y sin escolta bajo la salvaguardia de aquella firma mágica de Bonaparte, medio borrada por los religiosos besos de los descendientes de Ismael, que poco antes habian robado la gran caravana que volvia de la Meca y arrebató la hija de un rey para hacer de ella la concubina de algun gefe de tribu.

Aquella noche escuchó Bechara contra su costumbre, por mas que no comprendiese de la relacion del anciano cenobita mas que aquello que le indicaban sus gestos; pero habia observado la atencion que le prestamos todo el tiempo que aquella duró. Calculando, pues, que á la hora avanzada en que nos hallábamos seria necesario referir una historia muy interesante para borrar la impresion que aquella narracion habia producido, reconocí su impotencia, y disimulando la vergüenza de su derrota bajo una graciosa sonrisa de despedida, nos saludó y fué á tenderse sobre la arena á la puerta de nuestra tienda.

## II.

### EL VALLE DEL ESTRAVÍO.

Al dia siguiente, antes de separarse de nosotros, nos preguntaron los frailes si teníamos algunas cartas de recomendacion para su convento. Referimosles entonces que el dia de nuestra partida del Cairo ibamos á dirigirnos con aquel objeto á los frailes del convento griego cuando habiamos sido detenidos por la procesion nupcial, de modo, que habiamos salido confiados á nosotros mismos y contando con nuestra buena fisonomia para

que nos sirviera de pasaporte. A lo que nos respondieron los religiosos que si no los hubiésemos encontrado, las recomendaciones físicas en que descansábamos nos hubieran valido muy poco y ni aun siquiera hubiéramos entrado en el convento; pero podían ocurrir á aquel inconveniente ellos, y en cambio de nuestra hospitalidad darnos lo que nos faltaba, es decir, cartas de introducción, mediante las que seríamos perfectamente recibidos. Dimosles gracias á nuestra vez, bendiciendo á Moisés que nos habia reunido orilla de sus manantiales. Entonces escribieron algunas líneas en griego que guardamos con tanto cuidado como hacian ellos con el firman de Bonaparte.

Habíamos pasado una noche muy mala, el cansancio no es siempre un estímulo seguro para atraer el sueño: el nuestro iba acompañado de dolores sordos en todo el cuerpo, y en algunos sitios se habian fijado de un modo cierto y agudo. Al contrario de los caballeros homéricos del Ariosto y del Tasso, que eran divididos de alto á bajo, nosotros lo estábamos de abajo á arriba. A medida que el trote de nuestros dromedarios era un poco mas pronunciado, sentíamos una especie de estocadas invisibles en el interior que nos obligaban á hacer gestos de condenados. Para colmo de felicidad aquel día abandonamos la orilla del mar dejando para nuestro regreso el camino de Thor y volvimos á subir hacia el Oriente, de modo que nos daba el sol de frente; por otra parte el nuevo desierto en que entrábamos era mas seco y árido todavía, si posible era, que el anterior. La vasta llanura que se extendia ante nosotros estaba dividida por zonas que corrían de Este á Oeste como olas, y la arena en que nuestros *haghins* se hundían hasta la rodilla era movediza y blanquecina como cal pulverizada. A las nueve el viento se levantó; no un viento suave y fresco como el de nuestras llanuras, sino un verdadero viento del desierto cargado de átomos abrasadores, violentos y cálidos como la atmósfera de un volcan. Creyó Bechara que habia llegado el momento de dar un gran golpe; se colocó entre Mayer y yo, y para distraernos comenzó una canción árabe: era el elogio del *haghin*. He aquí su estrofa mas notable:

«Este corcel es tan corredor, que se creeria que el mercurio circula por sus venas. A la vista de sus formas elegantes y esbeltas, el antílope confuso baja modestamente los ojos, el soberbio leopardo quisiera cambiar por sus pies las formidables garras de que está armado. Semejante á la tierra siempre en equilibrio, en sus movimientos no menos rápido que el agua en los desbordados torrentes, igual al fuego en ardor, y al viento en ligereza.»

Desgraciadamente, el cantor, que no podia adivinar lo que por nosotros pasaba, hacia el

elogio del verdugo ante las víctimas, de modo que su triunfo fué menos que mediano. El panegirico del *haghin* en semejantes circunstancias, no podia menos de exasperarnos, y exasperándonos volvernó injustos para con él. Nada inclina á negar las buenas cualidades de una cosa tanto como el sufrimiento que causan los males. Tanto hubiera valido cantar el ardor del sol que se desplomaba sobre nuestras cabezas, la finura del polvo en que nadábamos, y la brillante monotonía del paisaje que nos rodeaba. En efecto, nos habíamos metido en uno de los onadís mas fatalmente célebres de la península; llámanle el Valle del Estravio, á causa de la movable arena que forma su suelo, y cuyos continuos cambios, sometidos al capricho del viento, quitan á la caravana toda seguridad acerca del camino. Estábamos rodeados de colinas de cuya cima se desprendía el viento como una gasa de polvo cuyo abrasador encage se extendía sobre nuestras cabezas, y que nos formaba horizontes de cien pasos de distancia; de modo que nos ahogábamos en aquellos torbellinos de arena como en crisoles hechos por la naturaleza. Al fin, cuando llegó la hora de hacer nuestra primera parada, colocaron los árabes nuestra tienda, y esperamos tener un momento de reposo; pero el viento áere y continuo que soplabá desde por la mañana, se llevó la tienda á los cinco minutos. Hizose una segunda tentativa sin mejor resultado; la arena, agitada sin cesar, no podia sujetar los palos, y aunque hubiese podido, eran las cuerdas demasiado débiles para contener la tienda; nos vimos obligados, pues, como los árabes, á resguardarnos á la sombra de nuestros dromedarios. Acababa de echarme al lado del mío, cuando Abdallah, que se entendía conmigo en todo lo concerniente á la comida, fué á decirme que lo era absolutamente imposible encender lumbre. La noticia no era en el fondo tan mala como creia el pobre diablo; no solo no teníamos gana, sino ni aun necesidad de comer; en aquel momento un vaso de agua dulce y fresca era todo lo que ambicionábamos; desgraciadamente la de que habíamos hecho provision en los manantiales de Moisés, estaba un poco salada; este defecto, unido al olor que la habian comunicado los pellejos, y al insoportable temple que habia adquirido durante el viage, la hacia completamente no potable. Quisimos beberla, pero su sabor nos detuvo.

En tanto continuaba el sol remontándose y estaba tan exactamente sobre nuestras cabezas, que los camellos no hacían sombra: me alejé pues algunos pasos de mi *haghin*, para librarme de aquel olor de animal montaráz, mucho mas fétido todavía con el calor; en seguida me eché en la arena, cubriéndome completamente con la manta de Bechara. A los diez minutos sentí que no podia ya soportar el calor en la parte espuesta al sol, y me volví del otro

lado; esperaba que al menos cuando estuviese asado ya no padecería: en dos horas que duró la parada no dormí un minuto, y no hice mas que dar vueltas bajo mi cubierta. En cuanto á mis compañeros, ignoraba completamente lo que era de ellos, no los veía, y hubiese sido para mí una excesiva fatiga preguntar por ellos: todo lo que sabia es que bajo mi manta, hacia yo conmigo mismo, como con una tortuga cocida en su misma concha.

Al fin nuestro suplicio cambió de modo de ser; fué casi un consuelo: Mohammed se llegó á advertirnos que era ya tiempo de ponernos en camino; me levanté. La arena que me habia servido de lecho estaba mojada como si hubieran vertido allí un pellejo.

Montámos en nuestros dromedarios, como condenados inertes y sin voluntad, sin cuidarnos del lado hácia donde íbamos, convencidos instintivamente de que era preciso ir adelante, y nada mas: únicamente me informé de si tendríamos agua fresca á la noche; Araballah que era el que estaba mas próximo á nosotros, me respondió que dormiríamos cerca de un pozo: era todo lo que yo queria saber.

Entretanto, el insomnio de la noche precedente, la falta de alimento, aquel estado de fusion continua en que habíamos entrado desde el Mokka, me daban un sueño invencible. Al principio le combatí con la idea del peligro: una caída de quince pies de elevacion, aunque fuese sobre la arena, no presentaba ningun atractivo; pero la idea de aquel peligro no tardó en ser puramente instintiva. Una alucinacion semejante á la que ya habia experimentado se apoderó de mí; tenia los ojos cerrados, y sin embargo, veía el sol, la arena y aun el aire: solo que cambiaban de color y adquirian matices estraños. Figurábame tambien que me hallaba en un buque, y que el mar vacilante daba vueltas en derredor nuestro. De repente soñé que me despertaba y que caía de lo alto de mi dromedario, continuando este su camino; queria gritar para llamar á mis compañeros, y la voz se ahogaba en mi garganta; los veía alejarse. Intenté levantarme y correr; pero no podia tenerme en pie sobre aquellas oleadas de arena, en que me hundia como en el agua hasta sumergirme. Probé entonces á nadar; pero habia olvidado los movimientos con cuya ayuda podia sostenerme. En medio de aquel loco desvario, pasaban por mi imaginacion veloces como el relámpago, seductores recuerdos de la infancia que hacia veinte años tenia olvidados. Oía el suave murmullo de una preciosa fuente que habia en el jardin de mi padre; me tendia á la sombra del castaño que plantó el dia de mi nacimiento. Esperimentaba entonces dos sensaciones completamente opuestas, y que no hubiera creído se pudiesen sentir á un tiempo: una facticia, que era la del agua y la sombra, otra real, la de la fatiga y la sed; y sin em-

bargo, se habian confundido de tal modo mis ideas, que no sabia cuál de las dos era un sueño. De pronto me despertó un violento dolor en el pecho y los riñones; era un golpe de los borrenes de la silla, que me advertian de que realmente empezaba á perder el equilibrio. Abrí los ojos con un estremecimiento de espanto: el jardin, la fuente, el castaño y su sombra, desaparecian como fantasmas; solo quedaban el sol, el viento, la arena, el desierto en fin.

Así trascurrieron muchas horas sin que pudiese calcular el tiempo con exactitud; sentí que el movimiento cesaba, salí al punto de mi somnolencia, y vi toda la caravana detenida y agrupada alrededor de Tonaleb; solo nosotros tres habíamos permanecido en el sitio donde á nuestros camellos habia agradado hacer alto. Dirigi mi vista á Taylor y Mayer, y estaban como yo encorvados bajo aquel calor; hice seña á Mohammed de que se acercara á mí, porque no tenia fuerzas para dirigirme á él, y le pregunté qué hacian nuestros árabes, y por qué miraban así á su rededor con aire indeciso. El Valle del Estravio acreditaba su nombre: á causa del viento y del movable horizonte que formaban las arenas no habian podido orientarse con toda seguridad, de modo que estábamos perdidos y nuestro Palinuro, dudando de sus conocimientos, apelaba á los de sus camaradas: por fin los pareceres estuvieron casi unánimes acerca de la direccion que se debía seguir; nos inclinamos un poco á la derecha, y nuestros camellos tomaron el mas magnifico galope. Un peligro real, el de estraviarnos y carecer de agua, habia espulsado de una manera mágica, y por una maravillosa fuerza de reaccion, todos los sueños fantásticos que me agitaban desde nuestra partida; acaso la disminucion del calor entraba por mucho en aquella resurreccion. Sin embargo, aun aquella misma disminucion era origen de una nueva inquietud: el sol descendia al horizonte, y una vez llegada la noche, me parecia que debía ser mas difícil de hallar el camino. Verdad es que habia estréllas; pero si el viento continuaba, no habia medio de verlas, á través de la nube de arena que rodaba sobre nuestras cabezas.

Despues de una hora de silencio, me atreví á preguntar si estábamos muy lejos del sitio donde debíamos acampar. «Allí» me dijo, tendiendo la mano hácia el horizonte, el árabe que galopaba junto á mí. Aquella palabra me volvió la vida; me pareció que tocaba á los pozos; por otra parte, el paso á que nuestros baghins nos llevaban, aunque fuese una distancia enorme, no podíamos tardar en llegar. Pasada una hora hice la misma pregunta á otro árabe que me dió la misma respuesta. Ahora estaba convencido de que decia verdad, porque en aquellas dos horas debíamos haber andado seis ó siete leguas. Aun trascurrió otra hora, y el sol desapareció con aquella rapidez

asombrosa que se observa en los climas orientales. Entonces fué Mr. Taylor el que á su vez preguntó si nos hallábamos todavía lejos del pozo, y Araballah, despues de haberse orientado, nos participó que aun emplearíamos dos horas largas antes de llegar. Habia cerrado la noche; nos aniquilaba la fatiga mas bien que la sed; hicimos presente que el género de muerte nos era indiferente, pero que no pensábamos ir mas lejos. Al punto Tonaleb silbó á los dromedarios; se arrodillaron, y nos dejamos caer mas bien que bajar al suelo.

Sin embargo, el mismo inconveniente que se habia presentado en la parada anterior se ofreció en esta: apenas se colocó nuestra tienda, una ráfaga de viento la arrancó del suelo, y fué preciso correr tras de ella como se corre en los puentes de París tras el sombrero. Ya se deja conocer que los árabes eran los que se entregaban á aquel ejercicio: por nosotros se hubiera vuelto la tienda á Suez sin hacer el mas minimo movimiento para detenerla. Por lo demas, aquel accidente era menos doloroso esta vez que la anterior. La noche trajo, sino fresco, al menos la terminacion de aquel calor ardiente que faltó poco para que me volviere loco. Abdallah, mas feliz que por la mañana, habia hallado un fragmento de roca al abrigo del cual estableció su cocina. Nos trajo nuestro arroz: tragamos algunos granos, poco mas ó menos lo que hubiera podido comer un mirlo ó un tordo; intentamos, sin poderlo conseguir, hacerlos pasar con una bocanada de agua; en seguida nos mojamos el rostro y las manos y nos dormimos.

Estaba en lo mas profundo del sueño, y habia perdido toda conciencia de mi posición cuando sentí que sacudian mi brazo. Me desperté al punto y en seguida pedí de beber. En respuesta de mi petición me pusieron el cuello de mi calabaza en la mano; la llevé á mi boca precipitadamente y tragué con una deliciosa sensacion una gran porcion de agua dulce y fresca. Como no separaban la calabaza despues de aquel primer ensayo, juzgué que podia disponer de ella enteramente y que habia agua para todos. Por tanto la vacié sin abandonarla y solo la volví al genio bienhechor que me la habia llevado hasta que estuve completamente seguro de que estaba vacía. Aquel genio era Bechara, que en cuanto vió instalado nuestro campamento habia montado en un dromedario, y solo, en medio de la noche, conducido por el instinto mas que por la vista, habia andado cuatro leguas al galope para ir á buscarnos aquella agua bienhechora al pozo á que no habíamos tenido valor de llegar.

Durante los cinco minutos que se pasaron antes que me volviere á dormir, me pareció que al ruido del viento se mezclaba otro desconocido hasta entonces; era como gemidos, gritos inarticulados, sollozos ahogados y lejanos, y pensé que continuaba bajo la impre-

sion de la alucinacion, y volví á caer en mi sueño, momentáneamente interrumpido, sin pedir ninguna esplicacion de aquel hecho. Al dia siguiente, al despertarme, no me acordaba mas que del episodio de la calabaza. Aquella noche de descanso, aquella agua fresca que habia caído sobre nosotros como un maná, la certidumbre de que nuestra calabaza estaba llena y de que no careceríamos de ella en todo el dia, nos habia vuelto las fuerzas; y al rayar el dia volvimos á montar en nuestros dromedarios, frescos, fuertes y listos. Desgraciadamente al primer paso que dieron observamos que aquella agua por milagrosa y restaurante que fuese no era la panacea universal.

Al salir el sol el paisaje habia cambiado de aspecto; durante nuestro camino de por la noche nos habíamos internado en una especie de cadena volcánica y estábamos rodeados de colinas peladas, estériles y raquiticas como las que se elevan al pie del monte Etna. Anduvimos una legua sobre aquel terreno desigual y en seguida entramos en una llanura de arena tan fina que se hubiese creído pasada por un tamiz. Hicimos alto dos horas mas pronto que de costumbre y pregunté la razon á Bechara, el cual me contestó que era para tener tiempo de elegir donde acampar. Esta respuesta me pareció singular no siendo costumbre en Tonaleb tomar ordinariamente tan minuciosas precauciones.

En efecto, se apearon nuestros árabes de sus camellos y se pusieron á buscar un sitio mirando atentamente al suelo; aquella manobra inusitada excitó de nuevo mi curiosidad, y me puse á buscar con ellos. Viendo que no encontraba nada, llamé á Bechara y le pregunté si podia decirme lo que buscábamos; que en cuanto al sitio, el que ocupábamos me parecia tan bueno como cualquier otro, y que no veia la razon de tomarnos tan gran trabajo. Señalome entonces sobre la arena huellas que yo no habia notado, precisamente á causa de su número: era tan extraordinario, que no se podia poner el pie sin pisar una de ellas; eran estas huellas de serpientes y lagartos, cuyos agujeros se veian de trecho en trecho abiertos como embudos. Los árabes reconocian en aquellos vestigios, no solo á los animales á que pertenecian, sino tambien su edad, su volumen, su fuerza, y lo que era mas extraordinario todavía, si eran de la vispera, de aquella mañana ó de momentos antes; me hicieron percibir aquellas huellas, y comprendí perfectamente su teoria, con la que al cabo de algunos dias tenia yo una práctica notable. Los lagartos, por ejemplo, dejaban la señal de sus cuatro uñas perfectamente impresa, y una rayita ondeada en el sitio donde habian puesto la cola; la serpiente que se arrolla en espiral para avanzar, deja huellas paralelas é interrumpidas en todas partes donde la circunferencia de sus anillos hace cambiar de direc-

cion la tangente que forma la arena; la gacela deja una huella ligera caprichosamente desigual, según que su carácter alegre la ha hecho caminar á brincos ó á escapes revoltosos. Resultaba de aquel exámen que el desierto que atravesábamos estaba habitado por una numerosa sociedad, pero sumamente mezclada, y si algunos de aquellos animales eran de una vista agradable, la mayoría constituía una compañía de muy mal gusto; felizmente nos libramos de ella por el temor.

Por la noche redobláronse las precauciones. Nos detuvimos á las cinco para tener tiempo de dar una batida. Uno de nuestros árabes persiguió á una serpiente, que mató de un sablazo antes que tuviera tiempo de morderle. Era gruesa como el puño, grosor completamente desproporcionado con su longitud, de dos pies á lo mas; lo cual, unido á su voluminosa cabeza, semejante á la de un perro, le daba un aspecto de lo mas repugnante.

La preocupación que nos causaban las serpientes y los reptiles, predominó aquella noche sobre todo lo demas. Apenas nos ocupamos del agua y del arroz que nos sirvió Abdallah, que hasta tal punto una poderosa distracción de la imaginación puede influir en las necesidades del cuerpo. Por mi parte dormí mal: me parecía continuamente que sentía deslizarse bajo mi alfombra uno de aquellos asquerosos reptiles redondos y cortos, que parecían gigantescas orugas. En medio de la noche oí aquel mismo extraño ruido que ya habia llamado mi atención en la anterior parada; sin embargo, imposible era ya en aquel momento atribuir aquellos gemidos y aquellos gritos y ahogados sollozos á los quejidos del viento perdidos en la inmensidad. Ni el menor sople de viento se sentía. Me levanté para preguntar á uno de los árabes acerca del fenómeno nocturno; pero dormían todos tan profundamente junto á los camellos, que no tuve valor para despertarlos; me volví á echar en mi alfombra. A los pocos momentos venció mi cansancio y me dormí hasta el día siguiente.

Continuamos la marcha antes de amanecer. Cuando salió el sol habíamos dejado la llanura de las serpientes y entrado en una *ouaddi*, nombre que dan los árabes á los mil valles que surcan la península del monte Sinai; á medida que avanzábamos, las colinas adquirirían mayores proporciones. No eran desigualdades volcánicas como las primeras que habíamos encontrado, sino verdaderas montañas calcinadas por el fuego. Veíamos á veces en las laderas anchos surcos de lava roja ó negra; no pudimos aproximarnos lo bastante para distinguir la causa de aquella diferencia de color en la materia, solidificada hacia siglos. De aquel valle pasamos á otro, cuya abertura, que tiene la forma de una V, está tallada en una montaña; aquellas paredes naturales, que van ensanchando, son completamente lisas y seguidas, como si dos hachas gigantescas las

hubiesen cortado de un solo golpe. Una de las paredes está cubierta de caracteres profundamente incrustados, que bien podría ser una de esas inscripciones de que habla Herodoto que Sesostris hizo grabar á su paso cuando volvió por el país de Ophir de su expedición al mar *Eritreo*. Preguntamos á nuestros árabes, pero ignoraban como nosotros la mano potente y victoriosa que habia dejado á su paso algunas líneas de su historia escritas en aquella página de granito.

Ya no era fácil estraviarse: cada montaña, cada pico, era una mira en que nuestro guía podia reconocer el camino. Tonaleb nos anunció á eso de las tres de la tarde que nos aproximábamos á un pozo. En efecto, los dromedarios, sumamente alegres, abandonando su aire de indiferencia para adquirir una expresión de sensualismo, levantaban de vez en cuando la cabeza, y parecía que olfateaban de lejos su frescura. Al volver una montaña, partieron por sí mismos al galope, y trascurridos diez minutos de una velocísima carrera, llegamos á una excavación como de veinte pies de diámetro, á la que se bajaba por una pendiente suavizada por lo mucho que era frecuentada. Al aproximarnos, una nube de mosquitos tan espesa que parecía humo, huyó dejando libre el paso; al punto nuestros haghins, desmintiendo su reputación de frugalidad, se precipitaron, á pesar de nuestros esfuerzos, en el agua, que en vano queríamos, en nuestra cualidad de bipedos, conservar para nosotros, é inundados de sudor como estaban se lavaron del polvo y arena que les cubría; de modo que cuando quisimos beber, el manantial estaba cubierto de pelos, y tenía ojos como el caldo; además, el fango removido con los pies habia subido á la superficie. Le dejamos posarse, pero fué inútil: el agua habia conservado un olor insoportable de animal montaráz, que la hacia casi no potable á cualquiera que no fuese amigo íntimo; así los árabes no sintieron ninguna repugnancia, y bebieron de aquella agua como si ningún accidente hubiese alterado su pureza.

Es raro que alguna familia beduina y aun alguna tribu entera no habite en las inmediaciones de estos pozos; lo que hace en la Arabia el oficio de ladrón tan cómodo y poco cansado. Los industriales del desierto no tienen mas que emboscarse en las inmediaciones de los manantiales y las fuentes, y están seguros de que todos los peregrinos que por allí pasen se verán obligados á ir á apagar su sed en sus aguas. Con varitas fuertes untadas en liga consistente, se cogieran allí los viajeros á la manera de gorriónes.

Como Tonaleb habia elegido aquel sitio para nuestra estación de la noche, y conocia perfectamente los peligros y ventajas de tal campamento, envió á Bechara y Araballah de descubierta. Volvieron al cabo de una media hora, anunciando que una tribu de beduinos

pastores estaba acampada como á distancia de media legua de nosotros. Apenas acababan de hablar apareció un árabe conduciendo un carnero. Dió Bechara algunos pasos para salir á su encuentro, y entonces comenzó el saludo del desierto entre aquellos dos hombres; este saludo es el mismo que en todas partes y siempre; Bechara fué quien comenzó:

- ¡Salud para tí!
- ¡Cien veces para tí, salud!
- ¿Sigues bien?
- Sigo bien.
- ¿Y tu muger?
- Muy bien.
- Y tu familia?
- Muy bien.
- ¿Y tus criados?
- Muy bien.
- ¿Y tu dromedario?
- Muy bien.
- ¿Y tus rebaños?
- Muy bien.

Entonces Bechara tendió la mano al extranjero; al estrecharse cambiaron las señales de una especie de masonería del desierto; y al punto fué el extranjero el que recitó la série de preguntas dirigiéndoselas á Bechara, el cual respondió exáctamente del mismo modo.

Aquel saludo extraordinariamente prolongado, como se ve, parecerá al habitante de las ciudades una singular intemperancia del lenguaje; pero preciso es decir en honor del mutismo oriental, que una vez terminada aquella conversacion, dos verdaderos creyentes darian la vuelta al mundo sin dirigirse mas la palabra. Citaré un ejemplo de esa discrecion que viene en apoyo de lo que digo. Un célebre poeta de Bagdad oyó alabar tanto á uno de sus colegas de Damasco, que resolvió hacer un viage allá para juzgar por sí mismo si su rival merecia la reputacion que gozaba. Púsose, pues, en camino y despues de dos meses de viage, llegó á su casa. Despues de los saludos de costumbre, le espuso el objeto de su visita. El habitante de Damasco tomó entonces el manuscrito de una historia que iba á escribir y leyó algunos fragmentos de ella á su huésped. Este le oyó en silencio; despues, cuando hubo acabado le dijo:—Sois el mas grande escritor en prosa.—En seguida se levantó sin querer detenerse mas tiempo, montó en su dromedario y emprendió otra vez el camino de Bagdad. A poco tiempo de esto el ciudadano de Damasco creyó que á su vez estaba en el deber de volver á su colega de Bagdad la visita que de él habia recibido. En consecuencia, se puso en camino, y empleando el mismo tiempo llegó á la morada del Aristarco que le habia dado ya su parecer acerca de su prosa. Este le recibió silencioso, pero como á un antiguo conocido, le hizo sentar y se preparó á escucharle, porque el recien llegado, por no hacer malgastar los momentos

á su huésped, acababa de sacar del bolsillo poesias manuscritas recientemente terminadas y de las que leyó al punto algunos trozos. Su huésped le escuchó con tanta atencion como habia hecho en Damasco, y terminada la lectura, dijo únicamente, continuando su frase suspendida seis meses hacia: «Y en verso.» Despues de lo que se separaron sin dirigirse una palabra mas.

Llevaba el árabe el carnero para vender, lo cual nos agradó sobremanera: hacia seis ú ocho dias que no habiamos comido carne fresca. Le pusimos en ajuste, pero el árabe no quiso dejarle en menos de cinco francos. Tuvo que confesar Bechara que era muy caro, y que su compatriota abusaba de nuestra posicion, posible era: no obstante se cerró el trato con gran satisfaccion de ambas partes.

Hubo al momento alegría y regocijo en la caravana, porque no comeriamos el animalejo. Todos pusieron manos en la obra, esperando cada uno trabajar mucho para sí, trabajando un poco para nosotros: los unos se dirigieron á donde se hallaba la tribu á buscar repuesto de leña, comenzando á agotarse la nuestra; los otros degollaron el carnero y trazaron con su sangre grandes cruces sobre nuestros camellos, á fin de conjurar el mal de ojo, y hacer al dia siguiente con aquella señal ante las tribus que encontrásemos, honor al generoso gefe de la caravana, que no habia retrocedido ante el coste de semejante festin. Entretanto volvieron los leñadorés cargados de leña y de diferentes ingredientes que nos faltaban. Encendieron un gran fuego; despues de presidir aquello, me volví hácia el carnero; Bechara que habia destronado á Abdallah, y le habia quitado interinamente el cuchillo de cocina, habia abierto y vaciado el vientre del animal y se le rellenaba de dátiles, pasas, manteca, mermelada de albaricoques, arroz y plantas aromáticas. Terminado aquella especie de trufado, le volvió á coser con mucho cuidado la piel, y en seguida, separando los pedazos de leña encendidos, le colocó en el centro de la hoguera y lo cubrió de ceniza y brasas, como se hace con una castaña ó una manzana; pero aproximó la leña encendida, á fin de que el círculo inflamado rodease el centro con un complemento de calor. Pasados algunos instantes, sacaron el carnero de aquel brasero y le dieron vuelta; en fin, al cabo de una hora próximamente, el cocinero, juzgando ya en punto su asado, le sacó del fuego, y le sirvió en una enorme hortera. Ocupamos nuestro puesto al rededor, é invitamos á que se sentaran junto á nosotros, para honrarles de aquel modo y que nos dieran al mismo tiempo una leccion sobre el modo de comer aquel manjar homérico, á Tonaleb, Bechara y Araballah. Tonaleb sacó con gravedad su puñal, abrió el vientre de un solo golpe, metió en él la mano derecha, y sacó un puñado de aque-

lla composicion macedónica fragante de que le habían rellenado con gran estrañeza nuestra; en seguida la acercó á nuestra nariz para hacernos gozar por el olfato antes de llevarlo á su boca. En tanto la abertura del carnero humeaba como la boca de un cráter; no me detuve aquello y siguiendo el ejemplo de Tonaleb, metí tambien mi mano: desgraciadamente nuestro cutis no era de la misma naturaleza: no bien cogí mi puñado de alimento, senti que me quemaba horrorosamente. Le llevé apresuradamente á mi boca para desocupar la mano, y lo tragué sin sacarlo gusto para desocupar la boca; de modo que de un mismo golpe me quemé la mano, la lengua y el estómago. Permaneci un momento inmóvil, y con los ojos cerrados para pasar el dolor. Al fin se apagó el fuego interior, y sali del paso con la quemadura de la mano y del paladar. Mi ejemplo enseñó á los demas, y por medio de algunas precauciones, libraron con pocas quemaduras.

Quando recobré bastante sangre fria para examinar la continuacion de la operacion, ví que Tonaleb se disponia á pasar del ataque interior al exterior. Con grande admiracion mia, volvió á meterse el puñal en el cinto como un muelle que ya es inútil, é hincando las uñas en la parte superior de una costilla, lo mas cerca posible de la columna vertebral, separó la carne del hueso, con tanta habilidad como hubiera podido hacerlo el mas diestro cortador; llegó despues Bechara, hincó la uña en la costilla inmediata, y sacaron la carne siguiendo el mismo método y con la misma delicadeza; en seguida Araballah, que probó que era digno de sus predecesores: hicimos tambien nuestro ensayo, pero desde luego nos persuadimos que era preciso renunciar á aquel medio si queriamos sacar nuestro contingente: recurrimos, pues, á nuestros puñales, y nos servimos tan bien de ellos, que al fin sacamos excelente partido: cuando ya lo juzgamos bastante, pasamos la hortera á Mohammed, Abdallah y los doce árabes, quienes se arrojaron sobre la armazon y se pusieron á tirar cada uno de su lado; de modo, que á los veinte minutos no quedó ya mas que un blanco esqueleto, limpio y liso como el marfil, completamente digno de colocarse en un gabinete de anatomía comparada.

La alegría de los convidados no tuvo límites. Púsose Bechara á cantar, con un tono lento y cadencioso, versos de un poeta árabe llamado Bedr-Ebn-Din. Era una especie de invocacion á la noche dividida en estrofas; una de ellas dará una idea de la poesía entera:

La noche es manantial intermitente;  
De ellas el bien ó el mal el hombre saca.  
Pasa por él la vida sin notarlo,  
Y unas á otras aquellas se suceden.  
¿Es infeliz? eternas le parecen.  
¿Es feliz? cree muy corta aun la mas larga.

Esos versos eran acompañados por los gestos de los árabes que repetian el ritornello á coro. A la última estancia se oyó un nuevo quejido. Era el ruido lejano que yo habia oído las dos noches anteriores, semejante al principio al murmullo del viento, pero que aproximándose tomaba un carácter estraño y lúgubre: empezaban oyéndose como gemidos lejanos y sordos, en medio de los que se percibian al punto lamentaciones lentas y dolorosas, interrumpidas por sollozos prolongados y gritos penetrantes y terribles. Se hubiera dicho que eran gritos de mugeres y de niños á quienes degollaban. Confieso que se apoderó de mí un terror profundo. Creí que era atacado el khan vecino y que oia los gritos de agonía de los moribundos. Llamé á Bechara.

—¡Ah! me dijo, ¿son esos los gritos que os inquietan? no es nada. El viento ha llevado el olor de nuestro carnero y le ha espachado á nuestro alrededor, y por eso los chacales y las hienas vienen á pedirnos su parte. Pero felizmente no queda ya mas que el esqueleto. No tardareis en oírlos todavia mejor, y no solo los oireis con mas claridad, sino que añadiendo algunos trozos de leña al fuego podreis verlos correr cerca de nosotros.

Seguí el consejo de Bechara, por dos razones: la primera porque sabia que el fuego aleja los animales feroces; la segunda porque en último resultado no sentiria conocer á los nuevos personajes con quienes teniamos que habérnoslas. En efecto, no bien hubo bastante llama para iluminar un circuito de sesenta pasos, vimos al extremo de la claridad en la penumbra, apareciendo para desaparecer y desapareciendo para volver á aparecer otra vez, á los ejecutantes del concierto que hacia tres noches me preocupaba de tal manera. En aquel momento daban vueltas á nuestro alrededor á tiro de escopeta, aullando de tal manera, que se hubiese dicho se escitaban mutuamente para atacarnos, haciendo punta tan avanzados en el círculo iluminado, que no solo distinguíamos los chacales de las hienas, sino que veíamos erizarse las cerdas del lomo de las últimas. No teniamos mas que pistolas, sables y puñales, y confieso que la idea de combatir cuerpo á cuerpo con semejantes adversarios, me agradaba poco. Llamé por tanto á mi amigo Bechara para preguntarle qué deberiamos hacer en caso de un asalto. Mas me respondió que no habia ningun peligro de ello, y que nuestros enemigos se mantendrian siempre á una distancia respetuosa del campo, mientras que por el contrario, si hubiese junto á nosotros un cadáver, fuera de hombre ó de animal, nada les detendria, y en este caso lo mejor que habria que hacer seria arrojarse á alguna distancia y abandonarsele, con lo que nos dejarian tranquilos. Pensé en el desventurado carnero que habiamos diseccionado, y volví mis ojos hácia él. Pero me tranquilicé al ver que no era ya un cadáver, sino

un esqueleto. Se me ocurrió por un momento la idea de arrojarse tal como estaba; pero me detuvo el temor de que lo tomaran como una chanza de mal género, y que nos pidiesen cuenta de ella.

En cuanto á los árabes, aquella circunstancia parecía serles completamente indiferente. Hicieron todos sus ligeros preparativos para pasar la noche; en seguida se tumbaron fraternalmente como de costumbre al lado de sus camellos. Solo uno quedó colocado de centinela y continuó velando, mucho mas á mi parecer por los vecinos de dos pies que por los rondadores de cuatro patas.

Nosotros volvimos á entrar en nuestra tienda, y nos tendimos sobre nuestras alfombras. Todavía por algun tiempo conversamos acompañados por aquella música infernal; por último, la fatiga venció á la inquietud, se cerraron nuestros ojos á pesar nuestro, y nos dormimos con tan profundo sueño, como si hubiésemos sido arrullados por una serenata ó una sinfonía.

### III.

#### EL CONVENTO DEL SINAI.

La jornada del dia siguiente fué una de las mas malas que habíamos hecho: el camino estaba cubierto de multitud de guijarros lisos que formaban un lecho movable, sobre el que se escurrian á cada paso los pies de los dromedarios. Entrábamos en las gargantas inmediatas al Sinai, y el calor aumentaba todavía con el reflejo del sol en las peladas montañas por cuya falda íbamos. Jamás la parada habia sido tan vivamente descada; así apenas llegamos á ella, nos echamos bajo nuestra tienda. Por la primera vez desataron los árabes las cubiertas de sus dromedarios para procurarse un abrigo sosteniéndolas con sus largas lanzas. Los mismos camellos, esos infatigables corredores del desierto, parecia que sentian la dura influencia de aquella jornada. Alargaban lánguidamente el cuello, y escavaban la arena con sus hocicos para buscar bajo la primera capa la frescura que faltaba en la superficie. Sin embargo, por mas necesidad que tuviésemos de descanso, la parada fué corta. Era preciso marchar temprano para llegar antes de la noche, á fin de elegir sitio donde acampar. Entrábamos en la region de las serpientes, de los lagartos y demas reptiles.

No se sentia un soplo de aire, el calor era sofocante, las horas parecian eternas, las preguntas acerca de la distancia que habia que recorrer eran siempre eludidas por la famosa res-

puesta: *Alli está*, acompañada del correspondiente gesto. La lengua se pegaba al paladar, y los rayos del sol que nos daba de frente nos quemaban el rostro. Este fué el momento que eligió Bechara para dar á su canto una estension y un tono desconocido hasta entonces para nosotros. Parecia por lo demas que aquella infernal temperatura escitaba la alegría en los árabes, porque un coro general contestó á su primera estrofa, y se repetia exactamente en todas las demas. Nada conozco que canse mas que la música armoniosa cuando se tiene mal humor; se comprende, pues, cómo debia alterar mis nervios aquella algarrabia que oíamos. Eso me hubiera sucedido si con la sed, la fatiga y el calor que experimentaba hubiera podido en una magnífica butaca de los Italianos oír el duo de la *Sonnámbula* ó la cabatina de *Don Juan*. Júzguese, pues, que no seria oír encaramado á quince pies de altura en una silla de madera y con el troté del camello una ária de Bechara y un coro de beduinos. Sin embargo, era yo demasiado atento para imponer silencio á los melómanos, quienes por otra parte parecia que encontraban tan agradable su concierto que hubiese sido un cargo de conciencia desengañarlos. Aproveché una pausa para pedir á Bechara la traducción de los versos que cantaba.

—Hé aquí, me respondió describiendo con el brazo un semicírculo que abrazaba toda la comarca que teníamos á nuestra vista, hé aquí nuestro país; nuestra tribu está allí; vamos á volver á ver á nuestra familia, nuestras mugeres y nuestros hermanos.

En seguida volvió á entonar su cancion de saludo á la patria, y á cada ritornelo, repetido por los árabes, los dromedarios, como si hubiesen tenido tambien hermanos, mugeres y una familia, saltaban igualmente de alegría como los collados de la Escritura. Aquella alegría general fué interrumpida por el árabe que marchaba á la cabeza. Arrojó un grito, estendió su lanza hácia el horizonte. Siguiéron nuestras miradas la direccion indicada, y vimos un punto negro al otro extremo del valle. Tonaleb hizo una seña, y Araballah se lanzó á todo el galope de su dromedario, el cual le llevó con tan maravillosa rapidez que fué empuñándose por momentos, y á los diez minutos parecia un segundo punto de la misma direccion que el que le habia llamado la atencion. No tardamos en verlos ir aumentándose en proporciones á medida que se aproximaban al volver. Como nosotros íbamos andando para salirles al encuentro, nos hallamos á muy poco tiempo con ellos. El nuevo llegado era un árabe de la tribu, que yendo de Obéid, en el Kordofan, habia costado el rio Blanco, que se cree ser una de las fuentes del Nilo, atravesado la Nubia, seguido las costas del mar Rojo, y el cual, antes de ir al Cairo, á donde iba encargado de una mision que hubiese hecho honor á un filántropo europeo, habia que-

rido volver á ver su familia de la que se habia separado hacia diez y ocho meses. La vispera habia partido del campamento de Onaleb, y por la mañana habia hecho alto en el sitio donde debíamos detenernos á la noche. Cuando estuve al corriente de aquellos defectuosos detalles, pensé que á nadie mejor que al viajero podía dirigirme para obtener las noticias que deseaba, y que podia dárme las mas exactas que nadie; en consecuencia me aproximé á él, y llamando en mi ayuda todo mi repertorio árabe, que empezaba á tener alguna estension, le pregunté:

—¿Está muy lejos de aquí la parada?

—Dios lo sabe, me respondió.

Ví que me dirigía á un fatalista, y resolví ir á parar á mi objeto dando un diestro rodeo.

—¿Cuánto tiempo has empleado, continué, para venir de allí aquí?

—El que Dios ha querido.

No me dí por derrotado, y repliqué:

—¿Llegaremos antes de la noche?

—Si Dios lo permite.

—Pero en fin, esclamé impacientado, ¿llegaremos de aquí á una hora?

A esta pregunta empezó á contraerse su rostro con una sonrisa de admiración como si lo que acababa de decirle fuera monstruoso é impracticable. Mas bien pronto, arrepintiéndose de aquel movimiento de duda que podia ofender la omnipotencia de Allah, su rostro volvió á adquirir toda gravedad, y respondió con la espresion de aquella fé que trasporta las montañas:

—Dios es grande.

—Eh! ¿y quién diablo duda de ello? esclamé fuera de mí. No se trata de eso. Escúchame bien: te pregunto si el lugar donde vamos á acampar está lejos ó no.

Entonces estendió el brazo derecho en la direccion á que marchábamos y me dió la respuesta sacramental:

—Allí está.

Convencime ya entonces que daba vueltas en un círculo vicioso, y encontrándole suficientemente estenso, resolví no agrandar lo con nuevas preguntas. En cuanto al árabe, gozoso por haber encontrado camaradas, volvió con nosotros, dejando para el día siguiente el continuar su camino. Tres horas después, llegamos.

El primer aspecto de las localidades nos ofrecia al menos un blando lecho: la arena, de un color rojizo, era de una finura y limpieza extremas; ni una piedra, ni una concha alteraba la uniformidad de su superficie. Desgraciadamente estas cualidades notables habian sido apreciadas por huéspedes con los que ningun deseo teníamos de partir el lecho: no se podia dar un paso sin encontrar huellas de lagartos y serpientes, y se cruzaban aquellas señales en tanto número que se hubiese dicho se habia tendido sobre la llanura

una red de irregulares mallas. La noche nos sorprendió sin que hubiésemos podido encontrar un terreno virgen; forzoso nos fué entonces elegir al acaso y entregarnos en manos de la Providencia. Plantaron los árabes nuestra tienda, estendimos en ella las alfombras, á riesgo de cubrir con ellas algun agujero de lagarto ó serpiente, eventualidad la mas espuesta á peligros, porque el reptil, sea procurando salir de su madriguera, ó queriendo volver á entrar en ella, ataca ordinariamente el obstáculo, cualquiera que sea, que le obstruye el agujero.

La cena fué triste; el dia, como hemos dicho, habia sido uno de los mas trabajosos que habíamos sufrido. No tenia gran confianza en el descanso de la noche; resolví, por lo demas, para no tener nada que reprenderme, hacer la última visita alrededor de nuestra tienda, y estaba ocupado en ello, con el cuerpo medio encorvado y los ojos fijos en la arena, cuando Bechara que me veia vagar de aquí para allí como alma en pena, creyó que era de su deber distraerme de aquella ocupacion, y se acercó á mí. Le pregunté si debíamos juzgar aquella patria que él habia saludado con cantos tan melodiosos, por el aspecto que ofrecia desde la primera noche. Bechara me respondió que al dia siguiente apreciaria por mí mismo el mérito de su pais; y respondiéndome á mi pregunta con otra pregunta, me dijo si la Francia valia tanto como la península del Sinai. Jamás pregunta alguna podia hacerse con mas oportunidad, para que despertase en el fondo de mi corazon las impresiones del pais natal, tan poderosas y sagradas, especialmente en suelo extranjero. Llamé entonces en mi ayuda todos los recuerdos de la Francia, de la que todos los sitios se presentaban á mi memoria rodeados de una poesia que no habia notado en ellos cuando los habia recorrido, y que me parecian tener ahora que estaba alejado de ellos. Le hablé de la Normandia con sus escarpadas costas, su inmenso y borrascoso Océano y sus góticas catedrales; de la Bretaña, antigua patria de los druidas, con sus bosques de encinas, sus montes de granito y sus baladas populares; el Mediodia, de que los romanos habian hecho su querida provincia, tan digna la juzgaban de ser considerada al igual de la Italia, y donde dejaron esos monumentos gigantes que rivalizan con los de Roma; en fin, del Delfinado, con sus azuladas montañas y valles de esmeraldas, en la tradicion poética de sus siete maravillas, y sus fantásticas cascadas pintadas con los colores del arco iris, cuyo hermosísimo murmullo y deliciosa frescura, jamás sentí tanto me faltaran como en aquel momento. Bechara escuchaba mi descripcion con un aire de duda cada vez mas creciente; al fin no pudo contener su admiracion, y vi estaba convencido de que en mi cualidad de pintor, me habia entregado libremente á los caprichos de mi imaginacion

en aquellos cuadros que acababa de bosquejarle. Le pregunté, pues, qué hallaba de extraordinario é increíble en mi relacion; reconcentróse él en sí mismo, y pasado un momento de silencio: «Escucha!» me respondió.

—Allah creó la tierra cuadrada y cubierta de piedras. Terminada esta primera obra, bajó con los ángeles, se colocó, como sabes, en la cima del Sinai, que es el centro del mundo, y trazó un gran círculo cuya circunferencia tocaba en los cuatro lados del cuadrado. Mandó entonces á los ángeles arrojasen todas las piedras á los ángulos que correspondian á los cuatro puntos cardinales. Los ángeles obedecieron, y cuando el círculo estuvo limpio, se lo dió á los árabes que son sus hijos predilectos, y en seguida denominó á los cuatro ángulos Francia, Italia, Inglaterra y Rusia. Ya ves que la Francia no puede ser tal como tú dices.

Respeté el sentimiento que habia dictado la respuesta de Bechara, por poco atenta que fuese para mí, y me abstuve de responder. Solo si me pareció sumamente curioso que fuese precisamente en la Arabia Petrea donde haya nacido semejante tradicion. Bechara me creyó vencido, y como enemigo generoso respetó mi derrota.

Nos aproximamos al círculo de los árabes, porque no tenia ningun desco de dormir. Aquel á quien habiamos encontrado durante la jornada hacia el gasto de la conversacion, y Bechara, entre los demas derechos de la hospitalidad, le habia cedido el de la palabra. Referia una larga historia de la que nada comprendí por el momento, pero que Bechara me narró en seguida.

Malek, este era el nombre del árabe, se hallaba en el Cairo cuando un viagero inglés pidió un guia que subiese por el Nilo con él, y le condujese hasta las orillas del rio Blanco. Ofrecióse él, á pesar de que pasado Philoe desconocia el camino tanto como aquel á quien se encargaba de dirigir. Pero el árabe nada ignora, porque donde termina el saber humano su fé coloca siempre el poder de Dios. En efecto, asi que llegó á la Etiopia, confesó francamente al viagero que creia prudente asociarse á algunos naturales del país. El inglés conoció fácilmente que Malek habia presumido demasiado de sus conocimientos geográficos; pero como se habia mostrado en todo el camino como guia complaciente y fiel servidor, le conservó para que le sirviera de intermediario con sus nuevos compañeros. Malek acompañó, pues, al europeo hasta las montañas de la Luna. Una vez allí, tuvo deseo el europeo de continuar su viaje á través de la Abisinia; pero Malek no habia hecho su contrato sino para conducirlo hasta las orillas de Bahr-el-Abiad, ó rio Blanco, y manifestó al inglés su deseo de volverse con su tribu. Era esto muy justo para que pudiera dar lugar á contestaciones. El viagero pagó el doble de lo

que habia prometido, y dió su permiso á Malek para volverse, el cual compró un camello, y se volvió como acostumbra los árabes, no siguiendo camino alguno, guiándose por las estrellas del cielo. Asi llegó á Kordofan, que atravesó en toda su longitud, ya vivaqueando con su dromedario, y como él careciendo de agua y alimento, ya pidiendo hospitalidad en alguna pobre choza de negros, en las que no encontraba nunca, con gran admiracion suya, mas que ancianos tocando ya al sepulcro ó niños que acababan de dejar la cuna. En las fronteras septentrionales de aquel estado, y á dos jornadas de Obeid, su capital, si se puede dar este nombre á un confuso hacinamiento de miserables viviendas, recibió hospitalidad en una cabaña habitada, como de costumbre, por un anciano negro y un niño. El niño y el anciano lloraban, aquel llamando á su madre, éste á su hija. El anciano negro reconoció á Malek por un árabe del Bajo Egipto, y le refirió su historia. De su narracion citó algunos detalles que no carecerán acaso de interés, acerca de las poblaciones del interior de Africa, tan desconocidas antes de nuestra época.

Todos los años se desborda el Nilo y fertiliza el Egipto, y por mas que Dios ha hecho ese milagro para un pueblo entero, solo el pachá es el que se aprovecha de él. Las mieses de sus fértiles riberas son para él, desde Damietta hasta Elefantina. Pero mas allá viven tribus nómadas é independientes, cuya única riqueza, como las de los antiguos reyes pastores, consiste en sus rebaños. Las mas próximas son las de los negros del Darfour y del Kordofan, y el pachá, dirigiendo sus ojos hácia ellos, ha pensado mas de una vez en probarles que formaban parte de su imperio, imponiéndoles contribuciones de sangre, en vez de los tributos de mieses y dinero que le pagan sus súbditos del Delta y el Bajo Egipto. Cuando ha tomado semejante resolucion, lo cual sucede cada tres ó cuatro años, envia un regimiento de caballeria y algunas compañías de infanteria al Kordofan, y comienza entonces una caza semejante á la de los reyes de la India contra los elefantes, leones y tigres. Fórmase un gran círculo, que va estrechando gradualmente, y del que forma el centro un punto convenido, generalmente una montaña. Mujeres, niños, ancianos, hombres, animales, todos retroceden ante aquel círculo de muerte que los rodea; al fin, como aquellos animales feroces del Cabul y del Decan, que se encuentran reunidos, á pesar de la diferencia de sus razas, en algun bosque, ó acorraladas en alguna ribera, todas esas diferentes poblaciones se encuentran impulsadas contra la base, los flancos ó la cima de una montaña, que cubren con una alfombra movable, y que hacen resonar con gritos lanzados en veinte idiomas distintos. Da principio entonces una de esas escenas de desolacion de que no se puede tener ninguna idea en nuestra Europa, y que se

encuentran en la Biblia cuando Nabouzardan, general de Nabucodonosor, se lleva cautivos los hebreos á Babilonia. Cada individuo de aquel pueblo obra entonces segun su carácter. Aquellos que piensan defender todavía su vida, luchan y se hacen matar; los que desesperan, se precipitan en el abismo; los débiles de cuerpo y de espíritu, se ocultan como reptiles en el fondo de sus cavernas, de donde el humo les obligará á salir bien pronto. Todo lo que es bueno para vender, todo el que puede ser un siervo ó un soldado, una esclava ó una querida, se toma como presa, es escogida, apareada á la manera de animales de carga, conducida en rebaños á las orillas del Nilo, y van á poblar los bazares del Cairo, de Suez y Alejandría, ó á aumentar los ejércitos del virrey. No quedan mas que los ancianos que para nada sirven, y los niños, que cinco años despues serán buenos para algo. Toda la generacion intermedia ha desaparecido en un dia, como en los tiempos en que Jehová, para castigar á los perseguidores de su pueblo, hacia que los primogénitos del Egipto, desde el de Pharaon, que se sentaba en el trono, hasta el de la sierva que movia la piedra del molino, desapareciesen.

Ahora bien, aquel hombre y aquel niño en cuya casa se habia acogido Malek, era un padre y un hijo que en la primera campaña habian perdido, el uno su hija, el otro su madre. En cuanto al marido habia defendido á su familia hasta el último extremo, y viendo que no podia salvarla se habia precipitado desde lo alto de una roca; la hija habia sido llevada como esclava; el anciano padre y el niño habian quedado abandonados como capturas inútiles.

Entonces el anciano habia partido; habia recorrido la cadena de montañas que se estiende del Darfour al mar Rojo; habia atravesado el Bahr-el-Abiad, y habia llegado á Senar en las orillas del rio Azul. Allí, encorvado todo el dia en la ribera del rio, habia por espacio de seis meses buscado por la arena el polvo del oro que está mezclada con ella; despues habia cambiado una parte de él por plumas de avestruz y habia vuelto á Kordofan bastante rico para rescatar á su hija. Pero sus fuerzas agotadas por el viage á Senar le habian faltado para hacer el del Cairo, y estaba tendido en la cabaña llorando sobre su inútil riqueza, cuando Malek habia llegado á pedirle hospitalidad. El anciano le habia referido sus desgracias, y Malek le habia dicho: «Mi tribu habita la península del Sinai: el Sinai está ocho jornadas del Cairo; dame tus plumas de avestruz y tu polvo de oro que yo iré al Cairo á rescatar á tu hija.»

Y cuando nosotros le encontramos, Malek cumplia el sagrado compromiso que habia contraido en cambio de la hospitalidad que recibiera.

La caravana de esclavos así arrebatada al

Kordofan y al Darfour, sigue las orillas del rio Blanco hasta el lugar en que desemboca en el Nilo; llegados allí, como el rio al internarse hácia el Norte forma un semicírculo de ciento cincuenta leguas próximamente, los temibles pastores de aquel rebaño de hombres juzgan inútil seguir su ribera. Todo aquel tropel de ginetes, infantes y prisioneros se preparan á atravesar las setenta leguas del desierto que se estiende desde Alfai, donde se separa del Nilo, hasta Kortí donde se vuelve á encontrar; toman viveres para ocho dias, llenan los odres y se lanzan á través de aquel mar de arena caldeado por el sol del trópico. Una vez puesta en marcha, nada detiene ya á la caravana; la necesidad la impele dejando tras de sí los dos demonios del desierto, la sed y el hambre; camina mientras dura el dia como las olas ante la tempestad. Los enfermos caen y nadie se detiene á levantarlos; las madres que no tienen fuerza para llevar á sus hijos, se tienden junto á ellos y quedan allí, las hienas y los chacales siguen de lejos la caravana, como los lobos seguian el ejército de Atila; todas las noches se detiene en una antigua estacion que se reconoce por sus huesos, y todas las mañanas vuelven á partir dejando algunos cadáveres que aumentan el osario. En fin, despues de ocho dias de marcha, ó mas bien de carrera, toda aquella gente llega rendida, anhelante, disminuida en una tercera parte, y algunas veces á la mitad, á Kortí ó á Dongolah donde vuelven á encontrar el Nilo, que siguen entonces sin interrupcion hasta el Cairo. Sucede algunas veces tambien que el simoun se levanta como un gigante, se desprende sobre la caravana agitando sus olas de fuego, y amos y esclavos desaparecen en las arenas nubias, como en otro tiempo el ejército de Cambises en las soledades de Ammon. En vano espera entonces el pachá, soldados y prisioneros; el tiempo pasa, se informa, pero su noticia se ha perdido, su huella se ha borrado, y han desaparecido como un solo hombre bajo cuyos pies hubiera faltado la tierra de repente.

No sé si estas relaciones pueden conmover al ciudadano que las escucha en su ciudad y al rincon de su hogar; pero sé que en el desierto, cuando se ha sufrido todo un dia de calor, de sed y de hambre, cuando se ven levantar en el horizonte esas oleadas de arena que el soplo del kamsin puede hacer rodar sobre nosotros, cuando se oye al rededor el salvaje concierto de las hienas y los chacales, tienen una influencia suprema y solemne. Para mí su influencia unida al temor de los reptiles me proporcionó una de las noches de insomnio de las mas malas que he pasado; felizmente debiamos llegar al dia siguiente al Sinai, y aquella esperanza era un bálsamo para todas nuestras fatigas, un calmante para todos nuestros dolores.

Al despertarnos saludamos á un sol magnífico que nos prometia un dia hermoso; pero abrasador. Continuamos nuestro camino por medio de la arenosa llanura por donde nos habiamos internado, y en seguida entramos en esos *ouaddi* pedregosos de montañas volcánizadas y paredes graníticas á lo largo de las que se deslizaban los rayos del sol como cascadas de luz. De antemano nos causaba espanto nuestra parada del medio dia en medio de semejante horno, cuando á una revuelta de aquel vallado nos detuvimos mudos de sorpresa y admiracion. Las montañas mas magníficas por su colorido y forma se dibujaban ante nosotros en su severa desnudez destacándose sobre un cielo azul claro. Era aquello la realidad, el teatro de las grandes escenas que refiere el Exodo. Aquellas masas de granito eran efectivamente dignas de ser elegidas por Dios para su trono, y la voz del Señor no podia encontrar, á mi parecer, en todo el mundo un lugar mas severo y mas solemne en donde dar á Moisés las Leyes que debian regir á su pueblo, y ante aquella naturaleza muda, árida y desolada, donde ni una huella de vegetacion se ve en aquellas rocas estériles, los israelitas debieron comprender que no tenian que esperar socorro mas que del cielo, ni poner su esperanza mas que en Dios. En medio de aquel paisaje primitivo era donde los árabes, admiradores como todos los pueblos salvages de los grandes espectáculos de la naturaleza, habian elegido su patria. Aquel horizonte que se desarrollaba á nuestros ojos era el que saludaban cada vez que salía y siempre que se ponía el sol. Así, impresionados como nosotros al aspecto de aquel panorama grandioso y enterrecidos además por el regreso á la patria, cesaron de hacer ruido y de conversar; la caravana, despues de un instante de reposo, entregada á la sorpresa, volvió á emprender su camino, callada y retraida, mientras que nuestros dromedarios, tomando por sí mismos un paso mas veloz, nos indicaban que no eran mas insensibles que sus amos al amor patrio. Despues de cinco horas de marcha por aquel espléndido desierto vimos al otro lado de un barranco el campamento de la tribu de Onaleb-Saide.

Las tiendas eran numerosas y formaban un gran círculo. Algunas, mas elevadas, pertenecian á los cheiks, todas estaban contiguas, y un solo paso practicado por la separacion de dos de ellas formaba la entrada del campamento. Aquellas tiendas no tenian la forma de las nuestras: se componian de largas piezas de un tejido de lana y pelo de camello, á rayas blancas y grises, tendidas sobre cañas, y sostenidas trasversalmente por pies de madera. Los dos extremos de aquella tela, despues de formar un techo cuadrado, volvian á caer por ambos lados á tierra, y alli estaban sujetas por grandes piedras colocadas en las pun-

tas. Las tiendas de los cheiks, que ya hemos dicho eran mayores que las demas, estaban formadas por el mismo modelo; solo si, de una caña colocada trasversalmente, colgaba una tela que cayendo hasta el suelo, dividia la tienda en dos habitaciones. Así que nos divisaron, vimos salir de las tiendas seres en cuyo rostro se pintaba la agitacion; mas al punto el campo entero, habiendo reconocido á sus hermanos que volvian, se lanzaron á nuestro encuentro dando gritos de alegría y produciendo unos sonidos semejantes á los que habiamos oido en la procesion nupcial del Cairo. Las mugeres se adelantaban á la cabeza con los niños, y ya nos felicitábamos de poder examinarlas de cerca, cuando de repente emprendieron la fuga. Habian reconocido nazarenos en la caravana. Por su parte nuestros hombres no hicieron una señal para detenerlas, de suerte, que á los pocos momentos las vimos precipitarse de tropel en el campamento, y desaparecer bajo sus respectivas tiendas, como abejas asustadas que vuelven á entrar en sus colmenas. Los ancianos, los guerreros y los niños quedaron solos. En pocos minutos llegamos á donde estaban, y nuestros dromedarios se arrodillaron sin esperar la señal de Tonaleb.

Nos presentaron á los ancianos de la tribu, los cuales nos hicieron entrar en la tienda que tenia aspecto mas bonito; era la de Tonaleb. Nuestro gefe nos hizo con suma bondad los honores de ella, haciéndonos sentar, y sentándose él mismo junto á nosotros con los mas notables de sus compañeros. Pasáronse algunos instantes en disfrutar del fresco de la sombra, y trajeron un plato de madera lleno de una crema de una blancura tan extraordinaria, que solo con verla producía una sensacion de frescura agradable. Me volví hácia Abdallah, señalándole con los ojos aquel maravilloso plato; pero respondió á mi mirada con un gesto de desden que atribuí al desprecio que le inspiraban las preparaciones rústicas de la tribu de Onaleb-Saide, comparadas con la ciencia culinaria que habia él estudiado en la capital. Despues de algunas ceremonias que me parecieron demasiado largas, tanto deseo tenia de aquella crema, se decidió Mr Taylor á meter la mano en la hortería, tomó un puñado de crema y lo llevó á su boca; sin embargo, con grande admiracion mia, no vi, despues de haberla probado, que manifestase ninguna señal de satisfaccion; verdad es que no por eso dejó de acabar el liquido que quedaba en el hueco de su mano, con una fisonomía tranquila en la apariencia, pero en la que me pareció reconocer mas bien la fuerza de voluntad de un hombre dueño de sí mismo que la satisfaccion de un sediento convidado que encuentra al fin algo con que refrescar su paladar. Aprovechando entonces aquella prudente lentitud árabe que en las ocasiones solemnes emplea un intervalo de

algunos segundos entre cada frase, movimiento ó accion, pregunté á Mr Taylor cómo encontraba la bucólica bebida que acababan de presentarnos.

—Esto, me respondió con una perfecta filosofía, no se parece á nada de lo que conoceis; probad, es muy extraño.

Esta respuesta me causó alguna desconfianza; pero tranquilizado por la apetitosa apariencia de aquella malaventurada crema, meti la mano á mi vez, y llevándola á mi boca tragué todo lo que podia contener de una vez. La sorpresa fué horrible, y no tan buen diplomático como mi amigo, la descubri al instante, no solo por la espresion de mi rostro, sino tambien con mis palabras. Pedí agua á gritos, y me trajeron al punto una calabaza llena que tragué sin poder quitarme el gusto que me habia dejado aquella infame preparacion. Pedí por señas otra, y la gasté, la mitad como la primera, y lo demas en enjuagarme la boca. Abdallah, en quien se fijó mi estraviada vista por casualidad mientras yo me entregaba á aquel ejercicio, me miraba como un hombre que habia previsto perfectamente lo que acababa de suceder, pero que no habia querido privarse de aquel agradable espectáculo.

Componiase aquel plato, como supe despues, de queso hecho de leche de camella, de aceite y cebollas cortadas en pedazos del tamaño de guisantes, batida esa mezcla, todavía le añadian algunos ingredientes tan homogéneos como los dichos, y de aquella impura mezcla resultaba el veneno que nos habian servido. Por lo demas, nuestra repugnancia era completamente europea á lo que pareció, porque apenas Mayer hizo, con el mismo resultado, el ensayo que me fué tan funesto, se arrojaron los árabes sobre la hortera, y comieron con delicia aquella preparacion, que me hizo aborrecer la leche para todo el viage.

Mientras despachaban ellos aquel primer plato, examinaba yo con curiosidad el interior de una de aquellas tiendas que no han sufrido alteracion desde Abraham, y cuya tradicion ha trasportado Ismael desde la tierra de Canaan al centro de la Arabia Petrea. Seguia yo pues con la vista una de aquellas rayas grises formadas con la lana de las ovejas negras, cuando me pareció ver á través de la tela una hoja de puñal. Pasó cortando la lana en una longitud de dos pulgadas próximamente, y en seguida desapareció; dos dedos finos y delgados cuyas uñas estaban pintadas de encarnado la reemplazaron, separando los bordes de la tela que la hoja acababa de separar, y un ojo negro y brillante apareció entre los dos dedos; eran las mugeres árabes, que deseosas de ver á los nazarenos, y no queriendo sin embargo ser vistas por ellos, no habian encontrado mejor medio de satisfacer su curiosidad sin desobedecer la ley, que practicar

aquella aberturita en la que se sucedia otro ojo cada cinco minutos, en todo el tiempo que permanecimos sentados bajo la tienda de Tonaleb.

En tanto, y mientras aquellas mugeres nos examinaban á su placer, sus maridos habian hecho desaparecer la crema de aceite y cebollas que nos presentaron para empezar. Siguió á esta un enorme plato de arroz; pero ahora, instruido ya por la esperiencia, no lo probé sino tomando algunas precauciones necesarias. Este nuevo plato tenia al menos la ventaja de no tener sabor alguno, ni bueno ni malo; estaba cocido en agua, y si no era una apetitosa golosina para el paladar, al menos no repugnaba al estómago.

Terminada la comida, pensamos en pagar nuestra hospitalidad con regalos. Llevábamos algunos pañuelos de colores vivos y variados, que distribuimos á los muchachos árabes. Estaban estos completamente desnudos, y llevaban al cuello, colgado de una trenza de crin, un cascabel, cuyo uso pregunté. Supe entonces que por la noche, cuando la tribu va á entregarse al reposo, hacen entrar en el recinto primero á los dromedarios, despues á los carneros y por último los niños. Cuentan cada rebaño, siguiendo el órden que le asigna su importancia, y si algun niño falta al llamamiento, los padres van en su busca llamando y escuchando. A falta de la voz, el ruido del cascabel los guia, el niño estraviado ó fugitivo es encontrado ó cogido, y llevado al campamento, que no se cierra hasta que se ha reconocido perfectamente que no falta ninguna cabeza.

Por lo demas, aquellos niños, por pequeños que fuesen, tenian una maravillosa destreza para hacerse al instante adornos ó trages con los pañuelos que les dábamos. Los colocaban en forma de turbante alrededor de su cabeza, se improvisaban un faldellin, ó los dejaban colgar en forma de mantos, y casi siempre aquellos adornos eran de mucho gusto. Bosquejé algunos, muy abstraídos en su alegría para advertir que yo sacaba su retrato, el cual en otras circunstancias no se hubieran decidido fácilmente á dejármele sacar.

Nuestros guias, en agradecimiento de nuestro buen proceder para con ellos, ó acaso tambien para prolongar algunas horas nuestra parada en la tribu, querian añadir á la leche y al arroz el *harouf machi*, ó el carnero asado en la brasa. Rehusamos estoicamente, por mas que sin contradiccion era el mejor plato de la comida árabe. Nos hallábamos á pocas horas de camino del Sinai. Teniamos prisa de llegar allá, y para hacerlo antes de la noche no podiamos perder tiempo.

Las despedidas se hicieron con la dignidad árabe. Por otra parte, ahora la separacion no era larga. Nuestra escolta, que no podia entrar en el convento, se volvía en la misma noche. Montamos en nuestros dromedarios sin dete-

nernos mucho, y á la media hora entráramos en el oasis de Santa Catalina que conduce al pie del Sinaí. El camino es montuoso, difícil y escarpado; pero llegáramos al fin, y aquella idea allanaba el camino, le embellecía, suavizaba las pendientes. El mismo sol, aunque abrasador, parecía agradable y mucho mejor el sufrirlo que la vispera. Sin embargo, hacia dos horas que seguíamos aquel áspero camino, y á pesar de la influencia moral comenzáramos á sentir una fatiga física real, cuando al volver tras una enorme roca que nos ocultaba el horizonte, nos encontramos al pie de la montaña de Santa Catalina, elevada como una reina por encima de las inmediatas. Sobrepujándola toda su cima ostentábase á la izquierda el magnífico Sinaí, y á la vertiente oriental del monte sagrado, como á la tercera parte de su altura, se nos presentaba el convento, inespugnable fortaleza edificada en forma cuadrilátera irregular, y por el lado Norte un vasto jardín, que se estiende en descenso á lo largo de la última colina, uniendo la montaña al valle, rodeado de paredes menos altas que las del convento, pero no obstante al abrigo de un golpe de mano, alegrando con el ramaje de los árboles la vista no acostumbrada al verdor.

El Sinaí es el punto culminante de la cadena de montañas que se elevan como la espina dorsal de la península, y que termina caprichosamente y de un modo rápido en el mar Rojo, donde se pierden sus últimas puntas de granito en una arena dorada.

En el momento en que llegáramos á las paredes del jardín, que se elevan por encima del sendero, un árabe ricamente vestido pasó junto á nosotros, nos dirigió un saludo á que contestamos, y se aproximó á Tonaleb, con el cual cambió algunas palabras; en seguida continuó su camino siguiendo el de donde veníamos. Continuamos entonces á lo largo de las interminables tapias del jardín, á cuya sombra encontráramos de trecho en trecho miscrables beduinos desnudos ó andrajosos, atraídos por la vecindad del monasterio, y viviendo así de la caridad de los frailes, como los pobres á la puerta de nuestras iglesias, viven de la limosna de los fieles.

Al fin, á las paredes del jardín sucedieron las del convento; despues de inauditas fatigas, tocáramos en el puerto que la devoción de los cristianos ha sabido conservar á los viajeros en aquel océano de arena y en medio de aquellas rocas de granito. Esta era nuestra tierra prometida, y dudo que los israelitas desearan mas vivamente la suya que nosotros esta.

No obstante, una simple ojeada me convenció de que no habíamos llegado al término del camino. Veíamos si, una pared, pero en aquella pared en vano buscáramos una puerta. Sin embargo, á la mitad de aquella fachada, que daba frente á Oriente, Tonaleb, con

gran sorpresa nuestra, dió la señal del alto silbando á los camellos. Arrodilláronse estos como de costumbre, buscando la sombra que las altas paredes proyectaban ante ellos. Detuvimosnos, pues, á pesar de no comprender la causa de aquel alto. En el mismo instante una ventana abrigada por un cobertizo, se abrió, y un monge griego, vestido de negro, cubierta la cabeza con un sombrero redondo sin alas, sacó la cabeza con precaucion, á fin de examinar qué especie de gentes éramos. Separáramos de los árabes y nos aproximamos á la ventana, elevada treinta pies próximamente, y dirigiéndonos al portero, le dijimos que éramos franceses, y que veníamos del Cairo para visitar el convento. Nos preguntó si teníamos cartas del sucursal. Le enseñamos entonces las que nos habian dado en las fuentes de Moisés los dos frailes que nos habíamos encontrado. Al punto bajó una cuerda; este era el correo del convento. Atamos á ella nuestras cartas, y la subió. El fraile las cogió y desapareció con ellas.

No sabíamos lo que aquellas cartas contenian: no habíamos podido leerlas, estando escritas en griego moderno; además, ignoráramos la posición de los que nos las habian dado, y si su recomendacion era bastante poderosa para abrirnos la puerta de la santa fortaleza. Adivinase, pues, cuán largo nos pareció el cuarto de hora que se pasó sin que viésemos volver al guardian, que se había llevado consigo nuestra última esperanza. ¿Qué íbamos á hacer si aquellas cartas eran insuficientes, y si nos negaban la entrada? Volver al Cairo despues de haber andado cien leguas á través del desierto para no contemplar mas que las paredes del convento, por mas pintoresco que fuese, era una desagradable perspectiva. Nos miráramos, pues, los unos á los otros con un aire bastante desconsolado, cuando la ventana se volvió á abrir, y se acercaron á ella los monges para mirarnos unos despues de otros. Estudiamos al punto el modo de dar á nuestras fisonomías el aspecto mas simpático posible. Al parecer conseguimos inspirarles una confianza completa, porque despues de una corta conferencia que dos padres, al parecer de autoridad en la comunidad, tuvieron, bajó la cuerda de nuevo, pero ahora adiconada con un ganeho. Nuestros árabes descargaron al punto nuestros camellos. Aquella cuerda iba á buscar los equipages, los cuales, sin que todavía se tratase para nada de nosotros, comenzaron su ascension, y desaparecieron sucesivamente, devorados por aquella boca abierta en medio de la pared. Pedimos á Bechara la esplicacion de aquella estraña conducta, pero nos dijo que era el modo de proceder de los frailes, que empleaban aquel medio por tembr de una sorpresa, pero que despues de la ascension de nuestros equipages, nos llegaría el turno inmediatamente. En efecto, subido el último paquete,





Monges del convento de Santa Catalina.—Pág. 71.—S.

permaneció un instante la cuerda invisible; en seguida volvió á aparecer con un palo atado de través á su extremo: esta era nuestra silla.

Bechara nos esplicó entonces una cosa que ignorábamos completamente, y es que el convento del Sinai no tiene puerta. Los frailes han creído que debían tomar esta precaucion, por mas que presentase algunos inconvenientes, á fin de estar siempre al abrigo de una sorpresa. Ibamos, pues, á tomar el camino de nuestras maletas: era el mismo que los buenos padres seguían y que nos era preciso adoptar, á menos que los frailes se decidiesen á hacer con nosotros lo que los troyanos hicieron con el caballo de madera, lo cual no era probable. Nuestra comitiva no podia acompañarnos al interior del convento, debiendo volverse con su tribu. Nos despedimos de Tonal-b, de Bechara y todos los demas, despues de convenir con ellos que en la mañana del octavo dia volverían á recogerlos, segun lo contratado, para conducirnos otra vez al Cairo. Mientras arreglaba yo esto con nuestros guías, Mr. Taylor, solicitaba y obtenia la entrada de Abdallah y Mohammed en el convento.

Sca interés ó curiosidad, no quisieron dejarnos nuestros árabes hasta que verificáramos la ascension. Mayer, en su cualidad de oficial de marina, nos enseñó el camino. Subióse en el palo como los revocadores que se mecen en las calles de Paris sobre las cabezas de los transeuntes, y luego en cuanto hizo señal de que podia empezar la ceremonia, se elevó magestuosamente por los aires; llegando á la altura de la ventana, un robusto lego le atrajo á sí como habia hecho con nuestras maletas, y le puso en lugar seguro. Seguimos su ejemplo, no sin alguna inquietud por mi parte, lo confieso, y llegamos á buen puerto; Abdallah y Mohammed nos siguieron.

Tonaleb, así que vió entrar al último de nosotros, dió á su vez la señal de marcha, y toda la caravana, despues de habernos saludado de viva voz y con las manos, volvió á partir al galope de sus dromedarios.

#### IV.

### EL MONTE OREB.

Fuimos recibidos perfectamente por los padres. Uno de los dos frailes á quienes habíamos encontrado en las fuentes de Moisés, precisamente el que nos habia dado las cartas, era el superior, y su recomendacion por tanto muy eficaz.

Condujéronnos al punto á tres celdas in-

mediatas muy limpias y con divanes forrados de alfombra de un bonito dibujo; nos dejaron en ellas el tiempo necesario para arreglar nuestro trage, durante el que nos llevaron café y agua; pocos minutos despues nos avisaron acababan de servirnos una colacion. Pasamos á una habitacion donde encontramos puesta una mesa, y en ella arroz con leche, huevos, almendras, dulces, queso de camella y aguardiente de dátiles hecho en el convento, y que con agua componia una agradable bebida. Pero lo que mas nos entusiasmó de aquella suntuosidad, fué el pan tierno, verdadero pan como no le habíamos comido hacia catorce dias.

Al fin de la comida entró toda la comunidad en nuestro refectorio. Los amables padres iban á felicitarnos por nuestra llegada y ponerse á nuestras órdenes para todo lo que pudiésemos desear. Aunque estábamos estremadamente cansados, pedimos permiso para visitar el convento; nuestra impaciencia podia mas que la fatiga. Uno de los padres echó á andar delante de nosotros, y en el mismo instante nos pusimos en camino.

El convento puesto bajo la invocacion de Santa Catalina, se parece á una pequeña ciudad fortificada de la edad media; contiene próximamente sesenta frailes y trescientos criados ocupados en todos los trabajos de la casa, y en los mas penosos todavia del jardin. Cada uno tiene su ocupacion peculiar en aquella pequeña república; llama la atencion desde luego al recorrer el convento el órden y la estremada limpieza que allí reina. Por todas partes el agua, primera necesidad de los habitantes de la Arabia, sale cristalina y fresca, y por todas las blancas paredes trepa y se estiende un emparrado que alegra la vista con su verde feston.

La iglesia es una construccion romana; data de la época de transicion entre el género bizantino y el gótico. Es una basilica terminada por una bóveda de una época mas antigua que el resto del edificio, y cuyas paredes están cubiertas de los mosaicos del gusto de Santa Sofia de Constantinopla y Montereal de Sicilia. Una doble hilera de columnas de mármol coronadas de chapiteles, pesadas en su forma y raras en su ornamentacion, sostienen arcos de gran estension, encima de los que se abren pequeñas ventanas poco distantes de la bóveda, ó mas bien del techo de madera de cedro esculpido enriquecido con molduras de oro. Los adornos del altar, de una riqueza estremada y muy numerosos, son casi todos de origen ó de forma rusa. Las paredes inferiores están cubiertas de mármol que los religiosos nos aseguraron provenia de Santa Sofia; el coro que divide la iglesia en dos partes, es de mármol rojo; un Santo Cristo de una dimension colosal, termina su parte superior, y ¡cosa estraña! ese género de adorno que forma el principal carácter del arte bizantino, se

ve hasta en la cruz donde está clavado Nuestro Señor; esta cruz es dorada y está enriquecida con esculturas muy finas y caprichosas en forma de ángulos y cuadrados.

Los mosaicos que hay en la bóveda representan á Moisés hiriendo la roca para hacer salir las aguas, y el mismo Moisés ante la zarza ardiendo. La bóveda está edificada en un lugar santo y el altar colocado en el sitio mismo en que Moisés, mientras guardaba los rebaños de su suegro, habiéndose acercado á reconocer la zarza ardiendo, oyó la voz de Dios que le llamaba desde ella y le dijo:

«Moisés, Moisés.

»Y Moisés le respondió: héme aquí.

»Y Dios añadió: No os aproximéis aquí; quitaos el calzado de vuestros pies porque el sitio en que os halláis es una tierra santa.

»Y añadió: yo soy el Dios de vuestros padres, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, y el Dios de Jacob.»

Moisés se ocultó el rostro porque no se atrevía á mirar á Dios.

«El Señor dijo: He visto la aflicción de mi pueblo que está en Egipto; he oído el grito que ha arrojado á causa de la dureza de los que tienen la dirección de los trabajos.

»Y sabiendo cuál es su dolor, he bajado para librarle de las manos de los egipcios, y para hacerle pasar de esta tierra á una tierra buena y estensa, á una tierra por donde corren arroyos de leche y miel, al país de los canaueos, de los heteos, de los amorreos, de los ferezeos, de los gergeseos, de los heveos y de los jebuseos.

»El grito de los hijos de Israel ha llegado pues hasta mí; he visto la aflicción, y de qué manera viven esclavos y oprimidos en la tierra de Egipto.

»Mas venid, y yo os enviaré á Faraon, á fin de que saqueis de sus manos á los hijos de Israel, que es mi pueblo.»

Examinada la bóveda en todos sus detalles, pasamos á las sacristías y á las capillas laterales. Por todas partes están cubiertas las paredes con cuadros del bajo imperio, de una particularidad chocante, pero llenos de grandeza y elevación.

Al salir de la iglesia nos detuvimos para admirar las puertas. Están divididas en cuadros, cada uno de cuyos tableros encierra un esmalte perfectamente conservado y un dibujo acabado. En seguida los monges nos condujeron á la mezquita, porque el convento griego, en señal de servidumbre, ha sido obligado á levantar en el recinto de sus sagradas murallas una fábrica turca: este es el sello del firman que le permite ejercer, en aquella tierra musulmana el culto cristiano. Los padres nos hicieron observar que estaba ruínosa y abandonada; pero tal como está, basta al orgullo mahometano, y disgusta y humilla á los pobres cenobitas mas de lo que puede espresarse.

La biblioteca á donde se nos condujo en seguida, contiene una multitud de manuscritos que jamás abren los frailes, y cuyo valor nunca se llegará á conocer hasta que algun jóven ilustrado de Europa vaya á encerrarse por espacio de uno ó dos años entre sus empolvados estantes. Algunos tienen relieves de madera con arabescos de plata. Un Nuevo Testamento que nos enseñaron, está, si se ha de dar crédito á la tradición, enteramente escrito de mano del emperador Teodosio; está adornado con las figuras de los cuatro evangelistas, una lámina de Jesucristo, y algunas pinturas que representan las principales escenas del Evangelio.

Visitamos en seguida unas despues de otras, veinte y cinco capillitas que están en diferentes sitios del convento; todas son notables por su riqueza de ornamentacion y por el carácter bizantino de las pinturas que cubren sus paredes. Despues nos llevó nuestro guía á un subterráneo abovedado que tiene una bajada muy suave; cuando llegó al fin abrió una puerta de hierro, y bajamos al jardín.

El jardín es una maravilla de paciencia y trabajo. Ha sido necesario llevar de Egipto sobre dromedarios la tierra vegetal tomada á la orilla del rio y estenderla por las laderas de granito de la montaña en un espesor bastante profundo para que el tronco de los árboles corpulentos pueda echar raíces; dirigiendo las aguas de lluvia, ha sido preciso formar un sistema de riego para contrarestar la abrasadora actividad del sol; en fin, dedicarse á un trabajo de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos, para conservar las delicadas plantas bajo aquel clima de fuego en que el cielo parece una lámina de hierro enrojecida. Verdad es que como en remotos dias se diría que Dios habla todavía á sus fieles con la voz de los milagros. Los mas hermosos árboles y los mejores frutos que he visto jamás son la recompensa de aquellos trabajos, para los que al principio ciertamente debieron tener mas fé que esperanza; las uvas sobre todo recuerdan las que los enviados de Israel llevaron de la tierra prometida; un racimo que cortamos de la cepa que le sostenia pesaba diez y ocho libras.

Continuamos nuestro paseo bajo los fragantes naranjos, cuyos perfumes y sombra nos parecian mas deliciosos todavía recordando las paradas de las jornadas abrasadoras de los dias anteriores; á través de sus ramas, delicioso abrigo de verdura para viajeros que hacia tanto tiempo no tenian otra cosa que nos resguardara que la débil tela de una tienda, se veía un cielo en cuya superficie se estendian algunos rayos rosados del sol que se ponía, y haciéndonos estremecer á cada momento como si temiésemos sngañarnos, oíamos el murmullo de una fuente que manaba de alguna piedra. Preciso es haber vivido en el desierto pa-

ra comprender cuanto alegría á los ojos y al oído ver árboles y oír el murmullo del agua, aspecto y ruidos tan frecuentes en nuestra Europa, y que no se comprende cuando no se ha habitado mas que en ella que puedan hacer latir nuestros corazones algun dia tan vulgares goces.

A la estremidad de aquel Edem, encontramos á Mohammed y Abdallah en conversacion animada con el jardinero. Apenas nos vió se acercó á nosotros diciendo:

—Buenos dias, camaradas.

Estas tres palabras de nuestro propio idioma resonaron á nuestro alrededor como un eco lejano y delicioso de la patria. Nos apresuramos á responderle en el mismo idioma; pero ¡ay! toda la ciencia del pobre jardinero se limitaba á aquellas palabras. Era un cosaco que habia estado en 1844 en la toma de Paris y que durante la ocupacion habia aprendido algunas palabras francesas que olvidó despues, no acordándose mas que de las palabras sacramentales con que nos habia saludado; de vuelta á la Tartaria rusa, su maestro, cristiano griego muy celoso, le habia enviado al convento del Sinai, donde residia hacia unos diez años.

Venia entretanto la noche con rapidez; volvimos á entrar por la puerta de hierro que protege aquella parte del convento contra los ataques de los árabes, y por la primera vez desde mucho tiempo hacia dormimos con un sueño que no vino á turbar, ni el huracan, las serpientes, ni los feroces conciertos de los chacales y hienas.

Al dia siguiente nos levantamos con el sol, debiamos subir el Sinai y visitar todos los lugares consagrados por Moisés. Dirigimonos, pues, guiados por uno de los buenos padres que quiso hacernos este favor, no hacia la puerta, sino hacia la ventana; montamos en el palo como habiamos hecho la víspera: el cabrestante giró suavemente en sentido inverso, y á los cinco minutos nos encontramos todos cuatro al pie de la muralla. Al punto la cuerda volvió á subir y entrando por la ventana, interrumpió de nuevo toda comunicacion entre el desierto y el convento.

El monte Oreb es una eminencia del Sinai, cuya cima está oculta de modo que desde el llano no se la puede ver. Tomamos por una especie de rambla que tenia grandes baldosas de forma regular llevadas por los monges, y que formaban en otro tiempo una escalera cómoda por la que se subia hasta la cima de la montaña santa. Hoy esta escalera está deteriorada por las aguas de la lluvia, que se precipitan en torrentes en los dias de tempestad, y sus baldosas rotas por las piedras que de tiempo en tiempo ruedan de la montaña al valle. A la tercera parte del camino, como á la mitad de la escalera, en el momento en que se va á dejar el monte Oreb para pasar al Sinai, se ve, á la manera de un marco que

contuviera una parte del cielo, una puerta en forma de arco, y sobre la piedra que compone la cúpula de su bóveda, una cruz á la que va unida una tradicion que goza de gran crédito entre los frailes. Segun ellos, un judío que habia salido del convento para subir al Sinai se encontró con el impedimento de una cruz de hierro, que, elevada en aquel sitio, le cerraba obstinadamente el paso, presentándose hacia cualquier lado que intentase avanzar; el judío, asustado por aquel prodigio, cayó de rodillas suplicando al fraile que le acompañaba le bautizase.

La ceremonia santa se verificó en el mismo sitio, en las orillas y con el agua del barranco. Este milagro dió lugar á una costumbre caída hoy en desuso. En otro tiempo uno de los frailes del convento estaba constantemente en oracion junto á aquella puerta, y los peregrinos, antes de pasar adelante y de pisar la montaña á que Moisés no se habia atrevido á aproximarse sino con los pies descalzos, hacian una confesion general y recibian la absolucion de sus pecados.

En todo el camino vimos serpientes que á nuestra aproximacion volvian á meterse en las hendiduras de las rocas y gruesos lagartos verdes, que, enderezándose sobre sus patas, se apoyaban en las colas y nos miraban al pasar dando muestras mas bien del deseo de atacarnos que de intencion de huir. Estos reptiles son estrañamente repugnantes; su cuerpo tiene la transparencia del cristal, y de su pecho cuelgan dos pechos de esfinge. Díjase que eran esos animales fabulosos, cuya raza ha desaparecido en nuestros dias. Por lo demas, se nos habia prevenido en el convento nos proveyésemos de palos, y habiamos seguido el consejo, porque la mordedura de aquellos animales es siempre dolorosa y algunas veces mortal.

Muy pronto llegamos á una capilla construida sobre la roca en la que el profeta Elias permaneció cuarenta dias. Es un edificio de forma griega con un altar cuadrado en el centro del círculo de la cúpula. Al rededor del altar hay unas gradas de piedra. Dos ó tres pinturas adornan aquella pequeña estacion. A ciento cincuenta pasos próximamente se eleva un magnífico ciprés; es el único árbol de su especie que ha resistido á aquel clima devorador. Tres olivos que en otro tiempo crecian junto á él han muerto y no han sido reemplazados. Desde aquella pequeña plataforma, destinada por la naturaleza para formar un descanso, se distingue la cima del Sinai así como la cúpula de la mezquita que la coronaba.

Empezamos á trepar la montaña, que á medida que se eleva se hace su acceso mas difícil, y llegamos muy pronto á la roca desde donde Moisés, dominando el llano de Raphidin estendia las manos hacia el cielo durante la batalla que Josué daba á Amalek.

«Entretanto Amalek llegó á Raphidín, á combatir contra Israel.

«Y Moisés dijo á Josué:—Elegid hombres, é id á combatir contra Amalek. Mañana estaré yo en lo alto de la colina, teniendo en la mano la vara de Dios.»

«Josué hizo lo que Moisés le había dicho y combatió contra Amalek. Pero Moisés, Aaron, y Hur subieron á lo alto de la colina.

«Y cuando Moisés tenía las manos elevadas, Israel era victorioso; pero cuando las bajaba un poco, Amalek llevaba la ventaja.

«Mas los brazos de Moisés sentían el cansancio y la pesadez: y por eso cogieron una piedra, y habiéndosela puesto debajo, se sentó, y Aaron y Hur le sostenían las manos por ambos lados; así, sus brazos no se cansaron hasta ponerse el sol.

«Josué puso, pues, en fuga á Amalek y mandó pasar á cuchillo á todo su pueblo.»

Al fin, después de cinco horas de una trabajosa subida, llegamos á la cima del Sinaí, y permanecemos un momento inmóviles y absortos ante el magnífico panorama que se desarrollaba á nuestros ojos, que tanto abunda en esos recuerdos bíblicos, tan llenos todavía después de tres mil años, de grandeza y poesía.

El aire puro y trasparente permitía ver los objetos á una distancia prodigiosa. Hacia el Mediodía, frente á nosotros, el extremo de la península, terminada por el Raz-Mohammed, que va á perderse y ocultarse en el mar sobre el que aparecen las islas de los Piratas blancas y pálidas como nieblas flotantes en la superficie del agua; á la derecha, las montañas de Africa; á la izquierda las llanuras de la Arabia desierta; á nuestros pies la llanura de Raphidín, y todo alrededor un caos de montañas agrupadas en la base del gigante que las domina, y que á lo lejos parece un mar de granito de inmóviles olas.

Luego que nos hicimos cargo de aquel vasto conjunto, pasamos á los detalles. Sobre aquella cima fué donde tuvo lugar entre Dios y Moisés una conferencia, á consecuencia de la que el legislador volvió á bajar á donde estaba su pueblo, coronada su frente con dos rayos de luz.

«Subió en seguida Moisés para hablar á Dios, porque el Señor le llamó de lo alto de la montaña, y le dijo:—He aquí lo que direis á la casa de Jacob, y lo que anunciareis á los hijos de Israel:

«Vosotros mismos habeis visto lo que he hecho con los egipcios, y de que modo os he llevado como el águila lleva á sus polluelos y os he elegido para mí.

«Si escuchais, pues, mi voz y conservais mi alianza, sereis los únicos entre todos los pueblos á quienes poseeré como á mi bien propio, porque toda la tierra es mía.

«Sereis mi reino, y un reino consagrado por el sacerdocio. Sereis la nacion san-

ta, esto es lo que direis á los hijos de Israel.»

Así hablaba el Señor á Moisés, rostro á rostro, como un hombre acostumbrado á hablar á un amigo.

«Y Moisés dijo al Señor:—Si he encontrado gracia ante vos, hacedme ver vuestro rostro, á fin de que os conozca; hacedme ver vuestra gloria.»

«Pero Dios le respondió:—No podeis ver mi rostro, porque ningun hombre le verá sin morir.

«Y añadió:—Hay aquí un lugar en que estoy, y donde os sostendreis sobre la piedra. Y cuando pase mi gloria, os pondré en la abertura de la piedra, y os cubriré con mi mano, hasta que haya pasado.

«En seguida quitaré mi mano, y me vereis por detrás; pero no podeis ver mi rostro.»

«Después de lo que bajó Moisés de la montaña Sinaí, llevando las dos tablas en testimonio; y no sabia que desde la conferencia que había tenido con el Señor, le habían quedado dos rayos de luz sobre el rostro.»

Leímos estos versículos de la Biblia bajo la misma bóveda en que Moisés estaba oculto cuando Dios se le manifestó en todo su poder; y su espanto fué tan grande, que si se ha de creer al fraile que nos acompañaba, el temblor de su cabeza dejó en la piedra una huella que nos enseñó.

Los musulmanes, envidiosos de aquella tradición, á pesar de ser apócrifa, han querido oponer recuerdo á recuerdo, y milagro á milagro. A los veinte pasos de la piedra de Moisés, enseñan la roca de Mahomma: habiendo ido el profeta á visitar la montaña santa, su camello, en el momento de volver á bajar, dejó la huella de su pezuña en una losa de granito. Así caminan eternamente las dos religiones una al lado de la otra, demasiado poderosas para destruirse, pero bastante débiles para darse celos.

La capilla y la mezquita, que se elevan una frente á otra, son otra prueba de lo que dejo asentado. Las dos se están arruinando, sin que cristianos ni árabes piensen en reedificarlas. Sin embargo, por los *ex-voto* que contiene, se ve que los peregrinos de ambas naciones no las han abandonado, y van allí á adorar los unos al Hijo de Dios, los otros al Profeta de Allah. La fundación de la capilla se atribuye á Santa Elena, pero su arquitectura denota una época mas reciente.

La subida nos había despertado un apetito que hacia largo tiempo no conocíamos. Al sofocante calor de la llanura había sucedido á medida que nos elevábamos, la temperatura de la Provenza, y al fin la fresca atmósfera de nuestros climas del Norte. Felizmente el religioso que nos acompañaba había previsto aquella bienhechora reacción, y había hecho

llevar una comida que se dispuso en poco tiempo y se comió mas á prisa. Al levantarme ví que la piedra en que me apoyaba para almorzar mas cómodamente, tenia el nombre de miss Bennet, grabado muy profundamente con un cuchillo. Miss Bennet es probablemente la primera y única europea que ha visitado y subido al Sinai.

Bajamos de la montaña por la falda occidental; está cubierta de la planta que produce el maná; esta es una de las riquezas del Sinai. Los religiosos la recogen y la venden. Tiene fama de ser de una cualidad muy superior á la que se recoge en Egipto y en Sicilia.

Así que volvimos á entrar en las regiones cálidas, volvimos á encontrar los lagartos y las serpientes colocados en ambos lados del camino, y levantando sus gruesas cabezas para mirar con asombro á los importunos que iban á turbar su reposo y su soledad. Caminábamos con una precaucion estrema, porque el camino en algunos sitios era muy áspero y las plantas llegaban á la altura de nuestras rodillas. Como íbamos con las piernas desnudas, sondeábamos el terreno con nuestros paños, á fin de espantar á los inmundos huéspedes que habian establecido allí su domicilio. Algunas veces no impedía aquel cuidado á Mr. Taylor herborizar para formar una coleccion de plantas raras, que despues ha regalado al jardin botánico de Montpellier.

Al pie del Sinai, en el vallecillo que le separa de la montaña de Santa Catalina, encontramos la roca de donde Moisés hizo salir agua.

«Habiendo partido todos los hijos de Israel del desierto de Sin y permanecido en los lugares que el Señor les habia señalado, acamparon en Raphidin, donde no se encontró agua para beber el pueblo.

«Entonces murmuraron contra Moisés y le dijeron:—Dadnos agua para beber. Y Moisés los respondió:—¿Por qué murmurais contra mí? ¿Por qué tentais al Señor?

«Encontrándose, pues, el pueblo en aquel lugar sediento y sin agua, murmuró contra Moisés diciendo:—¿Por qué nos habeis hecho salir del Egipto para hacernos morir de sed á nosotros, á nuestros hijos y á nuestros rebaños?

«Moisés suplicó entonces al Señor y le dijo:—¿Qué haré al pueblo? Poco ha faltado para que me apedree.

«El Señor dijo á Moisés:—Marchad delante del pueblo. Llevad con vos los ancianos de Israel. Coged en vuestra mano la vara con que habeis separado las aguas e id hasta la piedra de Oreb.

«Yo me encontraré allí presente ante vosotros; herireis la piedra y de ella saldrá agua, á fin de que el pueblo beba. Moisés comunicó á los ancianos de Israel lo que el Señor le habia mandado.

«Y llamó á aquel lugar Tentacion y Mur-

muracion, á causa de las murmuraciones de los ancianos de Israel, y porque tentaron allí al Señor diciéndole:—¿El Señor está en medio de nosotros ó no está?»

La roca que Moisés tocó con su vara y de cuyos lados manó el agua milagrosa, es un trozo granítico de doce pies de altura próximamente, y tiene la forma de un prisma pentagonal que derribado descansará sobre uno de sus lados. Anchas hueallas, que parecian escavadas por el torrente de las aguas, forman una especie de canales perpendiculares, mientras que cinco agujeros, colocados en una direccion horizontal y sobrepuestos los unos á los otros; designan las milagrosas bocas por las cuales Dios respondió á su pueblo.

La piedra de Oreb, porque este es el nombre que la dió el Señor, parece haberse desprendido por algun sacudimiento volcánico de la base que ocupaba, y sin duda hubiera caido al fondo del valle si la plataforma en que descansa no la hubiese detenido en su caída. Aislada como está, puede dársela fácilmente la vuelta, porque no se adhiere al suelo mas que por la base.

A pocos pasos de la roca, hay edificada una capilla y plantado un jardin, á donde se ha trasportado lo superfluo de la tierra del convento. En cierta época del año, un fraile y algunos criados van allí á distraerse en el campo.

La capilla es pobre y la sequedad ha hendido sus muros; las paredes interiores están cubiertas de cuadritos griegos modernos; algunos mas antiguos se remontan á 4500; todos tienen un carácter notable de sencillez, y ofrecen ese bello tipo que los pintores y mosaistas de Bizancio han sabido dar á la faz de Jesucristo.

Al dejar la capilla y la roca, y describiendo un semicírculo al pie de la montaña para volver á ganar su declive occidental, nos enseñó el religioso el sitio en que los israelitas adoraron el becerro de oro, y donde Moisés, al descender de la montaña, rompió las Tablas de la ley.

Nunca habia observado tanto como en aquella expedicion cuánto poder tiene la tradicion. ¿Quién tendria valor para sufrir aquel sol abrasador, trepar por aquellos picos escarpados, atravesar áridos valles, donde la luz y el calor se desprenden como en otros sitios el agua llena de frescura y los torrentes, sino fuera para ir á meditar en los mismos sitios donde se han verificado aquellos grandes sucesos? El Nuevo Mundo, maravilla reciente sin antepasado y sin recuerdos, pertenece al comercio; el Mundo Antiguo, con sus geroglíficos de granito y sus monumentos bíblicos, es del dominio de la poesia.

Volvimos á entrar en el convento despues de una trabajosa jornada, y volvimos á encontrar tambien en los padres la misma solicitud y los mismos cuidados. Despues de cenar nos

presentaron el album en que todo viagero que pasa por allí inscribse su nombre. Los dos últimos franceses que habian recibido hospitalidad en el convento eran el conde Alejandro de Laborde y el vizconde Leon de Laborde, su hijo; hubiéramos adelantado algunos meses, y nosotros, antiguos conocidos en los mezuquinos salones de París, nos encontráramos en medio de las vastas soledades del desierto.

Mr. Leon de Laborde, que ha publicado despues una magnífica obra acerca de la Arabia Petrea, trabajaba en aquel momento su obra científica encerrado en los valles de la península del Sinai. Preciso es haber viajado bajo aquel ardiente clima en que todas las fuerzas físicas del hombre bastan apenas á sostenerse contra la accion del sol, para comprender el valor y la abnegacion que hay en la ejecucion de una obra como la suya. Las ruinas de *Petra*, que ha sido el primero en bosquejar, su carta de la Arabia Petrea, la única completa que existe, son verdaderos monumentos de lo que puede la voluntad del hombre. Figúrese el lector lo que es añadir á doce horas completas de camino sobre un camello la fatiga que produce bajarse cincuenta veces de tan alta cabalgadura para tomar puntos de vista al aspecto de cada montaña, y las direcciones magnéticas á cada nuevo recodo de un valle. Separado así el dromedario de la caravana, se vuelve furioso y se niega á bajarse; entonces comienza entre el hombre y el animal una lucha en la que el primero no triunfa sino con la ayuda de los mas cansados y peligrosos esfuerzos. Hay, pues, aparte del mérito de la obra, apreciada hoy por los sabios y las gentes del mundo, otro mérito mucho mayor y mucho mas apreciable para todos; y es el de condenarse á pasar tres años lejos de la sociedad de sus compatriotas, espuesto á todos los peligros, victima de todas las necesidades, para hacer dar á la ciencia, la mas ingrata y la mas fria de las queridas, otro paso hácia la perfeccion.

Fué un verdadero pesar para nosotros no encontrar á nuestro jóven compatriota en todo el viage; pero ausente de nuestra vista, estuvo al menos con frecuencia presente en nuestros recuerdos, y fué citado en nuestras conversaciones.

Por lo demas, la proporcion de los viageros que pasan por el Sinai acudiendo de las diferentes partes del mundo, es muy curiosa de examinar; habia entre los inscritos viageros un solo americano, veinte y dos franceses y tres ó cuatro mil ingleses, entre los cuales, como hemos dicho, se cuenta una inglesa.

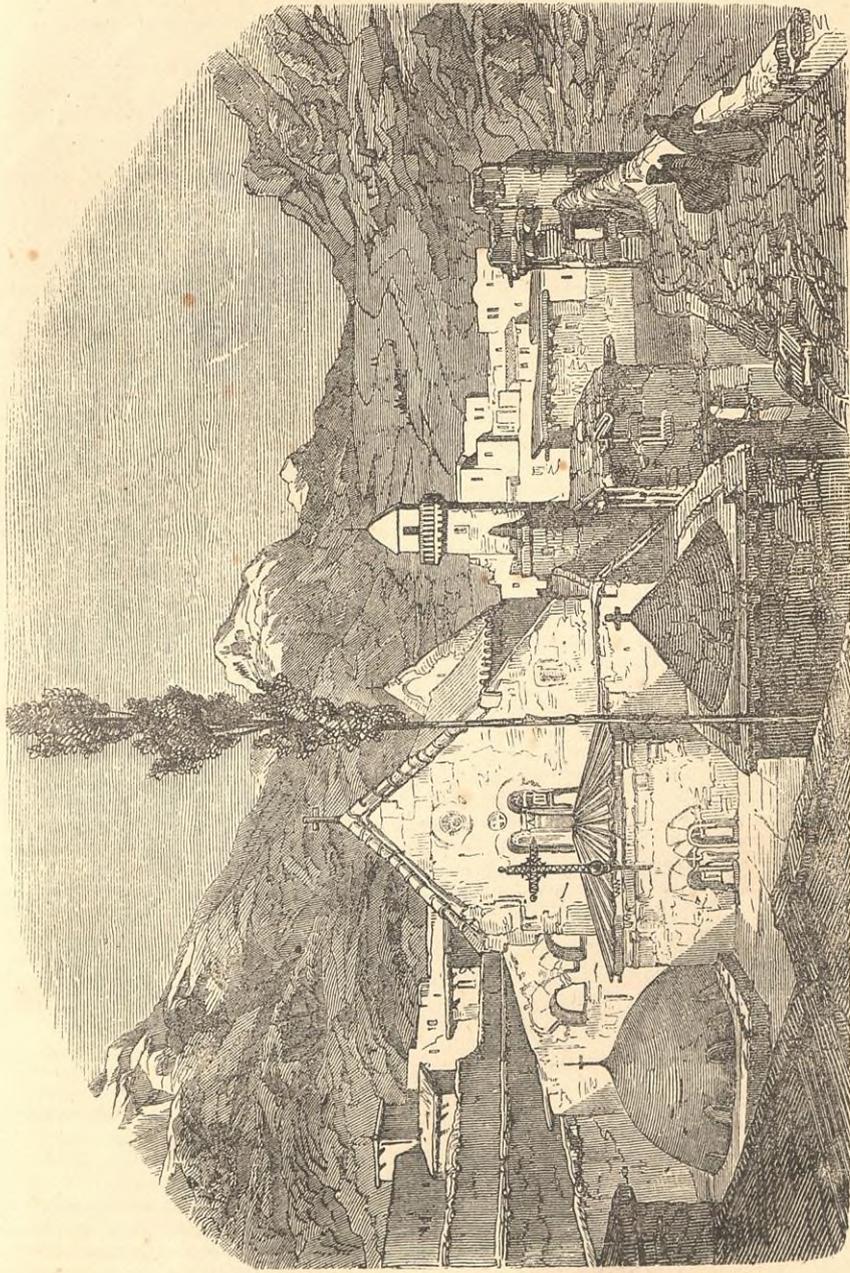
Al dia siguiente nos anunciaron que uno de nuestros árabes pedia permiso para hablarlos. Acudí inmediatamente á la ventana, y reconocí á mi amigo Bechara; iba á tomar nuestras órdenes para la partida. La fijamos para de allí á cuatro dias; en seguida, acorda-

da esta disposicion, Bechara se volvió á la tribu.

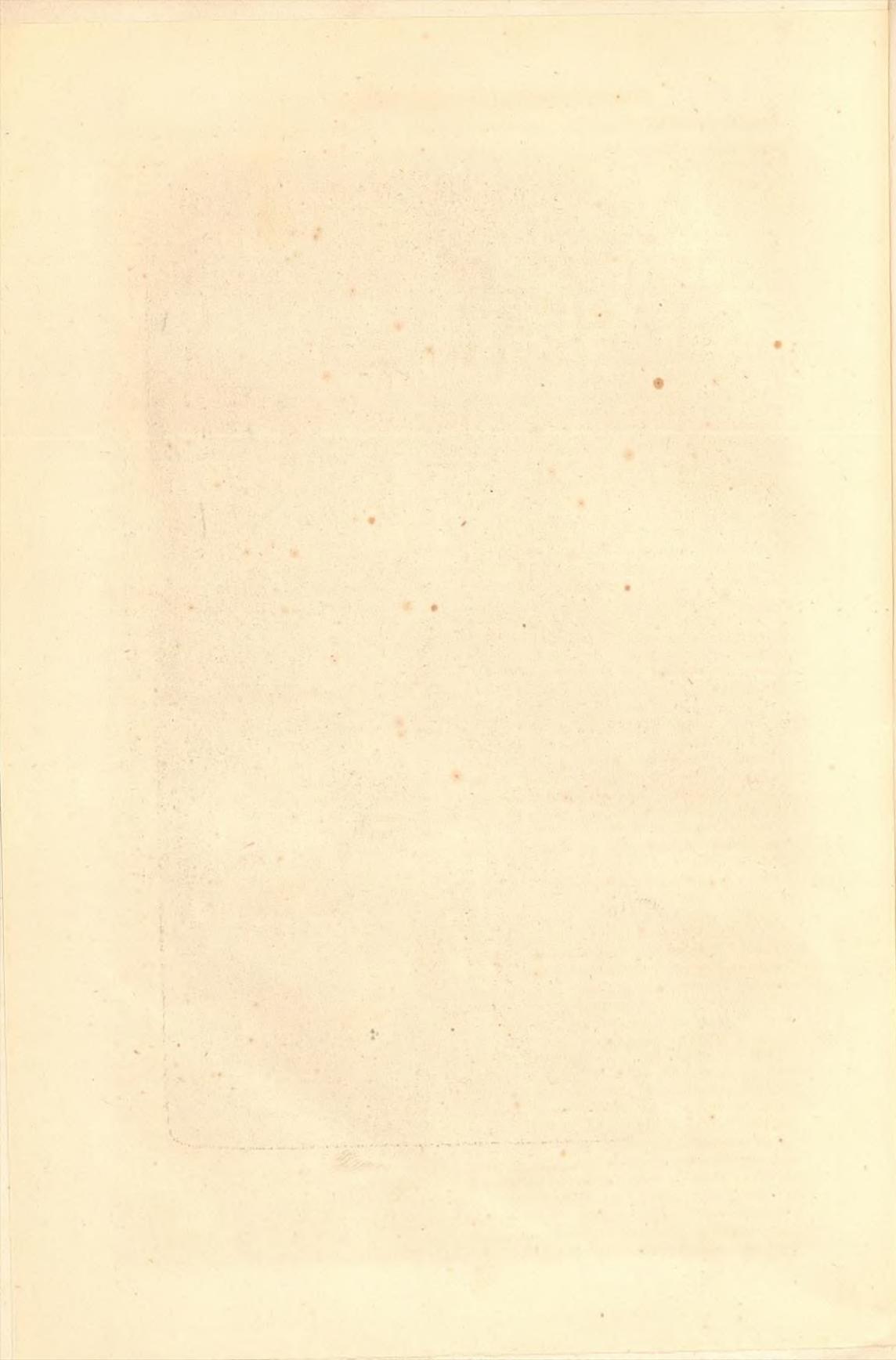
Aquellos cuatro dias los empleamos en dibujar, en ver y en conversar; todo el interior del convento, todas sus inmediaciones, todos sus detalles fueron á fijarse en bocetos ó en notas en mi album de viage; aquellos cuatro dias fueron á mi parecer perfectamente empleados y los mas completamente felices de mi vida; preciso es haber gustado la vida contemplativa en los países orientales, para comprender esa especie de vértigo moral que impulsa al hombre á precipitarse de la sociedad en la soledad. Para cualquiera que haya visitado la Tebaida y la Arabia, los padres del desierto, siempre tan grandilocuentes ante la santidad del sitio, no admira ya su ascetismo.

La vispera de la partida la emplearon los buenos religiosos en los preparativos de nuestro viage. Cada uno queria añadir algunas golosinas á nuestras sólidas provisiones: el uno nos daba naranjas, el otro pasas, otro aguardiente de útiles; en cambio de todo esto, les dimos nosotros el azúcar que habiamos comprado en el Cairo con aquella intencion, y vimos con mucho gusto que aquel regalo, como nos habian dicho, era el que les parecia mas grato. Aquel aumento de cosas dulces consoló un poco á Abdallah y Mohammed de tener que partir tan pronto; se acostumbraban admirablemente á la vida vegetativa del claustro, y se hubieran quedado allí perfectamente si los frailes hubieran querido tenerlos; los criados del convento les habian hecho los honores de la despensa, y á pesar de la diferencia de religion, eran los mejores amigos del mundo.

Al dia siguiente á las cinco de la mañana, nos despertaron los gritos de los árabes: no comprendiamos aquel exceso de puntualidad de nuestra comitiva, á la que habiamos citado para el mediodia. Asomámonos apresuradamente á la ventana, y una vez allí se redobló nuestra admiracion. Estaban los árabes en número igual, es verdad, pero entre ellos no veia ni á Tonaleb el gefe, ni Araballah el guerrero, ni á Bechara el narrador; sobre todo, echaba de menos la falta de este último; así que deseaba conocer los motivos de su ausencia. Llamamos á Mohammed, á fin de que se informase de las causas de aquel cambio de hora y de personal: el nuevo cheik respondió entonces que nuestros árabes, ausentes largo tiempo hácia de su tribu, y fatigados con el último viage, habian sido detenidos por sus mugeres; por tanto, habian enviado comisionados á la tribu inmediata para proponerla un arreglo, que habia sido inmediatamente discutido y aceptado; y en virtud de aquella convencion se nos presentaba nuestro acompañamiento compuesto de rostros completamente nuevos. Por lo demas, el cheik nos aseguró que en él y en sus compañeros encontraríamos el mismo valor, la misma amabilidad é



Vista interior del convento de Santa Catalina.—Pág. 76.—S.



idéntico celo; en cuanto al precio, no habia cambiado nada. A nuestra llegada al Cairo les pagaríamos, y de vuelta al Sinai, las dos tribus, hijas del mismo desierto, partirian como hermanas.

Nuestro asombro fué grande cuando Mohammed nos tradujo aquel discurso: ademas del dolor que nos causaba ser olvidados tan pronto por nuestros antiguos amigos, habia la circunstancia de ser cambiados como mercancías; lo que sobre todo nos admiraba es que ni uno solo vino comisionado con la escolta nueva para participarnos aquel arreglo. A esta objecion, respondió el cheik que todos sucesivamente se habian negado á aceptar aquella mision, á pesar de lo que lo habia solicitado, queriendo poner su buena fé al abrigo de toda sospecha; mas la tribu de Onaleb-Saide, que era una tribu guerrera, habia sentido una especie de vergüenza cediendo así á las instancias de sus mugeres; ademas á ese sentimiento se unia un doble temor: y era el no poder resistir á nuestras instancias, ó si mas firmes resistian, demostrar que habian recibido con ingratitud nuestra generosidad y buen trato. Era este sentimiento, añadió el orador, tan profundo y real en ellos, que habian dejado el campamento donde habiamos hecho alto, por temor de que alguno de nosotros fuese á hacer un llamamiento á su corazon ó á su lealtad, no sintiéndose con valor ni con derecho para resistir.

Toda esa relacion se nos hizo con un tono de verdad y buena fé tal, que por mas dudosa que fuera, nos pareció posible en rigor. La duda que al instante mismo se pintó en nuestro rostro fué al instante mismo observada por el cheik, quien sin darnos prisa al parecer, nos dijo que puesto que estábamos dispuestos á marchar, era mejor aprovechar el fresco de la mañana. Por otra parte, de ese modo, nos aseguró, podríamos hacer alto junto á un manantial, mientras que partiendo al mediodia, como habiamos decidido en un principio, no tendríamos mas agua que la que llevásemos del convento: era atearnos por nuestro lado débil. Por tanto, nos despedimos de los buenos religiosos; hicimos bajar nuestros equipages, siguiéndonlos nosotros, medio convencidos, medio desconfiados. En cuanto á Mohammed y Abdallah, miraban la cuestion con la indiferencia mas completa.

Nuestro primer golpe de vista, sea prevencion, sea justicia, no fué favorable á la nueva tribu. El cheik no ejercia al parecer sobre su gente, la misma autoridad que Tonaleb parecia tener sobre los suyos. Entre los reemplazantes no encontramos ni el rostro resuelto y honrado de Araballah, ni la fisonomia picaresca y alegre de nuestro narrador del desierto. Los dromedarios eran mas pequeños, aunque tambien mas delgados. A pesar de todas estas observaciones mas bien reservadas que expresadas en voz alta, preciso nos fué tomar nues-

tro partido. Montamos en nuestras cabalgaduras, y nuestro nuevo guia Mohammed-Abou-Mansour, es decir Mohammed padre de la victoria, dió al punto la señal lanzándose al galope. Siguiéronse nuestros dromedarios. Apenas tuvimos tiempo de volvernos para hacer una última señal de adios á los escelentes frailes, que todavia nos saludaban con la mano, cuando ya su voz no podia llegar á donde estábamos.

En lugar de volver á emprender el camino que habiamos seguido para llegar al Sinai, bajamos por la vertiente occidental para dirigirnos hácia Thor; un magnífico valle se desarrolló de pronto á nuestros pies, y nos precipitamos á él con la rapidez de las piedras que ruedan. Al dejar el monasterio habiamos adoptado un galope tan veloz que casi producía el aturdimiento; sin embargo, las dificultades del camino aumentaban de tal modo á medida que avanzábamos, que exigimos á pesar de la repugnancia del cheik, que la comitiva contuviese su marcha; pero no obedeció hasta que nuestras observaciones oficiosas se convirtieron en una orden imperiosa. Tomamos, pues, un paso que por mas razonable que fuese todavia nos prometia andar tres leguas por hora. Al aproximarse el medio dia llegamos á la cima de una montaña desde la que debiamos por última vez ver el convento. Vimosle ya entonces á una distancia inmensa de nosotros, destacándose en blanco y en verde con sus paredes y su jardin sobre el fondo violado de la montaña. En aquella corta parada que me costó mucho trabajo obtener de nuestro cheik, me pareció ver al otro extremo del camino que acabábamos de recorrer, algunos puntos negros y movibles. Llamé sobre ellos la atencion de Abou-Mansour, el cual exclamó que reconocia en aquellos puntos hombres, y que aquellos hombres pertenecian á una tribu enemiga. Dichas estas palabras, lanzó de nuevo su dromedario al galope, y los nuestros fieles á la consigna dada por el guia le siguieron al punto y tomaron con una obediencia pasiva el mismo paso. Separándose del valle, no tardó Abou-Mansour en internarse en el lecho de un torrente, por el que bajamos con la rapidez de una avalancha.

Hacia siete horas que duraba aquella infernal carrera, y nada indicaba en nuestro acompañamiento la menor disposicion á hacer alto, cuando de repente oimos un grito á retaguardia. Nos volvimos y vimos á Araballah cubierto de polvo, medio desprendido su turbante, el vestido en desorden, precipitándose á todo el galope de su dromedario, por el mismo camino que acabábamos de seguir. Al verle, Abou-Mansour quiso redoblar su velocidad; pero declaramos nosotros que no estábamos dispuestos á imitarle sin obtener una explicacion, y que si nuestros camellos arras-trados por el sueño no querian detenerse, los saltaríamos el cráneo de un pistolctazo; for-

zoso, pues, le fué al cheik hacer alto. Cinco minutos despues, Araballah derribando todo lo que se oponia á su paso, se halló junto á nosotros. Su primer movimiento fué espresarnos con sus gestos, su alegría por volvernos á ver; en seguida dirigiéndose de repente hácia Abou-Mansour que se mantenía separado, le dirigió con una voz áspera y breve y con ojos inflamados, palabras que no comprendimos; pero que adivinamos ser sangrientos reproches. El cheik no respondió sino dando de nuevo la señal de partida. Entonces Araballah le cogió por el brazo y quiso detenerle; pero Abou-Mansour se libró de él rechazándole y renovó la orden de partir al galope. Inmediatamente Araballah se lanzó á tomar la delantera de la caravana, y atravesando su haghin obstruyó el camino; el cheik hizo un movimiento para dirigir la mano á su fusil, y sus árabes blandieron las lanzas, cuando viendo que era llegado el momento de que nosotros terciásemos en la partida, sacamos nuestras pistolas, y fuimos en ayuda de nuestro antiguo amigo amenazando hacer fuego si si no se detenían al punto. Abou-Mansour, viendo que no éramos mas que cuatro contra él y sus catorce árabes, estaba incierto al parecer, sobre lo que haria, cuando se oyeron nuevos gritos á nuestra espalda: eran Tonaleb y Bechara, que bajaban tambien el barranco, como si sus dromedarios tuviesen alas: este refuerzo, dando nueva energia á nuestra resistencia, acabó de abatir al parecer la resolución de nuestros adversarios. Además, tras ellos, en la cima de la montaña, comenzaba á aparecer la escolta completa; de suerte que á nuestra vez éramos nosotros los que á la conciencia de nuestro buen derecho, íbamos á tener la superioridad del número. Bechara y Tonaleb arrastrados por el galope de sus dromedarios y envueltos en blancos albornoces, se acercaban con la rapidez de fantasmas; pasaron por delante de nosotros gritando: ¡Salud! y se precipitaron hácia Abou-Mansour. Por su parte los árabes se lanzaron á la defensa de su gefe. Viéndose apoyado el cheik, comenzó tambien á levantar la voz. En tanto el resto de la escolta llegó vociferando amenazas: cada uno agitaba ó su lanza ó su fusil; vimos que era inevitable un combate si no conseguíamos impedirlo, y nos arrojamos en medio de la confusion, intentando dominar con nuestras voces aquel ruido infernal. Al principio no conseguimos mas que aumentar el alboroto y la batabola; por fin, la voz de mando de Mr. Taylor comenzó á hacerse oír y á ser reconocida su autoridad. Empezó ordenando á todos el silencio; en seguida separó á nuestros antiguos amigos de nuestros nuevos guías, les mandó marchasen unos á nuestra derecha y los otros á la izquierda, dejando para la parada de la noche las esplicaciones y prometiendo hacer justicia á quien el derecho e correspondiese. Tonaleb pidió entonces nos

bajásemos de los dromedarios para tomar nuestras antiguas monturas; pero Taylor conoció que aquella maniobra, además del retraso que ocasionaria, iba á arrimar la mecha á la pólvora. Un golpe dado, una gota de sangre derramada, en el estado de exasperacion en que se hallaban los adversarios hubiese hecho imposible todo arreglo. Respondió que nos apeariamos en la parada, y renovó con una voz firme la orden de ponerse en camino. Amigos y enemigos le obedecieron, y los dos grupos, colocados á nuestra derecha é izquierda en una doble linea, se pusieron en marcha silenciosos, bajo los rayos de un sol atroz, siguiendo la misma direccion, pero caminando ahora al paso. Los dos cheik conducian sus caravanas, colocados á igual distancia, Abou-Mansour con rostro confuso y amenazador á la vez, Tonaleb risueño y con frente altiva. Bechara habia vuelto á ocupar junto á mi su sitio habitual, y me referia lo que habia pasado, hablando segun su costumbre un *potpourri* medio árabe medio francés.

A la hora conocida, es decir á cosa de las once, Tonaleb habia llegado al convento con nuestra escolta, y habia reclamado sus viajeros; entonces los religiosos le habian dicho que desde por la mañana habiamos salido del monasterio con el cheik Abou-Mansour que se habia presentado á nosotros de su parte, y que habiamos tomado el camino de Thor. Al punto, sin perder un instante, se habian puesto en nuestro seguimiento, con toda la ligereza de sus dromedarios, ganando terreno los mas veloces, pero sosteniendo todos su reputacion de infatigable ligereza. Por eso habiamos visto llegar á nosotros despues de otros, á Araballah, Tonaleb y Bechara separados á cierta distancia como los Curiaicos. Referianos el bravo Bechara todo aquello con un ardor y una alegría que nos agradaba sobremanera. Le prometí volver á tomar al día siguiente por la mañana mi ordinario haghin, que detrás de nosotros iba conducido del cabezon por un árabe, porque debo decir, y este es el momento de hacer esta confesion, mi nuevo dromedario me habia probado que quejándome de la dureza del otro habia obrado con precipitacion; di mis excusas á Bechara, é hice que las comunicara á quien correspondia.

Dada esta esplicacion, Bechara, que tenia un horror santo al silencio, pasó á un asunto enteramente pastoral: me refirió los felices días que acababa de pasar en su tribu y con su familia. Los árabes tienen jóven el corazon y abierto grandemente á todas las emociones de la naturaleza. Una vez lanzado en el océano del sentimentalismo, me refirió desde el principio al fin toda la historia de sus amores. Los incidentes son raros bajo la tienda y en nada han variado desde Jacob y Raquel. El jóven árabe que ama debe demostrar su valor ó su destreza en algunas escursiones contra una tribu vecina, segun que la naturaleza le haya

dotado de la fuerza del león ó de la astucia de la serpiente. Esta última cualidad era la de Bechara; era mas apto para aconsejar las empresas que para ejecutarlas. Pero si la fuerza brutal de Araballah dominaba su inteligencia en tiempo de guerra, las dulzuras de la paz y los placeres de la vida pastoral eran infinitamente mas favorables á su compañero; así que ese, por la elocuencia y la poesía, había encontrado el camino del corazón de su Raquel. Había llegado al retrato físico de su bella árabe, y acababa de comparar sus ojos á los de la gacela y la flexibilidad de su talle al de la palmera, cuando mi dromedario, sin previo aviso, sin un movimiento siquiera que me indicase su intencion, metió la cabeza entre las piernas y dió principio á una cabriola, exáctamente del mismo modo que los niños acostumbran á dar volteretas. Me arrojé á un lado; los dos borrenes de la silla dieron en la arena, y mi estúpido animal comenzó á revolcarse voluptuosamente, adoptando felizmente la direccion opuesta á la que mi cuerpo había caído. Sin esta feliz circunstancia hubiera yo quedado como prensado por un cilindro.

Preciso es hacer justicia á quien se debe; Bechara estaba en tierra al mismo tiempo que yo; pero me levanté tan pronto como estuve en tierra; de modo que me encontré de pié, sano y salvo, aunque con el aspecto de algun tanto sorprendido, natural en un hombre á quien sucede por primera vez semejante aventura. Supe entonces que el género de entretimiento á que continuaba entregándose mi dromedario era otra de las chanzas habituales de su raza, su manera de reir. Por lo demas, mi caída, segun Bechara me aseguró, había sido de las mas diestras; había caído como verdadero árabe, y él que se vanagloriaba de ser un ginete no lo hubiera hecho mejor. Cuando recibia yo con modestia las felicitaciones de Bechara, llegó Tonaleb; había visto mi forzada caída, y aprovechándose de aquella circunstancia para volver á su idea favorita, me propuso tomase otra vez mi antiguo haghin que mejor amaestrado era incapaz de cometer semejante falta. Seguí su consejo, monté en mi antigua cabalgadura y al primer paso que anduvo reconocí mi silla tan perfectamente reenchida por la parte que tocaba al animal.

Llegamos al fin al pie de las montañas: era allí el campamento elegido para la noche. Ambos cheiks hicieron la seña á cada uno de sus haghins, los cuales participando del odio de sus amos, se arrodillaron sin aproximarse. Sin embargo, nuestros árabes se reunieron para levantar la tienda, no queriendo ningun partido renunciar á los derechos que creia tener. Así que al punto estuvo dispuesta. Inmediatamente Abdallah, habiendo vuelto á entrar en sus funciones, dedicó sus cuidados á la importante obra de la cena, y nosotros nos constituimos en tribunal para conocer en la aventura de la mañana.

Tonaleb, en su cualidad de querellante, habló el primero: espuso que el día en que debíamos partir había recibido una comunicacion del padre de la Victoria que le informaba no debíamos partir en tres ó cuatro dias, porque habiendo visto cosas sumamente interesantes en el convento pensábamos prolongar nuestra permanencia en él. Esta fábula tan bien tejida, tenia sin embargo un lado por el que debía inspirar la sospecha: en lugar de un criado del convento, mensajero natural en tales circunstancias, llevaba aquella nueva un árabe de una tribu que tenía una fama bastante mala relativamente á probidad; así que el enviado había sido á Tonaleb completamente sospechoso. Por tanto, dándole gracias por el aviso, Tonaleb se propuso ir á todo evento á hacernos al día siguiente una visita; ya se ha visto cómo, menos astutos que Tonaleb, nos habíamos dejado robar como tres sacos de género. Prevenidos ya antes de llegar al convento, su admiracion cuando no nos encontraron en él hizo bien pronto lugar al desco de echarnos la mano; habían lanzado, pues, sus dromedario á todo escape, y como llevaban á los nuestros la ventaja de la talla, nos habían cogido muy pronto.

El acusado se levantó á su vez bastante embarazado con su posición, á pesar de la astucia y habilidad de los árabes, y su alegacion se resentia del mal terreno en que se hallaba colocado.

«He querido, dijo, usar de la estratagema, y he hecho bien porque estaba en mi derecho; el viagero no pertenece á tal ó cual tribu, y pues que las tribus son amigas deben gozar de los mismos privilegios; si una sola guía á los viageros las otras morirán de hambre. Pues que Tonaleb os ha traído yo soy quien debe llevaros; lo que he intentado hacer por la astucia podia ejecutarlo por la fuerza: mis guerreros son numerosos y bravos, mi valor es incontestable; desde Suez hasta Raz-Mohammed mi nombre resuena en todos los *ouaddis* y no hay una tribu en todo este espacio que no conozca á Mohammed-Abou-Man-sour.»

Parecia que estas razones, de poco valor para europeos, no eran malas para árabes, porque Bechara fué quien tomó la palabra para responder al padre de la Victoria. Su respuesta fué tan rápida, usó tantos circunloquios, embrolló tan perfectamente la discusion y dió lugar á una réplica tan animada, que Mr. Taylor, previendo que la escena de la mañana iba á renovarse, se levantó á su vez, impuso silencio y declaró que no conocia por nuestro guía y nuestro acompañamiento mas que á Tonaleb y sus árabes. Los rehenes que esperaban nuestro regreso, y que respondian de nosotros cabeza por cabeza, eran de la tribu de Onaleb-Saide, y era, pues, justo, que, habiendo corrido los riesgos disfrutase el beneficio. Por tanto, no tomaria á Mohammed-

Abou-Mansour por mas que fuese el padre de la Victoria, teniendo en cuenta que la supercheria de que se habia servido para procurarse viajeros nos habia indignado altamente.

Nuestro intérprete tradujo la sentencia, que fué escuchada por las dos partes con religiosidad y sumision: mas al punto que terminó la traduccion, Bechara, con gran admiracion nuestra, se llevó á Mohammed-Abou-Mansour; á poco volvieron á aproximarse á nosotros en perfecta inteligencia; iban á anunciarnos que todas las dificultades se habian orillado, que las dos tribus nos acompañarian, que no era demasiado una doble escolta para personajes tan recomendables como nosotros y que Abou-Mansour y sus árabes nos servirian de escolta de honor.

Despues de lo que se cenó y cada uno pensó en el descanso; todos teniamos necesidad de él, sobre todo nosotros los europeos, á quienes la permanencia en el convento habia hecho perder la costumbre del dromedario y que habiamos caido de Caribdis en Scylla con los haghins del padre de la Victoria.

## V.

## EL KHAM SIN.

Continuamos aun al dia siguiente marchando en la misma direccion, es decir, bajando hácia el mar. Hacía mucho distinguíamos ya á Thor á nuestra izquierda; pero á medida que nos aproximábamos, nos parecia perder de importancia la ciudad; al fin, pudimos juzgar que no merecia hiciésemos un rodeo para visitarla. Por tanto, nos dirigimos á la derecha formando con ella un ángulo agudo, y despues de una hora ó dos de marcha sobre la tamizada arena que forma las costas del mar Rojo, volvimos á internarnos en las montañas, y al anoecer bajamos en direccion Je un *ouaddi* delicioso llamado el valle de los Jardines. Palmeras de copas ondulantes y sicomoros de negro follage, ocultaban bajo su sombra un manantial de agua pura y fresca; este oasis exigía una parada, y colocamos nuestra tienda al pie de un grupo de palmeras.

La noche fué deliciosa; teniamos agua y frescura, esos dos tesoros de que tan avaro es el desierto. Así que despertamos al dia siguiente descansados y con vigor, y nos pusimos en camino en una disposicion de espíritu de las mas placenteras. En el instante de partir, nuestros árabes se enseñaron unos á otros algunas líneas rojizas que surcaban el Oriente; sin embargo, al parecer no volvieron á ocuparse de ellas, y ya habiamos olvidado

aquellos alarmantes síntomas que no obstante no habian fijado nuestra atencion, cuando, al entrar en el *ouaddis* Pharan, sentimos pasar por derredor nuestro algunas de esas ráfagas abrasadoras de viento, febriles aspiraciones del desierto. No tardó en hacerse el calor insoportable, la arena, levantada por una brisa insensible, que parecia un vapor de la tierra; nos envolvía en una nube que abrasaba nuestros ojos, y á cada aspiracion nos penetraba en las narices y garganta. Por su parte nuestros árabes, al parecer, y contra su costumbre, sufrían como nosotros en aquella situacion que debiera serles familiar; cambiaban entre sí breves y entrecortadas palabras, y poco á poco los restos de enemistad de la vispera se convirtieron en una comun preocupacion. Las dos tribus, habiéndose aproximado se mezclaron, los mismos dromedarios parecían buscarse los unos á los otros, galopando con desigual movimiento y sin detener su paso, y prolongando sus cuellos de serpiente de modo que su labio inferior iba rozando suavemente la arena. De vez en cuando daban huidas caprichosas y repentinas, como si la tierra les hubiese abrasado los pies. «Tened cuidado,» decia entoncés Tonalé. Y despues de él reptaban los árabes aquella advertencia, que oía yo sin poder comprender qué clase de peligro nos amenazaba. Me aproximé á Bechara para preguntarle la causa de aquel malestar que sentíamos todos, hombres y animales; pero habia pasado el tiempo de las conversaciones: Bechara cogió por toda respuesta una esquina de su manto, y echándose por encima del hombro, se embozó de modo que le cubria la nariz y la boca. Hice lo mismo, y volviendo la vista vi que nuestro ejemplo habia sido seguido por los árabes, á quienes no se les veía mas que los ojos negros y brillantes, mas negros y mas brillantes todavía bajo sus albornoces y sus capuchas; en fin, pasado un cuarto de hora, nada teniamos ya que preguntar, franceses y árabes, sabíamos tanto unos como otros. El desierto nos prevenia con todas las señales y nos hablaba con todas sus voces: era el *kham sin*.

Nuestra marcha era incierta, porque la arena se levantaba como entre el horizonte y nosotros. A cada momento nuestros árabes, cuyas miradas no podían penetrar aqueí velo de llamas, vacilaban y hacían recodos que denotaban su irresolucion. Entretanto aumentaba la tormenta; el desierto se hacia mas y mas borrascoso; entrábamos en surcos de arena agitados como olas, y atravesábamos, al modo que un hábil nadador hiende la oleada, la abrasadora cresta de aquellos montecillos. A pesar de la precaucion que habiamos tomado de cubrirnos nuestras bocas con los mantos, respirábamos tanta cantidad de arena como de aire; la lengua se nos pegaba al paladar, nuestros ojos se tornaban extraviados y

sangrientos; y nuestra respiracion, abrasadora como el estertor, revelaba á falta de palabras, nuestros mútuos sufrimientos. Algunas veces me he encontrado frente al peligro, pero jamás he experimentado una impresion semejante á la que entonces sentia: tal debe ser poco mas ó menos la de un náufrago perdido sobre una tabla en medio de un mar borrascoso. Marchábamos como insensatos, sin saber por donde, cada vez con mas velocidad y mas tinieblas, porque la nube de polvo que nos envolvía se hacia por momentos mas intensa y abrasadora. Al fin Tonaleb dió un penetrante grito: era una órden de alto. Los dos gefes, Bechara, Araballah, y el árabe que iba aquel dia á la cabeza de la caravana, se reunieron en consejo: eran los pilotos mas experimentados de aquel mar variable en que nos hallábamos desorientados. Todos emitieron sucesivamente su opinion, y á pesar de la situacion, ó acaso precisamente por la situacion suprema en que nos hallábamos, la emitieron con una sábia moderacion y solemne lentitud. En tanto la marejada de arena continuaba bramando. Al fin Tonaleb reasumió todas las opiniones estendiendo los brazos hácia el Sudoeste, y al punto volvió á comenzar la frenética carrera, pero ahora sin vacilacion y sin rodeos, siguiendo á los dos cheiks que vista la gravedad de las circunstancias habian tomado á su cargo guiar la caravana. Marchábamos hácia un punto, mas no nos era dado preguntar á cual; sabiamos únicamente que si no le hallábamos, éramos perdidos.

Estaba el desierto imponente y sombrío; parecia con vida y palpitante, arrojando bramidos que partian de sus entrañas. La transicion habia sido rápida y singular; no era ya el oasis de la vispera, el tranquilo reposar al pie de las palmeras, el sueño mecido por el fresco murmullo de la fuente; era la arena inflamada, las bruscas sacudidas del dromedario, la sed devoradora, desesperante, letal; la sed que hace hervir la sangre, que alucina los ojos, y enseña al desventurado á quien abraza, lagos, islas, árboles, fuentes, sombra y agua. Ignoro si sucedia á los demás lo que á mi; por mi parte, era presa de una verdadera enagenacion, de un sueño, un delirio sin fin, que se plegaba á toda la fantasia de mi imaginacion desbordada. Alguna vez nuestros dromedarios se tendian, escavaban con sus belfos la ardiente arena para buscar por bajo de su superficie algo de frescura; en seguida se levantaban febriles y anhelantes, como nosotros, y volvian á emprender su fantástica carrera. No sé cuántas veces se renovaron aquellas caidas, ni cómo fuimos bastante dichosos para no perecer aplastados bajo el peso de nuestros haghins ó sepultados en la arena; de lo que me acuerdo es que apenas caíamos, allí estaban junto á nosotros Tonaleb, Bechara y Araballah, veloces y compasivos, pero mudos como espectros, levantando hombres y camellos,

volviéndose á poner en camino, silenciosos y envueltos en sus mantos. Durará una hora mas aquella tempestad, y estoy convencido de que todos quedábamos sepultados. Pero de repente pasa una ráfaga de viento despejando el horizonte como si á nuestros ojos se levantase el telon de un teatro: ¡el Mokatteb! esclama Tonaleb; ¡el Mokatteb! repitieron todos los árabes. En seguida la arena se levantó de nuevo entre nosotros y la montaña; pero Dios, como para volvernos las fuerzas, nos habia enseñado el ansiado puerto. ¡el Mokatteb, el Mokatteb! repetiámos nosotros sin saber qué era el Mokatteb, pero adivinando que era el puerto, la salvacion, la vida. Cinco minutos despues, nos deslizábamos como serpientes, en una caverna profunda, pero cuya estrecha boca dejaba paso á muy poca luz y poco calor, mientras nuestras acémilas arrodilladas, vuelta la cabeza y estendido el cuello hácia la roca, habian ya caido en una inmovilidad que les hacia semejar, con su piel gris cubierta de arena, á camellos de piedra. Nosotros, sin cuidarnos de fienda, alfombra, ni comida, nos tendimos mezclados, presa á la vez de un alargaramiento y un delirio, término medio entre el sueño y el coma de la fiebre; despues sin hablar, sin dormir, sin movernos, permanecimos allí hasta el dia siguiente por la mañana, tendidos boca abajo, como estatuas derribadas de su base.

Continuaba la tempestad, y la oíamos rugir á lo exterior; sin embargo, poco á poco cesaron sus mugidos: Al mediodia habia perdido casi toda su fuerza, y la tocaba su vez de pasar por el estertor tocando en su agonía. Hacia treinta horas que no habiamos comido; volviamos á la vida despertados por el hambre; la sed no nos habia abandonado. Abdallah se levantó y dispuso el almuerzo. En tanto los árabes buscaron un manantial por todos los senos de la caverna, pero en vano; era preciso contentarse con el agua envenenada de nuestros odres. Tristes y sombríos, haciamos nuestra comida seca de arroz y dátiles, cuando Mohammed entró con el aspecto compungido que le era familiar cuando tenia que hacer una peticion. Los árabes, segun su costumbre, nada llevaban consigo, y la escolta se habia duplicado. Dividimos entre treinta el almuerzo que Abdallah calculó haber hecho para tres, pero al que sin duda, previendo el caso, habia añadido algo; cada árabe recibió el arroz que le cabia en el hueco de la mano, y un dátil; verdad es que nosotros no comimos ya mas.

Al tercer dia cambió el viento, y á pesar del aspecto alarmante del cielo, abandonamos la caverna del Mokatteb, porque conociamos que con el aumento de bocas no nos permitian nuestras provisiones detenernos en el camino. Cuando volvimos á salir á la luz, nos miramos y horrorizamos mutuamente; hasta tal punto nos pareciamos á espectros. La prueba de aquellos tres dias estaba profundamente gra-

bada en todas las fisonomías: teníamos los ojos empañados y vidriosos, la piel seca, la respiración era anhelante, el cuerpo enteramente encorvado. No tardamos en ver el mar; y como nuestro camino nos conducía breve tiempo por sus costas, los árabes se dirigieron á él corriendo para llenarse de agua la boca, y volvieron á echársela en las narices á sus dromedarios, con lo que les volvió á estos todo su ardor, inmediatamente. Tenía deseo de bañarme, pero no me atrevía por el temor de no poder resistir al deseo de beber. Por lo demás, por salobre que fuese el agua del mar, de seguro no me hubiera parecido mas fétida é impotable que la de nuestros odres.

Al anochecer hallaron al fin los árabes una cisterna. Mas temiendo que nuestro immoderado deseo de beber aquella agua helada despues de tan prolongado ayuno y tan rudo calor, fuese nocivo á nuestra salud, levantaron la tienda, á alguna distancia del manantial, y pocos instantes despues Bechara volvió con las calabazas llenas. Produjo esto una gran alegría, y escitó nuestro apetito para cenar. Por lo demás, parecia que el agua tenia una virtud aperitiva, y que producía el mismo efecto en nuestros árabes, porque durante la noche comieron todo el azúcar y el resto del michmich para aumentar sus raciones. En cuanto á los dátiles, habíamos comido los últimos en la caverna del Mokatteb.

Nos apercebimos de la sustraccion al día siguiente al almorzar, en el que Abdallah no nos sirvió mas que sus infames galletas, que jamás comíamos, pasas y café. Pedimos otra cosa; entonces nos confesó la verdad. La felicidad en medio del peligro pasado, y la certeza de que había sido preciso que nuestros hombres se vieran acosados de una apremiante necesidad para entregarse á aquel saqueo, nos hicieron menos severos: nuestra indulgencia produjo sus frutos. Por la noche, despues de haber comido con nosotros el resto del arroz, que á la verdad no era considerable, acabaron el café y las pasas.

Al día siguiente nos pusimos en camino con un tiempo despejado; Tonaleb dió la señal de la partida poniendo su dromedario al galope. Le imitamos, y durante seis horas caminamos á todo escape, sin poder adivinar la causa de aquella velocidad. Al fin, á eso del mediodía divisamos las fuentes de Moisés, donde habíamos hecho un alto al ir; redoblaron los dromedarios su rapidez aspirando de mas de una legua su fresca emanacion. En cuanto llegaron á las palmeras se arrodillaron; los árabes levantaron la tienda con una actividad y apresuramiento que no había visto en ellos hasta entonces; cinco minutos despues tuvimos la explicacion de su celo y complacencia: no teníamos ya absolutamente nada que comer: dátiles, azúcar, michmich, café, pasas, todo lo habían devorado. Decidimos entonces á arrojarnos sobre aquellas desventuradas-

galletas que habíamos despreciado la víspera; pero la repugnancia que nos causaban no se había escapado á nuestros guías, y mientras dormíamos habían puesto el resto de la harina sobre las brasas. Felizmente teníamos agua en abundancia: nos bebimos cada uno una bota llena, y en seguida nos pusimos sin perder tiempo en camino, por mas que tuviésemos deseo y necesidad de descanso; lo critico de nuestra posicion nos había vuelto las fuerzas, era preciso llegar al paso del mar Rojo á hora oportuna, so pena de ayunar todo el día y toda la noche. Los dromedarios eran de acero, y como el sol de Luis XIV, adquirían fuerzas caminando. Habíamos andado doce ó quince leguas por la mañana, y una mitad mas desde las dos de la tarde hasta las cinco. Por fin llegamos al pasaje rendidos, anhelantes; era demasiado tarde: las aguas estaban en su mayor altura.

La situacion no era de color de rosa porque allí no teníamos ni aun agua; con la esperanza de llegar á tiempo y con la seguridad que nuestros árabes, deseosos de no desesperarnos, nos habían dado, no habíamos pensado en llevar agua de los manantiales, de modo que materialmente nos moríamos de sed y de hambre. Si el sol hubiese estado en toda su fuerza hubiésemos padecido la rabia; en fin, Bechara, viendo nuestra adiccion, nos dijo que algunas veces había á la otra orilla un batele-ro; disparando un pistoletazo al aire, que era la señal, probablemente iría por nosotros. No había acabado de decirnos esto y ya había hecho yo fuego; esperamos diez minutos con ansiedad, y vimos con pena que no había sido oido. Entonces Mr. Taylor mandó hacer un fuego de peloton con todas nuestras armas. Esta vez coronó la ejecución un éxito completo; vimos la bienhechora embarcacion destacarse de la ribera y deslizarse sobre las olas. Un cuarto de hora despues abordaba á la orilla en que esperábamos; nos lanzamos al punto en la barca haciendo señá á Abdallah y Mohammed de que nos siguieran. Los árabes quedaron para guardar los equipages; pero nuestro primer cuidado al desembarcar fué enviarles á Mohamammed con provisiones; nosotros nos encaminamos hácia Suez con toda la fuerza que nuestro estómago había dado á las piernas. Por fin llegamos sin dejar de correr á casa de Mr. Comanouli, quien nos recibió con los brazos abiertos y nos dió la habitacion de Bonaparte. Debo confesar para vergüenza nuestra que entramos en ella preocupados de muy diferente modo que habíamos estado la primera vez que atravesamos sus umbrales. Verdaderamente teníamos necesidad de alguna cosa mas instintiva que recuerdos por muy gloriosos que fuesen. Mr. Comanouli tuvo la bondad de anticiparse á nuestros deseos; verdad es que me parece que por nuestra parte le escusamos la mitad del camino; el hecho es que nos improvisó una cena

por la que nos pidió mil perdones y de que nosotros le dimos mil gracias.

Terminada la colacion nos aproximamos á la ventana; daba al puerto de Suez y se gozaba con delicia de la frescura del mar. Nuestra velada se prolongó hasta muy entrada la noche; porque por grande que fuese la necesidad física que nos aquejaba de descansar, las emociones que habíamos experimentado, los peligros de que acabábamos de escapar, nos tenían en vela. Se presentaron á nuestra imaginacion nuestros nocturnos pasados con sus diversos incidentes; el desierto con sus chales y hienas, sus huellas de lagartos y serpientes, un sol devorador y su mortífero *khamsin*, no era ya mas que un recuerdo, pero un recuerdo vivo que, por decirlo así, tocábamos todavía con la mano y por mas próximos que á él estuviésemos se presentaba ya á nuestra imaginacion con toda su poesía y toda su magnificencia. Despues la distancia y el tiempo no han hecho mas que engrandecer aquéllos recuerdos: y en ocho años de intervalo todas las emociones suaves y terribles de aquella maravillosa peregrinacion han permanecido tan palpitantes en mi corazon que no vacilaria, si se presentase una ocasion de volverlos á experimentar, el comprarlos aun al precio de las mismas fatigas y de los mismos peligros.

## VI.

## EL GOBERNADOR DE SUEZ.

Al dia siguiente nuestra primera visita fué para el gobernador de Suez; parecia que le habíamos sido recomendados con eficacia, ó que nuestra amabilidad le habia dejado un recuerdo de los mas agradables, porque la acogida que nos hizo fué verdaderamente fraternal. Apenas habíamos entrado, nos presentaron en las mismas vasijas de plata aquella famosa agua que tan frecuentemente habia sentido no tener durante las tres semanas que acabábamos de pasar buscando algo que se le pareciese sin haber podido encontrarla. Despues del agua tocó su vez á la pipa y al café, y despues de la pipa y el café á la narracion de nuestras aventuras.

Decia yo y repetia Mohammed, lo cual me permitia seguir en la fisonomia voluptuosa y grave del pachá las impresiones que en él causaban los diferentes sucesos de nuestro viage. La supercheria del Padre de la Victoria pareció divertirle mucho; pero lo que mas me admiró fué la especie de placer con que acogió la declaracion bien inocente y desintere-

sada que le hice del hurto cometido por nuestros árabes. Al llegar á esto me hizo repetir dos veces el episodio del *michmich*, del azúcar y del café; en seguida preguntó el resultado con un rostro tan alegre que era evidente habia tenido un grandísimo placer con la traduccion de mi prosa. Esto me dió una altísima idea de su gusto y el sentimiento muy sincero de que no pudiese apreciar el testo original. Cuando terminé nuestra odisea, hizo el gobernador nos llevasen agua, y exigió nuestra promesa de comer con él. No teníamos ningun motivo para negarnos á aquella invitacion; aceptamos, pues, despues de habernos resistido únicamente el tiempo conveniente. Fuimos á dar una vuelta por la ciudad y volvimos á la hora convenida.

Al atravesar el patio interior del pachá, observamos que para obsequiarnos, habia desplegado cierto aparato militar. Todo estaba en movimiento en el palacio, servidores, esclavos, eunucos. Nos introdujeron en una gran sala cuadrada donde nos esperaba, sentado á la oriental en un ángulo del divan. Despues de los saludos de costumbre, que nuestro buen intérprete Mohammed tradujo en cuanto á las palabras, porque los gestos comenzábamos á ejecutarlos bastante bien, llevaron una gran bandeja de plata que depositaron en el suelo. Nos levantamos al punto y fuimos á sentarnos al rededor. Entonces un esclavo entró con jarrones y aguamaniles de plata, y nos dió con que lavarnos. El pachá pidió agua dos veces; jamás habia visto un turco que llevase tan lejos la limpieza.

La bandeja contenia cuatro fuentes de plata cubiertas con tapaderas del mismo metal, de una ornamentacion un poco tosca, pero rica. La una encerraba el arroz cocido de rigor con su gallina en medio; la segunda un guisado de pimientos cuya composicion no podia adivinar; la tercera un cuarto de cordero, y la cuarta un pescado. Pusimos atrevidamente la mano en el plato, guardando aun entre nosotros cierto orden gerárquico, y comenzamos por partir la gallina. Por lo que hace á la parte de líquidos del festin, cada uno teníamos á nuestro lado una botella de nuestra agua favorita, y no conozco vino que le hubiese preferido en aquel momento.

De la gallina pasamos al guisado. Aqui el servicio era mas fácil todavía; la carne del animal que nos presentaban habia sido cortada de antemano en pedazos. Cada pedazo nos servia de cuchara para coger cierta cantidad del guiso. Pero nos encontramos con que lo que habíamos tomado por carne era una legumbre cualquiera. En suma aquella comida hubiese sido muy mediana para parisienses; pero para nosotros que nos habíamos convertido en verdaderos hijos de Ismael, era excelente.

Despues del guiso tocó su turno al cuarto de cordero. Observamos, por la demostracion con que acogió el gobernador este nuevo pla-

to, que para trinchar, pertenecía á la escuela de Tonaieb y Bechara. Estendió los dos brazos, cogió con una mano el pedazo é hincó el dedo en la carne que se desprendió del hueso con una facilidad que parecía cosa de encantamiento. Por esta vez no intentamos seguir su ejemplo, seguros de que saldríamos mal con vergüenza nuestra. Pedimos al gobernador el permiso de sacar nuestros puñales, á fin de que un movimiento inesperado no le asustase demasiado, y concedido el permiso, nos pusimos á dividir la carne con las hojas.

Quedaba el pescado, y aquí nos esperaba una de las mas rudas pruebas porque hemos pasado en nuestra vida. El estáceo cuyo nombre ignoro, estaba lleno en su interior de un número espantoso de espinas, de modo que á los primeros bocados conocimos que era preciso tomar precauciones preparatorias, si no queríamos perecer estrangulados. Comenzamos pues cada uno una detenida investigación del pedazo que teníamos delante, á fin de quitarle los cuerpos dañosos; viendo lo cual el gobernador, que habia tragado su ración sin cuidarse al parecer de las espinas, mandó le diesen otro trozo de pescado en una fuente de plata, cortó con la mano derecha un pedazo que colocó en la mano izquierda, comenzó á extraerle las espinas desde la mayor hasta la mas pequeña, unió á esta primera preparación pan desmigado en cantidad casi igual, añadió algunas especias, arrolló todo dándolo la forma de una albondiguilla del tamaño de un huevo, colocó la albondiguilla en una fuente de plata, hizo seña al esclavo de que la llevase á Mr. Taylor, é incontinentemente se puso á ejecutar una segunda edición de la misma obra. La idea de que aquel agasajo era para mí me dejó parado, y conocí que con gran trabajo podria acabar aun lo que tenia en mi plato. Vió el gobernador mi detención; creyó que aguardaba me llegase el turno, y se apresuró mas, pero, preciso es hacerle justicia, sin dejar de emplear un minucioso cuidado. Terminada la obra, me envió el fruto de su trabajo; era una albondiguilla muy linda, del tamaño de un albaricoque próximamente. La tomé inclinandome, y como para admirar la perfeccion con que estaba redondeada, la examiné, esperando un momento en que el gobernador volviese la vista á otro lado, y recordando durante aquel intervalo todas mis nociones de escamoteo, á fin de tragármela como el payaso se traga los cuchillos. La astucia me salió bien. El gobernador, infatigable en sus obsesivos, se dedicó inmediatamente á la albondiguilla destinada á Mayer, y absorto en aquella operacion, que ejecutaba como verdadero artista, no observó que la mia en lugar de entrar en mi boca habia pasado á mi manga, y de mi manga al chaleco. En cuanto á la de Mr. Taylor, me fué imposible saber lo que habia sido de ella, y siempre he sospechado la habia digerido cortesmente.

Para Mayer era la posicion sumamente despejada. Despues de él á nadie habia á quien servir, de modo que todos los ojos le habian tomado como blanco de sus miradas. Por tanto tomó su partido como un bravo, y tragó con toda lealtad de un golpe la albondiguilla con peligro de ahogarse, lo cual le honró mucho á los ojos del pachá, quien tomó por celo lo que no era mas que el deseo de concluir cuanto antes con aquel singular trabajo de pasteleria.

El segundo servicio se componia de tortas, dulces y sorbetes, preparados por las mugeres del gobernador, todo de un aspecto muy halagüeno, pero de un gusto bastante mediano, gracias á las estrañas mezclas que constituyen la base del ramo culinario turco.

El pachá, que durante toda la comida habia estado sumamente contento, se mostró mas alegre todavia á los postres. Nos volvió á hablar de nuestro viaje, nos pidió nuevos detalles acerca del modo cómo habiamos sido arrebatados por el Padre de la Victoria, de la tribu de Onaleb-Saide, y nos hizo le refiriésemos segunda vez cómo se habian unido raptores y robados para comerse nuestro azúcar y beberse nuestro café; acto continuo, así que terminé de hablar:—Ahora, dijo, levantémonos, y vamos á ver cortar las cabezas de todos esos bandidos.

Creimos haber oido mal, y dijimos á Mohammed nos lo repitiera; pero por la estupefaccion de nuestro huésped, por su modo de balbucear repitiéndonos la proposicion del gobernador, conocimos que nuestro huésped habia tomado la cosa muy por lo serio. Mr. Taylor, como gefe de la caravana, se levantó y suplicó al pachá, que habia dado ya algunos pasos hácia la ventana, que tuviera á bien oírle. El gobernador se volvió hácia él, y respondió que tendria un grandísimo placer en oír lo que tuviésemos que decirle, y que en cuanto se verificase la ejecucion, estaba á nuestra disposicion. Hízole observar Mr. Taylor que precisamente con motivo de la ejecucion tenia algunas objeciones de conciencia que someter á su juicio. El gobernador hizo un cumplido gracioso y se preparó á escucharle, no sin dirigir todavia una mirada hácia la ventana, como para decir al orador: Terminemos pronto, que nos esperan para empezar la representacion.

Entonces Mr. Taylor, con gran admiracion del gobernador, tomó la defensa de la causa de nuestra comitiva; hizo presente al pachá que aquellos pobres diablos, muriéndose de hambre, eran muy dignos de disculpa por haberse comido algunas de nuestras provisiones. Por otra parte, aquella pequeña falta de fidelidad no habia tenido mas resultado que hacernos ayunar veinte y cuatro horas, mientras que si no la hubiesen cometido, seguramente se hubieran muerto de hambre: en cuanto á la estratagema del Padre de la Victoria, de tal

modo entraba en las costumbres árabes, que en nosotros estaba no habernos dejado coger. Por otra parte, no habia tenido otra consecuencia que darnos una escolta mas numerosa y por consecuencia mas segura. Suplicaba, pues, con instancia al pachá, no insistiese en el castigo.

Respondió el gobernador que lo que Mr. Taylor habia dicho, al hablar de las costumbres árabes, era exactamente la verdad, y probaba que habia estudiado el pais como buen observador; aquel mismo hecho, era de su deber confesarlo, se habia renovado ya muchas veces, pero en viajeros comunes, miserables pintores ó pobres sabios, gente que no merecian la pena, segun el pachá, de que nadie se ocupara del modo como habian sido tratados. Pero con respecto á nosotros, la cosa era muy distinta: éramos embajadores del gobierno francés acreditados cerca del virey de Egipto, y especialmente recomendados á todos los gobernadores por Ibrahim Pachá. Nos debia, pues, entera y completa justicia; por tanto nos invitaba de nuevo á que nos acercásemos á él para ver degollar á los culpables. Esto diciendo, dió un paso hácia la ventana.

Vimos que habia tomado con tanta seriedad darnos aquella prueba de consideracion, que comenzamos á temblar por nuestros pobres compañeros de viage. Nos levantamos, y unimos nuestras instancias á las de Mr. Taylor. El gobernador haciéndose violencia al parecer, nos hizo seña de que nos tranquilizásemos, mandó que le presentasen los culpables, y nos invitó á sentarnos á su lado. Cinco minutos despues se presentaron nuestros buenos amigos, yendo delante Tonaleb y Abou-Mansour, siguiéndoles Bechara y Araballah, y tras estos todo el comun de los mártires, escoltados por unos treinta soldados, con sable en mano.

Tonaleb y Bechara nos dirigieron al entrar una mirada de reconvencion que nos llegó al corazon. Les hicimos seña de que se tranquilizasen; gran necesidad tenian de ello, porque temblaba todo su cuerpo, y estaban tan pálidos como lo permitia su atezado cutis. El hecho es que despues de tres horas que hacia estaban arrestados sin que nadie nos hubiese informado de ello, habian sabido por sus guardas la suerte que les estaba reservada; de modo que reconociéndose culpables en el fondo de su conciencia, y perfectamente instruidos del modo sumario y sin compasion con que procedia la justicia turca, se consideraban ya decapitados, con tanta mas razon, cuanto que creyendo que la acusacion provenia de nosotros, estaban lejos de esperar nuestra intercesion; la amistosa mirada que les dirigimos cuando entraron, por mas tranquilizadora que fuese, al principio era para ellos completamente ininteligible.

Quando estuvieron colocados en círculo á nuestro rededor, les miró un instante en silencio el gobernador, con tan terrible mirada,

que los desgraciados perdieron al punto la débil esperanza que les habiamos hecho concebir; en fin, cuando los vió suficientemente abatidos y arrepentidos:—Miserables hijos del Profeta, que habeis faltado á todos vuestros deberes para con aquellos que se habian confiado á vosotros, les dijo, nuestra primera intencion fué haceros corfar la cabeza por vuestro crimen; pero ablandado por las instancias que acaban de hacernos el enviado del sultan de Francia y los honorables europeos que le acompañan, os perdonamos de la pena capital. Pagareis recibiendo cada uno cincuenta palos en las plantas de los pies. Idos.

Aun no era aquello precisamente lo que deseaban los árabes; mejor querian los palos que la decapitacion; pero era evidente que hubiesen preferido á las baquetas, su completo perdon; felizmente para ellos, éramos en un todo de aquella opinion. Mr. Taylor hizo, pues, un movimiento para indicar que permaneciesen allí todavia un momento, y volviéndose hácia el gobernador, admirado de nuestra obstinacion, le espresó en nuestro nombre y el suyo toda su gratitud por la amable acogida que habiamos recibido de él. Le afirmó ademas que era tan grande aquel reconocimiento que no teniamos necesidad alguna de la nueva gracia que queria hacernos á espensas de las plantas de los pies de nuestros árabes. Por tanto le suplicó los absolviese generosamente de todo castigo atendido á que, si habian faltado á su estricto deber aquellos hombres impulsados por el hambre, en otras mil ocasiones habian pasado los límites con su celo y adhesion, de lo que por nosotros se habian comprometido á hacer; que por otra parte, teniendo en cuenta los servicios que nos habian prestado, no los miráramos como guias á quienes se ha prometido un sueldo, sino como amigos que tienen derecho á participar de lo que nos pertenece. Conociendo nuestros sentimientos habian obrado con arreglo á ellos; su única culpa consistia en haber tomado su parte sin tener cuidado de que no habia quedado nada para nosotros; pero esto era un error y no un robo. Y como todo hombre que se engaña y confiesa con franqueza su error es disculpable, pedia que la amnistia fuese concedida sin restricciones y que despues de haber salvado su cabeza obtuviesen gracia para sus pies; añadió Mr. Taylor, que este era, por lo demas, no solo su deseo sino tambien el de los otros dos europeos que le acompañaban, como podia asegurarse de ello el gobernador si nos permitia unir nuestras súplicas á las suyas.

Volvióse el gobernador hácia nosotros con aire de duda; pero vió en nuestras suplicantes miradas, todavia mas que en nuestras palabras, la verdad de lo que habia dicho Mr. Taylor, y permaneció un instante sin respondernos, indeciso y reflexionando, como si buscase la solucion de un problema imposible de resol-

ver. En tanto los árabes habían seguido la traducción del discurso de nuestro amigo con la espresion del mas vivo reconocimiento, acompañando cada palabra misericordiosa con movimientos en apoyo suyo: en consecuencia se arrodillaron, y tendiendo los brazos hacia el perplejo juez, hicieron coro de súplicas y plegarias. Al fin nos miró el gobernador por última vez como para preguntarnos si decididamente queríamos perdon ámplio y completo para los culpables, y encontrando en nuestra voz, en nuestras miradas y en nuestros gestos la misma espresion que ya había leído, se volvió hacia sus soldados y con un suspiro les hizo señas de que se retirasen; los soldados obedecieron. En cuanto á Tonaleb y al Padre de la Victoria, les dirigió, en su cualidad de cheik, una larga amonestacion, de la que no comprendimos otra cosa sino que eran muy dichosos en haber tenido ámos tan indulgentes como nosotros. Terminado aquel discurso con la conveniente dignidad, nuestros árabes se retiraron en silencio y sin pedir mas.

Nosotros espresamos al gobernador toda nuestra gratitud por su buen proceder, y le aseguramos que si volvíamos á pasar por Suez, nuestra primera visita seria ciertamente para él. Nos dió gracias á su vez por nuestras buenas disposiciones, y nos hizo prometer que le escribiríamos desde el Cairo como se había conducido nuestra escolta con nosotros el resto del viage. Arreglado este doble convenio, nos despedimos de él.

A los diez minutos de habernos separado de su palacio, y al volver la esquina de la primera calle, encontramos á nuestros árabes que nos esperaban. Desde que nos vieron se precipitaron á coger nuestras manos, que besaron con una efusion que no dejaba duda alguna acerca de su gratitud. Estas reconocidas demostraciones iban ademas acompañadas de promesas de una adhesion inviolable y á toda prueba. Lo que sobre todo les enternecia era, no que hubiésemos intercedido por sus cabezas, sino que hubiésemos resistido al placer de ver dar de palos, lo cual era á su parecer un espectáculo de los mas interesantes y curiosos. No obstante, pasados los primeros momentos de efusion, nos propusieron partir sin detencion. La clemencia del gobernador les había parecido tan poco natural, que no se fiaban en ella del todo. Nos informamos entonces á donde debíamos ir á tomar los dromedarios. Estaban ensillados y cargados, y nos esperaban en el camino del Cairo. Apenas habían salido del palacio los árabes, cuatro habían partido para prepararlo todo, de modo que podíamos salir de Suez en el mismo instante. Comprendimos la diligencia de nuestros árabes y los seguimos riendo. Efectivamente, en la puerta occidental de la ciudad encontramos nuestros dromedarios; montamos al momento y como por encanto. Nuestros árabes no dejaron ni siquiera que se arrodillasen las cabal-

gaduras; treparon por ellas corriendo como lo había visto hacer á Bechara al salir del Cairo; y una vez encima, Tonaleb y Abou-Mansour, unidos fraternalmente en lo sucesivo por el peligro comun que habían corrido, se pusieron á la cabeza de la columna, y la imprimieron un movimiento de galope, con ayuda del que en menos de dos horas pusimos diez leguas entre el gobernador de Suez y nosotros, de quien jamás creían estar bastantes lejos.

No obstante, como la noche había llegado mientras corriamos las dos últimas leguas, nos era indispensable hacer alto. En un momento se colocó nuestra tienda. Los árabes estaban alegres y diligentes como no los habíamos visto jamás; Bechara sobre todo, tenia una hilaridad que llegaba hasta la locura; corria y daba brincos sin motivo, como para asegurarse de que sus piernas no habían experimentado ninguna desgracia, y ya hacia largo tiempo nos habíamos retirado á la tienda, y todavía le oíamos hablar con una volubilidad que descubria la febril emocion que habían dejado en él los sucesos del dia.

Al siguiente nos pusimos en camino al amanecer; seguimos como lo habíamos hecho al ir del Cairo, la línea de esqueletos: una armazon de dromedario, todavía con algunos pedazos de carne, y de junto á la que se escaparon á nuestra aproximacion dos ó tres chacales, nos indicó había pasado una caravana despues de nosotros, que había pagado su tributo al siniestro camino. Pasamos bajo el árbol del desierto sin detenernos, plantamos las estacas de nuestra tienda en medio del bosque petrificado; el terror de la vispera había trastornado todas las costumbres topográficas de nuestros árabes. Por lo demas, la jornada había sido trabajosa; habíamos andado lo menos veinte leguas sin descansar mas de una hora.

Nos internamos en el camino tortuoso y difícil del Mokkatan antes que levantase el sol; apareció éste por el horizonte cuando llegábamos á la cumbre de la montaña, y el resplandor de sus primeros rayos se reflejó en las doradas cúpulas del Cairo. Saludamos á la populosa ciudad erizada toda de madenehs, toda cubierta de cúpulas, y el inmenso horizonte en que se destaca, con la alegría del regreso. En la cima mas elevada de la montaña hicimos un alto de diez minutos para abarcar todos los detalles de aquella vista maravillosa, mas espléndida todavía al salir el sol que á ninguna otra hora del dia; luego, como si nuestros haghins hubiesen adivinado nuestra intencion, apenas llegaron á la vertiente oriental del Mokkatan, se lanzaron al galope, y en escaso tiempo recorrieron el espacio que nos separaba de la tumba de los califas. De aquí al Cairo no hay mas que un paso. Entramos ahora en la ciudad triunfantes y sin temor de que nuestros dromedarios nos jugasen malas pasadas. Nos habíamos hecho consumados gi-

netes, y con nuestros trages árabes y nuestros rostros tostados por el sol, era realmente difícil reconocernos como cristianos. A las diez estábamos en casa de Mr. Dantan, vice-cónsul de Francia, quien al parecer se admiró de vernos sanos y salvos. Hizo avisar al punto á los rehenes de la tribu de Onaleb-Saide, los cuales aunque menos expansivos que él, también parecieron muy satisfechos de volver á vernos todos completos y gozando de buena salud: se recordará que sus cabezas respondían de las nuestras.

Inmediatamente despues de los primeros momentos concedidos al placer de volver á ver un compatriota, y encontrarse, por decirlo así, en Francia, era preciso pensar en los negocios. El arreglo amistoso hecho al pie del Sinai entre Tonaleb y el Padre de la Victoria, consistía en repartir entre sí el precio de la vuelta. Para no privar á nuestros fieles amigos del jornal que tan lealmente habían ganado, decidimos ser nosotros los que abonásemos la diferencia. Dimos ademas á cada uno de nuestros guías un batchis tan considerable como nos lo permitía nuestro estado financiero, lo que hizo nos separásemos, prometiéndonos ellos conservar eterna memoria nuestra, prometiéndonos nosotros volver algun día. No sé si algun día podré cumplir mi compromiso con ellos; pero de lo que estoy seguro es de que ellos se han mantenido en el suyo respecto á nosotros, y que mas de una vez, ya galopando rápidamente sobre sus haghins, en torno de la hoguera encendida en el desierto, ó bajo la tienda nómada de la tribu de Onaleb-Saide, nuestros nombres han sido repetidos por Bechara y Tonaleb, como los de leales amigos y bravos compañeros.

## VII.

## DAMIETA.

Mr. de Linant, aquel jóven artista que nos había puesto en relaciones con la tribu de Onaleb-Saide, habiendo sabido nuestro regreso, había acudido inmediatamente á la hostelería franca, y esta vez, no queriendo que estuviésemos en otra casa que en la suya, nos había llevado á ella. A la primera palabra que le dijimos de visitar Jerusalem y Damasco, nos ofreció acompañarnos, lo cual aceptamos por aclamacion. Habiendo recorrido ya Mr. de Linant dos ó tres veces toda la Siria, era el mas excelente cicerone que podíamos tener. Se decidió que descansáramos bajando por el Nilo hasta Damietta, y que en llegando á esta ciudad, dispuestos ya de refresco para un segun-

do viage, encontraríamos allí á Tonaleb y sus dromedarios, que nos conducirían por El-Arich hasta Jerusalem.

Aquel mismo día nos ocupamos de los preparativos de marcha. Nada se apodera de nosotros con mas facilidad, ni nos abandona con mas sentimiento que la fiebre de los viages; una vez apoderada de nosotros, nos impele adelante, y es preciso marchar siempre: el Judio Errante no es mas que un símbolo.

Partimos un hermoso día, teniendo contraria la brisa, pero favorable la corriente y catorce remeros nubios. Durante la noche, que empezó muy pronto, caminamos toda la parte del Nilo que ya conocíamos y que se estiende desde Boulacq hasta el ángulo del Delta; cuando amaneció comenzamos á atravesar la region del Este, mas magestuosa que la de Roseta, y cuya fertilidad nos admiraba tanto mas cuanto que salíamos del desierto.

A la noche vimos bajar de las aldeas que costean el rio mas de veinte mugeres desnudas; atraidias sin duda por el canto de nuestros remeros, se sumergieron en el Nilo, y nadando hácia nosotros, siguieron por algun tiempo nuestra barca. La noche nos desembarazó de aquellas atezadas sirenas cuyos encantos felizmente no eran de temer.

Al día siguiente abordamos en Mausourah.

Este nombre, como las Pirámides, traía á la memoria uno de esos recuerdos nacionales á los que un francés no puede permanecer indiferente. Permitánnos, pues, nuestros lectores seguir ahora la expedición de San Luis, como hemos seguido la de Napoleon.

En el mes de diciembre del año 1244 fué cuando quedó decidida la cruzada. El rey Luis IX, que había ya señalado su fervor por la religion rescatando la corona de espinas de Jesucristo del poder de los venecianos, á los que Beaudoin la había entregado en prenda, y llevándola, descubierta la cabeza y descalzos los pies, desde Vincennes hasta Nuestra Señora, acababa de dar la investidura, en pleno consejo celebrado en Saumur, á su hermano Alfonso de los condados de Poitou y de Auvergne y del Albigeois, cedido por el conde de Tolosa. Había batido al conde de La Marche que se había negado á rendirle pleito homenaje en Taillebourg y Saintes, concedidole su perdon, á pesar de que no ignoraba que la condesa había intentado envenenarle; en fin, había obligado á Enrique III de Inglaterra á pedir una tregua, que no fué concedida sino por el precio de 5,000 libras esterlinas. Todo estaba, pues, tranquilo en el interior y en el exterior, cuando encontrándose en Pontoise recayó enfermo de una fiebre mal curada de que había sido atacado en su expedición al Poitou. El mal hizo progresos tan rápidos que no tardaron en desesperar de su vida. La funesta nueva se esparció por toda la Francia: Luis no tenía mas que treinta años y los principios de su reinado habían prometido al reino

una era de prosperidad. Fué, pues, el duelo general; muchos señores y prelados acudieron á Pontoise; en todas las iglesias se hicieron donaciones, súplicas y procesiones: en fin, la reina Blanca envió su limosnero á Eudes Clemente, abad de Saint-Denis á fin de que se sacasen de sus urnas los cuerpos de los bienaventurados mártires, extraccion que no se hacia sino en las grandes calamidades públicas.

En tanto todos los socorros del arte eran insuficientes, é inútiles todos los auxilios de la religion: acometió á Luis un desmayo tal, que hicieron salir á las dos reinas, Blanca, su madre, y Margarita, su muger. Solo dos damas permanecieron en la habitacion orando á cada lado de su lecho. Mas al punto una de ellas, habiendo terminado sus plegarias, se levantó y quiso cubrir el rostro del rey con un paño; mas la otra dama se opuso á ello diciendo que era imposible hubiese Dios herido el corazón de la Francia; y cuando discurrían tan fúnebremente, Luis volvió á abrir los ojos y con una voz débil, pero clara, pronunció estas palabras: *La luz de Oriente se ha esparcido sobre mí por la gracia de Dios que me ha llamado de entre los muertos*. Lanzaron las dos damas un extraordinario grito de alegría, se lanzaron á la puerta y llamaron á la reina Blanca y á la reina Margarita, quienes no pudiendo creer en aquel milagro, volvieron á entrar temblando. Al verlas el rey las tendió su mano; en seguida, calmados los primeros trasportes de alegría, mandó llamar á Guillermo, obispo de Paris. Este digno prelado se apresuró á trasladarse á la cabecera del enfermo, quien animado con una nueva fuerza, á su vista se incorporó sobre su lecho y pidió la cruz de Ultramar. Los circunstantes creyeron que el rey estaba todavía delirando; pero Luis, notando su error, tendió la mano hácia el obispo que vacilaba en obedecerle, y juró que no tomaría alimento antes de haber obtenido el signo del cruzado. Guillermo no se atrevió á negársela, y el enfermo, no pudiendo ponerla todavía en la armadura, la hizo colocar al menos á la cabecera de su lecho.

Desde aquel día la salud del rey se restableció rápidamente. Escribió á los cristianos de Oriente que recobrasen ánimo, prometiéndoles pasar el mar en cuanto hubiera reunido su ejército, enviándoles entretanto un socorro de dinero.

No perdió tiempo Luis para cumplir su promesa. Odon de Chateauroux, cardenal obispo de Tasculum, en otro tiempo canceller de la iglesia de Paris, y á la sazón legado de la Santa Sede, fué á Francia á predicar la cruzada, y acudieron un gran número de señores de las provincias atraídos mas todavía por el amor al rey que por un celo religioso.

Entonces la reina Blanca intentó un último esfuerzo. Fué acompañada de Guillermo á ver á su hijo, siempre ocupado en su proyecto. El

prelado habló el primero y dijo al rey que el voto que habia hecho durante su enfermedad era un voto precipitado, y que como tal no le comprometia; que si por otra parte el rey tenia escrúpulo con este motivo, se encargaba de obtener una dispensa del papa. Mostróle que Francia, apenas pacificada, quedaba como blanco de los artificios del rey de Inglaterra, del carácter sedicioso de los poitevins y de las turbulencias de los albigenes. Blanca continuó:

—Mi querido hijo, escuchad los consejos de vuestros amigos y no os dejéis llevar completamente de vuestros deseos. Acordaos que la obediencia á una madre es agradable á Dios. Quedad aquí, la Tierra Santa no perderá nada por ello, pues que enviareis allí un ejército mas numeroso que si fuéseis vos mismo.

—No es lo mismo, madre mia, respondió Luis, y Dios espera mucho mas de mí. Cuando las voces de la tierra no llegaban ya á mis oídos, oí una voz del cielo que me decia: — Rey de Francia, veo los ultrages hechos á la ciudad de Jesucristo; tú eres el que yo he elegido para vengarlos!.....

—Esa voz, replicó Blanca, no os engañéis, era la del delirio y de la fiebre. Dios no exige los imposibles, y el estado en que os hallábais cuando habeis hecho el juramento os será para con él una excusa para romperle.

—Decís, madre mia, que mi razon estaba estraviado cuando he tomado la cruz, respondió el rey. ¡Pues bien! la dejo segun vuestro deseo. Tomad, padre mio, dijo quitándola y entregándosela al obispo, héla aquí.

El obispo la tomó, y Blanca quiso arrojarle en los brazos de su hijo, mas él la detuvo sonriendo.

—Ahora, madre mia, no tengo la fiebre y el delirio, estais convencida de ello. Pues bien, os pido la cruz que acabo de entregaros, y Dios me es testigo de que no tomaré alimento sin que antes me la hayais devuelto.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios, dijo la reina tomando la cruz de manos del obispo y entregándosela ella misma á su hijo: no somos mas que el instrumento de su Providencia, y desgraciados aquellos que intentan oponerse á sus decretos!

En tanto el soberano pontífice habia enviado á todos los estados cristianos eclesiásticos encargados de predicar la guerra santa: su celo no habia sido infructuoso y gran número de señores habian llegado á Paris; sin embargo, habia otros á quienes la esperanza de aumentar sus dignidades y fortuna bajo la regencia de una muger y en ausencia de su heredero daba un entusiasmo mas reflexivo. Estos, fingiendo aprobar la cruzada, hacían entender que no seria malo dejar en Francia algunos hombres de ánimo y de nobleza cuya obra seria menos gloriosa, sin duda, pero tan útil como la de los otros, que mas favorecidos por la suerte acompañarian al rey en su ar-

mada peregrinacion. Luis no se engañó con tan pretendidas voluntades y empleó un medio bastante extraño para determinar á los indecisos y apresurar á los rezagados. Llegaba el día de Navidad y era costumbre á la sazón que la víspera el rey, en el momento de decirse la misa del gallo, donase á los señores de su córte ricos mantos adornados de bordados iguales. Luis, no solo se conformó con la costumbre, sino que en esta ocasion hizo la distribucion mas numerosa que jamás se habia hecho en tiempo de los reyes sus predecesores, ni aun en los años anteriores de su mismo reinado. Como esta munificencia se habia verificado en el momento en que tocaban á misa y en una habitacion mal iluminada, los que fueron objeto de ella se vistieron sus mantos apresuradamente en la oscuridad y en seguida se encaminaron hácia la iglesia; pero en cuanto llegaron al lugar santo, cada uno de ellos notó á la luz de los cirios en su hombro y en el de los que estaban á su inmediacion, el signo sagrado de la cruzada, del que no era permitido despojarse una vez que se habia tomado. No era posible ya volver atrás, y por mas extraña que fuese la manera como los nuevos soldados de Cristo habian hecho su voto, ni uno tuvo el pensamiento de romperle.

El viernes 12 de junio de 1248, Luis, acompañado de sus hermanos, Roberto, conde de Artois, y Carlos, conde de Anjou, fué á Saint-Denis; el cardenal Odon, de Chateauroux, le esperaba allí. Este fué el que desplegó el oriflama que por la tercera vez iba á aparecer en Oriente, y quien dió al rey el bordon y el zaron, atributos de los peregrinos; en seguida la procesion tomó el camino de la abadía de San Antonio, donde debian despedirse la madre y el hijo. La separacion fué terrible para Blanca; esta reina de tan fuerte temple para los demas sucesos de la vida, se deshacia en lágrimas en cuanto un peligro amenazaba á su hijo.

Por fin Luis se separó de su madre y se puso á la cabeza del ejército que se reunia en el territorio de la abadía de Cluny. Aqui se encontraron reunidos y dispuestos para la santa cruzada á Roberto, conde de Artois reclamado por la parca en Mousourah, y Carlos, conde de Anjou al que esperaba un trono en Sicilia; Pedro de Dreux, conde de Bretaña; Hugues, duque de Borgoña; Hugues de Châtillon; Hugues de Saint-Paul; los condes de Dreux, de Bar, de Soissons, de Blois, de Rhetel, de Montfort y de Vendôme, el señor de Beaujeu, condestable de Francia; Juan de Beaumont, gran almirante y gran chambelan; Felipe de Courtenay, Gayon de Flandes, Archambault de Borbon, Juan de Barres, Gilles de Mailly, Roberto de Bethune, Olivier de Thernes, el jóven Raoul de Coucy y el señor de Joinville, quien llevaba á Egipto la espada del soldado, sin saber aun que traeria de allí la pluma del historiador.

Luis apareció en medio de todos estos señores sobrepujándose en rango, igualándolos en valor. Tenia entonces treinta y tres años; era de alta estatura, delgado y pálido, tenia una fisonomía bondadosa y regular, sus cabellos eran rubios y los llevaba cortados. En cuanto á su traje era la sencillez cristiana en toda su rígida humildad; y el mismo rey que habia hecho dar por su esplendor á la córte de Saumur el título de *Corte sin par*, se presentó en adelante vestido con el traje de peregrino, ó cubierto con una armadura de acero; *de suerte*, dice Joinville, *que camino de Ultramar no se vió una sola cota bordada, ni la del rey, ni la de otro alguno.*

Aquella magnífica comitiva bajó hasta Lyon, siguió el Ródano, y llegó á la mar. Como el reino de Francia no tenia todavía en aquella época puerto en el Mediterráneo, y el de Marsella, único de que Luis podia disponer por su doble alianza con Beatriz de Provenza no le bastase, habia comprado Aigues-Mortes al abad de Psalmodi: en esta villa era pues el sitio de cita general, y en su puerto donde esperaban los ciento veinte y ocho bageles destinados á trasportar al rey y á los guerreros. Estas naos, como las llama Joinville en su sencillo y poético lenguaje, iban ademas escoltadas por una multitud de barcos de transporte, destinados á los caballos y viveres. Como la Francia no tenia marina, los pilotos y los marineros eran casi todos italianos ó catalanes; los dos almirantes eran genoveses; en cuanto á los patrones, la mayor parte veian por primera vez el mar.

Luis se embarcó el 23 de agosto de 1248, y toda la flota se dirigió hácia Chipre, donde reinaba Enrique de Lusignan, descendiente de los reyes de Jerusalem. Aquella isla habia sido ofrecida por su soberano como el punto de arribada mas cómodo, y en ella se habian reunido considerables almacenes; toda la flota desembarcó allí el 24 de setiembre del mismo año, y solo entonces fué cuando los cristianos de Oriente vieron su esperanza tantas veces engañada cambiarse en certidumbre. Esta nueva fué acogida con entusiasmo; habian llegado al último grado de pobreza y esclavitud.

Desde la cruzada de Felipe Augusto, durante la que fué tomada San Juan de Acre, el estado de los cristianos no habia hecho mas que empeorar en Oriente. El rey de Jerusalem, Juan de Brienne, habia hecho una campaña por Egipto, tomado á Damietta, y se encontraba en camino para el Cairo, cuando abandonado por la mejor parte de sus caballeros, se habia visto obligado á emprender la retirada, y poseedor de dos tronos, yerno de dos reyes, y con dos emperadores entenados, habia ido á morir á Constantinopla bajo el traje de un observante de San Francisco. A su vez Federico habia vuelto á Jerusalem con grandes proyectos y un buen ejército; pero en cuanto llegó, como si no hubiese tenido intencion mas que de hacer

una simple peregrinación, se había limitado toda su ambición á hacerse coronar en la iglesia del Santo Sepulcro, y como había dicho en su carta al sultan del Cairo, *á plantar su estandarte sobre el Calvario y sobre la montaña de Sion, para conservar la estimación de los francos y levantar su cabeza entre los reyes de la cristiandad.* Thibaut de Champagne, rey de Navarra, mas trovador que caballero y el último de los príncipes cruzados que había ido á Tierra Santa, había hecho mas por sus versos que por su espada, y había vuelto á sus estados á terminar poesias que tenía interrumpidas. Detrás de él uno de esos accidentes comunes en el Asia había replegado todo un pueblo hácia el Occidente; era el de los karismianos á quienes los tártaros habían llamado de la Persia, y los que tomaron á Jersalen, porque Jerusalem se encontró en su camino, devastaron la Palestina porque era preciso vivir, y que á su vez acababan de ser exterminados casi completamente por el sultan de Damasco que les era completamente desconocido, no habiendo oído jamás hablar de él antes de que el soplo de Dios lanzase á los unos contra el otro. Por último, las disensiones intestinas iban á unirse á las generales desventuras: el rey de Armenia y el príncipe de Antioquia se batían por algunos pedazos de territorio. En Chipre, á donde el rey abordó, los latinos y los griegos estaban divididos por causa de religion, los hospitalarios y los templarios por causa de preeminencia, y los genoveses y pisanos por causa de comercio.

Luis comenzó por restablecer la paz y buena armonía entre todos aquellos auxiliares tan importantes. En Nicosia como en Vincennes, bajo la encina como bajo la palmera, hacia justicia, y sus sentencias eran religiosamente ejecutadas. Pero la mision del ángel de paz retardó la del hombre de guerra: cuando quiso ponerse en camino, se encontraron con que la estacion estaba demasiado avanzada. Thegues de Lusignan ofreció á los cruzados hospitalidad para todo el invierno, comprometiéndose á seguirles en la primavera con su nobleza. Chipre, con su magnífica situacion, su admirable fertilidad, sus vinos cantados por Salomon, y sus mugeres, medio griegas, medio árabes, hablaba demasiado alto en favor de semejante proposicion, y antes de haber vencido como Annibal, los cristianos habían encontrado su Capua.

Por su parte los musulmanes eran presa de crueldades discórdias. Desde la muerte de Saladino, raro era el año que había pasado sin que el reposo de la familia de los Ajubitas hubiese sido turbada por alguna disension. Sin embargo, para un pueblo semejante, acampado mas bien que establecido en Egipto, y no sosteniéndose mas que por la guerra, esas revoluciones eran una constante escuela de armas, de donde salían en todas las circunstancias en que un peligro comun reunía los intereses divididos,

los mas terribles adversarios que podían encontrar los cristianos.

En el momento en que Luis IX desembarcó en Chipre, el sultan del Cairo, Malek-Saleh-Negmeddin, que reinaba entonces en Egipto, se encontraba en el centro de la Siria, donde hacia la guerra al príncipe de Alepo y tenia sitiada la ciudad de Emesa. La enfermedad de que murió poco despues le detenía en Damasco, cuando un hombre disfrazado de mercader penetró hasta donde se hallaba, y le anunció los terribles preparativos que se hacia en Chipre: esta noticia produjo en su ánimo una viva sensacion. Los orientales habían aprendido á mirar á los franceses como los mas valientes de sus enemigos, y al rey de Francia como el mas poderoso y temible de los reyes. A estos temores reales se unia una prediccion que los misioneros encontraron estendida por la Persia, y que estaba igualmente acreditada entre cristianos y musulmanes. Anunciaba que el rey de los francos dispersaria á todos los infieles y libraria al Asia del culto de Mahoma. Malek-Saleh, creyó, pues, que no debía perder un momento: abandonó el comenzado sitio, y enfermo como estaba, subió en una litera, y llegó á Achmoun-Tanah en el mes de abril de 1249. Entonces, como no dudaba que la primera ciudad que se veria acometida seria Damietta, se ocupó al punto de ponerla en estado de defensa, y mandó reunir en ella almacenes de viveres y llevar armas y municiones de todo género; en seguida ordenó al emir Fakreddin marchase hácia esa ciudad para oponerse á que bajasen los enemigos; despues, como conociere que su enfermedad empeoraba, hizo publicar por todo su reino que todos aquellos á quienes debía alguna cosa podían presentarse á su tesoro y que serian pagados. Fakreddin acampó en Eizeh de Damietta, en la orilla izquierda del Nilo: el rio pasaba entre la ciudad y el campo.

En tanto se había pasado el invierno en estos dobles preparativos, y habiendo juzgado el rey que se acrecaba el tiempo de salir á la mar, dió orden de que todos los navios se provisionasen de viveres y estuviesen dispuestos á partir á la primera señal. Las provisiones, como hemos dicho, se habían acopiado largo tiempo antes; se habían hecho depósitos de cebada, avena y trigo en los llanos, en tal cantidad, que sus montones parecían montañas. Y lo que hacia todavia mas notable la semejanza, es que los granos espuestos al aire y á la lluvia, habían germinado á una profundidad de cuatro ó cinco pulgadas; de modo que aquellas colinas estaban cubiertas de yerba; pero bajo aquella corteza se habían conservado los cereales tan frescos y buenos, como si hubiesen sido trillados la vispera. Nada se oponia, pues, á la orden dada. Terminado el transporte, el rey y la reina pasaron á bordo de su navio, el viernes antes de Pentecostés, y entonces se corrió la voz de navio en navio de

estar dispuestos; de modo que al día siguiente al amanecer, dada la señal, todos los buques á la vez desplegaron sus velas y avanzaron magestuosamente, cubriendo el mar de ondulantes telas y flotantes maderas, porque la escuadra se componía de mil ochocientos buques, entre grandes y pequeños.

Al siguiente día, fiesta de Pentecostés, encontrándose el rey en la punta de Lymesso, vió en tierra una iglesia de la que partía el sonido de las campanas. No queriendo perder aquella ocasion que parecia presentar Dios de oír otra vez la santa misa, dirigió la proa hácia tierra, y abordó con una docena de navíos. Pero mientras él estaba en la iglesia, se levantó una gran tempestad que dispersó la flota, y un viento terrible de Africa alejó los buques de la via de Egipto, y los arrojó, estraviados y en desórden, á las costas de la Palestina, donde hubiese sido lanzado el rey como los demas, si su santo deseo no le hubiese conducido á tierra; resultó de aqui, que de dos mil ochocientos caballeros que habian partido de Chipre, apenas setecientos pudieron reunirsele; lo cual no impidió que al día siguiente, habiéndose vuelto el viento favorable, se embarcase el rey y continuase su camino hácia Egipto. «Muy afectado y triste, dice Joinville, con la pérdida de sus caballeros, porque á todos los creia muertos ó en gran peligro.»

El cuarto día despues de esta catástrofe, cuando la flota continuaba marchando sobre una mar en calma, bajo un hermoso cielo, y con un tiempo favorable, el piloto del navío real, hombre experimentado que conocia toda la costa y hablaba muchos idiomas, exclamó de repente desde lo alto del mástil donde estaba en observacion: «¡Dios nos ayuda, Dios nos ayuda, ved allí á Damietta!...» En el mismo instante otros muchos pilotos respondieron á aquel grito con un grito parecido, y muy pronto los mismos cruzados, conmovidos con aquella gran noticia, pudieron descubrir la dorada arena de la costa, sobre la que se destacaban en fondo blanco las almenadas murallas de la ciudad. Era esto el viernes 4 de junio de 1249, año de la égriga 647, el 21 de la luna de Safar. Grandes gritos de alegría resonaron entonces en toda la flota. Pero Luis estendió la mano, haciendo señal de que queria hablar. Guardóse silencio inmediatamente á bordo del navío que montaba, y las demas naves se aproximaron tanto como era posible, para oír lo que iba á ordenar. «Mis leales, dijo entonces el rey con voz sonora y llena de fe, no sin permission divina, hemos sido trasportados aqui para abordar en un país tan poderosamente ocupado. En este momento no soy ya el rey de Francia, no soy ya el caballero de la Iglesia; no soy mas que un mortal cuya vida se extinguirá cuando le plazca al Señor arrebatármela. Pero acordaos que todo es en nuestro bien, cualquiera cosa que suceda: ven-

cidos, somos mártires; vencedores, el nombre del Señor será glorificado, y el honor de la Francia se estenderá todavia, no solo por la cristiandad, sino tambien por todo el mundo. En todo caso, seamos humildes como conviene á soldados de Jesucristo: nosotros venceremos para él, pero él triunfará para nosotros. Y ahora, ¡Dios nos tenga en su santa guarda, porque ved ahí que nos llegan nuevas de parte de los enemigos!...»

En efecto, toda la costa estaba poblada por el ejército de Fakreddin y los habitantes de Damietta, aterrados al ver tantos navíos reunidos. Entre aquellas dos clases de numerosos espectadores, corria el Nilo desembocando magestuosamente en el mar. Inmediatamente aparecieron en su embocadura cuatro galeras montadas por piratas, que se adelantaban para examinar y reconocer qué armada era aquella y qué queria; mas luego que estuvieron á tres tiros de flecha de los primeros navíos del rey, quisieron volver atrás, como si hubiesen sabido lo que querian saber. Pero era demasiado tarde: buques ligeros desplegaron todas sus velas y les dieron alcance. Estos buques estaban armados con máquinas dispuestas de modo que lanzaban á gran distancia y á un mismo tiempo, los unos piedras, los otros dardos, aquellos vasijas con cal. Los piratas se vieron obligados á defenderse, pero muy pronto fueron deshechos; tres de sus galeras averiadas, se fueron á pique; la cuarta, que habia avanzado menos que las demas, consiguió volver á ganar la costa, toda desarbolada, y cubierta de muertos y heridos. En aquel instante los que sobrevivían saltaron á tierra enseñando sus heridas y gritando á aquella multitud que era el rey de Francia quien arribaba como enemigo con una multitud de caballeros que hacian llover flechas, piedras y fuego. Todos los que no estaban armados huyeron hácia la ciudad. Los cruzados vieron aquel movimiento, y se redobló su valor. El rey gritó el primero: «¡A la costa!» y todos repitieron: «¡A la costa, á la costa!» Mandóse aproximar á los grandes buques los barcos chatos que debian servir al desembarco. Joinville, que tenia consigo una pequeña galera, se arrojó á ella el primero, seguido de Jehan de Belmont, de d'Ayrard y de Brienne. Al punto todos los caballeros que montaban el mismo navío que él, no teniendo galera, se precipitaron en el barco; en un momento recibió el doble de lo que podia soportar. Mas los marineros, viendo el peligro, se asieron á las cuerdas, é inmediatamente volvieron á subir á bordo del navío. A pesar de este alijeramiento de su cargamento, la barca continuó sumergiéndose; no habia un instante que perder, el peligro era apremiante. Joinville hizo bogar hácia ella, preguntando á grandes gritos cuántos caballeros habia de mas en la barca. «Diez y ocho ó veinte,» respondieron los marineros. Al punto la abordó, é hizo pasar diez y ocho hombres de armas de su gale-

ra. En esto un caballero llamado Plouquet, quiso saltar desde el navio á la lancha; pero la distancia era demasiado grande; cayó en el mar, y abrumado por su armadura, se ahogó. Este fué el primer mártir de aquella campaña, que debía contarlos por millares.

En tanto los sarracenos se aprestaban para recibir dignamente á los cruzados. En medio de ellos, el emir Fakreddin, vestido con una armadura de oro que reflejaba los rayos del sol, parecía el dios del día. Una multitud de músicos hacían resonar el aire con el ruido de los cuernos y tambores. Los cristianos les respondían con sus gritos, y avanzaban rápidos como una bandada de aves marinas. Iban á porfía de quien llegaría primero á tierra. Joinville conservaba siempre la cabeza de la línea, y avanzaba; había dejado tras de sí el nuevo sol. Entonces las gentes del rey le gritaron se esperara á que desembarcase la gente del navio que llevaba el oriflama; pero el bravo senescal no quiso oír nada; continuó su camino, y fué el veinte y uno que tocó la costa frente á una division de caballería. Lanzóse el primero seguido de d'Ayrard, Brienne y Jehan de Belmont. Detrás de estos saltaron en tierra los caballeros que había recogido en su galera. En el mismo instante los sarracenos metieron espuela á sus caballos y se dirigieron directamente á ellos para volverlos á lanzar al mar. Joinville y sus caballeros plantaron sus lanzas y sus escudos en la arena, vuelta la punta hácia los que los cargaban, y sacaron las espadas. Pero al ver estos preparativos de defensa, los sarracenos volvieron grupas y huyeron sin atacar siquiera. Inmediatamente los cruzados se dispusieron á perseguirlos; pero en el mismo instante uno de los escuderos del señor Beandoin de Reims llegó á nado suplicando á Joinville no hiciera nada sin su señor, y el buen caballero le contestó al punto que hombre tan valiente bien valía la pena de ser esperado; y esto diciendo, se detuvo efectivamente para esperar.

Dirigió una mirada á su alrededor, á su izquierda abordaba el conde de Jaffa, que tocó orgullosamente en la costa llevado en una magnífica galera maravillosamente pintada y adornada todo alrededor con el escudo de sus armas, que eran de oro con una cruz de gules. Trescientos marineros hacían volar aquel espléndido buque sobre el mar; cada uno llevaba al cuello un broquelillo en medio del que brillaba un escudo de oro puro. Cien músicos respondían á los cuernos y tambores de los sarracenos con instrumentos semejantes; de modo que parecía un rey que entraba en su reino y no un soldado que pone el pie en terreno enemigo. Apenas el caballero tocó en la arena, él, sus caballeros y su gente de guerra se lanzaron armados é inmediatamente tendieron sus pabellones, como si aquella tierra fuese saya. Entonces los sarracenos se reunieron de nuevo en mayor número y cargaron

otra vez á los franceses castigando á sus caballos con las espuelas. Poro viendo que sus enemigos les esperaban á pie firme y sin espanto, volvieron por segunda vez la espalda y huyeron sin atreverse á atacar á los cruzados al modo de la primer vez.

Viéndolos alejarse así, el señor de Joinville dirigió la vista hácia su derredor y vió á tiro de ballesta á la galera con la enseña de Saint-Denis, que á su vez abordaba á tierra. Apenas habían desembarcado los que llevaba, cuando un sarraceno, avergonzado de la doble fuga de sus compatriotas, se dirigió solo á chocar contra aquella muralla de acero que acababa de establecerse en la ribera; pero en un momento fué hecho pedazos y su caballo se volvió relinchando á donde estaban sus compañeros que no se habían atrevido á seguirle.

En el mismo momento detrás de Joinville se oyó un prolongado grito y un gran tumulto. El rey Luis, viendo en tierra el oriflama, no había tenido paciencia para esperar á que su lancha ganase la costa; y á pesar del legado que quería detenerle, había saltado en el mar gritando *Montjoie y Saint-Denis*. Felizmente no le llegaba el agua mas que hasta los hombros; de modo que al punto llegó á la playa con la espada en la mano y el casco en la cabeza. Todos siguieron su ejemplo. El mar se cubrió de hombres y caballos como si toda aquella flota hubiese naufragado. Al mismo tiempo tres palomas se levantaron por cima del campo de los sarracenos que emprendieron su vuelo hácia Mausourah: estas eran los mensajeros que llevaban al sultan la noticia del desembarco de los cruzados.

Entonces los sarracenos se arrepintieron al parecer de la facilidad que habían dejado á los cristianos para abordar á tierra de Egipto. Las gentes del rey acababan de colocar su tienda, que era de un encarnado subido, sembrada de flores de lis de oro; todo el ejército musulman cerró sobre aquel blanco, todo el ejército cristiano rodeó á su soberano. Al mismo tiempo la flota infiel salió del Nilo y fué á chocar contra la flota de los cruzados. La lucha era ya general, sangrienta y encarnizada, pero corta; porque mientras franceses y sarracenos se batían cuerpo á cuerpo en la tierra y en el agua, los cautivos y los esclavos encerrados en Damietta consiguieron abrir las puertas de sus prisiones, y saliendo de la ciudad con grandes gritos, atravesaron el Nilo blandiendo las primeras armas que habían podido hallar á mano. Los sarracenos, que no sabían de donde salía aquel nuevo refuerzo, se pusieron en fuga y se retiraron á un campo. En aquel momento la flota, viendo huir el ejército, entró en el Nilo. El campo de batalla quedó cubierto de cadáveres sarracenos entre los que se hallaban los de los dos emires Nedjin-Eddin y Savin-Eddin. Los cruzados no perdieron mas que un solo hombre, y, como

si Dios hubiese querido redimirle todas sus culpas con una muerte pronta, ese hombre fué el conde de La Marche, el ex-aliado de los ingleses, el vasallo rebelde de Saintes y de Taillebourg!...

Los cruzados no se atrevieron á perseguir á los sarracenos por temor de alguna emboscada; levantaron sus tiendas alrededor del pabellon real. La reina Margarita y la duquesa de Anjou, que durante la batalla habian quedado á la vista en su navio, desembarcaron entonces, y el clero, presidido por el legado, cantó el *Te Deum*.

En cuanto llegó la noche, Fakreddin se aprovechó de su oscuridad para abandonar su campo y retirarse á la orilla derecha del Nilo. Una vez aquí, en vez de destruir el puerto que acababa de proporcionarle paso, y encerrarse en Damietta ó esperar los cristianos bajo sus muros, entró en la ciudad, pero solo para atravesarla, y salió por la parte opuesta tomando el camino de Achmoun Tanah, sin haber dado una sola orden para la defensa de la plaza. Los habitantes de Damietta, viéndose abandonados y entregados, se esparcieron por las calles, degollando á los cristianos; la guarnicion, que se componia de árabes de la tribu Beni-Kenamé, una de las mas valientes y crueles del desierto, siguió el ejemplo y saqueó las casas. Entonces por todas las puertas de la ciudad, como las abejas salen por los agujeros de una colmena, familias enteras se pusieron en fuga sin saber donde iban, lanzados por el terror del nombre cristiano, como los granos de arena del desierto por el huracan, llevándose consigo sus bienes, muebles, sus vestidos y su oro, que iban sembrando por los caminos. La guarnicion no permaneció mucho tiempo despues de ellos, y se retiró á su vez; de modo que á la media noche se encontraba la ciudad no solo sin defensores, sino tambien sin habitantes.

El campamento de los cristianos comenzaba á entregarse al reposo, cuando los centinelas dieron la alarma. Elevábase una gran llama por encima de Damietta, iluminando las murallas, el Nilo y el Giseh. Todo parecia desierto y mudo, y en el inmenso círculo que iluminaba el incendio no se veia ninguna sombra, no se oia ningun grito. Los cruzados no comprendian aquella soledad ni aquel silencio; permanecieron en pie y sobre las armas hasta el amanecer. En el momento en que empezaba á clarear el dia, es decir, á las tres de la madrugada, dos esclavos que habian escapado á la matanza y que habian esperado á que la ciudad estuviese completamente evacuada para aventurarse á salir por las calles, fueron corriendo al campamento, y anunciaron lo que habia pasado. El rey no lo podia creer, tan extraño era el suceso, á pesar de haberlos reconocido como hermanos y aunque juraban por Jesucristo.

Entonces un caballero se ofreció volun-

tariamente á cerciorarse de la exactitud del relato. Su oferta fué aceptada, y habiendo pedido al legado la absolucion de sus pecados, se dirigió hácia Damietta, atravesó el puente, y entró en la ciudad. Una hora despues le vieron salir por la misma puerta; pero el rey no tuvo paciencia para esperarle, y poniendo su caballo al galope, acompañado de todos los señores que se encontraban á su lado, corrió á su encuentro. El caballero refirió que habia entrado en la ciudad, donde no encontró mas que cadáveres. Que habia recorrido muchas casas, y estaban vacias; los sarracenos habian partido. Damietta era del rey de Francia, y no costaba mas trabajo tomarla, que entrar en ella como aquel caballero acababa de hacerlo.

El rey mandó al ejército se formara en orden de batalla y avanzar hácia la ciudad; una vanguardia mandada por el caballero que acababa de recorrer la ciudad desierta, entró primero, y se ocupó inmediatamente en apagar el incendio; siguiéronles el rey de Francia, el legado del papa, el patriarca de Jerusalem, con una multitud de prelados y eclesiásticos con la cabeza descubierta y los pies descalzos, y entraron cantando salmos y dando gracias á Dios por aquella milagrosa conquista. Llegaron así á la gran mezquita, que fué consagrada al punto al culto cristiano y puesta bajo la invocacion de la Virgen: oida la misa, el rey, los barones y los caballeros se diseminaron por las murallas y las torres y dieron por segunda vez gracias al Señor de que una ciudad tan fuerte, que hubiera podido defenderse años enteros contra un ejército tres veces mayor que el que la sitiaba, se hubiese entregado voluntariamente, sin bloqueo y sin asalto, y como si los ángeles del cielo hubiesen abierto sus puertas.

La consternacion fué grande en todo el Egipto cuando se esparció aquella nueva: todos conocian cuanto iba á aumentar el valor y la confianza de los cristianos semejante fuga. El sultan supo la nueva en el lecho de muerte, y la cólera le volvió por algun tiempo la energia de la salud. Hizo presentarse junto á su lecho cincuenta oficiales de la guarnicion de Damietta, y los condenó á ser estrangulados. Uno de aquellos oficiales, que tenia un hijo, jóven de rara belleza á quien amaba con todo el cariño de un padre, pidió morir el primero, á fin de no ver el suplicio de su hijo.

—Me haces caer en ello, respondió el sultan: ejecútese al hijo á la vista del padre.

Despues hizo que le presentasen á Fakreddin.

—La presencia de los francos, le dijo, debe tener algo de muy terrible, puesto que hombres como vos no la han podido sufrir un dia entero.

Entonces los emires, temiendo para su gefe la suerte de los demas oficiales, le hicieron seña de que estaban dispuestos á dar de puñaladas al sultan; pero habiendo agotado

las fuerzas de este último el esfuerzo que habia hecho, y viéndole Fakreddin volver á caer sobre sus cogines pálido y sin voz:

—No, dijo, no vale la pena, dejadle morir.

En efecto, el 22 de noviembre de 1249, el 15 de la luna de Chaban, falleció el sultan, designando por su sucesor á su hijo Touran-Chah.

### VIII.

#### MAUSOURAH.

En tanto los franceses ignoraban la muerte de Negmeddin, porque se habian tomado toda clase de precauciones para ocultarla, no solo á ellos, sino tambien á los egipcios. Aunque aquel magnífico sultan no era ya mas que un cadáver, aunque la autoridad y el poder se habian reunido momentáneamente en manos de una muger, los mamelucos *baharitas*, que él habia creado, y que tomaban su nombre de *baharitas* ó *marítimos*, porque ordinariamente guardaban el castillo de Raoudah, situado en medio del Nilo, continuaron custodiando la puerta de su palacio; se servian las comidas como si viviese; dábanse las órdenes en su nombre; en los púlpitos de todas las mezquitas se recitaban oraciones por su restablecimiento, y esto al tiempo que se habian enviado mensajeros á Husu-Keifa, orillas del Tigris, donde Touran-Chah, su hijo, se hallaba desterrado. Entretanto el emir Fakreddin, habia tomado el mando de todo el Egipto: era este un gran general y un bravo soldado, á pesar de que con su precipitada retirada, que por lo demas acaso no era mas que una astucia, hubiese entregado á Damietta. Habia sido hecho caballero por Federico II, y en su escudo llevaba reunidas las armas de los emperadores de Alemania y de los sultanes del Cairo y de Damascó.

Pero á la larga, por cuidado con que se ocultase aquella muerte, los cruzados la habian sabido al fin; sin embargo, del mismo modo que los turcos, esperaban á alguien para obrar. Era este el conde de Poitiers, quien habiéndose quedado en Francia, debia llevar en socorro del ejército, acampado ante Damietta, hombres y dinero. Pero por el tiempo en que debian llegar, se puso la mar tan encrespada y los vientos tan contrarios, que mas de ciento treinta navios fueron arrojados á la costa, donde se fueron á pique. El conde de Poitiers, que habia salido de Aigues-Mortes á fines de junio, en el momento en que la noticia de la toma de Damietta llegó á Occidente, fué arrojado por el viento á San Juan de Acre, de modo que el rey y todos los caballeros, no

viéndole aparecer é ignorando lo que habia sido de él, se desesperaban, creyéndole muerto ó al menos en gran peligro. Cada uno era de distinta opinion con respecto á él, cuando el señor de Joinville recordó que, durante su viage de Marsella á Chipre, le habia sucedido una cosa maravillosa. A la altura de Tunez, y á la hora de Visperas, sobre poco mas ó menos, habian encontrado en su camino una gran montaña redonda; al anochecer la doblaron, y creian haberla dejado á gran distancia atrás durante la noche, cuando al despertarse por la mañana, se encontraron en el mismo sitio que la víspera, teniendo siempre la montaña á la proa de su navio, á pesar de que el piloto juraba que habia ganado cincuenta leguas durante la noche. Añadieron entonces los remos á las velas, bogaron todo el dia y toda la noche, pero su trabajo fué inútil; al despertar al otro dia volvieron á ver todavia delante de sí la montaña fatal. Comprendieron ya que bajo aquella aparicion habia alguna magia que no lograrían vencer mientras no emplearan otros medios que los humanos. Un santo varon que pertenecia á la iglesia llamado el dean de Manru, levantó en consecuencia la voz y dijo: «Amados señores y caballeros, no he visto en mi vida persecucion ni peligro que no desapareciera con la ayuda de Dios y de su santa Madre, cuando un sábado se sale tres veces en procesion cantando las alabanzas del Señor.» Aquel dia era precisamente un sábado; de modo que toda la tripulacion, sin esperar á mas empezaron á marchar alrededor de los mástiles cantando salmos; y el mismo Joinville se hizo llevar sostenido de los brazos porque padecia mucho del mareo. El conjuro fué eficaz, y al dia siguiente habian perdido de vista la montaña de iman. Joinville propuso, pues, el mismo medio al legado; este le aceptó al punto, y mandó anunciar tres procesiones en el ejército. Debian tener lugar de sábado en sábado, yendo desde la casa del legado á la parroquia de Nuestra Señora, de la ciudad de Damietta. Lleváronse á efecto con gran fé y no menos esperanza, y en cada una de aquellas procesiones, á que asistia el rey con todos los señores de su córte, el legado pronunciaba un sermón y absolvía los pecados. Por fin, habiendo llegado el tercer sábado, y hallándose el rey en la iglesia, fueron á anunciarle que se veian en la mar muchos bageles: eran del conde de Poitiers y el contingente de la Francia.

La llegada del hermano del rey, salvado de un modo tan milagroso, causó un gran regocijo en todo el ejército. Todos acudieron presurosos al desembarco, y vieron con júbilo que ademas de un poderoso refuerzo de hombres, llevaba el conde de Poitiers un gran socorro de dinero. Once carros, arrastrado cada uno por cuatro robustos caballos, y cargados con ochenta toneles grandes unidos con anillos

de hierro, que contenian talentos, esterlinas y monedas de Colonia, se encaminaron á Damietta. Era aquel el producto de los bienes de la Iglesia, que habian sido vendidos para ayudar al éxito de la cruzada.

Aquel mismo día reunió Luis IX á sus mas elevados barones, escogió de estos los que reconocia como mas hábiles guerreros, y les pidió su parecer acerca del camino que se debia tomar, y si se debia marchar sobre Alejandria ó sobre el Cairo. El conde Pedro de Breña y los mas experimentados opinaron porque el rey fuese á Alejandria, que tenia un buen puerto, por medio del cual se podria abastecer el ejército; pero este parecer fué rechazado enérgicamente por el conde de Artois, quien declaró que por su parte no iria á Alejandria, sino por el Cairo; que el Cairo era la capital del reino de Egipto, y que para matar á la serpiente era preciso empezar por aplastarla la cabeza. El mismo rey se declaró á favor de esta proposicion, y el 6 de diciembre se pusieron en marcha los cruzados, dejando á la reina Margarita, las condesas de Artois, de Anjou y de Poitiers en Damietta, bajo la custodia de Olivier de Thermes.

A pesar de todas sus contingencias, el ejército presentaba todavia magnífica apariencia; veinte mil caballeros, la flor de la caballería, cuarenta mil infantes, los mejores soldados de á pie que habia, subian por la ribera derecha del Nilo. A la vez el rio desaparecia completamente en una estension de una legua bajo las barcas, galeras, y las grandes y pequeñas naves cargadas de armas, de arneses, instrumentos bélicos y hombres. Al dia siguiente hicieron alto en Pharescour, y aqui se presentaron el primer obstáculo y la primer empresa.

Habian llegado á uno de los numerosos brazos del Nilo que salen del rio y van al mar desde la embocadura Pelusiaca hasta la Canópica; y aunque poco ancho, era el rio demasiado profundo para vadearse. En aquella época en que el arte estratégico no habia descubierto todavia el secreto de esos puentes volantes que trasportan hoy nuestros ejércitos de una ribera á la otra, no habia en semejante caso otro recurso que hacer sangrías al rio, hasta que sus aguas bajando gradualmente, dejaran un vado al descubierto. Pusieron manos á la obra, y cuando iba ya adelantando, vieron llegar hácia ellos haciendo señales de paz, quinientos caballeros sarracenos perfectamente montados y cubiertos con magnificas armaduras. Luis envió gente en su reconocimiento, y mandó les preguntasen qué querian. Respondieron que habiendo muerto el sultan y no queriendo servir á su sucesor, iban á ofrecer sus servicios al rey de Francia. Por mas que aquel motivo pareciese poco plausible, como á causa de su escaso número se encontraban á discrecion de los cruzados, mandó el rey que so pena de rebelion, y por

consecuencia de muerte, no se hiciese ningun insulto á aquellos nuevos aliados. Pusieronse, pues, á su vista en órden para pasar el rio.

Marchaban los templarios á la cabeza, á las órdenes de Regnault de Bichers, cuando vieron á los quinientos sarracenos, que se habian formado en columna cerrada, moverse de repente y dirigirse á ellos á todo el galope de sus corceles; detuviéronse entonces para ver en lo que iba á parar aquello, contentándose no obstante con ponerse á la defensiva, porque de ningun modo podian creer que tan escasa gente atacase á todo un ejército. Su duda no duró mucho: uno de los turcos que sobrepujaba á los demas en altura como cuatro ó cinco pies, hirió con su maza de armas á un templario que se encontraba en el flanco de la línea de batalla, y le envió rodando bajo los pies del caballo de Regnault de Bichers. Entonces éste, tirando de su espada, se levantó sobre los estribos gritando: «Sus, adelante, compañeros; á ellos en nombre del Señor, porque no podemos tolerar cosas tales.» Dichas estas palabras, hunde los acicates en su troton, y todos aquellos terribles frailes que Dios habia armado caballeros, se volvieron contra los sarracenos, lanzándolos hácia el rio, é hiriéndolos con sus espadas, hasta que una parte de ellos quedó tendida en la ribera y la otra desapareció en el Nilo; tanto que ni uno de aquel escogido peloton se escapó, pereciendo todos al filo de la espada ó ahogados. En seguida los templarios que habian verificado solos aquella sangrienta ejecucion, volvieron á colocarse á vanguardia y pasaron el rio sin otro accidente. El ejército les siguió. Al dia siguiente por la noche llegaron á la aldea de Scharmesah.

El ruido de su marcha subia en tanto por el rio precediéndole; y á medida que se aproximaban á Mausourah, la última muralla del Cairo, el espanto se difundia por todo el Egipto, que con la reciente muerte del sultan quedaba en gran turbacion y desórden. Nada se oía hablar aun del jóven principe Touran-Chah; ninguno de los mensajeros que se le habian enviado habia vuelto, y la responsabilidad de los negocios públicos pesaba toda entera sobre una muger. Verdad es que el historiador árabe Makrisi dice que aquella muger sobrepujaba á todas las mugeres en belleza y á todos los hombres en genio.

El terror se aumentó aun mas con una carta que el emir Fakreddin envió al Cairo para llamar á las armas á todos los buenos musulmanes. A la hora de la plegaria, el muftí subió á la cátedra, y habiendo anunciado que habia una cosa interesante que comunicar al pueblo, desarrolla la carta de Fakreddin, y la leyó. Estaba concebida en estos términos:

«En el nombre de Dios y de Mahoma su profeta.

»Acudid presurosos, grandes y pequeños: la causa de Dios necesita de vuestras armas y

de vuestras riquezas. Los francos, ¡maldígalos el cielo! han arribado á nuestro país con sus estandartes desplegados y desnadas sus espaldas; quieren apoderarse de nuestras ciudades y asolar nuestras provincias. ¿Qué musulmán puede negarse á marchar contra ellos y vengar la gloria del islamismo?»

El contenido de aquella carta leída en la gran mezquita se difundió al punto por todo el Cairo. Los cobardes pensaron huir, los valientes en salir al encuentro del peligro. Por espacio de tres días estuvo la ciudad consternada y abatida; como si aquellos francos tan temidos estuviesen ya á las puertas. Entretanto continuaban avanzando los cruzados, sin conocimiento alguno de las localidades, pero subiendo por el Nilo, y sabiendo que en la ribera encontrarían á Mausourah, y después de Mausourah el Cairo.

De repente, á pocas leguas más allá de Bermoun, se detuvo la vanguardia dando grandes gritos: había visto la ciudad de la Victoria, y al otro lado del canal del Achmoun, en ambas riberas, los dos campos de sus enemigos, apoyados por una flota que obstruía el Nilo, mientras los turcos obstruían la tierra. No se trataba ahora de variar de cauce á un torrente y vencer á quinientos sarracenos; había que abrirse paso por entre una verdadera flota, y combatir contra todo un ejército. Había llegado al fin al lugar señalado por el destino, y donde debía decidirse la suerte de la guerra. Avanzó la flota de los cruzados hasta la altura de Mausourah, los caballeros cristianos llegaron hasta las orillas del canal sin ataque y sin resistencia. Llegados aquí, ancló la flota y el ejército estableció su campo. Nasir-Daoud, príncipe de Karak, colocado en la ribera occidental del Nilo, les observaba. Era esto el 19 de diciembre del año 1249, el décimotercero día de la luna de Ramadan.

Trazaron los cruzados inmediatamente su cerco en el mismo sitio en que el ejército del rey Juan de Brienne había acampado treinta años antes, y el rey dió sus órdenes para el paso del canal.

Este canal que se separaba como una trenza de la melnuda cabeza del Nilo, tenía delante de Mausourah una anchura igual á la del Sena. Su cauce era profundo, sus orillas escarpadas; ningún puente existía, ningún vado era conocido, y algunos hombres dispersos en la otra orilla hubiesen bastado para destruir un ejército que hubiese intentado atravesarle á nado. Decidió, pues, Luis, que se construyese una calzada, y que dos torres móviles y de muchos pisos defenderían á los trabajadores. Dedicáronse, pues, á hacer aquellas torres de madera, que estuvieron construídas en algunos días; en seguida se ocuparon del malecón.

Aproximaron entonces los sarracenos diez y seis máquinas de guerras que colocaron en la orilla meridional del río á fin de lanzar pie-

dras y dardos á la otra orilla. Al punto el rey mandó construir diez y ocho máquinas que opuso á las de su contrario. Entre estas diez y ocho había una muy mortífera, y cuyo inventor fué un caballero llamado Jousselin de Courrent. Y mientras se levantaban aquellos castillos y aquellas máquinas, los hermanos del rey y los caballeros velaban sin cesar noche y día.

En tanto que las galerías se terminaban, á pesar de la lluvia de piedras y flechas que caían sobre los trabajadores, el malecón comenzó á prolongar su cabeza en el río. Pero al mismo tiempo, y en frente, los sarracenos se pusieron á escabar la tierra, de modo que el río retrocedía por un esfuerzo semejante al que se hacía para cortarle. Durante tres días avanzó la calzada con improba tarea, amasada con sudor y teñida de sangre, y al fin del tercer día, se encontraron con el mismo espacio que atravesar que al principio de los trabajos.

Entretanto, Fakreddin hizo bajarse por la ribera izquierda del Nilo una fuerza numerosa de sarracenos, que pasó el río por Scharmesah, y que andando de noche el mismo camino que los cristianos habían andado, avanzó para atacarlos: el emir les había animado jurando por el nombre del profeta que el día de San Sebastian dormiría en la tienda del rey de Francia.

Se disponía el ejército á comer, custodiando con gran cuidado la parte del canal y del río, cuando á retaguardia del campamento y hácia el lado de Damietta se oyeron grandes voces de alarma. Joinville, que como hemos visto se hallaba siempre de los primeros en el combate, se levanta de la mesa con su compañero Pedro de Avallon y todas sus gentes, y haciendo ensillar sus caballos apresuradamente, se lanzaron hácia la parte del campo que se veía atacada. Al mismo tiempo que él y su gente, iba al socorro de los que habían sido atacados toda la milicia de los templarios, mandada por su infatigable mariscal Regnault de Bichers. Estos dos escogidos pelotones cayeron sobre los sarracenos, en el momento en que se llevaban ya al señor de Perron y el de Duval, su hermano, á quien habían cogido en el campo. Cuando se vieron perseguidos, quisieron matar á sus prisioneros, pero sus buenas armaduras les protegieron, y Joinville los encontró tendidos en el suelo, magullados y heridos, pero ambos todavía vivos. Inmediatamente llegaron nuevos refuerzos á los cruzados; los sarracenos se vieron obligados á dejar el campo de batalla, y los dos buenos caballeros fueron llevados en triunfo al campo.

Mandó Luis entonces ejecutar nuevos trabajos, y recomendó mayor vigilancia. Caváronse fosos en toda la línea que se estendía hácia Damietta; de suerte que el campo que tenía la forma de un triángulo, se encontraba

protegido por uno de sus lados por el Nilo, del otro por el canal del Achmoun, y por el tercero por los nuevos fosos, á que se añadió además una empalizada. El rey y el conde de Anjou se encargaron de guardar la parte que miraba al Cairo; el conde de Poitiers y el senescal de Champagne levantaron sus tiendas de modo que vigilasen el lado de Damietta, y el conde de Artois, con gente escogida, se estableció alrededor de las máquinas de guerra. De modo que jamás se vió campamento alguno mejor defendido que el del Achmoun, porque estaba custodiado por un rey y tres hermanos de rey.

Pero los turcos viendo que no habia medio de coger á los cruzados por sorpresa, colocaron un día frente al malecon una máquina de guerra mas resistente y terrible que ninguna de las que se encontraban allí; al mismo tiempo otras máquinas arrojaban flechas y piedras, no solo por encima del canal del Achmoun, sino tambien de la orilla izquierda á la derecha del Nilo. Estos preparativos que anunciaban intenciones hostiles para el día siguiente, hicieron que los señores Gautier de Cúrel y el senescal de Champagne fuesen llamados á estar en observacion con el conde de Artois, de quien el rey desconfiaba siempre á causa de su juventud y fogosidad. Los caballeros se acomodaron pues entre las máquinas de guerra.

A eso de las diez de la noche, cuando los dos buenos caballeros velaban á diez pasos de distancia uno de otro, vieron una luz al otro lado del rio, y se aproximaron pensando que se tramaba alguna cosa; en el mismo instante un globo de fuego del grandor como de un tonel, dejando tras si una cola parecida á la de un cometa, y semejante á un dragon que volase por el aire, partió de la máquina infernal, despidiendo tan gran resplandor, que se veia el campamento, y Mausourah, y el campo de los turcos, como si fuera al medio día. Fué á caer entre las dos galeras, en una sangría que los cruzados habian hecho al rio para disminuir sus aguas, y allí, aunque en el agua, continuó ardiendo, porque aquel fuego era el fuego griego, inventado por Callinico, y no se podia apagar mas que con arena y vinagre. Todo el campo se despertó de repente con aquel estrépito y aquella llama, semejante al resplandor y estruendo de la pólvora. Salió el rey de su tienda, todos se levantaron, y permanecieron en pie é inmóviles; y el buen sire Gautier de Cúrel, viendo aquel fuego, se volvió hácia Joinville y sus caballeros exclamando: «¡Señores, somos perdidos sin remedio alguno; porque si permanecemos aquí, somos abrasados, y si abandonamos nuestro puesto mance llaremos nuestra honra! Así pues, como solo Dios puede defendernos en tal peligro, os aconsejo, compañeros y amigos, que siempre que nos envíen ese fuego, nos pongamos todos de rodillas y el rostro pegado á tierra, pidiendo gracia á Nuestro Señor en quien reside todo

poder.» El senescal y los caballeros prometieron hacer lo que el buen señor les decia. En aquel momento llegó un chambelan del rey á preguntarles si la llama causado algun estrago. Pero precisamente acababa de apagarse, cediendo á los esfuerzos de un hombre que tenia algun conocimiento de aquella infernal materia, y que se habia atrevido á aproximarse solo al sitio en que habia caído. El chambelan volvió, pues, un poco tranquilo á donde estaba el rey. Mas apenas llegó á la tienda, todo el cielo se iluminó de nuevo con un resplandor tan terrible, que el mismo Luis cayó de rodillas exclamando con una voz conmovida por el llanto: «Buen señor Jesucristo, libranos á mi y á todo mi ejército!...»

Aquel segundo rayo atravesó el canal como el primero; pero inclinándose mas á la derecha se dirigió hácia la torre que guardaban las gentes de los señores de Courcenay, que viéndola ir hácia ellos, abandonaron el sitio donde debia caer, y emprendieron la fuga en todas direcciones. El ardiente dragon cayó sobre la orilla del rio, á pocos pies de la máquina de madera, de modo que un caballero, que lo veia comunicarse y propagar á la máquina, no esperando poderle apagar solo, fué corriendo y desolado á donde estaban los señores de Joinville y Gauthier, gritando: «Ayudadnos, ayudadnos en nombre del Señor Dios, ó todos somos quemados, nosotros y las torres. Auxilio, señores! auxilio!...» Los dos caballeros acudieron al punto, el ánimo volvió á sus gentes, gracias á este ejemplo; todos se dirigieron allí donde el fuego se hallaba; mas apenas comenzaron á apagarle, una lluvia de piedras, flechas y dardos cayó sobre ellos como un granizo. Pero estas eran armas humanas que podian rechazar medios humanos. Inquietáronse muy poco por ellas los cruzados, á pesar de que á los pocos momentos sus escudos y petos estaban acribillados.

Pasóse así la noche en medio de terrores sobrenaturales; hasta la venida del día el cielo arrojó llamas y los caballeros estuvieron en vela, comenzando á creer que Mahoma, el falso profeta, enviaba á la defensa del Egipto, no ya hombres sino demonios. Los rumores mas extravagantes obtenian crédito en aquella tierra desconocida y en aquella época de tinieblas. El mismo Nilo, que corria á la vista de todos, bienhechor y fecundo, era el objeto de las fábulas mas inauditas. Joinville con su crédula y religiosa ingenuidad, nos ha conservado las estrañas opiniones que los cruzados habian tenido ó recibido con aquel motivo. Decian algunos, que el Nilo tenia su origen en el paraíso terrestre; y lo que daba fuerza á esta creencia es, que frecuentemente los pescadores sacaban en sus redes canela, gengibre y aloe, que arrastraba con sus aguas. Y como esos árboles preciosos germinan en el Eden, era evidente para los cristianos que el viento derribaba pedazos de aquellos arbustos, como

en nuestro país rompe las ramas muertas y secas; estos fragmentos caían en el río, y el río los llevaba hasta el Cairo, Mausourah y Damietta, donde los mercaderes los recogían y los vendían á peso de oro.

Decíase también que el soldan que acababa de morir había querido saber un día de donde salía aquel río, de nacimiento ignorado. En su consecuencia, mandó á gentes espertas á explorar su curso; al punto una flotilla se había puesto en camino, llevando víveres y galleta, por temor de ser detenida por el hambre. Los viajeros habían quedado tres meses en camino; al fin pasado este tiempo, habían vuelto diciendo que habían subido por el río hasta un sitio donde rocas cortadas á pico impedían el paso, y que desde lo alto de aquella eminencia habían visto al Nilo precipitarse como una inmensa cascada. Por lo demás, les había parecido que la cima de aquellas rocas estaba cubierta de árboles magníficos, y entre aquellos árboles habían creído distinguir un gran número de fieras, tales como leones, elefantes, dragones, tigres y serpientes, que salían á mirarlos á la orilla del precipicio. En seguida los viajeros se habían vuelto, no atreviéndose á seguir mas adelante, y fueron á dar cuenta al sultan de lo que habían visto durante su viage.

Concíbese ahora que los sucesos mas insignificantes pareciesen sobrenaturales, y á qué impresiones tan terribles debían dar origen en un ejército perdido en un país donde nadie ponía en duda semejantes narraciones. No causará, pues, admiración que el fuego griego, aquel secreto de los emperadores de Constantinopla, descubierto por los turcos, pero todavía desconocido á los cristianos, hubiese causado tan gran terror en todo el ejército. Felizmente para los cristianos, aquel primer ataque se pasó sin que la gravedad de los efectos correspondiese al terror que la causa inspiraba; los que habían velado por la noche se entregaron al reposo; solo el rey y sus hermanos no se quisieron dejar relevar por nadie, y continuaron vigilando en su puesto.

Ya de día, mandó el conde de Anjou se reparasen las máquinas, y como las flechas de los sarracenos inquietaban á los trabajadores, hizo aproximar sus dos torres, y respondió con las balistas de sus máquinas; y como los cristianos tenían excelentes arqueros y diestros tiradores, se apercibieron los turcos de la desventaja que tenían ellos. Arrastraron entonces una especie de catapulta que llamaban la *Pedreira*, frente á las galerías de los cruzados, y apareando todos sus ingenios para darles mas fuerza, añadieron á aquellos globos de fuego que lanzaba la máquina principal, una multitud de dardos inflamados á los que nadie se atrevía á esponerse.

Entonces el fuego griego, auxiliado por la luz del día, fué dirigido con mas seguridad y mas fatalmente; en un instante las dos torres

y todos los parapetos que las rodeaban empezaron á arder. Al verlo, quiso el conde de Anjou lanzarse solo para apagar el incendio; detuviéronle por fuerza, tanto que casi parecía enagenado. Todo el día estuvo cayendo aquella lluvia de Gomorra, devorándolo todo, y por la tarde no había ya ni equipages ni máquinas. La noche fué tranquila; nada quedaba ya que quemar.

Toda la madera se había consumido; ya no había nada ni en el campamento ni en las inmediaciones. El rey reunió sus caballeros y les espuso su aflicción. Decidióse que se desharían cierta cantidad de navios, y que de sus pedazos se construiría una nueva torre. Se perdieron algunos bageles, pero quince dias despues una galería mas fuerte y alta que las precedentes, estaba completamente terminada. El rey, por un sentimiento caballeresco que tenía por objeto volver á su hermano la honra que este creía haber perdido dejando quemar sus torres, mandó que no se condujese esta al malecon hasta que llegase el día en que le tocaba aquel puesto al duque de Anjou. Hizose como el rey había decidido, y en el día señalado se arrastró la nueva torre hácia la orilla del canal, y se mandó á los trabajadores pudiesen manos á la obra.

Entonces los sarracenos volvieron á comenzar la misma maniobra de que ya habían sido víctimas los cruzados; condujeron sobre el punto amenazado la infernal *Pedreira*, la añadieron otras diez y seis máquinas que aparearon como la primera vez para redoblar sus fuerzas, é hicieron flotar sobre los trabajadores una granizada de piedras y dardos. Mantuviéronse estos un momento, pero aplastados bien pronto bajo aquella lluvia mortífera, se retiraron fuera de su alcance. Inmediatamente, viendo la torre abandonada, asestaron la *Pedreira* directamente contra ella; cinco minutos despues, un globo de llamas envuelto en humo, atravesó el canal silbando y produciendo un ruido infernal, y vino á caer al pie de la torre. Lanzóse entonces el conde de Anjou solo en medio de aquella especie de vacío decidido á apagar aquella llama infernal ó á ser devorado por ella. En el mismo instante la lluvia de piedras y de flechas redobló, y fué un milagro que ninguna le alcanzase. Veíanse entretanto los preparativos que hacían los sarracenos para lanzar por segunda vez el fuego griego; no había que perder un momento para salvar al conde de Anjou. Cuatro caballeros se decidieron al sacrificio; marcharon hácia él como á socorrerle, y cogiéndole por los brazos y el cuerpo le arrastraron con fuerza fuera del alcance de los dardos y las llamas.

Apenas se habían alejado, un segundo globo atravesó el espacio, y fué á clavarse en el flanco de la galería. A cualquiera otra clase de fuego acaso hubiese resistido la torre, porque estaba completamente forrada de cuero y construida con maderas mojadas; pero todas aque-

llas precauciones eran inútiles contra el fuego griego: el abrasador dragon se agarró con sus garras de hierro al corazon de la torre, envolviendo con sus alas gigantescas el inerte é inmóvil coloso sobre que habia caido; todo se confundió al punto en una inmensa hoguera, y al cabo de una hora no quedaba ya de la máquina que habia costado tantas fatigas y dinero, mas que un monton de cenizas.

El rey estaba desolado; no veía término á aquella lucha; era preciso atravesar el canal ó renunciar á la cruzada. Establecer un malecon era imposible; el torrente era demasiado rápido y profundo para atravesarle á nado; la retirada hácia Damietta era vergonzosa é impolitica, y sin embargo, las cosas no podian permanecer en el estado en que se hallaban. El hambre comenzaba á afligir al ejército; algunos hombres habian muerto de una enfermedad que, sin tener carácter contagioso, ofrecia, sin embargo, sintomas análogos, y por consecuencia alarmantes. Reunió Luis á sus barones en consejo extraordinario.

Verificábase la reunion en la tienda del rey, y no se esperaba ya para comenzar la discusion mas que al señor Humbert de Beaugeu, condestable de Francia, que rondaba en el circuito exterior del campamento, cuando entró llevando una noticia que volvió á todos el valor. Mientras patrullaba, un beduino se le habia presentado y le habia ofrecido enseñarle un vado accesible á los caballos, mediante la cantidad de quinientos pesantes de oro. El rey aceptó á condicion de que la suma no se pagaria hasta que los cruzados hubiesen tocado en la otra orilla. Cerrado así el trato, decidióse el paso para la noche del miércoles 8 de febrero.

El lunes por la noche, el rey entregó la custodia del campo al duque de Borgoña, que mandó al punto circularsen patrullas por temor de una sorpresa; en seguida el rey y sus tres hermanos se pusieron en marcha mandando diferentes divisiones. En la vanguardia iba el hermano Gilles con los templarios, de que era gran comendador. Tras ellos iba el conde de Artois seguido de los prohombres y guardias de su casa; por último, el rey y sus dos hermanos, el conde de Anjou y el conde de Poitiers, mandando el resto de la gente: entre todos mil cuatrocientos caballeros próximamente, con trescientos ballesteros, que debian pasar á la grupa con la vanguardia.

La division, enviada para la expedicion, se puso en camino á la una de la madrugada en medio de la oscuridad, en silencio y siguiendo las orillas del canal con el orden que hemos dicho. En el camino algunos caballeros se separaron imprudentemente; y como las orillas, que estaban en pendiente, eran de cieno y arcilla, cayeron con sus caballos en el canal y desaparecieron al instante mismo. Tal era la profundidad del agua y la rapidez de la corriente. Entre estos se encontró un capitán

muy bravo llamado Ghean de Orleans, el cual llevaba la bandera del ejército; supo el rey aquellos accidentes, movió la cabeza como teniéndolos como de mal agüero, y ordenó que los caballeros se separasen de la ribera.

A las dos de la madrugada habian llegado los cruzados al vado. A la luz de la aurora naciente, vieron en la otra orilla trescientos caballeros sarracenos próximamente, que sin duda habian sido colocados allí para guardar el paso. Entonces el beduino entró el primero con su caballo en el canal, fué hasta la otra orilla y volvió á donde estaba el rey, quien le entregó al punto los quinientos pesantes de oro y le volvió á enviar al campamento. Entonces, á pesar de la órden que habia dado de que nadie abandonase su puesto, el conde de Artois pasó del segundo cuerpo á la vanguardia y lanzó el primero su caballo al agua. No habia tenido tiempo el rey de gritarle que cuidase su vida, cuando ya estaba á la otra orilla esperándole. Hizo seña el principe con la mano para tranquilizar á su hermano, y el primero anticipándose á los templarios, lastimados con aquel ataque á sus derechos, se puso á atravesar el canal. Al mismo tiempo, las gentes del conde, viendo á su señor á la cabeza de la columna, se arrojaron al agua para unirse á él, rompiendo la linea de los cruzados, y llegando en confuso tropel con ellos á la otra orilla, que felizmente tenia una suave pendiente y por consecuencia un fácil acceso.

Apenas el conde de Artois habia tocado en la otra ribera, cuando, á pesar de la órden del rey, que habia mandado se esperase á que todo el mundo hubiese pasado para empuñar el combate, no pudo resistir al deseo de atacar el campamento y partió al galope con sus hombres de armas subiendo por la ribera. Entonces los templarios, viéndole partir así, no quisieron quedarse atrás, y se lanzaron á competencia con los otros caballeros. Llegaron así, llevados con una rapidez tal (á pesar de que casi todos los caballeros, ademas de sus ginetes, llevaban á la grupa un balletero) que sorprendieron las avanzadas, y entraron en el campo llevando en la punta de sus lanzas la noticia de su paso. Encontraron á los sarracenos tendidos y entregados al sueño. Echáronse abajo los ballesteros y se esparcieron por el campo y comenzó la carniceria. Exasperados por un mes de lucha impotente, los cruzados, que habian al fin conseguido unirse á sus enemigos, á nadie perdonaban: niños, ancianos, guerreros, doncellas, todos cayeron heridos con el mismo ardor, sin gracia ni piedad, los unos en sus camas, los otros por entre los barrancos, otros en fin á medio armar y vestir; el emir Fakreddin estaba en el baño y se hacia perfumar la barba, cuando oyó los gritos de muerte que lanzaban á la vez los que acometian y las víctimas. Acude presuroso á la puerta de su tienda completamente desnudo y sin

otra defensa que una maza de armas; un caballo sin silla y sin brida pasaba despavorido; le coge por la crin, se lanza sobre sus lomos, y corre hácia el punto donde se oía mayor alboroto, gritando *Islam, Islam*, con una voz que fué oída en todo el campamento. Encontró á los franceses en el momento en que acababan de apoderarse de las máquinas de guerra, entre las que yacía quieta y sombría aquella Pedrera que había arrojado tantas llamas al campo. No creía el emir tan cerca de sí á los cruzados, de modo que se encontró en medio de ellos y no reconoció el peligro sino cuando ya no era tiempo de huir. Al punto su cuerpo fué el blanco de todos los golpes, y cayó aenchillado con mas de veinte heridas. Entonces un caballero llamado Foucault de Nesle, viendo huir por todas partes á los sarracenos coge el caballo del conde de Artois por el freno, gritando: ¡Sus, á ellos! ¡Sus, á ellos! El conde de Artois tenía mas bien necesidad de ser contenido que escitado: picó con sus espuelas al caballo para perseguir á los infieles; pero el gran comendador del Temple, el hermano Gilles, se atravesó en su camino recordándole la orden del rey, que quería se le esperase. Continuaba entretanto el caballero sujetando la cabalgadura del conde de Artois por la brida gritando siempre y con todas sus fuerzas: ¡Sus, á ellos! ¡Sus, á ellos! porque siendo sordo no había oído la orden del rey y no sabía lo que el comendador del Temple decía al conde. Este, lastimado con el atrevimiento del hermano Gilles, dió un golpe al caballo del comendador con el pomo de su espada para hacerle separar del camino, diciéndole: «que si tenía miedo se quedase donde estaba, pero que le dejase ir á él que no tenía miedo.—No tenemos mas miedo que vos monseñor, respondió el hermano Gilles, y donde vos vayais con la ayuda de Dios iremos nosotros.» Y al mismo tiempo puso su caballo al par de el del conde de Artois y salió al galope no permitiendo, á pesar de ser el hermano del rey, que se adelantase la distancia de media lanza. En aquel momento oyeron gritar tras de sí: ¡deteneos! Erau diez caballeros que iban de parte del rey á mandar al conde de Artois esperase los demas cuerpos; pero el conde, señalándoles los infieles en derrota: «¿No veis que huyen, dijo, y que sería una indisculpable cobardía no perseguirlos?» Dichas estas palabras vuelve á emprender su carrera dando rodeos para herir á derecha é izquierda, por todas partes donde veía tropas sarracenas, sin seguir ningun camino y acompañado siempre del hermano Gilles. Al fin, siempre persiguiendo y siempre hiriendo llegaron hasta Mausourah, y como las puertas estaban abiertas á fin de que los turcos pudiesen refugiarse en ella, se entraron en la ciudad dejando el camino que acababan de seguir cubierto de cadáveres y empapado en sangre. Cerraron las puertas detras de ellos, y al fin

se oyó un gran número de tambores y trompetas; llamaban á los sarracenos á las armas con todos los ecos de la guerra, no pudiendo creer que los franceses fuesen bastante insensatos para haberse entrado en número insignificante en medio de una ciudad fortificada y que servia de guarnición á sus mas bravos soldados, los mamelucos baharitas.

Mientras esto pasaba, el rey había atravesado el canal tras el conde de Artois y el maestro del Temple con la segunda division del ejército; pero la tercera estaba todavía en la otra orilla, y entretanto los sarracenos se rehacian y armaban apresuradamente. Vió Joinville á su izquierda un considerable cuerpo que iba á cargar sobre el rey, y resolvió salir á su encuentro á fin de dar tiempo á la tercera division de ganar la orilla. Llamó, pues, á sí, ademas de sus caballeros, á los prohombres que voluntariamente quisieran seguirle; y respondieron á aquel llamamiento Hugues de Trechatel, señor de Conflans, que llevaba bandera; Raoul de Vanon; Errard d'Esmeray; Regnault de Menoncourt; Ferreys de Loppey; Hugues de Écossé, y otros muchos; de modo que viéndose un número suficiente para distraer al enemigo, picaron espuelas en direccion á los sarracenos. El buen senescal, como siempre y en todas partes, llegó el primero y con tanta rapidez, que el que parecia mandar la partida de los infieles no había tenido tiempo todavía de montar á caballo: ponía el pie en el estribo y un caballero tenía la brida, cuando Joinville, hiriéndole en un sitio descubierto del pecho, le hundió por un costado su espada que salió por el otro. Entonces el caballero sarraceno soltó la brida del caballo de su señor, y antes que Joinville hubiese podido sacar su espada, le hirió entre los hombros con una maza de armas con tal fuerza que el caballero se inclinó cayendo sobre el cuello de su corcel. Mas incorporándose al punto, desenvainó otra espada que llevaba en el arzon de su silla, é hirió con ella al sarraceno que emprendió la fuga. Cuando se dispersaba aquella gente, otra division compuesta de seis mil hombres próximamente, que en la primera alarma habían abandonados sus tiendas y se habían rehecho en campo raso, apareció, y viendo aquel reducido peloton de cristianos ante sí, pusieron sus caballos al galope corriendo hácia ellos. Aunque apenas eran estos doscientos entre escuderos y caballeros, Joinville y sus amigos se prestaron á hacer buena resistencia. Al primer choque, Hugues de Trechatel fué muerto y Vanon hecho prisionero. Mas cuando los turcos se le llevaban, le vió Joinville en medio de los que le habían hecho prisionero, y separándose del combate, cargó con Errard d'Esmeray sobre los que le arrebataban, y le soltaron. En el mismo instante recibió Joinville en su casco tan gran golpe que su caballo se arrodilló, y sacán-

dole de los arzones le arrojó por encima de la cabeza. Creyeron los sarracenos haberle muerto y corrieron hácia otros. Mas al punto se levantó, con su escudo al brazo y la espada en la diestra, y mirando á su rededor, vió á Errard d'Esmeray derribado como él, que como él acababa de levantarse, y resolvieron los dos retirarse hácia las ruinas de una casa donde esperaban ocultarse ó defenderse hasta que sus gentes acudiesen á socorrerlos y les llevasen caballos. En tanto una numerosa hueste de turcos que acudían á la pelea, apareció de repente. Los dos caballeros no intentaron huir ni ponerse á la defensiva; en pocos minutos llegaron á ellos los sarracenos: atropellados por los caballos cayeron, y toda la carga pasó sobre ellos como un huracán de acero, y fué á buscar una lucha mas formal, sin cuidarse de aquellos dos hombres que creían aplastados. Quedó entonces Joinville casi sin sentido; su escudo se habia separado de su brazo, y yacia él mismo en tierra sin tener fuerza para levantarse, cuando Errard fué en su socorro. Sostenido por su compañero, ganó al fin las ruinas que le ofrecían un abrigo, y apenas habian llegado allí, se les unieron Hugues de Écosse, Ferreys de Loppey, Regnault de Menoncourt, Raoul de Vanon y muchos de sus gentes. Acababan de reunirse, cuando fueron cargados por un peloton de turcos que los envolvió atacándolos de frente y por retaguardia, habiendo desmontado algunos y entrado en las ruinas para combatir mas de cerca, la lucha volvió á comenzar de nuevo y con mas encarnizamiento, porque los señores habian dado un caballo á Joinville y otro á Errard d'Esmeray; de modo que gracias á sus prodigios de valor, los sarracenos fueron rechazados, y viendo que se las habian con valientes caballeros fueron á buscar refuerzo. Entonces el pequeño peloton pudo reconocerse. Cuatro ó cinco caballeros estaban muertos; Raoul de Vanon y Ferreys de Loppey habian recibido cada uno una estocada en la espalda, y salía la sangre de sus heridas como el vino de un tonel; Errard habia sido mal herido en el rostro por tal cuchillada, que su nariz y una parte de la mejilla, desprendidas del hueso, caían sobre su boca. Todos los demas estaban mas ó menos heridos y en tal afliccion, que Joinville habiendo perdido confianza en el valor humano, se dirigió al poder divino, y acordándose de Santiago, á quien tenia una devocion particular, unió sus manos diciendo:

—Buen señor Santiago, yo te lo suplico, ayúdame y socórreme.

No bien habia acabado de dirigir aquella súplica, apareció el conde de Anjou en medio del campo, conduciendo su division y como á mil pasos de ellos.

Mas el conde de Anjou, ocupado en combatir con los sarracenos que le rodeaban, no

veía ni á Joinville ni sus compañeros, de quienes se habia apoderado tal debilidad, que no podian dirigirse á él. Entonces Errard se volvió al buen senescal y le dijo:

—Señor, si no creyéseis que lo hago por huir y abandonaros, iria á buscar arrostrando el peligro á monseñor el conde de Anjou á quien vemos allá en aquellos campos.

Entonces Joinville le respondió:—Caballero Errard, mucho hariais en honor mio y gran placer me causariais si fuéscis en busca de socorro con el cual pudiese salvarse nuestra vida.

Al decir estas palabras soltó el caballo de Errard que tenia cogido por la brida. Al punto el caballero partió á galope. Ya era tie n — po: tras de él volvieron los sarracenos á la carga. Empeñóse el combate de nuevo é iban á sucumbir Joinville y sus compañeros, á pesar de su defensa, estenuados por la fatiga, abrumados por el número y bañados en sangre y sudor, cuando los gritos de *Anjou en socorro* se oyeron: era el principe y toda su division que los iban á socorrer y libertar, guiados por el caballero Errard d'Esmeray, el cual murió al dia siguiente de la terrible herida que habia recibido y que le cruzaba el rostro.

En aquel mismo instante apareció el rey sobre una colina con gran estruendo de clarines y bocinas de guerra; aqui se detuvo para dar algunas órdenes. Elevaba su cabeza sobre todos los que le rodeaban y ceñala un dorado casco; blandía en su diestra una espada alemana con guarnicion dorada; cubria su cuerpo un peto cubierto de flores de lis tambien doradas, de modo que dando en aquel momento de lleno en su persona el sol saliente, parecia resplandecer ya con la claridad del Paraiso. Cristianos é infieles, amigos y enemigos le reconocieron al punto, y todos; recordando nuevas fuerzas, corrieron hácia él, los unos para defenderle, los otros para atacarle. Dirigió entonces una tranquila mirada en su derredor, y viendo en el peligro en que habian puesto á todo el ejército los que no habian seguido sus instrucciones, mandó á su division formase en compacta masa y no se desuniesen, prometiéndole que gracias á aquella precaucion, y con la ayuda de Jesucristo, nada podrian contra ellos los sarracenos por numerosos que fuesen. Apenas habia dado aquella orden, cuando con gran estruendo de cimbales y bocinas se dirigieron los sarracenos á atacar al rey en número de mas de diez mil.

Empeñada de este modo la batalla, era uno de los mas magníficos espectáculos que se podía ver, porque ninguno se servia del arco ó la ballesta, sino de la tizona, la maza ó el venablo; de suerte que se combatía cuerpo á cuerpo como en un torneo. Allí brillaba la caballeria de Francia; y á pesar de que cada noble tenia que habérselas con tres ó cuatro sarracenos, el combate era igual y se sostenia: el primero de todos, en medio de todos se veía

al rey, esponiendo mas su persona que ninguno de su ejército; de suerte que uno de sus mas leales caballeros, el caballero Jehan de Valery, cogió su caballo por la brida, y le arrastró á su pesar hácia la parte del rio, donde al menos podian protegerle desde la otra orilla, las máquinas de guerra y los ballesteros del duque de Borgoña. Apenas acababa de llegar, cuando Beaulieu, condestable de Francia, se aproximó todo ensangrentado, empuñando su mano un pedazo de su flordelisada espada. Dijo al rey que su hermano, el conde de Artois estaba en gran peligro en las calles de Mausourah, defendiéndose con una bizzarria maravillosa, mas sin embargo próximo á sucumbir sino era socorrido!... Entonces el rey exclamó:—Volad delante, condestable, y por mi señor Jesucristo, os seguiré cerca. Al punto el condestable tomó una espada y levantándola al aire:—Quien tenga buena voluntad y valor que me siga, dijo. Y Joinville y otros cinco, heridos y magullados como estaban, respondieron: ¡Hémos aquí! y clavando los acicales en sus trotones, siguieron al condestable.

Estaban ya á muy corta distancia de Mausourah, cuando un sargento de maza con las armas del condestable, montado en un caballo de refresco, los alcanzó gritando:—Deteneos, señores; que el rey está en gran peligro; deteneos. La pequeña partida obedeció. Hacia diez minutos que el combate habia cambiado de aspecto: porque los sarracenos habian cambiado de táctica. Viendo que no podian romper aquella masa de hierro se habian alejado, y hecho llover sobre los cristianos tal cantidad de flechas, dardos y venablos, que habian oscurecido el cielo, y las ferradas puntas de aquellos proyectiles, chocando en las corazas y escudos de acero de los cruzados, saltaban como el granizo en un tejado. Los hombres resguardados por sus armaduras, sufrían al fin aquella tempestad; pero los caballos caian, arrastrando en la caída á sus ginetes; tanto que Luis viendo entrar la confusion en las líneas, exclamó:—¡Adelante! Y á pesar de las observaciones de sus barones, cargó el primero. Aquella masa se movió y todos le siguieron; de suerte que las dos divisiones chocaron de nuevo con tal estrépito, que el condestable y Joinville le oyeron á una milla de distancia: vacilaron entonces sin saber á quien habian de socorrer, si al rey ó á su hermano, y todos fueron de parecer que al rey. Hicieron, pues, volver grupas á sus caballos; pero entre ellos y Luis habia un cuerpo de mil doscientos sarracenos próximamente, y ellos no eran mas que seis: hicieron entonces un rodeo por las orillas del canal, y siguiendo su ribera, veian flotar á merced de las ondas, viniendo la direccion de Mausourah, arcsos, lanzas y picas, hombres y caballos, torcidos, rotas, hechas pedazos aquellas, muertos ó moribundos estos; eran las tristes nuevas que les llegaban del conde de Artois y su gente; separaron la vista del canal,

y continuaron su carrera en la direccion en que se hallaba el rey.

Luis se habia retirado sobre la ribera del rio á una posicion ventajosa, despues de haber hecho en aquella lucha gigantesca lo que pudiera creerse fuese capaz de hacer un hombre: rodeado á la vez por seis sarracenos, dos de los cuales habian ya cogido su caballo por el bocado, á los seis los habia derribado de seis cuchilladas, librándose sin auxilio de nadie. Sin aquel ejemplo real y aquel valor sobrehumano, todo estaba perdido. Pero cuando los caballeros vieron á su principe ejecutar semejantes hechos de armas, no hubo uno que quisiese quedarse atrás; de modo que todos lucharon á competencia, y los sarracenos retrocedieron por fin para rehacerse á su vez, porque aunque diez veces mas numerosos, les habian reducido los cruzados á un terrible y lastimoso estado.

Joinville y el condestable habian, pues, llegado á tiempo, no para ver el fin del combate, porque aquel descanso momentáneo no era mas que una tregua en que cada uno recobraba nuevas fuerzas, sino para ir en ayuda de sus compañeros en la nueva lucha que se preparaba. Delante del rey habia un torrente que desembocaba en el canal, y sobre aquel torrente un puente pequeño. Joinville vió que la posición era importante; detúvose en él con el condestable, y viendo á su primo el conde de Soissons:

—Señor, le dijo, os suplico permanezcais aquí para guardar este paso, y haciéndolo obrareis bien, porque si le dejais, aquellos turcos que veis en frente de vos vendrán á acometer al rey por retaguardia, mientras sus compañeros le atacan por delante.

—Señor primo, respondió el conde de Soissons, si yo permanezco en este puente, ¿permanecereis conmigo?

—Sí, respondió Joinville, hasta que muera.

—Pues bien, dijo el conde; sea, soy vuestro. Viendo y oyendo lo cual el condestable:

—Está bien, dijo, guardad ese puente como bravos y leales caballeros, y voy á buscaros socorro. Organizáronse entonces los caballeros para guardar aquel puesto, y Joinville, á quien se habia ocurrido la idea de su defensa, se puso á la cabeza del paso, teniendo á su derecha al conde de Soissons, y á su izquierda á messire de Nouailles.

Hacia un momento que se hallaban allí, cuando vieron acudir directamente hácia ellos al conde de Bretaña, que volvía de la parte de Mausourah, á donde no habia podido penetrar. Iba montado en un corpulento caballo flamenco, cuyas bridas tenia cortadas ó rotas, y á cuyo cuello se habia aferrado con los brazos por temor de que los sarracenos, que le seguian de cerca, le hiciesen caer de él, en cuyo caso estaba perdido. De vez en cuando se incorporaba sobre los arzones, abria la boca, y entonces arrojaba por ella la sangre como

si la vomitase, lo cual no le impedía que volvierá el rostro, mofándose é insultando á los que le perseguían. Al fin llegó al puente, siempre amenazado por los turcos y siempre mofándose de ellos; pero estos, viendo un puesto defendido por caballeros dispuestos á todo, y que volvían hácia ellos sus rostros y las puntas de sus espadas, se retiraron al punto, y fueron á unirse á las otras divisiones de los sarracenos.

Acababan estas de ser ordenadas de nuevo, de modo que á los pocos momentos las bocinas, los címbalos y la gritería resonaron mas amenazadores y terribles que nunca. Todas las fuerzas turcas se habian reunido, é iban á intentar un nuevo esfuerzo para rechazar al rey, y á los seiscientos ó setecientos caballeros que le quedaban en el canal en que estaba apoyado.

Lo que Joinville habia previsto sucedió. Una parte de los sarracenos marchó contra el rey, y la otra intentó forzar el paso del puente; pero en ambos puntos fueron vigorosamente rechazados. Entre el escaso destacamento de Joinville, habia dos heraldos del rey, uno de los que se llamaba Guillermo de Bron y el otro Juan de Gamache. Sus tabardos bordados con flores de lis, atraían especialmente hácia sí la atención de los infieles. Un gran número de populacho y canalla se habia, pues, dirigido contra ellos y los abrumaba á pedradas. Por su parte los ballesteros sarracenos hacían llover sobre ellos millares de flechas, de tal modo, que detrás de los caballeros parecía la tierra erizada de espigas inclinadas por el viento. Joinville, para librarse de aquella mortífera lluvia, despojó el cadáver de un sarraceno de su entretelado peto, y se hizo de él un escudo, de suerte que no le hirieron mas que cinco flechas, mientras su caballo habia recibido quince. Cada una de aquellas descargas iba acompañada de gritos é insultos que ponían al buen senescal fuera de sí. Y apenas uno de los colonos de su senescalía le acercó un estandarte con sus armas y una gran cuchilla de guerra que ocupase el lugar de su rota espada, cayó con el conde de Soissons y el de Nouailles sobre todos los villanos, los dispersó, y después de matar á muchos, volvió al puente, ó mas bien fueron atacados con nuevos gritos y encarnizamiento. Aun quería volver á cargar, cuando el conde de Soissons le detuvo diciendo:

—Dejemos gritar y rebuznar á esa canalla, y por Dios, creedme, algun día hablaremos de esta jornada en un salon y delante de las damas. Se necesitaba nada menos que aquella promesa del conde para infundir paciencia al buen senescal.

El rey no se veía por su parte atacado con menos furia, ni se mantenía menos firme. Los sarracenos habian puesto por obra la anterior táctica: manteníanse á respetuosa distancia, y sepultaban al ejército entre dardos y flechas,

sucediéndose los unos á los otros, vaciando sus carcax y retirándose para ir á llenarlos otra vez. Cuando vieron las tres cuartas partes de los caballos heridos, y desmontados parte de los ginetes, aprovechando la confusión introducida en las filas de los cruzados, colgaron sus arcos en el brazo izquierdo, y descolgando sus mazas y sacando sus espadas, cargaron todos juntos gritando ¡*Islam, Islam!* Pero el rey y toda su division, respondiéndoles con el grito de ¡*Montjoie y Saint-Denis!* recibieron el choque sin ser deshechos, y al fin de la jornada volvió á comenzar el combate cuerpo á cuerpo, con el mismo encarnizamiento que habia empezado por la mañana.

En tanto los cruzados que estaban al otro lado del canal, separados de sus hermanos la distancia de tiro y medio de ballesta á lo mas, se desesperaban por no poder ir en socorro del rey, cuyo peligro comprendían. Veíaseles golpearse el rostro y retorcerse los brazos; oíanse sus gritos de rabia y sus impotentes amenazas. De repente, adoptando una resolución desesperada, arrojan al canal las vigas, los ingenios, los instrumentos de guerra. Cadáveres, lanzas, escudos, cuerpos de caballos que arrastraba la corriente, se detienen contra aquella especie de dique; muy pronto á la calzada comenzada se une aquella nueva calzada; es un puente improvisado, movable, infernal, pero es un puente que une una á otra ribera. Siempre que se pueda pasar, es todo lo que se necesita; se oprimen, se impelen, se chocan; los que caen mas allá del puente son arrastrados por la corriente; los que caen á esta parte se agarran á los pedazos de navio, á las vigas, á los cadáveres, y vuelven á subir calados; en vez del arma que se les ha escapado, se apoderan del primer hierro que encuentran, y llegan al fin á la otra orilla, alegres y triunfantes con poder tomar parte en el combate que desde por la mañana están viendo como simples espectadores. Sus gritos anuncian al rey que le llegan socorros, y á los sarracenos que la victoria que creían tener ganada, está próxima á escapárseles: inmediatamente aquella multitud se estiende sin orden, sin jefe, como un incendio, como una inundacion, y guiada solo por su cólera; el rey y sus caballeros hacen un último esfuerzo, y toman otra vez la ofensiva. Humbert de Beaulieu reúne con gran trabajo un centenar de ballesteros, con los que forma una compañía; arrójase con ellos al encuentro de Joinville, del conde de Nouailles, del de Soissons y de su compañía, que iban á ser arrollados. Los sarracenos retroceden á su vez. A su vez son los cruzados los que cargan gritando: ¡*Montjoie y Saint-Denis!* Retroceden los infieles, y los cristianos los rechazan mas allá de los límites de su campo. Sin embargo, continúa el combate; aquello es una retirada y no una fuga, una ventaja y no una victoria; cae la noche con la rapidez de los climas orienta-

les, y separa á los combatientes; métense los turcos en sus grandes juncos, donde desaparecen. Los cristianos entran en su campo: jinitil conquista que no les presenta otro resultado que el apoderarse de veinte y cuatro máquinas de guerra! La batalla habia durado diez y siete horas.

Entonces el condestable, viendo ganada la jornada, dijo á Joinville se fuese con el rey y no le abandonase hasta que le hubiese visto bajarse del caballo y entrar en su tienda. En el momento en que el senescal llegaba junto á Luis, se ponía éste en camino para ir á las tiendas que se habian levantado orilla del canal. Entonces Joinville le quitó su casco que era pesado y estaba todo abollado, y le puso su propio yelmo, que era de acero machacado muy delgado y ligero. Cuando caminaban así uno al lado del otro, el hermano Enrique, prior del hospital de Ronnay, que habia pasado el rio, se llegó ante el rey y besó su mano cubierta del pesado guante, preguntándole si tenia noticias de su hermano el conde de Artois.

—Sí, le dijo el rey, las tengo positivas.

—¿Y cuáles? preguntó el prior.

—Que está en el Paraiso, respondió el rey con voz ahogada. Y como el prior intentase consolarle diciéndole que jamás ningun rey de Francia habia tenido un honor semejante al suyo, puesto que, gracias á su valor, él y su ejército habian pasado un rio peligroso y lanzado de su campo á los infieles, el rey le respondió:

—Dios sea bendecido en todo lo que nos da. Y á pesar de la resignacion del cristiano, lágrimas abundantes corrían en silencio de los ojos del hermano.

Unióse á ellos Guyon de Malvoisin, que volvía de Mausourah. Aunque el rey sabia ya, como hemos dicho, la muerte de su hermano, el recién llegado era el primero que podia darle detalles de ella: eran desastrosos.

Al ver los sarracenos á los cristianos entrar en Mausourah habian creído que todo el ejército seguía al conde de Artois; de modo que considerándose perdidos habian hecho partir al punto un pichon para el Cairo. Este pichon llevaba bajo sus alas un billete concebido en estos términos: «En el momento de enviar el ave, el enemigo ataca á Mausourah; se da una terrible batalla por los cristianos á los musulmanes.» Esta carta habia llevado el terror á la capital del Egipto, y el gobernador habia mandado que las puertas permaneciesen toda la noche abiertas para recibir á los fugitivos. Pero en cuanto advirtieron en Mausourah el escaso número de cristianos que habia entrado en la ciudad, el gefe de los mamelucos, hombre de valor y de cabeza, mandó al punto, como hemos dicho mas arriba, traer las trompetas, batir los tambores y bajar los rastrojos; en seguida, en el momento en que los cruzados saqueaban el palacio del sultan, cayó sobre ellos con los baharitas, aquella milicia

de esclavos que era la mejor tropa de los egipcios, y en la que Napoleon debia vengar con la victoria de las Pirámides, el desastre de Mausourah.

Al punto todo musulman en estado de llevar una lanza, de disparar una flecha, de arrojar una piedra, se arma y se prepara al combate. Los cristianos veian formarse la tormenta, y procuran rehacerse para hacerle frente; pero en las estrechas calles de aquella ciudad árabe, no podian manejar sus caballos ni servirse de sus espadas. Al instante cada ventana se convierte en una sactera de donde parten dardos y piedras; cada terrado se trasforma en una muralla, de donde cae la arena abrasada y el agua hirviendo. Olvidan todas las imprudencias del conde de Artois frente al peligro que es su consecuencia. El conde de Salisbury y sus ingleses, el gran maestre del Temple y sus monges, el señor de Coucy y sus caballeros, se reunen y apiñan en derredor del hermano de su rey, y comienza la lucha sin la esperanza de la victoria, pero con la fé del mártir. Por espacio de cinco horas combatieron así los cruzados contra Bibars y sus mamelucos, contra la poblacion entera, teniendo la muerte ante sí, detrás de ellos, sobre sus cabezas. Todos, ó al menos casi todos, cayeron unos despues de otros, y los unos junto á los otros. El conde de Salisbury recibió la muerte á la cabeza de sus caballeros; Roberto de Vair que llevaba el estandarte inglés, se envolvió en él como en un sudario y murió cubierto con su bandera. Raoul de Coucy espiró en el centro de un círculo de sarracenos que yacian en su derredor derribados por él. El conde de Artois, acometido en una casa á donde se habia retirado, se defendió mas de una hora en ella contra todos los infieles que podia contener. Su peto flordelizado habia sido causa de que le tomaran por el rey, de modo que contra él se habian reunido todos los esfuerzos; á todos respondia con la voz y con la espada, con amenazas y mandobles. Por fin, los sarracenos, cansados de aquella lucha en que caian los mas bravos de los suyos, pusieron fuego á la casa. Pero entonces el conde de Artois, viéndose perdido, quiso al menos, como Sanson, perder á sus enemigos con él; colocóse en el dintel de la puerta y ya nadie pudo salir; de modo que cayeron las paredes aplastando en su caída cruzados y sarracenos: cristianos é infieles, y todos, en fin, los que el conde de Artois no habia herido con su espada, perecieron en las llamas.

El gran maestre de los hospitalarios, que habia quedado solo en el campo de batalla, despues de haber roto dos espadas y herido con su maza mientras tuvo fuerza para levantar el brazo, fué hecho prisionero. El gran maestre del Temple, despues de haber visto caer á su lado doscientos ochenta de sus caballeros, fué de los cinco que se arrojaron al canal y volvió al campo con un ojo atravesa-

do, su trage hecho girones y su coraza acribillada de estocadas, de todos los que habian entrado en Mausourah y que habian visto perecer alli al conde Artois, él y sus cuatro compañeros fueron los únicos que pudieron dar noticia suya.

A las cinco de la tarde habia volado el segundo pichon para el Cairo portador de un billete muy distinto del primero. Anunciaba este que con la ayuda de Mahoma el ejército francés que habia penetrado en Mausourah habia sido derrotado, y que el rey de Francia habia perecido con la flor de su caballería.

Provenia el error, como hemos dicho, de que la coraza del conde de Artois como la de su hermano estaba sembrada de flores de lis.

*Esta noticia, dice un historiador árabe, causó una extraordinaria alegría á todos los verdaderos creyentes.*

## IX.

## LA CASA DE FAKREDDIN-BEN-LOKMAN.

La noche fué intranquila; los sarracenos, vencedores de Mausourah, habian sido vencidos en las orillas del canal, todo su campo habia caido en poder de los cruzados, y el rey y los gefes del ejército habian levantado sus tiendas en derredor de las máquinas de guerra que habian cogido. Joinville, que habia establecido la suya á la derecha de los ingenios, en una tienda que pertenecia al gran maestre de los templarios y que sus gentes le habian enviado de la otra orilla, á media noche, á pesar del deseo y la necesidad que tenia de dormir fué despertado por los gritos de *¡al armal ¡al armal!* Mandó al punto á su chambelan se levantara y fuese á ver lo que pasaba. Este volvió á los cortos momentos despavorido y gritando:

—Señor, á ellos, á ellos, señor. Ahí estan los sarracenos que á pie y á caballo pasan á cuchillo las gentes que están de centinela en derredor de las máquinas.

Al oír estas palabras, levantóse Joinville apresuradamente, pónese la coraza y el casco de hierro, y sale de su tienda llamando á sus hombres de armas. Algunos caballeros, atraídos como él por los gritos de los que están de guardia, salen á la puerta de sus tiendas; heridos y medio armados como se encontraban, caen sobre los sarracenos, que fueron rechazados. En este momento envía el rey á Gauthier de Chatillon con un cuerpo de tropas de refresco que habia sacado del campamento; colocáronse entre los pabellones y los turcos, y

gracias á esta precaucion pudieron los caballeros dormir al menos hasta la aurora.

Era aquel día el primer miércoles de Cuaresma y comenzó todo el ejército sus penitencias; solo que en lugar de ceniza, el legado derramó sobre la cabeza del rey la arena del desierto.

Estaban los sarracenos acampados en el llano á un tiro de piedra escaso de los cristianos. Aunque habia cesado el combate, los dardos continuaban cruzándose de una á otra parte, y continuaba el matar y el herir al acaso entre los dos ejércitos; seis gefes sarracenos dejaron sus caballos y fueron á levantar una especie de muralla con grandes piedras para ponerse al abrigo de los dardos y flechas. Joinville y sus caballeros, viendo aquellos aprestos de defensa, decidieron ir á la siguiente noche á derribar la muralla. Por corto que fuese el plazo, sin duda pareció todavía demasiado largo á un sacerdote llamado Ghean de Waysi, el cual, así que concluyó de confesar á los caballeros y ponerles la ceniza en la frente, operacion que ejecutaba armado con coraza, colocó un casco en su cabeza y empuñó una espada, gobernándose de modo que los sarracenos no viesen que estaba armado, y marchó directamente á la muralla; los seis turcos no fijaron su atencion en aquel hombre que iba solo, y continuaron su obra; mas apenas estuvo á tiro, sacó su espada, y, cayendo sobre los trabajadores, empezó á repartirles mandobles antes de que hubiesen tenido tiempo de tomar la defensiva. Cayeron dos, uno herido, el otro muerto, y los demas emprendieron la fuga. Persiguióles el sacerdote algunos momentos; pero viendo que un peloton de sarracenos iba al socorro de los que perseguia, se volvió á donde estaba el ejército cristiano perseguido á su vez por unos cuarenta hombres que picaban espuela á sus caballos con gran furia. Entonces un número igual de caballeros y gentes de armas montó á caballo de la parte de los cristianos para apoyar al sacerdote. No tuvieron necesidad de hacer otra demostracion; viéndoles los sarracenos en pie, se retiraron; sin embargo, los caballeros cargaron sobre ellos; no pudiendo alcanzarlos, uno de los cruzados les lanzó con toda su fuerza la daga; el arma arrojada al acaso fué á hundirse en el pecho de un sarraceno, quien continuó huyendo con ella; poco tardó en caer de su caballo muerto ó herido mortalmente, porque ya no se le vió volverse á levantar. A no ser aquella escaramuza, el día se pasó con bastante tranquilidad; los sarracenos estaban ocupados en recibir en Mausourah al joven sultán Touran-Chah, que habia llegado á aquella poblacion el mismo día de la batalla; habia pasado por el Cairo donde la sultana Cheger-Eddur le entregó el poder, y al punto, seguido de una tropa escogida, se puso en marcha para el teatro de la batalla. Las dos palomas que llevaban á la capital, la una la noticia del ata-

que de los franceses, la otra el parte de su derrota, pasaron por encima de su cabeza sin que supiese nada de los avisos de que aquellas aves eran portadoras; de modo que por la noche llegó en el momento en que los sarracenos proclamaban capitán, en reemplazo de Fakredin, á Bibars, por sobrenombre Bondokdar, porque era general de los ballesteros. El nuevo sultán confirmó su nombramiento; y convenido como los demas de que era el rey de Francia quien habia caído á los golpes de sus soldados, hizo esponer al público su cota de armas, á fin de que redoblasen su valor. No se habia engañado; á su vista todos empezaron á pronunciar el grito de guerra y pidieron el combate; pero Bibars, queriendo dejarles un día de descanso, fijó el viernes para dar la batalla. En aquella misma noche fueron espías á prevenir al rey lo que habia pasado, y le anunciaron que seria atacado al día siguiente. Reunió al punto Luis sus caballeros, y desde la colina sobre que estaba elevada su tienda, dominando á la multitud, estendió la mano para imponer silencio, y les dijo:

—Mi leales, vosotros que habeis participado con constancia de mis trabajos y peligros, sabed que mañana debemos ser atacados por todas las fuerzas reunidas de los enemigos del Señor. Ahora bien, ¿qué debemos hacer? Si nos pronunciamos en retirada, nuestros enemigos se regocijarán por haber triunfado de nosotros y formarán su gloria con nuestra huida; y mas ágiles que nosotros, animados ademas al ver nuestra debilidad nos perseguirán sin descanso, hasta que, con vergüenza de la cristiandad nos hayan esterminado á todos; entonces se perderá la gloria universal y la Francia quedará cubierta de oprobio. Invoquemos, pues, al Señor á quien al parecer hemos ofendido gravemente con nuestros pecados; ataquemos con confianza á nuestros enemigos sedientos de la sangre de nuestros hermanos y ejecutemos en ellos una solemne venganza, á fin de que no se pueda decir hemos soportado con paciencia las injurias hechas á Jesucristo.

Terminada esta operacion del rey, dice Mathieu Paris, todos se vieron animados y armados como un solo hombre. *Armati sunt et animati quasi vir unus, universi*; viendo entonces el rey aquel entusiasmo, concibió de él buen augurio, hizo aproximar á todos los capitanes del ejército, les mandó hacer armar y provisionar á todas sus gentes de armas y que durmiesen todos fuera de las tiendas y de los pabellones y á las inmediaciones de la entrada del campamento, á fin de no poder ser sorprendidos. Gracias á estas órdenes, la noche se pasó tranquila y los cruzados pudieron entregarse á algun reposo.

Al rayar el día, el rey organizó sus escuadrones.

Nuestros lectores conocen ya la posicion de los cristianos: estaban apoyados en el ca-

nal del Achmoun, que sale del Nilo y desemboca en el lago de Meuzaleh; tenian á su derecha á Mansourah, con sus sangrientos recuerdos; á su izquierda y á la estrechidad occidental de la llanura de Daquelich, las ruinas de Mendes, y delante de ellos la vasta llanura que se estiende hasta el Cairo.

Luis colocó su ejército en toda esta linea; la primera division, mandada por el conde de Anjou, se encontraba la mas próxima á Mansourah; componíase de caballeros que habian perdido sus caballos en las batallas anteriores, de modo que el hermano del rey estaba á pie como los demas.

La segunda tenia por capitanes al caballero Guy d'Belin y Beaudoin, su hermano; mandábanla los cruzados de Chipre y Palestina, y no habiéndose encontrado en la primera batalla por no haber podido pasar á tiempo el canal, estaban de refresco y descansados, y todos tenian sus caballos y sus armas.

La tercera estaba bajo las órdenes de Gauthier de Chatillon; tenia en su compañía los mejores prohombres y los mas bravos caballeros de todo el ejército. Y el rey Luis habia colocado sus dos mas excelentes compañías una al lado de la otra, para que pudiesen defenderse, y socorrer á la que estaba detrás de ellas.

La cuarta era la mas escasa de todas; componíase del resto de la milicia de los templarios. Estaba mandada por el gran maestre Guillermo Sounac, todo mutilado desde el último combate. Conociendo lo débil que era su posicion, se habia rodeado esta division de una muralla que habia levantado con los restos de las máquinas de guerra sarracenas.

La quinta era la de messire Guy de Malvoisin, poco numerosa, pero compuesta toda de valientes caballeros, hermanos y amigos, que no formaban mas que una familia, que combatian siempre juntos, y se repartian todo, gloria, peligro y botin. Mucho habia menguado desde el principio de la campaña, y la jornada que se preparaba debia reducirla mas todavía.

La sesta division comenzaba en el ala izquierda, mandada por el conde de Poitiers, como el conde de Anjou el ala derecha. Componíase en su totalidad de gentes de á pie, en medio de las que estaba solo á caballo monseñor el hermano del rey; tenia á su izquierda uno de sus caballeros, que habia llevado á Egipto consigo, y que se llamaba Jocerand de Brançon: mandaba con su hijo otro pequeño destacamento de gente de á pie, y aqui como en la otra, solo los dos gefes estaban á caballo.

La sétima division era la de Guillermo, conde de Flandes, que no habia asistido al otro combate, y que se componia de gente brava y llena de ardor. De esta suerte se habia puesto en cierto modo al abrigo y bajo una ala de acero, el reducido cuerpo del senescal de Champagne, que formaba el semicirculo, y se

apoyaba en el canal á corta distancia del sitio mismo por donde el ejército le habia vadeado. En efecto, Joinville y sus caballeros estaban en tan mal estado desde la última lucha, que apenas dos ó tres habian podido vestirse la coraza; los demas, y entre ellos estaba el buen senescal, no tenian por toda arma defensiva mas que su casco, y por arma ofensiva su espada.

En el centro de las ocho divisiones, y dispuesto á acudir á todas partes donde hubiera necesidad, estaba Luis con sus mas esforzados y leales caballeros, ocho de los que se habian reunido para formarle una guardia que se llamaba de los prohombres del rey. En fin, á lo largo del canal, protegidos por aquella muralla de hierro, vivaqueaban las gentes del ejército, carniceros, lacayos, vivanderos, mugeres y pages, que habian pasado el puente inmediatamente despues del combate de Mausourah, y se habian establecido en las inmediaciones de las tiendas de los caballeros, construyéndose chozas con los restos de los ingenios y máquinas de guerra que los cruzados habian conquistado á los infieles.

Mientras Luis tomaba sus disposiciones, el general sarraceno no se descuidaba en tomar las suyas. Cuando salia el sol, viéronle los cruzados aparecer á la cabeza de cuatro mil hombres bien montados y armados, á los que colocó en una línea semejante á la de los cristianos, dividiéndolos en tantos cuerpos como Luis habia dividido los suyos; despues fué á recoger tal multitud de infantes para que apoyaran su caballeria, que rodeaba todo el campo de los franceses como hubiera podido hacerlo una muralla. Ademas de aquellos dos ejércitos, no tardó en llegar el tercero; era este el que habia llevado consigo el sultan Touran-Chah. Esta última division fué colocada en un sitio apartado, á fin de que pudiese maniobrar segun las circunstancias. Ordenado todo de este modo, el general sarraceno recorrió por última vez el frente de sus tropas, montado en un caballo pequeño de carrera, avanzando á cien pasos del ejército francés, examinando sus divisiones y aumentando ó disminuyendo las suyas, segun que habia reconocido las de los cristianos por fuertes ó débiles; en seguida hizo aproximar tres mil beduinos lo mas cerca que pudo al puente que unia el ejército al campo del duque de Borgonia, para que llegado el caso se opusiesen á que los cruzados recibiesen ningun socorro durante la batalla.

Duraron estos preparativos hasta el medio dia próximamente; estando todo dispuesto, levantóse gran estrépito de tambores y cornetas en el ejército sarraceno, que se puso en marcha, infantes y caballos, y se dirigió á atacar al ejército cristiano.

El primer punto en donde se empeñó el combate, fué en el que mandaba el conde de Anjou, no porque en una parte y otra se hu-

biese obrado con táctica, sino porque era la que se encontraba mas próxima á los turcos; avanzaron estos colocados á modo de las piezas del juego de ajedrez; los peones ó gentes de á pie iban los primeros, armados de tubos por los que lanzaban el fuego griego, y detrás de estos los caballeros, que aprovechaban el desórden introducido en las filas para penetrar en ellas, y herir á diestro y siniestro. Adoptada esta maniobra respecto á las gentes de á pie, introdujose bien pronto el desórden en la division del conde de Anjou, á pie este mismo en medio de sus soldados. Felizmente, el rey, desde el punto elevado en que se habia situado, dominaba toda la llanura, y vió el apuro en que se encontraba su hermano. Picó espuelas al punto á su caballo, y seguido de su guardia, fué á arrojarle espada en mano sobre el grueso de los infieles. Apenas alli, un sarraceno, encontrándole á tiro, le dirigió el fuego griego con tal presteza y osadia, que todo su caballo quedó cubierto por él; pero con la ayuda de Dios, por quien Luis combatia, lo que hubiera debido salvar á los sarracenos los perdió; el noble bruto, cuya erin y cola ardian, loco por el dolor, no obediendo ya ni al freno ni á la voz, se llevó á su señor al centro de las filas infieles, donde penetró como el ángel exterminador; tras él iban sus bravos, que habian jurado seguir á su rey á todas partes, y que le seguian aplastando y derribando todo lo que encontraban por delante, de tal modo, que la division infel, herida en el corazon con aquella profunda herida, retrocedió, abandonando al conde de Anjou y su compañía. El rey montó en otro caballo y volvió á ocupar el sitio elevado, desde donde, como el águila, podia abrazar todo y caer en todas partes.

Mientras se daba aquella maravillosa carga ejecutada por el rey, se habia empeñado el combate en toda la línea con un ardor igual, pero con éxitos varios. Guy d'Belin y Beaudoin, su hermano, habian recibido vigorosamente á los sarracenos; porque, como se sabe, ni hombres ni caballos de su compañía habian pelcado todavia. Hay mas, habiéndose reunido á ellos Gauthier de Chatillon con una tropa escogida, obligaron al punto á los sarracenos á huir, é ir á rehacer su gente, abandonando á los infantes, que fueron muertos casi todos.

Mas no sucedia lo mismo con el cuarto cuerpo, mandado por el hermano Guillermo de Sounac, maestre del Temple, á quien no quedaban sino muy pocos de sus soldados, reunidos á las reliquias de los hospitalarios. En vano se habian hecho, como hemos dicho, una muralla con empalizadas sacadas de las máquinas de guerra. Los sarracenos arrojaron el fuego griego sobre aquel monton de tablas que al punto se incendió, y dejó al descubier-to á través de las llamas los pocos hombres á que servian de resguardo; entonces, sin espe-

rar á que aquella débil defensa fuese completamente destruida, se lanzaron en medio del incendio, por entre el que atravesaron cual demonios, y chocaron contra los restos de aquella terrible milicia. Mas á pesar de su poca fuerza, no eran gente los templarios que sucumbía fácilmente, y á los pocos instantes, rechazados los infieles, despues de haber perdido los mas valientes de los suyos, volvieron á pesar á través de las llamas, pero ahora para salvarse con la fuga. Pero como no eran perseguidos, se detuvieron á alguna distancia; avanzaron entonces sus ballesteros, é hicieron llover sobre los templarios tal cantidad de dardos, que hasta á cincuenta pasos detrás de ellos, estaba la tierra cubierta como si tuviera mies. Esta mortífera lluvia habia causado mas estragos que un combate cuerpo á cuerpo; casi todos los caballos que quedaban habian sido heridos; solo el gran maestre y cuatro ó cinco caballeros habian conservado sus corceles de batalla; mas tambien estaban erizados de dardos y flechas. Juzgaron entonces los sarracenos que era llegado el momento de destruir á aquellos hombres invencibles, y cayeron todos juntos sobre ellos y con un solo ímpetu. En el momento del choque, el gran maestre, que habia ya perdido un ojo en el combate del miércoles, recibió una estocada que le saltó el otro; pero ciego y ensangrentado, picó espuela á su caballo que le metió entre los sarracenos, donde hirió al acaso, hasta que acribillado de heridas, cayeron caballo y caballero para no volverse á levantar mas; y todos como él hubiesen perecido en aquella carga, si Luis, viendo su aprieto, no hubiese ido á su socorro, como habia ido en auxilio del duque de Anjou. Los sarracenos no esperaron al rey, y por segunda vez atravesaron en desórden aquella linea de llamas, que ya no arrojaba mas que humo.

Mientras el rey Luis iba en socorro de los soldados del Temple y de San Juan, su hermano, el conde de Poitiers, que mandaba el ala izquierda del ejército, se encontraba en gran peligro. Estaba, como ya dijimos, solo á caballo en medio de una division de gente desmontada; de modo que lo que habia sucedido al conde de Anjou le sucedió á él. Llegaron los infieles, infantes contra infantes, arrojando por delante el fuego griego; de modo que los ginetes no tuvieron mas que penetrar y herir en medio de todos aquellos peones llenos de espanto. El conde de Anjou se arrojó á ellos; pero despues de derribar á dos ó tres sarracenos, se vió envuelto y cogido; y ya le llevaban prisionero, y era arrastrado fuera del campo, cuando toda la chusma del ejército, pages, lacayos, carniceros y vivanderos, que le querian por su carácter bondadoso, se movieron y armaron. Todo les venia bien, hachas, venablos, cuchillas y cuchillos; toda aquella gente con la que nadie contaba, cayó sobre los sarracenos, desjarretó los caballos,

degolló á los ginetes que caian, travó cuerpo á cuerpo la lucha con los infantes, y se batió con tal griteria y corage, que los infieles, aturdidos con su clamoreo y su encarnizamiento, emprendieron la fuga, saltando al conde de Poitiers, que abandonado por sus soldados, fué socorrido por villanos.

Los sarracenos fueron recibidos todavia mas rudamente por las tres últimas divisiones. Una de ellas estaba, como hemos dicho, á las órdenes del caballero Jocerand de Brançon, que era su señor y gefe: era este un digno caballero, tio de Joinville, y habia tomado parte en treinta y seis batallas y acciones de guerra, en que casi siempre habia conseguido la victoria. Un dia de Viernes Santo en Cuaresma, hallándose con el ejército del conde de Mácon, su primo, se acercó á Joinville y uno de sus hermanos y le dijo: «Sobrinos, venid á ayudarme con todo vuestro poder á caer sobre los alemanes que destruyen y saquean la parroquia de Mácon.» Joinville y su hermano acudieron presurosos á su llamamiento, y á las órdenes de su tio Jocerand de Brançon entraron armados de punta en blanco hasta la misma iglesia, lo cual sin duda les perdonó Dios, puesto que hacian aquello en defensa de la buena causa, y con mandobles y estocadas furibundas, lanzaron á los alemanes del sagrado recinto. Hecho esto, Jocerand desmontó, y se arrodilló conforme estaba completamente armado, ante el altar, exclamando: «Buen Señor Jesucristo, monseñor, os suplico, si me creéis digno de alguna recompensa, me concedais la de morir en servicio vuestro!» Brançon se habia cruzado uno de los primeros, y habia acuchillado como uno de los mas robustos en las batallas del martes y del miércoles, de tal modo, que solo él y sus hijos, entre los de su gente, habian conservado sus caballos. Cuando veía á sus hombres puestos en aprieto por los sarracenos, fingia huir por entre los espacios que dejaban las alas de la division, y en seguida cargaba por retaguardia con sus hijos á los infieles, á todo el escape de sus corceles; los sarracenos se veian obligados á volverse, y en tanto, sus gentes recobraban ánimo y se rehicían. Al fin, Dios le concedió la gracia que le habia pedido, y en una de aquellas temerarias cargas, fué derribado y muerto, no queriendo rendirse. Sucedióle entonces su hijo en el mando de su reducido escuadron, con el que se batió en retirada hasta la orilla del canal. En cuanto llegó, Enrique de Conc, que se hallaba al otro lado y en el campo del duque de Borgoña, aproximó buen golpe de ballesteros y arqueros, los cuales, siempre que los turcos cargaban, hicieron llover de una ó otra ribera tal granizada de dardos y flechas, que de unos veinte caballeros de que se componia la gente de Jocerand, solo doce perecieron salvándose los demas.

A seguida de la division de Jocerand, se

recordará iban las de monseñor Guillermo de Flandes y de Joinville, la mas fuerte y la mas débil del ejército; estaban próximas la una á la otra y protegidas mutuamente. El conde y sus flamencos estaban llenos de ardor, habiendo pasado el rio la víspera, y todos bien montados y armados; esperaron á pie firme á los infieles, quienes por su parte cayeron sobre ellos con valor; mas apenas vinieron á las manos, Joinville y sus caballeros que estando heridos, y magullados no habian podido vestirse sus armaduras, cogieron arcos y flechas y comenzaron á secundar á competencia á los arqueros y ballesteros, que habian colocado de modo que ofendiesen á los turcos por el flanco. Pusieronse estos al punto en desórden; el conde Guillermo se aprovechó de aquella turbacion para caer sobre ellos. No pudieron los turcos sostener el choque de aquella asombrosa caballería, cabalgando en sus pesados trones flamencos, semejantes en aquel momento á los corceles heróicos de la fábula. Emprendieron aquellos la fuga; los cruzados los persiguieron mas allá de los límites del campo. Solo escaparon los ginetes árabes, gracias á la ligereza de sus caballos; mas todos los infantes que se hallaban en la division infiel, todos sin exceptuar uno, fueron muertos y destrozados; de modo que todos los hombres de armas del conde, entre los que ocupaba el primer lugar Gauthier de la Horgué, volvieron cargados de broqueles y escudos.

De este modo se empeñó la batalla en toda la linea. Duró desde el medio dia hasta las siete de la tarde. A esta hora, los sarracenos, rechazados en todos lados, gracias á la vigilancia de Luis, que siempre á la cabeza de su escuadron real, iba en socorro de los que flaqueaban, comenzaron á retirarse. Persiguieron los cristianos hasta los términos de la liza; pero ahora, instruidos ya por la experiencia ó aniquilados por el cansancio, se detuvieron en los estremos de su campo. En un espacio de una legua de largo y quinientos pasos de ancho, la tierra estaba cubierta de cadáveres, entre los que se contaban tres infieles por cada cristiano.

Entonces Luis, viendo terminado el combate con la mas grande gloria para sus armas, reunió á sus barones ante su tienda real, y allí, del mismo modo que les habia hablado antes del combate para infundirles ánimo, les dijo despues de la victoria para felicitarlos: «Señores y amigos: al presente podeis ver y conocer las grandes mercedes que Dios nos ha hecho y nos concede aun, puesto que el mártir último, que era dia de Cuaresma, hemos con su ayuda lanzado y desalojado á nuestros enemigos de sus atrincheramientos, en los que estamos alojados en este momento, y hoy nos hemos defendido á pie y mal armados, contra ellos, bien armados, tanto á pie como á caballo, y en dos sitios.» En seguida á la Francia, á la que debia la verdad, envió

este parte, sencillo y grande como su alma: «El primer viernes de Cuaresma, habiendo sido atacado el campo por todas las fuerzas de los sarracenos, Dios se declaró por los franceses, y los infieles fueron rechazados con gran pérdida.»

Sin embargo, á pesar de aquella doble victoria y de las acciones de gracias que daba al cielo, comenzaba á conocer Luis el éxito desgraciado de la campaña: el ejército habia perdido casi todos sus caballos, una tercera parte de los caballeros estaban heridos y el resto abrumados de fatiga; por otra parte, el número de los enemigos aumentaba todos los dias. Era preciso no pensar en ir al Cairo, y algunos opinaban ya, que seria imposible permanecer donde estaban. Se habló de volver á Damietta; pero volver á Damietta, era huir. ¿Y caballeros franceses, soldados de Cristo, podian huir ante un enemigo vencido? Fué, pues, rechazado este consejo. Púsose el campo en estado de defensa, á fin de precaverse contra toda sorpresa de parte de los sarracenos, y se esperó un nuevo ataque.

Fué en vano: los sarracenos permanecieron quietos y resguardados. Tambien ellos esperaban, y no se equivocaron al esperar.

Ocho ó diez dias despues de la batalla, los cadáveres que habian sido arrojados en el Achmoun entraron en putrefaccion y salieron á la superficie del agua. La corriente los arrastró en seguida hácia el mar; pero á poco trecho encontraron el puente que los cristianos habian echado en el canal, y como el agua llegaba á la parte alta, no pudieron pasar por entre los huecos, y se amontonaron allí en tan gran cantidad que no se veia la superficie del agua á mas de un tiro de flecha por la parte superior del puente. Ocupó entonces el rey á cien trabajadores en separar á los cristianos de los infieles. Estos hombres conducian á los primeros á grandes fosas escavadas para darles sepultura, y con varas largas sumergian los cuerpos de los sarracenos en el agua, hasta que seguian la corriente que los arrastraba por entre los huecos, y el mar. Veíanse allí padres buscando á sus hijos, hermanos que buscaban á sus hermanos, amigos que buscaban á sus amigos. Todo el tiempo que duró aquella fúnebre operacion, Degoille, el chambelan del conde de Artois, no abandonó un momento la ribera, esperando siempre reconocer al príncipe. Pero inútil fué la adhesion de aquel bravo servidor, y el cuerpo del mártir de Mausourah no fué encontrado.

Como hemos dicho, hacia quince dias habia entrado la Cuaresma, y los cruzados, aunque en campaña y en guerra, seguian á la letra los preceptos de la Iglesia, ayunando y comiendo de viernes los dias designados, como si hubiesen estado en sus ciudades ó en sus castillos. Resultó de aqui que como la penuria era estrema, no tenian otros viveres que una clase de pescados que se cogian en el

mismo canal del Achmoun, los cuales siendo voraces y carnívoros se habían mantenido de cadáveres, sobre los que se les veía desde que flotaban por el agua, caer en bandadas. Sea por la repugnancia, ó que efectivamente aquel asqueroso alimento hubiese comunicado á su carne cualidades nocivas, no tardó en declararse el escorbuto en todo el ejército. Los que habían comido de aquel pescado, y este era el mayor número, cayeron enfermos. Inflamábanseles las encías y se les hinchaban hasta cubrir los dientes; y entonces los barberos del ejército, que ejercían al mismo tiempo el oficio de médicos, se veían obligados á desprender con sus navajas aquellas escrescencias gangrenadas, operación quirúrgica de las más dolorosas que se pueden ver. «De modo, dice Joinville con la sencillez naturalidad de su lenguaje, que no se oían más que gritos y lamentos, como si todo el ejército no se compusiera más que de mugeres en el acto del alumbramiento.»

A esta epidemia se unió otra causada por las moféticas emanaciones de los cadáveres. Esta atacaba á todo el cuerpo, pero especialmente á las piernas, que se secaban hasta el hueso, y cuyo cútis se volvía curtido y negro, semejante, dice Joinville, á una bota vieja de becerro que hubiese estado largo tiempo oculta detrás de los cofres. Presentábase, pues, ya la muerte á los cristianos bajo aquel doble aspecto, cuando esos dos fantasmas llamaron á su ayuda un tercero más terrible todavía, el hambre.

El ejército sacaba sus provisiones de Damietta; así la primera medida del sultán había sido emplear sus soldados, no ya en atacarlos, sino en reducirlos al hambre. Había mandado bajar hasta Schermesah tres mil caballeros y seis mil infantes, los había distribuido en las dos orillas del Nilo, y había cortado el río con una flota, de modo que ni por tierra ni por agua llegaba nada al campo. No comprendían los cristianos ni aquel silencio ni aquel abandono, cuando una galera del conde de Flandes, que había roto el obstáculo y atravesado por fuerza, fué á anunciarles la nueva del bloqueo. Fué preciso entonces recibir provisiones de los beduinos, especie de hordas de salvajes semejantes á las de los chacales y las hienas, que rondaban sin cesar alrededor de los dos campos, robando en el uno como en el otro, y dispuestos á caer sobre el más débil al primer grito de apuro que sonase. Resultó por consiguiente tal carestía, que cuando llegaron pascuas, se vendía un buey en ochenta libras, un carnero en treinta, la pipa de vino en diez libras, y un huevo en doce dineros, precio exorbitante si se compara al valor actual el valor del dinero en aquella época.

Cuando vió el rey reducido el ejército á aquel extremo, desaparecieron sus últimas ilusiones; comprendió que no debía perder un momento para volver á Damietta, si es que no

pensaba en ello demasiado tarde. Mandó, pues, preparar todo para atravesar el canal; pero juzgando con razón que la retirada no se verificaría sin obstáculos, hizo establecer á la cabeza y á ambos lados del puente fortificaciones cubiertas, que permitiesen aun á las gentes de á caballo atravesarlo á su abrigo. Luis no se había engañado. Apenas vieron los sarracenos aquellos preparativos, acudiendo de todos lados, sin que se supiese de donde salían, volvieron á formar aquellos cueros que habían desaparecido momentáneamente. Pero el rey continuó dando órdenes para la partida, convencido de que cada día de atraso, debilitando al ejército, haría aun más peligroso y difícil el paso. La cabeza de la columna compuesta de los enfermos y heridos, se puso, pues, en marcha, mientras que á cada lado del puente y delante de ellos con el objeto de protegerlos, el rey, sus dos hermanos y todos los que aun se mantenían en pie, esperaban espada en mano, á que hubiesen pasado los últimos. Esta actitud impuso á los sarracenos.

En seguida pasaron los heridos, los arneses y las armas; llególe después su vez á Luis, que le fué preciso seguirlos á su pesar. Este fué el momento que los sarracenos eligieron para atacar, porque habían visto que por todas partes donde iba el rey, allí iba también la victoria. Segnía, pues, el rey una de las barbacanas (1), y el conde de Anjou la otra, cuando se oyó gran gritería á la retaguardia del ejército, mandada por Gauthier de Chatillon. Causábanla los sarracenos que cargaban; la batalla se había empeñado de nuevo. Volvió al punto el rostro el conde de Anjou, y salió de los atrincheramientos con un escuadrón todavía terrible, á pesar de componerse de gente enferma y hambrienta. Ya era tiempo; Gauthier de Chatillon iba á sucumbir al número, por haberse lanzado casi solo entre la retaguardia y los sarracenos. Errard de Valery había sido cogido, y su hermano á pie, no queriendo abandonarle, redoblaba sus golpes sobre los que le llevaban, sin otra esperanza que matar y ser muerto. Al grito de guerra que el conde de Anjou lanzó al aparecerse, todos recobraron nuevo brio. Soltaron los sarracenos á Errard, quien no encontrándose herido, cogió la primera espada que encontró, y se puso á su vez á defender á su hermano, como su hermano le había defendido. Gauthier de Chatillon, á quien todo el ejército infiel no había podido hacer retroceder un paso, volvió á tomar la defensiva desde el momento en que se vió apoyado por el conde de Anjou. La retaguardia pasó el puente, salvándose por la abnegación y el denuedo de dos hombres.

Al día siguiente se extendió el rumor de que se habían entablado negociaciones de paz

(1) No de las empalizadas que el rey había hecho colocar para proteger el paso del ejército.

entre el rey de Francia y el soldan. En efecto, Geoffroy de Sargines, encargado con plenos poderes de Luis, acababa de pasar el canal para tener una entrevista con el emir Zeineddin, enviado de Touran-Chah. Un rayo de alegría reanimó el corazón de todos aquellos hombres que se miraban como perdidos, y esperaron con ansiedad la vuelta del mensajero. Como á las cinco de la tarde, messire Geoffroy de Sargines volvió al campo, y podía adivinarse en su rostro triste, si no abatido, que era portador de fatales nuevas.

En efecto, las negociaciones, convenidas en todos los puntos, se habian roto por uno solo. Luis debía volver al soldan la ciudad de Damicta, y el soldan á los cristianos la ciudad de Jerusalem.

Este primer artículo habia sido adoptado.

Luis debía conducir tranquilamente todos sus enfermos á Damicta y tomar en los almacenes de la ciudad todas las carnes saladas de que los musulmanes no comian, y de que el rey tenia necesidad para alimentar á su ejército en el mar.

Este segundo artículo habia sido adoptado.

Luis ofreció entregar para seguridad del convenio, y hasta su completo cumplimiento, uno de sus hermanos en prenda, fuese el conde de Poitiers ó el de Anjou. Y aqui fué donde se rompieron las negociaciones. El emir Zeineddin habia recibido del soldan la orden de no aceptar otro rehén que el mismo rey. Al oír esta pretension, se negó sorprendido Sargines; insistieron los enviados del soldan, y Geoffroy se retiró declarando que el ejército cristiano se haria matar, desde su primer barón hasta su último lacayo, antes que dar á su rey en prenda. Esta era la noticia que llevaba. Fijóse la retirada para el martes en la tarde, despues de la octava de Pascua.

Tomada esta resolución, el rey, que se hallaba tambien atacado de la epidemia, mandó llamar á Josselin de Corvant, el inventor de la gran máquina de guerra, y nombrándole jefe de maestros de obras é ingenieros, le mandó que en el momento en que viera al ejército ponerse en marcha, rompiese la calzada que comunicaba con la otra ribera del Achmoun, á fin de que los sarracenos no pudiesen perseguirle, sin ir á buscar el vado dos leguas de alli, lo cual siempre daria á los cristianos algunas horas de delantera sobre los infieles. En seguida, tomada esta precaucion, mandó Luis se le presentaran los marineros, y les mandó ordenasen sus buques, á fin de que estuviesen dispuestos en el momento designado para recoger los enfermos y conducirlos á Damicta.

De esas dos órdenes, solo una fué ejecutada. Cuando llegó la noche, sombría y propicia, todos se prepararon á partir. Se habian encendido, como de costumbre, fogatas en la ribera, tanto para dar calor á los enfermos, como por no infundir sospechas. Joinville

acababa de entrar en su navio con dos caballeros y algunos criados, únicos restos de toda su casa de guerra, cuando desde el medio del rio á donde habia llegado, vió á la luz de las llamas á los sarracenos penetrar en el campo. Sea traicion, sea imposibilidad, Josselin de Corvant y sus trabajadores no habian roto el puente como habian recibido orden de hacer, de modo que habia caido en poder de los sarracenos, que pasaban á millares sobre la ribera, y estendiéndose como un inmenso semicírculo, rodeaban todo el ejército.

Entonces todos los temores fueron por el rey; todos los esfuerzos se dirigieron á hacerle embarcar sin perder momento. Pero aunque enfermo y debilitado, aunque vestido con un jubon de seda en vez de armadura, á pesar de montar un caballo de poca resistencia en lugar de su corcel de batalla, detúvose el rey al primer grito de alarma, declarando que no entraria en la lancha sino cuando hubiera visto embarcarse hasta el último de sus enfermos y de sus soldados. Los marineros, aturdiéndose en aquel momento ó pensando en salvarse ellos mismos, cortaron los cables de las galeras, que apenas habian recogido una tercera parte del ejército, y las dejaron vogar, á pesar de los caballeros que gritaban de todas partes: *¡Esperad al rey! ¡salvad al rey!* Joinville, que estaba en su barca, vió irse hacia él aquella flota insensata, que no pensaba mas que en huir, y se encontró cogido y casi deshecho entre los grandes bageles. Sin embargo, algunos pilotos cediendo á las instancias de los caballeros, se aproximaron á la ribera; pero asi que abordaban á ella, Luis habia entrado en sus naves enfermos y heridos; en seguida, cuando ya estaban llenas, las mandaba continuar su marcha, y él se quedaba alli diciendo que mejor quisiera morir que abandonar á su pueblo. Tan gran ejemplo volvió, no el valor, ninguno le perdió en aquella terrible circunstancia, sino las fuerzas á algunos caballeros. Errard de Valery, Geoffroy de Sargines, permanecieron junto al rey, jurando defenderle hasta la muerte. No se hizo esperar la ocasion de cumplir su juramento: los sarracenos habian caido como manadas de lobos sobre enfermos y heridos, degollando sin eleccion y sin descanso. Inmediatamente llegaron los ballesteros con el fuego griego. Surcó el aire una multitud de flechas inflamadas, iluminando el campo de batalla y descubriéndole en todo su desorden y en todo su horror. Caian las flechas en tal cantidad, que se hubiera creído eran las estrellas que se desprendian del cielo en forma de lluvia. Entonces todo se perdió, los marineros huyeron, los heridos y los enfermos hicieron un supremo esfuerzo, y los unos se arrojaron al agua para perseguir los barcos, y los otros se pusieron de rodillas para esperar la muerte. El degüello era general. En una estension de de dos leguas, no era la llanura mas que un

lecho de agonía; y sin embargo, el rey no quería abandonar aquella terrible pelea, llorando y levantando las manos al cielo para invocar al Señor. Solo una galera quedaba y esta era la del legado del papa: instaban á Luis que subiese á ella. Pero declaró que seguiría por la orilla para proteger mientras pudiese los restos de su ejército, y mandó á los marineros se reuniesen á la flota. Obedecieron. Luis mandó á su escuadrón marchase hacia Damietta al mando de Errard de Valery, y acompañado de su fiel Sargines, fué á ocupar su puesto en la retaguardia.

El pequeño destacamento caminó toda la noche. Al rayar el día se levantó un viento muy fuerte que volvió á arrojar toda la flota hacia Mausourah. Al mismo tiempo que aquel huracán aumentaba los peligros de los que se habían embarcado, daba alguna tregua á los que seguían la ribera elevando entre ellos una nube de polvo tan espesa, que los ocultaba á su vista. En aquel momento, si se ha de creer al historiador árabe Salih, estaban los cristianos tan abandonados de su Dios, que el cadí Gazal-Uddin, viendo que la victoria iba á escaparse á los sarracenos, dirigió la palabra al viento, exclamando con toda su fuerza:

—En nombre de Mahoma te mando dirigir el soplo contra los franceses.

Y el viento obedeció.

Aquel cambio en la dirección del viento, que fué el resultado de una casualidad ó de un milagro, había alborotado las ondas del Nilo; muchos buques, excesivamente cargados, se sumergieron y otros fueron arrojados á la orilla. De este número era la galera de Joinville. Desde el sitio en que había encallado se veía al otro lado del río una gran parte de los bageles que habían caído ya en poder de los infieles, los cuales degollaban las tripulaciones, arrojaban los cadáveres al agua y desembarcaban los equipajes y arneses que habían ganado. Al mismo tiempo vió ir hacia él una multitud de turcos que viéndole encallado acudían á apoderarse de su navío; mas la suerte que les aguardaba volvió algún ánimo á sus gentes, de modo que despues de inauditos esfuerzos volvieron á encontrarse á flote. Llegaron los sarracenos á la orilla cuando ellos acababan de separarse de allí, de suerte que no podían alcanzarles; les inundaron de dardos y flechas en tal cantidad, que Joinville, herido como estaba, se puso su cota de malla para librarse del efecto de aquella lluvia de proyectiles que caía en su buque. En cuanto llegaron al centro del río, el piloto continuó su camino hacia la otra orilla sin que Joinville notase su intención; pero uno de los suyos exclamó entonces:

—¡Señor, señor! nuestro marinero porque le amenazan los sarracenos quiere llevarnos á tierra donde seremos todos muertos y des- trozados.

Al punto Joinville le mandó seguir la cor-

riente; mas él no hizo caso de esta orden; tanto, que el buen senescal se levantó y empuñando su espada le declaró que si daba un paso hacia tierra le mataría sin misericordia. Esta amenaza produjo su efecto; el piloto se mantuvo á igual distancia de ambas orillas; mas no tardaron los bageles en llegar al sitio en que el Nilo estaba obstruido por la flota del sultan. Preguntó entonces el piloto á Joinville qué quería mejor, si continuar su camino y ganar la ribera, ó anclar en medio del río. Decidióse Joinville por este último partido; mas apenas le habían puesto en ejecución vieron aparecer cuatro galeras del sultan, que contendrían como diez mil hombres, y que avanzaban de frente con el objeto de cortar la retirada á la flota francesa y quitarle toda esperanza de salvación. Al ver aquello Joinville, deliberó con sus caballeros para saber si debería rendirse á los sarracenos de la otra orilla ó á los de los bageles. Unánimes estuvieron los pareceres en rendirse á estos últimos, con los que al menos tenían la probabilidad de no separarse unos de otros. Entre toda la tripulación solo hubo un clérigo que quería no se entregasen sino que se hiciesen matar para ir á gozar de Dios; pero fué el único de aquella opinión.

Cogió Joinville entonces un cofrecito en el que estaban sus mas preciosas joyas y sus mas santas reliquias, y á fin de que no quedasen en manos de los infieles, le arrojó en el río. Uno de sus marineros se aproximó á él y le dijo que eran perdidos si no le permitía decir á los sarracenos que su cautivo era primo del rey. Respondióle Joinville que dijera lo que le agradase. En este momento abordaban las galeras; una de ellas arrojó su ancla colocándose á través ante el bagel cristiano. Creyóse perdido el buen caballero y ya encomendaba su alma á Dios, cuando un sarraceno, sin duda apiadado, se acercó á nado diciéndole: Señor, si no me haceis caso sois muerto. Arrojaos inmediatamente al agua; no os verán, ocupados en saquear vuestro buque, y entonces os salvaré. Joinville, que no esperaba un socorro semejante, no perdió un minuto en aprovecharse del consejo y se arrojó al Nilo. Sostuvo el sarraceno, porque estaba tan débil que á haber quedado entregado á sí mismo se hubiera ahogado. De este modo abordaron á la ribera. Apenas pusieron en ella los pies, se arrojaron sobre ellos los verdugos; pero el sarraceno cubrió á Joinville con su cuerpo exclamando:

—¡El primo del rey! ¡el primo del rey! Ya era tiempo. Joinville sintiendo ya en su cuello el frío de la cuchilla, había caído de rodillas. La esperanza de un rico rescate pudo mas que la sed de sangre. Fué conducido el prisionero á un castillo ocupado por los sarracenos, quienes viéndole tan débil se apiadaron y le despojaron de su loriga y le echaron encima una cubierta de color de grana, que su madre le

había dado; al mismo tiempo le dió otro una blanca correa con la que se ciñó los riñones; en fin, un tercero le dió una caperuza con que se cubrió la cabeza.

Por su parte el rey, había visto el desastre de su flota, y no pudiendo socorrerla, había continuado su camino, perseguido siempre y siempre guardado tan lealmente por Sargines y Chatillon, que ningun sarraceno se atrevía á aproximarse; porque con terribles mandobles, los dos caballeros arrojaban á los infieles, como vigilantes serridores, dice Joinville, separan las moscas del cuenco de su señor. Al fin, estenuado de fatiga, no pudiendo sostenerse sobre su caballo, le fué forzoso detenerse en Minich, donde desmontó *en brazos de una muger que era de París*, y se sintió tan malo, que se creyó no duraría el día.

Se arrojó sobre su lecho, cuando Felipe de Montfort se le acercó apresuradamente, diciéndole que acababa de ver entre los que le perseguían, al emir Zeineddin con quien se habían tenido las conferencias para la paz en Mausourah. Iba á preguntar al rey si era de su agrado que intentase con él un último esfuerzo, á fin de obtener al menos una suspension de armas. El rey le dió permiso para obrar con completa libertad. Felipe de Montfort tomó una pequeña escolta para que le acompañase, salió de la ciudad, se dirigió hácia los infieles, y llegó á donde estaban en el momento en que descansaban y recobraban ánimo para atacar la ciudad donde habían visto entrar al rey. Tendidas tenían sus armas á su lado, y sus turbantes desarrollados y estendidos en la arena.

El caballero dejó su escolta á cincuenta pasos de los sarracenos, y marchó directamente hácia el emir, quien viendo adelantarse un hombre solo, y sospechando llevaba algun mensaje, había hecho seña de que le dejasen pasar. Recordóle éste entonces las condiciones presentadas por el soldan, es decir la entrega de Damietta en cambio de Jerusalem, lo cual debía garantir la persona misma del rey que quedaria en rehen. Ratificaba Luis estas condiciones, y el caballero Felipe de Montfort iba á preguntar al emir Zeineddin si continuaba siempre en la intencion de aceptarlas. Tal era el terror que el rey, enfermo y abandonado como estaba, inspiraba todavía á los sarracenos, que su gefe consintió al punto. Entonces el señor de Montfort sacó su anillo y se le dió al emir en prueba de compromiso aceptado; pero en el momento en que éste iba á ponerle en su dedo, un traidor, llamado Marcel, salió de la ciudad, y llegándose á todo correr á la escolta de Montfort: «Señores caballeros, entregaos todos; el rey me manda deciroslo. No seais causa de que le maten resistiéndoos.» Al punto los caballeros no desconfiando, arrojaron sus armas y sus armaduras: los sarracenos aprovechando la ocasion convenida, se precipitaron sobre el reducido escuadron. Entonces el emir devol-

vió el anillo á Felipe de Montfort, diciéndole: «No se trata con prisioneros.»

Esta respuesta fué la seña de un nuevo ataque. Felipe de Montfort fué el tercero ó cuarto que se unió á la compañía de Gauthier de Chatillon. Los sarracenos mandados por los dos omires Zeineddin y Jemal-Eddin, marcharon hácia la ciudad. El rey oyendo el estrépito del combate, hizo un último esfuerzo, y dejando la casa abierta y sin defensa en que había sido recibido. se fué al palacio de Abiad-Allah, señor de Minich, que podia al menos oponer alguna resistencia, y Gauthier de Chatillon se colocó con el resto de su retaguardia al extremo de la estrecha calle que conducia á la real fortaleza.

Empeñóse entonces la última lucha. Todos los que se habían reunido á Gauthier, era lo mas bravo que había en la caballería francesa, y el gefe que los mandaba era digno de semejante escuadron. Se hubiese dicho que él y su caballo eran de hierro como sus armaduras, tantas fatigas habían soportado delante de Mausourah, sin molestarlos al parecer ni afectarlos. Cuando vió avanzar á los sarracenos, empuñó su espada y marchó de nuevo hácia ellos como si hubiese sido el primer combate, gritando: «¡A Chatillon, caballeros! ¡A Chatillon, mis hombres buenos!» Y los sarracenos le reconocieron y le volvieron á encontrar tal como se les había mostrado en el canal del Achmoun. Los infieles, asombrados de hallar tal resistencia cuando creían toda esperanza perdida para los franceses, retrocedieron en el primer momento hasta las puertas de la ciudad. Gauthier Chatillon aprovechó aquel momento de respiro para arrancar de su escudo, de su coraza y de su cuerpo, los proyectiles de ballesta de que estaba cubierto, de modo que al volver á la carga los sarracenos otra vez le encontraron el primero al frente de sus caballeros, todo ensangrentado, pero en pie y dispuesto á continuar el combate. Esta vez fué ya una carnicería. Los sarracenos irritados con tan prolongada lucha volvían con fuerzas diez veces superiores á las de los franceses. Todos los que estaban allí cayeron muertos. Gauthier de Chatillon cayó el último, acribillado de heridas, matando sin querer gracia, mientras pudo levantar su brazo. Un sarraceno se apoderó de su espada y de su moribundo caballo.

Precipitáronse entonces los infieles hácia el palacio donde estaba el rey. Cuando Luis los oyó romper las puertas, el ánimo esforzado del guerrero pudo mas que la resignacion del mártir; cogió su espada y se levantó; mas al punto cayó al suelo perdiendo el sentido. El primero que entró en la cámara y puso sus manos sobre él fué el ennuco Rechid; siguió-le el emir Sufeddin Eckanieri: Luis era prisionero.

Entonces, sin respeto al valor, á la febril debilidad, á la magestad del mártir, le pusie-

ron una cadena á los pies y le trasladaron al Nilo á bordo de un bagel de guerra, rodeado de sus servidores, prisioneros y encadenados como él. Al punto las cornetas, los tambores y los címbalos resonaron por todas partes en señal de victoria y regocijo; por doquier se esparció la nueva de que el soldan de los franceses habia sido cogido. Cesaron los degolladores un instante la faena que los tenia esparcidos por el llano, y acudieron en tropel á ambas orillas del Nilo, por donde subian con el desórden del triunfo, acompañando el barco donde iba el rey, y que era seguido de toda la flota.

Al día siguiente llegó el rey á Mausourah, fué conducido á la casa de Fakreddin-Ben-Lokman, y puesto bajo la custodia del eunuco Sahid.

El jóven sultan no podia creer en una victoria tan completa; apenas tuvo certeza de ella, que solo pudo adquirirla viendo al rey cautivo, escribió á todos sus gobernadores anunciándoles aquella gran noticia. El árabe Mokrin' nos ha conservado la carta de Touran-Chah á Dgemal-Eddin-Ben-Jagmour; con el júbilo que espresa, pinta el terror que habia experimentado. Hela aquí:

«Gracias sean dadas al Todopoderoso, que ha cambiado nuestra tristeza en alegría! Solo á él debemos la victoria. Los favores de que se ha dignado colmarnos son innumerables, y el último es el mas precioso. Anunciareis al pueblo de Damasco, ó mas bien á todos los musulmanes, que Dios nos ha hecho ganar una completa victoria sobre los cristianos precisamente cuando habian jurado nuestra perdición. El lunes, primer día de este año, hemos abierto nuestro tesoro, y distribuido nuestras riquezas á nuestros fieles soldados. Les hemos dado armas; hemos llamado en nuestro auxilio á las tribus árabes; una multitud de soldados se han alistado bajo nuestros estandartes. En la noche del martes al miércoles, nuestros enemigos han abandonado sus bagages y marchado hácia Damietta. A pesar de la oscuridad de la noche les hemos perseguido. Treinta mil de los suyos han quedado en el campo de batalla, sin contar los que se han precipitado en el Nilo. Hemos hecho perecer y arrojar al rio el sin número de prisioneros que hemos hecho. Su rey se habia retirado á Minich; ha implorado nuestra clemencia. Le hemos perdonado la vida y hecho los honores que exigia su calidad.»

A esta carta acompañaba, como presente, la gorra del rey de Francia, que se le habia caído durante la batalla, era de grana floridada de oro con ribete de martas. El gobernador de Damasco la puso en su cabeza para leer al pueblo la carta del soldan, y en seguida respondió á su señor:

«Dios sin duda, os destina á la conquista del universo, y á caminar de victoria en victoria, puesto que, como prenda de ese porvenir

vuestros esclavos se cubren ya con los despojos de los reyes de que os apoderais.»

En tanto, la noticia de la derrota se habia esparcido á la vez entre amigos y enemigos. La reina la supo en Damietta, tres días antes de su alumbramiento, y su dolor fué grande; creia á cada momento, á pesar de las precauciones tomadas por el bravo gobernador, que respondia de ella al rey, que Damietta era tomada y que los sarracenos entraban en su habitacion. Entonces exclamaba estando dormida: «Socorro! socorro!» En fin, conociendo cuán nocivos podian ser aquellos terrores á la criatura que llevaba en sus entrañas, hizo velar junto á su lecho á un anciano caballero de mas de ochenta años de edad, que no le dejaba la mano, y que siempre que en sus sueños prorumpia en aquellas exclamaciones, la despertaba diciéndole: «Señora, no tengais cuidado; estoy á vuestro lado y velo por vos.» En fin, la noche que precedió al día de su alumbramiento, fué tan grande aquel terror, que la reina mandó salir á todos los que estaban en la habitacion. En seguida, quedándose sola con el anciano caballero, se bajó de su lecho y se arrojó ante él de rodillas pidiéndole la concediese una gracia: el caballero le ofreció al punto bajo juramento, debiéndole como muger galanteria y como reina obediencia. Entonces le dijo Margarita de Provenza: «Señor caballero, yo os requiero, por la fé que me habeis jurado, para que si los sarracenos se apoderan de esta ciudad, me corteis la cabeza antes que se apoderen de mí.» Y el caballero respondió: «Con toda mi voluntad lo haré, señora, porque ya tenia pensado hacerlo sin que vos me lo pidiérais, si lo que temeis sucediera.»

Al día siguiente la reina dió á luz un hijo, á quien se puso de nombre Juan, y por sobrenombre Tristan, en memoria de haber venido al mundo en medio de la tristeza y la miseria.

Acababa apenas de terminar su alumbramiento, cuando fueron á decirle que los caballeros de Pisa y Génova, que tenian sus bagages en el puerto, querian huir y abandonar á Damietta. Abandonar á Damietta era abandonar al rey. Damietta era el único rescate que Luis podia ofrecer por su persona; Damietta era, pues, la única esperanza de la cristiandad. En consecuencia, envió á suplicar á los caballeros pisanos y genoveses fuesen á hablarla, y mandó á los chambelanes, á pesar del estado de postracion en que se hallaba, los introdujesen en su cámara. En cuanto los vió, se incorporó sobre su lecho, y tendiéndoles la mano: «Señores, dijo, en nombre de Dios, os suplico no abandoneis esta ciudad porque si lo hiciérais á pesar de mis suplicas, bien sabeis que monseñor el rey y todos los que están con él serian perdidos; y si no lo haceis por él, no siendo vuestro señor ni soberano, en nombre de la Virgen y del niño Jesus, hacedlo por la

pobre muger y el pobre niño que teneis en vuestra presencia yaciendo en el lecho.» Todos le respondieron que era imposible permaneciesen allí mas tiempo, porque se morian de hambre. Mandó entonces la reina que le llevasen un cofre lleno de oro; le abrió ante ellos, y les dijo que iba á mandar comprar todo el pan y las carnes que habia en la ciudad, de modo que en lo sucesivo serian mantenidos á costa del rey. Mediante esta promesa, permanecieron en la ciudad, y el cumplir su oferta costó á la reina 370,000 libras. No era comprar demasiado cara la posesion de Damietta.

Por la noche apareció al Occidente una multitud de hombres armados que se dirigian hácia la ciudad. A medida que se aproximaban, reconocianse los arneses, las armaduras, y las banderas de los cristianos. Sin embargo, como habia algo de extraordinario en el modo como avanzaban y en el silencio que guardaban al aproximarse, mandó el gobernador cerrar las puertas, y á los soldados que subiesen á las murallas. En efecto, en sus atezados rostros y largas barbas conoció al punto la astucia Olivier de Thermes. Los musulmanes, cubiertos con armaduras cristianas y marchando bajo las santas enseñas, habian tenido esperanza de sorprender la ciudad; pero viéndose reconocidos ó descubiertos, no intentaron siquiera proseguir en su intencion y se retiraron sin combatir. El mal éxito de aquella treta produjo un resultado satisfactorio, puesto que probó á los infieles que aunque los cristianos sabian la captura de su rey, no se habian por eso amilanado y continuaban siempre dispuestos á defenderse.

No obstante, Touran-Chah pensaba sacar partido de su victoria, y comenzaba á comprender que teniendo en sus manos la fortuna de la Francia, debía apreciarla en todo su valor; habia calculado, no por humanidad, sino por avaricia, que aquellos á quienes se diese muerte no pagarian rescate, y habia dado orden de que no se matase mas que á los pobres de quienes no se podia esperar rescate, y que se conservasen los caballeros. Supo entonces el rey que algunos de estos, deseosos de salir de manos de los infieles, habian entablado ya negociaciones particulares; al punto mandó prohibir á cualquiera que fuese, aun á sus hermanos, ajustar ningun trato, diciendo que trataria por ellos, y que despues de haber negociado por todos, trabajaria por si; él habia llevado el ejército á Egipto, añadia, y por tanto á él correspondia sacarlo de allí. Vió, pues, el soldan que tenia que entenderse con el rey; y sea que quisiese disponerle bien á su favor, ó que realmente le hubiera entusiasmado su valor, envió á Luis cincuenta vestidos magníficos, que el rey se negó á admitir, diciendo que era soberano de un reino mas rico que el Egipto, y que por consiguiente le correspondia dar y no recibir. Entonces Touran-

Chah, habiendo sabido que la reina habia dado á luz un hijo en Damietta, hizo partir una embajada con encargo de ofrecer á la madre ricos presentes, y una cuna de oro á su hijo. Al principio quiso rehusar; pero se acordó de los regalos de los reyes Magos, que eran infieles como el soldan, y en memoria del Divino Niño y su Santa Madre, aceptó.

Comenzó ya el soldan á encaminarse á su objeto, y mandó le preguntasen á Luis si queria volverle Damietta y las poblaciones que los cruzados tenian en Palestina, ofreciéndole que entonces saldria libre. Mas el rey respondió que Damietta era suya, en verdad, puesto que Nuestro Señor habia permitido la conquistase de los infieles; pero que no tenia ningun derecho sobre las demas ciudades de la Judea. El soldan volvió á dirigirse al rey. Los nuevos mensajeros llevaban encargo de preguntarle si queria por su rescate devolver Damietta y los castillos de Rodas y del Temple. Y el rey contestó que no podia hacerlo, porque el hecho seria un ataque al juramento acostumbrado, puesto que los castellanos y gobernadores de aquellas fortalezas juraban á Dios Nuestro Señor no entregarlas á los sarracenos por el rescate del cuerpo de hombre alguno, aunque fuese este el del rey. Los enviados volvieron á llevar esta respuesta á Touran-Chah.

Entonces fué un emir con soldados; esta vez no era ya portador de proposiciones, sino de amenazas; los embajadores habian cedido su puesto á los verdugos; llevaban la mision de anunciar al rey que como se habia negado á todo acomodo, habia decidido el soldan ponerle á tormento hasta que el dolor hubiese obtenido de él lo que no podia obtener la persuasion. Y Luis respondió que era el prisionero del soldan, que éste podia hacer de él lo que quisiera, y que cualquier dolor y afliccion que le fueran enviados por Nuestro Señor Jesucristo, lo sufriria con gusto, puesto que venia en su nombre.

Entonces volvió á comenzar la matanza. Los caballeros se alojaban en pabellones, y los soldados y los criados en un inmenso patio; estos últimos, á quienes se habia reconocido al punto por gentes de poco valer, habian sido hacinados á granel entre paredes de tierra, donde nada les libraba del ardor del sol, y donde nadie se cuidaba de darles sustento. Y sin embargo, no eran las enfermedades y el hambre las que mas víctimas hacian; era, si, el capricho del soldan; todas las noches se hacian salir algunos centenares de ellos; los llevaban orilla del rio, donde les esperaba un peloton de verdugos, y allí les preguntaban si querian renegar; los que lo hacian salvaban la vida; los que se negaban á cometer una apostasia, eran degollados y arrojados al Nilo; en seguida los arrastraba la corriente hácia Damietta, á donde llevaban terribles nuevas del ejército.

Los consejeros del soldan, que se compo-

nian de los que formaban la juvenil y voluptuosa corte que habia llevado consigo de la Mesopotamia, veian con temor aquellas dilaciones y aquella matanza. Todo lo que podia prolongar la permanencia de los cristianos en Oriente, los aterraba, porque conocian instintivamente que existia un odio oculto entre el emir, la milicia de los mamelucos, creada por el padre, que habian hecho toda aquella guerra, y el frivolo tropel de cortesanos del hijo, que habian llegado despues del combate, y muy á tiempo para participar de los despojos de los prisioneros á quienes no habian vencido, y de los cuerpos á quienes no habian dado muerte. Era, pues, importante que el soldan se desembarazase de un enemigo todavia tan poderoso, por mas que estuviere cautivo, á fin de afirmar su poder en el interior y comenzar verdaderamente su reinado. Enviáronse nuevos mensajeros á Luis; iban á ofrecerle su libertad, á condicion de que pagaria por su rescate quinientas mil libras. Pero Luis respondió que un rey de Francia no se rescataba por oro; que si tal era la voluntad del sultan, daria por su ejército las quinientas mil libras, y por él la ciudad de Damietta. Touran-Chah encontró tan digna la proposicion, que no quiso ser menos que su cautivo en generosidad, y exclamó cuando le comunicaron aquella respuesta: — ¡A fê mia! liberal es el francés, puesto que no ha regateado sobre tan grande suma, antes bien otorga y paga todo lo que se le pide. Id á decirle que por su rescate acepto la ciudad de Damietta, y por el de sus gentes le rebajo cien mil escudos.

Terminado este acuerdo, hizo entrar el soldan al rey y sus barones en cuatro galeras, á fin de conducirlos á Damietta bajando por el rio. Llegada á Charescour, ancló la flota; Luis debia tener allí una entrevista con Touran-Chah; sea con este objeto, sea en honor de la victoria de Minich, se habia levantado orilla del rio un gran pabellon de madera de abeto, cubierto de lienzo pintado. Delante habia un vestibulo, donde los emires recibidos en audiencia por el soldan, dejaban sus espadas y sus bastones; tenia el pabellon, en el centro de las habitaciones divididas en cuatro alas, un gran patio cuadrado, en medio del que se elevaba una torre cuya plataforma sobresalia por encima de todas las azoteas inmediatas, y de lo alto de aquella torre distinguia el soldan todo el pais de los contornos y los dos ejércitos; ademas, por una bóveda enrejada cubierta con ricas telas de la India, comunicaba aquel pabellon con el Nilo, y aquel paso estaba reservado al jóven soldan para cuando quera ir á bañarse al rio.

Llegaron los cristianos ante aquel palacio improvisado el jueves antes de la fiesta de Nuestro Señor; así que llegó, fué el rey conducido á tierra y recibido por el soldan. Era este un jóven de buena presencia, de veinte y cuatro á veinte y cinco años de edad, de la

familia de los Eyubitas, de origen curdo, y último descendiente de la familia de Salah-Eddin, criado, como hemos dicho, lejos de su padre, quien habiendo subido al trono por usurpacion, habia temido le estuviera reservada la suerte que él habia deparado á su hermano. El jóven principe, en su destierro á las orillas del Eufrates, habia adquirido esos hábitos de molicie y abandono legados por los asirios á los pueblos que les han sucedido. Como hemos podido ver en sus diferentes relaciones con el rey, no carecia de cierta elevacion de carácter; pero se mostraba sin continuidad, sin direccion, por resplandores pasajeros y rápidos como el relámpago. La primera cosa que habia hecho al llegar al Cairo habia sido pedir cuentas á la sultana Cheger-Eddur de los tesoros de su padre, los cuales habia distribuido al punto entre sus favoritos, acto doblemente impolitico puesto que arruinaba el Estado por enriquecer á hombres que le eran inútiles, y descontentaba á los que acababan de salvar el Egipto en Mausourah. Estos, los mamelucos baharitas, formaban en aquella época una milicia de ochocientos caballeros, mandados por Bibars, que como dejamos espuesto, habia sido proclamado emir en el campo de batalla en reemplazo de Fakreddin. Pues bien, esta milicia, que se perpetuó hasta nuestros dias, que dispuso durante siete siglos de la vida de los diferentes sultanes que se sucedieron en Egipto, habia sido creada por Nedjin-Eddin, padre de Touran-Chah, un dia que en el sitio de Naplusa habia sido cobardemente abandonado por sus tropas y sostenido por los esclavos, turcos de origen, que le habian vendido unos mercaderes sirios. Reconocido á aquel valor y adhesion, que no tenia derecho á esperar de gentes compradas, los colmó de beneficios, los elevó á las primeras dignidades, y acabando á la sazón de edificar un palacio en la isla de Randa, les confió su custodia. Semejantes hombres eran temibles. Así, los mas prudentes consejeros del nuevo rey le recomendaban los tuviese contentos; pero él, jóven, sin experiencia de los hombres ni de las cosas, trasladado de repente y como por un furioso torbellino del destierro al trono, llegando á Egipto para ver sucumbir ante él el ejército mas agnerrido de la cristiandad, se reia de aquellos consejos, dados por lo general en medio de una orgia, y sacando su sable, hacia volar dando tajos el extremo de las velas que alumbraban el banquete, y decia por toda respuesta: «Así es como yo trataré á los esclavos baharitas.» Tal era el hombre que reinaba entonces en Egipto, y que disponia de los destinos del rey Luis y de los primeros principes y barones de la Francia. Mas, esclavo de su palabra, como digno hijo del Profeta, reconvino con su real prisionero las condiciones fijadas, y quedó tambien convenido que el sábado siguiente, es decir, á los dos dias, el

rey entregaria á Damietta. Acordado este punto, Touran-Chah quiso se quedase Luis para asistir á una gran comida que daba el mismo dia á los mamelucos; pero el rey, sospechando que aquella invitacion se le dirigia no para agasajarle sino para esponerle á la curiosidad de sus vencedores, rehusó, á pesar de las instancias del príncipe, y se volvió á su galera, llevando á los caballeros la feliz nueva de que estaban arreglados todos los puntos del tratado definitivamente, en los términos convenidos entre los enviados, y que el sábado siguiente estarian en libertad. Grande fué el regocijo que experimentaron todos los prisioneros, los cuales habiéndose visto tan cerca de la muerte ó de un eterno cautiverio, no podian creer en su libertad.

Por su parte Touran-Chah jamás habia estado tan orgulloso ni tan alegre: era señor absoluto del reino de Egipto, uno de los mas antiguos, de los mas hermosos y de los mas ricos de la tierra; gefe de un ejército tan valiente, que acababa de vencer un ejército, cuyo choque ninguna nacion lo habia experimentado sin estremecerse. En fin, á los tesoros de su padre, que le habia entregado la sultana, iba á añadir cuatrocientos mil escudos de oro que debia pagarle el rey. Era una obra maravillosa de encantamiento, era un cuento de las *Mil y una Noches* digno de adicionarse á los cuentos árabes mas inverosímiles y adornados de imágenes mas doradas.

Un soplo derribó aquella Babel, que al caer aplastó á Touran-Chah bajo sus escambros.

Mientras la comida no habia observado el soldan las conversaciones en voz baja de los mamelucos y las miradas que se cambiaban entre los convidados. Cuando llegó el momento de dejar la sala del convite, levantóse el soldan vacilante y pidió á Bibars su sable, que habia dejado al entrar en la habitacion: mas como el emir no obedecia, Touran-Chah repitió su orden con voz imperiosa. En aquel momento desvainava Bibars su sable y tirando una cuchillada al soldan que tenia el brazo estendido hácia él, le hendió la mano entre el tercero y cuarto dedo. El soldan que recibió aquella profunda herida, levantó su mano ensangrentada, y volviéndose hácia los demas emires: «¡A mí! exclamó, ¡a mí! ya veis que se me quiere asesinar.» Pero estos desvainando tambien sus sables, le respondieron: «No hacemos contigo mas que lo que tú querias hacer con nosotros; y mas vale que tú fueras, tú que eres un cobarde, que nosotros que somos valientes.» Entonces Touran-Chah vió que no era una venganza individual, sino una revolucion general. Se precipitó en la escalera, ganó la torre que se elevaba en medio del patio, y cerró las puertas tras de sí. Bibars temiendo que el resto del ejército fuese al socorro del soldan, menos acaso todavía por amor hácia él que impulsados por

aquel odio instintivo de los soldados á los cuerpos privilegiados, salió del pabellon, y dirigiéndose á los caballeros sarracenos y á los árabes les anunció que Damietta estaba tomada, y les mandó á nombre del soldan que fuesen allá para precederles. Los guerreros sarracenos y los soldados árabes no sospecharon la estratagemá, y montando á caballo, lanzáronse todos á cual mas corria. Quedaron solos los mamelucos.

Los cristianos aterrados por aquella rápida carrera, y creyendo que la noticia de la toma de Damietta era cierta, presenciaron un extraño espectáculo. Apenas desapareció el ejército, fueron derribados como por encanto los pabellones que rodeaban la torre, dejando al descubierto á toda la milicia de los mamelucos amenazadores y armados. A una de las ventanas de aquella torre estaba el soldan, agitando su ensangrentada mano y pidiendo gracia. Comenzaron entonces los cristianos á comprender que una de esas revoluciones militares, tan comunes en Oriente, iba á tener su desenlace á su vista.

El soldan suplicaba é imploraba siempre, y Bibars convertido á su vez en señor, le mandaba que bajase; pero Touran-Chah no queria hacerlo sir que los emires le prometiesen salvarle la vida. Entonces, juzgando inútil tomar aquella torre, en que temian encontrar algunos soldados fieles dispuestos á defender al sultan, los sublevados formaron un semicírculo que encerraba la torre entre ellos y el Nilo, y lanzaron sobre el último asilo del desventurado soldan una lluvia de flechas ardiendo. Los cruzados colocados en medio del rio, no perdieron ninguno de los detalles de la escena. La torre, como hemos dicho, era de madera y tela pintada; se encendió en todos los puntos atacados por el fuego griego con espantosa rapidez; en un momento se encontró el soldan rodeado de llamas; la torre se quemaba á la vez por la base y el remate; las llamas subian y bajaban, amenazando unirse. Touran-Chah, amenazado á la vez por encima de su cabeza y bajo sus pies, monta sobre el quicio de la ventana, donde parece vacilante al verse suspendido; en seguida llegando el incendio á pocos pasos de él, yendo á tocarle, se lanzó de la altura de veinte pies, y habiendo caido sin hacerse daño alguno, se precipitó hácia el Nilo, no quedándole otra esperanza de socorro que esperar sino de los prisioneros, á quienes todavía amenazaba la vispera con una eterna cautividad ó la muerte.

Bibars vió su intencion y se lanzó en su persecucion: antes que llegase al rio le alcanzó y le dió otra cuchillada en el costado; Touran-Chah continuó, sin embargo, corriendo, se arrojó en el Nilo y se puso á nadar hácia las galerías. Todos los cristianos estaban fijos en aquella odiosa lucha; instintiva y generosamente escitaban á los fugitivos con sus gritos, y ya creia el soldan haberse salvado,

cuando Bibars y los otros seis mamelucos, quitándose sus vestidos, se lanzaron en su persecucion con el puñal entre los dientes. Touran-Chah, aunque debilitado por sus dos heridas, hacian inauditos esfuerzos para librarse de ellos; pero como al separarse de la orilla la corriente era mas rápida, su vestido detuvo sus movimientos. Alcanzóronle los asesinos, y á pesar de sus gritos y súplicas, le dieron sin piedad de puñaladas; en seguida arrastrándole á la playa, uno de los emires, llamado Fares-Eddin-Octai, le abrió el pecho, sacó de él el corazon vertiendo sangre; y mostrándole á los mamelucos:

—Aquí teneis, dijo, el corazon de un traidor; que sea comido por los perros y las aves.

Y le arrojó lejos, para que aquella sentencia tuviese su cumplimiento: nadie pensó en recogerle; y sin duda lo hicieron los animales carnivoros, segun los hombres habian decidido.

En seguida se metieron los gefes mamelucos precipitadamente en una lancía, y se hicieron llevar á las galeras de los prisioneros. Fares-Eddin-Octai, acompañado de dos ó tres hombres subió al buque que montaba Luis, y presentándose á él, con las manos ensangrentadas

—Rey de los francos, le dijo, ¿qué me darás por haberte librado de un enemigo que te hacia traicion, y que despues de haber recordado de tu poder Damieta, te hubiera dado muerte?

Pero Luis no respondió, sea que no comprendiese lo que le decia el asesino, ó que el rey no quisiese aparecer que aprobaba el asesinato de otro rey. Entonces el emir, tomando aquel silencio por menosprecio, desenvainó el puñal con que acababa de abrir el pecho de Touran-Chah, y apoyando su punta sobre el costado izquierdo del rey

—Rey de los francos, le dice, ¿no comprendes que soy dueño de tu persona?

Luis se cruza de brazos y sonrie desdeñosamente. La cólera sube como una llamarada al rostro del asesino.

—Rey de los francos, esclama con una voz alterada por la cólera, hazme caballero, ó eres muerto.

—Hazte cristiano, le respondió el rey, y te haré caballero.

Sea que Octai no tuviese realmente malas intenciones contra su prisionero, sea que aquella serenidad le impusiese, nada respondió, volvió á envainar lentamente su puñal y marchó del navio.

Todo lo encontró en desórden en la galera de Joinville; los demas emires habian subido á ella dando voces y prorumpiendo en amenazas, con las espadas desnudas en sus manos y sus hachas de armas á la espalda. Preguntó entonces Joinville al caballero Beaudoin d' Ibelin, que entendia el idioma de los sarracenos,

qué querian aquellas furias. El caballero respondió que iban á cortar la cabeza á los prisioneros, si se habia de creer lo que decian. Volvió el rostro Joinville y vió un grupo de los suyos que se confesaban todos con un religioso de la Trinidad: esto le confirmó la verdad de lo que acababa de anunciarle Beaudoin; pero como no recordaba haber cometido ningun pecado, se arrodilló ante un mameluco, y tendiendo el cuello, hizo la señal de la cruz, y resuelto á seguir su suerte, dijo solamente: «Así murió Santa Inés.» Cuando estaba arrodillado, el caballero Guy d' Helin, condestable de Chipre, que estaba en la misma postura, como él esperando la muerte, le suplicó tuviese á bien recibir su confesion. Joinville consintió en ello, y cuando hubo concluido, le dió la absolucion que podia darle; pero de todo lo que habia oído, el mismo buen senescal confiesa que no recordó ni una palabra en cuanto se levantó. En este momento fué cuando Octai apareció y mandó que no se descargara ni un solo sablazo, hachazo ó puñalada. Obedecieron los mamelucos, y retirándose los cristianos todos juntos, y agrupados como un rebaño de carneros, hácia la popa de su galera, tuvieron consejo en la proa los infieles; en seguida tomada una determinacion, volvieron á entrar en su barca y se hicieron conducir al navio del rey.

Esta vez su modo de abordarle fué muy diferente; subieron silenciosos sobre el puente y se presentaron respetuosamente á Luis; dijéronle que nada sucedia sino por sentencia de Dios, que cuando deseaba se verificase un acontecimiento, preparaba de antemano las causas; que era, pues, preciso, que los cristianos olvidasen lo que acababa de pasar á su vista; que lo que se habia hecho, hecho estaba, y la única cosa que los mamelucos exigian del rey, era el cumplimiento del tratado ajustado con el soldan. Respondió el rey que estaba dispuesto á cumplirle; pero recordaron los mamelucos entonces que el juramento del rey habia sido hecho á Touran-Chah, y no á su sucesor; de modo que era preciso renovar aquellas promesas. El rey consintió en ello, y de una y otra parte se nombraron negociadores que redactasen la fórmula del nuevo convenio.

Estipulóse que los juramentos que debian prestar los mamelucos serian en número de tres y concebidos en estos términos:

El primero, que si no cumplan al rey sus convenios y promesas, querian ser infamados y deshonrados, al modo del musulman que á causa de sus pecados, es condenado á hacer con la cabeza descubierta la peregrinacion á la Meca.

El segundo, que si no cumplan sus convenios y promesas, querian ser infamados y deshonrados, al modo del musulman que, habiendo repudiado á su muger, la vuelve á tomar sin haber visto otro hombre acostado con ella y en su lecho.

El tercero, que si no cumplian sus conven- ciones y promesas, consentian ser infamados y deshonrados, al modo del musulman que come carne de cerdo.

Los emires hicieron los juramentos pedidos; en seguida, presentaron á su vez por escrito los que debian ser pronunciados por el rey; eran dos: habian sido redactados por apóstatas. Hélos aqui:

El primero, que si el rey no cumplia sus promesas y convenios, consentia en ser separado para siempre de la compañía de Dios, de su digna madre, de los doce apóstoles, y de todos los demas santos y santas del paraíso.

El segundo, que si el rey no cumplia sus promesas y convenios, seria reputado perjuro como el cristiano que ha renegado de su Dios, su bautismo y su ley, y que, ultrajando á Dios, escupe la cruz y la pisotea.

Luis respondió á los enviados de los emires que estaba dispuesto á pronunciar el primer juramento, pero que ningun poder humano le haria jurar el segundo, que era una blasfemia.

Al oír esta respuesta se levantó gran tumulto en el consejo; porque todos exclamaron á la vez que ellos habian jurado todo lo que el rey habia querido, mientras á su vez el rey se negaba á prestar el juramento que habia prometido hacer. Uno de los enviados dijo entonces que sabia bien de donde provenia el obstáculo y la vacilacion, y que era, no del rey, sino del patriarca de Jerusalem, su consejero. Entraron de nuevo los emires en una barca, y por tercera vez fueron al buque de Luis. Encontráronle como siempre firme y tranquilo, por mas amenazas que le hicieron; en seguida, viendo que nada podia quebrantar su constancia, y creyendo como lo habia dicho el enviado, que el patriarca de Jerusalem era el que le daba aquella firmeza con sus consejos, se apoderaron del prelado, y á pesar de ser un bondadoso y venerable anciano de ochenta y seis años, le sujetaron á una viga, y á presencia del rey le ataron las manos con una cuerda, con tal fuerza, que sus manos se hincharon y la sangre brotó por sus poros. Pero el martirio de los demas no pudo tener influencia sobre el que estaba dispuesto á sufrirle, y á pesar de que el patriarca vencido por el dolor le gritaba: «Jurad, señor, jurad libremente, yo tomo el pecado sobre mí y sobre mi alma,» el rey respondió que mas valia morir como buen cristiano, que vivir con la ira de Dios y su madre. En fin, viendo los musulmanes que el anciano se habia desmayado y Luis no queria jurar, le desataron, y dijeron, que se contentarian con la palabra del rey; mas que de seguro era el cristiano mas altivo y tenaz que se habia visto jamás en Oriente.

Aquella misma noche envió Luis un mensajero á la reina; la ordenaba marchar á Aix inmediatamente, porque Damietta debia ser entregada de alli á dos dias. Margarita recibió el

mensaje, doliente y postrada en el lecho á consecuencia del parto; mas al punto se levantó, prefiriendo arriesgar su vida al horror de verse, aunque no fuese sino un momento, á merced de los infieles; de modo que, cuando el rey llegó el dia siguiente al pabellon que habia hecho levantar á corta distancia de las murallas, su muger y su hijo estaban ya en la mar, y por consecuencia en seguridad.

Damieta estaba ya libre; no quedaban en ella mas que los enfermos, que debian quedar en rehenes hasta que el rey, que pagaba al contado doscientas mil libras, es decir, la mitad de la suma convenida, hubiese enviado de Aix el resto de su rescate. Entraron los sarracenos al salir el sol en la ciudad, conducidos por el caballero Geoffroy de Sargines, quien entregó las llaves de la ciudad en manos de los almirantes; en seguida se comenzó á hacer el pago de las 200,000 libras.

Verificábase esta operacion al peso en balanzas; cada peso era de 40,000 libras. Duró este desde la mañana del sábado hasta el domingo á las tres de la tarde; y á fin de que las cosas se hiciesen de un modo leal, el rey habia asistido alli durante todo ese tiempo. Pesadas las últimas 40,000 libras, Luis volvió á entrar en su tienda y se ocupó de los preparativos de su partida. Iba á dejar la ribera, cuando Felipe de Monfort, que habia sido el encargado de entregar el dinero, le dijo que habia defraudado á los sarracenos en una balanza; entonces el rey, á pesar de las réplicas de su gente, que le veian con terror volverse á entregar á los infieles, entró otra vez en su tienda, hizo volver á abrir el cofre, y envió las diez mil libras.

Al dia siguiente, Luis, habiendo llenado fielmente sus promesas como rey y como cristiano, dejó con tres galeras y quinientos caballeros tan solo, aquella tierra de Egipto á que habia abordado con cien bageles, nueve mil quinientos caballeros, y ciento treinta mil infantes.

Diez y ocho años despues, un poeta árabe, llamado Ismael, habiendo sabido que Luis se preparaba á una segunda cruzada contra el Africa, hizo los versos siguientes:

«Francés, ¿ignoras que Tunez es la hermana del Cairo? Piensa en la suerte que te espera. En esa ciudad encontrarás la tumba en vez de la casa de Fakreddin-ben-Lokman, y los dos ángeles de la muerte, *Munkir* y *Nakir*, reemplazando al eunuco Sahid, irán á preguntarte quién es tu Señor, quién es tu Profeta.»

Luis partió para Tunez, y la prediccion del profeta se cumplió el 23 de agosto de 1270.

La casa de Fakreddin-ben-Lokman, que sirvió de prision á San Luis, existe todavia,

recibiendo su sombra de seculares palmeras, en la orilla izquierda del Nilo, al que magestuosamente domina; tres ventanas inmensas, que en lugar de vidrios tienen palillos torneados, engastados caprichosamente los unos en los otros, se hallan encima de una puerta redonda en su parte superior, la cual está adornada de piedras rojas y blancas alternadas; el ala izquierda de la casa está flanqueada de un edificio mas bajo que tiene una sola abertura cuya dimension no merece el nombre de ventana; esta es la modesta capilla en que el santo rey oraba: el emir, cediendo al piadoso escrupulo de su prisionero, la hizo edificar, á fin de que Luis pudiese recitar sus oraciones en un lugar cuyo acceso estaba prohibido á los musulmanes. Hicimos alto un instante ante la consagrada casa; en seguida nuestros remeros volvieron á entonar con su aire indiferente los cánticos de la vispera, y la djerme voló impulsada doblemente por los remos y la corriente. La noche nos sorprendió sin detenernos; cuando despertamos, el cauce del rio era visiblemente mas ancho, y las blancas murallas de Damieta se nos presentaban por cima de la cortina de follage que costea el Nilo. Esta ciudad, situada dos leguas mas arriba que lo estaba la antigua, tiene el aspecto italiano: las casas son grandes y de bella apariencia; las que están orilla de los malecones tienen todas azoteas con verdes enrejados en su derredor, que producen el efecto mas agradable.

Apenas habiamos entrado en casa del vicecónsul de Francia, cuando Tonaleb, Bechara y nuestros fieles árabes, estaban con nosotros. Iban á tomar nuestras órdenes para conducirnos por El-Arich y el desierto hasta Jerusalem; pero la reciente esperiencia que teniamos del viage por agua, nos habia encantado de tal modo, nos parecia tan preferible aquel medio de transporte al que nos prometian los árabes, y nuestra opinion fué tan completamente adoptada por Mr. Linaut y el vicecónsul, que se resolvió iríamos por mar hasta Jaffa.

Nos separamos de nuestros árabes como antiguos y verdaderos amigos, y no dejamos de sentir cierta opresion en el corazon cuando dirigimos la última mirada á nuestros dromedarios, los que arrodillados é inmóviles, vueltos hácia nosotros sus ojos de gacela, parecian protestar contra lo que deciamos de la rudeza de sus movimientos. No tardaron, sin embargo, en probarnos que no habian olvidado ninguna de sus gracias; se levantaron en dos tiempos, segun la clásica costumbre del desierto, y partieron con sus ginetes á un trocete capaz de sacar de los arzones á un cocacero.

Inmediatamente se terminaron los preparativos para nuestra corta travesia; la djerme que habíamos fletado tenia próximamente veinte pies de longitud; tres marinos turcos la conducian, es decir, tres graves personajes exclusivamente ocupados en fumar en largas pipas excelente tabaco de la Takia.

A fin de aprovechar la brisa de la mañana para pasar el Boghaz (la embocadura del Nilo), dejamos á Damieta á las seis.

En el momento de partir se aproximó un turco al baron Taylor y le pidió hospitalidad para el pasaje hasta Jaffa. La alegría del pretendiente fué estrema cuando se le dijo que su demanda estaba concedida. Entró en el barco y se apresuró á preparar una pipa con el tabaco de nuestros marinos; en seguida, uniéndose al grupo se elevó de él al punto una columna de humo que podia hacer suponer á los que nos veian marchar así, sin ver á nadie en las maniobras, que marchábamos por el motor de algun nuevo vapor.

Las orillas del Nilo próximas á la embocadura son alegres y están plantadas de arrozales; los árboles son mas escasos á medida que se avanza; pero la configuracion de las riberas no cambia, sigue en una pendiente insensible hasta el mar; en algunos sitios tiene el rio tres cuartos de legua de ancho; en otros se estrecha hasta quedar reducido á un cuarto de legua; en la embocadura podrá tener, por cálculo á simple vista, como legua y media.

Las corrientes son rápidas, y el fondo lleno de rocas que salen á flor de agua, presenta las mayores dificultades. El patron de la djerme, indolentemente tendido, daba sus órdenes á los dos marineros; dos veces nos arrojó contra los escollos, y debo hacerle justicia, no demostró inquietarse lo mas mínimo por el peligro que corriamos. A las nueve estábamos en plena mar, deslizándonos sobre su tersa superficie impelidos por una fresca brisa que soplabá de tierra.

Era aquel el último adios del imperio de los Farabones, el último suspiro de aquel misterioso Egipto que muy pronto no dominaba ya el mar mas que con un delgado filete de verdura, semejante á una serpiente marina, que cuando llegó la noche desapareció en un cielo de púrpura y oro. Dirigimos nuestra vista hácia aquel punto resplandeciente, hasta que descendiendo el velo de la noche igualó todos los horizontes. Cesamos al fin de ver; pero nuestros ojos no se cerraron, teniéndonos en vela la ansiedad de la expectativa: al amanecer debiamos saladar la *Tierra Santa*.

# ÍNDICE.

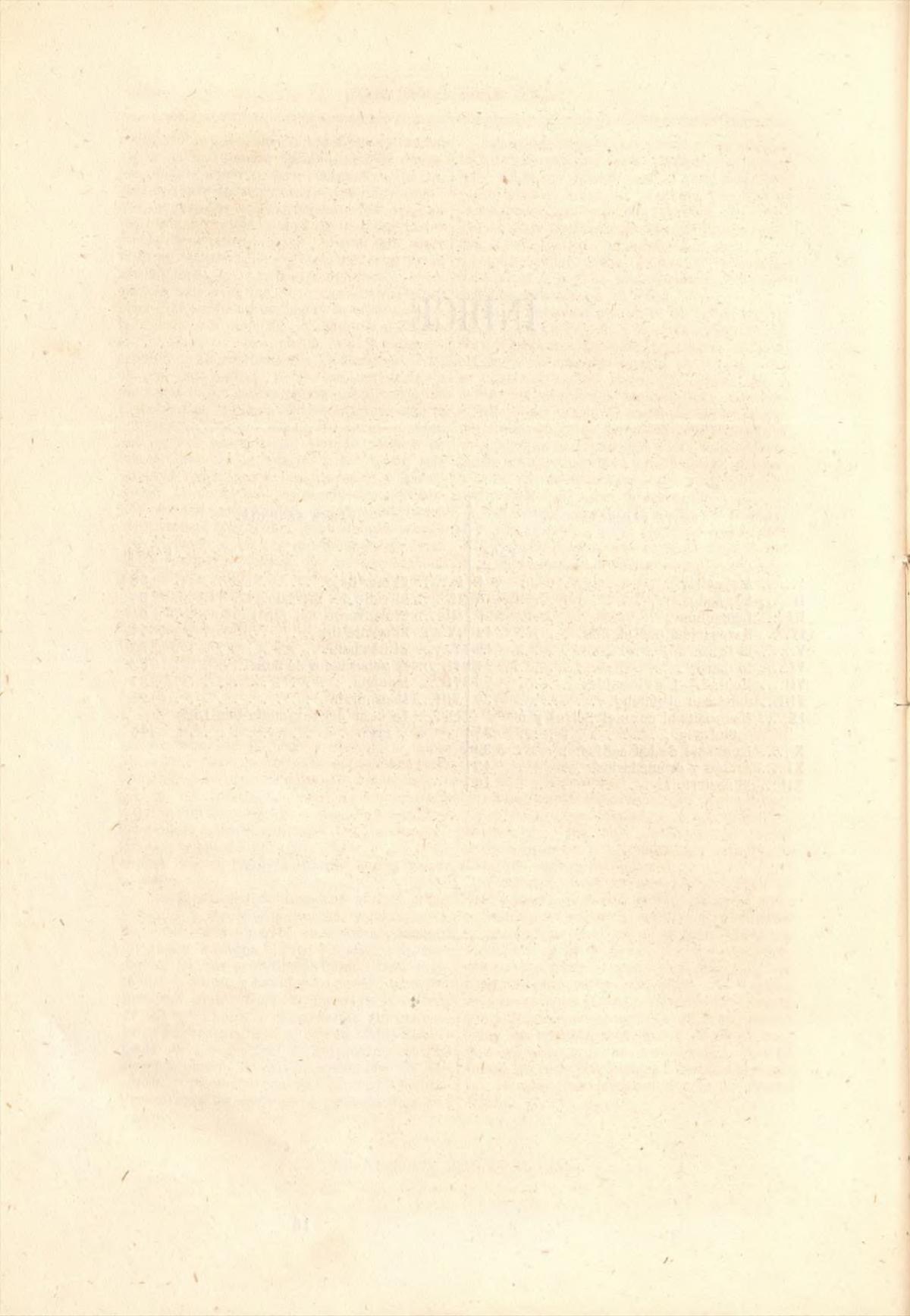
---

## PARTE PRIMERA.

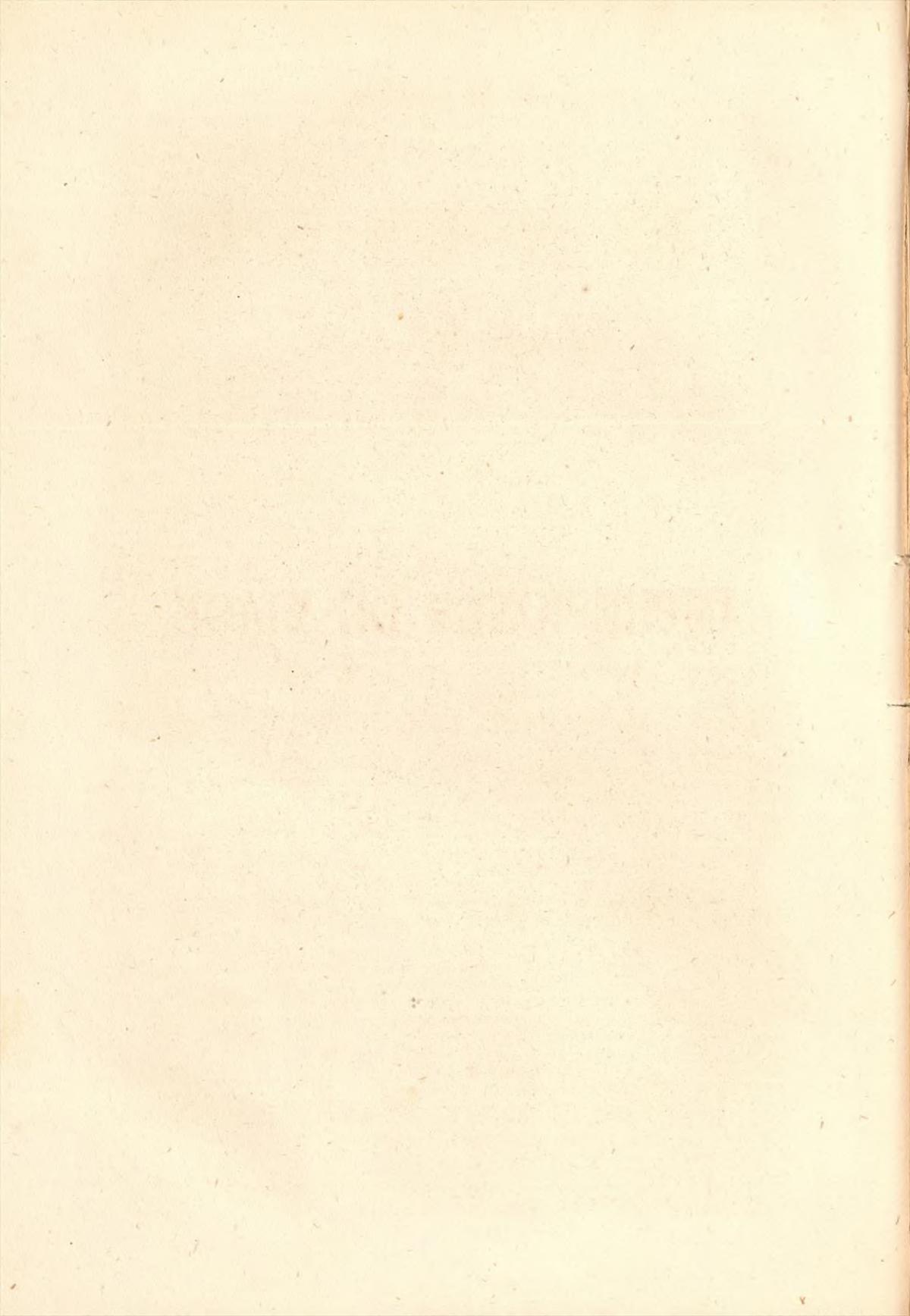
	PAGS.
I..... Alejandría. . . . .	4
II..... Los baños. . . . .	6
III.... Damanhour. . . . .	9
IV..... Navegacion por el Nilo. . . . .	42
V..... El Cairo. . . . .	46
VI..... El Cairo. . . . .	24
VII.... Mourad.—Las Pirámides. . . . .	26
VIII... Suleiman-el-Haleby. . . . .	30
IX.... Una visita al coronel Selves y á Clot-Bey. . . . .	34
X..... La ciudad de los califas. . . . .	39
XI.... Arabes y dromedarios. . . . .	43
XII... El desierto. . . . .	46

## PARTE SEGUNDA.

	PAGS.
I..... El mar Rojo. . . . .	53
II..... El valle del Estravio. . . . .	57
III.... El convento del Sinai. . . . .	64
IV..... El monte Oréb. . . . .	71
V..... El khamsin. . . . .	80
VI..... El gobernador de Suez. . . . .	83
VII.... Damietta. . . . .	87
VIII... Mausourah. . . . .	94
IX.... La casa de Fakreddin-ben-Lok- man. . . . .	408







IMPRESIONES  
DE VIAGE,

POR ALEJANDRO DUMAS.

TRADUCIDAS DEL FRANCÉS

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

EN OCHO VOLUMENES

**IMPRESIONES DE VIAGE.**



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE B. P. DE P. MELLERÉ.

CALLE DE SAN FERNANDO, 10.



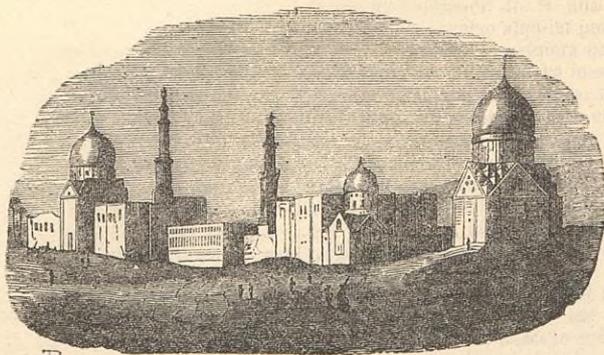
IMPRESIONES  
**DE VIAGE,**

**POR ALEJANDRO DUMAS.**

TRADUCIDO AL CASTELLANO

**POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.**

**LAS ORILLAS DEL RHIN.**



B.

**MADRID, 1857.**

**ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE D. F. DE P. MELLADO,**  
calle de Santa Teresa, núm. 8.

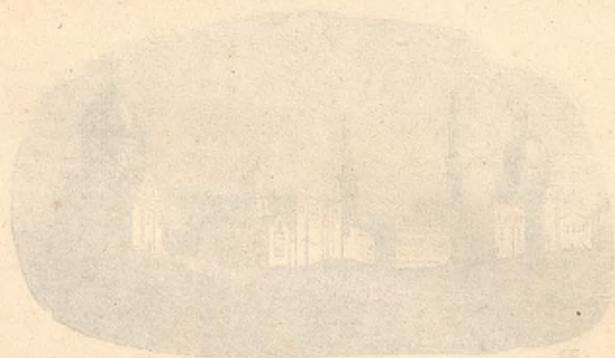
IMPRESIONES  
DE VIAJE

POR ALEJANDRO HUMAS.

TRADUCIDO AL CASTELLANO

POR DON JOSÉ MUÑOZ Y GAVIRIA.

LAS ORILLAS DEL RHIN.



MADRID, 1857.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRAFICO DE D. F. DE F. MELLAÑO,

calle de Santa Teresa, núm. 8.

# IMPRESIONES DE VIAGE.

## LAS ORILLAS DEL RHIN.

POR ALEJANDRO DUMAS.

---

### BRUSELAS.

Llegué á Bruselas el 20 de agosto de 1838, con la intencion de visitar la Bélgica y volver á Francia por las orillas del Rhin.

Tenia una carta de recomendacion para S. M. el rey Leopoldo. Me apresuré á ir á palacio, donde entré con mas facilidad que lo hubiera hecho en Paris en la casa de uno de nuestros banqueros de segundo órden: pregunté por el señor Van Praët, secretario particular del rey, y en el mismo instante me introdujeron en donde estaba.

El nombre me habia ya prevenido en favor de aquel á quien iba á ver; despertaba en mí un recuerdo de reconocimiento, me recordaba al bueno y respetable señor Van Praët, á quien habia encontrado siempre en la Biblioteca real, tan amable y tan servicial, y que habia clasificado en los inmensos espacios de su trémula cabeza, los seiscientos mil volúmenes de la biblioteca, de tal modo, que sin abandonar su sitio, sin recurrir al indice, indicaba inmediatamente la sala, el estante, la tabla y el número del libro que se le pedia: era maravilloso.

Esperaba encontrar algun anciano bondadoso como él, sin dnda su hermano, cuando ví adelantarse hácia mí un jóven de veinte y ocho á treinta años, que se escusó de haberme hecho esperar el tiempo que se habia tardado en anunciarme. Era el sobrino en vez de ser

el hermano; por lo demas, pariente en grado muy inmediato de mi Van Praët, al menos bajo el aspecto de la amabilidad y cortesía.

No estaba el rey en Bruselas, sino en Läckén, su residencia de verano. Pregunté al señor Van Praët de qué medio tenia que valerme para obtener de él una audiencia; me dijo que era preciso alquilar por horas un carruaje de plaza en la primera calle que yo encontrase si no me agradaba mas ir á pie; marcharme á Läckén, hacer llegar mi carta al rey, y al punto me recibiria. Esto era lo que debia hacer: como se ve no era muy complicado.

El recuerdo de su escelente tio habia servido de lazo entre el señor Van Praët y yo; nos separamos amigos, y espero que, á pesar del tiempo y la distancia, conserve de mí un recuerdo tan agradable como el que yo conservo.

El camino que conduce al palacio de Läckén es encantador, y no me admiré que el señor Van Praët me hubiese indicado le anduviese á pie; en cuanto al palacio es una bonita construccion moderna que me pareció databa de fines del siglo XVIII. Está rodeado de jardines ingleses y se refleja en una ancha sábana de agua que domina las deliciosas perspectivas de Bruselas y sus alrededores.

En Läckén fué donde Napoleon resolvió hacer la campaña de Rusia.

A pesar de lo que me habia dicho el señor Van Praët, entré con cierta desconfianza; no por eso dejé de seguir sus instrucciones; alargué mi carta á un ugier, diciendo de parte de quien iba; el ugier me hizo entrar en un salon de descanso, y fué á llevar la misiva. Un instante despues, una puerta, opuesta á aquella por donde habia marchado, se abrió, y un

ayudante de campo me anunció que el rey me esperaba.

Entré, y efectivamente encontré al rey en traje militar.

Al cabo de un cuarto de hora de conversacion, que S. M. se empeñó desde luego en que fuese familiar, estaba convencido de que hablaba con el rey mas filósofo que jamás ha existido, sin esceptuar á Federico.

Vestía el rey de gran gala, con motivo de la inauguracion del camino de hierro de Gante y del jubileo de Malinas, que debía verificarse á los pocos dias. Tuvo la bondad de invitarme para aquellas dos fiestas; mas como conociese por mi respuesta cortada que su invitacion, por mas graciosa que fuese, contrariaba mis proyectos:

—Mejor será, me dijo, que vayais por vuestro lado, mientras yo voy por el mio, y si nos encontrásemos, acreceos á pedirme de comer.

Acepté con un reconocimiento tanto mayor, cuanto que encontraba alguna diferencia entre el modo como me recibia el rey Leopoldo, y la manera con que me habia recibido el rey de Nápoles; verdad es que el abuelo del rey de Nápoles ha hecho envenenar á mi padre, y que no tengo yo demasiado por que quejarme todavía del nieto, que se ha contentado con hacerme conducir fuera de su reino por la gendarmeria. Todo es relativo.

Me separé del rey Leopoldo encantado de su hospitalidad, y volví á Bruselas, donde entré en un café á almorzar. Mientras comia mi *beefsteack*, miré por casualidad un periódico.

Entre las novedades del dia, se hallaba la de el cadáver de una muger que se habia encontrado la vispera en el canal de Lücken: añadia el periodista, á modo de reflexion, que se aseguraba era una antigua querida del rey, que éste habia hecho arrojar al agua.

Por acostumbrado que estuviere á la prensa parisiense, me pareció esto un poco fuerte. Me volví hácia el que estaba inmediato á mí para preguntarle qué pensaba de esto. Precisamente era el señor Van Praët, á quien no habia visto al entrar, que comia modestamente dos huevos pasados por agua.

—¿Habeis visto esto? le pregunté alargándole el periódico.

—No, me dijo; ¿qué es?

—Leed.

Tomó el periódico y leyó. En seguida le dejó á su lado con completa indiferencia.

—¿Acaso no perseguirán á ese caballero? pregunté admirado de aquel estoicismo.

—¿Y para qué? me respondió.

—Para corregirle de imprimir semejantes cosas.

—¡Bah! me respondió el señor Van Praët, es necesario que viva. ¿Con qué viviria si le prohibiésemos la calumnia?

—¿Y qué dirá el rey si lee esto?

—¡El rey! se encogerá de hombros. A propósito, ¿cómo os ha recibido?

—Perfectamente.

Referile entonces los detalles de nuestra entrevista, y como el rey, habiendo visto que su invitacion contrariaba mis proyectos, habia tenido la bondad de darla otro giro. Como uno de estos proyectos era visitar á Bruselas, el señor Van Praët, á quien la permanencia del rey en Lücken daba alguna libertad, me ofreció servirme de *ciceroni*. Compréndese que yo aceptaria.

Bruselas remonta su antigüedad al siglo VI; la etimología de su nombre se refiere segun unos á *Brocksel*, que quiere decir *pantano*, y segun otros á *Bruck-Senne*. Esta última palabra puede traducirse por *punte sobre el Senna*. Los anticuarios discuten sobre este asunto: esto les ocupa mucho.

San Vindiciano, obispo de la diócesis de Cambray, falleció allí en 709; consta esto por una crónica contemporánea, que es el monumento histórico mas antiguo en que se ha hablado de Bruselas, llamada en latin *Brossella*. Durante los dos siglos que siguieron á esta muerte, la ciudad debió adquirir alguna importancia, puesto que el emperador Othon firmó uno de sus diplomas *apud Brussolam*, en el año 976: este nombre primitivo habia ya sufrido como se ve alguna alteracion.

Cuatro años mas tarde, Carlos, hijo de Luis de Ultramar, que obtuvo en herencia el ducado de la casa Lotaringia, eligió á Bruselas por su capital; construyó un palacio entre los dos brazos del Senna é hizo trasportar á una capilla el cuerpo de Santa Gudula, que habia sido depositado en tiempo de Carlo-Magno en el monasterio de Moorsel. Desde entonces Santa Gudula fué adoptada como patrona por los bruseleses, que segun parece no han tenido porque quejarse de su patrona, pues que en medio de todos sus trastornos religiosos la han conservado su supremacia religiosa.

En 1044 Lamberto Balderico, conde de Lovaina y de Bruselas, mandó edificar alrededor de la ciudad una muralla con siete puertas. Dos ó tres arqueólogos me enseñaron restos, que me aseguraron ser los de aquella muralla. Fingi creerlos, lo cual pareció causarles satisfaccion.

Ferrand, conde de Flandes, y Salisbury, hermano del rey de Inglaterra, bajo pretexto de obligar á Enrique I, duque de Brabante, á abandonar la alianza de la Francia, se apoderaron de Bruselas en 1243; en seguida, para hacer mas eficaz el ejemplo, la saquearon.

Las desgracias vienen en tropel, dice un proverbio ruso que merece por su exactitud darle carta de naturaleza francesa: en 1314 hubo en Bruselas peste y hambre; en 1405 incendio, y en 1549 terremoto: veinte y cinco mil individuos y tres mil casas desaparecieron en estos diversos accidentes.

A pesar de estas calamidades, Bruselas, bajo la dominacion de los duques de Borgoña llegó á ser una de las ciudades mas florecien-

tes de la edad media. Sus manufacturas de armas, tapicerías, telas y encages, tenían fama á la vez en Alemania, Francia, Inglaterra y España; de modo, que cuando la casa de Austria sucedió á la de Borgoña, Carlos V, que habia nacido en Gante, la adoptó como sitio ordinario del gobierno de los Países Bajos, y la eligió para que fuera testigo de su abdicacion en favor de su hijo Felipe II.

Le llegó entonces la vez á las guerras religiosas, los iconoclastas desgarraron los cuadros, rompieron las imágenes, despojaron las iglesias. Felipe II envió al punto á Margarita, su hermana natural, un sangriento poder que la confería derecho de vida y muerte sobre los hereges. Comenzaron los suplicios. Formóse una asociacion en Gante en 8 de noviembre de 1576: los nobles flamencos se afiliaban entre sí para oponerse á las medidas tomadas por la gobernadora de los Países Bajos. Doscientos cincuenta confederados fueron entonces á Bruselas á presentar sus quejas á Margarita que los admitió á su presencia. En esta recepcion fué cuando Brederode, habiendo oído á Barlaymont, que hablaba en voz baja con la regente, tratar á los diputados de mendigos, repitió la palabra en voz alta; al punto y por un arranque unánime de indignacion, los calvinistas y protestantes adoptaron por armas una escudilla y unas alforjas y se dividieron segun las localidades en que combatian en mendigos de bosque, en mendigos de llano y mendigos de mar. Vió Felipe II que no era bastante una muger para contener semejante insurreccion; envió un ejército, un general y verdugos. El duque de Alba hizo su entrada en Bruselas en 22 de agosto de 1577, y el 3 de julio del año siguiente, las cabezas de Lamoral, conde de Egmont y de Felipe Montmorency conde de Horn, caian en la plaza del Ayuntamiento, cuyas casas estaban todas colgadas de negro. El principe de Orange habia huido á tiempo: Guillermo el Taciturno adivinó al duque de Alba.

Dos años duraron los suplicios. En estos dos años todos los fabricantes é industriales de Bélgica, abandonaron á Bruselas, y fueron á enriquecer á Lóndres. En fin, los primeros que se cansaron fueron los verdugos. Felipe volvió á llamar al duque de Alba; Luis de Requesens le sucedió y murió en 1576. El 4.º de mayo del año siguiente, le reemplazó don Juan de Austria en calidad de gobernador general. A los catorce meses, cedió su puesto al archiduque Matias, durante cuyo gobierno se desarrolló la famosa peste de 1578, que arrebató veinte y siete mil personas solo en la ciudad de Bruselas.

Todo acontecimiento es bueno cuando consigue por él su independencia un pueblo que trate de reconquistarla. El azote obligó al gobernador español á disminuir su vigilancia. Guillermo de Orange se aprovechó de aquel momento de tregua. Poco á poco adquirió

su nombre en los Países Bajos una autoridad que llegó muy pronto á reclamar su presencia. En 1580 volvieron á entrar los protestantes en Bruselas y á continuar sus predicaciones públicas; el 21 de mayo de 1584, eran señores y opresores á su vez, y Felipe II habia perdido la soberania por haber violado los derechos y privilegios de la nacion.

Ahora bien, ¿no es una cosa providencial que la declaracion que decretaba aquella caída fuese firmada por Guillermo de Orange, y concebida en tales términos que en la sesion del 23 de noviembre, el señor Robembach, diputado de la Flandes Occidental, no necesitó mas que leerla en la tribuna para que se aplicase á los Nassau, la pena que uno de sus antepasados habia reclamado contra Felipe II en 1580?

He aqui un fragmento de aquella teoria de la rebelion, en la que el Taciturno establecia la legalidad de una insurreccion de que era gefe:

«Se responderá que Felipe II es rey. Yo digo, por el contrario, que ese rey me es desconocido; séalo de Castilla, de Aragon, de Nápoles, de las Indias y de todas partes donde domina á su sabor; séalo, si así quiere, de Jerusalem, dominacion pacífica, de Asia y de Africa; en tanto no conozco en este país mas que un duque y un conde, cuyo poder está limitado por los privilegios, los que he jurado en su alegre advenimiento.

«Mas, sea por el ejemplo que ha tomado de España, ó por el consejo de los que le habian y le han dirigido despues, siempre ha conservado en su corazon la intencion de sujetarnos á una servidumbre absoluta y simple, que han llamado obediencia, privándonos completamente de nuestros antiguos privilegios y libertades, como hacen los ministros con los pobres indios, ó á lo mas como los calabreses, sicilianos, napolitanos ó milaneses, no recordando que estos países no eran países conquistados, sino patrimoniales en su mayor parte, ó que voluntariamente se habian dado á sus predecesores bajo equitativas condiciones.»

Pregunto yo, ¿no se diría que hablaba un miembro del congreso nacional recapitulando los agravios que la Bélgica tuvo despues de 1814 que reprochar á la casa de Nassau? Continúa y desenvuelve esos derechos de las ciudades libres, que no podian ser comprendidos en aquella época por Felipe II, y que no quiso comprender despues Guillermo de Nassau.

«Ya sabéis á lo que está obligado, y que no depende de su voluntad el hacer lo que le parezca bien, como hace en las Indias; pues por los privilegios del Brabante, no puede obligar con violencia á ninguno de sus súbditos á cosa alguna, sin que los usos del distrito judicial de su domicilio lo permitan; no

puede por ninguna ordenanza ó decreto, alterar el estado del país, debe contentarse con sus rentas ordinarias, no puede levantar ó exigir ningún impuesto sin el beneplácito y consentimiento expreso del país, y según los privilegios de este; no puede mandar entrar gente de guerra en el país sin el consentimiento de este; no puede tocar al valor de las monedas sin el consentimiento de los Estados; no puede mandar prender á ningún súbdito sin informacion hecha por el magistrado de la localidad; en fin, habiéndole puesto preso, no puede enviarle fuera del país.»

Hé aquí documentos de esos que los príncipes arrojan de sus archivos, pero que los pueblos guardan cuidadosamente en los suyos.

Sin embargo, Felipe II no era hombre que se detuviese ante lo dicho, ni que se doblegara ante razones escritas, por justas y elocuentes que fuesen; así que, apeló á sus cañones, esa *ultima ratio regum*. Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, fué á acampar en Assche, y á fines de setiembre de 1584, el dominio español se restableció en Bruselas.

Todavía luchó algun tiempo el Taciturno; pero orador mas elocuente que hábil general, se vió obligado á abandonar las provincias meridionales, y refugiándose á las negociaciones políticas, su verdadera esfera, consiguió establecer la union de Utrecht, fundamento de la república de los Países Bajos.

Esta union hizo perder á Felipe II toda esperanza de reconquistar la totalidad de las provincias flamencas. Hacia diez años veía devorar la Bélgica la sangre de sus súbditos y los tesoros del Nuevo Mundo; separó en 1598 las provincias belgas de la monarquía española, y las dió en dote á su hija Isabel, desposada con el archiduque Alberto, hijo del emperador de Alemania. Bajo su reinado, que felizmente fué prolongado, respiró la Bélgica, y se restableció la república de los Países Bajos. El duque Alberto murió el 13 de enero de 1624, y la infanta Isabel el 4.º de diciembre de 1633; Guillermo de Orange había sido asesinado en 1584.

El Taciturno era un hombre singularmente notable. Page de Carlos V, el anciano emperador se apoyaba en sus hombros cuando abdicó en su hijo la triple corona que tanto pesar le habia de causar un dia. Aunque jóven todavia, aquel carácter reflexivo, que fué causa de que se le diera el sobrenombre de Taciturno, hizo que, cuando aquel príncipe dejó la Bélgica por la España, respondiese á Guillermo que le hablaba de las causas de descontento: hay un autor de él, y ese autor sois vos. Así, cuando estalló la rebelion de los Mendigos, Felipe se acordó en el Escorial de Guillermo el Taciturno, y cuando supo que solo las cabezas de Egmont y de Horn habian caido, dijo al enviado que le llevó la noticia, que de buena gana daría las dos por la que le faltaba. En efecto, el hacha habia derribado la mano que tenia la

espada, pero no habia podido alcanzar á la que tenia la pluma. El manifiesto de Guillermo de Orange hizo mas daño á Felipe II que le hubiesen podido hacer cuatro batallas perdidas.

Por lo demas, era aquel digno antepasado del rey reinante llamado Guillermo el Testarudo.

Ocupado tan solo de una idea, la obra de la independencia, resistió á las amenazas de la córte de España, y lo que acaso era mas difícil á sus promesas. Ni los talentos militares del duque de Alba, ni el valor de don Juan de Austria, ni los artificios de Requesens, ni las victorias del príncipe de Parma, consiguieron desviarle de su via pacífica y laboriosa; todo se gastó en él, política y guerra, la pluma y la espada. Constantemente batido, constantemente reapareció á la cabeza de nuevas tropas. Cuando estaba exhausto de hombres y dinero, se le veía abandonar el teatro de la lucha, aparecer en sus principados del Franco Condado ó de Alemania, hacer un llamamiento de hombres al territorio siempre fértil, y de dinero á los príncipes luteranos frecuentemente sordos, y volver en seguida con un ejército cuya existencia ni aun sospechaban siquiera sus enemigos. En fin, con la famosa Union de Utrecht, terminada en 1579, reunió en una sola república siete provincias de la Holanda, cada una de las cuales tenia su constitucion particular, y quedó á la cabeza de la federacion sin tener ningun título. Esta posicion que estaba lejos de ser, no por el honor, sino por los honores, el equivalente de la que perdía como gobernador de las provincias de Holanda, de Zelanda y de Utrecht, se habia ofrecido sucesivamente al archiduque Matias de Austria, hermano del emperador Rodolfo II, al duque de Alençon, hermano del rey de Francia, y á Roberto de Leycester, favorito de Isabel. El duque Matias careciendo de arrojo y actividad, se malquistó con los intereses; el duque de Alençon, frívolo é inconsecuente, se malquistó con los ánimos; el conde de Leycester, codicioso y altanero se malquistó con los corazones. Vino, por fin, el Taciturno, que por su valor, su sangre fria y su penetracion, consiguió calmarlo todo, conciliarlo todo, dominarlo todo. Puso la cúpula á su edificio cuando fué asesinado, como debia serlo Enrique IV, por una bala fundida en el taller donde se forjaba ya el cuchillo que veinte y seis años mas tarde debia herir al Bearnese. Un fanático del Franco Condado, llamado Baltasar Gerard, se presentó un dia en su palacio de Delft, bajo el pretexto de pedirle un pasaporte. Guillermo, accesible, con doble motivo, puesto que era uno de sus vasallos quien deseaba verlo, se separó de su muger y pasó á una habitacion inmediata; encontró en ella al asesino que le presentó unos papeles; mientras los examinaba, Baltasar le disparó á quema ropa un pistoletazo; Guillermo el Taciturno cayó muerto.

Acudió su muger al ruido. ¡Era un triste destino el de aquella muger constantemente triste por el asesinato de todo lo que le era querido! Había visto matar á Coligny, su padre, y á Teligny, su primer marido; por último se había casado de segundas nupcias con Guillermo el Taciturno, y doce años después por la misma causa, y por la misma religion, le veía sucumbir del mismo modo.

En el museo del Haya se enseña la bala y la pistola que mató á Guillermo, así como el sombrero, el reloj, la gorguera y el traje que llevaba en el momento de su asesinato. La gorguera se conserva todavía manchada de sangre; el traje está horadado por el plomo mortal. Bajo aquel justillo había un gran corazón.

Luego, si se quiere formar una idea del individuo, para compararle á su nombre, en la primera sala de los Estados se encontrará su retrato: es el de un hombre de cuarenta años, en cuyo rostro moreno se ve esa fisonomía recelosa que hizo le dieran aquel sobrenombre. Está vestido con un justillo negro cuyos bolsillos están adornados con fleco de oro, y en vez de sombrero, cubre sus cortos cabellos un casquetito semejante al de Corneille.

En cuanto á su sepulcro, se encontrará en la iglesia de Delft.

Pido perdon al lector por haber hecho esta larga biografía, de cuya descripción me he dejado llevar; mas ante mis ojos ha pasado la sombra de un hombre, y por un momento me ha ocultado el horizonte de un imperio.

Todo permaneció bastante tranquilo en Bélgica, hasta el momento en que Luis XIV, á la muerte de su padrastro, reclamó los Países Bajos españoles, á los que había renunciado formalmente renunciando á la sucesion del rey de España. Fundábase en que á virtud del *derecho de devolucion*, establecido en las Provincias Unidas, los hijos primogénitos heredaban con preferencia á los hijos menores. Estas primeras pretensiones, fijadas por la paz de Aix-la-Chapelle, se renovaron en 1672, y Luis XIV, secundado por la flota de Carlos II, entró de nuevo en las Provincias Unidas con un ejército de ochenta mil hombres, tomó en un mes cuarenta plazas fuertes, invadió las provincias de Gueldres, Utrecht y Oven-Issel, y avanzó hasta las inmediaciones de Amsterdam.

Entonces todo vino á estrellarse contra un príncipe de Orange. Guillermo III fué para Luis XIV lo que Guillermo el Taciturno había sido para Felipe II; acababa de ser nombrado stathouder y apenas tenía veinte y un años. Laborioso, sombrío, silencioso y perseverante, hombre á un mismo tiempo de acción y de idea, sencillez en su vida privada, magnífico en la pública, con pocos amigos, pero unido por la vida á los que había concedido su confianza, consiguió escitar el valor de los holandeses, reanimar su actividad, contener los

progresos del ejército victorioso y armar contra Luis XIV la mitad de la Europa. En fin, gracias á la mediacion de Carlos II y á la intervencion armada de las dos ramas de la casa de Austria, se celebró la paz de Nimega. La Francia ganó en ella el Franco Condado, ese antiguo patrimonio de la casa de Nassau, y perdió á Charleroi, Binch, Courtray, Oudenarde y una parte de la señoría de Alh. Gracias á este tratado, Nodier y Victor Hugo son franceses.

La muerte de Carlos II volvió á encender la guerra con una apariencia de legitimidad, y bajo el nombre de guerra de sucesion, las tropas francesas ocuparon á Bruselas el 24 de enero de 1701, y el 22 de marzo del año siguiente, Felipe I fué proclamado duque de Brabante, vino después la paz de Utrecht en 1712 que dejó volver de nuevo Bruselas y los Países Bajos á la dominacion de la casa de Austria.

Luis XV heredó la guerra contra Maria Teresa, y la batalla de Fontenoy le abrió otra vez las puertas de Bruselas. Entramos en ella el 21 de febrero de 1747 y permanecimos allí como señores hasta que la paz de Aix-la-Chapelle volvió esta ciudad á los austriacos.

El duque Carlos de Lorena entró en ella inmediatamente y gobernó por espacio de treinta y seis años en nombre de Maria Teresa.

Esta fué la época dichosa para la Bélgica; por eso recompensó al representante de la emperatriz, no con honores percederos como él, sino con el epíteto de *bueno* que le sobrevivió. Sucedió José II que quiso introducir en Flandes, cuyo espíritu le era desconocido, la uniformidad con que regia sus demas estados. Los flamencos hicieron lo que siempre en semejantes circunstancias; reclamaron el mantenimiento de sus privilegios; y como no quisiese reconocerlos el emperador, le declararon destituido de la soberanía de los Países Bajos. De este modo permaneció el gobierno provisional en sus manos hasta que Leopoldo, el sucesor, consintió jurar en 1791 el mantenimiento de la carta brabantona. Mediante esta concesion acababa de tomar posesion de los Países Bajos, cuando murió dejando el reino á su hijo Francisco II. Cuatro años después las batallas de Gemmapes y de Fleurus habian decidido en favor de la república francesa el gran proceso formado por Luis XIV al Austria. La Bélgica estaba reunida á la Francia, y Bruselas se habia convertido en la capital del departamento de la Dyle.

Hizo en ella su entrada Napoleon por la parte de Verte, el 21 de julio de 1809: hicieronle los honores reservados á los antiguos soberanos de la Bélgica; y dos años mas tarde decidió, como hemos dicho en otra parte, en el palacio de Lücken la campaña de Rusia.

Llegó 1814. El tratado del mes de mayo que hacia á Guillermó heredero de los stathouders con el título de rey, añadió á él la Belgi-

ca como acrecentamiento de territorio, en cambio de sus colonias de Ceylan, del cabo de Buena Esperanza, de Demeray, de Berbia y de Essequivo, que se adjudicaban á la Inglaterra. Apenas se había sentado sobre aquel trono de nueva fábrica, cuando el cañon de Waterloo fué á comoverle como si fuera de la misma fecha que el de los Césares. Mas poco á poco se alejó el cañon dirigiéndose hácia la Francia; por último, oyóse decir un día que Napoleón se había embarcado para Santa Elena, y Guillermo respiró: creía haber ganado el todo no teniendo que habérselas mas que con su pueblo.

El 23 de setiembre de 1830 su pueblo le espulsó, y el 4 de octubre siguiente declaró el congreso nacional que las provincias belgas, violentamente separadas de la Holanda, formaban un estado independiente.

Nuestros eternos plagiadores acababan de prodigar á su vez nuestra revolucion.

Todo el mundo recuerda cuál fué el embarazo que entonces experimentaron los belgas: tenían que dar un trono que nadie se atrevía á tomar, y hubo un momento en que temieron, ¡cosa inaudita hasta entonces! que les quedara su corona, no sobre la cabeza, sino en la mano.

En efecto, la eleccion no era fácil: era preciso que recayera sobre un príncipe que conciliase los diversos intereses de la Europa, y que satisficiera á un pueblo que desde los romanos hasta nuestros días había tenido por costumbre hacer una revolucion cada quince años.

El ministerio, despues de haber investigado la opinion de las diferentes córtes de Europa, resolvió dirigirse al príncipe Leopoldo. En consecuencia, envióle cuatro comisionados. Eran estos el conde Fleux de Merode, el señor Vilain XIV, Enrique de Broukere y el abad de Fœre. La primera entrevista se verificó el 22 de abril, y se inauguró de parte del príncipe Leopoldo con estas palabras:

«Toda mi ambicion es hacer la felicidad de mis semejantes: aun muy jóven, me he encontrado lanzado en medio de tantas situaciones estrañas y difíciles, que he aprendido á no mirar el poder sino bajo el punto de vista filosófico; jamás le he deseado sino para hacer el bien, y un bien que sea permanente. Si ciertas dificultades políticas que parecian oponerse á la independenciam de Grecia no hubiesen surgido, al presente me encontraria en aquel país; y sin embargo, no oculto cuál hubiera sido el embarazo de mi posicion. Sé cuán de desear es para la Bélgica tener un gefe, y la paz de la Europa está interesada en ello.»

La primera frase de este discurso tan sencillo y conciso, era una promesa para el porvenir, y la última un compromiso para el presente; por lo tanto satisfizo á casi todo el mundo, reyes y pueblo; de modo que el sába-

do 4 de junio, el príncipe Leopoldo fué proclamado rey de los belgas por una mayoría de cincuenta y dos votos contra cuarenta y tres: la Providencia había tomado esta vez el disfraz de la necesidad. Al contrario de todos los príncipes reinantes á la sazón, el príncipe Leopoldo ha sido el primero en presentar en el programa dado por él á los embajadores que le fueron enviados, la regla de su conducta; efectivamente, ha mirado el poder bajo un punto de vista filosófico, y procura en este momento crear un bien permanente, dispuesto como está siempre si viera que se engañaba, á dejar su titulo de rey para volver á tomar el de príncipe.

Una de las cosas mejor comprendidas por el rey de los belgas, es la poca importancia real de la propiedad territorial, y la grande influencia que en los gobiernos modernos y democráticos debe ejercer la inteligencia que se manifiesta por las empresas industriales ó por las creaciones del arte; no obstante, por espacio casi de dos años sus buenas intenciones fueron neutralizadas por las circunstancias.

En efecto, durante dos años, y en consecuencia de la revolucion, ni había venta en la Holanda ni esportacion al extranjero. Los dos gobiernos conocieron, sin embargo, la necesidad de alimentar su comercio y cerrar por algun tiempo los ojos al fraude; en fin, en 1833, los derechos de introduccion en Holanda se fijaron en el 5 por 400 por el rey Guillermo, cuyos súbditos son trasportadores, permitaseme la palabra, pero no fabricantes, y el rey Leopoldo pudo eficaz y públicamente proteger la industria, que desde aquella época ha adquirido un inmenso desarrollo. Asi por ejemplo, Gante, el Manchester de la Bélgica, que en 1829 poseia apenas ochocientos *hooms*, cuenta hoy cinco mil. Estos *hooms* son máquinas de vapor, cada una de las cuales teje cuatro piezas de algodón de setenta y cinco varas, cada semana. Un niño de cinco años basta para atar los hilos de dos *hooms*; de modo que un niño de cinco años y esas dos máquinas, producen ocho piezas de algodón cada ocho dias. En los talleres de los señores Hemptinne y Vortman se ve una cosa que tiene algo de prodigio: en una hora, una pieza de algodón que ha entrado en bruto ante el visitador á quien estos señores quieren hacer los honores del establecimiento, se limpia, se hila, se teje, se estampa, se seca, se prensa y se dobla; y en otra hora, si el visitador va acompañado de su muger, podrá esta salir vestida con la tela fabricada á su vista.

En cuanto á los caminos de hierro, que constituyen en la actualidad la gran preocupacion de la Bélgica, es preciso haber visto la estacion de Malinas, que forma el centro, para formarse una idea de la fiebre que se ha apoderado de toda la poblacion. Tiene algo semejante á una locura universal, á una ena-

genacion general; parece que ninguno tiene negocios sino donde no reside; treinta, cuarenta convoyes llegan diariamente, derramando en el mismo sitio treinta ó cuarenta mil personas, que se agrupan allí un momento, se mezclan, se separan, se lanzan en sus respectivos carruages, y desaparecen por los diferentes ródios de la estrella con la rapidez del viento, para hacer sitio á otros, que desaparecerán á su vez, impulsados por los que vendrán detrás de ellos, y esto sin cesar, sin descanso, y en número semejante al que Dante vió agruparse en las orillas del rio Aqueronte, cuando se admiró de que desde el principio de la vida hubiese hecho la muerte desaparecer tantas gentes.

Fomentando con su proteccion y su dinero las empresas industriales, el rey Leopoldo no ha abandonado las producciones del arte. Obligado á renunciar á una literatura nacional, que la falsificacion de Bruselas, fatal para la misma Bélgica, seca en su raiz, puesto que opone sin cesar á las obras de cuatro millones de hombres las del mundo entero, que da por un ínfimo precio, el rey dirige todos sus estímulos hácia los trabajos históricos y las escuelas de pintura: el señor baron de Reiffenberg, en Bruselas; el señor Voisin, en Gante; Delepierre, en Brujas; Polain, en Lieja, hojean laboriosamente la inagotable y variada mina de las antiguas crónicas nacionales, y todos en recompensa de sus primeras publicaciones, han sido nombrados para destinos que les ponen en el caso de continuarlas. Los señores Reiffenberg y Voisin son bibliotecarios, el uno en Bruselas y el otro en Gante; Delepierre y Polain son conservadores de los archivos, el primero de Brujas, el segundo de Flandes un trabajo semejante al que espera ya, gracias á los señores Guizot, Agustín Thierry y Michelet, al futuro historiador de la Francia. Menos contrariado respecto á la pintura, el rey de Bélgica es por esa arte por la que mas ha hecho, puesto que á pesar de la escasez de su lista civil, ha comprado en seis años mas de sesenta cuadros. Bajo su influjo ha recibido la escuela flamenca nueva vida y mayor desarrollo, de modo que el salon de 1836 ha ocupado un puesto distinguido entre las bellas exposiciones de Bruselas.

De modo que, cosa notable, en tres grandes épocas de su independencia es cuando las provincias flamencas han visto florecer sus escuelas de pintura: en tiempo de Felipe el Bueno, de 1449 á 1467, los hermanos Van Eyck y Memling establecian el punto de partida del arte; bajo la dominacion de Alberto é Isabel, de 1498 á 1633, Rubens, Van Dyck, Erayer, Roose y Syner le elevan á su apogeo; en fin, con Leopoldo I, de 1832 á 1838, Verbockhoven, Gustavo Waper y Keiser, protestan con sus obras contra la decadencia en que se creia habia caído. Leopoldo ha satisfecho pues todas

las exigencias del pais que gobierna: en política ha colmado los votos de la nacion belga protestando hasta el último momento contra la toma de Limbourg y de Luxemburgo; en industria ha ennoblecido todas las empresas tomando en ellas una parte personal; en fin, en historia y en pintura ha animado los ensayos de los historiadores y los esfuerzos de los pintores, para sacar á la ciencia y al arte de la decadencia. El rey ha sembrado, ahora corresponde á la tierra producir.

Para terminar con la política, hombres y cosas, digamos algo acerca del principe de Ligne, á quien una primera inconsecuencia hizo perder en 1832 una popularidad que una segunda inconsecuencia le ha devuelto en 1838. Quiero hablar de dos cosas completamente olvidadas hoy, y cada una de las cuales hizo gran ruido en su época; me refiero al rescate de caballos del principe de Orange, y al paso delante de Flessinga bajo el pabellon belga.

En el momento del secuestro decretado contra los bienes del principe de Nassau por el gobierno belga, sus palacios y sus muebles fueron embargados; entonces resolvió el partido realista rescatar los caballos que el principe tenia en mucha estima y regalárselos. En consecuencia circuló al punto una lista de suscripcion, y fué presentada al principe de Ligne por la hija del marqués de Trasignies, que era protestante, y por tanto orangista; el principe de Ligne, que estaba para casarse con la señorita de Trasignies, no quiso disgustar á su prometida con una negativa, y firmó. Por otra parte, aquella accion le pareció un asunto de señor á señor, y un proceder de Ligne á Nassau. No ignoraba que el partido á que acababa de asociarse con aquel acto noble, volveria contra él el paso dado. Publicóse la lista; en tanto el principe de Ligne se casó con la señorita de Trasignies; el pueblo se creyó doblemente abandonado por el hombre en quien habia fundado toda su esperanza, y vendido segun su creencia por el patriota y el católico, saqueó ó mas bien devastó su palacio cuyos muebles fueron arrojados por las ventanas y destrozados en el pavimento.

Tres años despues, habiendo envidado el principe de Ligne se casó con una princesa polaca muy conocida por su piedad. Este matrimonio comenzó á rehabilitarle en la opinion pública, porque en Bélgica la religion es todavía el origen de donde parten todas las opiniones favorables y contrarias; gozaba pues ya de aquella reaccion de popularidad, cuando llegó la época de la coronacion de la reina de Inglaterra. El principe, magnifico como si fuera uno de sus antepasados, solicitó del rey Leopoldo el favor de ir á sus espensas á representar en Londres al gobierno belga; le fué concedido este favor. A su regreso, y cuando pasaba por delante de Flessinga, el principe de Ligne se opuso á que el pabellon belga, que no es admitido en las radas holandesas, se

amainase; solo si los colores británicos se izaron en lo alto, y al mismo tiempo la bandera del príncipe se enarboló en el gran mástil. Este hecho, que en último resultado no era mas que una baladronada peligrosa, fué considerado por el pueblo como un acto de firmeza. La popularidad del príncipe fué reconquistada de repente, y mientras el rey Leopoldo deploraba interiormente aquella inútil bravata, que podia renovar los sucesos de Lovaina y Amberés, la sociedad de la Grande armonia daba una serenata bajo las ventanas del embajador, y el pueblo gritaba:

—¡Viva el príncipe de Ligne!

Hasta aquí todo marchaba perfectamente, cuando una carta del príncipe lo echó á perder, no para con el irreflexivo entusiasmo de la multitud, sino á los ojos de la minoría ilustrada. Un periódico holandés refirió el hecho de un modo inexacto; el príncipe de Ligne se creyó obligado á responderle. He aquí la carta, Dios se lo perdone en gracia de las de su abuelo:

«Señor redactor:

«He leído en vuestro número del 4 el extracto de un artículo del *Handelsbland*, que se espresa en estos términos respecto al pabellon belga enarbolado en el buque de vapor que me llevaba á Amberes.

«Al aparejar en Lóndres, el *Pyroscaphe* habia izado el pabellon belga; mas el piloto de Flessinga, que dirigia el timon, hizo al capitán la observacion de que ese pabellon no era admitido en nuestros puertos, y el capitán mandó se amainase.

«El hecho es falso; la bandera de Bélgica no ha cesado de flotar sobre el navio desde Lóndres hasta Amberes, y cuando llegó á Flessinga el capitán me propuso amainar el pabellon belga, y no izar mas que los colores británicos; le respondí yo que permanecería sobre el puente y bajo la bandera, y que consentiria irme á pique antes que someterme á tal cosa. Los colores belgas flotaron, pues, á la vista de los cañones de Flessinga y de los buques holandeses.

«En cuanto á mi bandera enarbolada en el gran mástil, sabido es, que esto es una prerogativa de los embajadores extraordinarios; no hice cuestion de orgullo verla flotar junto á la bandera belga: no hubiera yó abatido éste ante los holandeses. Los Nassau saben que la primera, desde Felipe II hasta el rey Leopoldo, jamás se abatió ante ella.

«*Príncipe de Ligne.*»

La cita era exacta, pero desgraciada. El señor príncipe de Ligne habia olvidado una cosa, y es, que Felipe II, á quien sus antepasados servian, era el hombre de la tiranía, mientras que en aquella época los Nassau, contra quien sus antecesores se batian, eran los representantes de la independencia.

Pero como el pueblo no estaba obligado á tener mas memoria que el príncipe, encontró retumbante la frase, y aplaudió.

Tres modos hay de recorrer una ciudad. El primero visitando sus monumentos por orden cronológico; el segundo dividiéndola en barrios y recorriendo unos despues de otros; el tercero yendo en direccion recta y caminando al acaso.

Ordinariamente es el último modo el que prefiero, porque así todo se me presenta de improviso, y por consecuencia me llama mas la atencion. Como generalmente, estudios preparatorios acerca del país que visito me han puesto en el caso de recorrerlo sin cicerone, sin guia y sin plan, una descripcion anticipada no quita nada de su grandeza ó de su especialidad á los monumentos que encuentro de repente al volver la esquina de una calle ó desembocar en una plaza, presentándoseme llenos de recuerdos, que hago pasar unos despues de otros ante mi como fantasmas. Siempre que no es otro el que me guia, me parece que soy yo quien ha encontrado, y esta creencia adquiere mas valor todavia cuando veo á la multitud pasar indiferente, y como si no le viese, al pie del edificio ó por el centro de un punto de vista ante el que permanezco admirado: ese punto de vista y ese edificio me parecen desde entonces una creacion mágica, levantada á mi paso, y que desaparecerá tras de mi.

De ese modo, saliendo de la fonda de la Reina de Suecia, la única donde he encontrado alojamiento, tomé á la derecha, y despues de haberme perdido algun tiempo por calles estrechas y tortuosas, me encontré repentinamente frente á la casa de Ayuntamiento, monumento gótico, concluido por su arquitecto, Van Ruisbrock, en 1444, todo rodeado de casas edificadas en la época de la dominacion de la España, y que presentan el carácter de la arquitectura castellana. Estas casas dan á la plaza una fisonomía que sin ser completamente homogénea, puesto que el genio de dos pueblos distintos ha ido á chocarse en aquel sitio, no deja de formar un conjunto tan extraordinariamente pintoresco, que si no es una de las plazas mas bonitas que he visto, es á lo menos una de las mas originales. Despues del Ayuntamiento, el edificio mas importante es la casa Comunal, situada casi enfrente, y de donde salió el conde de Egmont para marchar al suplicio; habiase construido una galería colgada de negro, que conducia desde el balcón al cadalso, precaucion tomada sin duda para que el sentenciado no estuviera al alcance de los que hubiesen intentado salvarle por un golpe de mano. Desgraciadamente para los que desean ver los recuerdos eternizados unos frente á otros, esta casa no es ya la misma que entonces existia. Edificada á principios del siglo XV, ha sido restaurada dos veces: la primera

en 1625 por Isabel, que la consagró á Nuestra Señora de la Paz, en memoria de que esa Virgen habia librado á Bruselas de la peste, de la guerra y del hambre, como testifican estas palabras medio borradas; pero que todavía se pueden leer: *A peste, fame, et bello, libera nos, Maria Pacis*. La segunda vez fué despues del bombardeo que el mariscal La Villerois hizo sufrir á la ciudad en 1695.

Visto desde los escalones de esta casa, es magnífico el aspecto del ayuntamiento; la torre colocada á un lado como la del antiguo palacio de Florencia, se lanza con magestuosa esbeltez á la altura de trescientos sesenta y cuatro pies; remata esta torre un San Miguel de bronce dorado, del tamaño de diez y siete pies, que le hace girar el viento como una veleta, y que desde abajo parece un juguete de niño.

A uno de los salones de la casa de ayuntamiento, va unido un gran recuerdo. En el salon llamado del Concierto, es donde Carlos V abdicó el poder real, el 9 de setiembre de 1556, en favor de su hijo Felipe II; quise verle, esperando hallar en sus antiguas paredes algo de aquel solemne y grave acontecimiento: estaban graciosamente cubiertas con papel azul celeste, adornado de guirnaldas de flores ya marchitas que habian servido para el último baile.

Algunas habitaciones cubiertas con bonitos tapices recuerdan la vida de Clovis, mirada á través del siglo de Luis XIV, y conducen á la sala del Consejo, donde cuadros del mismo género representan la entrada de Felipe el Bueno en Bruselas, la abdicacion de Carlos V, y la coronacion de Carlos VI, padre de María Teresa. En esta misma sala, donde el cielo bastante mediano de Jansens está engastado en una encantadora ornamentacion de cornisas, es donde se conservan las llaves de oro que, en una fuente de plata sobredorada, fueron presentadas sucesivamente, en 1809 á Napoleon, en 1815, á Guillermo de Nassau, y en 1834 á Leopoldo I. Estas llaves, segun parece, abren las puertas pero no las cierran.

No sé cuando me hubiera decidido á dejar aquella magnífica plaza, á no haber visto por un intervalo de casas las torres de Santa Gúdula, que dominan toda la ciudad. A medida que nos aproximamos, se nota mas la semejanza del edificio, en menores proporciones, con Nuestra Señora, aunque de una fecha algo posterior, y por consecuencia de una ornamentacion menos severa. Felipe el Bueno, duque de Borgoña, tuvo allí el primero, y Carlos V el décimo octavo capitulo del Toison de Oro.

Las dos cosas que se observan primero al entrar en la iglesia, despues de la primera ojeada dirigida á su grandiosa arquitectura, son sus magníficas vidrieras y su extraño púlpito; las unas tienen la fecha de 1500, y el otro la de 1699. Admirando en la juntura de las vidrieras la entendida coquetería del rena-

cimiento, se echa de menos la sencilla espresion de la época anterior, y por mas alabadas que sean las de Bruselas, por mi parte prefiero las de Ruen y Colonia. En cuanto al púlpito, es una obra de mal gusto sin duda, pero de un mal gusto lleno de energia é imaginacion; representa á Adán y Eva espulsados por un ángel del Paraiso Terrestre y perseguidos por la muerte. La serpiente, cuya cola arrastra á los pies de aquellos á quienes ha seducido, sube atrevidamente, arrollándose alrededor del tronco de un árbol, y va al sombrero del púlpito, donde su cabeza es aplastada por el pie del Niño Jesus, á quien su madre detiene temerosa. El autor de este púlpito, Enrique Verbruggen, tardó veinte años en hacerle para los jesuitas de Lovaina. María Teresa se le compró, y le donó á la iglesia de Santa Gúdula.

En el coro de la iglesia, una losa de mármol blanco cierra el panteon de los duques de Brabant; el archiduque Alberto fué enterrado allí en 1624, con hábito de recoleto, y la infanta Isabel en 1633, con hábito de religiosa. Cerrado desde aquella época, se volvió á abrir para el hijo del rey Leopoldo. A derecha é izquierda están los sepulcros del archiduque Ernesto y del archiduque Juan.

Un recuerdo moderno y democrático viene á unirse aquí á unas antiguas y aristocráticas memorias. En la capilla de Nuestra Señora de la Restauracion se halla el sepulcro del conde Federico de Merode, muerto en Berchem en 1830. El monumento es de Giefs, el mejor estatuario que posee la Bélgica. Representa al conde herido mortalmente é incorporándose sobre el codo, para disparar una pistola que tiene en la mano; está vestido con el traje que llevaba, es decir, una blusa, pantalon y polainas.

En la parte anterior del sepulcro, por bajo de las armas del conde, que son de oro, denticuladas de azul, de gules, con esta divisa: *¡Mas honor que honores!* está grabada la inscripcion siguiente, en que se encuentra el doble sentimiento democrático y religioso que es hoy el carácter mas notable de la nacion belga:

Frederico comiti de Merode  
inter liberatores belgii propugnatori strenno  
qui catholicae fidei patræ que jura tuendo  
perenssuo ab Berchem Mulinia pica onbuit.  
Anno Domini MDCCCXXX.

El señor de Merode era de una de las mas nobles casas de los Países Bajos: una tradicion popular llega hasta hacer descender su familia de Meroveo. Así en Bélgica, el movimiento dado por el pueblo ha llegado hasta el mas alto grado de la escala aristocrática: por lo demas, propio es de las revoluciones religiosas elevarse de ese modo.

A quinientos pasos de la iglesia, volviendo la esquina de la calle de la Estufa, me encontré frente á una fuente que me habia pro-

puesto ver cuando fuera á Bruselas, y de la que me había olvidado completamente estando allí; es la que sostiene el paladium de la ciudad, el famoso Manneken-Piss, de que el lector habrá oído hablar sin duda.

El autor de la estatuita que los bruseleses han adoptado por su dios lare, ha contado de seguro con el privilegio que tienen los niños de no ser jamas indecentes, hagan lo que quieran, cuando no ha temido representar á su héroe haciendo ante el público una cosa que los mismos parisienses, esos grandes cínicos de la civilizacion moderna, tienen costumbre de hacer volviendo la espalda. Hé aqui la tradicion que sirve, si no de excusa, al menos de pase á esta singular idea.

El hijo de un duque de Brabante huyó del palacio de su padre, y se perdió en las calles de Bruselas. Al ver el dolor del buen duque, toda la corte se dedicó á hacer pesquisas; la pesquisitoria duró dos dias sin resultado alguno, y en medio de la consternacion general: al fin, un cortesano, mas feliz ó mas activo que sus colegas, encontró, entre la calle de la Encina y la de la Estufa, al fugitivo, en la misma postura en que el amor paternal nos ha conservado su efigie. Los bruseleses por su parte conservaron á la representacion del hijo la veneracion que tenían á la persona del padre, y habiéndose roto la primera estatua, que era de piedra, se fundió la segunda, reproduciendo con gran exactitud la postura y expresion de la anterior en 1648 por el célebre Duquesnois de escandalosa memoria, inaugurándose en el mismo sitio, sin que el cambio que se había verificado en la primitiva materia hiciese sufrir al culto que inspiraba el Manneken-Piss la menor alteracion.

Desde entonces la posicion social del Manneken-Piss, al contrario de la de mas de un gran señor que creia merecerla, no ha hecho mas que mejorar. Los bruseleses le han dado el título del mas antiguo ciudadano de la poblacion, como el ejército tituló á Latour d'Auvergne el primer granadero de Francia: el elector de Baviera, que tuvo el honor de ser presentado á él, le regaló un guardarropa completo, y dedicó á su servicio un ayuda de cámara con encargo de vestirle y desnudarle; Luis XV, para reparar los insultos que le habían hecho algunos soldados de la Guardia francesa, le declaró en 1747 caballero de sus órdenes, y le regaló un traje de córte con el sombrero de plumas y la espalda; en fin, en 1832, el consejo municipal le votó por unanimidad un uniforme de oficial de la Guardia nacion: bajo este traje, el mas popular de todos, es como desde esa época se le espone el dia de la gran fiesta de Bruselas, que cae á mediados de julio. No hay para qué decir que mientras está vestido cesa en las funciones hidráulicas, las cuales vuelve á recobrar inmediatamente despues de la Kermesse, con gran satisfaccion de la multitud.

El 3 de octubre de 1817, Bruselas se despertó en medio de la consternacion; su paladium había desaparecido. Creyóse al principio que descontento de su última inauguracion, había ido á ofrecer sus servicios á alguna ciudad mas reconocida. Pero se hizo una indagacion de su ayuda de cámara, y se probó que en el momento que le había quitado sus vestidos, no había manifestado ninguna señal de mal humor: comenzaron entonces á creer que las maniobras que habían sustraído al Manneken-Piss á las miradas del público, no debían atribuirse á su libre arbitrio; en virtud de este razonamiento especioso, se puso en su busca la policia, y encontró la estatua en poder de un forzado cumplido, llamado Lycas, que la había robado. La alegría fué grande cuando se supo la feliz nueva; se disparó el cañon, como por el alumbramiento de la reina, y se iluminó la ciudad. En fin, el 6 de diciembre de 1818, despues de mas de un año de ausencia, el Manneken-Piss fué colocado otra vez con gran ceremonia, sobre su pedestal, donde apenas reinstalado, continuó alegremente sus funciones como si nada hubiera pasado, y de donde, gracias á una activa vigilancia, no ha desaparecido mas.

En cuanto á Lycas, por mas que pretestó una adhesion muy especial al mas antiguo ciudadano de la poblacion, para excusar por el entusiasmo la accion que había cometido, fué enviado otra vez á galeras.

Como poseía yo casi toda la biografia del Manneken-Piss, y por otra parte, el tiempo urgía, nos dirigimos hácia el palacio del príncipe de Orange, el que ha conservado su antiguo nombre, porque el príncipe Guillermo, cuya es la propiedad privada, no ha querido cederle ni despojarle de sus muebles desde 1830, sin duda esperando volver una tarde á entrar en él como salió una mañana.

Al llegar á la antecámara, tuvimos que prestarnos á una ceremonia cuya necesidad no comprendí hasta mas tarde; la de ponernos sobre las botas unos escarpines de orillo tan anchos, que al instante mismo nos vimos obligados á abandonar nuestro sistema habitual de locomocion. Desde el salon de los ayudantes de campo, no se anda, se patina; por lo demas, este ejercicio se practica sobre admirables pavimentos hechos de raices de árboles, que se rayarian con las botas sin aquella precaucion; son verdaderos suelos aristocráticos, sobre los que no se puede andar sino calzado de terciopelo ó de seda. Pero se olvida al punto la incomodidad que impone aquella nueva manera de caminar, al encontrarse inmediatamente ante tres obras maestras, salidas de tres escuelas diferentes; una Madona de Andres del Sarto; un retrato de Rembrandt, pintado por él mismo, y una magnífica cabeza de Holbein.

En una sala azul que está al lado, hay una Popea de Van-Dyck, y una Diana de Poitiers

atribuida á Leonardo Vinci; despues hay un corredor donde se ven dos retratos de Vandyck, y dos de Velazquez, que son cuatro obras maestras, como acaso no las posee ningun museo. En fin, en el salon de las damas de honor hay un San Agustin muy hermoso, cuyo autor no recuerdo, y una de esas maravillas del Perugino, que prefiero como sentimiento y como expresion á las de su ilustre discípulo, el pintor de nombre de ángel y de genio divino.

No hablo de una consola y una copa de malaquita, que valen ambas 500,000 francos, ni de una mesa de lapis-lázuli, estimada, segun se dice, en millon y medio. Este es negocio de ebanista y no de artista.

Al salir del palacio vi á un individuo que en su aire reconoci como francés, y que se detuvo para mirarme; al punto me dirigí al Bosque, por temor de que se me acercase, porque en Bruselas, lo peor que podemos encontrar es un compatriota. Esto exige una explicacion, y me apresuro á darla.

Bruselas ha sido en todos tiempos el refugio de los proscriptos: Maria de Médicis, desterrada por su hijo, fué allí á pedir hospitalidad á Isabel; Carlos, duque de Lorena, se refugió en ella despues que sus súbditos le espulsaron de sus estados; Cristina abjuró allí la religion luterana despues de haber abdicado la corona de Suecia; en fin, Carlos II y su hermano el duque de York fueron á buscar en aquella ciudad un asilo contra el protectorado de Cromwell.

Estos ilustres ejemplos han tenido en nuestros dias muchos imitadores; solo que á los proscriptos políticos han sucedido los desterrados judiciales: todo el que ha falsificado, el que ha hecho quiebra, en fin, todo el que se ve obligado á esconder la cara en Paris, se eclipsó de repente en el boulevard de Gente ó en la plaza de la Bolsa, y reaparece con el rostro descubierto y radiante en la calle Verde, en Bruselas; entonces, por poco que esos honrados refugiados hayan sabido escribir para firmar al pie de una letra de cambio con otro nombre que el suyo, viven con escándalo, calumniando en alguna cloaca literaria á la Francia, que los arroja como un rio arroja su espuma, y dan al extranjero ese espectáculo vergonzoso de un hijo que en vez de arrepentirse y humillarse, escupe pública y diariamente á su madre en el rostro; así confieso que por mi parte estoy muy lejos de ofenderme por la desconfianza de los belgas respecto á nosotros, y siempre me he admirado de que antes de dar la mano á un francés, no exijan verle la espalda.

## WATERLOO.

Mi principal objeto al ir á Bruselas, era una peregrinacion á Waterloo.

Porque Waterloo era, no solo para mí como para todos los franceses, una gran fecha política, sino tambien uno de esos recuerdos de la juventud que dejan en todo el resto de la vida un poderoso y profundo recuerdo. Yo no habia visto á Napoleon mas que dos veces: la primera cuando iba á Waterloo; la segunda cuando volvia.

La pequeña ciudad donde he nacido, y en que habitaba mi madre, está situada á veinte leguas de Paris, en uno de los tres caminos que conducen á Bruselas: esta era una de las arterias por donde pasaba aquella generosa sangre que iba á derramarse en Waterloo.

Hacia tres semanas ya que la ciudad tenia el aspecto de un campamento: todos los dias, como á las cuatro de la tarde, resonaba el tambor ó la corneta, y hombres y mugeres, que no podian cansarse de aquel espectáculo, acudian al ruido y entraban acompañando algunos magníficos regimientos de aquella antigua Guardia que se creia destruida para siempre, y que á la voz de su gefe parecia salir de su fria tumba para aparecer ante nosotros como un espectro glorioso, con sus viejas gorras de pelo, y sus banderas desgarradas por las balas de Marcugo y Austerlitz; al dia siguiente eran algunos de los famosos regimientos de cazadores, con sus colbacks de largos llorones, ó escuadrones incompletos de aquellos dragones con sus ricos uniformes, cuyos trages se han perdido, demasiado espléndidos sin duda para un tiempo de paz; á los dos dias era ya el sordo estrépito de los cañones aferrados en sus cureñas, que hacian retremblar las casas á su paso, y cada uno de los cuales, como los regimientos á que pertenecian, llevaban un nombre que presagiaba la victoria. Ninguno hubo, hasta un destacamento de mamelucos, débil y último resto, trozo mutilado de la Guardia consular, que no quisiese llevar su gota de sangre á la grande hecatombe humana que se preparaba ante el altar de la patria. Y todo esto pasaba al compás de los aires nacionales, cantando aquellas antiguas canciones republicanas, que jamás estarán en Francia mas que adormecidas, canciones balbuceadas por Bonaparte y tan largo tiempo proscribas por Napoleon, quien las toleraba aquella vez; tanto comprendia que jamás apelaria demasiado á las simpatias, y que no eran ya los recuerdos de 1809, sino los de 92 los que era preciso invocar. No era yo entonces mas que un niño, como he dicho, porque tenia doce años escasos; no sé lo que

aquel espectáculo, aquel ruido, aquellos recuerdos producían en los demas, pero sé que á mí me causaban un delirio. Por espacio de quince días no pudieron hacerme entrar en el colegio; recorría las calles y los caminos reales, estaba como loco.

Después de una mañana, creo que era el 42 de junio, leímos en el *Moniteur*:

«Mañana, S. M. el emperador dejará la «capital para reunirse al ejército. S. M. tomará el camino de Scirrons, Laon y Avesne.»

De modo, que Napoleón seguía el mismo camino que su ejército, Napoleón pasaba por nuestra ciudad: ¡iba á ver á Napoleón!

¡Napoleón! era este nombre muy grande para mí, y que representaba ideas muy opuestas.

Habia oído maldecir de él á mi padre, veterano soldado republicano, que le devolvió el blason que le habia enviado, respondiéndole que tenia ya el blason de su familia, y que esto le parecia suficiente. Era no obstante un blason muy bonito con el escudo de sus padres, componiéndose de una pirámide, una palmera y tres cabezas de caballo, en señal de haber muerto otros tantos á mi padre en el sitio de Mántua, con esta divisa á la vez conciliadora y enérgica: *Sin odio, sin temor*.

Habia oído á Murat enaltecerle, uno de los amigos que en la desgracia habian permanecido fieles á mi padre; á Murat, soldado á quien Napoleón habia hecho general, general á quien habia hecho rey, y que un dia olvidó todo esto precisamente en el momento en que hubiera debido recordarlo.

En fin, habia oído juzgarle con la imparcialidad de la historia á Brune, mi padrino; guerrero filósofo que se batía con su Tácito en la mano, siempre dispuesto á derramar su sangre por la patria, cualquiera que fuese el hombre que se lo pidiese, que se llamase Luis XVI ó Robespierre, Barrás ó Napoleón.

Todo esto bullía en mi juvenil cerebro, cuando circuló esta noticia, venida de París por el órgano oficial:

Napoleón va á pasar.

El *Moniteur* llegó el 43; era el mismo dia. No se trataba aquí de hacer alocuciones, ni erigir arcos de triunfo: Napoleón tenia prisa. Napoleón dejaba la pluma por la espada, el mando por la accion: Napoleón pasaba como el relámpago, esperando herir como el rayo.

El *Moniteur* no decia á qué hora debia pasar Napoleón. Desde por la mañana, la ciudad entera estaba agolpada al extremo de la calle de París; yo estaba con un grupo de niños de mi edad, que nos habiamos adelantado hasta una eminencia desde donde se descubria el camino real en una estension de una legua.

Allí permanecimos desde por la mañana hasta las tres de la tarde.

A las tres descubrimos un correo. Aproximábase este correo rápidamente, llegando al

punto á donde estábamos. Gritáronle: «¿Va á pasar el emperador?» Estendió el brazo hácia el horizonte.

—¡Allí viene! dijo.

En efecto, veianse dos carruages tirado cada uno por seis caballos á galope. Desaparecieron repentinamente en un valle, y en seguida volvieron á aparecer á un cuarto de legua de nosotros. Corrimos entonces hácia la ciudad gritando: «¡El emperador! ¡el emperador!»

Llegamos sin aliento y precediendo al emperador quinientos pasos escasos. Calculé que no se detendria por inmensa que fuese la multitud que le esperaba, y corrí á la casa de postas; caí rendido sobre un guardacanton, pero habia llegado. Inmediatamente aparecieron los caballos llenos de espuma volviendo la esquina de la calle, luego los postillones con su uniforme, en seguida los carruages, y por último el pueblo que seguía á estos. Los carruages se detuvieron en la casa de postas.

¡Vi á Napoleón!

Iba vestido con una casaca verde, charreteras pequeñas bordadas á grano de cebada, y llevaba la cruz de oficial de la Legion de Honor. No vi mas que su busto, sirviéndole de marco la portezuela.

Llevaba la cabeza inclinada sobre el pecho; ciertamente era la hermosa cabeza numismática de los antiguos emperadores romanos, inclinada la frente, amarillenta como la cera su inmóvil fisonomía, solo parecian vivos sus ojos.

A su izquierda iba el príncipe Gerónimo, rey sin reino, pero hermano fiel; era entonces un jóven como de veinte y seis á treinta años, de buena presencia, de cabeza regular, facciones bien marcadas, barba negra y cabellos elegantes. Saludó por su hermano, cuya vaga mirada se perdia completamente en el porvenir, y acaso en el pasado.

Frente al emperador estaba Letort, su ayudante de campo, vehemente soldado que parecia ya aspirar el olor de la batalla, y que sonreía, como si debiese vivir largos dias.

Detuviéronse un minuto apenas, y en seguida sonaron los látigos, relincharon los caballos y todo desapareció como una vision.

Tres dias después, llegaron por la noche gentes que por la mañana habian salido de San Quintín, y que dijeron que á su salida se oía el cañon.

En la mañana del 47 pasó un correo, que llevaba y sembraba por el camino la noticia de la victoria.

El 48, nada: el 49, el mismo silencio; únicamente corrian vagos rumores, sin origen cierto; decíase que el emperador estaba en Bruselas.

El 20, tres hombres cuyos caballos estaban estenuados y cubiertos de sudor, con los vestidos hechos girones, herido uno en la cabeza y el otro en el brazo, entraron en la ciu-

dad, y casi al punto rodeados por la poblacion entera, fueron llevados al patio de la casa-corrégimiento.

Aquellos hombres se espesaban con dificultad en francés; eran, creo, wesfalianos que se encontraban no se cómo en nuestro ejército. A todas nuestras preguntas contestaban moviendo tristemente la cabeza, y terminaron por confesar que habian dejado el campo de batalla de Waterloo á las ocho, y que cuando le habian abandonado la batalla estaba perdida.

Era aquella la vanguardia de los fugitivos.

No se les queria dar crédito: decíase que aquellos hombres eran espías prusianos; que Napoleon no podia ser batido; que aquel magnifico ejército que habíamos visto pasar no podia ser destruido. Querian conducir á los desgraciados fugitivos á la cárcel; hasta tal punto se habian olvidado 1813 y 1814, para no acordarse mas que de los quince años que á ellos han precedido.

Mi madre fué corriendo á la casa de postas, allí pasamos todo el dia. Pensaba y con razon que era aqui á donde llegarían noticias de cualquier clase que fuesen. Mas en tanto, yo buscaba en los mapas el nombre de Waterloo, y no lo encontraba; concluimos, pues, por creer que todo era imaginario en la relacion de aquellos hombres, hasta el nombre del campo de batalla.

A las cuatro llegaron otros fugitivos que confirmaron la relacion de los primeros. Estos eran franceses, y por tanto pudieron dar todos los detalles que se les pidieron; repitieron lo que habian dicho los primeros; pero añadieron que Napoleon y su hermano habian muerto. A estos se les creyó menos todavia; Napoleon podia no ser invencible, pero era invulnerable.

Hasta las diez de la noche sucediéronse las noticias mas terribles y desastrosas.

A las diez se oyó el ruido de un carruage; se detuvo; el maestro de postas acudió al punto con un hacha de viento. Nosotros le seguimos; se precipitó á la portezuela para pedir noticias; en seguida dió un paso á tras murmurando:

—Es el emperador.

Me subí entonces á un banco de piedra, y miré por encima de los hombros de mi madre.

Efectivamente era Napoleon; estaba sentado en el mismo rincon, vestido con el mismo uniforme; como la primera vez tenia inclinada su cabeza sobre el pecho, acaso algo mas inclinada, pero no habia cambiado ni una arruga de su rostro, ni en sus facciones podia notarse la menor alteracion que indicase que el sublime jugador acababa de jugar el mundo, y le habia perdido; pero ni el principe Gerónimo ni Letort estaban ya en el carruage para saludar por él y sonreirse: Gerónimo reunia los restos de su ejército, Letort ha-

bia sido dividido en dos pedazos por una bala de cañon.

Napoleon levantó lentamente la cabeza, y miró á su alrededor como si saliera de un sueño; despues con su voz fuerte y segura preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En Villers-Cotterets, señor.

—¿A cuántas leguas de Soissons?

—A seis leguas, señor.

—¿Y de Paris?

—A diez y nueve.

—Decid al postillon que vaya aprisa.

Y se recostó de nuevo en el rincon de su carruage, y volvió á dejar caer su cabeza sobre el pecho.

Los caballos arrastraron el carruage como si tuviesen alas.

El mundo sabe lo que habia pasado en el intervalo de ambas apariciones!....

Habia yo dicho siempre que iria á visitar la aldea de nombre ignorado que no habia podido encontrar en un mapa de Bélgica el 20 de junio de 1815, y que desde esa fecha estaba escrito en el de Europa con caracteres de sangre; así que fui allá al dia siguiente de mi llegada á Bruselas.

En tres horas atravesamos todo el lindo bosque de Soignes, y llegamos á Mont-Saint-Jean. Aqui es donde os esperan los obligados cicerones, los cuales se apellidan todos los guias de Gerónimo Bonaparte. Entre los cicerones, hay uno que es inglés, y que autorizado por su gobierno, lleva una medalla como un comisionista. Cuando son franceses los que desean recorrer el campo de batalla, el pobre diablo ni aun se acerca á ellos, porque está acostumbrado á recibir de ellos muchos sofiones. En cambio, tiene por clientela á los ingleses.

Tomamos el primero que se nos presentó. Tenia yo un excelente plano de Waterloo, anotado por el duque de Elchingen, que cruza en este momento el arrenal paternal con el yatagan de los árabes. Dije, pues, que queria ir directamente al monumento del principe de Orange: si hubiese avanzado cien pasos mas, no hubiera tenido necesidad de guia para esto; es la primera cosa que se ve cuando se ha pasado la granja de Mont-Saint-Jean.

Trepamos por aquella montaña construida por la mano del hombre, en el sitio mismo en que el principe de Orange fué derribado de un balazo en el hombro, cuando cargaba caballerescamente con el sombrero en la mano á la cabeza de su regimiento. Es una especie de pirámide redonda, de cincuenta pies de altura próximamente, y á la que se sube por escalones hechos en la tierra y sostenidos por tablas: toda la tierra de que se ha hecho es distinta que el suelo á que domina, y cambia algo el aspecto del campo de batalla, dando á aquel sitio en rampas una inclinacion que no tenia. En la cima

de aquella pirámide, un leon colosal, al que nuestros soldados al volver de Amberes habian comenzado ya á cortar la cola, cuando se les contuvo, con una pata colocada sobre una bola, y la cabeza vuelta hácia el Occidente, amenaza á la Francia. Desde la plataforma que se estiende en derredor de su pedestal, se domina todo el campo de batalla, desde Braine-la-Leude, punto extremo á donde llegaba la division de Gerónimo Bonaparte, hasta el bosque de Frichermont, por el que desembocó Blücher y sus prusianos; desde Waterloo, que ha dado su nombre á la batalla, sin duda porque en esta aldea se contuvieron los ingleses puestos en derrota, hasta la granja de Quatre-Bras, donde durmió Wellington despues de la derrota de Ligny, y el monte del Bonn, donde fué muerto el príncipe de Brunswick. Desde este punto elevado, nada mas fácil que evocar todas aquellas sombras, todo aquel estruendo, todo aquel humo estinguido hacia veinte y cinco años, y asistir de nuevo á la batalla. Allá, poco mas arriba del Haie-Sainte, en el sitio donde se han construido despues algunas casucas, junto á un olmo comprado en 200 francos por un inglés, Wellington permaneció apoyado una parte del día; al otro lado del camino de Jemmape á Bruselas, y en la misma línea, cayó sir Thomas Picton, cargando á la cabeza de un regimiento. Cerca de este sitio se encuentran los monumentos de Gordon y de los hannoverianos; al pie de la pirámide está la plataforma de Mont-Saint-Jean, que se elevaria á la altura próximamente de los monumentos que acabamos de citar, sino fuera porque en aquel mismo sitio, y como en una superficie de dos fanegas, se ha echado una capa de tierra de diez pies, á fin de dar mas altura á la pirámide. Sobre este punto de cuya posesion dependia el éxito de la jornada, es donde se concentró por espacio de tres horas lo mas recio de la batalla: aquí tuvo lugar la carga de los doce mil coraceros y dragones de Kellerman y Milhaud. Perseguidos por ellos de cuadro en cuadro, Wellington no debió su salvacion sino al impasible valor de sus soldados, que se hicieron acuchillar en su puesto, y cayeron en número de diez mil sin retroceder un solo paso; mientras que su general, con lágrimas en los ojos y el reloj en la mano, recobraba la esperanza, calculando que se necesitarian dos horas todavia de tiempo material para matar á los que quedaban. En una hora, esperaba á Blücher, y en hora y media la noche, segundo auxiliar de que estaba seguro, en caso de que el primero, detenido por Grouchy, llegara á faltarle. En fin, mas allá de la plataforma tocando al camino real, están los edificios de la Haie-Sainte, tomados y vueltos á tomar tres veces por Ney, á quien en aquellos tres ataques le mataron cinco caballos que sucesivamente montó

Volviéndose del lado de Francia, y miran-

do á la derecha, se ve en medio de un bosquecillo la quinta de Hongoumont, que Napoleón envió á decir á Gerónimo no abandonase aunque debiese quedar allí con todos sus soldados. Al frente está la granja de la Bella Alianza, desde la que Napoleón, despues de haber dejado su observatorio, situado en el bosque de Montplaisir, contempló por espacio de dos horas todo el campo de batalla, pidiendo á Grouchy sus batallones vivos, como Augusto pedía á Varus sus legiones muertas. A la izquierda se ve la rampa donde Cambronne respondió, no *la Guardia muere*, porque en nuestro furor de poetizarlo todo, le hemos prestado una frase que jamás dijo, sino una sola palabra de cuerpo de guardia, arrojada al rostro del parlamentario; palabra acaso no de tan buen gusto, pero muy soldadesca y enérgica: en fin, á la vanguardia de toda aquella línea, sobre el camino real de Bruselas, en el sitio en que forma una ligera subida, se distingue el punto extremo hasta donde avanzó Napoleón cuando viendo desembocar por la selva de Frichermont á Blücher y sus prusianos, con tanta impaciencia esperados por Wellington, exclamó: «¡Ah! he aquí por fin á Grouchy; la batalla es nuestra.» Este fué su último grito de esperanza; una hora despues era respondido por el de «¡Sálvese quien pueda!»

Si luego se quiere ver en detalle toda aquella llanura de sangrientos recuerdos, cuyo conjunto se acaba de abrazar, se baja de la pirámide, y por el camino de Frichermont á Braine-la-Leude se pasa al camino de Nivelles, que conduce á la quinta de Hongoumont, que se encuentra tal como Gerónimo, llamado á las tres por Napoleón, la dejó, es decir, completamente demolida por doce piezas de artillería de grueso calibre que acababa de llevarle el general Foy. Aquí subsiste todavia la destruccion, y como si la muerte hubiese pasado por ella la vispera, nada cubre los restos, nadie ha tocado á las ruinas; despues se os enseñará la piedra en que Gerónimo, conducido por el mismo guia que habia tenido aquel día, fué por último á sentarse, como otro Mario, sobre los restos de otra Cartago.

Desde la granja de Hongoumont se va atravesando tierras, si se ha hecho la siega, al bosque de Montplaisir, donde estaba el observatorio de Napoleón, y del observatorio á la casa de Lacoste, guia del emperador. Tres veces durante la batalla volvió Napoleón de la Bella Alianza á aquella casa. En una pequeña eminencia, situada á veinte pasos de ella, y que domina el campo de batalla, es donde se reunió Gerónimo al emperador, que estaba sentado, á las tres de la tarde; tenia á su derecha al mariscal Soult: el príncipe Gerónimo ocupó su izquierda. Napoleón acababa de enviar á buscar á Ney: tenia junto á sí una botella de vino de Burdeos y un vaso lleno, en el que de vez en cuando humedecía maquina-

mente sus labios. Al ver llegar á Gerónimo y Ney, cubiertos de polvo, de sudor y de sangre, Napoleon se sonrió, porque así era como quería á sus bravos; despues, con los ojos siempre fijos en aquella lucha gigantesca en que hasta entonces llevaba la ventaja, envió á buscar tres vasos á la casa de Lacoste, uno para Soult, otro para Ney, y el tercero para Gerónimo; pero no habia mas que dos; llenó los dos por sí mismo, los presentó á cada uno de sus mariscales, y dió el suyo á Gerónimo.

Entonces con aquella voz dulce que tan bien sabia tomar en la ocasion:—«Ney, mi bravo Ney, le dijo tuteándole por la primera vez desde su regreso de la isla de Elba; vas á tomar los doce mil hombres de Kellerman y de Milhaud, esperarás con ellos á que mis muchachos se unan á tí; tú darás el golpe de gracia, y entonces, si Grouchy llega, la jornada será nuestra. ¡Anda!»

Ney dió el golpe de gracia, pero Grouchy no llegó.

De aquí es preciso tomar el camino de Jemmape á Bruselas, y se atravesará la granja de la Bella Alianza, donde se reunieron despues de la jornada Wellington y Blücher; continuando se llega muy pronto al punto estrecho á donde avanzó Napoleon, y desde donde reconoció que no era Grouchy sino Blücher el que llegaba para ganar una batalla perdida, como habia hecho Desaix en Marengo, y se encuentra uno próximamente entre la segunda y tercera linea de ataque. Dando cincuenta pasos á la derecha en lo interior de las tierras está el sitio mismo del cuadro donde se arrojó el emperador; aqui es donde Napoleon hizo to. lo que pudo para hacerse matar. Cada disparo que hacian las piezas inglesas se llevaba filas enteras á su alrededor, y en cada nueva fila que se formaba se colocaba Napoleon, á quien Gerónimo arrastraba detrás de sí, mientras un valiente general corso, el general Campi, volvía siempre y con la misma impassibilidad, á colocar su caballo entre el emperador y las baterías enemigas; en fin, despues de tres cuartos de hora de carnicería Napoleon se volvió hácia su hermano: «Vamos, le dijo, parece que la muerte no me quiere todavia: Gerónimo, te doy el mando del ejército, siento haberte conocido tan tarde.» En seguida, le alargó la mano, montó en un caballo que le presentaban, pasó como por milagro, por medio del enemigo, llegó á Jemmape, se detuvo aqui un instante, é intentó rehacer el ejército; en seguida, viendo eran inútiles sus tentativas, montó otra vez á caballo, y llegó á Laon en la noche del 19 al 20.

Veinte y cinco años han pasado de aquella época, y hoy es cuando la Francia ha comenzado á comprender que aquella derrota era necesaria á la libertad europea; mas no ha conservado menos en el fondo del corazon una profunda ira al verse señalada como vic-

tima: en aquella llanura donde cayeron por ella tantos esparciatas, en medio de la pirámide del principe de Orange, de la tumba del coronel Gordon y del monumento de los hannoverianos, en vano se busca una piedra, una cruz, una inscripcion en memoria de la Francia; es que algun dia la ordenará Dios ejecute la obra de la libertad universal, comenzada por Bonaparte é interrumpida por Napoleon; luego, ejecute esta obra, volveremos la cabeza del leon de Nassau hácia la Europa y se habrá hecho todo.

## AMBERES.

Al dia siguiente partí para la patria de Rubens, pues aunque el pintor de nombre célebre y corazon de fuego nació en Colonia, Amberes no deja de reclamarle como uno de sus hijos; por lo demas, en esta ciudad es donde murió dejando para velar su tumba esa inmensa é inmortal posteridad procreada por su pincel, posteridad de mil trescientos diez cuadros conocidos por el buril, y en los que se cuentan mas de catorce mil personajes.

Amberes tiene la forma de un arco tendido, del que el Escalda representa la cuerda; antes de que fuese una ciudad, una de esas tradiciones que mecen la infancia de las ciudades, dice que un gigante edificó su castillo sobre la punta que se llama hoy el Werf; de ahí se estendió su poder sobre el rio: una cadena tendida de una á otra orilla le entregaba como prisioneros todos los que tomaban el camino del Escalda; poníalos entonces á rescate, y si se negaban á pagar por voluntad ó por impotencia, les cortaba las manos y los arrojaba al rio. De aqui la etimología de Amberes: *Hand-Verpen*, que en flamenco quiere decir, mano arrojada. Hay alli como en todas partes anticuarios, que por tener una oposicion propia, la disputen este poético origen, y pretenden que el nombre de Amberes proviene sencillamente de *Aent-Verpe*, que significa, ante el rio; pero á estos incrédulos se contesta victoriosamente enseñándoles las armas de la ciudad, que son un castillo y dos manos cortadas, y paseando todos los años ante su casa, no el gigante mismo, pero sí una imágen hecha á su verdadera imágen.

En la época en que la ciudad, primero castillo romano, despues conquista normanda, luego provincia franca, y por último marquesado separado del ducado de Baja Lorena, para servir de heredamiento á Godofredo de Bouillon, comenzaba á tomar alguna impor-

tancia, su existencia naciente se vió de repente comprometida por el libertinage de un solo hombre. Este hombre, antepasado de todos los don Juan pasados, presentes y futuros, se llamaba Tanquelin: á pesar de su nombre poco poético, jóven, buen mozo, rico, diestro, ejercía una inmensa fascinación, no solo en las mugeres, sino tambien en los padres, los maridos y los amantes, á los que robaba sus hijas, sus esposas y sus prometidas, y que en lugar de vengarse de sus tropelías, se veían, sin duda por mágia, obligados á ser los primeros á coadyuvar al logro de sus caprichos y voluntades; en fin, llegó á ser tal la corrupcion, que no siendo escuchada la voz de los siervos ordinarios de Dios en aquella nueva Sodoma, fué preciso recurrir á los grandes medios. Fué enviado un monge á San Norberto, que llegado con doce discipulos de Francia, verificaba allí grandes conversiones con su palabra, y grandes milagros con sus oraciones. El enviado, en quien se cifraba la esperanza de los pocos corazones virtuosos que habian quedado en la ciudad, partió con los pies descalzos en señal de humildad y profundo duelo, y caminó hasta que encontró al santo obispo y le condujo hácia la ciudad maldita: la crónica no dice si la conversion se operó por el agua de las nubes ó el fuego del cielo, pero lo que hay de cierto es que todos se arrepintieron: los padres volvieron á recobrar sus hijas, los maridos sus mugeres, y los amantes sus prometidas, de suerte que Tanquelin, no encontrando ya nadie á quien seducir, tomó el partido de hacerse fraile tocado de la divina gracia. En memoria de este milagroso suceso, fué edificada, en el terreno donde se reunía el cabildo de San Miguel, fundado por Godofredo de Bouillon en el momento de su partida para la Tierra Santa, la catedral de Nuestra Señora de Amberes. La gran torre que la domina es posterior á la iglesia; comenzada en 1422 bajo la direccion del arquitecto Ametius, fué terminada en 1518; su altura es de 470 pies, comprendiendo la cruz que tiene quince; de modo que desde la galería que la corona, se descubre Bruselas, Gante, Malinas, Breda, Flessinga, y aun el humo de los buques de vapor que entran en el Escalda. El coro de la catedral se comenzó en 1524: Carlos V fué el que puso la primera piedra.

Comienzo por la catedral, porque á ella es á donde se acude inmediatamente para saludar al famoso *Descendimiento de la Cruz*, sea que se haya visto en el Museo de Paris en los ocho años que estubo aquí, sea que no se conozca sino por los miles de grabados que de él se han hecho. Hé aquí su historia:

Rubens estaba para volverse segunda vez á Italia, cuando, cediendo á las instancias de los archiduques Alberto é Isabel, resolvió fijarse en Amberes y comprar allí una casa. Hecha la adquisicion, para hacerse construir un es-

tudio á su gusto, quiso cambiar la distribucion de la finca, y echó los cimientos entre su jardin y el de la sociedad del Juramento de los arcabuceros; pero en su preocupacion artistica, sea que el plan concebido en la cabeza del pintor no fuese susceptible de ningun cambio, aquellos cimientos se metieron algo en la propiedad de los vecinos: dieron sus quejas al pintor los arcabuceros, el pintor los envió enhoramala; entablóse un litigio, el cual se presentó de tal modo, que prometia larga y preciosa vida, cuando el burgomaestre Rockock, gefe del Juramento y amigo de Rubens, se interpuso entre las partes beligerantes. Se acordó entonces que los arcabuceros abandonarían á Rubens el terreno en litigio, y que Rubens regalaría á los arcabuceros, para su capilla que estaba en la catedral de Amberes, un cuadro con puerta pintada por su mano, cuyo cuadro representaría un pasaje cualquiera de la vida de San Cristóbal, que no sé por qué era desde la invencion de la pólvora patron de los arcabuceros.

Rubens, que no solo era un gran pintor, sino tambien, como dice su epitafio, un hombre prodigiosamente versado en la ciencia de la historia antigua, no encontrando probablemente en la vida de San Crisóstomo, á pesar de ser muy interesante, un asunto que estuviese en relacion con sus ideas del momento, se fijó sencillamente en la etimología de la palabra griega *Christophoros*, que significa portador de Cristo, y creyó llenar ámpliamente las condiciones de su contrato ejecutando un cuadro cuyo asunto era un descendimiento de la cruz, y cuyos personajes sosteniendo á Cristo eran por consecuencia todos otros tantos Christophoros. La hoja del postigo de la izquierda, siempre el pintor preocupado con aquella idea, representaba á la Virgen María volviendo la visita durante su embarazo á Santa Isabel; y el postigo de la derecha, el sacerdote Simon teniendo á Jesus en sus brazos, cuando su madre y San José van á presentarle en el templo. Terminado el cuadro, el pintor le envió á la compañía de los arcabuceros, esperando que su ingeniosa idea satisfaría completamente sus exigencias: su error era grande. Los arcabuceros, que no sabian el griego, no viendo á su patron en el lienzo del fondo, ni en los postigos, pidieron con desahorados gritos el San Cristóbal ausente, se negaron á admitir el cuadro como un cuadro de lance que se quiere hacer pasar por nuevo, y le volvieron á enviar á casa del pintor, señalándole ocho dias para la restitution del terreno que era el objeto del litigio. El hecho era tanto mas desagradable para Rubens, cuanto que ademá de ver despreciar uno de sus mejores cuadros, el estudio estaba concluido, recibiendo la luz de lo alto, y de lo mas agradable que hubo jamás por su amplitud y disposicion.

El dia siguiente al en que volvieron á

romperse las hostilidades, el buen burgomaestre, que había desempeñado el papel de intermediario para con las partes beligerantes, fué á ver á Rubens con la esperanza de arreglar por segunda vez el negocio; pero ahora era ya mas difícil, los ánimos estaban enconados, se había separado de los arcabuceros furiosos, y encontró al pintor de muy mal humor. Sin embargo, como nada era un obstáculo á la bondad paternal del burgomaestre para con los primeros, ni á su amistad fraternal con el segundo, despues de tres ó cuatro viajes hechos desde el estudio del pintor á la sociedad del Juramento, consiguió dulcificar el rencor del uno y disminuir las exigencias de los otros; de modo que al fin, anunció con todo el júbilo de su alma á Rubens que todo se había terminado, siempre que consintiese en introducir entre los personajes un San Cristóbal de un tamaño cualquiera, no importando nada la talla; pero si su presencia declarada indispensable por unanimidad. Entonces Rubens abrió los postigos, y descubriendo su cuadro, demostró físicamente al burgomaestre que no le quedaba el mas pequeño rincón donde acomodar el santo que se le pedia. El burgomaestre reconoció la verdad de lo que le decía su amigo, pero cerrando á su vez los postigos que el pintor había abierto, le mostró que toda la superficie exterior estaba desocupada, Rubens se puso al punto, tomó un lápiz blanco, y dibujó ante el embajador el gigantesco San Cristóbal que se presenta lo primero en la portezuela cerrada. El burgomaestre fué al punto á llevar aquella buena nueva á los arcabuceros, quienes satisfechos por la concesion, aceptaron esta vez el cuadro sin pedir la esplicacion del buho que el pintor había introducido allí para hacer alusion á su ignorancia.

Una anecdota no menos curiosa se refiere tambien al cuadro: dices que en la época en que Rubens ejecutaba su obra maestra, habiendo sus discípulos conseguido de su criado, por medio de una gratificacion, la entrada en el estudio del maestro un día que había salido al campo y no debía volver hasta la noche, uno de ellos, empujado por sus camaradas, cayó sobre el cuadro y borró el brazo de la Magdalena, y la megilla y la barba de la Virgen que Rubens acababa precisamente de terminar. Grande fué la consternacion, y todos quisieron huir; pero el criado, sobre quien debía recaer naturalmente la responsabilidad del accidente, puesto que solo él tenía la llave del estudio, cerró la puerta y declaró que nadie saldria mientras el brazo de la Magdalena y la megilla de la Virgen no hubiesen vuelto á su estado natural: nada había que contestar á esto; era muy justo: los discípulos estaban prisioneros, capitularon. Se puso á votacion para que la eleccion recayera en el mas apto, y nombraron á uno de ellos. El jóven, temblando, tomó la paleta y los pince-

les del maestro, y animado por sus camaradas, reparó el estrago causado, con tal perfeccion, que no solo no se apercibió Rubens del accidente, si no que mirando al dia siguiente con complacencia su trabajo del dia anterior:

—He ahí, dijo señalando el brazo de la Magdalena y la cabeza de la Virgen, una cabeza y un brazo que no es lo peor que he hecho ayer.

El jóven que tenía derecho á una parte de la alabanza que se dirigia Rubens á sí mismo, era Van-Dyck.

El autor del accidente era el jóven Diepenbick, que acababa de dejar la pintura en cristal para entrar en el estudio de Rubens, y cuyos primeros trabajos se pueden ver sin salir de la catedral: los vidrios de una de las ventanas que representa los cuatro administradores de rodillas, han sido pintados por él, y tienen un admirable colorido.

Al otro costado de la iglesia, la *Elevacion de la Cruz* hace juego con el *Descendimiento*: es imposible ver nada mas atrevido que esta disposicion diagonal que no podia ser intentada con éxito sino por un pintor de tanto capricho y poder. La cabeza del Cristo, á quien acaso solo Rubens ha hecho Hombre y Dios á la vez, presenta una espresion de dolor magestuoso y sublime resignacion, que no he visto en effigie alguna: todo el fondo de la parte superior está iluminado con un rayo de luz verdaderamente celestial; es la mirada que Dios deja caer desde lo alto de su gloria sobre la victima espiatoria que ha sometido á las miserias y dolores humanos, mientras que el fondo de la parte inferior representa las tinieblas en que la tierra está sumergida. El cura de Saint-Valburge, que le había ajustado con Rubens en dos mil florines de Brabante, exigió antes de contarlos al pintor que llenase aquel vacío con una figura ó un objeto cualquiera. Rubens pintó allí su perro. Todo allí es maravilloso, la ignorancia por una parte, y por la otra el desden.

Despues de haber ido al acaso de una obra maestra á la otra, volvi frente al altar mayor, en donde está la *Asuncion de la Virgen*. Aquí Rubens comprendió que para hacer conocer que la Madre de Dios subia á reunirse con su Hijo, era preciso mostrarla mas cerca del cielo que de la tierra; y debía abandonar aquella encarnacion vigorosa que da á todas sus composiciones un carácter tan humano, por ese colorido vago y poético que pertenece á los ángeles acompañando un espíritu; esto es lo que ejecutó con la felicidad del genio. Todo el mundo conoce este cuadro, con su grupo de cabezas de querubines que semejan un enorme ramillete de rosas, sus doce apóstoles de rostros graves, sus encajes tan ricamente entendidos y arrojados con valentia: fué hecho en diez y seis dias por la cantidad de mil seiscientos florines, es decir, doscientos veinte

francos por día; este era el precio ordinario que Rubens ponía á sus composiciones.

Después de estos tres cuadros, es difícil hablar de las demás composiciones que adornan la iglesia de Nuestra Señora, y que completan su conjunto. Cuando se entra en la capilla Sixtina, no llama la atención más que el *Juicio final*; y sin embargo, las paredes están cubiertas de frescos que en cualquiera otra parte serían prolija y minuciosamente admirados. Así sucede con los genios de primer orden, anonadan todo lo que les rodea, y se engrandecen empujándolo.

Sin embargo, al salir por la puerta lateral, es preciso dirigir una mirada á un pozo, cuyos adornos hechos á martillo están virgenes de la lima; es obra de Quintin Metzys, quien obedeciendo las órdenes, ó mas bien el reto de su suegro, de herrero se hizo pintor, para obtener la mujer á quien amaba: aquí se admira al obrero; en el museo se juzgará al artista. En efecto, uno de los primeros cuadros capilla con puertas que se encuentran al entrar, es de él: el fondo representa el entierro de Cristo; en el postigo de la derecha la cabeza de San Juan Bautista servida en la mesa de Herodes, y en el postigo de la izquierda, San Juan metido en el aceite hirviendo. Ante este cuadro recibió Metzys de su estravagante suegro la mano de su prometida.

Al pie de la torre de la catedral, ó de la iglesia de los cartujos de Kiel, en la que había sido enterrado primero, fué trasladado este pintor después de su muerte. Se lee este epitafio:

*Quentin Metzys,  
incomparabilis artis pictori admiratrix  
grata que posteritas, anno post obitum se-  
culare  
cic. ic. c. XXIX.  
posuit.*

Este epitafio va acompañado de este verso latino:

Connubialis amor de Mulcibre fecit Apellem.

Y encima se ve el retrato de Metzys en un medallón de piedra.

Después de la catedral, la iglesia más notable, no por su arquitectura, sino por los cuadros que contiene, es la de Santiago. Además, en una de sus capillas está el sepulcro de Rubens, con una sencilla lápida sepulcral en la que se lee este larguísimo epitafio; verdad es que los dos tercios últimos están consagrados, no á la memoria del pintor, sino á la gloria del que le hizo grabar. He aquí su traducción literal:

*Pedro Pablo Rubens, caballero,  
hijo de Juan, senador de esta ciudad,  
señor de Hein,*

*quien, entre otras cualidades en las que has-  
ta rayar en milagro  
sobresalió, poseyó la ciencia de la historia  
antigua;*

*quien dotado del genio de las bellas artes,  
no solo por su siglo,*

*sino por todas las edades,  
mereció ser llamado Apeles.*

*Y la amistad de los grandes y de los reyes  
le sirvió de escalon para elevarse aun mas.  
Admitido por Felipe IV, rey de España y de  
las Indias,*

*entre los secretarios de su Consejo privado,  
á Carlos, rey de la Gran Bretaña,*

*fué enviado el año MDCXXIX;  
de la paz entre los dos principes*

*echó al punto los cimientos felizmente.*

*Murió el XXX de mayo, del año de salva-  
cion MDCXL.*

*de su edad el LXIV.º*

\*\*\*

*Este monumento, por el muy noble Gevaertz  
consagrado en otro tiempo á Pedro Pablo  
Rubens*

*y abandonado por sus descendientes,  
cuya línea masculina se habia estinguido ya,  
fué restaurado este año de MDCCLV*

*por R. D. Juan Bautista Santiago de Paris,  
canónigo de esta ilustre iglesia,*

*y sobrino segundo del gran pintor por su  
madre  
y por su abuela.*

Llámase á esta capilla, la capilla de Rubens; y efectivamente, de tal modo es suya, que nada hay allí que no traiga á la memoria su recuerdo. Los que van á arrodillarse en aquella capilla, cuando bajan sus ojos al suelo, por lo regular no leen otra cosa que la inscripción de su sepulcro, y cuando los levantan hácia el cuadro, buscan en la Sacra Familia, que es el asunto de él, los personajes de quienes el pintor ha sacado la semejanza. El abuelo de Rubens está allí bajo la figura del Tiempo, su padre bajo las facciones de San Gerónimo, sus dos mugeres bajo la imagen de Marta y Magdalena, en fin, el mismo pintor está allí representado en San Jorge, y en las espaldas de su hijo, que completa la reunión patriarcal en sus cuatro generaciones, ha colocado las alas de un ángel. Resulta que el mérito de este cuadro hace olvidar todo, hasta la hermosa *Virgen de Duquesnoy* que está en el altar, hasta el *Salvador en la cruz* de Vandick, que no debe olvidarse.

Por lo demás, en el Museo de Amberes es únicamente es donde se puede apreciar á fondo el genio de Rubens. No es permitido juzgar á este principe de los pintores, cuando no se ha visto el *Salvador Crucificado entre los dos ladrones*; la *comunion de San Francisco de Asis*, cuyo único defecto es recordar algo la de San Gerónimo; y la *Adoracion de los Magos*, página colosal escrita en trece días,

en la que el autor ha hecho entrar camellos, caballos, veinte figuras y una multitud de accesorios, donde parece que los personajes han nacido de la palabra de un Dios, y donde se ve una capa de un solo color que se creeria hecha de una pincelada; el *Cristo de la Faja*, en el que la imitacion del cadáver ha sido llevada hasta el punto de inspirar la repugnancia, el dolor de la Virgen imitado hasta lo sublime, la trasgresion de las reglas hasta el desprecio, y os sorprende con su terrible y doloroso conjunto como pudiera suceder con la espantosa realidad; y por último, el *Salvador en la Cruz*, en donde toda aquella animacion de colorido y de imaginacion se confunde con la finura melancólica de Van-Dick, como en el *Cristo en las rodillas de su madre*, que está al lado, se encuentra el atrevimiento y el colorido de Rubens, que el estudio del Ticiano no ha borrado todavía.

Por lo que hace á mi, confieso mi predileccion por Rubens: le amo, como amo á Shakespeare, porque encuentro en él las mismas cualidades que en el gran poeta. La misma trivialidad, la misma elevacion, la misma humanidad, la misma poesia, idéntica rudeza y encanto. Ved como los hombres se doblegan á todos los caprichos de la pluma del uno y del pincel del otro, sin cesar jamás de ser hombres; y como siendo diferente, y aun muchas veces opuesto su modo de expresion, parten del mismo punto: ¡la verdad! ¡Cuán cuan frondosas son ambas magníficas encinas; como crecen sin enjerto y sin poda, al calor del sol y bajo la mirada de Dios! ¡Cómo arrojan botones, flores y frutos á su capricho; y qué estraña y fecunda familia de reyes, principes, héroes, vírgenes, ángeles y demonios occultan en su follage! Todo esto es magnífico hasta confundir el pensamiento, y espléndido hasta hacer bajar la vista, recordando que el hombre despues de Dios puede crear tantas cosas!

Hermosa época fué la de los archiduques Alberto é Isabel. Puede compararse, para el arte flamenco, á la de Julio II para el arte italiano. ¡Ricas eran las existencias de Rubens y de Van-Dick! Rivalizaron con la naturaleza que dió vida á Miguel Angel durante un siglo, y que devoró á Rafael en menos de treinta y siete años. Vedles seguir cada uno su camino por entre principes y soberanos á quienes inmortalizan en cuanto han consentido en ser protegidos por ellos! ¡Cómo sabian entonces los reyes ser grandes por los demas, cuando no lo eran por sí mismos, y como desde aquel tiempo han olvidado el secreto de Carlos I, Felipe III y Luis XIV!

Rubens nació á fines del siglo cuyo principio habian visto Rafael y Miguel Angel. Es de familia noble, hijo de senador, versado en las ciencias y en las letras; pero su gusto le lleva á la pintura: entra en la escuela de Van-Ort, que deja muy pronto por la de Otové-

nienus; luego, cuando conoce que sus maestros no tienen nada que enseñarle, parte para Italia, ¡el pais de los dioses!

Jóven, de bello rostro, de cabellos rubios flotantes, su rojo bigote retorcido, la espada al costado, el fieltro en la cabeza, llega á la corte del duque de Mantua, que le da el título de gentil-hombre que nada le daba que hacer, y le elige para ir á llevar á Felipe III de España algunos presentes entre los que el embajador desliza su paleta y sus pinceles. Llegando á cierto grado el genio es bueno para todo.

Rubens desempeñó su mision como diplomático consumado. Vuélvese á Italia recorriendo las principales ciudades, estudiando los maestros que admira sin imitarlos, y añadiendo un lienzo allí donde ha dejado un vacío. Cuando está en su peregrinacion, sabe que su madre está enferma, y abandona todo para volverla á ver, pero llega demasiado tarde.

Recibido por los archiduques que no quieren dejarle que vuelva á marchar, compra entonces una casa en Amberes y se casa con Isabel Brant.

Desde esa época comienza esa vida de produccion inmensa é inagotable: cofradías, iglesias, museos, palacios, conventos, todos se dirigen á Rubens. Rubens tiene tiempo y fuerza para todo: así es como su genio ardiente y caprichoso está satisfecho; sus lienzos se cubren por magia, tiene el poder creador de un semidios! Los reyes no le mandan, le suplican. Acudiendo á la invitacion de la madre de Luis XIII, va á Paris, recibe las instrucciones de la reina, vuelve á Amberes, y sin vacilar, sin detenerse, sin interrupcion, comienza ese maravilloso catálogo de cuadros que comprenden toda la vida de Maria de Médicis, y que son los veinte y cuatro cantos de su historia. Desde entonces no sabe ya á qué rey corresponder, ni á qué pais atender: la Inglaterra le llama, España le reclama, Italia le espera. No es posible seducirle con el oro, pues gana doscientos florines diarios! Se le ofrecen misiones, embajadas, acepta; atraviesa los reinos, y en cada parada de posta deja un cuadro; vuelve al fin otra vez á Amberes, su única, su verdadera patria, se casa con Elena Formann, decora la capilla donde debe ser sepultado, y muere lleno de años y de gloria, habiendo asistido en vida á su apotheosis.

En tanto aparece Van-Dick; el discípulo viene tras el maestro. Hemos visto cómo se eleva, Rubens tiene celos de él; ¿es por su talento ó por su muger? no se sabe. ¿Es como discípulo, es como amante? se ignora. Hay rivalidad entre aquellos dos hombres, esto es lo único que se sabe. Entonces se separan discípulo y maestro; el discípulo da al maestro un *Ecce-Homo*, un retrato de *Elena Formann* y una escena de *Jesus en el huerto de los olivos*, en la que se ha retratado á sí mismo en las facciones de Jesus. En cambio el

maestro da al discípulo un caballo árabe magnífico, regalo del rey de España, y Van-Dick parte como había partido Rubens, veinte y cuatro años antes, lleno como él de esperanza y porvenir.

El joven pintor, ansioso de aventuras, no anda mucho sin encontrar lo que busca. Se detiene en Saventhem, cerca de Bruselas, enamorado ya de una aldeana; á petición suya, y para complacerla, pinta dos cuadros para la iglesia de su aldea. En el primero, que representa á San Martín dividiendo su capa con un pobre, se retrata él mismo montado en el caballo blanco que le ha regalado Rubens; en el segundo, que representa la Sacra Familia, coloca el retrato de su amante, de su padre y de su madre. En fin, parte para esa eterna Italia; querida de todo el que tiene algo de poesía en el corazón; allí lucha cuerpo á cuerpo con el Ticiano y Pablo Veronés; iguala al uno por el modelo de las carnes y al otro por la seguridad del colorido; pasa después á Génova donde en sus *Escenas de la Italia*, Mery, el poeta romancero, nos le muestra pintor y amante; á Roma donde se consuela de su viudez; á Sicilia, donde se figura que dos de sus discípulos serán los únicos grandes artistas que poseerán jamás Messina y Palermo, y por último vuelve á Amberes donde pinta para la iglesia colegiata un *Cristo entre los dos ladrones* que los canónigos se niegan á admitir tratando el cuadro de mamaracho. ¡Ignorancia suprema demostraron aquellos canónigos!

De Amberes pasó á Inglaterra, á donde le llama Carlos I; allí es donde hace ese magnífico retrato que los ingleses ofrecen á nuestro Musco cubrir de oro: acógele el rey como una potencia, le da una pensión considerable, y le condecora con la orden del Baño. Este es el cuarto de hora brillante de la vida de Van-Dick. El pintor tiene una querida, una mesa y trenes que causan la envidia del príncipe real. Van-Dick, que no tiene ya nada á qué aspirar en lo material, aspira á lo imposible; sueña en la solución del gran problema, edifica una bóveda, compra crisoles, se hace alquimista; el oro que corre de su estudio á su laboratorio le sirve para buscar el medio de hacer oro. El rey, que le ve perder su fortuna en insensatos experimentos, y su salud en nocturnos placeres, le hace casarse con la hija de lord Ruthven, descendiente de aquél que, á la vista de María Estuardo, había asesinado cien años antes al músico Rizzio; luego, cuando le ha hecho poseedor de una de las mas bellas, de las mas nobles y mas ricas herederas de la Gran Bretaña, le manda llevar su muger al continente, pero ha esperado demasiado tarde; al cabo de seis meses vuelve Van-Dick á Inglaterra, se agotan los manantiales de su vida, los mas hábiles y solícitos cuidados no pueden salvarle. Muere á los cuarenta y dos años, y es enterrado en la iglesia de San Pablo.

He aquí la existencia de esos hombres llenos de honores, ardiendo de amor y genio. Vivos, pasan como meteoros á través del mundo que iluminan. Muertos, tienen una capilla por sepulcro, y una catedral por mausoleo.

Después de haber visto esas maravillas de pintura, aunque no tenía mucha curiosidad de ver otra cosa, como me quedaban aun dos horas largas entre la de cerrarse el Museo y la salida del convoy del camino de hierro, fui al puerto que es el único paseo de la ciudad: aquí, lo primero que llama la atención es bastante extraño; como el Escalda forma una revuelta á un cuarto de legua de la ciudad y desaparece de la vista, parece de lejos ver los buques de alto bordo, que siguen sus sinuosidades marchar por el llano y adelantarse hacia la ciudad por medio de alguna locomotora invisible.

Napoleon, cuyo sistema marítimo era colocar los grandes puertos de construcción en el interior de las tierras, en las embocaduras de los rios mas importantes, fué quien pasando á Amberes con Decrés, apreció la situación de esta ciudad, y mandó conducir á ella inmediatamente quinientos presidiarios de Brest para comenzar los primeros trabajos. Napoleon tuvo en aquella ocasion que vencer las objeciones de su ministro, que prediciendo á Flessinga, le hizo observar, que si por algun suceso no probable, pero posible, llegaba á ser desmembrada la Bélgica de la Francia, sería muy sensible que se hubiesen hecho grandes gastos en la construcción de un puerto extranjero y hostil. Napoleon reflexionó un momento, luego: «La Bélgica, respondió, no puede pertenecer mas que á un enemigo de los ingleses.» En virtud de esta positiva decisión, y gracias á aquella poderosa voluntad, por decreto de 21 de julio de 1803, mandó el gobierno la construcción del arsenal y almacenes marítimos. El 16 de agosto de 1804, colocó el prefecto la primera piedra del taller central de la marina, é hizo la inauguración del arsenal, y á fines de 1805, las tres corbetas *Faeton*, *Velera*, *Favorita*, y la fragata *Carolina* de cuarenta y cuatro cañones, se botaron al agua.

Así, en 1803, Amberes no tenía un solo buque que la perteneciese, ni un solo capitán capaz de hacer un viaje largo; y desde 1806 por la palabra mágica que la mandó ser, cuenta seiscientos veinte y siete buques con aparejo de bricks, sloops y smack; además tiene dos magníficas conchas donde se construyen á la vez diez navios de línea, el *Amberienese*, el *Comercio de Lyon*, el *Cárlo-Magno*, el *Duquesclin*, el *Audaz*, el *César*, el *Ilustre*, el *Tercó*, el *Dalmata* y el *Albanés*.

La ciudadela, que sitiaron en 1832 á favor de los belgas, sus fortificaciones fueron construidas por los españoles. En la esplanada de esta fortaleza es donde el duque de Alba, para perpetuar el recuerdo de la batalla de Gem-

ningen, se hizo levantar una estatua, que con el brazo estendido hacía la ciudad, le exigía obediencia, mientras pisoteaba al pueblo y la nobleza representada por un monstruo de dos cabezas, con las armas de los Mendigos, es decir, la escudilla y la alforja. Requessens sucesor del duque de Alba, hizo derribar aquella estatua, que se enterró bajo los escombros, donde el pueblo le descubrió en 1577. Tal era el odio contra el ministro de Felipe II, que los amberienses la pusieron una cuerda al cuello, la arrastraron por las calles y la hicieron pedazos.

En 1635, con los restos que de ella quedaban, se fundió el crucifijo que corona la puerta grande de la catedral.

### GANTE.

Los caminos de hierro serán una maravillosa invención para los comisionistas y las maletas, pero de seguro son la ruina de lo pintoresco y de la poesía. Si Sterne hubiese tomado el camino de hierro de Calais á Paris, ciertamente no hubiese encontrado el burro cuya historia nos ha referido; y si yo hubiese tomado el camino de hierro de Villeneuve á Martigni, es mas que probable que no hubiese hecho en Bex aquella famosa pesca de truchas que ha provocado una gran controversia entre los anticuarios y por tanto, adios el *Diario Sentimental* y las *Impresiones de Viage*, lo cual sería, como se convendría en ello, una pérdida mas deplorable que la de la famosa biblioteca de Alejandria.

Al volver de Amberes á Bruselas, supimos que los caminos de hierro de S. M. Leopoldo I hacían de las suyas. Lá antevíspera, el convoy de Termonde, picado por no sé que mosca, saliendo de repente de sus rails, se había ido tranquilamente á través de los campos; y una vez allí, había ejecutado con maravillosa destreza tres volteretas sobre sí mismo, sembrando en la llanura un regimiento de infantería que trasportaba con armas y bagages, el cual se levantó, se sacudió el polvo, volvió á formar y prosiguió su camino á pie con un orden que hizo el mayor honor á sus oficiales instructores. Mas no era esto todo: la vispera, un pontonero ebrio se había olvidado de ajustar los puentes, de modo, que el convoy que volvía de Brujas, y al que se descuidó dar el aviso de aquel accidente, iba á caer todo entero en el Leys, cuando felizmente entre el tercero y cuarto carruaje, se habían roto las cadenas de union, de modo,

que no se ahogaron mas que media docena de personas, en vez de doscientas que hubieran podido ser; dicha que fué apreciada por todos, escepto por los que habían tenido la suerte de colocarse en los tres primeros carruages.

Como desde el establecimiento de las locomotoras de vapor no existe ya competencia, nos vimos obligados, á pesar de aquellos dos accidentes, á tomar al dia siguiente por la mañana el camino de Gante, á riesgo de caer de cabeza en el tercero.

Generalmente, segun dicen, se anda el camino de Bruselas á Gante, es decir, diez y ocho leguas, en tres horas; nosotros empleamos en ellas cinco. Pero nos hicieron observar que de aquellas cinco horas, dos se habían pasado en esperar, inmóviles y empaquetados en nuestros asientos, á que el convoy de Brujas hubiera vuelto, y por consecuencia, puesto que aquellas dos horas no se habían empleado en el camino, no debían contarse. Por mediana que fuese esta razon, nos fué preciso adoptarla como excelente. Por lo demas, esta forzada estacion me había ofrecido una excelente ocasion de admirar la calma flamenca. En aquellas dos horas todos habían permanecido en su asiento sin dar la menor señal de fastidio, y sin informarse siquiera de por qué no avanzábamos. Tan solo tres ó cuatro franceses, á quienes se conocía por su impaciencia y por la manera defectuosa con que, segun los belgas, hablaban nuestra lengua, zumbaban y se movían en sus carruages respectivos, como zánganos alrededor de una colmena. Todo el secreto de la prosperidad belga está en estas dos palabras: Orden y paciencia.

En todo caso, la Flandes parece haber sido hecha adivinando los caminos de hierro. No sé si desde Bruselas á Gante han tenido que nivelar ni un hormiguero. De modo que el país, constantemente llano, es poco pintoresco; en cambio las casas mas pequeñas tienen un aspecto de limpieza y un aire de felicidad cuya vista agrada mucho.

En cuanto llegamos á Gante, nos detuvimos en la fonda de los Países Bajos, que se recomienda por sus recuerdos históricos, ademas de recomendarse por sus cualidades materiales. En el mismo sitio estaba situada la casa donde se reunían secretamente el conde de Egmont y Guillermo el Taciturno.

Mi primer cuidado fué hacerme llevar al mercado del Viernes, es decir, al centro de la antigua ciudad: en esta plaza ó á su alrededor es donde ha pasado toda la historia comunal de aquel pueblo siempre en guerra con sus señores ó sus vecinos. El castillo de los Condes, edificado en 867 por Beandoin Brazo de Hierro, domina ó mas bien preside todavía el mercado; pero su puerta, almenada en 1180 por Felipe, conde de Flandes y de Vermandois, está flanqueada hoy por dos casas bastante mezquinas, de las que la de la izquier-

da sirve de alojamiento al oficial encargado de hacer ejecutar las sentencias capitales. Gracias á este anejo, que no hace honor al gusto arqueológico de los ganteses, este castillo había perdido mucho de su apariencia formidable, cuando para acabar con ella fué vendido á un tal Brisemaille, que hizo de él una fábrica. No hay corcel por hermoso que sea, dicen los chalanés, que no termine siendo caballo de chalana, de alquiler ó de tabona.

Al primer aspecto nos había admirado la inmensa afluencia que vimos al llegar á Gante, cuando todo nos lo explicó una palabra: la máquina cuyo primer ensayo hacíamos sin saberlo, se llamaba la Artelebda.

Ese respeto religioso que los ganteses han conservado al nombre de su defensor, hizo nacer en mí inmediatamente el deseo de ver lo que quedaba de aquella casa plebeya tan bien descrita por Froissart. Así al dejar la plaza del Mercado, y después de haber visitado el antiguo palacio de los condes de Flandes, mandé me condujeran á la calle de la Calandria. Pero en vez de las venerables ruinas que iba á buscar allí, encontré edificada una linda casita, una manzanita, revocada de nuevo como todas las casas belgas; de ningún modo la hubiera reconocido como descendiente de su venerable abuela, si el blason tan conocido de Jacobo, y el mas problemático de su muger, no hubiesen sido colocados en la barandilla que está ante los balcones. Por lo demás, á pesar de aquella prueba, si yo hubiese dudado todavía, la siguiente inscripción me hubiera convencido de ello; está escrita en gruesos caracteres, encima de una puerta baja, por la que se entra, bajando algunos escalones:

IN HET HUY VAN  
ARTEBELDE  
VERCOOPT MEN DRANK.

Lo cual quiere decir en el mas puro flamenco que jamás se habló de Ostende á Amberes:

EN ESTA CASA  
DE ARTEBELDE,  
SE VENDE DE BEBER.

El lugar, como se ve, estaba predestinado. Pero si la casa está destruida, la callejuela por la que Jacobo intentó huir, existe todavía, y se llama la boca de los Sapos.

Ahora bien, sabrá el lector, aunque esto sea poco lisonjero para él si es francés, que en aquella época los belgas, tan reconocidos á los servicios que prestábamos á sus condes, como á los que después hemos prestado á su rey, nos llamaban los *saperos*, como hoy nos llaman los *franquillones*. Se fundaban para la aplicación de este apodo en que nuestras flores de lis, que crecían hierros de lanzas, no

son, según ellos, mas que sapos. ¡Pobres flores de lis, que jamás hubieran creído se las trataría tan mal cuando brillaban en el peto de San Luis, en el escudo de Felipe Augusto, ó en la espada de Duguesclin!

Ahora se adivina por qué aquella callejuela se llama el Agujero de los Sapos, porque como hemos dicho, Artelebde fué muerto allí por los partidarios del rey de Francia.

Al dejar la calle de la Calandria para seguir, según mi costumbre, adelante al acaso, vi un sombrero tricolor enarbolado al extremo de una vara como la gorra de Gessier; no queriendo exponerme á tocar una manzana sobre la cabeza de nadie, pregunté qué signo era aquel, á fin de rendirle los honores que le fueran debidos. Entonces supe que era una señal cuyo objeto era recordar el patriotismo que habían desplegado en la revolución de 1830 *los hijos del príncipe*. Mas como respecto de esa denominación aristocrática pudieran equivocarse nuestros lectores, nos apresuraremos á decirles que es esa línea real de que acaso todavía no hayan oído hablar.

Cárlos V, que por mas que digan la Academia y el *Constitucional*, se ocultó mas de una vez en su armario antes de ser emperador, y aun después de serlo; cuando era rey de España y conde de Flandes, trabó íntima amistad con una linda carnicera, á la que el monarca popular visitaba frecuentemente: el resultado de sus visitas fué un hermoso muchacho, de tan bello rojo, que no le quedó medio á Cárlos V de dudar un solo instante de su paternidad: en su júbilo preguntó á la madre qué deseaba, prometiendo concederla su demanda. La carnicera pidió que el privilegio de matar y vender la carne en toda la ciudad se concretase y quedase perpetuamente en la descendencia masculina de su hijo. La petición fué concedida; el carnicero imperial tuvo dos hijos, y estos fueron el tronco de dos corporaciones que existen todavía hoy bajo el título de los carniceros en grande y en pequeño de Gante. Cuando Napoleón visitó la Flandes en 1810, los pequeños carniceros, apelando á sus privilegios, reclamaron y obtuvieron el honor de servirle de guardia. Escoltado por ellos, pasó el emperador bajo el arco de triunfo que habían elevado en honra suya, y en el que habían escrito este distico:

A NAPOLEON EL GRANDE,  
LOS CARNICEROS EN PEQUEÑO DE GANTE.

Napoleón encontró la inscripción muy medianamente respetuosa en principios no legítimos; así al día siguiente había desaparecido el distico, sin que hubiese dado siquiera por pretexto, como Lebrun, que encontraba en él un verso demasiado largo.

En su cualidad de antiguo oficial de artillería, Napoleón, al día siguiente de su llegada, hizo una visita al colosal cañón. Por lo demás,

Margarita la Soberbia, porque es el nombre que lleva esta respetable máquina de guerra, ciertamente merecía el honor que recibía. «Para desalojar á los de la guarnición de Oudenarde, dice Froistart, los ganteses hicieron construir una bombardá maravillosamente grande, la cual tenía cincuenta y tres pulgadas en la boca, y arrojaba piedras terriblemente grandes, gruesas y pesadas, y cuando esta bombardá disparaba, se oía, de día, á cinco leguas cumplidas, y de noche á diez; y producía tal estruendo al disparar, que parecía que todos los diablos del infierno estaban en camino.» Tal fué su origen. En cuanto á la etimología de su nombre, los anticuarios eruditos están divididos acerca de tan grave negocio; los unos pretenden que le viene sencillamente del ruido y del estrago que causaba, y que por consecuencia se lo ha adquirido por sí misma. Los otros dicen que le fué dado en memoria de Margarita, condesa de Flandes, apellidada la Dama Negra. Si esta última versión fuese exacta, dispensaría de todo panegirico en favor de la madre de Juan y de Beaudoin de Avesne.

En último resultado, sea que este nombre le obtuviese á título de ilustracion histórica, sea que le fuese dado por los ganteses en memoria del gracioso carácter de su soberana, le llevaba ya cuando estos, en guerra con su buen duque Felipe, se sirvieron de ella en 1452, en el sitio de Oudenarde. Obligados á levantar el sitio, la abandonaron con el resto de su gruesa artillería, y cayó en manos de sus enemigos, que seguían el partido del duque de Borgoña, y que hicieron grabar en ella las armas de este príncipe. En 1578, la recobraron sus primeros propietarios, que no queriendo esponerla á un deshonor semejante al que habia sufrido, la depositaron junto al mercado del Viernes, donde todavía se le ve hoy, muda y tranquilamente colocada sobre sus tres pies de piedra. Otros mas curiosos que yo que la han medido, dicen que tiene diez y ocho pies de larga y diez pies y seis pulgadas de circunferencia; su abertura dos pies y tres cuartos de diámetro, y pesa treinta y tres mil seiscientos seis libras, es decir, diez y seis mil ciento una libras mas que el grueso cañon de San Petersburgo, que pasa sin razon, como se ve, por la pieza de artillería de mas calibre de Europa, y que se le metería por la boca.

Después de dar dos ó tres vueltas al rededor de Margarita la Soberbia, con el mayor interés, mas no obstante, sin haber tenido la curiosidad, como los ingleses, de hacerme meter en ella como en el horno un pan de cuatro libras, fuimos á visitar la iglesia de San Bavon, una de las mas ricas de la cristiandad, y encima de cuya puerta está representado el santo con un halcon en el puño, lo cual al pronto podría hacer creer que, como San Huberto, ganó el cielo cazando. Sin embargo, se caería

en un gran error no buscando mas lejos la causa de su canonizacion, puesto que el halcon no está allí mas que para indicar que San Bavon era noble. En efecto, era nada menos que un rico señor llamado Allowin, oriundo de una de las familias mas antiguas de Herbain. Después de haber oido un sermón de San Amand, fué á echarse á sus pies, y le preguntó su parecer acerca de lo que debia hacer para entrar en la senda de la salvacion. Habiendo respondido á esta piadosa pregunta el santo obispo que debia hacer penitencia, el neófito distribuyó una parte de sus bienes á los pobres, y dió el resto al monasterio de San Pedro; en seguida, como para desentenderse mas completamente de la vida profana que habia hecho hasta entonces, dejó el nombre de sus padres para tomar el de Bavon, con el que fué canonizado á fines del siglo VIII, después de haber tenido una vida ejemplar en la selva de Malmédina, cerca de Gante. Sesenta nobles, tocados del mismo espíritu de gracia que su compañero de placer, se convirtieron después de él, y construyeron, en el local donde habia estado un templo de Mercurio, la antigua abadía de San Bavon, de la que todavía se ven hoy algunas ruinas, en medio de la tambien antigua ciudadela. En cuanto á la catedral que existe actualmente, es la iglesia de San Juan, consagrada en 944 por Trausmarus, y que tomó, hácia 1540, el título de San Bavon, en virtud de una orden de Carlos V, quien se encontró que el primitivo templo estaba construido en un sitio donde haria mejor efecto una ciudadela: el cabildo colegial se trasladó, pues, á la iglesia donde está hoy, la cual fué erigida en catedral el año 1539.

San Bavon contiene veinte y cuatro capillas, algunas de las cuales están enriquecidas con cuadros notables; la segunda entrando á la derecha, está consagrada á Santa Coleta, y contiene la urna de esta santa, que murió de veinte y tres años, y que tiene este epitafio, rival en delicadeza de dos versos de Malherbes:

*Dulcis ancilla Dei, rosa vernalis, stella diurna.*

La sesta, siguiendo siempre el mismo lado, contiene uno de los cuadros mas preciosos de Francisco Porbus, que representa á Jesus en medio de los doctores. Según la costumbre de la época, casi todas las cabezas de los doctores son retratos de personajes contemporáneos del poeta. Así el doctor que está en primer término á la izquierda del espectador, es Carlos V; el que sigue después es Felipe, y el tercero, que tiene una inscripcion en su gorra, es el mismo artista.

La undécima contiene el verdadero tesoro de la iglesia; el famoso cuadro de los hermanos Van Eyck, inventores de la pintura al óleo, y representa el cordero del Señor adorado por todos los santos del antiguo y del nuevo

Testamento, teniendo á su derecha los patriarcas y profetas de la misma ley, y á su izquierda los apóstoles y los mártires de la ley nueva; al fondo están los santos secundarios, obispos y vírgenes con ramas de palmera en la mano. Los dos pintores, que en su cualidad de autores del cuadro, podían colocarse en donde querían, se han colocado modestamente entre los mártires.

El gran cuadro sostiene otros tres, de los que es en cierto modo la base.

El de en medio representa á Jesucristo, sentado en un trono y vestido con ornamentos pontificales que legará á San Pedro; con una mano bendice á todos los personajes colocados en el gran cuadro bajo sus pies, en la otra tiene un cetro; á su derecha está la Virgen, á su izquierda San Juan Bautista, y en el fondo, representando la ciudad de Jerusalem y destacándose sobre un cielo azul, están las torres de Maestricht tal como se veían desde la ventana de la habitación donde los dos hermanos habían nacido.

Este cuadro, que tiene de fecha cuatrocientos años, y que se puede oponer á las maravillosas producciones de todas las escuelas que se han sucedido desde aquella época, fué encargado á los hermanos Van Eyck por José de Oytz y su muger, que le regalaron á los canónigos de San Bavon. Como este era el segundo cuadro pintado al óleo (1), su fama no tardó en esparcirse por toda Europa, y comenzaron á establecerse peregrinaciones, que no dejaron de tener gran importancia para los canónigos, puesto que la admiración se convertía en limosnas. Dos de aquellos piosos peregrinos fueron Alberto Durero y Juan de Maubege, que se arrodillaron ante el cuadro y besaron devotamente el marco.

Felipe no tenía menos admiración religiosa á aquel cuadro que Alberto Durero y Juan de Maubege, así que deseaba mucho poseerle é hizo todo lo que pudo para obtenerle; pero los canónigos se mostraron firmes y rehusaron cederle á ningún precio. Felipe II deseaba mucho tenerle por nada, pero como tenía que hacer estrangular á su hijo, temió indisponerse con la Inquisición, que acaso se hubiese negado entonces á prestarle aquel pequeño servicio. Puso, pues, buena cara á la mala fortuna, y no pudiendo tener el original pidió se le concediese al menos sacar una copia. A esto no tuvieron que oponer los buenos canónigos ningún inconveniente, y Miguel de Coxie, natural de Malinas, pintor del rey, y apellidado Rafael Flamenco, recibió el encargo de ejecutar aquella obra. Como no encontraba en Flandes un azul bastante bonito para sacar el vestido de la Virgen, escribió á Venecia, al Ticiano, que se le enviase. El trabajo duró dos años, mas también una vez

concluido, se dice que costaba trabajo distinguir la copia del original. En recompensa de tan completo triunfo, el artista recibió de Felipe II cuatro mil florines de oro.

Esta copia pintada en madera como el original, la donó el rey de España al Escorial, de donde pasó con algunos otros, á manos de uno de nuestros mariscales de Francia, conocido en toda Europa, no solo por su doble y larga carrera militar y política, sino también por su gusto ilustrado á las artes. Posteriormente, no sé por qué precio, ni con qué condiciones pasó este cuadro á ser propiedad del señor Van Dansaert-Engels, de Bruselas.

Existía una segunda copia de este cuadro en lienzo, inferior á la primera, mas sin embargo, de una gran belleza, que adornó hasta 1796 la casa de ayuntamiento de Gante. En esa época fué vendida á Mr. Iselle, quien le volvió á vender despues á un rico inglés llamado Solly. En cuanto al original, desapareció milagrosamente en el momento que la revolución se disponía á devastar las iglesias; y no menos milagrosamente se volvió á encontrar un día en su puesto, cuando Napoleon restableció el ejercicio del culto; solo que durante su emigración, la obra maestra de los hermanos Van Eyck, había perdido seis retazos adyacentes: los que representaban la cabalgata de Felipe el Bueno, Santa Cecilia tocando el órgano, un coro de ángeles cantando las alabanzas al Señor y la Anunciación, además San Juan y San Pedro pintados de color gris por el mayor de los hermanos, Huberto Van Eyck.

Desgraciadamente para el ladrón de los seis pedazos, que sin duda los ocultó por hábito, no conocía su valor, de modo que los vendió por la suma de seiscientos francos al señor Van Nieuwehuysse, de Bruselas, el cual los vendió á su vez al señor Solly, quien había comprado la copia en lienzo por mil francos. Este último á su vez los vendió al rey de Prusia en cuatrocientos mil. El rey de Prusia, para completar su propiedad, trató entonces con Dansaert-Engels de la copia de Miguel de Coxie y de los dos trozos ó postigos que le faltaban. Los otros seis de la misma copia, que eran inútiles al rey de Prusia, puesto que tenía los originales, fueron vendidos al príncipe Guillermo de Nassau.

El cuadro de su hermano Van Eyck, con los dos postigos restantes, que representaban á Adán y Eva, fué visto por Napoleon á su paso por Gante, el cual se prendó de él con el mismo amor que había inspirado á Felipe II, pero que mas atrevido que el rey español, le echó bonitamente la mano y le envió al Louvre, de donde no volvió hasta 1815. El cicerone de sotana que refirió la historia de la obra maestra de los hermanos Van Eyck, se fijó mucho en esta vicisitud, diciéndome que yo debía haberle visto en París, en el tiempo en que la Bélgica se había agregado á la Francia.

(1) El primero es el Paraiso terrestre, que se encuentra en la iglesia de San Martín de Ipres.

Esta horrorosa desgracia la espermentó tambien el cuadro que se encuentra en la capilla décima cuarta, y que es una de las obras maestras de Rubens: representa á San Bavon recibido en la abadía de San Amand.

Cuando se han visto estos tres cuadros, se puede pasar con los ojos cerrados por delante de las demas capillas y no volverlos á abrir hasta que se ha entrado en el coro.

En efecto, en el coro está una de las obras maestras del escultor Duquesnoy: el sepulcro del obispo Triest, última obra del autor, á quien esperaba un extraño proceso á la salida de la iglesia. Acusado y convicto de violencia consumada en una de las capillas en un niño de coro que le servía de modelo, Duquesnoy fué condenado al fuego y quemado en la plaza del Mercado. El mismo dia en que debía ser ejecutada su sentencia, pidió como última gracia ver otra vez el sepulcro que acababa de ejecutar. Creyeron que no debían negarle este favor, y al conducirlo á la hoguera, se desvió el verdugo de su camino, llevó al reo á la iglesia. En cuanto llegó al monumento, Duquesnoy, cuya intencion era hacerle pedazos, esperando obtener su perdon á condicion de que le volviese á hacer, cogió un martillo que estaba en el suelo, y levantó el brazo sobre la cabeza del obispo; pero un soldado, que coñoció su intencion, se lanzó á él y desvió el golpe, que cayó sobre la mano y rompió un dedo, que todavía falta hoy. Como la ejecucion se verificó al anochechar, y se mantuvo al pueblo á alguna distancia, se dijo por mucho tiempo que se habia quemado un maniquí en vez del célebre estatuario, á quien el archiduque dejó escapar; pero la certificacion del verdugo, que se ha encontrado despues, no ha dejado duda alguna acerca de la realidad de la ejecucion.

Como la historia era bastante escandalosa, mi cicerone me habia hecho salir de la iglesia para contármela; por mi parte, como habia visto todo lo que habia allí de curioso, no creí necesario volver á entrar, y oyendo tocar la salutación en el gran beaterio, me dirigí hácia la calle de Brujas, donde está situada esta comunidad.

Los beaterios es una institucion enteramente peculiar de los Países Bajos, y que fué fundada á mediados del siglo VII por Santa Begge, hermana de Pepino de Landeu, y madre de Pepino de Herstal. Reunió muchas beatas bajo la direccion de su hermana Gertrudis, y entrando ella misma en la comunidad que habia fundado, murió en ella en 689. El emperador José II, de filosófica memoria, que abolió la mayor parte de los conventos, conservó y protegió la institucion de las beatas.

Hay dos beaterios en Gante, el grande y el pequeño; los dos están fundados por la condesa Juana de Constantinopla, hija del emperador Beaudoin, la misma que hizo ahorcar al aventurero que se decia su padre. No tien-

yo ninguna preferencia por el grande ó el pequeño beaterio; pero como estaba más próximo al grande, á éste fué al que me dirigí.

El gran beaterio es una ciudad dentro de la ciudad; ciudad encantadora por su arreglo y limpieza, rodeada de murallas y de fosos llenos de agua, y donde cada beata tiene su casita distinta de la de las demas, y titulada con el nombre de un santo ó de una santa: aqui la reclusa, que por lo demas no pronuncia votos, vive con sus recursos particulares, sin ser carga para la comunidad, que no tiene otra riqueza que la venta del trabajo de cada hermana, la cual conserva plena y completa facultad de testar, y por consecuencia dejar sus bienes á su familia. Las únicas obligaciones comunes á todas, son llevar la antigua capa flamenca sobre su traje de beatas, y sepultar ellas mismas á las hermanas que acaban de morir.

Como he dicho, me habia dirigido al gran beaterio en el momento de la salutación, y llegué á tiempo para ver entrar á las beatas en la iglesia. Al llegar al umbral, se quitau su velo de lana negra para ponerse en la cabeza un lienzo blanco plegado, como la gorra de nuestras hermanas grises. Esta operacion me permitió ver un instante á cada miembro de la comunidad á rostro descubierto; habia muchas feas y viejas, pero en cambio habia algunas jóvenes, y entre estas siete ú ocho muy lindas. Como mirase á una de estas últimas que estaba muy pálida, me dijo mi cicerone le recordase que me refriera la causa de aquella palidez. No olvidé semejante recomendacion; así, antes de terminar el Oficio divino, salí de la iglesia haciéndole seña de que me siguiese Apenas estuve fuera, le intimé me cumpliera su palabra.

Como he dicho ya, entran mugeres de todas edades en las comunidades de beatas; y aunque no hacen votos, es raro que una jóven desventurada entrando una vez, se atreva á salir. Así que sucede allí lo que sucede en los claustros; es decir, que á veces el ayuno y la oracion son impotentes contra las tentaciones del réprobo, y los deseos del mundo van á perseguir á las pobres reclusas hasta al pie del Crucifijo. Entonces imploran, para dar paso á la sangre que hierve en sus venas y les abrasa el corazon, ó la corona de espinas que ciñe la cabeza del Cristo, ó la lanza que abre su costado, ó los clavos que desgarran sus pies y manos.

Sucedió, pues, que uno de los conserges del gran beaterio, supo por su muger, á quien ellas habian pedido consejo, el estado fatal en que se encontraban algunas de sus pensionistas. Era este un verdadero flamenco, avaro en la especulacion, y que imaginó imponer un tributo secreto sobre las tentaciones de la carne: en consecuencia, compró un surtido de cilicios y disciplinas, que alquiló un dia á la semana ó al mes, segun que Satanás ponía mas

ó menos encarnizamiento en sus ataques: la idea tuvo todo el éxito que debía esperar; y vencido mas pronto ó mas tarde, el diablo se veía definitivamente obligado á desalojar el puesto.

Satanás no sabia qué hacer y estaba próximo á abandonar la obra de perdicion que tan mal le habia salido, gracias á la ingeniosa idea del buen flamenco, cuando atisvó, al pasar el umbral del gran beaterio, á una jóven de diez y siete á diez y ocho años, que iba con lágrimas en los ojos y el corazón oprimido, á buscar en la soledad el olvido de su amor. En efecto, estando para casarse con un jóven á quien adoraba, se habia visto abandonada por una muger mas rica que ella: desde entonces habia sido Dios su refugio, y tomando su desesperacion por vocacion habia resuelto ir á buscar la paz entre aquellas santas doncellas á quienes en apariencia habia visto siempre tan tranquilas.

Era una magnífica presa como podia desearla Satanás para hacer el último ensayo de su poder. Así, la pobre niña, engañada en sus esperanzas, sentía aumentar su fiebre todos los dias y redoblar cada noche. Casta como una madona, confió sus desconocidos dolores á una amiga; esta, que era una de las mejores parroquianas del conserje, reconoció la enfermedad que ella habia padecido, y la indicó el remedio que habia usado y que la habia curado. Pero esta vez, Satanás estaba resuelto á no confesarse vencido hasta el último extremo; así el cilicio se empleó en el cútis virginal de la niña; la disciplina se cebó en su hermoso cuerpo, sin que grietas ni heridas produjesen el menor alivio. La amiga recurrió al conserje, el cual reflexionó profundamente y prometió proporcionar, en tres dias y mediante cierta cantidad, un nuevo instrumento espiatorio ante el que Satanás se veria obligado á retirarse. Al tercer dia, el desventurado llevó una cruz de tamaño natural, toda guardada de clavos. El remedio, como se adivinará, consistía en echarse encima, con los brazos extendidos y el rostro vuelto hácia el suelo.

Por espacio casi de un mes la pobre niña hizo uso de aquel horroroso refrigerio, sobre el que pasaba horas enteras tendida, y de donde se levantaba con el cuerpo todo ensangrentado; todos los dias la visitaba su madre y la encontraba mas pálida y mas débil, y creyendo que aquella palidez y debilidad provenia de su amor, se separaba de ella maldiciendo al que habia reducido á su hija á aquel estado. En fin, una mañana entró mas temprano que de costumbre en la celda de la reclusa, y la encontró desmayada sobre la dolorosa cruz, donde ejecutaba hacia treinta dias su impotente pasion.

Llamaron á un médico: los médicos son filósofos, y por tanto, enemigos por lo general de todo lo que contraria los votos de la na-

turalidad y se opone al curso ordinario de las cosas. Esto especialmente cuando la revolucion de 1830 habia tronado contra las comunidades religiosas; así cuando vió las mutilaciones de que estaba cubierto el cuerpo de la jóven, y le presentaron el instrumento que las habia producido, quiso armar un grande escándalo. Pero tanto le suplicó la madre que la prometió no revelar el hecho mas que á la autoridad. La madre quiso aun insistir, pero en este punto fué intratable, diciendo que seria en él un crimen dejar subsistir semejante estado de cosas. En efecto, el mismo dia dió su declaracion; el conserje fué espulsado sin ruido, y como se ve el secreto se guardó perfectamente.

En aquel momento salian las religiosas de la iglesia; busqué con la vista á la jóven, bella y pálida beata, mas ya las santas doncellas habian vuelto á taparse con sus mantos, de modo que me fué imposible reconocerla.

Como yo presumia, segun la progresion que habian seguido las dos primeras, si habia una tercera historia que contarme, no podria referirse; despedí á mi cicerone, pagándole su jornal, y volví á comer á la fonda de los Países Bajos.

Gracias á una luna magníficamente clara, pude continuar por la noche mis investigaciones del dia, y como habia dejado para lo último los objetos que habia que ver al exterior, estaba cierto de antemano de que no perderian nada de su poesia con aquella visita nocturna.

En efecto, no sé si es posible encontrar alguna cosa mas maravillosamente pintoresca que la casa ayuntamiento vista á la luz de la luna, no por la parte de su fachada, sino del lado que da á la calle de la Alta Puerta. En efecto, la fachada presenta una serie bastante monótona de columnas sobrepuestas á la manera de Vignole, mientras que todo lo que puede inventar la fantasia en materia de adornos de piedra, se estiende, sube, se suspende, se levanta, vuelve á bajar en la parte opuesta; obra de Justo Pollet, en que el gótico mas trabajado se mezcla á la primera flor del renacimiento.

A pocos pasos del ayuntamiento, y en la esquina de la calle de San Juan, se eleva la torre del concejo, magnífica y cuadrada, coronada todavia hoy, á guisa de voleta, por el dragon bizantino arrebatado por los brujeses de una de las mezquitas de Constantinopla, y cogido por los gantenses á sus vecinos despues de la batalla Beverolt, en que Luis el Valeroso fué derrotado por Felipe de Arcebelde; esta torre representa un gran papel en la historia de Gante. En efecto, apenas un pueblo habia obtenido de su señor una carta, es decir, la libertad, su primer cuidado era edificar su torre, en la que colocaba una campana, cada uno de cuyos toques en lo sucesivo era un llamamiento á las armas; este era su tambor

y sus trompetas; así, en cuanto los ganteses obtuvieron su carta de Felipe de Alsacia, albañiles y fundidores se pusieron á la obra; deramóse un impuesto voluntario, donde se tasó á todos según su fortuna, y se comenzó á edificar la torre y á fundir la campana. La torre está todavía en pie, pero la antigua campana popular no existe ya: pesaba doce mil cuatrocientas ochenta y tres libras, y se llamaba Rolando; tenía en relieve dos versos flamencos, cuya traducción aproximadamente es esta:

*Se me llama Rolando. Yo no me pongo en juego*

*sino cuando alguna desgracia amenaza á la Flandes:*

*Cuando yo toco es el fuego,  
cuando trueno es la tempestad.*

En cuanto al dragon bizantino, continúa dando vueltas con el viento del modo más triunfante; es un animal completamente quimérico, que desde abajo parece del tamaño de un dognito, y desde lo alto como un buey. En los días de fiesta, el antiguo trofeo es iluminado con antorchas, y un hombre oculto en su vientre, le hace arrojar por la boca llamas y cohetes. Para el nacimiento de Carlos V, por ejemplo, se había establecido un puente de cuerdas entre el remate de la torre y el de la de San Nicolás, de modo que por espacio de muchos días, los habitantes tuvieron el placer de pasearse trescientos pies por encima de los tejados de sus casas.

Volví de la torre al mercado de Pescado, porque es una de las cosas que vale más verdad á la claridad de la luna que al resplandor del sol; examinado así, y con las gigantescas sombras y caprichosos claros que se proyectan en ella, la fachada, con su delphin de Van Pouke, sus dos rios que representan el Escalda y el Lys, por Paoli de Amberes, y su Neptuno de Gry Helseberg, no carece de cierta grandiosidad que en medio del día debe pecar de amanerada. Verdad es que se pierden los cuatro versos latinos inscriptos en el friso, y que se dejará aquel sitio sin saber qué

«El Lys trasporta las mercancías que envía el Artois, y deja brillar el pescado en sus tranquilas ondas (1).»

Y que

«El Escalda riega el Hainau y atraviesa á Gante para ir á arrojar en la mar sus aguas rápidas (2).»

Pero es una desgracia de que se consuela cualquiera fácilmente, por poco que se hayan

- (1) *Lysa veluit merces quas nunc Artesia mittit,  
Et placido gaudens flumine pisce scat.*
- (2) *Hamoniae servit Scaldi, Gandamque secando  
In mare festinans volvens pergit aquas.*

leído las primeras cuatro páginas de la geografía de la infancia.

Del mercado del Pescado á la calle del Brengn, se va por un puente que todavía hoy se llama de la Degollacion; este nombre perpetua una tradicion popular que no hace honor á la piedad filial gantesa. En 1374, habiendo sido condenado á muerte un ciudadano por un crimen político, y muerto el verdugo el día mismo en que debía verificarse la ejecución, se encontraron los magistrados muy embarazados para dar curso á la justicia. En consecuencia hicieron publicar que si algun aficionado deseaba cortar una cabeza, no solo seria bien recibido, sino que se le daría una buena recompensa. El aficionado no se hizo esperar: era el hijo del reo: felizmente no permitió Dios que se consumase tan horrible homicidio; al tocar á la garganta del padre la espada del hijo, se rompió por milagro en mil pedazos. Los magistrados perdonaron al paciente: en cuanto al verdugo, recibió la recompensa prometida, pero fué espulsado de la ciudad.

Dos cosas eternizan el recuerdo de este milagro: la una es un cuadro de la más antigua escuela alemana que se ve todavía hoy en el ayuntamiento, y que representa al hijo levantando la espada sobre la cabeza de su padre; el otro era un grupo de bronce, que colocado en el puente mismo, permaneció allí hasta 1794, época en que desapareció para volver á la fundicion.

Volví á la fonda por el muelle de las Verbás, á fin de ver la casa de los Bateleus, encantador edificio del siglo XVI, situado exactamente al frente del palacio del conde de Egmont.

Creía haber visitado todo lo que Gante encierra de notable, cuando al referir á mi huésped la lista de las curiosidades que había examinado, me preguntó si había visto una escuela de canarios. Se lo hice repetir dos veces creyendo haber oído mal, ó que canario era una palabra flamenca que tuviese una significacion enteramente especial y representase alguna clase educable de la sociedad; pero mi huésped, mortificada por la idea que había podido tener de que los belgas, una de cuyas pretensiones de las más arraigadas es la de hablar el francés mejor que en Francia, habían podido deslizar una palabra patois en nuestro idioma, me replicó que efectivamente se trataba del pajarillo que sin razon se cree originario de las Canarias, y cuya verdadera patria es Holanda. En efecto, esta observacion ornitológica fué un rayo de luz para mí, y recordé haber visto en París los canarios holandeses, que bailaban en la cuerda, disparaban el cañon, hacían el ejercicio, fusilaban á uno de sus camaradas que había desertado, y le depositaban en la tierra con tanta gravedad como hubiera podido hacerlo un cofrade de penitentes.

Pregunté, pues, á mi huésped si la institución que habia yo tenido la desgracia de olvidar, era un establecimiento de aquel género; mas me contestó que en la ciudad de Gante no eran las cualidades físicas de los canarios las que se trataba de desarrollar, sino por el contrario, sus facultades morales, que se exaltaban adornando su memoria con una porción de aires de organillo, que les hacian los pájaros mas instruidos, musicalmente hablando, del mundo conocido. En efecto, hay alguno de aquellos discípulos que al salir del Conservatorio sabe hasta treinta ó cuarenta piezas diferentes, que va en seguida á repetir en las cuatro partes del mundo. Uno de los consejeros municipales, añadió mi huésped, poseía el mas bello instinto que se podia ver en aquel género; y frecuentemente tenia hasta cincuenta ó sesenta estudiantes, á los que prodigaba los mas tiernos cuidados. Estos cuidados, por lo demas, hacen tanto mas honor á los que se consagran á ellos, cuanto que cambian completamente sus hábitos. Así el venerable consejero municipal, en lugar de divertirse por la noche con sus amigos, sea en el café de la ciudad, ó en alguna reunion particular, y de irse á acostar en seguida pacíficamente, en cuanto caía la bruma, abandonaba todo por su organillo de canarios, é iba de jaula en jaula despertando á los suyos, y tocándoles veinte ó veinte y cinco veces la misma tocata, de modo que no se acostaba hasta rayar el dia. En verdad, algo padecian los negocios municipales con aquella afición nocturna á la melodía; pero la ciudad creía que el lustre que para ella resultaba de semejante instituto, compensaba, y aun mucho mas, el perjuicio que pudiera traerla la falta de las luces administrativas de su consejero, que se dormía generalmente desde que empezaban hasta que concluían las deliberaciones, y no se despertaba mas que para votar; de modo que en vez de cansar con negocios al fundador del instituto, le habia aprobado por tres años seguidos la exorbitante pensión fundada para la educacion de los canarios, y que ascendía á quinientos florines.

Esta recompensa habia animado al director de tal modo, que no habia desesperado, despues de haber hecho cantar á sus discípulos, de hacerlos hablar. En efecto, al verificarse el casamiento del rey Leopoldo, pensó, como el zapatero de Roma, enseñar á alguno de sus pájaros alguna máxima ó proverbio apropiado á las circunstancias. Pero despues de haber bojeado á La Rochefoucault y don Quijote, no habiendo encontrado nada, resolvió, no siéndole estrañas las bellas letras, y habiendo sido en su juventud profesor de francés, componer él un distico que espresase á los nuevos esposos el júbilo que experimentaba al verlos unidos. Púsose, pues, á la obra: al cabo de ocho dias estaba hecho el distico, y á los dos meses el inteligente animal le repetía como una persona. He aqui este distico,

tan notable por los sentimientos patrióticos que encierra como por la riqueza de su rima:

*Regocijese Bruselas,  
Leopoldo y Luisa se velan.*

Presentaron el canario á sus magestades, quienes rieron mucho, pero no le compraron.

El consejero municipal, furioso, le vendió á un inglés por la cantidad de diez guineas, y disgustado por aquel experimento, se dedicó con sus estudiantes únicamente á la música instrumental, que continuó enseñándoles con el mayor éxito.

## BRUJAS.

Brujas ha recibido su nombre, segun se asegura, de la palabra *Brug*, que en flamenco quiere decir puente. En efecto, bien contados, posee la ciudad, creo, cincuenta y seis, lo cual me parece mas que suficiente para una poblacion de cuarenta y dos mil almas.

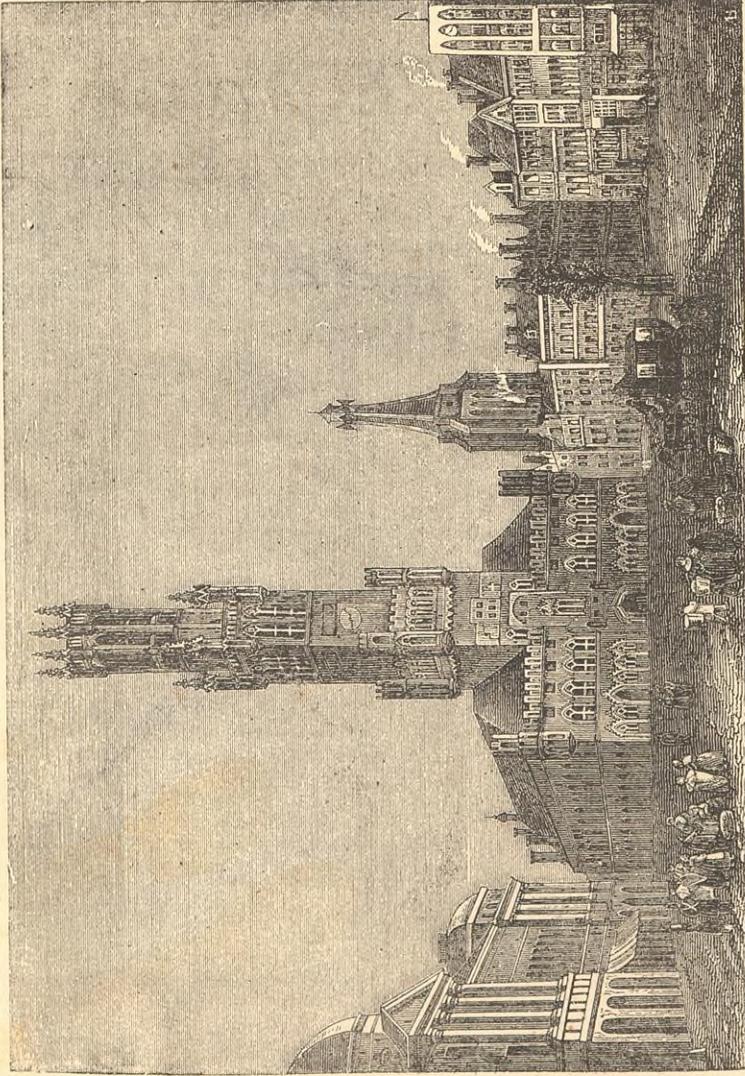
Tiene ademas siete puertas, ocho plazas públicas y doscientas calles. Así el maestro Adriano Bartand, profesor de elocuencia en Lovaina, donde ha fallecido en 1512, ha dicho:

*«Pulchra sunt oppida Gaudavum, Antuerpia, Lovanium, Mechlina, sed nihil ad Brujas.»*

Lo cual significa:

«Gante, Amberes, Lovaina y Malinas son bellas ciudades, pero nada en comparacion de Brujas.»

En efecto, en la época en que el buen doctor escribia este pomposo elogio, es decir, bajo el reinado de Felipe el Bueno, Brujas no solo era una de las mas bellas, sino tambien de las mas ricas ciudades del mundo. Solo la poblacion de tejedores contaba cincuenta mil hombres, es decir, ocho mil mas que cuenta hoy toda la poblacion; y en tiempo de Guicciardini, aunque Brujas estaba ya en decadencia, se encontraban en ella sesenta y ocho oficios ó corporaciones diferentes. Añádase á esto una clase media poderosa, que hizo temblar mas de una vez, no solo á sus condes, sino tambien á los reyes de Francia, un gran número de familias nobles, diez y siete casas consulares de las principales naciones de Europa, una poblacion flotante de negociantes extranjeros que afluyen allí de todas partes del globo, y se tendrá una idea de lo que era la capital de Flandes en una época en que habiendo sido hecho prisionero Juan de Borgoña, y puesto á rescate, un simple negociante



Vista de la ciudad de Brujas. — Pág. 28. — O.



te de Brujas, llamado Denas de Rapondis, fué aceptado por su fiador. Por lo demas, ciento cincuenta años despues se dió en Gante un ejemplo no menos curioso de esta prosperidad comercial. Necesitando Carlos V dos millones de florines, los tomó prestados de un comerciante llamado Deans, y el mismo día del préstamo le mandó á decir que en señal de agradecimiento iria á comer con él. El negociante dió al emperador una comida espléndida, y á los postres desgarró la obligacion de Carlos V.

—Señor, le dijo presentándole los pedazos en un plato, no es muy caro pagar en dos millones de florines el honor que V. M. me ha hecho hoy.

Mr. de Roschildt no tiene aun este valor: verdad es que los reyes no van á comer á su casa, pero él va á comer con los reyes, lo cual viene á ser lo mismo.

Beaudoin Brazo de Hierro, fué quien hizo en 865 de Brujas la capital de Flandes, eligiéndola para su mansion. Habiéndose casado con Judith, hija de Carlos el Calvo, recibió del rey de los francos este condado, que hasta entonces habia sido regido por gobernadores amovibles, á título de soberanía hereditaria.

Beaudoin el Calvo hizo rodear á Brujas de murallas, y construyó cuatro puertas.

Beaudoin el Joven estableció allí ferias y concedió grandes privilegios á los mercaderes.

Beaudoin el de la Hermosa Barba, acabó las murallas é instituyó para administrar la ciudad trece regidores, y otros muchos consejeros que sacó de la clase media y de los grandes y pequeños oficios.

Vino despues Beaudoin el del Hacha, llamado asi porque tenia la costumbre de servirse, en vez de espada, de una hacha que pesaba treinta libras.

Terrible justiciero era éste: asi que desde él data la reforma de casi todos los abusos, y el castigo de todos los crímenes. He aquí dos ejemplos del modo como hacia justicia.

Tres comerciantes de bisuteria y perfumes á los que en su traje se podia reconocer como orientales, iban el año 4442 á una feria que debia verificarse en Thouront, y se habian detenido en la fonda de la Cruz de Oro. Sucedió que en la misma fonda se alojaba con algunos amigos suyos, monseñor Enrique de Callou, uno de los mas ricos y nobles señores del pais de Waes, el cual acababa precisamente de perder al juego cantidades enormes, que por mas rico que fuese no sabia como pagar; de modo, que el diablo le tentó, y viendo á los comerciantes y sus espléndidas mercancías le ocurrió la idea fatal de apoderarse de sus joyas y dinero.

Cuando los mercaderes estuvieron dispuestos á partir, enviaron delante á los criados con encargo de prepararles sus alojamientos; luego, no suponiendo que tuviesen nada que temer, salieron de Brujas dos horas despues que sus mensajeros.

Enrique Callou y sus amigos los dejaron tomar la delantera, y presentándoseles en el momento en que atravessaban por un bosque, cayeron sobre ellos y los asesinaron; y habiendo arrastrado sus cadáveres hasta la maleza, se apoderaron de todo el oro y alhajas que los desgraciados mercaderes tenian consigo.

En tanto los criados, despues de haber preparado todo para la llegada de sus amos, habian salido á esperarlos á la puerta de la ciudad. Como el tiempo trascurria y los comerciantes no llegaban, comenzaron á alarmarse algun tanto, cuando vieron llegar á Enrique Callou y sus camaradas; saliéronles al punto al encuentro para preguntarles, como iban bien montados, si no habian encontrado y dejado atrás á sus amos; pero los señores flamencos contestaron con un tono perfectamente natural que no comprendian aquella pregunta, porque los comerciantes habiendo salido mucho antes que ellos de Brujas, debian estar ya en Thouront.

Esta respuesta redobló los temores de los criados, quienes entonces se separaron. Tres permanecieron á la puerta de la ciudad, y otros tres volvieron á tomar el camino de Brujas. En cuanto llegaron al bosque, vieron estos últimos la tierra manchada de sangre; siguieron sus señales, y á los pocos pasos encontraron en el bosque los tres cadáveres: entonces, sin perder un momento, sin hacerlos trasportar, se dirigieron, siempre corriendo, á Wynendale, donde estaba el conde, para denunciarle el crimen y pedirle venganza.

Beaudoin los escuchó con la atencion y gravedad que exigia semejante denuncia; en seguida, luego que terminaron su relacion y los hizo detallar todas las circunstancias, les preguntó si no tenian algunas sospechas sobre los autores del asesinato. Los pobres criados se miraron temblando sin atreverse á contestar; pero interrogados de nuevo y de un modo mas apremiante por el conde, respondieron que las únicas personas en quienes podian fijarse sus sospechas, si les era permitido sospechar de poderosos señores, eran en Enrique de Callou y sus dos compañeros.

La acusacion era tanto mas grave cuanto que amenazaba á personajes de los mas elevados; Beaudoin mandó entonces que los denunciadores quedasen con centinelas de vista en el castillo, mientras él iba solo á Thouront; en efecto, hizo ensillar su caballo, y sin decir á nadie donde iba, sin permitir que ninguna persona le acompañase, partió á galope. Por lo demas, como estaban acostumbrados á verle hacer expediciones solitarias, y mientras llevase el hacha consigo nadie se alarmaba, sus criados le vieron alejarse diciendo para sí:

—Bueno, mañana oiremos referir algo de nuevo.

Al atravesar la plaza mayor de Thouront, Beaudoin vió una gran reunion de pueblo que

comenzaba á retirarse; era que en aquella plaza acababan de ejecutar á dos monederos falsos, de modo que los cubos llenos de aceite hirviendo donde los habian metido estaban todavia allí: Beaudoin al pasar mandó que se volviese á encender fuego bajo las cubas, para que el aceite se mantuviese á un grado de ebullicion conveniente, y continuó su camino.

En cuanto llegó á la posada donde se alojaban Enrique de Callou y sus dos compañeros, se dió á reconocer al posadero, y como hubiesen salido aquellos, subió con él á su habitacion: sus cofres estaban en el suelo y cerrados con llave. El conde les mandó romper las cerraduras, y en ellos se encontraron las alhajas de los comerciantes.

Al punto Beaudoin hizo prender á Enrique de Callou y sus dos cómplices, y habiéndolos hecho conducir á la plaza pública donde los esperaba, los interrogó con tal severidad, que, con las pruebas que el conde tenia ya en sus manos, no se atrevieron ni por un momento á negar su crimen.

Apenas estuvo terminada la confesion, sin darles tiempo para tomar disposicion alguna, mandó el conde se apoderasen de ellos vestidos y armados como estaban, y los arrojase en las cubas, á la vista del pueblo, que tuvo de este modo en el mismo día dos espectáculos, no esperando tener mas que uno.

Otro día Beaudoin acababa de reunir la asamblea de sus estados en Ipres y como esta era una grande ceremonia, para darle aun mas brillo, habia armado aquel día seis caballeros, pertenecientes los seis á las mas nobles familias de Flandes, los cuales, segun costumbre, habian jurado proteccion á los débiles, á las viudas y á los huérfanos, con lo cual Beaudoin les habia dado la acogida por su mano.

Terminada la ceremonia, Beaudoin habia vuelto á partir para su castillo acompañado de los nuevos caballeros, cuando al atravesar el bosque en que aquel estaba situado, observaron todos los preparativos de una fiesta: detuviéronse un instante y vieron efectivamente llegar una porcion de aldeanos acompañando á dos recién desposados. Beaudoin se dirigió hácia la desposada, que era encantadora, y sacando una sortija de su dedo: «Puesto que la casualidad me ha conducido á vuestro camino, la digo, que esta casualidad sea para vos una providencia; si tenéis alguna vez necesidad de mí, enviadme esta sortija y reclamad mi auxilio, no os faltará.» A su ejemplo, cada uno de los caballeros que le seguian hizo un regalo á la jóven, y la cabalgata señorial continuó el camino del castillo.

La sortija que debía ser enviada á Beaudoin en caso de conflicto no se hizo esperar. Estando en su primer sueño, fué despertado el conde por uno de sus escuderos, quien enseñándole la sortija le dijo que un aldeano agitado y cubierto de polvo acababa de traerla de

parte de la desposada del bosque. Beaudoin mandó al punto que introdujeran al aldeano; era éste el hermano del esposo.

La recién casada, cuando la conducian á la casa nupcial, habia sido robada por los seis nuevos caballeros. El esposo y sus amigos habian querido hacer resistencia, pero como estaban sin armas, fueron rechazados; dos ó tres aldeanos habian recibido heridas bastante graves, y la pobre jóven no habia tenido tiempo mas que para arrojar el anillo gritando á su marido:

—Lleva esa sortija al conde Beaudoin.

Pero su marido, que quiso vengarse por sí mismo, habia dado la sortija á su hermano, encargándole la comision; y llamando á toda la aldea en su auxilio, se habia preparado á perseguir á los raptores.

Beaudoin no queria creer tal audacia; subió él mismo á las habitaciones de los caballeros y no encontró á nadie en ellas; preguntó al centinela á quien acababan de relevar, y el centinela le dijo que efectivamente los seis caballeros habian salido hacia como hora y media.

El conde volvió á donde estaba el aldeano, y le preguntó hácia qué lado se habian dirigido los raptores. Respondió el aldeano que habian tomado el camino de la Casa Roja. La Casa Roja era un ventorrillo que tenia muy mala fama, situada en las inmediaciones del castillo, y Beaudoin, no dudando ya que los culpables estuviesen allí, mandó á diez de sus hombres de armas, se armasen lo mas pronto posible, y se reuniesen á él con clavos y cuerdas. El saltó sobre el primer caballo que encontró, y con su hacha en la mano, se dirigió hácia la taberna sospechosa.

Apenas llegó á dar vista á la Casa Roja, se convenció Beaudoin de que no se habia engañado. El piso principal, extraordinariamente iluminado, resonaba con carcajadas estrepitosas, juramentos y blasfemias, mientras el piso bajo estaba oscuro, silencioso y solitario. Beaudoin echó pie á tierra, ató su caballo á uno de los anillos de la pared y llamó á la puerta. Mas habiéndolo hecho por tres veces, viendo que nadie salia á abrir, la derribó de un puntapié y entró.

El piso bajo estaba en efecto solitario y oscuro, pero guiado por las voces que oía, se dirigió Beaudoin hácia la escalera, la subió á tientas, y no tardó en encontrarse á la puerta de la habitacion de donde salia el ruido. La llave estaba en la cerradura, porque los caballeros se creian suficientemente protegidos por las precauciones que habian tomado en el piso bajo; de modo que Beaudoin abrió la puerta sin dificultad, y dirigiendo una mirada rápida á la habitacion, vió á la jóven fuertemente atada, mientras que sus raptores jugaban su posesion á los dados.

La aparicion de Beaudoin produjo el efecto del rayo en los culpables. Lanzaron un grito

de terror al que la jóven respondió con sus gritos de alegría; inmediatamente, conociendo por las miradas que Beaudoin les dirigia que estaban perdidos si no huian al punto, se lanzaron hácia la escalera; pero el conde se colocó ante la puerta con su hacha en la mano, amenazando hendir la cabeza al primero que hiciera un movimiento. Todos quedaron inmóviles.

En aquel momento Beaudoin vió en la parte exterior el resplandor de las antorchas y oyó el galope de los caballos: eran sus hombres de armas que llegaban.

—Aquí, les gritó Beaudoin, aquí.

Y entraron por la puerta derribada, subieron la escalera y aparecieron detras del conde.

—¿Teneis los clavos y las cuerdas? preguntó Beaudoin.

—Sí, monseñor, respondió el gefe de la fuerza.

—En ese caso, respondió Beaudoin, clavad seis clavos en este poste, y preparad seis cuerdas.

Palidieron los caballeros, porque conocieron perfectamente que todo habia concluido para ellos. Entonces comenzaron los unos á pedir perdon, y los otros á confesarse en voz alta; pero Beaudoin sin escucharlos, apresuraba la obra, de suerte que á los pocos momentos estuvieron colocados los clavos y los nudos corredizos dispuestos.

Hizo entonces colocar un banco por bajo de las cuerdas, y mandó á los seis caballeros subirse sobre el banco. Los unos obedecieron con resignacion, los otros quisieron hacer resistencia; pero lo mismo sucedió á los unos que á los otros. Pasado un instante, los seis caballeros tenian la cuerda al rededor de sus cuellos. Beaudoin los dirigió la última mirada para ver si todo estaba arreglado; luego, satisfecho de la inspeccion, tiró el banco de un puntapié; y los seis caballeros se encontraron perfectos y debidamente ahorcados.

En aquel momento se oyó un gran ruido; era el desposado que llegaba con todos los jóvenes de la aldea armados de picas y hoces. Beaudoin los hizo entrar á todos en la habitacion, y les enseñó á un lado la jóven que devolvía á su esposo pura como se la habian arrebatado, y al otro á los culpables ya castigados.

La justicia del conde habia caminado con paso mas rápido que la venganza del marido.

Beaudoin murió, dejando en recompensa de los grandes servicios que habia prestado á los cristianos en Palestina, su condado de Flandes á Carlos de Dinamarca, que se llamó despues Carlos el Bueno, y que era hijo de San Canuto y de Adela de Frisia.

Carlos el Bueno no desmintió el origen paterno. Hijo de santo, tuvo una vida santísima; hijo de mártir, murió por el martirio.

Beaudoin castigaba segun su capricho y

voluntad: Carlos el Bueno hizo leyes, á fin de que el culpable supiese de antemano al cometer el crimen, el castigo á que se esponia. Durante dos años de esterilidad alimentó á los indigentes con su propio tesoro, y en la ciudad de Ipres distribuyó por sí mismo en un solo dia siete mil ochocientos panes. Tenia tal reputacion de sabiduría, que habiendo sido hecho prisionero Beaudoin II, se le ofreció el trono de Jerusalem, y habiendo muerto Enrique V, quisieron hacerle emperador.

Mas estas mismas virtudes, que le hacian adorar del pueblo, eran causa del odio de los grandes, á cuyos actos de latrocinio se oponia. Entre estos se contaba Berthoul Van Straten, que habia usurpado la prebostía de Brujas, á que estaba unido el título de canciller de Flandes, y Bouchard, corregidor de Brujas, su sobrino. Habiendo reunido grandes riquezas Berthoul con los condados precedentes, poseia vastos territorios, y tenia muchos parientes, amigos y vasallos; tanto, que aun cuando su familia era originariamente de condicion servil, su origen se habia olvidado poco á poco, y no solo se igualaba con los mas grandes señores, sino que por su poder y riquezas era el primero despues del conde.

Cuando habia llegado al mas alto grado de su fortuna, sucedió que un noble de familia muy ilustre, que se habia casado con una de sus sobrinas, tuvo una diferencia con un caballero, y habiendo sido insultado por éste, le retó á duelo juridico ante el conde; mas el noble respondió desdeñosamente que no se batia con un hombre que se habia degradado casándose con una jóven de baja condicion. Como tal era la ley del país, se entabló una demanda ante el mismo Carlos el Bueno, quien habiendo reconocido la verdad de la acusacion, aceptó la validez de la excusa: este noble se vió, pues, dispensado de responder al reto del sobrino de Berthoul.

Esta injuria recayó plenamente en el preboste, quien atribuyendo la decision del conde á odio que á ellos tenia, resolvió vengarse. En efecto, reunió á todos sus allegados durante una noche en su casa; despues se convino que al dia siguiente asesinarían al duque Carlos en el momento en que orase en la iglesia de San Donato.

Mas por secreto que hubiese quedado el complot, algunas palabras dichas al retirarse por uno de los conjurados, habian bastado á un criado para comprender que se tramaba alguna cosa contra su señor. Así al rayar el dia, habiendo salido el preboste de su casa, fué á palacio y pidió audiencia al conde. Como éste estaba accesible á todas horas del dia y de la noche, le hicieron entrar, y entonces, sin nombrarle á su amo, y sin poderle decir lo que él mismo ignoraba, es decir, el dia y el modo como debia llevarse á efecto el complot, le previno, sin embargo, que estaba en peligro de muerte.

—¡Ay! dijo el conde al criado, siempre estamos en peligro; pero basta que pertenezcamos á Dios en el momento en que la muerte nos hiera.

Y segun su costumbre, el buen conde bajó con los pies descalzos al patio para dar limosna á los pobres; despues, habiéndoles besado las manos en señal de humildad, fué á la iglesia, donde, mientras los capellanes cantaban *prima* y *tercia*, se puso á orar ante el altar de la Virgen; despues de muchas genuflexiones, se prosternó sobre el pavimento para decir los siete salmos de la penitencia, teniendo junto á sí en una salvilla monedas que su capellan le habia puesto, á fin de que, como tenia costumbre, pudiese dar limosna al mismo tiempo que oraba á Dios.

En tanto los conjurados, advertidos de que el conde estaba en la iglesia, se encaminaron hácia San Donato, llevando sus espadas desnudas debajo de las capas. Eran seis, sin contar Berthoul y Bouchard, y se aproximaron al conde, á quien rodearon sin que lo notase. En este momento le pedia limosna una anciana, y el conde, sin mirar á su lado estendia la mano hácia ella para darla una moneda; entonces Berthoul dando la señal del asesinato, sacó su espada de debajo de la capa, y de un tajo separó la mano del cuerpo. El conde arrojó un grito y levantó la cabeza; en el mismo instante Bouchard le hirió de un modo tan terrible, que le cerecó el cráneo é hizo saltar una parte del cerebro sobre el pavimento. Al punto, á pesar de ser aquellas heridas mas que suficientes, cayeron los otros sobre el cuerpo, que ya no era mas que un cadáver, y le atravesaron y dividieron con mas de veinte estocadas y cuchilladas. Así murió Carlos el Bueno, conde de Flandes, el miércoles de la segunda semana de Cuaresma, segundo dia del mes de marzo del año 1127.

Luis el Craso se encargó de la venganza: el preboste fué atado á una horca, teniendo encima de la cabeza un perro, al que escitaban sin cesar, y que le devoró el rostro; el corregidor fué tendido en una rueda, se le elevó á una altura de cincuenta pies, y atravesado por flechas y dardos que le disparaban desde abajo. Los demas cómplices fueron precipitados desde lo alto de una torre.

Por este tiempo se construyó en Brujas el convento y la iglesia de Santa Godelieva. He aquí con qué motivo.

Godelieva, hija de Umfrid y Ojera, la habian casado á la edad de diez y seis años con Berthulfo, señor de Ghistelle, cuyos malos tratamientos habia soportado con una religiosa paciencia: viendo al fin que los llevaba al estremo, se habia escapado del castillo del conde y vuelto á casa de su padre.

Beaudoin, el severo y justiciero, hizo acudir á su presencia al conde de Ghistelle, y le mandó volverse á reunir con su muger y tratarla con los miramientos debidos á una jóven

noble y á una esposa virtuosa. Las sentencias de Beaudoin, como se sabe, no tenian apelacion; por otra parte, éste, por la intercesion de Godelieva, no habia sido muy severo. El conde de Ghistelle resolvió, pues, conformarse á ella, y volvió á reunirse con su muger, hácia quien se aumentó su antipatía, en razon á la afrenta que pretendia haber recibido por ella; mas sin embargo, desde aquel momento cesó ella de tener motivo para quejarse directamente de él.

En esto murió Beaudoin, y Carlos el Bueno subió al trono.

Entonces Berthulfo creyó que era llegado el momento de ejecutar su venganza, y encargó á dos de sus servidores llamados Hacca y Lambert, le desembarazasen de su muger mientras estuviese en su primer viage en Brujas.

El sábado siguiente anunció Berthulfo en voz alta al tiempo de cenar, que al dia siguiente por la mañana paritaria para la capital de la Flandes. Hacca y Lambert cambiaron entre sí una mirada; en seguida el conde se levantó de la mesa.

—Monseñor, le dijeron, sereis obedecido, mas dadnos vuestro anillo en señal de que nos trasmitis vuestro poder.

Berthulfo sin responder se quitó el anillo del dedo y le dejó caer en tierra como por casualidad: Hacca le recogió y colocó en el suyo.

Al dia siguiente por la noche, los dos asesinos llamaron en la habitacion de Godelieva cuando iba á acostarse.

Preguntóles ella quiénes eran y qué querian.

—Venimos de parte del conde, respondieron, y tenemos encargo de conducirlos al instante mismo á su lado.

—Enseñadme alguna señal que me indique decis la verdad, respondió Godelieva, y estoy dispuesta á seguiros.

Pasaron entonces por bajo de la puerta la sortija del conde, y Godelieva, no teniendo nada que responder ante aquella prueba irrecusable, abrió la puerta diciéndoles que podian conducirla donde al conde agradase que ella fuese llevada. Bajó, pues, y siguió sin resistencia á los dos hombres, que la condujeron por una poterna, cuya llave tenian, fuera del castillo. En cuanto estuvieron allí, tomaron por un sendero que conducia á una selva. Al punto conoció Godelieva que su muerte estaba resuelta; mas viendo al mismo tiempo que toda resistencia era inútil, se decidió á morir cristianamente, y continuó marchando entre sus dos guardias orando en voz baja.

Llegados á una encrucijada de la selva, donde habia una capillita á cuyo pie corria un manantial, Godelieva pidió permiso para arrojarse un momento ante la imagen de la Virgen como habia tenido costumbre de hacerlo siempre que habia pasado por aquel si-

ño. Haeca y Lambert se lo permitieron, y mientras estaba de rodillas y orando, prepararon el lazo con que debían estrangularla; y cuando vieron que su plegaria llegaba al fin, la arrojaron el lazo al cuello y tiraron con todas sus fuerzas, á fin de darla la muerte. Pero viendo que á pesar de sus esfuerzos la agonía de la pobre muger era tan prolongada que aun á ellos causaba espanto, la arrastraron hasta el manantial y la sumergieron la cabeza en el agua, hasta que estuvo por fin ahogada y estrangulada á la vez. Entonces la cogieron en sus brazos, la volvieron á llevar al castillo, penetraron otra vez por la poterna, y la colgaron de los barrotes de su ventana, á fin de que se creyese que cansada de vivir, se había ella misma ahorcado.

En efecto, cuando al día siguiente por la mañana entró en la habitación la doncella de Godelieva, no tuvo ninguna duda de que su pobre ama, cuyos pesares ella conocía, hubiese puesto término por sí misma á su vida, y volvió á bajar llorando á anunciar aquel acontecimiento á todos los de la casa. Entonces Lambert montó á caballo para ir, decia, á dar parte de aquella nueva terrible á su amo, mientras que Haeca quedaba en el castillo para disponer todos los preparativos del entierro de la condesa.

Por la noche llegó Berthulfo. La condesa estaba ya depositada en su féretro, y sin embargo, como todavía dudase de la pérdida que él había ordenado, quiso ver el cadáver, y habiendo entrado en la habitación, se aproximó al ataud. En el mismo instante saltó la sangre con tal violencia del azulado círculo que la cuerda había trazado en derredor del cuello de la víctima, que el conde se puso la mano ante el rostro para que no le salpicara. Ciertamente entonces de que estaba realmente muerta, dió orden de que fuese sepultada con toda la pompa que pertenecía á su rango.

El conde llevó luto un año; pasado ese tiempo, se volvió á casar, y de esta nueva union le nació una hija, de extraordinaria belleza; mas no tardó en apercibirse de que á pesar de tener magníficos ojos y muy abiertos, la pobre niña estaba ciega.

Como la nueva castellana de Ghistelle adoraba á la tierna Etelinda, hicieron ir médicos de todas partes; mas faltó toda la ciencia humana, como si los ojos de la jóven estuviesen sellados con un divino sello.

Etelinda creció y llegó así á la edad de nueve años, recibiendo una educacion religiosa, y aunque continuaba siendo ciega, andaba por todas las cercanías del castillo seguida de su nodriza, que había quedado con ella, y la cual se maravillaba continuamente de que una niña que no veía pudiese andar así por todos los caminos. De estos, uno de los que le eran mas familiares, era el de la Virgen del Bosque; aquí, casi todas las mañanas y tardes, la pequeña Etelinda, que había tomado aficion á

aquel sitio; acudia á hacer su oracion. Su padre, por el contrario, sabiendo había sido por él estrangulada allí y ahogada su muger, jamás pasaba por delante de la capilla y el manantial sino á todo galope de su caballo y sin mirar siquiera á los lados.

Sucedió que un día que la jóven oraba arrodillada ante la capilla, oyó el galope de un caballo, y reconoció ser el caballo de su padre. Por tanto se volvió en el momento que pasaba para saludarle con la cabeza; pero Berthulfo en vez de detenerse, apretó el paso, y habiendo llovido durante la noche, el caballo lanzó con las patas lodo al rostro de la jóven.

Etelinda se levantó entonces, y sin llamar á su nodriza, que estaba á pocos pasos de ella, se dirigió hácia el manantial, é inclinándose sobre su orilla, tomó agua en el hueco de la mano y se lavó el rostro.

De repente lanza un grito de alegría. El agua milagrosa, al tocar sus ojos, había hecho caer el velo que los cubria. Etelinda no era ya ciega.

La niña volvió corriendo al castillo y fué á arrojarle en los brazos de la condesa exclamando:

— ¡Madre mia! te veo.

Circuló el rumor de aquel milagro. Se supo por qué casualidad se había verificado y qué causa le había producido. Los ciegos de las inmediaciones se hicieron conducir al manantial, y apenas el agua santa tocó sus ojos, todos curaron.

Pero á quien causó mas impresion este prodigio, fué al mismo Berthulfo. La santificación de aquella agua que era un secreto para todo el mundo, no lo era para él; porque en aquella agua había exhalado Godelieva el último suspiro.

Un día montó, pues, á caballo, y dirigiéndose á Brujas se arrojó á los pies de Carlos el Bueno, le confesó todo, y le pidió únicamente le perdonase la vida, á fin de que tuviese tiempo de salvar su alma, por la oracion y las buenas obras. Carlos el Bueno consintió en ello, y el mismo día, dejando una viudedad á la condesa y una dote para Etelinda, el castellano de Ghistella cedió todos sus bienes para el establecimiento de un convento de religiosas, y la construccion de una iglesia.

Por lo que hace á él, tomó el hábito monástico en la abadía de Bergues, donde murió. Algun tiempo despues de la consagracion de esta linda iglesia, Thiery de Alsacia trajo de Tierra Santa, y depositó en la capilla de San Basilio sobre el Bourg, parte de la sangre de Nuestro Señor Jesucristo, que había recibido del patriarca de Jerusalem como recompensa de su valor.

La parte inferior de la capilla donde fué depositada, existe todavía hoy, y se ve en ella, en una cripta un bajo relieve curioso como monumento del arte bizantino, el cual representa el bautismo de Nuestro Señor Jesucristo.

La parte superior tiene de fecha desde 1532. La fecha se precisa por una piedra de la fachada en que se encuentra el milésimo. Por lo demás, para los aficionados á lo gótico no podría haber duda, su ornamentación tiene toda la gracia, toda la ligereza y toda la finura peculiar á la arquitectura de principios del siglo XVI.

El último corregidor de Brujas se disponía á hacer demoler la obra maestra de la edad media, cuando felizmente Napoleón, que se encontraba en aquel momento en la ciudad, se opuso á aquella profanación, diciendo que la capilla de la Santa Sangre, con su torrecilla graciosa y esbelta, le recordaba los edificios de la Siria. De este modo cuando Napoleón no podía fundar conservaba.

En cuanto á las propiedades de la Santa Sangre en Brujas, son casi las mismas que las de la sangre de San Genaro en Nápoles. En 97 desapareció con gran dolor de los brujeses; mas al punto que se restableció la calma, el que habia hecho aquel robo piadoso con peligro de su cabeza, se apresuró á volver la reliquia á su capilla.

A partir desde el siglo XIV comienza el grande esplendor de Brujas. En 1593, habiéndose verificado una competencia á tiro de arco en Tournay, se reunieron allí trescientos ochenta y siete tiradores que acudían de cuarenta y ocho ciudades diferentes, en cuyo número estaba inscrita París. Los brujeses no ganaron el premio del arco, es verdad, pero ganaron el de la mas rica concurrencia.

En 1429, se aumentó este esplendor con las fiestas que dió el conde Felipe el Bueno, con motivo de su matrimonio con Isabel de Portugal.

El mismo fué quien, como se sabe, en medio de aquellas fiestas, y para acoger las chanzas de algunos señores jóvenes acerca del color rubio un poco exagerado de los cabellos de su joven esposa, instituyó la orden del Toison de Oro.

Tambien fué en Brujas donde se verificaron las ceremonias del matrimonio de Carlos el Temerario. Y á Brujas donde habia entrado en triunfo, fué llevado su cadáver por orden de Carlos V, su nieto, en 1550, es decir, setenta y tres años despues de su muerte. En todo ese intervalo, habia permanecido en la iglesia de San Jorge en Nancy.

Carlos el Temerario encontró ya dormida con el sueño eterno, en la capilla á donde le conducian, á Maria de Borgoña, su hija. Le colocaron á su lado, y en 1538, Felipe II mandó se construyese para el padre un sepulcro semejante al que encerraba ya el cuerpo de la hija, y que se habia construido por orden de Maria de Austria. En una cuenta de 1568 se encuentra que el gasto de aquel sepulcro se elevó á 24,595 florines.

Allí estan hoy todavía, en la tercera capilla á la derecha entrando. Carlos está cubier-

to con su coraza de batalla, con la corona soberana en la cabeza, la orden del Toison de Oro en su pecho; un león á sus pies, su casco á la derecha y sus guantes á la izquierda, y su divisa, que es á la vez la del héroe de Montlhery y del insensato de Morat:

*Yo lo comprendi, bien me sucede.*

Este sepulcro es uno de los mas magníficos que existen, está todo dorado, habiendo costado dorarlo solamente veinte y cuatro mil coronas de Brabante; los adornos son de plata y esmalte, y todo alrededor hay escudos con las armas de las principales casas de Europa con las que estaba ligado.

Hé aqui la inscripción que tiene. Asi como habian dorado la estatua, se quiso dorar el cadáver:

*Aquí yace el muy alto, muy poderoso y magnífico príncipe Carlos, duque de Borgoña, de Lothryck, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, conde de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatino de Haynneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur, de Zutphen, marqués del Santo Imperio, señor de Frisia, de Salinas, de Malinas, el cual, hallándose dotado grandemente de fuerza, de constancia y de magnanimidad, prosperó largo tiempo en altas empresas, batallas y victorias, tanto en Montle-Nery, en Normandía, en Artois, en Lieja, como en las demas partes, hasta que la fortuna, volviéndole la espalda, le faltó en la noche de los reyes de 1476 delante de Nancy. Cuyo cuerpo, depositado en el dicho Nancy, fué despues por el muy alto, muy poderoso y muy victorioso príncipe Carlos, emperador de Romanos, quinto de este nombre, su sobrino segundo, heredero de su nombre, victorias y señoríos, transportado á Brujas, donde el rey Felipe de Castilla, Leon, Aragón, Navarra, hijo de dicho emperador Carlos, le hizo colocar en este sepulcro al lado de su hija y única heredera, Maria, mujer del muy alto y muy poderoso príncipe Maximiliano, archiduque de Austria, despues rey y emperador de Romanos.—Orad á Dios por su alma.—Amen.*

Junto á la tumba del duque Carlos, está, como hemos dicho, la de la duquesa Maria. Lo mismo que su padre, está representada tendida sobre su sepulcro, transformado en lecho de honor; como su padre tambien tiene el manto real y le corona soberana. Dos perros, simbolo de la fidelidad, están echados á sus pies.

Hé aqui, en fin, el epitafio de la hija, que no escede en nada al del padre:

*Sepultura de la muy ilustre princesa, señora Maria de Borgoña, por la gracia de Dios*

*archiduquesa de Borgoña, de Lothrycke, de Brabante, de Limburgo, de Luxemburgo, de Güeldres, condesa de Flandes, de Artois, de Borgoña, Palatina de Hayneau, de Holanda, de Zelanda, de Namur y de Zutphen, marquesa del Santo Imperio, señora de Frisia, de Salinas, de Malinas, esposa del muy ilustre principe Mgr. Maximiliano primero, archiduque de Austria, y despues rey de Romanos, hijo de Federico, emperador de Roma, cuya señora murió en este siglo á la edad de veinte y cinco años, el dia XXVII de marzo, dejando como heredero á Felipe de Austria y de Borgoña, su único hijo varon, de edad de tres años, nueve meses, y tambien á Margarita su hija, de edad de cuatro años y nueve meses: vivió en matrimonio virtuosamente y con apacible amor con el dicho señor su marido, sentida, lamentada y llorada de todos sus súbditos y los demas que la conocian tanto como no lo fué jamás princesa alguna.—Orad á Dios por su alma.—Amen.*

En el mes de mayo de 1810, Napoleon, este otro temerario, se hizo abrir las puertas de la capilla del duque Cárlos; y como si hubiese adivinado que á pesar de estar en el apogeo de su gloria, tambien él habia de tener su Morat, su Granson y su Nancy, dejó piadosamente diez mil francos para que se empleasen en el adorno de la capilla del duque Cárlos y de la duquesa Maria.

Verdad es que habia ya tomado de aquella capilla su mas bello adorno, con el que hizo un regalo al Museo de París. Hablamos de la efiegie de la Virgen y del niño Jesus de Miguel Angel.

He aquí la historia de este grupo florentino que nos admiramos de encontrar perdido entre las brumas de la Flandes.

La obra del sublime tallista de mármoles estaba destinada á la ciudad de Génova, cuya ciudad, cuando estuvo concluida, envió para recogerla uno de sus mil buques; mas cuando el buque volvia, fué capturado por uno de los corsarios holandeses que corrian entonces los mares llevando en lo alto de su mástil una escoba por pabellon. El corsario se creyó robado atrozmente cuando vió que el buque genovés tenia por todo cargamento una efiegie de la Virgen; así, su primera intencion fué hacerla pedazos y arrojarla al mar. Sin embargo, reflexionó que por poco que valiese aquella imágen valdria algo, y que este algo en todo caso valia mas que nada. En consecuencia, volvió con su presa á Amsterdam, donde gracias al espíritu artistico de los holandeses, que se habia desarrollado ya en aquella época, la tuvo en su poder por espacio de dos años, sin encontrar en aquel tiempo un solo aficionado. Por fin, un comerciante de Brujas, llamado Pedro Mouserón, habiendo visto el grupo, se le ocurrió hacer con él un regalo á la iglesia de Nuestra Señora.

Como el corsario holandés tenia prisa por salir de semejante depósito de comercio, al darse á la mar habia dado órden á su representante se deshiciese de él á cualquier precio; de modo que este creyó haber hecho una excelente venta cogiendo la palabra al buen comerciante de Brujas, que le ofreció cincuenta florines. Este por su parte, viendo la facilidad con que aquel le daba la mercancia, se creyó robado y ofreció diez florines para invalidar la venta. Mas el representante se mantuvo firme, de modo que el pobre Pedro Mouserón se encontró por la suma de cincuenta florines, que tenia sobre sus espaldas, como se dice en términos de mostrador, una obra maestra de Miguel Angel. Como vió entonces que el regalo en sí mismo era bastante mediano para tratar de obtener de la iglesia lo que él queria, es decir, una sepultura en una de sus capillas, se comprometió á hacer ejecutar á sus expensas el altar de mármol sobre el que se colocaria el grupo. Mediante esta doble promesa, que cumplió religiosamente Pedro Mouserón, fué sepultado delante del altar.

Al regreso de los Borbones, el grupo de Miguel Angel volvió á ocupar su sitio en la capilla de Cárlos el Temerario.

Pero los tiempos de prosperidad pasaron muy pronto para la capital de Flandes, y con la reforma religiosa vinieron las disensiones civiles, y á consecuencia de las disensiones civiles la caida del comercio. Ahora bien, el comercio era lo que sostenia toda la fortuna de Brujas. La ciudad se encontró, pues, poco á poco en estado de ruinas, y su opulencia de cuatro siglos desapareció en menos de cincuenta años. Desde entonces Brujas la bulliciosa cayó en un sombrío silencio y pasó desapercibida á través de los acontecimientos políticos que se sucedieron: tanto, que aparte de los motines que de tiempo en tiempo vinieron á galvanizarla, parece, segun confesion de uno de sus habitantes (1), una ciudad de los cuentos árabes, donde todo parece herido por el sueño.

Gracias al camino de hierro, inaugurado tan solo hacia tres dias, encontramos á Brujas en uno de sus accesos de sonambulismo: nos aprovechamos de esta agitacion inusitada para volver á descubrir un carruage, caballos y un cochero: no fué cosa fácil; mas á fuerza de pesquisas, ayudados por un natural del pais, lo conseguimos por fin. Hicimos nos protestase el cochero que su tiro no se dormiria en el camino, y partimos para Blakenberghe con la sola intencion de ditigir una mirada al Océano, que no habia visto yo hacia tres ó cuatro años, de lo que comenzaba á cansarme.

Desgraciadamente, el Océano no es visible todos los dias. Subimos sobre los mogotes y

(1) Octavio de Lepierre, *Guia de Brujas*.

bunamos con la vista; pero habia echado su velo de vapores, y nos fué preciso contentarnos con oírle rugir sordamente. Supimos que estaba siempre en el mismo sitio, y esto nos bastó.

Comimos en Blakenberghe, encantadora aldea del gusto holandés, y enteramente poblada de pescadores: en seguida volvimos á dormir á Brujas.

Al día siguiente estábamos de regreso en Bruselas, donde encontré una carta del señor Van Praët: el rey, que habia tenido la bondad de notar que no nos habiamos vuelto á encontrar, me invitaba á comer de allí á dos días en Malinas. En este día habia gran funcion religiosa en la cabeza de distrito del segundo círculo de la provincia de Amberes.

Celebrábase allí el jubileo de 850 años en honra de Nuestra Señora de Hanswyck.

### EL JUBILEO DE 850 AÑOS.

Acepté la invitacion con tanto mas placer cuanto que desde que estaba en Bélgica, no oia hablar mas que del dicho jubileo de Malinas.

Justo es decir que despues de Nuestra Señora de Loreto y Nuestra Señora del Monte Carmelo, Nuestra Señora de Hanswyck es una de las Madonas mas veneradas en el orbe cristiano.

Como sus rivales, su primera aparicion es milagrosa. Un bagel, de una forma estraña y desconocida, se detuvo un día en el Dyle; entraron en él pescadores y encontraron allí la efigie de la Virgen que se adora hoy. Aquella detencion indicaba el deseo que tenia la Madonna de que se la edificase un templo en aquel sitio. No dejaron de satisfacerlo, y edificaron la primera iglesia, que fué destruida en 1578 y reedificada en 1676.

El 15 de agosto de 1838 se cumplian precisamente ochocientos cincuenta años que la Virgen de Hanswyck habia manifestado de una manera tan evidente su predileccion á los habitantes de Malinas, y el jubileo á que habia sido invitado á asistir tenia por objeto celebrar aquel alegre aniversario.

Este día no se trataba de caminos de hierro; habia salidas de media en media hora, se habia aumentado cada convoy con cincuenta carruages; pero con solo ver la multitud que se apiñaba en la estacion, era fácil comprender que las salidas, por aproximadas y multiplicadas que fuesen, no bastarian á llevar la mitad de aquella afluencia que se estendia for-

mando cola en el momento en que yo debia volver al ayuntamiento. Tomé, pues, el partido de ponerme en busca de un carruage, que con mucho trabajo, y mediante dos luises diarios, conseguí al fin encontrar.

Hay cuatro leguas de Bruselas á Malinas y sin embargo, todo el camino estaba cubierto de gentes de á pie, casi tan juntas como los soldados de un regimiento que desfila; hombres y mugeres que marchaban con toda gravedad, como conviene á verdaderos belgas que creirian indigno de ellos divertirse como los *frausche-padden* ó *franquillones*. Por consiguiente, no hay peligro de que se confundan jamás con los aturdidos franceses, como nos llaman los mas políticos de entre ellos.

Por lo demas, la mirada del cicerone brujelés me habia maravillado por su sagacidad en los dos ó tres días que habia permanecido en la capital de Bélgica. No podia dar un paso fuera de la fonda sin verme asaltado por gentes que me ofrecian, los unos conducirme al palacio del principe de Orange, los otros á Santa Gudula, estos al Ayuntamiento, aquellos al Jardín Botánico. Habia tenido por conveniente arreglar mi paso al del indigena que me precedia, aceptar sus molales nacionales y silbar canciones que no existen, mas no sé por qué habia sido conocido al momento como francés. Esto, lo confieso, me humilló mucho: habia creído que cuando tenia un pantalón á lo cosaco, mis manos metidas en los bolsillos, mi cinta de Leopoldo en el ojal, y no hablando, tenia el aire belga tanto como cualquiera otro; mas en este punto reconoci al momento que me habia equivocado. Así que terminé por tomar resueltamente mi partido y hacia dos ó tres días que no se me ocurría siquiera disimular mi nacionalidad.

Preciso es decirlo en alabanza de aquellas honradas gentes de á pie, aunque compatriota de los vencedores de Amberes, llegué á las puertas de Malinas sin haber sido insultado: mas en la puerta me fué preciso apearme; habia allí tal multitud, que se habia prohibido á los carruages circular.

Eché pie á tierra, y guiándome por la torre de la catedral, una de las mas bonitas que existen, á pesar de estar sin concluir, llegué por fin á la plaza del Ayuntamiento. La Bélgica entera parecia haberse dado cita para Malinas. De seguro habia mil quinientas almas.

Pero lo que me quedaba que hacer era mucho mas difícil de ejecutar que lo que habia hecho: por mas celeridad con que fui á Malinas, me habia retrasado, y encontré el Ayuntamiento defendido por una triple barrera de soldados, entre los que se hallaba la música tocando aires militares.

Cuando el flamenco está vestido sencillamente de paisano, condesciende en hablar en francés ó poco menos; pero cuando está so-

bre las armas, no comprende mas que su lengua nacional. Resultó, pues, que á pesar de proponerme explicar lo mas políticamente posible á dos ó tres oficiales, que estaba invitado á comer por el rey Leopoldo, como no llevaba conmigo la carta de invitacion, mi prosa fué completamente ininteligible, de modo que no me quedaba mas recurso que intentar ganar por la fuerza mi posicion, cuando tuve la felicidad de ser visto por el señor Rodenbach, gobernador del distrito, quien conversaba en aquel momento en un balcon con el rey: llamé al punto sobre mí la atencion de S. M., quien viendo mi critica posicion, tuvo la bondad de enviar en mi auxilio á un ayudante de campo. Segun parece, la palabra *Plaza* es igual en francés que en flamenco, porque apenas el ayudante de campo la pronunció se abrieron las filas y yo pasé triunfante.

Estábase ya á punto de ponerse á la mesa: sin embargo, el rey tuvo tiempo de presentarme á la reina, pobre jóven que cae de rodillas á cada rumor que oye procedente del lado de Francia; pude yo darla buenas y recientes noticias de algunas personas de su familia, y sin duda debí á esta circunstancia la graciosa acogida que me hizo.

La comida fué corta y bulliciosa; la escitacion que parecian experimentar todos, y de que era la causa el jubileo, habia apartado á un lado lo que la etiqueta real tenia de mas rigoroso. Por otra parte, me pareció que el rey se semejava mas á un padre rodeado de su familia, que á un soberano en medio de sus súbditos.

A los postres, se presentaron diputados en la procesion á pedir el permiso para ponerse en marcha; era muy larga, y era de temer si se tardaba mas que no pudiese desfilir todo durante el dia. El rey respondió levantándose y todos acudieron á los balcones. En el mismo momento, los soldados que estaban en la calle se formaron en fila, á fin de abrirse un paso por medio de la multitud. Oyéronse las trompetas, y se vió aparecer una mitad de cazadores á caballo, abriendo la marcha á la cabeza de la cabalgada una banda de música.

Detrás de la mitad de cazadores iba una banda de música de infanteria.

Despues cuatro porta-estandartes de la Santísima Virgen de Hanswyck: aqui comienza la procesion.

Procesion indescribible y de la que nos veremos obligados á citar pura y simplemente el programa, contentándonos con decir que, contra la costumbre, se seguia exactamente este programa.

Treinta y seis doncellas á caballo representando la letania de la Santísima Virgen, llevando en la mano derecha una bandera blanca, y en la izquierda, unas la *Casa de oro*, otras el *Espejo de Pureza*; el coro de ángeles con harpas y cantando himnos en honor de la Virgen;

Una primer carroza representando la reina de los Angeles, precedida de tres genios;

Una segunda carroza representando la reina de los Patriarcas, precedida de tres genios;

Una tercer carroza representando la reina de los profetas, precedida de tres genios;

Una cuarta carroza representando la reina de los Apóstoles, precedida de tres genios;

Una quinta carroza representando la reina de los Mártires, precedida de tres genios;

Una sesta carroza representando la reina de los Confesores, precedida de tres genios;

Una sétima carroza representando la reina de las Vírgenes, precedida de tres genios;

Una octava carroza representando la reina de todos los Santos, precedida de tres genios;

La gran orquesta de Malinas;

La Virgen de Malinas rodeada de nueve doncellas á caballo representando las virtudes de la ciudad de Malinas;

Oficiales de ordenanzas, ayudantes de campo del rey y grandes oficiales de la corte precediendo la carroza real;

Una novena carroza representando la familia real rodeada de las principales virtudes que le son propias;

Navío representando el bienestar de la patria;

El caballo Bayardo montado por los cuatro hijos de Aymon acompañado de sus potros;

La familia de los gigantes;

El abuelo de los gigantes, de emperador romano;

Dos camellos montados por amorcillos;

El camino de la fortuna;

Destacamento de caballeria cerrando la marcha de la procesion.

Habia obrado con acierto la procesion enviando mensajeros á S. M. para suplicarle apresurase su comida, porque empleó cerca de tres horas en pasar; verdad es que se componia de mas de trescientos personajes y cuatrocientos caballos y que cada grupo se detenia ante los balcones reales para cantar su himno.

Por mi parte estaba maravillado, lo confieso; me encontraba transportado á una fiesta del siglo XV con todo su lujo religioso. Malinas habia espuesto ante nosotros sus mas hermosos hijos para figurar los amores, y sus doncellas mas hermosas para hacer de ángeles y de genios: y todo esto cubierto de joyas, terciopelo y seda. Tal page de diez años llevaba sobre sí valor de treinta mil francos en encajes; el total del gasto era de ciento cincuenta mil francos. Ahora bien, Malinas no tiene mas que veinte y cinco mil almas de poblacion y ninguna otra ciudad habria competido con el lujo que desplegaba ella en este dia. Hubiera podido ser mejor aplicado este lujo; la forma de las alas de los ángeles no era la mas pura *Beato Angelico*; el corte de los vestidos hubiera podido tener un aspecto mas di-

vino si hubiesen sido cortados por un dibujo de Luis Boulanger; en fin, aquellos jockeys con gorros de terciopelo y gabanes anchos que se deslizaban furtivamente entre aquella sociedad celestial bajo pretexto de tener los caballos de la brida, alteraban un poco la armonía del conjunto. Pero en nuestros días, como se sabe, no hay buena sociedad en la que no se mezclen algunos pícaros; es preciso no ser demasiado escrupuloso.

Tres personajes de la procesion debían tener el honor de ser recibidos por el rey y la reina; eran estos la Virgen de Malinas y los dos niños que representaban al rey y la reina de los belgas.

En efecto, al llegar á la puerta del ayuntamiento se bajó la Virgen de Malinas, quedando á caballo las virtudes de la ciudad, y subió á la habitacion en que estaba el rey: le hizo en puro flamenco un cumplido á que el rey respondió en el mismo idioma. La reina se quitó una presilla y se la dió, con lo que la Virgen se retiró muy contenta y dejó el sitio al pequeño rey y á la pequeña reina de los belgas.

Se bajaron estos de su carroza sin inquietarse por las virtudes que son propias de la familia real, como no se había inquietado la Virgen por las de la ciudad, y subieron á su vez. Sin duda se había dado de antemano á los padres la noticia del traje del rey Leopoldo y de la reina Luisa, porque sus dos representantes estaban vestidos absolutamente del mismo modo, condecorado el reyecito con las mismas órdenes, y adornada la pequeña reina con las mismas joyas. Los reyes abrazaron á sus miniaturas, les llenaron los bolsillos de dulces, y los dos niños, sumamente gozosos, volvieron á subir en su carroza, ideando el modo de conservar su aire respetuoso al mismo tiempo que se comían sus confites.

Cuando todo hubo pasado, hasta el navio que representaba el bienestar de la patria, el cual iba sobre ruedas, hasta la familia de los gigantes y el caballo Bayardo, montado por los cuatro hijos de Aymon y rodeado de sus potros, el rey se volvió hácia mí.

—¡Y bien! me dijo. ¿Qué pensais de esto?

—Señor, respondi, pienso que la Bélgica toda entera está personificada en la fiesta que Malinas nos da hoy: ¡Un misterio de la edad media que se viene á ver por camino de hierro!

En efecto, no es uno de los menores trastornos de nuestra época ver á un príncipe protestante convertido de hecho en rey cristianismo.

Después de aquello había no sé qué ceremonia en la iglesia de Nuestra Señora de Hanswyck; el rey tuvo la bondad de ofrecermé un sitio entre sus ayudantes de campo; mas le di gracias y le pedí permiso para separarme de él, puesto que dejaba yo á Bruselas al día siguiente por la mañana, y no dejaba de estar algún tanto alarmado acerca del modo de vol-

ver allí puesto que los caminos de hierro sin duda estarían muy concurridos y según todas las probabilidades había perdido mi carruaje. Conoció el rey la validez de semejantes razones, y me volvió mi libertad.

Me aproveché de ella inmediatamente para ir en busca de mi cochero y corrí á la puerta donde le había dejado; mas como lo había previsto no estaba allí. Volví al Ayuntamiento donde encontré al señor de Rodenbach, quien me ofreció con una fiura encantadora, á mí y á las personas que me acompañaban, un asilo provisional que llegaría á ser definitivo si nuestro cochero no se encontraba. Acceptamos, y el señor de Rodenbach puso toda la policia del distrito en la pista de mi hombre.

Á las nueve de la noche llegaron á anunciarnos que le habían encontrado borracho en las cocinas del Ayuntamiento, mientras que los caballos por su parte se comían la avena del rey. El bribon había creído que puesto que yo había sido invitado, él lo era también; y había obrado en su consecuencia.

Volvimos á Bruselas con mucha mas velocidad que al ir á Malinas. La hospitalidad régia producía su efecto.

## FONDA DE ALBION.

Al día siguiente nos confiamos de nuevo, no á un cochero ébrio y á dos caballos bien repletos, sino á un mecánico, á dos rails y á unos treinta sacos de carbon, mediante los que anduvimos las diez ocho leguas que separan á Lieja de Bruselas en cuatro ó cinco horas. Cuando digo las diez y ocho leguas, me engaño; no anduvimos mas que diez y siete, puesto que el convoy se para á no sé cuantos miriámetros de Lieja. Allí caímos en medio de un ejército de ómnibus, cuyos cocheros se precipitaron sobre nosotros. Después de haber sido tirados en distintos sentidos por espacio como de diez minutos, quedé como propiedad de uno de ellos, que me empaquetó en su vehículo; grité como un desafiado por mis maletas, mis paquetes y mis libros, y quise saltar violentamente del furgon: desgraciadamente era yo el catorce, de modo que sin inquietarse en lo mas mínimo con mis reclamaciones, el hombre del banquillo cerró la puerta, echó un pestillo y gritó al cochero: ¡completo! y partimos á galope para la patria de Malherbe, Regnier y Gretry. Después de haber rodado así tres cuartos de hora próximamente, en cuyos últimos momentos se había detenido para dar libertad á cuatro ó cinco

de mis compañeros, hizo el ómnibus una nueva pausa, el hombre del banquillo volvió á abrir la portezuela, y dirigiéndose á mí:

—Aquí es vuestra fonda, me dijo.

—¡Ah! ¿Y cómo se llama mi fonda?

—La fonda de Albion.

—¿Y mis paquetes?

—Vendrán dentro de un momento.

—Mas ¿cómo los conocerán?

—¿Está escrito en ellos vuestro nombre?

—Sí.

—Está bien: estad tranquilo.

Me bajé del ómnibus, que volvió á partir á galope, y me encontré con el baston en la mano ante la fonda de Albion.

Esperé un instante por ver si salía alguien á recibirme; mas viendo que la puerta permanecía cerrada, tomé el partido de presentarme por mí mismo. Entré, pues, y pedí de cenar y una habitación.

La huéspeda dormía en un rincón de la cocina; levantó la cabeza y me miró con un aspecto de asombro tal, que creí había tomado una puerta por otra, y que me había entrado en casa de alguna honrada ciudadana donde no tenía derecho de hacer semejante pregunta. Mas dirigiendo la vista á mi rededor, reconoci en el modo como estaban dispuestos la batería de cocina y los hornillos, que no tenía nada que reprenderme.

—¿Desea el señor alguna cosa? me preguntó la huéspeda.

—Sin duda, algo deseo.

—Entonces, si el señor quiere decir lo que desea...

Creí que no me había portado con bastante política, y que la compatriota de Mathieu Laemberg queria darme una leccion de cortesía.

—En primer lugar, respondí, deseo saber cómo sigue vd.

—Caballero, estoy buena, ¿y vd.?

—Yo no me siento mal; solo si tengo mucho apetito.

—¿Es vd. belga, caballero? replicó la huéspeda sin comprender al parecer la alusion directa con que iba yo á mi negocio.

—Perdone vd., soy francés.

—¡Ah! Vd. dispense, mas á nosotros los walones no nos gusta mucho alojar flamencos. Pero si vd. es francés, caballero, es otra cosa: no hay mas que hablar.

—Pues bien, desearia cenar, os lo juro.

—¡Oh! es muy tarde para cenar.

—Me parece que es una razon mas.

—En su lugar de vd., caballero, continuó la buena muger con aire despegado, yo no cenaria.

—¿Y por qué? si no lo llevais á mal.

—Mejor almorzaria mañana por la mañana.

—Espero almorzar muy bien mañana por la mañana, aun cenando esta noche; veamos, ¿qué hay en esta despensa?

—¡Ah! dijo la huéspeda sin moverse de su

sitio; si el caballero hubiese venido antes de ayer... Antes de ayer era cuando estaba bien provista la despensa. Antes de ayer era dia de mercado, de modo que teniamos gallinas, patos y perdices.

—Escuchad, dije interrumpiéndola, no os pido una cena de tres entradas. Si no teneis gallinas... ni patos... (yo me iba deteniendo á cada volátil que nombraba) ni perdices... ¿No? ¿ni perdices?... (la huéspeda meneó la cabeza). ¡Pues bien! si no teneis ni gallinas, ni patos, ni perdices, tendreis un trozo de cebon ó de vaca fiambre, ¿eh?

—¡Oh, caballero! si hubiese sido ayer, me respondió la huéspeda; ¡oh! si, habia un magnifico trozo de cebon y un bonito pedazo de vaca, porque ayer era dia de matadero.

—Pues bien, de esos dos pedazos, ¿no os queda para componerme uno?

—Absolutamente nada; un flamenco ha comido lo último aun no hace dos horas. ¿Vos no sois flamenco?

—No, os he dicho que soy francés.

—¡Ah! es verdad. Es que nosotros los valones no podemos sufrir á los flamencos.

Esperaba yo sacar algo siguiendo su idea.

—Efectivamente, repliqué, es un pueblo bien miserable el pueblo flamenco; sin embargo, tiene una cosa de bueno, y es que en sus posadas, á cualquier hora que se llegue á ellas, se encuentra siempre algo que comer.

—¡Y bien! ¿creeis acaso que nadie se muere aqui de hambre?

—Jamás se muere uno de hambre, respondí haciendo, por acortar el diálogo que comenzaba á llevar algo lejos, una pregunta á mi huéspeda; jamás se muere uno de hambre cuando hay manteca y huevos.

—¡Oh! aqui, dijo la huéspeda, es el pais de la buena manteca, el pais walon.

—Sea enhorabuena.

—Desgraciadamente, hay costumbre aqui de no hacerla mas que una vez por semana.

—¿Y qué dia?

—El viernes.

—¿Estamos?...

—En miércoles.

—Asi que no teneis mas que manteca añeja.

—No tenemos de ninguna clase; ¡oh! nunca guardamos manteca añeja. Nuestra manteca es demasiado buena para conservarla.

—Entonces, ¿cómo ha de ser! dadme huevos: me contentaré con ellos.

—Esta mañana tenia cuatro docenas.

—No necesito tantos; mandad que me den cinco ó seis pasados por agua.

—Es preciso que os diga que nosotros los habitantes del pais walon no enseñamos practicantes.

—¿Practicantes de cirugía?

—¡Oh! mismo perfectamente que no sois flamenco: sois un corrido. Tanto mejor, porque los walones no podemos...

—Bueno, bueno, ya lo habeis dicho: no po

deis sufrir á los flamencos, ¿no es eso? Teneis razon; pero volvamos á los huevos.

—Pues bien, los huevos los he dado á empollar.

—¡Lléveos el diablo! cómo, ¿no os queda ni uno?

—¡Ah! sí, creo que me queda uno de pava.

—Un huevo de pava no es despreciable; ¿dónde está ese huevo?

—Está muy fresco el que os ofrezco; puesto de esta mañana.

—Bueno.

—Con eso vais á cenar como un príncipe. Mirad, continuó la huéspededa abriendo la puerta de la alhacena, ¡es gordo!

En efecto era el tamaño de un huevo de avestruz.

—Vamos pronto, un puchero, me muerdo de hambre.

—¡Pardiez! no se tardará mucho; ved, siempre hay agua puesta al fuego. ¡Toma, toma! añadió la huéspededa cogiendo el huevo.

—¿Qué hay? pregunté asustado al ver su aire estupefacto.

—¡Sin duda habrá sido ese pordiosero de Valentín el que me habrá jugado esta pasada!

—¿Qué pasada?

—¿Está soplado?

—¿Quién está soplado?

—¡Pardiez, el huevo!

—¿Cómo, soplado?

—Sí, soplado. ¡Figuraos que ese pordioserillo es peor que una comadreja! se vuelve loco por los huevos: cuando puede coger uno del gallinero, es asunto concluido; le hace un agujero en cada extremo con un alfiler, le sopla y lo sorbe calentito. Son excelentes para el estómago los huevos acabaditos de poner.

—¡Cómo! ¿y el miserable se ha sorbido ese?

—¡Ay Dios mío! sí.

—¡Un huevo de pava!

—Exactamente. ¡Es cosa de ver como le aprovechan! está fuerte como un turco.

¡Oh! ¡es un chico hermoso! Ya le vereis mañana.

—¡Oh! sí, deseo que me le presenten, le daré gracias. ¡Qué canalla!

—¡Eh! señora huéspededa, dijo un mozo de esquina abriendo la puerta de la calle, aquí están los efectos del caballero belga que se ha apeado en vuestra casa.

Reconoció mi maleta á la luz de la lámpara, y me dirigi á la puerta; el conductor del ómnibus no me habia engañado: todo estaba allí.

—¿Sois, pues, belga? me preguntó la huéspededa.

—No, en verdad, no soy belga, soy francés. ¿Quereis ver mi pasaporte?

—Entonces, ¿por qué dices que este caballero es belga? replicó la huéspededa dirigiéndose al mozo.

—¡Toma! yo, digo que es belga, porque viene de Bruselas.

—En efecto, dijo la huéspededa como convencida por la exactitud del razonamiento.

—Vi que las cosas tomaban mal giro para mí, y que despues de no haber comido, podia ser muy bien que no tuviese cama. Me apresuré, pues, á meter mis maletas en la cocina y á pagar al mozo. Y llamando á la criada, la dije llevase mis efectos á mi habitacion.

—¿Vuestra habitacion? ¿Teneis una? me respondió la doncella.

—Todavía no la tengo, pero espero que vuestra ama tendrá á bien proporcionarme una.

—*Vergenia*, conducid al caballero al número treinta cinco, dijo la huéspededa.

—¿Quereis venir, caballero flamenco? me dijo la muchacha tomando la vela.

—Al menos, dije exhalando un gran suspiro, haced que me lleven á mi habitacion un pedazo de pan, agua y azúcar.

—Ea, buenas noches.

—Buenas noches. ¡Es tan difícil dar gusto á estos flamencos!

Tenia yo desgracia: en Bruselas no podia pasar por belga, y en Lieja no querian reconocerme como francés.

Seguí á *Vergenia*, como le llamaba la huéspededa en idioma valon, hasta el piso tercero; detúvose aquí al fin y me abrió la puerta de una habitacion, que á juzgar por los principios, lo confieso, no esperaba encontrar tan limpia.

—Aquí, dijo *Vergenia* dejando la vela sobre la chimenea, espero que estará vd. bien, caballero flamenco.

—Magníficamente, respondi; pero no olvidéis mi pan, mi agua y mi azúcar.

—Se os va á subir todo eso inmediatamente.

—Está bien, esperaré.

—Bueno, eso es, esperad, dijo la jóven, y se fué.

Esperé media hora larga, y viendo que nadie acudia, tomé la vela y bajé. Todos estaban acostados en la casa. Saqué el reloj, y eran las diez y media. Volví á subir á mi habitacion, y escribí en mi album de viage:

—No olvidar la fonda de Albion.

## LIEJA VISTA DURANTE EL ALMUERZO.

Tan cansado estaba, que á pesar de la dureza de mi cama, no desperté hasta el día siguiente á las nueve de la mañana. Me le-

vanté al punto, y como por lo que habia sucedido la víspera juzgaba inútil pedir el almuerzo, hice me indicaran inmediatamente la casa del señor Polain, archivero, para quien tenia una carta de recomendacion, vivia en la calle Pedregosa, junto á la ciudadela: habia media hora larga de camino desde mi alojamiento á su casa. Llegué allá con un hambre desesperada.

El señor Polain me salió al encuentro, di mi nombre, y le entregué mi carta, que era del señor Van Praët. Tuvo la galanteria, cuando supo quien era yo, de no dirigirla siquiera la vista, mas insistí, y al cabo la leyó.

—Caballero, le dije cuando hubo concluido, ¿existen lazos entre vos y el señor Van Praët, no es eso?

—Es mi amigo.

—¿Su recomendacion es eficaz?

—Me suplica en su nombre y en el de S. M., el rey de los belgas, que haga todo lo que pueda seros agradable.

—¿Y estais dispuesto, caballero, á acceder á la súplica de vuestro amigo y al deseo del rey?

—En un todo.

—Pues bien, señor Polain, podeis hacer una cosa que me será en extremo agradable.

—¿Cuál? hablad al instante.

—Ofrecerme de almorzar.

—¡Cómo! exclamó el señor Polain, con el mayor placer. ¿No habeis, pues, tomado todavía nada esta mañana?

—No he comido desde Bruselas.

—¡Desde Bruselas! ¿y cuándo habeis llegado?

—Ayer noche.

—¿Y no habeis cenado?

—No he podido conseguir siquiera un pedazo de pan y un vaso de agua.

—¿Pero dónde os habeis hospedado?

—En la fonda de Albion.

—Pues, sin embargo, es la mejor de la ciudad.

—¡Y bien! por ella rindo mi acatamiento á las demas.

—Mas debeis estaros muriendo de hambre.

—En toda la estension de la palabra.

—Parece increíble.

—Perdonad, mas no hay nada de increíble en ello: hace precisamente veinte y cuatro horas que no he comido, y permitido es tener hambre al cabo de veinte y cuatro horas.

—No digo eso, replicó riendo el señor Polain; digo que parece increíble que no hayais podido conseguir el cenar.

—Oid, preciso es que os confiese una cosa, respondi, que creo me han tomado por flamenno, y eso es lo que me ha perjudicado.

—¡Oh! entonces no me admiro ya. Debo decirlos que nuestra union matrimonial con Belgica es una especie de matrimonio de conveniencia; vivimos separados los cuerpos,

de tal modo, que cuando un liejés va á Lovaina, dice: voy á Flandes.

—Pero vos, le dije, me reconoceis por francés tal, ¿no es eso?

—Si, como lo que hay aqui de mas francés; asi, vamos á almorzar, perded cuidado.

No obstante, á pesar de esa seguridad, como la puerta del comedor estaba abierta, y desde la sala en que estábamos me era fácil ver que no se hacia preparativo alguno, comenzaba á tener alguna alarma; mas al cabo de un instante, nos anunciaron que el almuerzo estaba servido.

—Venid, me dijo el señor Polain, os doy de almorzar en mi azotea; desde ella vereis toda la ciudad; quiero reconciliaros con ella.

—A fé mia, le dije, habeis escogido el mejor medio; ciudad muy linda es la ciudad que se ve mientras se almuerza.

—Espero que no os retractareis.

En efecto, arrojé un grito á la vez de júbilo y de admiracion; un grito de júbilo al aspecto del almuerzo, un grito de admiracion al aspecto de la ciudad; me senté á la mesa de modo que viese la una, mientras hacia honor al otro.

Como presumo que la descripcion de aquel bienaventurado almuerzo, por mas descado que hubiese sido de mi, tendria menos que mediana importancia para el lector, me contentaré con señalar dos vinos que recomiendo á los aficionados: el uno es un vino de Mosela de la Montaña Negra, del año 1834; el otro es un vino del Rhin, llamado leche de la Virgen, milésimo pasable.

La humeante ciudad que estaba tendida á mis pies fué fundada por el año 550, por San Monulfo, obispo de Tongres. Este digno prelado al ir al castillo de Chiévremont se admiró de la belleza del sitio, y decidió edificar allí una iglesia á San Cosme y San Damian; añade la leyenda, que las gentes del obispo vieron en aquel parage una flamígera cruz, mas como no insiste sobre esto en otra parte permitido es creer, que son cuentos de desocupados.

A principios del siglo VIII, San Huberto trasladó la silla episcopal á Lieja, habiéndola ya antes trasladada de Tongres á Maëstricht: comenzaba, pues, Lieja á ocupar seriamente su lugar en el mundo, cuando en 882 fué asolada por aquellos normandos vaticinados por las lágrimas de Carlo-Magno.

El piadoso emperador no estaba ya allí para espulsar á aquellos antiguos enemigos, ó reparar los desastres que habian causado; pero la Providencia envió á los liejeses el obispo Notger, antiguo abad de San Gall, quien durante un episcopado de treinta y cinco años, reedificó la ciudad, embelleciéndola como nunca habia estado. Por lo que un verso contemporáneo consagra el reconocimiento debido por Lieja al piadoso obispo. Hele aqui:

*Notgerum Christo, Notgero cætera debes.*

Es decir:

*Tú debes Notger á Cristo, y lo demas á Notger.*

Esto, como se ve, es dejarle la parte mejor; pero Notger no merecia menos. Cuando fué á establecerse á Lieja, la ciudad, á pesar de su pobreza y desventura, la encontró puesta á rescate por un tiranuelo que habitaba ese famoso castillo de Chiévrecourt, á donde iba el buen San Monulfo cuando el sitio en que está fundada hoy la ciudad de Lieja, tuvo la felicidad de agradarle. Cuanto mas pequeños son los tiranos nos mas quisquillosos: este se metia en los negocios de todos; conocia las rentas de cada uno y lo primero era su diezmo: semillas, dinero y mugeres; lo cual habia llegado á ser insoportable para los buenos liejeses. Mas como el señor Idriel (el nombre no hace al tirano, como se ve); mas, digo, como el señor Idriel habitaba el castillo de Chiévremont, y el castillo de Chiévremont, antigua fortaleza de los reyes de la primera raza, estaba situado sobre rocas inaccesibles, era preciso decidirse y poner buen rostro á la mala fortuna; esto era lo que hacian los buenos liejeses, mientras el obispo Notger, menos sufrido, meditaba un medio para desembarazarse del enemigo comun. Este medio le proporcionó el mismo Idriel.

La muger de Idriel acababa de dar á luz un hijo; como este hijo era muy deseado en la casa, porque el noble señor no tenia mas que hijas, resolvió hacer el bautizo con gran ostentacion. Acaso causará admiracion que tal bribon pensase en bautizar á su hijo, pero hay ejemplos de esas anomalias. Idriel era devoto: esta era su debilidad; habia tomado por divisa: *Enemigo de todos, amigo solo de Dios*; lo cual no era sino pura fatuidad, como se comprende, siendo Dios mas delicado que todo eso en la eleccion de sus amigos, como lo prueba el proverbio: «Muchos son los llamados y pocos los elegidos.»

Sea de esto lo que quiera, Idriel, deseando que se bautizase su hijo, y queriendo que la cosa se hiciese con pompa, envió á prevenir á Notger que estuviese prevenido para el bautismo. Esta era la ocasion que tanto tiempo hacia esperaba el buen obispo. Le envió por consecuencia en contestacion que iria al dia siguiente á las cinco de la tarde con todo su clero al castillo de Chiévremont.

Al dia siguiente, el obispo convocó al palacio episcopal á veinte y cinco de los mas valientes y robustos liejeses que conocia, mandándoles fuesen armados completamente, y cada uno por su lado, á fin de que no se sospechase nada. Cuando los tuvo en una sala del piso bajo de su palacio, mandó le llevasen albas y sotanas, los trasformó en chantres y sacristanes; dió al uno una cruz, al otro el incensario, encargó á los que nada llevaban

cantasen hasta desgañitarse, para que no tuviesen el aspecto de gente intrusa; en seguida, y despues de haberles hecho se asegurasen de que las hojas salian con facilidad de las vainas, emprendió con sus veinte y cinco hombres el camino del castillo de Chiévremont.

Idriel le esperaba á la puerta con su hija Isabel, su muger Bertha y su recién nacido, que aun no tenia nombre. Colocóse humildemente entre la comitiva del obispo, cantando los responsorios, y de este modo entró en la iglesia.

Entonces el obispo, viéndose introducido en el centro del castillo, juzgó que era llegado el momento favorable, y levantando la sagrada hostia que tenia oculta para esta grande ocasion: «¡En el nombre de Dios vivo cuya imagen veis entre mis manos! esclamó; ¡en nombre del verdadero gefe de la Iglesia; en nombre del emperador; en nombre de la iglesia de Lieja, yo, Notger, tomo posesion del castillo de Chiévremont!» Al decir estas palabras, que debian ser la señal, chantres, pertigueros y sacristanes desenvainaron sus espadas, y quisieron arrojarse sobre Idriel, que el santo obispo habia encargado prendieran vivo. Desgraciadamente, no se puede ser á la vez un piadoso prelado y un gran general. Notger habia cometido una falta de estrategia no dejando que Idriel se introdujese mas en la iglesia: así, como estaba cerca de la puerta, huyó, llevándose á su muger y sus hijos, y se precipitó con ellos desde lo alto de las murallas, con lo que si Satanás salió ganancioso en la cuenta, Dios no obtuvo la suya.

Por lo demas, como á los habitantes de Lieja les era igual, no quedaron menos reconocidos á su obispo, y habiendo demolido el castillo, con sus mismas piedras edificaron una capilla.

Una vez desembarazado de Idriel, Notger consagró todos sus desvelos al ornato de la ciudad. El Mosa no corria aun por lo interior de Lieja; llevó la muralla hasta mas allá del rio, mandó construir un canal que pasaba al pie de la ladera de Santa Cruz, y cuyos restos se ven todavia hoy, y construir una triple linea de fortificaciones con bastiones, fuertes y torres, de las que despues de mil años, aun se conservan ruinas. En fin, no creyendo la antigua catedral digna de representar la metrópoli de una silla tan importante como Lieja, la mandó derribar, y en el mismo sitio edificar una nueva.

En 1106, el emperador Enrique IV, huyendo del antiguo castillo de Ingelcin, donde le habian encerrado su hijo despues de haberle arrancado la corona de la cabeza y el cetro de la mano, acudió á refugiarse á Lieja, donde quiso proporcionarse un retiro seguro fortificando las alturas de Santa Valburga y San Bartolomé, de modo que estos dos barrios, que no eran mas que arrabales, desde aquella época quedaron enclavados en la ciudad.

En 1131, el papa Inocencio II fué á presidir un concilio en Lieja, lo cual acabó de darle importancia. El papa celebró el oficio divino en la catedral de San Lambert, quien contaba entonces entre sus canónigos los dos hijos del emperador, siete hijos de reyes y treinta y cinco hijos de duques ó condes soberanos. Mas la maravilla de aquella augusta asamblea, dice un antiguo cronista: *Era San Bernardo que pasó por Lieja, en donde hizo muy bellas cosas y muy provechosas á la Santa Iglesia, y adquirió allí gran fama.* En aquel tiempo, como se ve por el cronicón, se hallaba un francés bastante lindo en Lieja.

En todo aquel tiempo, á cada nuevo obispo, los liejeses obtenían una nueva concesión, tanto que de concesiones en concesiones concluyeron por obtener de Alberto de Cuyck una carta como pocos pueblos podían vanagloriarse de tenerla en aquella época. Esta carta les hizo mas exigentes. Quanto mas obtienen los pueblos, mas quieren tener. Y desde esa fecha comenzaron entre los liejeses y sus obispos las contiendas que no terminaron hasta 1794.

Una de las revueltas mas célebres de los liejeses, fué la que se verificó á propósito de Juan de Baviera. Este jóven señor no tenía mas que diez y siete años cuando fué investido con el principado de Lieja, y sintiéndose en aquella edad con mas inclinación á los placeres del mundo que á las austeridades eclesiásticas, aceptó el obispado, pero no quiso recibir las órdenes: no iba aquello con los liejeses; tenían costumbre de ser regidos por la mano suave de sus obispos, y temían el guante de hierro de los caballeros; así, le declararon que mientras tuviera el casco en la cabeza, no permanecería en su ciudad; que no tenía mas que ponerse la mitra, y entonces volverían á ser sus muy humildes servidores. El príncipe no era el mas fuerte por el momento, y por tanto le fué forzoso salir de Lieja. Apenas volvió la espalda, eligieron los liejeses por su obispo y señor á Thierry de Hora, hijo de Enrique de Hora, señor de Perwez. Este último fué nombrado *consejero*, y por este título tomó la administración temporal, mientras su hijo se encargaba de la espiritual.

Desgraciadamente para los liejeses, que se apresuraban á arreglar así sus negocios, Juan de Baviera era hermano del conde de Hainaut y del duque de Borgoña. Recurrió á ellos, y como buenos hermanos fueron en su auxilio.

Mas como los hombres de armas que el duque había convocado apresuradamente en sus estados no estaban reunidos, y los liejeses por el contrario, que habían comprendido que las cosas no terminarian así, tenían delante de Maëstrich un campamento tan bien fortificado que parecia una ciudad, el duque de Borgoña, á pesar de su carácter poco paci-

fico, comenzó por negociar, y les envió un mensajero que llevaba palabras de paz: pero el duque de Borgoña tenía que habérselas con un populacho sumamente grosero, que dió por toda respuesta á su embajador un papel doblado en forma de carta, el cual contenía una respuesta que no se podía leer ni oler.

La chanza era picante: así el duque Juan apresuró un reclutamiento con tanta actividad que no tardó en encontrarse á la cabeza de un buen ejército. En aquel momento recibió por intermedio de messire Guichard, delphin de Aubernia, una carta del rey de Francia en que le invitaba á desistir de toda empresa contra los liejeses reservándose él la decision de aquel negocio.

Pero el duque Juan estaba demasiado herido con el insulto que le habían hecho para quedarse así: respondió por tanto á messire Guichard, delphin, que era aquel un negocio que de ningun modo pertenecía al rey de Francia, el cual estaria de mal humor á buen seguro si hubiese recibido una carta escrita con la misma tinta; y por consecuencia iba primero á enseñar cortesía á aquellos insolentes y en seguida iría á la córte de Francia.

A lo que Guichard, delphin, respondió que monseñor de Borgoña tenía mucha razon; en prueba de lo cual le pidió un puesto en su ejército á fin de cooperar en lo que pudiera á la lección que el duque prometía dar á las buenas gentes de Lieja.

Entonces los borgoñones avanzaron por aquella antigua via romana que atraviesa todo el país de Lieja y que se llama la calzada de Brunchant. Mas en vez de intimidarse al aspecto de aquella gran reunion, pidieron los rebeldes marchar á su encuentro. El señor de Perwez hizo todo lo que pudo para impedirles cometer aquella imprudencia; mas viendo que empezaban á acusarle de cobardia, hizo publicar en todo el país que el 22 de setiembre por la mañana los que quisieran marchar con él no tenían mas que reunirse al sonido de la gran campana del Ban.

En el dia convenido se encontró con treinta mil hombres entre los que había de quinientos á seiscientos caballeros armados al estilo de Francia y ciento veinte arqueros ingleses.

Entonces el señor de Perwez se adelantó en medio ellos y levantándose sobre sus estribos les dijo:

—Amigos míos, os he espuesto frecuentemente que dar batalla á nuestros adversarios, era esponerse á un gran peligro; todos son nobles, acostumbrados y experimentados en la guerra de buen orden y conducidos por una sola voluntad. Creo que hubiese sido mejor permanecer en nuestras ciudades y fortalezas, dejarlos correr la campaña, tomar sus avanzadas y destruirlos poco á poco; pero veo que mis observaciones no os son agradables. Os fiáis en vuestro número y en vuestros

arqueros y voy á llevaros á la batalla contra los enemigos. Os encargo mucho que permanezcáis unidos: no tengáis mas que una voluntad y estar resueltos á morir juntos para defender vuestro país.

Por su parte el duque de Borgoña, viendo toda aquella multitud acampada delante de Tongres, se dirigió de este modo á sus caballeros:

«Por la gracia de Dios y de Nuestra Señora, henos aquí frente á los rebeldes que han violado el respeto á la religion profanando las iglesias, rompiendo los vasos sagrados y esparciendo por tierra los santos óleos. Marchad atrevidamente contra esa gente baja; no temáis nada de esa estúpida y salvaje multitud que pone toda su confianza en su gran número: esas gentes no son á propósito mas que para la fabricacion y el comercio.»

Al punto profirió su grito de «Nuestra Señora, al duque de Borgoña,» y se puso en marcha.

Ahora ved aquí el parte de la batalla escrito por el mismo duque: se dirige al duque de Brabante.

«Carísimo y queridísimo hermano. He recibido la carta que me habeis enviado con el portador de esta haciendo mencion en ella de que habeis sabido de que por la gracia de Nuestro Señor he batido á los liejeses, y que si os hubiera noticiado el día de la batalla hubiérais asistido á ella voluntariamente. Queréis, pues, saber, carísimo y honradísimo hermano, cómo han pasado las cosas y porque ya podéis conocer que no hubiera podido noticiaros la jornada bastante á tiempo. La verdad es, queridísimo y honorable hermano, que nuestro cuñado de Haineaut y yo entramos en el país de Lieja con buena y numerosa compañía de caballeros y escuderos el jueves último y hemos llegado por dos partes fijando los campamentos á una legua de una ciudad llamada Tongres, en Hsbaing, y allí tuvimos noticia que en aquel día el señor Perwez, y todos los liejeses con él se habian trasladado del sitio que ocupaban ante la ciudad de Maëstricht para salirnos al encuentro. Por esas cosas, el dicho cuñado Haineaut y yo enviamos el domingo por la mañana algunos de nuestros espías por el país para saber la verdad, los cuales nos trajeron como cierta la noticia de que habian visto á los liejeses formados en batalla y en muy gran número que se dirigian hácia nosotros. Ordenamos nuestras filas y unimos nuestras gentes para ir al encuentro de los dichos liejeses. Cuando hubimos andado como una media legua los vimos á todos bastante próximos á la ciudad de Tongres; y despues el dicho cuñado y yo, unidas nuestras gentes, nos detuvimos en un sitio bastante ventajoso, creyendo que allí nos acometerían, y pusimos toda nuestra gente en un solo cuerpo para sostener mejor el choque y la

carga que los dichos liejeses estaban dispuestos á darnos, y ordenamos dos alas de gente de armas y de proyectiles: inmediatamente despues se aproximaron á nosotros como á la distancia de tres tiros de arco y se dirigieron sobre la derecha hácia la dicha ciudad de Tongres á fin de unirse á los de aquella ciudad, que serian diez mil; y allí se detuvieron con muy buen orden é hicieron incontinenti disparar muchos cañonazos; y cuando hubimos esperado un poco y vimos que no se movian, el dicho cuñado y yo, por el parecer de nuestros buenos caballeros y capitanes de nuestra compañía, deliberamos ir sencilla y tranquilamente á combatirlos en sus posiciones y que avanzarían para descomponer el grueso y derrotarlos cuatrocientos hombres á caballos y mil escuderos atrevidos que los deshiciesen por detrás cuando marchásemos sobre ellos; y para conducirlos enviamos al señor de Groy, al de Helly, al de Roni, vuestros chambelanes y los míos, Enguerrando de Bourneville, de Robin, Leroux, mis escuderos, y así lo hicieron: y de este modo como á la una de la tarde marchamos en nombre de Dios y de Nuestra Señora á caer contra ellos, y en muy buen orden los alcanzamos y combatimos de tal modo, que por la gracia de Dios y con la ayuda de Nuestro Señor, la jornada fué nuestra. A la verdad, carísimo y amadísimo hermano, los que tienen en esto conocimiento dijeron que no han visto jamás luchar mejor ni resistir tan bien como estos lo han hecho; porque la batalla duró cerca de una hora y media, y por espacio de una media hora no se supo quién llevaba la ventaja; y han sido muertos de ellos el señor Perwez, el intruso de Lieja, sus hijos, y veinte y cuatro ó veinte y cinco mil liejeses, segun puede saberse por el cálculo de los que han visto los cadáveres, y todos ó la mayor parte estaban armados y tenian consigo quinientos hombres á caballo y cien arqueros de Inglaterra. Sucedió que al fin de la batalla los de Tongres salieron armados para socorrer á los liejeses y se acercaron á tres tiros de arco; pero cuando vieron cómo iba la cosa, volvieron la espalda en precipitada fuga y fueron alcanzados por las gentes de á caballo de nuestra banda, y hubo muchos muertos de su parte. En la dicha batalla habremos perdido de sesenta á ochenta caballeros y escuderos, lo que me causó gran disgusto porque no eran de los peores. ¡Dios los perdone! Y en cuanto al número de los liejeses que podian ser, he sabido, queridísimo y amadísimo hermano, por algunos prisioneros hechos durante la batalla, que partieron del asedio el sábado por la mañana cuarenta mil; que salieron de la ciudad de Lieja, donde dejaron como unos ocho mil, de los que pareció al señor de Perwez no eran convenientes, y el dicho domingo, día de la batalla, partieron de la dicha ciudad de Lieja treinta mil ó mas para ir contra nosotros: y ademas, carísimo y amadísimo hermano, os

agradará saber que ayer el dicho cuñado de Lieja vino muy bien acompañado por su cuñado de Holanda, y como hoy las ciudades de Lieja, Huy, Tongres, Dinant y otras buenas ciudades del país han venido á rendirnos obediencia suplicando al dicho cuñado de Lieja quisiese tener piedad de ellos y recibirlos á merced. Lo cual ha hecho por mediación del dicho cuñado de Haincaut y yo siempre que todos los culpables, de los que todavía hay muchos, se rindan y entreguen en manos del dicho cuñado de Lieja, para hacer de ellos lo que le agrade ordenar; y con esto las demas ciudades han hecho su sumisión de todo lo que podían haber cometido contra dicho cuñado de Lieja, todo segun lo ordenado por el dicho cuñado de Haincaut y yo, para cuya ejecución toda buena ciudad dará la garantía que queremos.

«Queridísimo y amadísimo hermano, el Espíritu Santo os tenga en su santa guarda.

«Escrito en mi alojamiento en el campamento delante de Tongres, el día 25 de setiembre.

«Vuestro hermano,

«EL DUQUE DE BORGÑA.

«Conde de Flandes, de Artois y Borgoña.»

La gracia que el príncipe concedió á los liejeses no fué grande, porque el duque Juan recibió por la batalla el título de *Juan sin Miedo*, y Juan de Baviera, por las ejecuciones que la siguieron, el de *Juan sin Piedad*.

En efecto, cortáronse las cabezas de los señores de Rochefort y de Seraing y de la viuda de Perwez, y unos veinte rebeldes de clase inferior fueron arrojados al Mosa. El señor de Perwez y su hijo fueron hallados entre los cadáveres en el campo de batalla, cogidos de la mano. Al día siguiente, cuando Juan de Baviera entró en Maëstricht, le presentaron en las puntas de dos lanzas las cabezas de sus dos enemigos.

Esto era pagar algo caro una chanza de cuerpo de guardia.

A Juan de Baviera sucedió Juan de Valenrode; luego subió al trono episcopal Juan de Hensberg; y por último, le llegó su turno á Luis de Borbon: en su reinado fué cuando tuvieron lugar entre Carlos el Temerario y Luis XI aquellas desavenencias tan admirablemente descritas por Walter Scott, y que terminaron con la toma de la ciudad.

El duque Carlos permaneció allí ocho dias en medio de las ejecuciones, y la dejó dando orden de quemarla y demolerla, como había hecho dos años antes con la ciudad de Dinant; cseptuáronse solamente las iglesias y las casas de los canónigos y sacerdotes. Felizmente, como Lieja era una ciudad clerical, sus casas componían un gran número, de modo que quedó en pie casi una tercera parte de la ciudad.

No tardó el obispo en obtener el permiso

de reedificar cuatrocientas casas, por treinta sus, dados de una vez por cada una, y una renta anual de dos capones.

Reedificadas aquellas cuatrocientas casas, Luis de Borbon continuó sus construcciones sin decir nada, y Carlos de Borgoña, que tenía por entonces á los trece cantones sobre sí, le dejó obrar á su voluntad.

Por desgracia, el Jabalí de las Ardenas, quien no teniendo tiempo para orar á Dios queria tener un hijo obispo, para que este hijo rogase por él, asesinó en un día impensado á Luis de Borbon.

No fué el hijo, sino el sobrino de Guillermo de la Marck quien subió al trono episcopal. Era una buena rama ingerta, no se sabe cómo, en un tallo malo. El primer acto de su gobierno fué una ordenanza dada en union con los magistrados, por la que prohibía á los liejeses, so pena de tres años de destierro, echarse en cara unos á otros cosas que hubieran pasado durante las guerras civiles; tenía esperanzas de que si las bocas permanecían mudas, los corazones acabarían por olvidar. No fué esto todo; hizo que el emperador Maximiliano les volviera una por una todas sus libertades. Una de estas libertades, y la mas preciosa para el pueblo, era la eleccion de sus dos burgomaestres. Un reglamento de 1603 había establecido de este modo estas elecciones: se sacaban á la suerte tres personas de cada oficio, y como había treinta y dos oficios, la estraccion daba un total de noventa y seis individuos, y despues de este número se hacia una segunda estraccion de treinta y dos personas; estas treinta y dos personas eran las que, por mayoría de votos nombraban los dos burgomaestres. Los sesenta y cuatro restantes que la suerte no había nombrado para desempeñar las funciones de electores, tenían el derecho de consejeros.

En esto, Fernando de Baviera asciende al trono episcopal y se anuncia para el diez y siete de enero de 1613 su entrada en la ciudad de Lieja.

Ciertamente, si no duró largo tiempo la buena armonía entre los liejeses y su príncipe, no fué porque éste tuviera queja de la acogida que se le hizo. El día de su entrada fué un día de fiesta: la guardia, compuesta de cien hombres, los arcabuceros, los ballesteros, los arqueros de Saint-Photien y de San Nicolás, los gremios de oficios con sus estandartes, estaban acantonados en las calles por donde debía pasar, y el consejo de la ciudad y los principales ciudadanos, ataviados con los trages españoles, esperaban al príncipe en el puentecito de la Creyr. Por fin, á las diez de la mañana repetidos cañonazos anunciaron que acababa de llegar.

Mas de ciento cincuenta caballeros de las mas nobles familias de Lorena, de Alemania y de Brabante escoltaban al obispo, que no tardó en llegar al puente de Creyr. Aquí le cumpli-

mentaron el consejo y los ciudadanos, y en seguida se pusieron en marcha precejiendo al príncipe y dirigiéndose hácia la ciudad. Llegados á la puerta de San Leonardo, le presentaron las llaves de la ciudad, y antes de tomarlas, Fernando pronunció en voz alta el juramento instituido por los estatutos y que garantizaba los privilegios de los liejeses.

Cerca de San Jorge encontró la comitiva un teatro ricamente adornado, donde había músicos que cantaban en loor del príncipe. Una doncella estaba allí de pie con una noble y rica vestimenta: esta jóven representaba la cité de Lieja. Al ver al obispo, se deslizó por un alambre invisible y en cuanto llegó á los pies de Fernando, le presentó un ramo de flores de lis y le dijo estos versos:

Príncipe grande de antigua nobleza,  
príncipe grande de gran gentileza,  
¿de dónde nos viene tan fausta ventura,  
por qué nuestra dieha raya á tanta altura,  
que dentro los muros de tu pobre Lieja,  
te vienes y sientas tu silla bermeja,  
dejando gustoso tu pingüe ducado,  
renuncia habiendo hecho de tu arzobispado?  
No tengo ¡ay príncipe! buen alojamiento,  
que pueda probarte mi agradecimiento  
por tan generoso y leal beneficio,  
mas sabes que adicto te adora ferviente,  
en torno á tu silla un pueblo valiente,  
que diera su vida por ti en sacrificio (1).

Recitados estos versos con gran aplauso de los señores que acompañaban al obispo y de los ciudadanos de la población, continuó la comitiva su marcha hácia la plaza del Mercado, donde se habían construido muchos teatros, y en los que se representaban misterios. Al lado de estos teatros se habían encendido tres grandes hogueras, y junto á estas hogueras se levantaban tres pirámides adornadas con guirnaldas con los colores de la casa de Baviera.

En cuanto llegó á la catedral, desmontó el príncipe, sacó de una bolsa que le presentaba su tesoro, y á medida que subía los escalones de San Lamberto, donde le esperaba el cabildo, muchos puñados de oro, que arrojó al pueblo, y habiendo dado acciones de gracias al Señor, hizo Fernando su entrada episcopal, y asistió al espléndido banquete que le habían preparado. Hasta la media noche no se dispersó el pueblo; mas al dispersarse, todavía hacia resonar el aire con aclamaciones de alegría y votos de prosperidad.

Seguramente debía creerse que después de semejantes demostraciones hechas por ambas partes, todo marcharía perfectamente entre el obispo y los liejeses, mas no fué así; los obispos cambiaban, las generaciones cedían el puesto á otras generaciones, pero los intereses quedaban siempre los mismos, y las revoluciones volvían á aparecer.

(1) Se recordará que almuerzo en casa del señor Polain. El es quien narra; yo aprovecho el tiempo perdido devorando un jamon de Mayenna, y bebendo una vez un vaso de Bramberger, ya un vaso de Liép fraumielk.

Sin embargo, habianse ya pasado muchos años en medio de las murmuraciones, recriminaciones y quejas, pero sin producir colisiones armadas. Verdad es que el día de Santiago se aproximaba y que todo hacia presumir que la eleccion seria tumultuosa.

Aquella prevision no erraba: los Treinta y Dos, asi era como se llamaba á los electores por su número, los treinta y dos acababan de elegir burgomaestres á Raës de Chokier y Miguel de Selys; mas en el momento en que el heraldo proclamó estos dos nombres, los ciudadanos que estaban reunidos armados en la plaza y que esperaban á otros dos, dejaron oír tales murmullos y fueron seguidos de tan grandes voces, que todos comprendieron, aun el mismo obispo, que habia llegado el momento supremo. En medio de todos aquellos rumores, el nombre de Beckmaun incesantemente repetido, indicaba que sobre este era sobre quien recaía la mayoría popular. Pero el poder no podia ceder así á una simple demostracion: por tanto el pueblo no paró en los gritos. Inmediatamente los ciudadanos derriban los guardias de los Diez y se precipitan hácia el sitio donde se verificaba el escrutinio. En aquel momento se hace un disparo de las ventanas del Ayuntamiento, el cual felizmente no hiere á nadie; mas sin embargo, se habia hecho una demostracion hostil: los fusiles cargados se dirigen al Ayuntamiento. De repente el gran dean de la catedral aparece en el balcón del Ayuntamiento:

—Ciudadanos, esclama, estendiendo las manos hácia el pueblo en señal de paz, la eleccion debe ser la expresion de los deseos de todos. Si somos engañados, decidlo, y elegiremos los burgomaestres de vuestra voluntad. ¿A quién queréis?

—A Beckmaun y Sand, responden todas las voces y al punto son proclamados estos dos nombres.

Ciertamente aquella vez la voz del pueblo era en realidad la voz de Dios. Guillermo Beckmaun señor de Bienx-Sart era á la vez un hombre de altas cualidades y gran saber: desde 1608 habia sido ya nombrado cinco veces burgomaestre. Además de esto, durante el reinado de Hernesto de Baviera habia estado encargado de muchas misiones cerca de los Estados Generales y en la corte de Enrique IV. Durante esta larga vida de diplomático y político habia aprendido especialmente á conocer los hombres; así Fernando de Baviera no le habia engañado ni por un momento, y desde el principio habia prevenido al pueblo de sus proyectos liberticidas. Adivinase, pues, que llegado al poder no tardó la lucha en empeñarse entre el obispo y el elegido del pueblo: mas contra este último todo se estrelló, amenazas y promesas: era el hombre de Horacio: las ruinas del mundo podian sepultarlo, pero no comoverlo.

Un hombre semejante hacia inespugnable

la plaza. Así, después de haber intentado todo, se ensayó el veneno.

Pero se habían guardado bien de dar á Beckmaun uno de esos venenos sutiles, uno de esos venenos á lo Médicis que mataban como el rayo simplemente con gustarlo ó respirarlo. No, se había preparado uno de esos venenos á lo Borgia, como el que dió el papa Alejandro VI á Gem y al obispo de Cosenza; uno de esos venenos que hacen blanquear los cabellos y encorban lentamente los miembros, que paralizan el cuerpo muy paulatinamente, de modo que cada día vais entrando una pulgada en la tumba; uno de esos venenos que os dejan la voz para lamentaros y los ojos para veros morir. Así, que casi por espacio de un año Beckmaun estuvo paralizado de su pierna y después de sus brazos; los ciudadanos le llevaban en litera al Consejo y á las asambleas. Y allí, aquella boca moribunda se abría aun, no para hablar de sus padecimientos sino para los de sus compatriotas. En fin, aquel cuerpo empobrecido que se había eternizado todo lo que pudo para hacer la felicidad de su patria, devolvió su alma á Dios y su polvo á la tierra. Pero su estatua, construida á espensas de todos, se erigió en medio del Mercado.

Sebastian Larnelle, su amigo y émulo le sucedió.

—¿Sebastian Larnelle, aquel que fué asesinado tan trágicamente en el banquete de Warfusée? pregunté yo.

—El mismo, me respondió el señor de Polain.

—Referidme entonces la historia de Sebastian Larnelle; si os agrada.

—Héla aquí.

Es el señor Polain quien continua hablando.

## EL BANQUETE DE WARFUSÉE.

Algun tiempo antes de la muerte de Beckmaun, y por consecuencia antes que Larnelle fuese burgomaestre, un extranjero había ido á buscar asilo á la ciudad de Lieja; muchos rumores habían corrido acerca de él, porque era un noble señor llamado el conde René de Warfusée, que había sido ministro de Hacienda de Felipe IV en los Países Bajos. Unos decían que había dilapidado odiosamente los fondos que le habían sido confiados, arruinado las rentas del Estado, y empeñado las alhajas de la corona, de modo que se había visto obligado á abandonar de noche á Brusclas, donde después de su partida había sido ejecutado en effigie. Decían otros que tenían ante sí una de esas grandes víctimas del odio de los

poderosos, y en lugar de ver en Warfusée un culpable, le miraban como un mártir.

Sebastian Larnelle era del número de estos últimos: habiendo tenido sin cesar que luchar contra los grandes, sabía cuán obediente les estaba la calumnia, y no era de los que habían insistido menos para que, á pesar de las reclamaciones de Felipe IV, se mantuviese el derecho de asilo en favor del conde René de Warfusée.

Warfusée calculó que el emperador sería un excelente intermediario entre él y Felipe IV, y que si conseguía desembarazar á Fernando de su enemigo, Fernando no tendría por su parte nada que negarle.

En consecuencia, escribe á Fernando de Baviera que se tramaba un gran complot para entregar á los franceses la ciudad y el país de Lieja, y que los gefes de ese complot eran Sebastian Larnelle y el abate Mouzon, embajador de Luis XIII cerca de la buena ciudad. Fernando nada cree, pero no tiene necesidad de creer; un asesinato es siempre un asesinato aun cometido por un obispo; alguna vez le ha pesado el de Beckmaun, y aprecia tanto como otro su parte en el de Larnelle. Envía, pues, á René de Warfusée un antiguo fraile secularizado, llamado Grandmont, á quien ha hecho capitán de sus guardias: Grandmont lleva á Warfusée plenos poderes de Fernando. Estos dos hombres debían entenderse: el uno había renegado del honor, el otro había renegado de Dios.

El 12 de abril de 1637, Sebastian Larnelle recibió una invitación para que fuese á comer á casa de René de Warfusée; aceptó. A esta comida estaba invitado también el abate Mouzon, embajador de Francia, el baron de Saisan y algunas otras personas.

Muchos amigos del burgomaestre, que veían con dolor la union de un hombre de crédito tan puro con otro de quien había corrido tan fatal acusación, intentaron convencer á Larnelle de que no fuese á aquella comida; y aun llegaron hasta hablarle de una traición posible. Se había visto á Grandmont entrar en casa del conde, y le habían visto salir; se le conocía por la espada, ó mas bien, por el puñal de Fernando. Intentaron, pues, intimidar al burgomaestre con sospechas y presagios, pero era hombre de alma firme, que no creía mas que en el honor humano y en la justicia divina; así que recibió con sonrisa todo lo que le espusieron, y el sol del 16 de abril, sol de primavera, lleno de calor y de vida, salió sin que le hubiesen podido hacer cambiar de resolución.

A la hora de comer, el conde de Warfusée envió su carruaje al burgomaestre; mas éste, queriendo aprovechar tan hermoso día, salió á pie, acompañado de dos hombres de su guardia; uno de ellos dejó á su amo á la puerta de la casa, el otro entró con él: el que entró se llamaba Jasper.

El conde René de Warfusée estaba sentado en el patio de su casa, bajo una estensa galería que le circuía. Al ver al burgomaestre, iluminó su rostro, ordinariamente sombrío, un rayo de alegría; despues, adelantándose hácia Larnelle, le abrazó, como tenian entonces costumbre de hacer los amigos, aun despues de una corta ausencia. Por lo demas, era esta una costumbre antigua. Cuando Judas abrazó á Jesus, aun no hacia dos horas que le habia vendido.

En seguida, volviéndose hácia el guardia del burgomaestre:

—¡Oh! ¡oh! estás aqui, Jasper, le dijo; siempre fiel á tu amo.

Jasper se inclinó.

—Comida excelente harás hoy, camarada, porque creo que no economizarás los brindis á nuestro burgomaestre.

Jasper se inclinó segunda vez en señal de asentimiento, porque Jasper jamás se negaba á beber; pero habia dos veces mas cuando lo hacia á la salud de Larnelle.

Despues del burgomaestre, llegaron sucesivamente los canónigos Nyes y Kerkhem, el abogado Marchand, el chantre de la iglesia de San Juan, el abate Mouzon, el baron de Saisans, y en fin, la señora de Saisans y su hijo, que no tenia mas que nueve años.

Habiase colocado la mesa en una sala baja que tenia ventanas estrechas y con rejas; los criados esperaban en la habitacion inmediata antes del comedor con tohallas, aguamaniles y jarrones. Fuéronse lavando todos los convidados, y en seguida entraron en el comedor. Warfusée se sentó de modo que tuviera la puerta tras de sí, á su izquierda al abogado Marchand y á su derecha á la señora de Saisans. Larnelle y el abate Mouzon se sentaron frente á él; los demas convidados ocuparon puesto segun su capricho, su posicion, ó en fin, la opinion que de sí mismos tenian. Jasper permaneció en pie detrás de su amo.

La comida era abundante y rica en vinos estrangeros y en manjares estraños, como es propio de un señor que trata á tan nobles huéspedes. Al fin del primer servicio, el conde mandó llevar copas; despues, habiendo llenado tantas como convidados habia:

—¡A la salud del rey de Francia! dijo volviéndose al abate Mouzon, quien respondió á su cortesía con un saludo, bebiéndose cada uno su vaso á la salud de Luis XIII.

Momentos despues que los convidados habian correspondido á su anfitrión, un ayuda de cámara de toda la confianza del conde, llamado Goberto, entró en el salon, y se acercó á hablarle al oido. Lo que iba á decirle era que los soldados de la guarnicion española, á quienes necesitaba para consumir el asesinato, habian llegado de Naivagne, habian encontrado en la ribera de Beujards el barco que tenia orden de esperarlos, y acababan de introducirse en la casa por una puertecita que

daba al rio. Goberto tenia seguridad de lo que decia, porque era él mismo quien habia abierto aquella puerta y la habia cerrado despues que hubieron entrado por ella. Cuando acababa de decir estas palabras, un hombre de elevada estatura, vestido con un jubon de mangas anchas de terciopelo, y con la espada desnuda en la mano, apareció en el dintel, se aproximó á Warfusée, y tocándole en el hombro con su dedo:

—Héme aqui, dijo.

Warfusée se volvió y reconoció á Grandmont, los convidados reconocieron tambien al antiguo fraile secularizado, y esta aparicion no les presagió nada bueno.

—¿Dónde están vuestros hombres? preguntó Warfusée.

—Detrás de mí.

—Entonces, hacedlos entrar.

Grandmont hizo una seña, y unos veinte soldados se lanzaron en el comedor, rodeando á los convidados, mientras que otros aparecian en las ventanas y los amenazaban á través de las barras.

—¿Qué es esto, señores? exclamó Larnelle admirado poniéndose de pie en su sitio, ¿qué significan esos hombres?

—Estos hombres significan, respondió riendo Warfusée, que habeis bebido hace un momento á la salud del rey de Francia, y que ahora vais á beber á la de S. M. el emperador y de S. A. el principe de Lieja. Y como nadie respondiese:

—¡Ah! ¡hé ahí como correspondeis á mi brindis! continuó. Entonces, señalando á Jasper:

—Echad mano á ese bravo, dijo. Los soldados obedecieron.

—Está bien.

—Ahora continuó, haced lo mismo con el burgomaestre.

—¿Cómo! ¿yo tambien, monseñor? exclamó Larnelle.

—Sí, á ti, dijo el conde Warfusée; á tí y al abate de Mouzon y al señor de Saisans.

—¿Dónde está el abate Mouzon? preguntó Grandmont que no le conocia.

—Héme aqui, dijo el abate con voz firme y levantándose. Mas vos responderéis al rey mi señor, no solo de lo que se me haga á mí, sino de lo que se hiciera al último de los convidados con quienes tengo el honor de encontrarme, aun á este niño, añadió dirigiendo su mano hácia el hijo del señor de Saisans.

—Está bien, está bien, dijo Warfusée, yo sé lo que tengo que hacer. Entonces hizo seña de que condujesen fuera del salon á Jasper y Larnelle; en seguida, cuando estuvo ejecutada esta orden.

—Señores, continuó, sabreis que he hecho todo esto por orden de S. M. I. y de S. A. el principe Fernando; por bastante tiempo han sufrido los desórdenes que se cometen en esta ciudad á instigacion del insensible á

quien acabo de hacer prender. Los liejeses son caballos desbocados, y haré de tal modo, que volverán por su propia voluntad á obedecer á la brida, aunque por premio de mis esfuerzos viese perecer á mi hijo, que es prisionero del rey de Francia.

Dichas estas palabras salió seguido del abogado Marchand, del canónigo Litermaus y del capitán Grandmont dejando á los prisioneros bajo la custodia de los soldados. En cuanto llegó al patio vió á Larnelle al que tenian sujeto por el cuello cuatro ó cinco españoles.

—¡Ah traidor! exclamó dirigiéndose á él y amenazándole con el puño, al fin te arrancaré hoy del pecho el corazón.

—¿Y en qué os he ofendido yo, caballero? preguntó Larnelle con la mayor calma. ¿Me habeis convidado á comer con vos para asesinarme? Pues eso es infame.

—¡Cuerdas, cuerdas! exclamó Warfusée; ¡cuerdas! que le aten.

No se encontraban cuerdas y un soldado dió sus ligas.

El mismo Warfusée se puso á atarle apretando las muñecas del burgomaestre hasta hacerle saltar la sangre.

—Señor conde, exclamó de nuevo Larnelle mientras le ataban, en nombre del cielo os suplico me digais que es lo que os he hecho.

Pero Warfusée continuaba su tarea sin responderle, y cuando hubo concluido:

—Ahora, dijo, pide á Dios merced porque vas á morir; dirigiéndose en seguida á Goberto, corre á buscar un fraile para que le confiese, le dijo en voz baja, y vuelve inmediatamente. Y dirigiéndose á los españoles, los mandó condujesen á Larnelle á un salon del piso bajo, lo que ejecutaron al punto.

Warfusée continuó paseándose por el patio con el abogado Marchand, quien temblando por sí mismo, le hacia no obstante algunas observaciones á las que no respondia sino presentándole cartas del emperador y del conde Fernando, en las cuales probablemente se le ordenaba la muerte de Larnelle. Cuando estaban en esta discusion, volvió el ayuda de cámara con dos religiosos dominicos: él mismo fué á la puerta, y les abrió.

—Padres míos, les dijo, el burgomaestre Larnelle está allí; os suplico vayais á confesarle, porque va á morir por orden de S. M. I.

—¡Confesar al burgomaestre, monseñor! Nos es imposible, respondió uno de los frailes: no hemos recibido poder ni permiso de nuestro superior.

—¡Pues bien! Entonces exclamó Warfusée, morirá sin confesion, eso es todo: ¡que le maten!

Entonces los dos frailes, Marchand y el canónigo exclamaron á una voz:

—¡Monseñor! ¡Monseñor! ¡En nombre del cielo! ¡Gracia para el burgomaestre!

Mas Warfusée sin escucharlos, y como un

hombre presa del delirio, repitió de nuevo ¡que le maten!...

—Monseñor, dijo el abogado Marchand, si no es por él que sea por vos: Larnelle es muy querido del pueblo y pudiera sucederos alguna desgracia.

Pero Warfusée sin darle oídos: continuó gritando como un insensato: ¡que le maten! Tanto, que los convidados le oían desde el salon donde estaban.

Entonces Grandmont, aproximándose por última vez al conde y tan tranquilo como éste estaba exasperado,

—¿Es efectivamente vuestra voluntad que muera monseñor? le dijo.

—¡Que le maten! ¡que le maten! volvió á repetir Warfusée.

—Está bien, repuso Grandmont, é inclinándose se entró en la casa y fué á transmitir la orden del conde al soldado que custodiaba el cuarto de Larnelle: entonces el soldado entró en el salon y aproximándose á Larnelle:

—Señor burgomaestre, dijo el soldado, ¡por orden del conde es preciso morir!

—¡Oh! exclamó Larnelle levantando al cielo sus manos atadas: hé aqui la recompensa de los servicios que le he prestado: amigos míos, les dijo, vosotros podriais salvarme.

—¡Ay! replicaron los guardias, nosotros no somos mas que pobres soldados, señor burgomaestre; nuestras armas pertenecen al que nos las ha dado, y cuando manda herir, herir nos es preciso.

—Pero, replicó Larnelle, ¿tendriais acaso bastante corazon para herir á un hombre sin defensa, que tiene las manos atadas y que no ha cometido ningun crimen?

Los soldados se miraron vacilando, y en seguida uno de ellos, moviendo la cabeza:

—Señor burgomaestre, le dijo, tenemos que obedecer á nuestros gefes; ¡pluguiese á Dios estuviérais lejos de aqui!

—Despachad, gritó Warfusée, que concluya esto.

—Al menos, ¿no me será permitido confesarme? preguntó Larnelle.

—Han hecho venir á dos frailes, respondió un soldado; es posible que sean para vos.

—Amigo mio, dijo Larnelle, id á verlos, os lo suplico.

Habia tal acento de bondad y resignacion en la voz de Larnelle, que un soldado bajó al punto y volvió á subir momentos despues con uno de los frailes.

—¡Ah! señor burgomaestre, dijo el fraile entrando, ¡qué horrible catástrofe!

—¿Me es preciso, pues, morir, padre mio? preguntó Larnelle; ved al menos al conde y tentad el último esfuerzo.

—¡Oh! con toda mi voluntad, dijo el fraile. Y bajó precipitadamente, y fué á ver al conde; pero no pudo sacar de él mas que estas palabras:

—El señor Sebastian Larnelle nos ayudará

hoy á reconciliar á los ciudadanos con el príncipe.

El fraile se arrojó á sus pies y le suplicó por todos los santos, pero Warfusée permaneció inflexible.

Volvió el fraile á la prision y presentando un pequeño crucifijo á Larnelle:

—Pensad en Dios, le dijo, señor burgomaestre, porque solo Dios puede socorreros en este momento.

—¡Ay! ¡ay! dijo Larnelle, cuando me quedaban aun tantas cosas que hacer para la felicidad de mis conciudadanos! Será preciso, pues, que muera miserablemente aqui.

Dichas estas palabras se puso de rodillas y comenzó su confesion: era esta la de una alma pura, cuya vida entera se habia consagrado al bien; así, cuando el fraile le dió la absolucion, era el fraile el que lloraba.

Larnelle abrazó al buen dominico, y éste salió.

Designáronse inmediatamente tres soldados para matar al burgomaestre; mas viendo que permanecian en su sitio:

—¡Y bien! les dijo el conde, ¿no habeis oído?

—Si tal, respondió uno de los soldados; si tal, monseñor, pero es que mejor querriamos morir nosotros que matar á un hombre que no nos ha hecho nada!

—Goberto, exclamó el conde volviéndose hácia el ayuda de cámara, no hay nadie mas que tú que me infunda confianza. ¡Ve!

—Monseñor, respondió Goberto moviendo la cabeza, encargado á otro esa tarea, yo no soy un verdugo.

—¡Oh! ¡Pardiez! dijo Grandmont; ¡tanto escrúpulo para semejante bagatela!

Y encogiéndose de hombros fué á elegir entre los demas soldados tres hombres de su confianza, y volviendo junto al conde:

—Ved aqui, monseñor, tres hombres como los que necesitais.

Entonces Warfusée sumamente alegre los condujo hasta la puerta de la habitacion donde estaba encerrado Larnelle; alli les dió un bolsillo lleno de oro, que los soldados repartieron entre sí. Larnelle oyó el ruido de aquel oro y comprendió que era preciso resignarse á morir puesto que su muerte estaba pagada.

Grandmont abrió la puerta, y los tres soldados, entrando como furiosos, se precipitaron sobre Larnelle, y casi al mismo tiempo le hirieron con cuatro cuchilladas; mas las heridas estaban hechas con sablecitos cortos con los que adelantaban poco, y como les importunaban los gritos del desventurado burgomaestre á quien no podian rematar,

—¡Pardiez! dijo uno de ellos, jamás concluiremos con semejantes armas; necesitamos una buena espada.

Grandmont les prestó la suya, y al segundo golpe de aquella espada, que recibió en el pecho, espiró Larnelle.

Los otros convidados continuaban con guardias de vista en el comedor; de repente oyeron las blasfemias de los soldados y los moribundos gritos de Larnelle.

—¡Ah! El traidor, exclamó el abate Mouzon, hace asesinar al burgomaestre.

En aquel momento entraron los dos frailes y confirmaron aquella triste nueva; iban seguidos de Warfusée.

—Si, dijo el conde á los convidados estupefactos, si, señores, el burgomaestre ha muerto, ha muerto confesado y arrepentido de sus culpas; ha muerto despues de haber resignado su voluntad en manos de Dios y pedido perdon al emperador y á S. A.

—¡Mientest! exclamó el señor de Mouzon, el burgomaestre podia morir sin pedir perdon á nadie; solo un malvado como tú pedirá perdon cuando te llegue tu día; pero no él.

Iba á replicar Warfusée, cuando Grandmont le tocó en el hombro y le dijo algunas palabras en voz baja. Al oír aquellas palabras, palideció el conde y se retiró precipitadamente con Grandmont; á los cortos momentos volvió Grandmont y llamó al canónigo Kerkhem y al conónigo Nyes; ambos salieron dejando á los demas convidados ignorando como ellos por qué eran llamados.

Lo que habia ido á decir Grandmont al conde era que comenzaba á manifestarse en la ciudad cierta agitacion; y en efecto, se habia esparcido el rumor de que soldados españoles (y el pueblo tenia una eterna desconfianza en estos estrangeros) habian atravesado el Mosa por detrás de San Juan y los habian visto entrar por una puerta escusada en la casa de Warfusée. Y como uno de los parientes del burgomaestre, que se encontraba en el grupo donde se conversaba de aquel acontecimiento, recordó que aquel día comia Larnelle en casa del conde, y hubiese calculado que aquellos soldados pudieran muy bien haber sido llamados por él para apoderarse de Larnelle, comunicó sus sospechas á los que le rodeaban; aquellos á quienes se dirigia, participando de sus temores, corrieron inmediatamente con él á la plaza de San Juan, donde estaba situada la casa y donde hacia algun rato se oía un gran tumulto en el interior. Encontraron alli cierto número de ciudadanos que se preguntaban de donde podría proceder aquel ruido; este era un nuevo indicio de que pasaban en aquella casa sospechosas cosas extraordinarias; por tanto el primo de Larnelle se puso al punto á llamar con todas sus fuerzas. Al oír cómo resonaba el llamador, el mismo Grandmont corrió á la puerta y preguntó á través de la mirilla qué querian.

—Queremos saber, respondió el primo de Larnelle, sin dejar de llamar, si el señor burgomaestre está ahí dentro.

—Sin duda está aqui, respondió Grandmont.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Queremos hablarle, abridnos.

—¡Oh! ¿no es otra cosa? replicó el apóstata; nadie mas que el conde tiene la llave de la puerta y voy á buscarle; tened paciencia.

Como no había nada que los tranquilizase en todo esto, los ciudadanos tuvieron paciencia como se les había pedido, mas enviando al mismo tiempo por todas las calles de la ciudad mensajeros encargados de propalar que el burgomaestre estaba en peligro.

Entonces era cuando Grandmont había ido á avisar al conde.

Aproximáronse los dos á la puerta, y Warfusée la abrió por sí mismo, hizo entrar al pariente de Larnelle y otros cuatro ciudadanos, y les preguntó qué les llevaba allí.

—Dispensadnos, señor conde, dijo el pariente del burgomaestre, pero se ha esparcido el rumor de que algunos soldados españoles se habían introducido en vuestro palacio, y en este caso hemos temido por la seguridad del burgomaestre.

—Tranquilizaos, señores, respondió Warfusée, porque soy yo mismo quien ha traído esos soldados.

—Pero ¿con qué intencion, señor conde? preguntaron los ciudadanos, porque con razon ó sin ella, ya sabeis que miramos á esos soldados como enemigos nuestros.

—Escuchad, señores, dijo Warfusée mirando en derredor suyo, y viéndose apoyado por los españoles, es preciso concluir. ¿Queréis ser franceses, españoles ú holandeses?

—Queremos ser hijos de la ciudad de Lieja, y no otra cosa, respondieron los ciudadanos.

—Pues bien, entonces, ¿qué diríais si el burgomaestre Larnelle hubiera querido venderos á los franceses?

—Diríamos, respondió el primo de Larnelle, que el que lanzase semejante acusacion contra el señor burgomaestre habria mentido!

—Pues bien, señores, dijo Warfusée esciéndose cada vez mas viendo la guardia que le rodeaba, sin embargo, así es, tengo las pruebas de ello; por tanto, estais engañados.

—¿Qué queréis decir?

—Que he recibido del emperador y de S. A., monseñor Fernando, órden para castigar al traidor, y que está castigado ya.

—¿El burgomaestre está preso?

—El burgomaestre está muerto.

—¡Imposible! exclamaron los ciudadanos.

—¿Queréis verle? dijo Warfusée.

En este momento redoblaron los golpes á la puerta.

—¿Ois, caballero? dijo el primo de Larnelle, desgraciado de vos si habeis dicho la verdad, porque hé ahí la justicia del pueblo que llama á la puerta.

—Señores, señores, gritó á los de fuera uno de los ciudadanos que se encontraba en el patio y temia que antes que la puerta fuera derribada se les jugase una mala partida, señores, apaciguaos y esperad á que salgamos, os diremos todo lo que ha sucedido.

—Señores, exclamó el primo de Larnelle lanzándose á la verja que coronaba la puerta del patio, y dirigiéndose á los ciudadanos, hundid la puerta, el burgomaestre ha sido asesinado y nosotros estamos prisioneros.

Al oír estas palabras, resonó un grito terrible en la plaza, se prolongó por las calles, y volvió como un inmenso rumor, á estrellarse en la casa del conde; casi al mismo tiempo soltó la campana echada al vuelo: era el toque de rebato.

Warfusée comenzó á temblar y palidecer, porque vió que contra él y sus setenta españoles iba á caer la ciudad entera; descompusose su rostro y expresó el mas vivo terror. Los ciudadanos se aprovecharon de aquel momento para correr hácia la puerta, pero encontraron en ella á Grandmont que cerraba su paso á fin de que nadie saliese, y estaba delante de ella, con su larga espada toda ensangrentada en las manos.

—Perdouad, señores, dijo Grandmont con su calma habitual, mas yo tengo la custodia de esta puerta, y nadie saldrá por ella sino con órden del conde.

—Señores, exclamó Warfusée aproximándose á ellos, voy á abriros, pero á condicion que me conduciréis á la presencia del burgomaestre de la Cité.

—Si, sí, dijeron los ciudadanos, nos comprometemos á ello.

—¿Sin que se me haga daño alguno?

—Respondemos de vos con nuestra cabeza.

Warfusée buscó en su bolsillo, sacó de él una llave, y se puso á abrir la puerta; mas en aquel momento se posó en su hombro una mano de hierro y le llevó cuatro pasos atrás; era Grandmont.

—Un instante, mi señor, dijo el apóstata, os será muy cómodo, lo creo bien, poner os en seguridad, y dejarme aquí para que pague por vos; mas no será así; desde este momento sois mio como yo soy vuestro, nos pertenecemos el uno al otro; nos salvaremos ó moriremos juntos.

Warfusée exhaló un suspiro, porque conocia que de cualquier manera aquel hombre era mas fuerte que él; cayó pues anonadado sobre un banco.

Grandmont fué á la puerta.

—Ahora, señores ciudadanos, les dijo, si queréis salir, salid; pero acordaos siempre que soy yo quien os abre la puerta.

Los ciudadanos, viendo abierta la puerta, se lanzaron fuera sin responder siquiera á Grandmont.

—Esto es justo, murmuró éste entre dientes, cada uno para sí.

Y aprovechándose de que el pueblo estaba ocupado alrededor de aquellos á quienes habia puesto en libertad, volvió á cerrar la puerta y la atrancó con mas cuidado que antes lo estaba.

Durante un momento hubo un rumor tal,

que no se pudo oír nada. Al fin, el primo de Larnelle consiguió colocarse sobre un poste, y entonces todos se callaron.

—¡Ciudadanos de Lieja! exclamó, ¡a las armas! Nuestro señor burgomaestre ha sido asesinado. ¡A las armas! ¡a las armas!

El grito provocador fué repetido al instante mismo por veinte mil bocas; cada uno se precipitó por su lado, y á poco los que se habian armado primero volvieron contra la casa, mientras los demas corrian por las calles gritando:

—¡Sus, sus, ciudadanos de Lieja! ¡a las armas, á las armas! ¡El señor burgomaestre ha sido asesinado!

Entonces, como una inmensa marea, toda la ciudad chocó contra las paredes del edificio pronunciando horribles imprecaciones de venganza. Los unos se lanzaban contra la puerta con palancas y vigas, los otros se arrojaban á nado á fin de atravesar el brazo del Mosa, y penetrar por los jardines. Warfusée escuchaba todos aquellos ruidos de muerte, como un hombre sentenciado ya; Grandmont le miraba con una sonrisa de compasion.

En aquel momento vió el conde á Jasper, el guardia de Larnelle, y dirigiéndose á él precipitadamente,

—Jasper, amigo mio, le dijo, tú que eres conocido, sube á la verja y díles que el burgomaestre ha sido asesinado porque era un traidor.

Jasper subió á la verja, pero en lugar de decir lo que el conde deseaba:

—Señores ciudadanos, gritó, ¡valor, valor! han asesinado á mi señor, y ahora aquí los teneis temblando.

—No yo, dijo Grandmont.

—¿Qué estás diciendo, mi buen Jasper? dijo Warfusée.

—Dice que sois un cobarde, replicó Grandmont, y dígela verdad. Entraos, y dejadme defenderme con mis hombres.

Warfusée obedeció.

Grandmont, desembarazado del conde, llamó entonces algunos soldados á su rededor, y se preparó á hacer resistencia.

En tanto, los convidados en el salon del piso bajo, oían los alaridos de los ciudadanos, y juzgando por el ruido creciente que las cosas iban mal para Warfusée, recordaban ánimo, mientras que los soldados, por el contrario, dándose con el codo, mirándose de lado y hablando bajo entre sí, perdian su seguridad. Entonces el señor de Saisans, dirigiéndose á ellos:

—Amigos míos, dijo, somos vuestros prisioneros, respondeis de nosotros con vuestras cabezas: custodiadnos bien, é impedid que nos suceda desgracia alguna; protegednos contra el conde de Warfusée, y por nuestra parte, si los ciudadanos son mas fuertes, os protegeremos de ellos.

—Es cosa convenida, respondieron los sol-

dados, y cerraron por dentro la puerta del salon.

Al mismo tiempo y de repente, se oyó un gran ruido seguido de algunos disparos de fusil; eran los ciudadanos que acababan de escalar las paredes del jardin. Al mismo tiempo resonó en el patio el mismo ruido; era forzada la puerta, y la oleada que batía las paredes comenzaba á entrar en la casa.

Entonces el abate Mouzon se lanzó á una ventana, y viendo llenarse el patio de ciudadanos:

—¡Señores! gritó, salvadnos; Sebastian Larnelle ha sido asesinado, y nosotros estamos en peligro de morir.

En aquel momento el abate Mouzon sintió que le abrazaban sus rodillas; se volvió á mirar: eran las dos hijas de Warfusée que le estaban implorando.

A su llamamiento los ciudadanos habian redoblado sus esfuerzos; Grandmont hizo una resistencia desesperada, mas al fin cayó herido de un balazo, y pasaron sobre su cuerpo. En un momento estuvieron rotas todas las puertas; el señor de Saisans, para cumplir su promesa, quiere proteger á los soldados, pero son destrozados antes que haya logrado hacerse oír: el abate Mouzon, para salvar á las hijas del asesino, tiene que cogerlas en sus brazos y llevarlas él mismo hasta el Mosa; aqui las confia á algunos ciudadanos, que las llevan á la casa ayuntamiento.

En tanto, el señor de Saisans ha tomado un arcabúz de manos de uno de los muertos, y se pone á la cabeza del populacho, que dirige, porque espera que acaso Larnelle todavía vive, y que será posible salvarle. Lánzase hácia la parte á donde ha oído los gritos; una puerta está cerrada; empujan veinte brazos, la puerta cede, y ven á Larnelle desfigurado, cubierto de heridas, y completamente muerto.

Ya no es entonces la justicia, ya no es la cólera, es la rabia. Preguntan donde está el conde, le llaman, le buscan, quieren hacerle pedazos, todos tienen sed de una gota siquiera de su sangre. De repente, de una habitacion donde van á entrar, parte una descarga de fusilería que hiere y mata á muchos ciudadanos. Unos veinte soldados españoles están atrincherados en aquella habitacion: una voz los anima á defenderse: esta voz es la de Warfusée. De modo que está allí, no ha huido, le cogerán muerto ó vivo: está bien.

Todos acuden allí, se oprimen, se apresuran: los soldados españoles hacen otra descarga; los cadáveres obstruyen la puerta; los ciudadanos responden gritando:

—¡Warfusée, Warfusée!

Entonces uno de los soldados cree hallar un medio de salvarse.

—Si se nos perdona la vida, os la entregamos, grita el español.

—¡Warfusée, Warfusée! gritan todas las bocas,

—Vedle aqui, esclama el soldado arrebatándole del lecho donde está tendido.

—¡Amigos míos, amigos míos! grita el conde agarrándose á los colchones.

—¿Dónde está, dónde está? pregunta el primo de Larnelle, que se lanza dentro de la habitación.

—Vedle aqui, dicen los españoles, tomad, apoderaos de él.

—¡Amigos míos! esclama el conde abrazando las rodillas de los ciudadanos, conducidme al ayuntamiento, á la presencia del segundo burgomaestre.

—Si, si, ven, vamos á conducirte allá, contestan á gritos los ciudadanos que le arrastran.

—¡Aqui está, aqui está! dicen todos á una voz.

—¡Que muera, que muera! ¡la muerte al asesino!

En aquel momento los ciudadanos que habian cogido á Warfusée llegaban á la escalera del patio; llenaba este el pueblo que gritaba: ¡muera, muera! Impelieron al prisionero, que bajó rápidamente los escalones y cayó de rodillas; al mismo tiempo se lanza un ciudadano sobre él y le hiere de una estocada. Warfusée arrojó un tremendo grito, quiso levantarse para volver á subir los escalones, mas cuando ponía el pie en el primero, le derribó en tierra un hachazo. Desde aquel momento no se vió ya nada mas: el populacho cayó sobre él como una jauría, le arrancaron los vestidos, le pisotearon, le horadaron el talon, atravesaron por el agujero una correa, y le arrastraron por las calles, cuyo polvo convertía en barro con su sangre: pónese su cuerpo en lo alto de un patíbulo levantado en la puerta del Mercado, córtanle en seguida la cabeza y las manos, y van á clavarlas en las distintas puertas de la ciudad; en fin, queman su cuerpo, y sus cenizas son arrojadas al Mosa.

De este modo se entretuvo el populacho tres dias enteros con aquel cadáver, hasta que ya nada quedó de él, habiendo desaparecido hecho polvo su último átomo.

En cuanto á Sebastian Larnelle, su cuerpo permaneció espuesto muchos dias con el rostro y pecho al descubierto, á fin de que pudiesen verse sus heridas, en la nave de la catedral, á donde hombres, mugeres y niños iban devotamente á rezar sus plegarias: despues se le depositó al lado de su antiguo amigo Beckmaun; y sobre el sepulcro de los dos mártires, los diferentes gremios de oficios, inclinando sucesivamente sus estandartes, juraron en nombre de Dios, de Nuestra Señora y de San Lamberto, patron de la ciudad de Lieja, morir si fuere necesario, como ellos habian muerto, por la conservacion de sus privilegios y libertades.

En 99 se abrió el sepulcro de Larnelle: el cuerpo habia permanecido intacto, en el mismo estado que cuando se le depositó allí mas de siglo y medio hacia.

Lo cual hizo creer á un gran número de gentes, que no solo era un mártir, sino tambien un santo.

## AIX-LA-CHAPELLE.

Los liejeses cumplieron el juramento que habian hecho sobre la tumba de Larnelle, porque de 1737 á 1794, su existencia no fué mas que una lucha prolongada contra sus obispos; en 1794 nos apoderamos de Lieja é hicimos de ella la capital del departamento del Ourthe. En 1815, fué comprendida en la circunscripcion del nuevo reino de los Países Bajos. En fin, en 1830, habiendo hecho por su parte su pequeña revolucion, se separó de la Holanda y se encontró de grado ó por fuerza, reunida á sus buenas amigas Brujas, Gante, Amberes y Bruselas. El público ha podido juzgar de la afeccion que les concede.

Por lo demas, desde donde nosotros estábamos, en aquella azotea, en donde yo acababa de disfrutar á la vez de tan buen almuerzo y tan excelente curso de historia, me encontraba maravillosamente colocado para ver, sin molestarme, todos los sitios donde habian acaecido los hechos importantes que el señor Polain acababa de referirme. Asi, desde aquel punto situado al pie de la ciudadela, tenia á mi izquierda á Herstal, cuna de los reyes de la segunda raza, donde nació Pepino el Craso, padre de Carlos Martel, y abuelo de Pepino el Breve, y al extremo derecho, el castillo de Ranigulo, de donde Godofredo de Bouillon partió para Tierra Santa. Despues colocados entre estos dos grandes recuerdos, yendo siempre de izquierda á derecha, del Sur al Oeste, mas allá del Ourthe, al punto desde el que Boufflers bombardeó la ciudad en 1694: del lado del Mosa, casi á mis pies, al extremo de la calle Hors-Chateau, la iglesia de San Bartolomé, la mas antigua de Lieja; dirigiendo seguidamente mi vista al Ourthe, el puente de Amercœur, desde donde el duque de Borgoña hizo arrojar á los ciudadanos sublevados, y que ha conservado de este triste recuerdo su doloroso nombre. Mas allá de este puente, el barrio de donde Dumouriez, en 92 desalojó á los imperiales, y que estos quemaron al retirarse, el cual reconstruido por el primer cónsul, conservó por algun tiempo el titulo de barrio Bonaparte, tomando posteriormente el de barrio de Amercœur, por haber dejado un recuerdo mas indeleble la antigua catástrofe que el reciente beneficio: luego, sobre el muelle, por bajo de la iglesia de San Bartolo-

mé, la casa del señor Curtio, con sus trescientas sesenta y cinco ventanas, con su historia completa y su diabólica tradición. El palacio de Justicia, en otro tiempo el palacio del príncipe obispo, con un lindo patio rodeado de columnas del siglo XIV y su retrato de Guillermo de la Marek, el famoso Jabali de las Ardenas, esculpido en el cuarto pilar de la derecha, entrando por la plaza de San Lamberto. Despues, mas allá de la Universidad, entre el Seminario y el barrio de Avoy-Saint-Jacques, la maravilla de Lieja, con su arquitectura á la vez gótica y árabe; San Pablo, convertido en catedral desde 1793, época en que los cedió á San Lamberto, la antigua metrópoli, que cayó como caian las reinas en aquel tiempo, derribadas por el pueblo. San Juan y su torre bizantina, la casa de Warfusée, de sangrienta memoria, de que no queda junto al Mosa mas que la poterna por donde entraron los españoles. En la misma línea, y mas allá del barrio de San Gil. Los benedictinos de San Lorenzo que no deben confundirse con los de San Mauro, famosos los últimos por sus crónicas históricas, y los primeros por su crónica escandalosa. Mas allá la iglesia de San Martin; la primera en que por las súplicas de una religiosa, llamada sor Juliana, que habia soñado ver la luna dividida, permitió el papa la institucion del *Corpus*, que se difundió por todo el mundo cristiano y que no ha cesado todavía en Francia. En fin, la casa de campo donde el obispo Enrique de Gúeldres se vanagloriaba de haber tenido veinte y nueve bastardos en un año, y que de aquella proeza monacal ha conservado el nombre de Bastardasia.

Despues de haber abrazado todo el conjunto de la ciudad, espresé al señor Polain mi deseo de examinar algunos detalles. Entonces con su ordinaria complacencia me ofreció acompañarme; era muy excelente *ciceroni* para que no lo aceptase, á riesgo de ser indiscreto.

A medida que andábamos, me hizo notar que Lieja era acaso la ciudad que ha bautizado sus calles y barrios con mayor número de nombres propios; en efecto, atravesamos sucesivamente las calles de Lannelle, Gretry y Berthollet (4) y esperaba que se llamase calle de Robertson, ó calle Temida, la primera que se abriese; esto es tanto mas meritorio cuanto que Lieja es una ciudad completamente industrial, y por esta cualidad es preciso agradecerla no haya despreciado soberanamente todo lo que sea historia, arte ó ciencia.

Terminada nuestra correría, fui á arreglar mis cuentas con la fonda de Albion, y no encontré mas que á la criada. Pregunté lo que debia y se me respondió que veinte y siete francos.

(4) Este es el Berthollet en quien La Brinvilliers ensayó algunos de sus venenos y que le sirvió algun tiempo de amante y de alambique.

Me pareció esto algo caro por una noche tan solo pasada en una posada; así aventuré algunas observaciones acerca de la suma; mas entonces la doncella Vergenia me hizo notar que habia dado treinta sus al comisionista que habia llevado mi equipage. Reconoc la verdad del dicho; pero este adelanto por mas lisonjero que fuese, como prueba de confianza, no reduciria la cuenta mas que á veinte y cinco francos y cincuenta céntimos. Me permití, pues, insistir de nuevo pidiendo detalles.

—Pero, dijo la jóven, el señor ha pedido de cenar ayer noche.

—Verdad es, respondí, pero no me han servido la cena.

—Y esta mañana el señor ha pedido un carruaje.

—Tambien es verdad, pero no se ha encontrado.

—¡Ah! eso no obsta, respondió la doncella.

Permanecí un instante confundido bajo la lógica de aquel razonamiento; pero no dándome por convencido, quise hablar á la huésped.

—¡Ah! eso es imposible, me respondió la criada, es el dia de devocion de la señora: está rezando.

—¿Y el señor Valentin?

—Ha ido por los huevos.

Me volví hácia el señor Polain.

—¿A qué hora marcha el vapor de Aix-la-Chapelle? le pregunté.

—Dentro de una media hora próximamente, me respondió.

Vi que no tenia tiempo de entablar un pleito con mi huésped; arrojé treinta francos sobre la mesa y salí.

—Gracias, señor flamenco, dijo la doncella acompañándome hasta la puerta.

Cogí mi album y escribí: *Errata*: en lugar de: *Lieja á VISTA DE PAJARO*: léase: *Lieja VISTA A ROBO DE POSADA* (4).

Llegamos al patio de las diligencias precisamente en el momento en que enganchaban los caballos al carruaje. Felizmente quedaban tres asientos de interior. Corro al despacho y tomo un billete: iba á meterle en el bolsillo sin leerlo, cuando el señor Polain me indicó le dirigiese la vista.

Para mayor comodidad de los viajeros, estaba redactado mitad en alemán, mitad en francés; vi en él que tenia el cuarto asiento, y que me estaba prohibido cambiar con el de mi lado, aun con su consentimiento. Esta disciplina completamente militar, mas aun que la jerga infernal del postillon, me hizo conocer que íbamos á entrar en los dominios de S. M. Federico Guillermo.

(4) El autor usa de un equivoco cuyo equivalente no tenemos en español. *Vol* significa en francés *robo* y *vusto*, de modo que en el original dice: *Liege vu A VOL D'OISEAU*; *liser*: *Liege vu A VOL D'AUBERGE*.  
(N. del T.)

Abracé al señor Polain y me instalé en mi asiento. A la hora fijada partió el carruage.

Como yo tenía un rincón, la tiranía de S. M. el rey de Prusia no me parecía muy insoportable, y aun debo confesar que me dormí con un sueño tan profundo como si hubiera recorrido el país más libre de la tierra; mas á las tres de la madrugada próximamente, es decir, al amanecer, me despertó la inmovilidad misma del carruage.

Al principio creí que sería un accidente cualquiera, que nos habíamos enganchado ó atollado, y asomé la cabeza por la portezuela. Me engañaba, ningún accidente había sucedido, y estábamos solos en el más bonito camino del mundo.

Saqué mi billete del bolsillo y le volví á leer desde el principio al fin, y habiéndome asegurado de que no me prohibía hablar al que estaba á mi lado, le pregunté si hacía ya mucho tiempo que estábamos detenidos.

—Hace unos veinte minutos, me dijo.

—Y, sin que sea indiscreción, continué, ¿puedo preguntaros qué es lo que hacemos aquí?

—Esperamos.

—¡Ah! esperamos. ¿Y qué esperamos?

—Esperamos la hora.

—¿Qué hora?

—La hora en que tenemos derecho de llegar.

—¿Pues qué, hay hora señalada?

—Todo se fija en Prusia.

—¿Y si llegásemos antes de esa hora?

—Sería castigado el conductor.

—¿Y si después?

—Sería castigado también.

—¡Oh! eso está muy bien dispuesto.

—Todo está bien dispuesto en Prusia.

Me incliné en señal de asentimiento; por nada de este mundo hubiera yo querido contrariar á una persona que me parecía tener tan íntima convicción política, y que por lo demás respondía de un modo tan complaciente y lacónico á mis preguntas. Mi aprobación pareció agradarle, esto me animó y continué:

—Perdonad, caballero, mas ¿cuál es la hora en que el conductor debe llegar á Aix-la-Chapelle?

—A las cuatro y treinta y cinco minutos de la mañana.

—¿Pero y si mi reloj se atrasa?

—Los relojes no se atrasan nunca en Prusia.

—Explicadme algo acerca de eso, me causará mucho placer.

—Es muy sencillo.

—Veamos.

—El conductor tiene bajo llave, frente á su asiento, en su cabriolé, un reloj arreglado por el de la casa de diligencias. Sabe que á tal hora debe estar en tal aldea, á tal hora en tal otra, y apresura y detiene á los postillones,

de modo que entra en el patio de las diligencias á las cuatro y treinta y cinco minutos.

—Siento muchísimo molestaros como lo hago, caballero, pero os conducis con tanta amabilidad....

—Decid, caballero.

—Pero con todas esas precauciones, ¿en qué consiste que nos vemos obligados á esperar?

—Es que el mayoral ó conductor habrá hecho como vos, se habrá dormido, y el postillon se habrá aprovechado de ello para andar más de prisa.

—¡Oh! entonces voy á aprovecharme de esta parada para bajar un poco del carruage.

—En Prusia no se baja nadie del carruage.

—¡Ah! eso es muy cómodo; y sin embargo, yo tenía deseo de ver aquel castillo que está del lado vuestro.

—Ese es el castillo de Emmaburgh.

—¿Y qué es el castillo de Emmaburgh?

—Donde sucedió la aventura nocturna de Eginhard y Emma.

—¡Ah! ciertamente. Tened la bondad de cambiar de sitio conmigo, que lo vea al menos por la portezuela.

—Lo haría con el mayor placer, caballero, pero no se cambia de asiento en Prusia.

—¡Oh, caramba! eso es justo. ¡Y yo que lo había olvidado! Dispensad, caballero, no he dicho nada.

—Estos diálogos de franceses ser muy habladores, dijo sin abrir los ojos un corpulento alemán que estaba colocado con mucha gravedad en el rincón frente á mí, y que no había desplegado sus labios desde nuestra salida de Lieja.

—¿Qué decís, caballero? repliqué volviéndome apresuradamente hácia él, muy medianamente satisfecho con su observación.

—No decir cho nada.

—Hacéis muy bien en dormir, mas no soñéis en voz alta. O si soñáis, hablad en vuestro idioma materno.

El alemán se puso á roncar.

—Postillon, *vor warts!* gritó el conductor.

La diligencia partió al gran galope. Me apresuré á dirigir una mirada por la portezuela para descubrir al menos las poéticas ruinas que acababa de indicarme mi político vecino; desgraciadamente, el camino hacia un recodo y ya habían desaparecido.

A las cuatro y treinta y cinco minutos, ni un segundo más, ni un segundo menos, entráramos en el patio de la casa de diligencias. Pocas ciudades corresponden á la idea que nos hemos formado de ellas por su nombre ó por el papel que representan en la historia; bajo este concepto estaba acostumbrado á los desengaños, pero confieso que cuando llegué á las cuatro de la mañana á la plaza del Ayuntamiento, cuando ví elevarse el sol por detrás del monumento del burgomaestre Choro, cuan-

do vi desierta aquella gran plaza, en la que se elevaba como un espectro de bronce, la estatua del anciano emperador, con su águila rara de erizadas plumas, forzoso me fué reconocer la capital de los reyes francos, y saludar con respeto la ciudad imperial, como la llaman todavía hoy sus habitantes.

No haremos la historia de Aix-la-Chapelle. Una sombra colosal se levanta entre la ciudad moderna y la ciudad antigua; esta es la de Carlo-Magno, que nació en ella en 742, y murió allí en 814. Parece que en aquella ciudad no había nada antes, y que no hubo nada despues.

Es que Carlo-Magno, ó mas bien Karl el Grande, verdadero rey teuton, amaba á Aix-la-Chapelle, su ciudad alemana, mucho mas que á Paris, su ciudad francesa. Asi, todavía hoy, Aix-la-Chapelle está toda llena con sus recuerdos, y no hay una antigua piedra á que el pueblo no una el recuerdo de su antiguo emperador.

## LAS PEQUEÑAS Y LAS GRANDES RELIQUIAS.

Mi primera escursión al salir de la fonda del Gran Monarca, que había elegido para mi residencia, fué á la gran plaza que había atravesado al salir el sol, y que volvía á ver en toda la plenitud de su estilo. La estatua del emperador Carlos, del género de la época de Maximiliano; su antigua águila de bronce con plumas de un color oscuro y erizadas; su palacio macizo del siglo XIV, con su torre de Granus y la del Mercado, constituyen efectivamente la ciudad donde se coronaron todos aquellos emperadores, espectros históricos que se nos aparecían en sueños, arrastrando en la noche del pasado sus sudarios de bronce.

Como decíamos, el ayuntamiento, edificado en el siglo XIV por el burgomaestre Choro, está situado en el mismo sitio en que debía construirse el palacio del grande emperador. Ninguna parte del edificio data de aquella época, es verdad, pero al echar en 1730 los cimientos de su inmensa escalinata, descubrió el arquitecto Conven, á una profundidad de quince pies, una vasta escalera circular, que por la solidez de su construcción podía con alguna seguridad hacerse remontar al siglo VIII. Este descubrimiento cambió en convicción la probabilidad tradicional de que el ayuntamiento gótico estaba situado en el sitio mismo en que se elevaba el palacio romano.

Aquel palacio del ayuntamiento, muy notable por lo demas, al exterior, no conserva

en lo interior ningun gran recuerdo particular; por otra parte, el tiempo y las necesidades del consejo municipal, han cambiado sus disposiciones; el salon de la coronación de los emperadores, que tenía ciento sesenta y dos pies de largo, se ha creído demasiado grande, y hoy está dividido en dos por un tabique: parece que se ha acomodado á la talla de los que le ocupan.

La antigua catedral, aunque ha sufrido algunos cambios sucesivos, continúa siendo, sin embargo, la catedral construida por Carlo-Magno. Se entra en ella por la misma puerta que entró el lobo, y el animal espiatorio está todavía sentado á la izquierda del pórtico, sobre su pedestal de bronce, en memoria del servicio que prestó á la ciudad. Cuando pasó Napoleon por Aix-la-Chapelle, el moderno Carlo-Magno le tocó con la punta de su espada, y fué enviado á Paris con las columnas de granito que sostenían la rotonda del templo; frente al lobo está en una columna paralela á la suya, una enorme piña de bronce, cuya significación ignoro completamente. Acerca de esto hice muchas preguntas á los habitantes, pero generalmente me respondían que era el alma del pobre lobo (1). A falta de explicación mejor, forzoso me fué contentarme con esta.

Entré en la catedral: en medio del octógono está la tumba de Carlo-Magno, es decir, una piedra colosal á flor de tierra con esta sencilla inscripción: CAROLO-MAGNO. Encima de ella hay una araña enorme de plata, que tiene la forma de una corona: es un presente de Federico I á la iglesia, ó mas bien, un homenaje á la memoria de Carlo-Magno.

Desgraciadamente para el poeta ó el historiador que van á inclinarse ante ella, aquella tumba no es mas que un sarcófago; y aun había desaparecido completamente, y borrado de la superficie por dos invasiones sucesivas de normandos, se ignoraba hasta el sitio donde yacía el grande emperador cuando en 997 mandó Othon III hacer escavaciones, y al fin volvieron á descubrir el panteon; estaba tal como cuenta la crónica, con su pavimento de oro, tapizado con banderas, y su anciano emperador sentado. Sea piedad ó impiedad, Othon puso su mano en Carlo-Magno; su cuerpo fué depositado en una urna de plata. El trono en que estaba sentado se sacó del sepulcro, así como la cruz de oro, la corona, el globo, el libro de los Evangelios y la espada, cuyos objetos sirvieron despues en la coronación de los emperadores, y que en medio de las revoluciones sucesivas, se han estraviado; de modo que de todo aquello no queda mas que el trono, y aun este despojado de la hoja de oro que le cubría; la misma lápida del sepulcro desapareció, y fué reemplazada por la que hay hoy, encontrándose la primera en la pared de la parte izquierda de la iglesia.

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

Mientras que con la cabeza inclinada sobre la losa cineraria del antiguo emperador, recordaba algunos versos del precioso monólogo de Carlos V, se me acercaron dos hombres ofreciéndose á enseñarme uno el trono, y el otro las pequeñas reliquias; pregunté si no podia entenderme para todo con uno mismo, sabiendo las consecuencias desagradables que ocasiona de ordinario para la bolsa del viajero ese cambio de cicerones. Mas me respondieron que el trono pertenecia al sacristan, y las pequeñas reliquias al pertiguero. Esta division de empleo me pareció tan bien hecha, que comprendiendo que no daba lugar á reclamacion, dije al pertiguero me esperase y seguí al sacristan.

Me hizo subir por una escalera de piedra al piso principal, llamado Hochmünster. Aqui es donde está aquel famoso trono de que tanto se habla en las crónicas, en el que estaba sentado Carlo-Magno en su panteon, y en el que, en memoria de este hecho, se sentaban los emperadores el día de su coronacion. Está cubierto con una tapa de tablas que se abre por medio de una llave; no, ¡ay! para conservar las planchas de oro que le cubrian, porque segun dijo el guia, las necesidades de la iglesia han obligado al cabildo á venderlas, sino para sustraerle á las miradas de los curiosos, que si podian verle gratis privarian con esa facilidad al sacristan de los únicos gages que probablemente le proporciona la iglesia.

Es un gran sillón de mármol macizo, de forma romana, como los que se ven hoy todavía en ciertas basílicas, colocado sobre cinco escalones, y que debe efectivamente ser de la época cuya fecha lleva. Mi sacristan viendo la veneracion con que yo le miraba, me dijo, que el emperador Napoleon no se habia atrevido á sentarse en él, sin duda, añadió, porque era un usurpador; pero que por la noche la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, habia mandado abrir las puertas, subió sola al Hochmünster, y aprovechándose de que en aquella época no estaba todavía el trono encerrado, se habia sentado en él irreligiosamente; pero que al punto se oyó un grito, subieron y se encontraron á la emperatriz desmayada.

Al volver en si habia contado que apenas estuvo en el trono se la habia aparecido el emperador Carlo-Magno y la habia predicho cosas tan temibles, que en parte por espanto del presente y en parte por recelos del porvenir, no habia tenido fuerzas para oirlas, y pidió socorro. Mi sacristan no dudaba que en aquella conferencia entre la emperatriz y el espectro se habia tratado de Leipsick, de Waterloo y Santa Elena.

Hallábame yo á mi pesar bajo la influencia de las poéticas tradiciones que han acompañado la sombra del antiguo emperador á través de los siglos. Veia á Napoleon negándose á colocarse en aquel trono y á Josefina, la indolen-

te y curiosa criolla, yendo furtivamente á sentarse en él, cuando mi hombre equivocándose sin duda en cuanto á la causa de la atencion con que miraba yo el régio sôlío, despues de haber inspeccionado el Hochmünster y la escalera que á él conduce, se me acercó y me dijo á media voz que por cinco francos podia sentarme en el trono, y experimentar por espacio de cinco minutos una satisfaccion imperial. Era mal elegido el momento para hacerme semejante ofrecimiento; le respondí, pues, que no tenia la pretension de ser mas atrevido que Napoleon, y que no queria esponerme á la cólera de Carlo-Magno, como habia hecho Josefina. Entonces el buen sacristan, que veia se le escapaba la moneda de cinco francos por su misma culpa: movió la cabeza.

—¡Oh! caballero, me dijo, se cuentan una porcion de tontunas por ese estilo; pero en el fondo acaso no sea cierto.

Le dí tres francos por aquellas tonterías, ciertas ó no, lo cual le consoló un poco al parecer, y me dirigí á donde estaba el pertiguero.

Este sabia mejor su oficio. Antes de entrar en la sacristía, me dijo:

—Caballero, sabreis que ver las pequeñas reliquias cuesta siete francos.

—No, le respondí, no lo sabia; pero eso no importa si esas pequeñas reliquias lo merecen.

—¡Oh! ya lo creo, caballero.

—¡Y bien! vamos, ¿qué me enseñareis por siete francos?

—Os enseñaré el cíngulo de Nuestro Señor Jesucristo, de cuero.

—¿Su verdadero cíngulo?

—¡Oh! caballero, ¡ya lo creo! El emperador Carlo-Magno le selló por sí mismo en sus dos extremos con su sello, en prueba de que es el mismo.

—¡Ah! ¡ah!

—Os enseñaré parte de las cuerdas con que fué atado Nuestro Señor Jesucristo.

—¡Ah!

—Os enseñaré un fragmento de uno de los clavos que sirvieron para clavarle en la cruz; parte de la esponja empapada en hiel y vinagre que sus verdugos le presentaron, y parte de las disciplinas con que fué azotado.

—¿Me enseñareis todo eso?

—Y no es eso todo.

—¡Si!

—Os enseñaré el cinturón de la Virgen, la cabeza de San Anastasio, el brazo con que el gran sacerdote Simeon tuvo al Niño Jesus, la sangre y los huesos de San Estéban mártir, sobre lo que los reyes romanos prestaban sus juramentos; un anillo de la cadena que tenia San Pedro en su prision, aceite de Santa Catalina, y...

—¡Todo eso por siete francos!

—Si, caballero, es como quien dice, por nada; pero ¿qué quereis? hay tan poca religion

en nuestra época, que es preciso bajar el precio; hace cien años no hubiésteis visto todo por un luis.

—¡Diantre! entonces he hecho bien en venir al mundo en 1803.

—Pero también, si queréis dar más, no está prohibido.

—Lo concibo; pero con vuestro permiso me atenderé al precio corriente.

—Es que aun no os he dicho todo lo que hay aquí.

—¿No me habeis dicho todo?

—¡Oh! no, caballero, tenemos además cabellos de San Juan Bautista; maná; fragmentos de la vara de Aaron; las tres reliquias que tenía Carlo-Magno al cuello en su sepulcro.

—¿Y qué son?

—Un frasquito de cristal que contiene cabellos de la Virgen, su retrato, pintado por San Lucas, y un pedazo de la verdadera cruz.

—El mismo que había sido llevado por un ángel, y que perdido por Pepino, fué reconquistado por Rolando del gigante de la esmeralda?

—El mismo, caballero; y además el cuerno de caza de marfil de Carlo-Magno, su cabeza y su brazo; además... En fin, caballero, ya veis cuanto hay que ver por siete francos.

Exhalé un profundo suspiro viendo profanadas de este modo las cosas santas, y entré. El pertiguero me enseñó todo lo que había dicho, me explicó cada cosa con su voz de perito tasador, tocando irreligiosamente todos aquellos objetos, cuya antigüedad, al menos, hubiese debido respetar.

El hecho es que una parte de esas reliquias, que la codicia más que la religión ha conservado, la envió al emperador Carlo-Magno en 799, Juan, patriarca de Jerusalem; que otra parte se la regaló Aaron, rey de Persia, quien le hizo al mismo tiempo donación de Jerusalem y los Santos Lugares, herencia que es ya tiempo de reclamar, y las demás se las enviaron de Constantinopla, como lo hizo él mismo constar en un diploma sellado con su sello.

Besé el fragmento de la cruz, porque si no había tocado á Jesucristo, había tocado á Carlo-Magno.

En seguida pedí permiso para ver las grandes reliquias, porque sabía que existían aun otros objetos santos, que espuestos cada siete años, habían atraído, por ejemplo, á Aix-la-Chapelle en 1496, ciento cuarenta y dos peregrinos, los cuales habían dejado de limosna en el cepillo de la iglesia 80,000 florines de oro.

Desgraciadamente, no se esponen más que cada siete años, y en el intervalo á nadie se enseñan sino á las testas coronadas; como yo no estaba comprendido en esta categoría, ofrecí al pertiguero elevar la suma de siete francos á quince, si quería considerarme como un emperador, ó al menos como un rey. Me respondió que por quince francos me considera-

ría mucho más que todo eso, pero que no tenía la llave. Debo decir de paso que esta falta de confianza le hería al parecer profundamente.

Las grandes reliquias se componen:

1.º Del vestido que tenía puesto la Virgen cuando nació Jesucristo. Es de algodón, y tiene cinco pies y medio de largo.

2.º De las mantillas que envolvieron al Salvador en el pesebre.

3.º Del lienzo sobre el que fué decapitado San Juan Bautista.

4.º De la tela que ciñó la parte inferior del tronco de Nuestro Señor en la cruz.

Todas las reliquias están empaquetadas cada una en una tela de seda, que se corta en cada exposición, y cuyos pedazos se distribuyen entre las personas presentes.

Por lo demás, el pertiguero, al parecer, no hacía mucho precio de las grandes reliquias, y si yo hubiese querido tan solo darle diez francos en vez de siete, creo me hubiera confesado que no creía en ellas.

## LOS DOS JOROBADOS.—EL FRANKENBERG. —LA CALLE DE LOS DUENDES.

Un carruaje que había yo alquilado para hacer una correría por las inmediaciones de Aix-la-Chapelle, me esperaba á la puerta de la iglesia. Monté en él, y mandé al cochero me condujese al mercado de los Pescados; porque el mercado de los Pescados es célebre, no solo por sus anguilas del Mosa y sus carpas del Rhin, sino también por una antigua tradición que se remonta al día de San Mateo del año de Nuestro Señor 1349.

El día, pues, de San Mateo del año 1349, un pobre músico jorobado que había tocado en el baile de una boda en una aldea, se volvía con los tres florines que había ganado metidos en su bolsillo, cuando al llegar á la lonja le asombró ver la plaza del Pescado perfectamente iluminada. Acababan de dar las doce de la noche en la catedral, y como no era esta la hora del mercado, el pobre músico, creyendo que aquella noche se celebraba en Aix alguna festividad particular de que su calendario no le había prevenido, se dirigió hácia las luces, esperando que si como creía, se regocijaban allí, su violín no sería peor recibido que en otra parte.

En efecto, hallábase en la plaza una alegre reunión; todos los puestos de los vendedores de pescado estaban iluminados con tal profusión, que el músico se preguntaba cómo ha-

bian podido encontrar tantas bugias en la ciudad. Humeantes viandas estaban servidas en platos de oro; los vinos mas esquisitos reflejaban en vasijas de cristal sus colores de topacio y de rubi; en fin, un gran número de señoras jóvenes de las mas elegantes, y caballeros perfectamente vestidos hacian honor al banquete, que tocaba á su fin. Al ver aquello, no dudando el músico que se hallaba en medio de un conventículo, quiso huir; mas al volverse, se encontró tras de sí pages y lacayos que le cerraron el paso, y le mandaron en nombre de su señor y su señora, subiese en una mesa y tocase el violin.

Jamás el pobre músico, que aun en estado de completa tranquilidad tocaba con compás con gran trabajo, habia estado en disposicion de tocar peor; cuando con gran admiracion suya, á la primera vez que pasó el arco, sus dedos se pusieron á recorrer las cuerdas con una rapidez y tal precision en el compás, que hubiesen hecho honor á Paganini ó á Beriot. Al mismo tiempo se oyeron en el espacio sonidos de tan gran suavidad que el pobre diablo no podia creer fuesen producidos por él, y eligiendo cada caballero su pareja, comenzó un wals diabólico, uno de esos walses como los de Fausto y como los describe Boulanger, precipitándose, agolpándose, retorciéndose con los mil repliegues de una inmensa serpiente, y todo esto con gritos de júbilo, carcajadas, contorsiones tan estrañas, que le sobrecogió un vértigo al músico sobre su mesa, y no pudiendo contenerse en su sitio, saltó de su improvisado trono, se lanzó de un brinco en medio del círculo, y allí, saltando ya sobre un pie, ya sobre el otro, llevando de ese modo el compás cada vez mas rápido concluyó á su vez por gritar, reir, y patear con tal fuerza que al fin del baile, estaba tan cansado como los que walsaban.

Entonces una hermosa dama se aproximó á él llevando en una bandeja de plata una copa de oro llena de vino delicioso, que el músico bebió hasta la última gota; al mismo tiempo le quitaban dos pages su vestido, y la dama aplicándole la bandeja á su joroba, cogió un fino cuchillo de hoja de oro, y sin el menor dolor le quitó la escrescencia que habia llevado hasta entonces pacientemente entre sus hombros. Al fin, un caballero de buena presencia, echó en la copa vacía, y para reemplazar al vino que habia bebido, un pañado de florines de oro que sacó de su escarcela: el pobre músico viendo que hasta allí no le habian hecho mas que beneficios, dejaba obrar á los apuestos señores y lindas damas, confundiéudose en excusas sobre el trabajo que se tomaban, cuando de repente cantó un gallo en las inmediaciones; en el mismo instante, bugias, cena, vinos, damas, caballeros, pages, todo desapareció como si la misma boca de la nada hubiese dirigido su soplo allí, y se encontró solo en la oscuridad, sin

joroba, con su violin y su arco en una mano, y en la otra su copa llena de oro.

Permaneció un momento completamente aturrido, como si acabara de tener un sueño, mas habiéndose tranquilizado poco á poco, vió que estaba muy despierto, hablándose á sí mismo, y felicitándose en alta voz de la dicha que habia tenido. Tomó el camino de su casa, tocó á la puerta y llamó. Su muger se levantó al punto y fué á abrirle; mas al ver á aquel hombre perfectamente derecho, en quien esperaba hallar un jorobado, volvió á cerrar apresuradamente la puerta, creyendo que era un ladrón que para penetrar en su casa habia imitado la voz de su marido. De modo, que el pobre diablo por mas que hizo, á pesar de lo que dijo, se vió obligado á pasar la noche en el banco de piedra que estaba junto á la puerta de su casa.

Al dia siguiente por la mañana, el pobre músico hizo una nueva tentativa, y mas feliz que por la noche, consiguió ser reconocido por su mitad. Verdad es que la buena muger, viendo un hombre recto y rico en vez de un hombre pobre y jorobado, probablemente concedió algo al acaso, conociendo que no perdía en el cambio. Entonces le refirió el músico todo lo que habia pasado, y su muger, que como se ha podido adivinar, era una muger de sentido, le aconsejó diese de limosnas la cuarta parte de su oro, y como con el resto tenian para vivir tranquila y honradamente, que colgara, á manera de *ex voto* el milagroso violin debajo de la efigie de su patrono. Era este un buen consejo; asi que el ex-jorobado lo siguió al pie de la letra.

Como se concibe, la aventura hizo mucho ruido en Aix-la-Chapelle; los unos quedaron contentos, y éste era el mayor número, porque el pobre músico era generalmente apreciado; otros se afligieron, y estos eran los envidiosos.

Ahora bien, entre estos últimos se contaba un músico jorobado del pecho, que á causa de este achaque, no pudiendo tocar el violin como su colega que era jorobado de la espalda, tocaba el clarinete, y el cual por la inferioridad del instrumento que se habia visto obligado á adoptar, le tenia jurado hacia mucho tiempo un odio mortal al pobre violinista. Naturalmente, pues, habia sido uno de los que mas sintieron la felicidad que habia tenido, sin embargo, fué de los primeros que se presentaron con rostro alegre á felicitarle por su buena suerte, encontrándole no obstante peor que cuando era jorobado, é hizo le refriese la historia con sus menores detalles. Cuando se hubo enterado bien, partió, y con arreglo á lo que le dijeron, formó su plan.

Desgraciadamente debia pasar un año antes que lo pudiese en ejecucion, y para el pobre jorobado, fué este año un siglo. Por fin, llegó el dia, ó mas bien la noche de San Mateo: cogió el músico su instrumento, se fué á

tocar para que bailasen á la aldea donde un año antes habia ido su colega, y al dar la media noche volvió por la misma puerta, de modo, que á las doce y algunos minutos se encontró en la plaza del mercado del Pescado, y en cuanto llegó, grande fué su alegría, porque estaba iluminado como un año antes; las mismas damas y los mismos caballeros estaban sentados en un banquete semejante, pero tan alegre como el otro parecia, éste parecia triste. No por eso dejó el músico de llevar su clarinete á la boca y acompañaron al punto los mochuelos y buhos, colocados en los santos de piedra de la catedral: cogiéronse los fantasmas de la mano, y en vez de aquella loca alegría con que habian danzado un año antes, empezaron un grave y triste minuet, que concluyó con reverencias afectadas y tiesas, como seria de rigor en estatuas de mármol tendidas sobre los sepulcros. No obstante, la dama que un año antes habia dado al buen violin la recompensa que tanto ambicionaba el envidioso clarinete, se aproximó al músico, y cuando los dos pages le hubieron abierto su jubon, operacion que dejó hacer con una paciencia notable, le aplicó en la espalda la bandeja de plata. Mas como era la bandeja donde se habia conservado cuidadosamente la joroba de su colega, y la aplicacion se hacia precisamente en el mismo sitio, la joroba prendió al instante mismo, de modo, que habiendo en tanto cantado el gallo todo desapareció, y el clarinete se encontró jorobado por delante y por detrás.

Cada músico habia sido recompensado segun sus méritos.

Salimos de Aix-la-Chapelle por la puerta de Borcette, á fin de ir, como todo viagero debe hacerlo, á probar las aguas minerales. Las de Borcette, como todas las aguas minerales, son detestables.

Al salir de Borcette bajé del carruage, y mi cochero, despues de haberme enseñado en el centro de un grupo de árboles las ruinas de Frankenberg, me señaló un caminito que conducia á él. Le seguí exactamente; corria á su lado en la estension de ciento ó ciento cincuenta pasos un arroyuelo humeante, cuya templada humedad me pareció conservaba las plantas con un hermoso verdor; despues atravesé el Felsembach. Me perdí un instante en la espesura, hasta que al fin me encontré á la puerta de la quinta. A esta quinta es donde van á enjuagarse la boca con el makey, los que han bebido el agua de Borcette. Mas como nuestros lectores no encontrarán probablemente la palabra makey en la *Cocinera de la clase media*, sabrán que es simplemente una mezcla de crema, canela y azúcar, de sabor muy agradable.

Recorrí las ruinas, y vi el lago donde estaba sumergido el anillo de Falstrade (4). Cuan-

do el castillo era nuevo, y el agua del lago estaba pura, debia ser esta una deliciosa mansion, y se comprende fácilmente, dejando la magia aparte, la predileccion que el buen emperador tenia por aquel sitio.

Sin embargo, como no podia yo, menos feliz que él, pasar allí mi vida, volví á subir al carruage, y despues de haber seguido por algun tiempo los baluartes exteriores, hicimos un rodeo, y llegamos, siempre en carruage, á la cima del Loosberg; este es el sitio donde Satanás, rendido de llevar su mogote, le dejó caer (4): no hace mas de treinta años era todo arenoso, y tal como habia salido de sus manos. Mas desde el año 1807, época en que especialmente dejó de creerse en el diablo, la antigua montaña de la Astucia ha sido trasformada en jardines, y su árido suelo ha desaparecido bajo una capa de verdura, en medio de la que han brotado en confusion, árboles, cafés y casinos.

El Salvatorsberg ha permanecido mas fiel á sus antiguas tradiciones, y no se encuentra mas que las ruinas de una antigua iglesia erigida por Lotario I, y una especie de quinta que pertenece no sé á quien.

Entramos en Aix-la-Chapelle por la puerta de Colonia, y como yo se lo habia encargado, mi cochero se detuvo en la callejuela de los Duendes; tambien va unida á esta pequeña calle una antigua tradicion, que le ha dado el nombre de *Hinzen-Geeschen*.

Habia en otro tiempo en el pais de Limbourg, en el sitio mismo en que se ven hoy las ruinas del castillo de Emmaburg, que gracias á la tirania de Federico Guillermo no habia yo podido ver sino descuyuntándome el pescuezo, inmensos subterráneos cuyo fin nadie habia podido ver; estos subterráneos, desiertos en apariencia de dia, eran por la noche la mansion de esos buenos duendes de la familia de los Trilby, cuya historia nos ha escrito Nodier; estos graciosos hijos de la Tierra, de inocentes malicias y locas alegrías, se reunian desde que el sol se habia puesto, y permanecian hasta la una de la madrugada colocados al rededor de largas mesas, entonando canciones en un idioma desconocido, y bebiendo en copitas de oro, cuyo choque imitaba tan perfectamente el sonido de una campanilla, que un dia un pastor, que habia perdido su vaquilla, creyendo que se habia metido en los subterráneos bajó á ellos guiado por el sonido, y vió á aquella alegre y subterránea reunion bebiendo sus esquisitos vinos y cantando sus locas canciones. Entonces comprendió que aquel sonido que habia creído el de la campanilla de su becerra, era el de las copitas de oro, y se retiró al punto, sin que los duendes, á pesar de haberle visto, le hubiesen hecho el menor mal.

Mas el pastor no les guardó el secreto co-

(1) Véase la crónica de Carlo-Magno.

(4) Véase la crónica de Carlo-Magno.

mo de él esperaban, y su primer paso, al salir del subterráneo, fué para ir á denunciar á su confesor á los diablillos que tan bien se regalaban: el confesar era un fraile severo á quien no agradaban las fiestas clandestinas, y que no queria se divertiese nadie mas que los dias autorizados por el calendario. Hizo una cuestacion, reunió una considerable cantidad, edificó una iglesia en el sitio mismo por donde el pastor habia entrado en el subterráneo, colocó una cruz en su cúpula, y fué con toda pompa y seguido de la clerecía á la capilla á decir misa, y proceder allí á los exorcismos indicados por el ritual.

Pero no habia necesidad de tantas ceremonias: á la primer campanada los pobres diablillos de los duendes se vieron obligados á desalojar.

No obstante, los desterrados, privados de su antigua morada, habian elegido otro domicilio; y mientras en castigo de su indiscrecion el pastor se iba muriendo de una enfermedad de languidez, se habian ellos instalado en los subterráneos de una torre situada entre las puertas de Colonia y de Sand-Kaul. Mas, ¡ay! los pobres diablillos no habian tenido tiempo, al dejar su domicilio, de llevarse el mobiliario que le adornaba; de modo que no tenian ni bandejas de plata, ni copas de oro; de modo que cada vez que tenian que celebrar alguna funcion, necesitaban tomar prestado de los habitantes de las calles próximas, calderas, cacerolas y vasos; lo cual hacian entrando en las casas por las chimeneas, llevándose con gran estrépito los utensilios que necesitaban, y que los habitantes encontraban al dia siguiente cuidadosamente colocados en sus puertas. Comprendieron, pues, que valia mas, cuando ciertas señales como el chisporroteo del fuego, el relincho de los caballos, el estremecimiento de la bateria de cocina, les anunciaban que era dia de fiesta entre los duendes, poner ellos mismos á la puerta de sus casas los utensilios que los visitantes nocturnos tenian costumbre de tomarles prestado, y obraron en su consecuencia. Los duendes, reconocidos, no hicieron ningun ruido, y los habitantes de las calles inmediatas á la torre, pudieron al fin dormir.

Mas sucedió que un dia, dos valientes soldados que se hallaban alojados en la fonda del Salvage, situada precisamente en la calle que se llama hoy la callejuela de los Duendes, vieron al fondista que limpiaba las cacerolas con un cuidado especial, y que cuando estaban brillantes como plata las ponía á la puerta. Preguntáronle entonces con qué objeto se tomaba aquel trabajo, y habiéndoles dicho que para los duendes, se echaron á reir, y como eran hombres que á nada temian, y ni creian en Dios ni en el diablo, le dijeron:

—Está bien, entrad vuestras cacerolas, que nosotros vamos á colocarnos en la puerta, de modo que cuando vengan los duendes, en lu-

gar de toda vuestra bateria de cocina, se encontrarán con dos espadas bien afiladas.

El fondista hizo cuanto pudo para impedirles cometer semejante imprudencia; mas los dos soldados se retorcieron los bigotes jurando por el santo nombre del Señor; de modo que el posadero les hizo una reverencia, y los dejó obrar á su voluntad.

Quando llegó la noche, pusieron en efecto los dos soldados en el dintel de la puerta, que cerró el posadero tras de ellos; por algun tiempo los oyó hablar amistosamente, despues, cuando fueron ya las diez de la noche, les oyó levantar la voz, luego disputar, por último cruzar los aceros: por algun rato pudo seguir el ruido de las espadas; cesó de repente, y le sucedió un profundo silencio.

Al dia siguiente al rayar el dia, salió el posadero y encontró á los dos soldados muertos; se habian batido y atravesado uno á otro.

Nadie dudó que aquello habia sido una venganza de los duendes; y habiendo llegado el rumor de la aventura á oídos del fraile, resolvió espulsarlos de la ciudad, como los habia espulsado ya de Emmaburgh: en su consecuencia, armado con un calderillo de agua bendita y un hisopo, bajó á los subterráneos de la torre, y los asperjó completamente, acompañando cada aspersion con las palabras poderosas que ya otra vez los habian espulsado.

Desde entonces abandonaron los duendes á Aix-la-Chapelle, y nadie sabe lo que ha sido de ellos; pero en memoria de su permanencia en los subterráneos de la torre, la calle en que se encontraron á los dos soldados muertos se llama todavía hoy *Hinzen-Geeschen*, ó callejuela de los Duendes.

Como no teniamos mas que ver en Aix-la-Chapelle, volvimos á la fonda del Gran Monarca, con la intencion resuelta de partir al dia siguiente por la mañana, é ir á dormir á Colonia.

Asi, pues, como ningun duende vino á desbaratar este proyecto, al dia siguiente, á las seis de la mañana, pusimos en ejecucion su primera parte, dejando á Aix-la-Chapelle.

## COLONIA.

Llegamos á las diez de la noche á Colonia. Como nuestro cochero no conocia la ciudad, nos condujo á un laberinto de calles pequeñas y terminó en una especie de zahurda llamada la fonda de Holanda. En Alemania, una vez entrado en una fonda á deshora, es cogido un

desventurado viagero como un raton en una ratonera. Se cierra la puerta detrás de él, y se ve obligado á esperar hasta el dia siguiente por la mañana para saber qué será de él. Nuestra desgracia redundó en provecho de la curiosidad. Al dia siguiente al amanecer, estábamos en las calles de Colonia.

Colonia debió su origen á un campamento romano. Un dia encontró Agrippa hermosa aquella posicion, y se estableció en la colina que se estiende desde la iglesia de Nuestra Señora hasta la plaza de Santa Maria de las Escalinatas. Los campamentos romanos eran verdaderas fortalezas, con sus fosos, sus murallas y sus torres. Algunas miserables chozas que se habian levantado en la ribera oriental del Rhin, pasaron el rio y se apoyaron en el campo romano para pedirle su proteccion. Sucesivamente siguieron otras su ejemplo, y el antiguo campo de Agrippa se encontraba ya rodeado de una muralla de casas, cuando por fortuna nació allí Agrippina durante las campañas de Germánico. Fué esta una razon para que Claudio enviase allí una colonia romana, que tomó el nombre de Colonia Agrippina, y dió al campamento el aspecto de una ciudad. Posteriormente Vitelio fué aqui proclamado emperador, y desde entonces se contó en los anales romanos, y ocupó su puesto en la historia del mundo.

Todavía hoy se puede seguir por las ruinas el recinto cuadrangular trazado por los romanos, aquellos poderosos constructores, y es fácil marcar los limites de la colonia de Agrippina en el momento en que Trajano la dejó, llamado por Nerva para dividir el imperio con él, es decir, á fines del primer siglo.

Desde entonces, Colonia, convertida en capital de la Galtia Rhiniana inferior, fué considerada como una ciudad importante: el emperador Constantino hizo edificar en ella un magnifico puente, cuyo arco ha desaparecido, pero cuyos pilares todavía se descubren cuando las aguas del Rhin están bajas.

Entre estos dos periodos, es decir, por el año 220, los godos, en una de sus invasiones, quisieron destruir la ciudad nascente: y á esta invasion es á la que va unida la tradicion de las once mil virgenes.

En 508 fué proclamado Clovis rey de Colonia. Por esta ciudad y por el punto llamado Dentz, es por donde los ripuarios ejecutaron su invasion. Pepino fué duque de Colonia antes de ser rey de los francos; Carlo-Magno, como hemos visto, hacia frecuentes visitas á esa ciudad; en fin, Othon el Grande la reunió al imperio germánico, la concedió grandes privilegios, y la confió á la proteccion de su hermano Brunon, arzobispo de Colonia y duque de Lorena.

En la edad media, es decir, á fines del siglo XIV, Colonia, que habia ido estendiéndose sucesivamente, era el apoyo mas poderoso de la federacion de las ciudades llamadas Hanses.

Entonces podia poner ella sola sobre las armas treinta mil combatientes, y poseia once colegiadas, cincuenta y ocho conventos, diez y nueve iglesias parroquiales, cuarenta y nueve capillas y diez y seis hospitales.

En el siglo XV comienza la decadencia de Colonia, el comercio de Flandes, del Brabante, y de la Holanda la mina; las proscripciones religiosas la sacan lo mejor de su sangre; en fin, en 1794, Colonia se convirtió en ciudad de la república. Hasta este tiempo, es decir, por espacio de mas de diez y seis siglos, habia conservado el patriciado romano, la toga de los cónsules, y los lictores con sus fasces. En 1814 fué ocupada por los rusos, y al año siguiente fué cedida á los prusianos, quienes para todo evento, la fortificaron, añadiendo siete torres á las ochenta y tres que ya tenia. Pero estas fortificaciones tienen un objeto muy extraño que se encuentra sistemáticamente aplicado en toda la línea del Rhin; y es el de amenazar á las ciudades mas bien que defenderlas.

En efecto, las provincias rhinianas, separadas violentamente de la Francia y dadas á S. M. Federico Guillermo como aumento de territorio, no están mas que hilvanadas á la Prusia, y al primer llamamiento se descosean de ella. Su nuevo señor, separado ya de sus nuevos súbditos por el abismo religioso, que se hace cada vez mas profundo con la persecucion, y que no se ciega por la tolerancia, en vez de dejar á los habitantes del Rhin el código Napoleon que durante veinte años los habia regido; en vez de elegir de su mismo seno los funcionarios públicos que deben administrarles; en vez, en fin, de concederles el libre ejercicio de la religion que han recibido de sus padres, y que quieren trasmitir á sus hijos, les arrebató poco á poco las leyes francesas para sustituirlas con el capricho prusiano; elige los empleados del gobierno fuera del territorio que están encargados de gobernar, y quiere que todo hijo de un padre protestante siga la religion de su padre, lo cual seria justo acaso en cualquier otro pais, pero que allí, donde solo hay porvenir en el enlace con los estrangeros, y donde todos los estrangeros son luteranos, se convierte en una su-prema injusticia.

Contra esta última decision, cuyas consecuencias conocia, se pronunció Clemente Augusto, arzobispo de Colonia, que ha tenido talento para ser mártir en una época en que no podia creerse posible serlo. En virtud del poder espiritual que habia recibido del papa, declaró, colocándose en oposicion con el poder temporal del rey, que no autorizaria á los sacerdotes para que bendijesen los matrimonios mistos, sino despues que los padres al contrario de lo que se habia ordenado por el real decreto, se hubiesen comprometido formalmente á educar á sus hijos en la religion católica, diciendo que á falta suya allí habia

pastores luteranos, y que para los que creyesen inútil el matrimonio ante Dios, quedaba el matrimonio ante la ley. Algunos días después de esta declaración, el gobernador civil de la provincia y el coronel de la gendarmería residente en Coblenza, se presentaron en Colonia, y después de unirse al corregidor de la ciudad, fueron al palacio arzobispal. Introducidos á la presencia de Clemente Augusto, le intimaron la orden de obedecer las instrucciones del gobernador. El arzobispo respondió que en los negocios temporales estaba el sometido al rey, pero que en cuestiones espirituales no dependía más que de Roma. Se le mandó entonces dimitiese de su arzobispado; mas respondió que nombrado por el papa, solo el papa podía suspenderle. Al oír esta respuesta, fué arrestado y conducido á la fortaleza de Minden, donde está libre, es verdad, pero libre en una ciudad protestante, y donde tiene por criados soldados vestidos de paisanos.

Es imposible figurarse el efecto que produjo este arresto; un febril escalofrío circuló por toda aquella línea de ciudades aletargadas bajo la dominación extranjera, y que se despertaron de repente, recordando el tiempo en que eran libres. Bajo el pretexto de vigilar á los belgas y holandeses, en cuestión en aquella época acerca del Limbourg y el Luxembourg, dirigiéronse las tropas prusianas á las orillas del Rhin; la fortaleza de Ehrenbreiten, que domina á Coblenza, punto central de la agitación, se llenó de pólvora y erizó de cañones, cuyas bocas, á medida que se ponían invisiblemente en batería, se volvían como por sí mismas hácia la orilla izquierda del Rhin. El príncipe Guillermo, enviado al país con la aparente misión de pasar revistas, se detuvo en Colonia, donde fué silbado, y fué á Coblenza á tomar parte en la fiesta que la provincia daba al general Borstel. He aquí con qué motivo se daba esta fiesta, y lo que pasó.

El anciano general Borstel, que mandaba en Coblenza desde 1827, terminaba su año quincuagésimo de servicios; con este motivo la provincia le dió una fiesta á que asistieron los enviados de todas las ciudades del Rhin y de todas las corporaciones administrativas. Terminada la revista que el general pasó en la plaza Mayor, y al fin de la que el príncipe Guillermo le presentó los regimientos como si le entregase por segunda vez el mando, hubo gran comida. A los postres preguntó el príncipe Guillermo, para procurar atraer hácia sí la atención y los aplausos que se dirigían hácia el general, si no se acordaba nadie de alguna antigua canción del Rhin; se levantó entonces un convidado, y cantó las siguientes estrofas, que traduzco aquí en su sencillez literal, pero no en su nativa rudeza:

Cantemos al río en cuyas ondas  
la libertad de nuestro pueblo estriba;  
al Rhin cantemos con sus aguas hondas,  
que antes que tributario al mar arriba,

baña la adorada vega  
donde el racimo riega.  
Del Rhin lo fino  
es el vino.

Palabras que al tirano causan grima.  
palabras consonantes en la rima.

Cantemos á ese liquido afamado  
que la igualdad entre nosotros puso,  
que de serviles, hombres ha formado,  
que al poderoso con denuedo impuso.  
Tras la copa que se empaña  
es palacio la cabaña.  
Del Rhin, etc.

Bebiendo el zumo de la cepa hermosa  
que crece en tus orillas, fértil río,  
jamás sedujo á nadie farsa odiosa  
del pueblo esclavo que aturde el desvarío.  
El corazón que es honrado  
solo es feliz libertado.

Del Rhin lo fino  
es el vino.  
Palabras que al tirano causan grima,  
palabras consonantes en la rima (1).

Estas tres estrofas fueron acogidas con frenéticos aplausos, que tampoco se dirigían esta vez al príncipe Guillermo; tanto, que se retiró muy descontento, y se pusieron nuevas tropas en movimiento, siempre bajo el pretexto de vigilar las fronteras belgas; pero resultó de todo esto que las ciudades de la ribera izquierda del Rhin, desde el puente de Kell hasta Nimega, no fueron mas que un largo reguero de pólvora, al que prendería fuego la menor chispa. Una vez encendido, es difícil que el incendio, y sobre todo si conserva su lado religioso, no se comunique, si no al gobierno, al menos al pueblo belga, al que todas sus simpatías inclinarán á sostener á sus correligionarios.

La corte de Berlín no deja escapar jamás la ocasión de demostrar su rencor envidioso y contrarrevolucionario á la Francia. La Francia por su parte, tiene á Waterloo en el corazón, de modo que con un poco de buena voluntad entre nuestros ministros, las cosas pueden arreglarse á satisfacción de todos.

Por lo que hace á nosotros, que tenemos fé en el porvenir, propondríamos al rey Luis Felipe, en lugar de ese ridiculo cartel en que se han hecho las armas de la revolución de julio, acuartelar el antiguo escudo de Francia.

En el primer cuartel, con el gallo galo, con que tomamos á Roma y Delfos.

En el segundo, con el águila de Napolcon, con la que tomamos el Cairo, Berlín, Viena, Madrid y Moscou.

En el tercero, las abejas de Carlo-Magno, con las que tomamos la Sajonia, España y la Lombardia.

(1) Debo confesar que riman mejor en alemán que en francés, pero no soy dueño de elegir otras rimas. (N. del A.)

Con mas razon podemos decir nosotros eso,  
puesto que en nada se parecen RHIN y VINO en  
nuestro idioma. (N. del T.)

En el cuarto, las flores de lis de San Luis, con las que tomamos á Jerusalem, Mousonrah, Tunez, Milan, Florencia, Nápoles y Argel.

Luego se añadirá esta divisa, que se procurará observar mejor que el rey Guillermo de Holanda lo ha hecho con la suya:

*Deus dedit, Deus dabit.*

Y tendríamos sencillamente el blason mas bonito de la tierra.

## LA CATEDRAL.

Nuestra primera visita fué á la catedral.

El arzobispo Engelberg, por sobrenombre el Santo, fué quien concibió, hácia 1225, la idea de hacer construir una catedral; pero Conrado de Hochsteden, su sucesor, fué quien habiendo resuelto en 1247 pasar de la idea á la ejecucion, hizo ir al primer arquitecto de la ciudad, y le mandó edificase un monumento que sobrepusiese en arquitectura religiosa á todo lo mas hermoso que hasta entonces se habia hecho. Ponia á su disposicion para conseguir el objeto, el tesoro del cabildo, uno de los mas ricos del mundo, y las canteras del Drakenfels, la mas alta de las siete montañas.

Era esta una de esas proposiciones que vuelven loco á un artista, asi aquel á quien se habia dirigido el digno prelado salió del palacio arzobispal dudando aun de estar encargado de tan gloriosa empresa; no obstante, forzoso le fué creerlo, porque en el mismo dia Conrado le envió un saco lleno de oro para los primeros gastos.

El arquitecto á quien se habia dirigido el digno prelado era modesto como un hombre de genio; así, resolvió visitar las mas bonitas iglesias de Alemania, Francia é Inglaterra antes de comenzar la suya. Fué, pues, á ver al arzobispo y le pidió permiso para hacer su viage. El arzobispo se lo concedió, á condicion de que en el término de un año estaria de vuelta. El artista solicitó, pero en vano, algunos meses mas; ese fué todo el plazo que pudo obtener, tan deseoso estaba el arzobispo de ver poner su proyecto en ejecucion.

Pasado un año volvió el arquitecto, mas indeciso que nunca. Tenia ya fija su idea mística acerca de su obra, es decir, que queria que el monumento tuviese dos torres para recordar que el cristiano debe levantar sus dos brazos al cielo; que contase doce capillas en memoria de los doce apóstoles; que fuese edificada en forma de cruz, á fin de que los

fieles no olvidasen ni un momento el signo de su redencion; que el coro estuviese un poco mas inclinado á la derecha que á la izquierda, porque Jesucristo inclinó la cabeza al lado derecho al morir; en fin, que el tabernáculo recibiese luz por tres ventanas, porque Dios es trino y toda luz viene de Dios. Pero esto no era, se puede decir así, mas que el alma del monumento; quedaba aun su cuerpo, su forma, es decir, la traduccion visible de ese pensamiento religioso, tan poderoso en la edad media que hizo germinar cual la savia toda una vegetacion de granito: esta forma era, pues, la que el arquitecto buscaba por la mañana, por la noche, á todas horas y por todas partes donde se encontraba.

Ahora bien, una tarde que el arquitecto, soñando siempre en su plan, habia pasado mas allá de las murallas sin notarlo, y llegando á un sitio del paseo llamado la Puerta de los Francos, se sentó en un banco, y con la punta de su baquetilla comenzó á trazar en la arena fachadas y perfiles de catedrales, borrándolas antes de concluir las porque todas le parecian incompletas y mezquinas al lado del suntuoso monumento que los ángeles edificaban en su imaginacion; en fin, á fuerza de diferentes tentativas, acababa de obtener un conjunto lleno de grandeza y magestad, que miraba ya con cierta satisfaccion, cuando oyó tras de sí una voz estridente que decia:

—¡Bravo! amigo, he ahí exactamente la catedral de Strasburgo.

El arquitecto se volvió y vió en pie detrás de él con la cabeza casi apoyada en su hombro, un anciano de barba cortada en punta como la de un judío, ojos hundidos y centellantes y sonrisa sardónica, vestido con un traje negro de tal modo ceñido á sus miembros, que se hubiese podido tomar por la piel de un negro mas delgado que él, y con la que se hubiera hecho un vestido. Tal como se presentaba á nuestro arquitecto, el anciano no tenia aspecto para inspirarle una viva simpatía; mas como su observacion era exacta, y como el artista acababa de reconocer que creyendo inventar habia recordado, en vez de defender su obra, respondió suspirando: «Eso es verdad.» Luego borró su obra casi sin terminarse, y volvió á comenzar otra. Mas apenas la baquetilla habia pasado sobre la movable lámina las primeras lineas de otro edificio, la misma voz áspera, acompañada de la misma sonrisa sardónica, exclamó:

—Perfectamente, ahí teneis exactamente la catedral de Reims.

—Si, si, murmuró el artista, mejor hubiera hecho en no salir de aquí ni ver nada, porque no hay nadie verdadero creador mas que Dios.

—Y Satanás, murmuró el anciano con una voz que hizo estremecer al arquitecto.

Mas como un solo y eterno pensamiento

le absorbía, borró de nuevo las desventuradas líneas, sin inquietarse por el timbre metálico de aquella voz, y continuó de nuevo su tarea. Hacia un cuarto de hora que se mecía dulcemente en la ilusión que provocaba al advenedizo, quien murmuraba á su oído: Bien, muy bien, perfectamente, cuando el panegirista le hizo volver en sí de repente:

—¿Habeis viajado mucho, á lo que parece?

—¿Por qué?

—Porque despues de haber atravesado la Alsacia y visitado la Francia, habeis vuelto por Inglaterra.

—¿Quién os lo ha dicho?

—El diseño de esa iglesia, que es la de Cantorbery.

El artista exhaló un profundo gemido. La crítica del anciano era terrible, pero verdadera. Borró, pues, el monumento con el pie, y cediendo á un movimiento de impaciencia, se volvió hácia el anciano, y presentándole su baquetilla

—¡Pardiez! mi maestro, le dijo, vos que sois tan buen crítico, ¿no podiais unir un poco el ejemplo al precepto, enseñándome á vuestra vez lo que sabeis hacer?

—Con mucho gusto, dijo el anciano, tomando la baquetilla, y siempre con su sonrisa.

El arquitecto quiso cederle su puesto, pero él, haciendo la señal con la cabeza de que no aceptaba, se apoyó con una mano en el hombro del artista, y con la otra comenzó á trazar sobre la arena nuevas líneas, á la vez tan atrevidas, tan elegantes y tan correctas, que el artista exclamó al punto:

—¡Ah! ya veo que somos hermanos.

—Dí, respondió el anciano haciendo un gesto, que tú eres estudiante y yo maestro.

—Estoy dispuesto á confesarlo, respondió el artista con la buena fé del genio; pero será preciso que yo viese para eso alguna cosa mas que líneas aisladas. El detalle no es nada, el conjunto es el todo.

—Eres bueno, y se puede hacer de tí alguna cosa, dijo el anciano; pero no me agrada hacer mas.

—¿Por qué? dijo el arquitecto.

—Porque cogieras mi plano.

—¿Tambien tenéis que edificar una catedral?

—Espero hacer una.

—¿Cuál?

—La de Colonia.

—¿Cómo! ¿la mía?

—¿La tuya?

—Sin duda, la mía.

—Si, si das un plano.

—Daré uno.

—Y yo tambien: monseñor Conrado elegirá entre los dos.

El arquitecto palideció.

—¡Ah! exclamó el desconocido gesticulando; esto te alarma, colega: ¿temes verte obligado á devolver el saco de oro que te ha enviado el

arzobispo, y que esceptuando cien escudos has gastado en hacer inútilmente tu viage por Francia é Inglaterra?

El arquitecto miró á su rededor, vió que anocheaba y que estaba solo con el anciano.

—Escucha, le dijo, no sé cómo has sabido que no me quedan mas que cien escudos del adelanto que me ha hecho monseñor Conrado; pero acaba el dibujo que habias comenzado, y esos cien escudos son para tí.

El anciano prorumpió en una carcajada, y sacando de su vestido una bolsita de cuero, la abrió é hizo ver al artista que estaba llena de diamantes de los que el que menos valia mil escudos de oro.

El arquitecto suspiró profundamente, porque vió que no habia medio de corromper á aquel hombre; así que permaneció inmóvil y consternado, porque á su pesar reconocia en el arquitecto estrangero una estraña é incontestable superioridad en su arte. En tanto, el anciano habia añadido negligentemente al plano comenzado algunas líneas tan maravillosamente atrevidas, que el arquitecto se convenció de que estaba perdido si tenia que luchar con semejante hombre. Entonces, delirante, fuera de sí, resolvió apoderarse por violencia de lo que no habia podido obtener por la corrupcion, y cuando el otro se detenía de nuevo y le miraba con su risa burlona, le cogió por el brazo, y apoyándole su puñal en el pecho:

—¡Anciano! le dijo, acaba ese plano, ó mueres!

Apenas habia pronunciado estas palabras, se sintió cogido por el cuerpo y derribado hácia atrás, apoyándose una rodilla en su pecho, y su propio puñal arrancado de su mano, brillaba sobre su garganta.

—¡Ah! ¡ah! dijo entonces el anciano rechinando los dientes, corrupto y asesino! bueno, bueno; todavia hay alguna recoleccion de almas que hacer en este mundo, segun parece.

—¡Matadme! dijo el artista, no os burleis de mí.

—¿Y si no quiero matarte?

—Entonces, dadme vuestro plano.

—Estoy pronto, pero con una condicion.

—¿Cuál?

—Primero levántate, dijo el anciano dejando á su enemigo, á quien hasta entonces habia tenido derribado en tierra, y volviéndole su puñal; estamos mal asi para hablar, sentémonos.

Y el estraño hombrecillo se sentó en el extremo del banco, con una pierna sobre la otra, y las dos manos cruzadas sobre su rodilla, mirando al pobre arquitecto, que avergonzado se levantaba, y sacudiendo el polvo que habian cogido sus vestidos, permanecia en el mismo sitio.

—Veamos, aproxímate, le dijo el anciano, bien ves que no te tengo rencor.

—Pero ¿quién sois? exclamó el arquitecto.

—¿Quién soy? ¡V bien! voy á decírtelo.

El artista se aproximó un paso, su curiosidad pudo más que su terror.

—¿Has oído hablar, le dijo el anciano, de la torre de Babel, de los jardines de Semiramis y del Coliseo?

—Sí, le respondió el artista sentándose junto á él.

—¡Pues bien! soy yo quien lo ha construido.

—¿Entonces sois Satanás? exclamó dando un salto el pobre artista.

—Para servirte, dijo Satanás con su eterna gesticulación.

—¡Vade retro! dijo el arquitecto haciendo la señal de la cruz.

La comenzada risa terminó en un rechinar de dientes; brilló un relámpago, la tierra se abrió como un escotillon, y el demonio desapareció.

## EL PADRE CLEMENTE.

El arquitecto volvió á su casa y encontró á su madre anciana que le esperaba para cenar. Pero no quiso ponerse á la mesa, y tomando un lápiz y papel, comenzó á intentar fijar algunas de aquellas líneas fugitivas que habia visto salir á influjo de la baquetilla de Satanás.

La buena muger fué á acostarse deshecha en lágrimas: desde que habia vuelto de sus viajes, no conocia á su hijo, tan inquieto y atormentado estaba, y tanto le cambiaban á sus ojos aquella inquietud y aquel tormento.

El arquitecto pasó toda la noche tirando líneas y borrándolas. Habia en aquel plano misterioso del que habia entrevisto un ángulo, un género de atrevimiento fantástico al que no podia llegar. Al amanecer, abatido y fatigado, se arrojó sobre su lecho; pero el sueño, en lugar de ser para él un descanso, le causó un nuevo suplicio. Se despertó medio loco, y corrió á la iglesia de San Gerónimo, á la que tenia una devoción especial.

En cuanto llegó á ella, se detuvo ante el pórtico. Era una iglesia romana del siglo XI, pequeña y tosca, construida por el arzobispo Annon, en el sitio del antiguo templo de Santa Elena, y que se parecia más á una tumba que á una iglesia. Entonces no pudo menos de pensar en la diferencia que habia entre aquellas torres aéreas, aquellas flechas agudas y aquellas columnatas atrevidas que el día antes habia visto salir de la baquetilla mágica de Satanás, y la maciza fábrica bizantina que tenia ante los ojos. Así que olvidó completamente que habia ido para orar, y echó á andar hácia adelante

sin saber donde iba, preocupado con su única y eterna idea.

Así anduvo errante todo el día; á la noche, sin que pudiese acordarse del camino que habia seguido, ni darse cuenta de cómo se encontraba allí, se halló fuera de la puerta de los Francos, en el paseo y junto al banco donde la vispera habia estado sentado. Era ya entrada la noche; el paseo estaba solitario, y solo un hombre, del mismo modo que él, habia quedado estramuros. Era este el anciano. Al primer golpe de vista el artista le reconoció y se aproximó á él.

Estaba en pie ante la muralla, y con una vara de acero, dibujaba en la pared. Cada uno de sus trazos era una línea de fuego, que desaparecia poco á poco, de modo que á medida que el plano magnífico avanzaba, la parte hecha primero comenzaba por debilitarse y acababa por extinguirse. Tanto que era imposible á la vista seguir las nuevas líneas, y á la memoria recordar las antiguas; el arquitecto anhelante vió pasar así ante sus ojos, en sus menores detalles, una catedral fosfórica que al cabo de un instante, se perdió en la oscuridad, pero cuyo conjunto le hubiese sido imposible reproducir.

Exhaló un profundo suspiro.

—¡Ah! ¡ah! eres tú, dijo Satanás volviéndose. Te esperaba.

—Héme aquí, respondió el arquitecto.

—Sabia que no nos habiamos indispuerto. Mira, he corregido el plano. ¿Qué dices de este pórtico?

Y pasando de nuevo su baquetilla por la pared, produjo en ella la triple puerta de una basilica de fuego.

—¡Magnífico! dijo el arquitecto no intentando siquiera disimular su entusiasmo.

—¿Y de esta torre? continuó Satanás repitiendo el mismo juego.

—¡Espléndida!

—¿Y esta nave?

—¡Maravillosa!

—¡Y bien! todo eso es tuyo, si quieres.

—¿Y qué exiges en cambio?

—Tu firma.

—¿Y me darás tu plano?

—En toda propiedad.

—Haré todo lo que quieras.

—¿Mañana á media noche?

—Mañana á media noche.

Satanás desapareció sin que pudiese saberse de qué lado habia partido, y el arquitecto volvió á la ciudad.

Su anciana madre le esperaba como el día antes; tampoco ella habia comido. El arquitecto se puso á la mesa, y desde luego esta demostracion tranquilizó algun tanto á la pobre muger; mas no tardó en comprender que su hijo obedecia pura y sencillamente á una necesidad física, pero que su imaginacion estaba tan lejos de su cuerpo, que aquel no tomaba parte alguna en lo que el otro hacia.

Cada vez mas preocupado, el arquitecto se levantó de la mesa y se retiró á su habitacion; su madre no se atrevió á seguirle allá, pero se sentó en el umbral, á fin de estar pronta si necesitaba alguna cosa.

Por algun tiempo le oyó suspirar y rezar; pero como hasta allí no habia nada de alarmante, se guardó muy bien de entrar. Luego él se acostó. Por mucho tiempo aun, le oyó dar vueltas en su lecho; despues tuvo un instante de reposo, al que sucedieron lamentos y gemidos. Por fin la pareció oír como que disputaban en la alcoba; se oyó un ruido semejante al de una lucha; esta lucha provocó gritos ahogados. La pareció que su hijo pedia socorro. Entonces entró, creyendo encontrarle batiéndose con algun asesino. Estaba solo y soñaba, gritando con toda su fuerza:

—¡No, no, Satanás! no tendrás mi alma.

Al oír aquel nombre terrible, la pobre madre hizo la señal de la cruz sobre la frente misma del que dormia, lo que le calmó algun tanto al parecer; en seguida se puso en oracion al pie de la cama, ante una hermosa Madonna de colores brillantes, que habia dado á su hijo un peregrino que llegaba de Constantinopla. A medida que la oracion avanzaba el sueño del arquitecto se hacia cada vez mas tranquilo; en fin, cuando estuvo concluida, su respiracion era suave como la de un niño.

Al día siguiente se levantó bastante tranquilo, y habiéndose puesto al balcon para respirar el aire de la mañana, vió salir á su madre vestida de luto: vió ella y se dirigió á él.

—¿Dónde vais así, madre mia? preguntó, ¿por qué vais toda de negro?

—Porque hoy es el aniversario de la muerte de tu padre, y voy á San Gerónimo á mandar decir al cura una misa por las almas del Purgatorio.

—¡Ay, ay! murmuró el arquitecto, no habrá ni misa ni oraciones que puedan sacar mi alma del abismo en que estará.

—¿No quieres venir conmigo? preguntó la buena muger.

—No, madre mia; pero si veis al anciano padre Clemente, enviádmelo; es un santo varon, y me satisfaria mucho consultarle un caso de conciencia que me atormenta.

—Dios te conserve tan santas intenciones, hijo mio; porque, ó me engaño, ó el enemigo de los hombres te cerca.

—Id, madre mia, dijo el arquitecto.

La buena muger se alejó, y el artista quedó pensativo al balcon. A los pocos momentos vió al anciano padre Clemente que volvia la esquina de la calle, y que se dirigia hacia la casa. Cerró el balcon y le esperó.

El anciano fraile entró: era como lo habia dicho el arquitecto, no solo un santo varon, sino un hombre instruido que habia arrancado de las garras de Satanás un número grande de almas próximas á perderse. Pero como vivia en un perpétuo estado de inocencia y pu-

reza, por mas deseo que tuviese el diablo de volverle el mal que le hacia, siempre le habia sido imposible, y por violentas que hubiesen sido las diferentes luchas que habia tenido que sostener con él, siempre habia salido vencedor; de modo que Satanás se habia roto tan frecuentemente las garras en aquel santo hombre, que hacia largo tiempo no se metia con él, y le dejaba tranquilamente ganar el Paraíso.

Era por tanto tan esperto el religioso en esta clase de materias, que en cuanto dirigió los ojos al arquitecto, viendo sus facciones marchitas y con señales de insomnio, juzgó del alma por el rostro, y exclamó:

—¡Oh, hijo mio! vos teneis malos pensamientos.

—Si, si, murmuró el arquitecto, si, muy malos pensamientos, padre mio; así que os he hecho llamar para que me ayudeis á combatirlos.

—Contadme todo, dijo el fraile sentándose.

—Padre mio, ya sabéis que estoy encargado por el arzobispo, monseñor Conrado, de edificar la catedral.

—Si, lo sé, y no podia dirigirse á mas digno arquitecto.

—Os engañais, padre mio, respondió el artista bajando la voz como si fuese vergonzosa la humillante confesion que la verdad le obligaba á hacer; he compuesto planos sobre planos, y acaso entre todos habia algunos que hubiesen sido dignos de ciudades secundarias, tal como Worms, Dusseldorf ó Coblentza; pero el que ha compuesto un plano digno de nuestra ciudad de Colonia, continuó el arquitecto dando un suspiro, es otro que no yo, padre mio.

—¡Ah! dijo el fraile, ¿y no hay medio, pues, de comprarle por oro?

—Le he ofrecido todo lo que tenia, y me ha respondido enseñándome una bolsa llena de diamantes.

—¿No hay medio tampoco de cogérselo por fuerza? dijo el fraile, que en su deseo de ver á Colonia convertirse en la reina del Rhin, se dejaba á su pesar arrastrar mas allá de los límites de la caridad cristiana.

—He querido cogérsele por la fuerza, padre mio, pero me ha derribado en tierra como á un niño, y me ha puesto al pecho mi propio puñal.

—Pues qué, ¿no le quiere ceder con ninguna condicion?

—Si tal, pero con una sola, padre mio.

—¿Cuál?

—La de que le entregue mi alma.

—¿Luego ese otro arquitecto es Satanás?

—Es Satanás.

—¿Y dices, respondió el fraile, sin que al parecer le admirase el nombre terrible que acababa de pronunciar el artista, que esa catedral habria de pronunciar el artista, que esa catedral habria de Colonia la maravilla de Alemania?

—La reina del mundo, padre mio.

—¡Jesus! exclamó el santo hombre uniendo sus manos y elevándolas al cielo.

En seguida volviéndose al arquitecto

—¿Tienes en mucho tu alma? le preguntó.

El arquitecto miró al fraile sin admiración, porque comprendía estando próximo á vender su eternidad él mismo, cuán poco debía valer la eternidad de otro á los ojos de un hombre que veía, por precio de aquella eternidad, convertir su ciudad en la mas bonita de la tierra.

—Padre mio, le dijo, sin duda la considero como un don que viene de Dios y que hubiera querido devolver á Dios, mas sin embargo, estoy dispuesto á sacrificarla, si ese sacrificio puede hacer de mí el primer arquitecto del mundo.

—Mejor quisiera, dijo el fraile, verte hacer ese sacrificio á Dios que á tí mismo. Pero, sea cualquiera el motivo que te arrastre, como de ello debe sacar provecho la religion, saldrá á tu socorro. Sin embargo, guárdate del orgullo, porque el orgullo es lo que te perderá.

—¡Cómo! exclamó el arquitecto, ¿podré tener el plano sin condenarme?

—Acaso.

—¿Y cómo es eso, padre mio? decidlo pronto.

—Has ensayado la corrupcion y la fuerza; te falta la astucia.

—La astucia padre mio. ¿Olvidais que la Escritura llama á Satanás el Astuto?

—¡Oh! por ladino que sea, no seria la primera vez que con el auxilio de Dios, un pobre fraile le habria vencido. San Antonio, que tuvo que habérselas con él toda su vida, ¿no concluyó por triunfar? ¿San Bernabé no le cogió la nariz con unas tenazas candentes? En fin, los magistrados de Aix-la-Chapelle, ¿no le dieron el espíritu de un lobo en vez del alma de un hombre?

—Verdad es, dijo el arquitecto.

—¡Pues bien! dijo el fraile, ven á confesarte y comulgar en la iglesia de San Gerónimo y cuando estés en estado de gracia, te diré lo que tienes que hacer.

El arquitecto siguió al padre Clemente, se confesó y comulgó. Luego, despues que hubo recibido el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, le llevó el fraile á su celda y le entregó una reliquia cuya santidad y poder le habian sido demostrados por mil esperiencias que habia hecho con ella.

—Tomad, hijo mio, le dijo, tomad esta reliquia, y esta noche cuando Satanás os enseñe el diabólico plano, cogedle con una mano como para examinarle despacio, mientras él lo tenga con la otra; tocadle entonces la mano con esta reliquia, y por mas deseo que tenga de retenerlo, os respondo de que lo soltará. En este caso, no os asuste nada: aullará, amenazará, dará vueltas en derredor vuestro, hacadle siempre frente con la reliquia, y nada

temais. Dios es mas fuerte que Satanás, y Satanás se cansará el primero.

—Pero, padre mio, dijo el arquitecto, ¿y cuándo ya no tenga yo la reliquia, no hay peligro de que Satanás vuelva y me retuerza el pescuezo?

—No, mientras esteis en estado de gracia; pero guardáos de estar en pecado mortal.

—Entonces, exclamó el arquitecto, me he salvado, padre mio, porque ni soy gloton, ni envidioso, ni avaro, ni perezoso, ni colérico, ni lujurioso.

—Habeis olvidado el orgullo, hijo mio, libros del orgullo; este es el que perdió al mas hermoso de los ángeles, y puede perderos á vuestra vez.

—Vigilaré sobre mí, dijo el arquitecto; ademas, acudiré á vos, padre.

—¡Que el Señor te guie, hijo mio! murmuró el anciano dándole su bendicion.

—¡Amen! dijo el arquitecto, y se retiró á su casa, donde pasó el resto del dia en oracion.

A la hora convenida fué al sitio indicado por el diablo; mas el paseo estaba solitario; por ninguna parte se veia anciano, hombre, ni niño. Se paseó el artista un instante solo, temiendo que el diablo faltase á su palabra. Entretanto dieron las doce de la noche. A la última campanada del mazo:

—Heme aqui, dijo una voz llena y fuerte que hablaba detrás del arquitecto.

Volvióse éste estremeciéndose porque no conoció en aquella voz la que le era familiar. En efecto, no solo Satanás habia cambiado de voz sino de forma. No era ya el anciano de ojos chispeantes, de barba puntiaguda y traje negro; era un bello jóven de veinte á veinte y cinco años, de formas perfectas, rostro altivo, frente ancha y pálida, marcado aun con el rayo del cielo. Tenia en una mano el plano y el artista retrocedió un paso, deslumbrado con aquella infernal belleza.

—Esta vez te reconozco, le dijo, no tienes necesidad de decir tu nombre: eres el demonio del orgullo.

—¡Y bien! le dijo Satanás, ya ves que no te he engañado, ¿estás pronto?

—Si, dijo el arquitecto; pero antes de firmar, enséñame el plano; te pago bastante caro para tener derecho de saber lo que compro.

—Es muy justo, dijo Satanás, mira.

Y desarrollando el plano, se le presentó sin soltarlo.

El arquitecto hizo entonces lo que el fraile habia dicho. Bajo el pretexto de verlo mas cerca, tomó el pergamino por la parte inferior mientras Satanás le tenia por arriba; y mientras que á la luz de la luna le devoraba con la vista, deslizó el otro brazo por debajo y tocó con la santa reliquia la mano con que el diablo tenia el plano.

Este abrasado hasta el hueso, dió un salto hácia atrás lanzando un terrible grito, y de-

jando el precioso papel en manos del arquitecto.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, exclamó el artista haciendo la señal de la cruz con la reliquia, retírate, Satanás.

Este lanzó un horroroso rugido.

—Es un sacerdote quien te ha aconsejado, esa es una astucia de iglesia, es alguna nueva jugada de ese miserable fraile.

—En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, continuó el arquitecto redoblando sus señales de cruz.

—Espera, espera, no está todo concluido.

En el mismo instante el arquitecto vió delante de sí un enorme leon que se sacudia con la cola el cuarto trasero, y que se disponia á devorarle con la boca abierta descubriendo los dientes.

Mas no se dejó intimidar por el leon; el furioso animal sacudió su melena, dió saltos y vueltas en derredor suyo; pero él le presentó sin cesar la santa reliquia, de modo, que rechazado constantemente, el leon concluyó por retroceder. El arquitecto se aprovechó de este momento para hacer la señal de la cruz. El monstruo lanzó un rugido y desapareció.

En aquel momento oyó el arquitecto un estrepitoso ruido de alas sobre su cabeza. Una águila de inmenso tamaño se cernia sobre él en el espacio, y nublaban la luna sus desmesuradas alas; pero se convenció de que era Satanás que iba á atacarle bajo una nueva forma, y oprimiendo siempre con una mano su plano en el pecho, con la otra le presentó á la reina del espacio la reliquia bendita.

Sucedió al águila como al leon. Despues de haber volado á su alrededor, de haber intentado aplastarle á aletazos, deshacerle con sus garras y desgarrarle con su pico, comprendió Satanás que nada lograba ya bajo aquella nueva forma. La gigantesca ave lanzó un graznido y desapareció.

Creía el arquitecto estar libre al fin de su enemigo, cuando vió una masa que se movia en la oscuridad: era una colosal serpiente que desarrollaba sus mil anillos y se aproximaba silbando; tres veces se enroscó sobre sí misma al rededor del arquitecto, encerrándole en un triple círculo de escamas, mientras que enderezando su vacilante cabeza buscaba con sus ojos de fuego el sitio donde clavar la bifurcada llama que salia de su boca; pero sus anteriores combates habian ya familiarizado al artista con aquellas luchas fantásticas y el sagrado talisman, despues de haberle librado del leon y del águila, le preservó de la serpiente, que exhaló un prolongado silbido y desapareció á su vez.

Entonces Satanás se volvió á presentar al arquitecto bajo su primera forma.

—Está bien, le dijo, soy vencido y tu triunfas, gracias á tu Dios, tus sacerdotes y tus re-

ligiosos. Pero esa iglesia que me has robado, no se terminará, y tu nombre, que quieres hacer inmortal, será olvidado y desconocido. Adios, guárdate de que te sorprenda en pecado mortal.

Dichas estas palabras, Satanás dió un salto desde el sitio donde estaba hasta el Rhin, donde se sumergió y desapareció con un ruido semejante al que hubiese producido un hierro candente.

El arquitecto sumamente gozoso, volvió á entrar en la ciudad y fué á su casa, donde encontró á su madre y al padre Clemente en oracion. Les refirió todo lo que habia pasado. La pobre muger lloraba y hacia la señal de la cruz; el buen fraile se frotaba las manos y aplaudia su astucia. El artista dijo cuál habia sido la despedida de Satanás.

—¡Y bien! dijo el fraile, el diablo es todavía mas leal que lo que yo creía, puesto que te ha prevenido; ahora á ti te toca guardarte, y apartarte de todo pecado mortal. Por última vez te digo, que te guardes del orgullo.

El arquitecto prometió que estaria vigilante, y el fraile salió para volver á su convento, dejándole el hombre mas feliz de la tierra. La madre se retiró tambien, no comprendiendo mas que á medias todo lo que habia pasado, pero feliz con ver á su hijo dichoso.

Habiendo quedado solo el artista, sin dejar el plano que habia faltado poco para que pagase con su alma, se arrodilló, é hizo oracion por largo rato para dar gracias á Dios por el auxilio que le habia prestado; en seguida se acostó despues de haber metido arrollado bajo la almohada su plano, se durmió, y vió en sueños su catedral.

## LOS SIETE PECADOS CAPITALES.

Al dia siguiente, por la mañana, se fué á casa del arzobispo, el cual comenzaba á impacientarse de tanta lentitud, y le enseñó el plano. Monseñor Conrado confesó que no habia perdido nada por esperar, y abriendo los tesoros del cabildo, autorizó al artista para que sacase de allí á manos llenas.

En aquel mismo dia el arquitecto echó los cimientos de su catedral; y como hacia mucho tiempo una multitud de obreros escavaban las laderas de Drakenfels, no le faltaron materiales: vióselas, pues, salir muy pronto de la tierra como una inmensa vegetacion de piedra que se apresuraba á recibir los rayos del sol.

Tres meses habian pasado, y cada semana el monumento subia una hilada.

Cuando un viernes, el arquitecto, distraido

en sus trabajos, había permanecido hasta la noche sin comer, y volvía á su casa hambriento, se encontró al burgomaestre, persona conocida por las magníficas comidas que daba. Volvía precisamente de casa del arquitecto á donde había ido para convidarle á cenar con los burgomaestres de Maguncia y de Aix-la-Chapelle, que pasaban también por alegres convidados; y no habiéndole encontrado, se dirigió hácia el sitio donde estaba seguro de encontrarle siempre. Quiso negarse el arquitecto diciendo que su madre no estaba advertida; pero el burgomaestre no quiso oír nada diciéndole que era cosa hecha puesto que la había hablado él, de modo que por mas que se negó, le fué preciso al arquitecto seguir al burgomaestre, quien le introdujo en un comedor, en medio del que había una mesa espléndidamente ocupada con los mas delicados manjares, tanto de volateria como de montería.

El arquitecto, como hemos dicho, se moría de hambre: así, al ver tan excelente refacción, comenzó á felicitarle por haber seguido al burgomaestre; mas al ponerse á la mesa se acordó que era precisamente viernes, día de abstinencia, en que le era menos permitido que á nadie entregarse al pecado de la gula. Por tanto, luego que hubo dicho su oración, no quiso tomar otra cosa que un pedazo de pan y un vaso de agua, rehusando las mas delicadas viandas y los vinos mas esquisitos; porque, como había dicho, no era gloton.

En cuanto á los tres burgomaestres, comieron de todas aquellas viandas sin temor de Dios ni del diablo, chanceándose durante toda la comida con el pobre arquitecto por la frugal comida que hacia.

Al día siguiente volvió el arquitecto á dedicarse á su obra, y como no le faltaban ni hombres ni dinero, veía diariamente elevarse mas y mas la catedral. No dejaba de acordarse de vez en cuando el artista de las amenazas del diablo; pero cada vez que pensaba en ellas sacaba del mismo temor nueva fuerza para resistir á la tentación, y como la catedral avanzaba, esperaba que las predicciones infernales no se verificarían.

Por aquel tiempo, el papa Inocencio IV, que era genovés, quiso edificar para uno de sus sobrinos un palacio en Roma; y como la ciudad de Colonia tenia fama por la habilidad de sus constructores, envió á pedir á monseñor Conrado un arquitecto. Monseñor Conrado designó á S. S. un hombre sumamente hábil, á quien tuvo por un momento intencion de encargárle la construcción de su catedral, creyendo causar gran pena al arquitecto de la catedral, con el que algunos días antes había tenido una breve disputa; mas este, dedicado completamente á su trabajo, se felicitó de que la elección no hubiese recaído en él, y en el momento de la partida abrazó á su rival y le deseó un feliz viage, porque, como había dicho, no era envidioso.

La catedral continuó ganando con aquella tranquilidad de espíritu. El artista no vivía mas que para el monumento; todo su tiempo lo pasaba en medio de las piedras, esculpido por sí mismo aquello que tenia necesidad de delicadeza y finura. El arzobispo por su parte, por mas indiferente que estuviera con su arquitecto, le pagaba régicamente, de modo que el artista, soñando en una gran gloria para su nombre, ganaba una bonita fortuna para su existencia: resultó de aquí, que á los diez y ocho meses tenia ya cerca de seis mil florines, los cuales, para aquella época, eran una cantidad muy bonita.

Mas una noche, al volver á su casa, le entregó su madre una carta sellada con lacre negro: era de su hermana que le anunciaba que acababa de perder á su marido, el que al morir la dejaba sin fortuna y con tres niños. La pobre muger terminaba su carta suplicándole le enviase algun socorro para ayuda de mantener á su familia.

El artista le envió sus seis mil florines; porque, como había dicho, no era avaro.

La catedral continuaba adelantando, el artista parecia haber hecho de ella su mansion: desde el amanecer estaba allí, y frecuentemente llegaba la noche, y aun no la había abandonado. No obstante, tenia á sus órdenes muchos obreros bastante hábiles para que pudiera descansar en ellos, respecto á ciertos trabajos de importancia; así, despues de haber hecho un dibujo del tallado, había confiado á uno de ellos una puerta lateral llena de preciosos arabescos y de la que pendia, como de un emparrado, una cepa cargada de racimos. El obrero que debia ejecutar este trabajo se había encerrado en una especie de taller de tablas, á fin de no verse incomodado. El arquitecto respetaba su soledad, y confiando en su habilidad, esperaba á que cayese el velo. Llegó el gran día. El obrero levantó su andamio; mas entonces se vió engañada la esperanza del artista; algunas partes de la puerta estaban lejos de ser dignas del resto del edificio; de modo, que resolvió hacer aquella puerta por sí mismo, á pesar de tener no menos de seis meses de trabajo; y nada le costó tomar esta determinación; porque, como había dicho, no era perezoso.

Desde que el monumento se había comenzado, y habían pasado ya cerca de cuatro años, jamás el artista había dejado de vigilar un solo día, y por sí mismo á sus obreros, y juzgar por sus propios ojos si se había seguido escrupulosamente cada detalle de su plano; de modo, que le parecia imposible vivir en otra parte que en medio de sus columnatas y de sus ojivas. Mas sucedió que una noche unos ladrones, que ignoraban que, pagando á los obreros el día antes, no le había quedado un cuarto en casa, se introdujeron en ella, y no encontrando el dinero que buscaban se indemnizaron con su vestuario de la falta de

su caja y le llevaron hasta el frage que acababa de quitarse, que estaba en una silla al pie de su cama; de modo, que al día siguiente notó que no podía levantarse por falta de vestido. Llamó al punto á un sastre, quien le prometió un vestido completo para la misma noche, no llevándosele hasta de allí á tres días; así que, el desventurado arquitecto, se vió obligado á permanecer sesenta y dos horas en su cama. Cuando despues de haberle hecho esperar de aquel modo, le llevó el sastre el frage tan deseado, le riñó; mas con un tono moderado y como conviene á un hombre de calma y moderación; porque, como habia dicho, no era colérico.

Al mismo tiempo comenzaba á esparcirse el rumor de que una nueva maravilla iba á enriquecer el mundo; porque era fácil conocer, por lo que emitia ya, lo que seria el edificio una vez terminado; de modo, que acudian gentes como en peregrinacion de Francia, Alemania y Flandes. Generalmente, todos aquellos peregrinos despues de haber visitado el edificio, tenian curiosidad de ver al arquitecto; de modo, que cuando volvía de la catedral á su casa, no era raro que encontrase grupos de estrangeros que le esperaban, á fin de ver qué hombre era aquel que habia tenido bastante audacia y genio para esperar llevar á cabo semejante empresa. Mas entre estos peregrinos habia tambien algunas peregrinas: sucedió que una de ellas concibió tal pasion por nuestro arquitecto, que alquiló una casa en la calle que conducía de la suya á la catedral, y cuando pasaba, fuese al ir ó al volver, la veía siempre en su balcon con la sonrisa en los labios y siguiéndole con la vista mientras le alcanzaba á ver. Duraba esto ya tres semanas, cuando una noche al volver, dejó caer ella á sus pies desde el balcon el ramo que tenia en la mano. El artista le cogió, y sin ningún pensamiento malo, entró en la casa para entregarle á algun criado; pero, por casualidad, todos los criados habian salido, de suerte que le fué preciso subir á la habitacion de la bella desconocida, la cual le recibió en una habitacion embalsamada con los mas suaves perfumes, y alumbrada con esa media luz tan peligrosa para un corazon que no está seguro de sí mismo. Una vez allí, le era imposible al arquitecto retirarse inmediatamente. Aceptó, pues, la invitacion que le hizo la hermosa peregrina para que se sentara un momento á su lado. Mas apenas lo hizo, le confesó ella que habia ido por ver la catedral, pero el arquitecto la defenia hacia un mes en Colonia; y diciéndole cosas tan lisonjeras como esta le echó uno de sus preciosos brazos al rededor del cuello, y acercando sus labios á los del arquitecto, le dió uno de esos prolongados y ardientes besos que se deslizan de la boca al corazon. Pero el arquitecto se levantó al punto, modesto y ruborizado, y pronunció un largo y elocuente discurso acerca

de la necesidad de contener las tentaciones de la carne, y terminado el sermón, se retiró, á pesar de sus instancias y lágrimas; porque, como habia dicho, no era lujurioso.

Seis meses próximamente se habian pasado desde aquel suceso; la afluencia de curiosos aumentaba diariamente, porque el pórtico estaba enteramente terminado así como la bóveda; y aunque una de las torres no habiallegado todavía mas que á la altura de veinte y un pies, la otra tenia ya mas de ciento cuarenta y dejaba calcular seguramente lo que seria cuando tuviese su dimension completa, que debia ser de quinientos pies: pero á medida que la catedral avanzaba, atormentaba mas al artista la idea de que no se terminaria y de que su nombre quedaria olvidado y desconocido; por tanto, resolvió hacer frente á aquel temor, construyendo de las mismas letras de su nombre la balaustrada que debia rodear la plataforma de la torre: de este modo, aquel nombre atracria todas las miradas mientras durara el edificio; aquel nombre viviria con él. Tomada esta resolucion, quedó el artista mas tranquilo y resolvió ponerla en ejecucion desde el día siguiente por la mañana.

En el momento en que acababa de fijarse en este proyecto, le envió á buscar el arzobispo para enseñarle, decia, varias reliquias que acababa de recibir: el arquitecto se bajó de su torre, y fué al palacio arzobispal, donde encontró á monseñor Conrado sumamente alegre porque habia recibido de Milan las cabezas de los tres reyes magos, Gaspar, Melchor y Baltasar, con preciosas coronas de oro, adornadas de diamantes y perlas. El arquitecto se arrodilló devotamente ante aquellas santas reliquias, hizo su oracion, y habiéndose levantado, felicitó al arzobispo por haber recibido tan rico y milagroso presente.

—¡Y bien! dijo el arzobispo, he recibido una cosa mas preciosa todavía que todo eso, del emperador de Constantinopla.

—¿De veras? preguntó el arquitecto; ¿será un pedazo de la verdadera cruz hallada por la emperatriz Elena?

—Mejor que eso.

—¿Será la corona de espinas entregada en garantia por el emperador Balduino?

—Tambien mejor que eso.

—¿Qué es, pues?

—El plano del mas hermoso edificio que jamás se ha construido.

—¡Ah! dijo el arquitecto sonriendo desdeñosamente.

—Un plano que deja muy atrás á los demas planos, como el sol deja atrás á las estrellas, puesto que todos los demas planos son obra de los hombres, y este es obra del mismo Dios, quien le envió por medio de uno de sus ángeles al rey Salomon.

—¿Teneis el plano del templo de Jerusalem?

—Si.

—Tengo curiosidad de verle.

—Levantad esa cortina, dijo el arzobispo señalando con el dedo un tapiz que cubría un marco.

El arquitecto obedeció apresuradamente, y vió ante sí un plano celestial, que abrazó con una sola mirada en todos sus detalles.

—¡Y bien! dijo el arzobispo, ¿qué decís de ese plano?

—¡Pche! dijo el arquitecto prolongando el labio inferior, prefiero el mío.

En aquel momento resonó en sus oídos una carcajada infernal: reconoció la risa de Satanás; después de haberse librado de los otros seis pecados, iba á caer en el pecado del orgullo.

El arquitecto atravesó de un salto el espacio entre el arzobispado y la iglesia de San Gerónimo, donde esperaba encontrar al padre Clemente; pero el padre Clemente había muerto aquella noche de una apoplejía fulminante. En el momento en que le dieron aquella noticia, oyó por segunda vez estallar en sus oídos la satánica carcajada que ya le había espantado, y un estremecimiento que circuló por todos sus miembros, penetró hasta su corazón y le heló.

Sin embargo llamó á su socorro toda su resolución, y como no experimentaba ningún dolor físico, recobró ánimo poco á poco, y resolvió volver á su catedral, esperando que el entusiasmo que experimentaba siempre que se encontraba frente á su obra, disiparía el resto de temor que estremecía lo íntimo de su corazón.

El artista intentó ocultarse en las profundidades de su catedral, pero conoció al punto que el aire empezaba á faltarle allí, y que se ahogaba como en un sepulcro; por tanto, se dirigió á la escalera que conducía á la plataforma. Luego que llegó á ella, continuó subiendo por los andamios; en lo alto de estos había una escala que conducía á la cúspide de la torre. Esta cúspide de la torre era la parte más adelantada de la obra, y desde allí era desde donde el arquitecto dominaba ordinariamente todo el conjunto de sus trabajos.

Al parecer nada había cambiado, cada uno estaba dedicado á su tarea, y todos permanecieron asiduamente allí hasta la hora de cesar el trabajo; al fin llegó esa hora cuando empezaba á terminar el día. El arquitecto oyó á los obreros retirarse cantando, satisfechos con su obra del día. Quedó entonces solo como acostumbra, porque, como hemos dicho, siempre se marchaba el último.

Poníase el sol magestuosamente como un rey de la esfera, no iluminando ya mas que los tejados más elevados. Pronto quedaron envueltos en las sombras completamente el río y la ciudad; mas por algún tiempo aun la cúspide de la torre, que sin embargo, todavía no había llegado mas que á un tercio de su altura, permaneció iluminada, y el artista, inun-

dado de luz, pensó orgullosamente que cuando la torre hubiera llegado á toda su altura, parecería un faro encendido en la noche. Al fin abandonó el sol lentamente la montaña de piedra, y el arquitecto creyó que era tiempo de bajar.

Pero cuando buscó la escala, fué en vano; la escala no estaba allí.

Este suceso no tenía nada de extraordinario, porque algún trabajador, creyendo que se había marchado el arquitecto, podía haberla quitado; sin embargo, en las circunstancias en que el arquitecto se encontraba, concibió alguna alarma; en primer lugar, según su costumbre, había almorzado muy ligeramente, y habiendo sido llamado á casa del arzobispo á las dos, se había olvidado completamente de comer. Por tanto, comenzaba á aquejarle el hambre; además era el mes de octubre, y las noches iban siendo frías: intentó, pues, todos los medios para bajar; mas por diestro que fuese, era completamente imposible. Entonces llamó, pero como antes de recurrir á este medio había empleado mas de una hora en inútiles tentativas, las calles estaban ya desiertas, y su voz, sin que pudiera explicárselo, había tomado tal carácter de angustia, que los pocos transeúntes que le oyeron, en lugar de detenerse para contestarle, apresuraron el paso, asustados de aquellos gritos nocturnos y confusos.

Forzoso le fué al arquitecto resignarse; pero se necesitaba para esto cierta resolución. La cúspide de la torre presentaba una superficie desnuda y no ofrecía abrigo alguno. Para colmo de desventura, á cosa de las once se fueron agrupando en el cielo hacía el Occidente, nubes que amenazaban con una terrible tormenta. No era posible ya pensar en dormir, y el artista estaba sentado, porque de tiempo en tiempo pasaban tales ráfagas de viento, que si hubiese estado de pie, como no había parapeto, sin duda le hubiesen llevado; en tanto la tormenta iba avanzando.

A las once y media se fijó sobre Colonia, y se oyeron retumbar los primeros truenos. A intervalos, un relámpago que parecía rasgar hasta las capas más profundas del cielo, entreabría aquel oleaje de nubes, ó iluminaba por un momento la ciudad y el río con una fantástica luz. Parecía entonces al arquitecto que la ciudad tenía la forma de un león, la nube la de una águila, y el río la de una serpiente.

A las doce menos cuarto, todo aquel océano de vapor lanzado por el viento contra la catedral, se detuvo en su cúpula, como á veces se detienen las nubes en la cima de las montañas. El arquitecto se encontró, pues, en el centro de la tempestad. El trueno rugía á su oído, el relámpago serpenteaba á su alrededor.

Al dar la media noche, se oyó un ruido extraño y confuso; se esparció un olor inso-

portable á azufre; y cuando el mazo del relój de los Santos Apóstoles daba la última campanada, aquella carcajada que le era tan conocida resonó tras el arquitecto. Se volvió y se encontró delante de sí á Satanás.

Ahora era él quien á su vez estaba en poder de su enemigo.

Comprendió el arquitecto que estaba perdido, porque no podía pensar en huir. Sin embargo cuando Satanás estendia una mano hácia él, dió un paso atrás, lo cual le dió tiempo para hacer un acto de contrición. Entonces Satanás vió que su alma iba á escapársele por segunda vez, dió un salto hácia él, y tocándole con el dedo, le precipitó de lo alto de la torre.

Pero por rápido que hubiese sido aquel movimiento, había quedado tiempo para que la plegaria subiese hasta el trono de Dios, y cuando Satanás se lanzó tras de su víctima para arrastrarla consigo al infierno, la encontró en brazos de dos ángeles que la llevaban al cielo.

Quedó Satanás un momento estupefacto; en seguida lanzándose tras los celestes mensajeros, pasó junto á ellos, rápido como un torbellino, dirigiendo otra vez á la pobre alma aquella palabra que tanto había atormentado su cuerpo:

—¡Desconocido, desconocido!

En efecto, la predicción de Satanás se ha verificado; la catedral, interrumpida, quedó en el estado en que se encontraba cuando llegó aquella noche fatal, porque cuando quisieron continuarla no pudo encontrarse el plano por el cual había sido comenzada, y por más indagaciones que desde aquella época han hecho los anticuarios, jamás se ha descubierto el nombre del arquitecto.

La pobre alma sabe en el cielo que está olvidada en la tierra, y este es el castigo de su orgullo.

A pesar de estar sin terminar, es la catedral una maravilla; por eso los habitantes de Colonia no pierden la esperanza de que será un día terminada, y la grua que servía para subir las piedras, ha quedado tendida en la plataforma. De aquellas dos torres, cada una de las cuales debía tener la altura de quinientos pies, la una ha quedado á los veinte y uno sobre el nivel del suelo, y la otra, aquella de donde dice la tradición que el arquitecto fué precipitado, y que veremos después, ha llegado á la tercera parte de su elevación. Solo el coro está terminado, y le remata una cruz dorada: esta cruz es un regalo que María de Médicis hizo á Colonia, en reconocimiento de la hospitalidad que allí recibió.

En la capilla situada detras del altar mayor es donde el famoso monumento de los tres reyes magos, contiene, según se asegura con toda seriedad, los esqueletos de los tres príncipes que fueron á llevar presentes al niño Jesús: Federico I de la casa de Hohenstaufen

después de haber tomado y asolado á Milan, se llevó los esqueletos de los tres cejes, que se encontraban allí, sin que pueda decirse la causa, y los regaló á Renaud, arzobispo de Colonia; este entusiasmado con tener tan preciosas reliquias, quiso construir una iglesia digna de ellas; como esto pasaba por los años de 1170, y aun no se había tratado de la catedral, hizo ir un arquitecto y trazar un plano. Trazado este, reunió operarios y los hizo poner manos á la obra.

Desgraciadamente el digno arzobispo tenía más celo que los operarios actividad; pero como era un antiguo caballero que había manejado por largo tiempo la lanza antes de llevar el báculo, era naturalmente inclinado á recurrir de vez en cuando á los medios temporales, lo cual ejecutaba cogiendo un palo y golpeando grandemente á los más perezosos; después volviendo á los medios de persuasión, les pronunciaba bonitos discursos, y les explicaba la necesidad absoluta del trabajo para la salvación del hombre. Así marcharon las cosas durante algún tiempo, mas como diariamente se aumentaba el celo del buen arzobispo, resolvieron los operarios desembarazarse de él de cualquier modo que fuese. Un día se subieron todos á los andamios ya levantados en la iglesia, é hicieron acopios de piedras. Cuando el arzobispo se presentó se ocultaron tan profundamente, que el buen prelado creyó que no había nadie en su iglesia. Se adelantó hasta el coro para coger del sitio acostumbrado el palo del estímulo; mas cuando estuvo en medio de la iglesia, de todos lados cayó sobre él una granizada de piedras. El arzobispo que no se intimidaba fácilmente, quiso por algunos momentos hacer frente á la tormenta, pero viendo que sus antagonistas se habían puesto prudentemente fuera de su alcance retirando las escalas, se batió en retirada hácia la puerta. Desgraciadamente una gran piedra le dió en la cabeza y le derribó sin sentido: los operarios bajaron y le derribaron á martillazos. Mas sea que Dios quisiese castigarles en el instante mismo, sea que semejante acción les hubiese naturalmente trastornado el juicio, apenas fué muerto el arzobispo se esparcieron como furiosos por la ciudad, vociferando é hiriendo. Y entonces les sucedió lo que había sucedido al arzobispo, los ciudadanos se cansaron, y habiéndose reunido entre ellos, les dieron caza y los mataron á todos como fieras.

La justicia estaba satisfecha, pero los tres reyes magos quedaban sin asilo: colocóseles en una iglesia provisional, y para hacerlos tener paciencia les hicieron una magnífica urna, toda cubierta de láminas de oro, é incrustada de pedrería: sobre las tres cabezas, que se colocaron en línea á un extremo de la urna, se pusieron tres magníficas coronas de oro, diamantes y perlas, cada una de las cuales pesaba seis libras, y por bajo de las cabezas se

escribió con rubies el nombre de sus propietarios, Gaspar, Melchor y Baltasar.

Luego que el interior de la catedral estuvo habitable, trasladaron á ella los tres reyes magos, y el elector Maximiliano Enrique, de la casa de Baviera, les hizo erigir un bonito monumento del estilo jónico. Permanecieron aqui hasta el año 1794, en que el cabildo de Colonia, por el gran temor que le inspiraban los franceses, emigró á Amsberg, en Westphalia, y no queriendo separarse de sus tres reyes magos, los llevó consigo. En 1804 volvió el cabildo con las reliquias; pues ya eran pobres reyes que muertos se hallaban como muchos de sus colegas que á la sazón vivían; habían perdido su corona y las mas ricas joyas de su tesoro. Durante diez años, el cabildo había vivido desmembrando la urna de los pobres santos; de modo que hoy no queda en ella mas que lo que la han dejado. Verdad es que han tenido á bien dejarlos una corona de perlas imitadas; pero los tres reyes, inteligentes en alhajas, no se han dejado engañar, y en su aspecto se conoce la vergüenza que les causa tener piedras falsas. Aun quedan algunas antiguas buenas, y entre otras un Augusto, que se quiere hacer pasar por un Alejandro, y que es el verdadero retrato de Napoleon.

Cerca de los tres reyes magos están colocados los demas restos de la riqueza del cabildo: son estos la espada electoral, un magnífico báculo episcopal, y un cáliz de un trabajo maravilloso. El principal adorno del coro, donde descansan las entrañas de María de Médicis, es cuatro candeleros de diez pies de altura próximamente, en cuya composición se aprecia el oro que entra en ellos en una octava parte; en el momento de la fundición llegaron los canónigos con sacos llenos de ducados, y los arrojaron en el molde.

Dirigimos la última mirada á los hermosos vidrios que adornan las cuatro ventanas que se encuentran á la izquierda entrando, que son de fines del siglo XIV y principios del siglo XV, y fuimos en busca de otras curiosidades de la ciudad.

Después de la catedral, las dos iglesias mas visitadas por los extranjeros son las de San Pedro y Santa Ursula. En la primera es donde Rubens fué bautizado, y donde permaneció tres años como niño de coro; por eso quiso dejar á esta iglesia un grande y eterno recuerdo suyo, é hizo para ella una de sus obras maestras: el apóstol San Pedro crucificado boca abajo. Semejantes obras no se describen; nos contentamos con referirlo; éste es uno de los mas hermosos cuadros de Rubens. Para realzar mas su valor, el cabildo de San Pedro ha empleado un medio que da una alta idea de la modestia de los artistas indigenas. Ha mandado hacer á uno de ellos una copia del cuadro de Rubens y lo ha pegado á espaldas del original; de modo, que el cicerone

que os hace los honores de su iglesia comienza por enseñar á los viajeros la copia, sin decirles nada. Luego, cuando se han estasiado ante ella:—¡Ah! ahora, dice el malicioso sacristan, vais á ver el original. Da vuelta al cuadro, y os enseña una maravilla, que es causa de que en el mismo momento lo que habeis visto lo tengais por un mamarracho. Esto es sumamente ingenioso, pero dudo que la chanza fuera del gusto del pobre pintor, y que se le haya dicho de antemano á qué género de sorpresa estaba destinada su copia.

Visto San Pedro, nos dirigimos al punto á la citada abadía de hermanas de Santa Ursula. Sin duda alguna, nuestros lectores han oido hablar de las once mil mártires holandesas, pero acaso no conocen su historia en todos sus principales detalles. Helas aqui, porque es imposible no referir alguna crónica muy extraña cuando se habla de la Alemania.

Era por el año 220 de Jesucristo: Dionesto y Daria reinaban en la Gran Bretaña y no tenían herederos; rogaban ardentemente al cielo les concediese uno. El cielo, se ignora el por qué, hizo las cosas á medias, les envió una hija; verdad es que esta hija debía ser una santa.

El fruto tan largo tiempo esperado recibió el nombre de Ursula. Desde su juventud, frustrando las esperanzas de sus padres, que á falta de un hijo contaban al menos con un nieto, Ursula ofreció al Señor consagrarse esclusivamente á su servicio. Esta imprudente promesa causó gran pena á Dionesto y Daria, pero eran ambos demasiado religiosos para contrariar la santa inclinacion de su hija; tanto que habiendo llegado embajadores de parte de Agrippino, príncipe germano, para pedir la mano de Ursula para su hijo, el príncipe Coman, Dionesto se negó al punto á esta union. Mas á la noche siguiente bajó junto al lecho de Ursula un ángel, la relevó su juramento de parte de Dios, y le mandó se casara con el príncipe Coman.

Dionesto y Daria no eran personas que desajasen marchar á su hija sin darla una escolta digna de ella. Eligieron entre las mejores familias de la Gran Bretaña once mil vírgenes, para que formasen la comitiva de Ursula, y la acompañasen primero á Roma, donde segun el deseo de su padre, debían ser bautizadas por segunda vez y volver con ella al país de los germanos. Partió Ursula con sus once mil damas de honor, y al llegar al puerto, encontró el mayor navío del rey su padre que le esperaba con sus marineros y su capitán. Despidió ella toda la tripulacion, se sentó al timon, mandó la maniobra, y obedeciendo el buque, se alejó de tierra, llevando á las costas bálticas aquella bandada de blancas palomas.

Los embajadores iban detrás en otro buque, y como seguian la estela del primero, se recreaban grandemente con los cánticos que

entonaban las lindas doncellas que les precedían.

En aquella época el Rhin no se perdía en la arena; desembocaba sencillamente en el mar, como debe hacer todo río que tiene conciencia de su misión; de modo, que las once mil vírgenes siempre dirigidas por Ursula, se internaron en el río y subieron por él hasta Colonia. Aquilino, prefecto romano que gobernaba entonces la ciudad por Septimio Severo, emperador reinante, las recibió con grandes honores: mas como la intención de Ursula era llegar hasta Roma para recibir allí por segunda vez el bautismo, no hizo mas que abordar á Colonia y se volvió á embarcar al punto con toda su comitiva para seguir á Basilea. Aquí dejó su buque, pues que por bien dirigida que estuviese la maniobra, hubiera sido muy difícil hacerle subir por la cascada del Rhin, y acompañada de Pantulo, otro prefecto romano, á quien tentó tan buena sociedad, atravesó la Suiza y los Alpes á pie. Pantulo, que había marchado solo para andar algunas leguas con ella, la acompañó hasta Roma. Fué esta una idea feliz, que mas tarde le valió los honores de la canonización.

Llegando á Roma las once mil vírgenes, hicieron su devota preparación, fueron bautizadas por el papa Ciriaco, quien atraído por la fé, que veía en todas aquellas santas doncellas, resolvió hacer lo que había hecho Pantulo; por tanto hizo su dimisión del papado, y cuando ellas dejaron á Roma, las acompañó á su vez con una gran parte de su clerecía.

De vuelta á Basilea, se embarcaron de nuevo las once mil vírgenes en el Rhin y bajaron hasta Maguncia; Ursula encontró aquí á Coman, su prometido. Era este un príncipe pagano, hasta allí sumamente obstinado en su falsa religión; mas cuando vió á su bella desposada, cuando oyó su dulce voz, creyó que el Dios á quien adoraba semejante ángel debía ser el verdadero Dios, y se convirtió á la fé católica. El papa Ciriaco no dejó resfriar su celo, y le bautizó en el mismo instante. Los prometidos esposos se dirigieron inmediatamente á Colonia, donde debía celebrarse el matrimonio.

Mas apenas habian llegado, cayó sobre la ciudad una invasión de godos. Cerráronse las puertas, y los habitantes, animados por Coman, hicieron la mas bonita defensa. En tanto, las once mil vírgenes estaban en oración; mas á pesar de las súplicas de Ursula y el valor de Coman, el cielo había decidido que los godos quedasen vencedores. Tomaron, pues, la ciudad, y las once mil vírgenes se vieron colocadas en la alternativa de casarse con once mil godos, ó ser once mil mártires. Su elección no fué dudosa, eligieron el martirio, y comenzó el suplicio.

Todas fueron asesinadas en un día, con los refinamientos de crueldad de que solo los godos eran capaces; solo una, llamada Cordula, consiguió al principio salvarse, metiéndose en

un buque y permaneciendo oculta bajo un banco; pero llegada la noche, habiendo visto abrirse el cielo y recibir á sus diez mil novecientas noventa y nueve compañeras, se avergonzó de tal modo de su debilidad, que al instante mismo fué á entregarse á los verdugos, y recibiendo la muerte inmediatamente, llegó aun bastante á tiempo para entrar con las demas antes que la puerta de los cielos se volviese á cerrar.

Los huesos de las santas doncellas fueron recogidos con cuidado y llevados á una iglesia. Faltaban los mas preciosos, porque por mas pesquisas que se hicieron, no se pudo encontrar el cuerpo de Santa Ursula. Pero un día que San Cuneberto decia misa, una paloma bajó y revoloteó alrededor de su cabeza; el santo juzgó que el mensajero del Señor no se acercaba á él de aquel modo sin una misión particular; le siguió al campo. En cuanto llegó al pie de un álamo blanco, se puso á escavar la tierra con sus rosadas patitas. Se escavó en aquel sitio, y encontraron el cuerpo de Santa Ursula.

Ademas del cuadro que representa la llegada de las once mil vírgenes á Colonia, posee la iglesia uno cuyo asunto es el martirio particular de Coman y su desposada Ursula. San Pantulo no ha quedado en olvido, y tiene su altar casi frente á la cámara de oro.

## EL RHIN.

Para nosotros los franceses es difícil comprender la profunda veneración con que miran los alemanes el Rhin. Es para ellos una especie de divinidad protectora, que ademas de sus carpas y salmones, contiene en sus aguas una gran cantidad de náyades, ondinas, genios buenos ó malos, que la imaginación poética de aquellos habitantes ve de día á través del velo de sus azuladas aguas, y por la noche ya sentados, ya errantes por sus orillas. Para ellos el Rhin es el emblema universal; el Rhin es la fuerza, el Rhin es la independencia, el Rhin es la libertad. El Rhin tiene pasiones como un hombre, ó mas bien como un dios. El Rhin ama y odia, acaricia y pega, protege y maldice. Para los unos, tienen sus aguas un suave lecho de algas y rosas, donde el anciano padre de los ríos, coronado de rosales, y con su vasija vertida como un dios pagano, le espera para festejarle. Para otros, es un abismo sin fondo, poblado de mónstruos de aspecto repugnante, y semejante á la sima que se tragó al pescador de Schiller. Para es-

te, sus aguas son un terso espejo, sobre el que puede marchar como Cristo, siempre que tenga mas fé que San Pedro: para aquel, su curso es tumultuoso é irritado como el del mar Rojo devorando á Faraon. Segun bajo el punto de vista que se le considere, es un objeto de temor ó de esperanza; símbolo de odio ó de amor, principio de vida ó de muerte. Para todos, este es un manantial de poesía.

Especialmente entre Colonia y Maguncia es donde se han reunido sus mas numerosas tradiciones, porque en el espacio comprendido entre esas dos ciudades, es donde efectivamente se encuentran los contrastes mas opuestos del Rhin, sus puntos de vista mas agradables y mas terribles; allí tan pronto vencedor de sus colinas, que parece se mantienen respetuosas lejos de él, se estiende indolente y perezoso como un lago; tan pronto vencido, encerrado y como encadenado por sus montañas, gracias á los petos de granito contra los que se estrellan impotentes sus olas, se tuerce, se estiende, se repliega, como una serpiente que lucha, y en su impotencia reconocida, obligado á huir, amenaza huyendo. Compréndese que segun habitan tal ó cual sitio de sus orillas, los pescadores, cuyas barcas mece ó destroza, le miran como un dios tutelar ó como un mal genio, y le dan gracias como á un padre ó le imploran como á un enemigo.

Verdad es que desde la invencion de los buques de vapor, el Rhin ha perdido mucho de su prestigio. Esas especies de monstruos domesticados, que como los antiguos dragones avanzan arrojando fuego y humo, para los que no hay ya ni torbellinos, ni abismos, ni tempestades; que remontan el curso de un rio con mas rapidez que un buque ordinario descendiendo por él, han arrojado poco á poco ante su ardiente soplo, y bajo los golpes de sus nadaderas de hierro, carpas, salmones, náyades, ondinas y genios; de modo que si se quiere hoy comer una fritada ú oír una balada, es preciso ir á pescar al Mein ó al Neckar, y buscar el canto en una generacion que jamás ha oído hablar de Fulton. Esto es un poco mas cansado, es verdad; pero con la escasez, se ha hecho por lo mismo de mas precio. Por lo que hace á mí, puedo decir que mientras subí por el Rhin, me fué imposible encontrar mas que huevos frescos y chuletas. Verdad es que he sido un poco mas feliz con respecto á las baladas y tradiciones.

Por lo demas, escepuando el pescado, que como he dicho ha llegado á ser en todo el curso del Rhin un mito, un geroglífico, una quimera, se han tomado perfectamente todas las medidas por las administraciones que están en competencia, para mayor satisfaccion de la curiosidad de los viajeros. Una vez pagado el asiento de Colonia á Maguncia, y aun de Rotterdam á Strasburgo, ó de Strasburgo á Rotterdam, podeis emplear seis dias ó seis meses en hacer vuestro viage. Desembarcar ó

embarcarse en cada embarcadero; partís: buen viage; volveis: sois bien recibido. Vuestro billete es un billete al portador al que rinde homenaje todo buque que pertenece á la administracion, y que á cualquier hora que se presentase es pagado á la vista.

Apenas estuve en el Rhin, comprendí el acierto de esta medida. En efecto, aunque al ir contra la corriente marcha el buque con menos velocidad, las dos orillas del rio son una especie de panorama en el que apenas tiene la vista tiempo de detenerse, y caprichoso y lleno de repliegues, os oculta el Rhin al punto, tras algunos de sus recodos, la ciudad, la aldea ó castillo, el buque continúa marchando, y otras ciudades, otras aldeas y otros castillos pasan, de modo que frecuentemente os perdeis en medio de aquellas montañas, aquellos valles, aquellas ruinas, procurando con vuestro *Guia* en la mano, coger algun nombre, sintiendo todo lo que habeis dejado pasar así, que hubiérais querido ver en detalle, y que luego ya á vuestra espalda es un conjunto confuso é indistinto. Así, subiendo las diez leguas que separan á Colonia de Bonn, todavía torpe en este ejercicio, apenas tuve tiempo de apuntar en mi álbum, *Brühl* con su antiguo castillo romano cuyas ruinas han desaparecido bajo las casas de campo que pertenecen á los mas ricos propietarios de Colonia, y bajo el palacio de Augmentbourg, comenzado en 1725 por el elector llamado Augusto, y acabado por el elector Maximiliano Federico; *Rodinkirchen* con un antiguo castillo centinela avanzada de todas aquellas ruinas que aparecen sucesivamente como fantasmas del tiempo que pasó; *Langel*, tocando en otro tiempo con el Rhin y que se ha alejado al presente cerca de un cuarto de legua desde que la isla de *Lungelerwerth* se ha unido á la orilla; *Berghen* y *Monfort* con sus poblaciones de pescadores y de cesteros; la *Sieg*, arroyo torrente que cambia á cada instante de lecho, y donde, segun aseguran, se han refugiado esos salmones espulsados del Rhin, y donde los antiguos proscriptos se han aprovechado tan bien de la hospitalidad concedida, que algunos tienen el peso de cincuenta y sesenta libras; *Benel* por donde atravesaba la calzada romana que iba de Colonia á Tréveris; *Roisdorfs* con su manantial de agua mineral que se prefiere á la de Godesberg, porque siendo menos volátil el gas carbónico que contiene se hace mas trasportable; en fin *Bonn*, la ciudad universitaria rodeada de jardines que se estiende hasta las orillas del rio y dominada por el alto campanario de su catedral adornado con sus cuatro campanas.

Segun el itinerario que nos habíamos convenido de antemano, desembarcamos en Bonn con intencion de detenernos allí para dormir y continuar al dia siguiente nuestro camino por tierra hasta Drakenfelds.

En Bonn fué donde vimos el primer mode-

lo del estudiante alemán con su colosal pipa, su redingot abrochado, su cuello bajo y su imperceptible solideo, el cual por mas viento que haga y por la habilidad con que el *studiosus* mueve su cabeza, permanece fijo como si estuviera clavado en la estremidad superior de la cabeza. No esperaba yo sin cierta curiosidad aquella aparicion; en otro tiempo las universidades fueron un poder en Alemania. Hé aqui lo que habia formado este poder:

Todos han oido hablar de las diferentes sectas de *iluminados* y *fracmasones* que florecieron en Francia á fines del siglo XVIII. Estas sectas, que revelaban mas ó menos la filosofia alemana, tenian afiliacion mas allá del Rhin, y una de sus principales ideas era, bajo el nombre de fracmasoneria, hacer renacer en provecho de los pueblos la antigua *Santa Wehme* establecida en provecho del Imperio. Este pretendido secreto, que no se revelaba mas que á los iniciados, era, pues, libertad universal, manumision general.

Llegó 1789. La revolucion, que se anunció al mundo entero con la toma de la Bastilla, fué recibida con entusiasmo por las sociedades secretas, y casi concurren en ellas envueltas en la sombra con mas eficacia que se cree, á los primeros triunfos de nuestros ejércitos.

Llegó en seguida Bonaparte: no solo se decia, habia tenido conocimiento de aquellas sociedades sino que aun habia formado parte de ellas; tanto, que cuando cambió su casaca de general por el manto de emperador, todas aquellas sectas, que cualquiera que fuese su religion y su nacionalidad soñaban en la libertad universal, le miraron como un traidor, y en Francia y en el extranjero se sublevaron contra él. Entonces, como por el momento acudian en auxilio de los principes sus enemigos, no solo fueron tolerados sino aun estimulados por ellos; y el principe Luis de Prusia aceptó el titulo de gran maestro de una de estas asociaciones. La tentativa de asesinato de Staps fué uno de los truenos de aquella tormenta.

Mas á los dos dias de aquella tentativa de asesinato, vino la paz de Viena. El Imperio, ese anciano gigante germánico, fué abatido al nivel de las potencias de segundo orden; la policia francesa se estendió desde las aguas de Bretaña al Ponto Euxino, y aquellas sociedades que hacia quince años se organizaban públicamente, vigiladas por el águila que en aquella época se cernia sobre toda la Europa, se vieron obligadas á volverse á refugiarse en las tinieblas.

Los desastres del ejército francés en Rusia reanimaron el valor de las sociedades, porque era evidente que la coaliccion se estendia hasta el cielo, y que el mismo Dios comenzaba á declararse contra la Francia. Los emisarios de estas asociaciones, que por espacio de ocho años se habian mantenido ocultos, reaparecieron, pues, tímidos al principio y hablando en

voz baja, pero hablando de libertad; por eso fueron acogidos con entusiasmo, especialmente por los estudiantes. Muchas universidades, casi en total, se afiliaron eligiendo sus gefes entre sus condiscípulos y profesores. El poeta Kœner, muerto el 18 de octubre en Leipsick, fué el Tyrteo de esta campaña. El 18 de junio de 1815, Waterloo vino á ser un cuadro sombrío compañero de Leipsick, que envió por segunda vez los ejércitos prusianos compuestos casi en su totalidad de voluntarios, á la capital de Francia. El triunfo extranjero se habia verificado; pero entonces comenzó la lucha interior.

En efecto, cuando los tratados de 1815 y la nueva constitucion germánica fueron conocidos, se verificó una terrible reaccion en Alemania. Todos aquellos jóvenes que escitados por sus principes se habian levantado en nombre de la libertad, conocieron que habian derramado su sangre en provecho de la *Santa Alianza*, y que todo lo que habian ganado derribando al gigante era ser gobernados por enanos; no se tuvieron, sin embargo, por derrotados, y confiados, como generalmente lo es el hombre en esa primera época de la vida, quisieron reclamar las promesas hechas; mas á las primeras palabras que pronunciaron, las políticas combinadas de los señores Talleyrand y Metternich pesó sobre ellos y los obligó á ocultar su resentimiento y esperanzas al abrigo de las universidades, especie de oasis republicanos, que, gozando de una constitucion especial, se libraban por el hecho mismo de su organizacion, de los esbirros de la Santa Alianza. Mas por comprimidas que se vieran aquellas sociedades no dejaban por eso de existir manteniendo correspondencia entre sí por medio de estudiantes viajeros, que, bajo el pretexto de herborizar, recorrían la Alemania encargados de misiones verbales que, semejantes á los antiguos profetas, esparcian al pasar desde la cima de las montañas. Sand fué el producto de esta segunda liga, como Staps lo habia sido de la primera. Solo que, como Mucio Scevola, se equivocó y mató á un esclavo por un rey.

Por el asesinato, bien ejecutado, pero mal comprendido, de Kotzebue, las universidades quedaban entregadas á sí mismas; así, desde aquel momento comienza entre ellas y los gobiernos la lucha en que sucumbieron. Todo poder oculto es perdido en el instante mismo en que es descubierto; porque no estaba oculto sino por ser débil.

Pero el estudiante alemán, perdiendo su poder político, ha conservado su carácter negligente y abandonado, de modo que no es menos digno de ser estudiado. Sin un cuarto en su bolsillo, pero confiado como el ave que vuela á quien Dios ha prometido alimento, parte para hacer su peregrinacion por Alemania, con su pipa en la mano, su saquillo de tabaco al costado y su Kœrner en el bolsillo.

El camino le hará á pié por largo que sea: el sol y la sombra son de todo el mundo. En cuanto á lo demas, Philistin proveerá á ello. Pasa un carruage, contenga naturales ó estrangeros, el estudiante se quita su pipa de la boca, despega de su cabeza su embrión de solideo, se aproxima al viagero, y alegremente le invita á que le ayude á seguir su camino. Es raro que un alemán niegue su proposicion al estudiante que pasa. Por otro punto, por otro camino de la Germania, su hijo camina tambien, y acaso en aquel mismo momento apela á la bolsa del padre á cuyo hijo presta su auxilio. Por su parte el posadero tiene muy buen humor y desinterés para con el *studiosus* que viaja, cualquiera que sea su grado en la gerarquia universitaria, sea pinzon, zorra ó antigua casa; este es su golondrina que vuela todas las primaveras; le da abrigo bajo su techo. Y en cuanto al alimento, siempre se entenderá con un compatriota; además, los franceses ó los ingleses son los que pagarán esto. Así, sin preguntarle si tiene ó no dinero, el estudiante tiene siempre que llega, su vaso de vino del Rhin ó su botella de cerveza, si le agrada mejor; y aun generalmente le preguntan de qué país la prefiere: se le da una comida sacada de todas las comidas, y si la casa está demasiado llena, un lecho de paja fresca, que vale algunas veces mas que el mejor lecho de lana ó viruta de todas las posadas. Levántase alegre con el día el estudiante, bebe otro vaso de vino del Rhin, enciende su obligada pipa, y se pone en camino. Despues de haber visto los campos de batalla de Jena, Ulm y Leipsick, vuelve á entrar en su universidad con el grado de casa mohosa, bebe aun millares de copas de cerveza, se fuma algunos millares tambien de pipas, da y recibe una veintena de schläger, y vuelve al seno de su familia, donde continúa bebiendo y fumando, pero ya no se bate.

Llegamos á la fonda de la Estrella, situada en la plaza del Mercado, y al cargo de Simrock, el hermano del poeta, precisamente en el momento en que iban á ponerse á la mesa para la comida de la una, que se llama la pequeña comida. Porque en Alemania, aunque se está comiendo desde por la mañana hasta la noche, se ha creído, sin embargo, que debian designar con ciertos nombres las estaciones que se hacen tras cortas paradas. Así, por la mañana á las siete, al abrir los ojos, se toma café, á las once se hace un segundo almuerzo, á la una la pequeña comida de la una, á las tres se come, á las cinco una friolera de merienda, en fin á las nueve de la noche, al salir del teatro, se cena, y despues á acostarse. En eso no se comprende el té, las tortas y los sandwiches que se toman en los intermedios.

Aunque en el estado ordinario tengo por lo general un apetito muy bueno, y viajando aumentan mis facultades bajo ese aspecto un veinte y cinco ó treinta por ciento, desde mi

llegada á Aix-la-Chapelle, era muy desgraciado en este particular. Desde luego, como todo francés, nacido en la vieja Francia, la sustancia nutritiva que ingiero en cada una de mis comidas se compone de una mitad de pan, una cuarta parte de carne, y otra cuarta de entremeses y postres. Mas desde Aix-la-Chapelle, en lugar de pan me habian servido bizcocho. El bizcocho es una cosa excelente en sí misma; pero como en mi opinion, para conservar todo su valor debe ser servida á su tiempo, la primera vez que el fondista cometió lo que á mí me parecia un anacronismo, habia yo dejado aparte mi bizcocho para comerlo con toda propiedad con la crema de café, y le pedí verdadero pan. Entonces el mozo se sonrió con una inteligencia de excelente augurio, y me respondió en buen francés:

—Ya sé lo que pide este caballero.

Y me llevó torta anisada. Di un bocado á mi torta; como torta nada tenia que decir contra ella, pero como pan, puesto que dejaba mucho que desear, la dejé en otro plato, á fin de tomarla despues á modo de pudding, llamé al mozo, que llegó con la fisonomia de excelente humor que tienen siempre los mozos alemanes, y no fiándome ya en mi idioma materno, aventuré en el mejor sajón la palabra *brod*.

—¡Ah! comprendo, me respondió el mozo satisfecho de haber al fin interpretado mi pensamiento, el caballero me pide poumpernick. Y sin esperar mi respuesta, se lanzó fuera de la habitacion.

No hice ningun esfuerzo para detenerle, primero porque las dos obras de tahona que tenía á mi vista no me parecian de ningun modo destinadas á reemplazar al pan, y además porque no me disgustaria ver de frente al animal que se designaba bajo el formidable nombre de poumpernick. A los cinco minutos volvió el mozo con uno de esos bonitos panes redondos, que en nuestras aldeas se llaman molletes.

—¡Ah! dije yo muy contento.

—¡Ah! dijo el mozo aun mas contento que yo.

—¿Es esto á lo que se llama aqui poumpernick? dije cogiendo el mollete de sus manos.

—Verdadero poumpernick: no hay mas que un solo repostero que lo haga aqui bueno.

—¿Cómo! ¿son los reposteros los que hacen aqui el pan?

—Si no es pan lo que os doy.

—¿Pues qué es esto?

—Es poumpernick.

—El nombre no hace á la cosa.

—Teneis mucha razon, caballero; el nombre no hace á la cosa; por otra parte, el poumpernick es muy bueno.

—Vamos á verlo.

Dichas estas palabras, intenté dividir en dos pedazos la especie de mollete que tenia

en la mano, pero espermenté una resistencia que no me esperaba.

—¡Ah! me dijo el mozo, el poumpernick no se corta; se rompe, ó se necesitan cuchillos hechos espresamente, y que cortan como navajas de afeitar.

—¿Cómo! ¿cuchillos que cortan como navajas de afeitar para partir pan?

—Ya he tenido el honor de deciros, caballero, que el poumpernick no era pan.

—Pues entonces, ¿qué es esto? pregunté impacientado, hundiendo involuntariamente mi dedo pulgar á través de la corteza.

—Señor, son peras prensadas y secadas al horno; pasas de Corinto, higos; en fin, de toda clase de cosas buenas.

Partí mi poumpernick, y ví efectivamente salir como frutas secas. La corteza estaba hueca, y no contenía mas miga que la necesaria para trabar con una masa esponjosa todas aquellas frutas entre sí.

Me ví obligado á volver á mi torta; de modo que desde Aix-la-Chapelle, me sucedía como á los súbditos de no sé qué reina, y á falta de pan, comía bizcocho.

En cambio, si desde Aix-la-Chapelle no había pan, tampoco había gendarmes, y el pasaporte era un objeto de lujo. Al llegar á la fonda, nos presentaba el mozo un registro; sentábamos en él nuestros nombres, y todo había concluido.

A partir desde Colonia, la corrupcion culinaria no se estendia solo al pan; se había propagado á la carne. Mientras me servían mi bizcocho y mi vaca por separado, hacia como las gentes que beben su agua en un vaso y su vino en otro; de modo que no mezclando las cosas todo iba bien. Una nueva prueba me esperaba en Bonn. La pequeña comida se componía de un guisado de albondiguillas, un trozo de vaca con ciruelas pasas, una liebre con dulces, y un jamon de jabali con guindas; como se ve, era imposible trabajar con mas éxito para echar á perder, unas por otras, cosas que separadas son muy agradables.

No hice mas que probar aquellos diferentes objetos. Cuando llegó su turno á la liebre, el mozo no pudo ya contenerse.

—¿Es que á este caballero, preguntó, no le gusta la liebre con dulces?

—Encuentro esto detestable.

—Es admirable en un gran poeta como vos, caballero.

—¡Y bien! he ahí lo que os engaña, querido amigo; hago versos para mi consumo particular, es verdad; pero esto no es una razon para llamarme un gran poeta, y llenarme el estómago con vuestros guisos: además, aun suponiendo que yo fuera un gran poeta, en último resultado, ¿qué tiene que ver la poesia con la liebre con dulces?

—Nuestro gran Schiller miraba con adoracion la liebre con dulces.

—¡Y bien! yo no soy del mismo gusto que Schiller; servídmelo del *Guillermo Tell* ó del *Wallenstein*, pero llevaos vuestra liebre.

El mozo se llevó la liebre; en seguida probé el jabali con guindas. Mas apenas volvió el mozo, le alargué de nuevo mi plato intacto; su admiracion redobló.

—¿Cómo! me dijo, ¿no le gusta al caballero tampoco el cerdo con guindas?

—No.

—Pues al señor Goëthe le gustaba muchísimo el cerdo con guindas.

—No lo sabía, pero tengo la desgracia de carecer de los mismos gustos que el autor de *Fausto*. Hacedme una tortilla.

Esperé con paciencia; á los pocos minutos volvió el mozo con la tortilla que había pedido: aun para un inteligente, tenía un aspecto notoriamente apetitoso, pero á pesar de tener mucha hambre, arrojé el primer bocado en mi plato.

—¿Pero qué diablo habeis puesto en esta tortilla? Una tortilla, querido, se hace con manteca, huevos, sal y pimienta.

—Pues bien, caballero, está hecha con manteca, huevos, sal y pimienta.

—¿Y qué mas?

—Un poco de harina.

—¿Y qué más?

—Un poco de queso.

—Seguid.

—Azafran.

—Bueno.

—Nuez moscada, clavos de especia y un poco de tomillo.

—Bueno, bueno, bueno; llevaos la tortilla con lo demas, y buscadme un cicerone nacional.

El mozo salió á la puerta, encontró al dueño de la fonda, y le dijo algunas palabras. El señor Simrock se adelantó hácia mí.

—Caballero, ¿no estais contento con la comida? me dijo con un modo y aire sumamente atentos.

—Es que, respondí bastante cortado con las buenas maneras de mi huésped, no me gustan las cosas que se me han servido: no es mas que eso.

—Si hubiéscis tenido la bondad de decir antes que deseábais comer á la francesa, no hubiera tenido ese disgusto.

—¿Cómo! me dije, ¿me será posible tener sopa sin albondiguillas, vaca sin ciruelas, liebre sin dulces y jabali sin guindas?

—No tenéis mas que pedirlo, caballero.

—¿Y.... pan?

—Tambien, pan; lo hago cocer para los que quieren comerlo.

—¡Ah! mi querido señor Simrock, me salvais la vida; ¿y cuándo podré tener eso?

—En la segunda comida.

—¿Y cuándo es la segunda comida?

—A las dos. Entretanto, y para hacerle pasar el gusto de nuestros infames manjares

alemanes, el caballero tomará un vaso de vino del Rhin que tendré el honor de ofrecerle; es del Joannisberg.

En aquel momento entró el mozo llevando en una bandeja dos vasos con una botella de cuello largo. El señor Simrock quitó uno de los dos vasos de la bandeja, llenó el otro, y me lo presentó.

—¿Y vos? le pregunté.

—Seria, me dijo el señor Simrock inclinándose, un gran honor para mí.

—¿Y sabeis, señor Simrock, le dije brindando con él, que teneis modales de gran señor que deben causar embarazo á vuestros huéspedes?

—Caballero, rara vez me encuentro en otra parte que en mi habitacion, entre mis libros de cuentas, y mis libros de poesia. Tengo una bonita biblioteca, una fonda bien acreditada; soy feliz, sobre todo cuando...

—¡Oh! nada de cumplimientos, señor Simrock, os lo suplico; permitidme tan solo que el mozo vaya á buscarme un cicerone.

—Es inútil, se enganchan los caballos al carruage.

—¡Cómo! ¿los caballos al carruage?

—Sí, y si lo permitis, tendré el honor de conducirle yo mismo. No tenemos mucho que ver, mas de eso poco me lisonjearé y seré feliz haciéndoos yo los honores.

No habia medio de negarse á ofrecimientos hechos de aquel modo. Vinieron á avisar que los caballos estaban enganchados, y subimos al carruage.

El señor Simrock tenia razon: Bonn contiene pocas cosas notables. Así, luego que se ha visitado su catedral, edificada segun el estilo bizantino, en el terreno de una iglesia fundada por la emperatriz Elena á principios del siglo IV; su casino, donde estaban á la sazón espuestos los diseños del monumento de Beethoven; el jardin de la Audiencia, con su magnífica azotea que da al Rhin, se ha visto casi todo. Esto venia perfectamente á mi apetito, y como volvimos á las tres en punto, no tuve mas que sentarme á la mesa.

La comida era excelente; esta era la primera vez que hacia una verdadera comida de Lieja.

Despues de comer, el señor Simrock me propuso ir con él á dos nuevas correrías; una al otro lado del rio, al antiguo convento de Schwartz Rheindorf; la otra, á la parte de la ciudad, al Krenzberg. Como se presumirá, acepté sin vacilar.

Tomamos una lancha, y atravesamos el Rhin.

Schwartz Rheindorf es una antigua iglesia colegiata muy notable, con dos bóvedas sobrepuestas. La superior forma la iglesia misma; la inferior está dedicada al panteon del elector Arnolde II, fundador de la iglesia y del convento de religiosas unido á ella, y que posteriormente fué edificio capitular de agusti-

nas. Entre los sepulcros está el de Santa Adelaida de Quelder.

Esta Adelaida de Quelder era, segun creo, hermana del emperador Othon III. Espero se me dispensará si me equivoco en algun número; porque escribo por tradiciones verbales y no con arreglo á documentos impresos. Como piadosa superiora que era, ejercitaba á sus religiosas en el canto, todas cantaban á cual mejor excepto una sola, la mas linda de todas, cuya voz desafinaba de tal modo, que hacia perderse á toda la comunidad. Esta falta de organizacion desesperaba de tal modo á la buena superiora, que en un momento en que la pobre monja la desgarraba el timpano con su falsete infernal, se encolerizó de tal modo que no pudo contenerse; la dió un bofetón tan vigoroso, que la religiosa cayó al suelo atacada de convulsiones; mas tambien cuando cesaron las convulsiones, quedó asombrada de cantar como un ruiseñor.

Desde entonces no quedó duda de que la gracia eficaz se habia comunicado á la monja por el contacto de la piadosa mano que la habia tocado, y cuando la madre Adelaida falleció, aquel bofetón tuvo gran parte en su canonizacion.

Volvimos á pasar á la orilla izquierda del Rhin donde nos esperaba el carruage; en tres cuartos de hora nos condujo al Kreuzberg. Lo que ofrece de mas notable este convento es un panteon que conserva admirablemente los cadáveres. Como habia visto la Morgue de San Bernardo y los subterráneos de los Capuchinos, en Palermo, esta tercera representacion me pareció menos curiosa que las otras dos, y despues de habernos detenido un momento en la azotea para admirar el paisaje que se estiende desde allí, de un lado hasta las Siete montañas, y del otro casi hasta Colonia, emprendimos otra vez el camino de la ciudad.

Habia dejado pasar la hora de tomar una friolera, pero el señor Simrock me dijo que aun podia cenar y despues de cenar tomar el té, lo cual era una compensacion de la comida que perdiera. Desgraciadamente habia comido tan bien que estos ofrecimientos por mas incitadores que fuesen no podian tentarme. Por otra parte, desde que habia podido apreciar la cortesania del señor Simrock, me propuse á hacerle otra demanda.

Era esta una cama donde un francés pudiese dormir.

Esto exige explicacion.

En general, nosotros los franceses, y sea dicho para la instruccion de los pueblos extranjeros, dormimos en una cama: de ordinario, se compone esta cama de un catre de tres pies á tres pies y medio de ancho, y de cinco pies y ocho pulgadas á seis pies de largo. Sobre este catre se pone un colchon de cerda, otro de pluma, uno ó dos colchones de lana, un par de sábanas blancas, una colcha, un travesero y una almohada; se remete la ropa

aquel para quien está destinado el lecho se desliza entre las sábanas, y aun cuando no haya tomado una gran cantidad de café negro ó té verde, y teniendo buena salud y una conciencia pura se duerme; en cuanto á la duracion del sueño, esto depende de la organizacion.

Ahora bien, en un lecho como este, todo hombre, sea aleman, español, belga, ruso, italiano, indo ó chino puede dormir; á menos que no tenga mala cama.

Pero en Alemania no sucede asi con respecto á las camas.

He aqui de qué se compone un lecho aleman.

En primer lugar, de un catre de dos pies á dos pies y medio de ancho, y cinco ó cinco y medio de largo. Procusto ha viajado por Alemania, y ha dejado alli sus modelos.

En este catre se tiende una especie de saco lleno de virutas, destinado á reemplazar al colchon de cerda.

Sobre el saco de virutas se echa un enorme colchon de plumas.

Sobre el colchon de plumas se coloca una sábana mas corta y estrecha que el colchon de plumas: el posadero llama á este pedazo de lienzo una sábana, pero el viajero no le reconoce ni aun como una servilleta.

Por último, sobre aquella sábana ó esta servilleta, como se quiera llamar al lienzo en cuestion, se tiende una colcha entretelada de pluma menos reenchida que el colchon de la misma materia.

Dos ó tres almohadas apiladas en la cabecera, completan esta estraña andamiada.

Si es un francés el que se acuesta en esta cama, como el francés es un pueblo vivo y efervescente, esta es la reputacion que tenemos en Alemania, el dicho francés se mete en él sin precaucion, de modo que á los cinco minutos las almohadas se han caído de un lado, la colcha cuelga del otro, la sábana se arrolla y se hace invisible; tanto, que el susodicho francés se encuentra hundido en su colchon de plumas, sudando de un lado de su individuo mientras el otro está helado.

Tiene la eleccion.

Si es un aleman, como el aleman es un pueblo tranquilo y virtuoso, el dicho aleman comienza por quedarse con sus calzoncillos y sus medias; despues levanta con precaucion la colcha entretelada, se acuesta de espaldas, apoya los riñones en las tres almohadas y los pies en la estremidad del catre, de modo que forma una  $\infty$ ; descansa sobre sus rótulas la colcha, cierra los ojos, se duerme y se despierta al dia siguiente por la mañana sin haber cambiado de posicion.

Pero se comprende que para llegar á este resultado, es preciso tener la calma y la virtud de un aleman.

Yo no sé cuál de estas dos cualidades me faltaba, pero lo que sé es que no dormia, que

adelgazaba visiblemente, y que tosia hasta romperme el pecho.

He aqui por qué pedí una cama á la francesa.

El señor Simrock tenia seis.

Estuve para darle un abrazo.

Me condujeron á mi habitacion. Mi huésped no me habia engañado, era una verdadera cama, con un verdadero colchon de cerda, verdaderos colchones de lana, verdaderas sábanas, colcha y travesero.

Iba, pues, á acostarme con el sentimiento de satisfaccion que se deja adivinar, cuando llamaron á mi puerta.

—¿Quién está ahí? pregunté.

—Perdonad, caballero, soy yo, respondió el mozo.

—Y bien, ¿qué me quereis?

—Vengo de parte de un inglés que no ha podido veros, caballero, á preguntaros si quereis hacerle el honor de beber un vaso de vino del Rhin ó de Champagne con él.

—¿Y quien es ese inglés?

—Un estudiante.

—Eso es otra cosa; entonces decid que bajo.

A pesar del deseo que tenia de dormir, no me disgustaba se presentase esta ocasion de hacer conocimiento con un estudiante. Seguí, pues, inmediatamente casi al criado; solo si me metí la llave de mi habitacion en el bolsillo, por temor de que si la dejaba en la puerta se equivocase alguno de cama.

Al entrar en el comedor, miré á todos lados, y no vi mas que á dos bebedores, el mas jóven de los cuales me parecia tener de cuarenta y cinco á cincuenta años. El de mas edad de los dos bebedores se levantó.

—Perdonad, caballero, me dijo en muy buen francés, aunque con un acento de ultramar algo pronunciado: la persona á quien buscais soy yo. En seguida, volviéndose hacia su compañero:

—Milord, el señor Alejandro Dumas.—Señor Alejandro Dumas, milord S....

Yo me incliné.

—Perdonad, caballero, le dije á mi vez, pero me habian hablado de vos como de un estudiante....

—Y bien, caballero, os han dicho la verdad. Sentaos, pues.—Tomo asiento.—En todas las edades se estudia.—Me echa un vaso de Johannisberg.—Yo, por ejemplo, he estudiado desde la edad de seis años hasta la de veinte, en las universidades de Oxford y de Cambridge; he estudiado desde veinte hasta treinta, los perros, los caballos, los hombres de Estado, las mugeres y el juego; á los treinta años comencé mis viages; al pasar por Heidelberg ví á un profesor que me pareció muy fuerte en teología, y resolví estudiar la teología. Era ya bastante sabio en teología, cuando un dia, bajando por el Rhin, me detuve en Bonn, y ví al profesor Keisel, el primer filósofo de todas las universidades de Alemania: me pareció

difiera en algunos puntos de creencia con mi teólogo, y resolví ponerlos de acuerdo reasumiendo los dos sistemas en uno. Desde entonces subo y bajo el Rhin, desde Manheim hasta Bonn, comiendo tranquilamente mis dos mil libras esterlinas de renta, que no me bastarian en Londres, y que aquí me hacen rico. Habia resuelto recorrer el mundo; pero he sido mas feliz que Mahoma: no soy yo quien ha ido á la montaña, la montaña es la que ha venido á mí. El Rhin es á la Europa entera lo que el Paso del Perron es á París: todos los extranjeros que hay en él, le atraviesan. Yo estoy aquí como un cazador en espera: acecho la caza. Desde que los periódicos han anunciado vuestra llegada á Bruselas, me he dicho que pasarais por aquí: habeis pasado. Ya veis, pues, que soy un verdadero estudiante; por la mañana estudio la teología ó la filosofía; por la tarde estudio á los hombres, por la noche los vinos, y Dios mediante, estudiaré así el resto de mi vida. ¿Qué decís de este Johannisberg? Es del verdadero de 1834: el señor de Metternich no le tendria mejor para ofrecerle al emperador de Austria, si el emperador de Austria fuese á pedirle una comida en su castillo.

—Es excelente.

—Sin contar que tengo discípulos. Mirad, he aquí á milord S...., por ejemplo (nos saludamos de nuevo milord S.... y yo), bajaba por el Rhin, y no pensaba mas que pasar á Bonn. Le habian escrito que su muger estaba muy mala. Perdonad si milord S.... no toma parte en la conversacion; no habla francés. Pasaba, pues; hice le suplicasen me honrase bebiendo un vaso de toast; consintió en ello: discutimos acerca de la superioridad del vino de Champagne sobre el del Rhin, y *vice-versa*. —Probad este Ai; es rosa espumoso de 1828, del mejor seco de Moët. —¡Y bien! todavía discutimos. Su muger habia muerto en tanto, lo cual ha causado gran disgusto á milord; pero hemos encargado un sepulcro para la difunta en Maguncia. Vamos á verle de vez en cuando; esto le consuela. Dice milord que en cuanto el sepulcro esté concluido, le acompañará á Inglaterra; yo digo que le enviará sencillamente á Rotterdam, donde le embarcarán para Londres, y que milord permanecerá aquí discutiendo conmigo acerca de las diferentes clases de vinos. ¿No es así, milord?

Milord hizo una señal con la cabeza, alargó su tercer vaso, y su compatriota le llenó hasta el borde de un vino rojo espirituoso como el de Saint Peray, y trasparente como el rubí.

—Es de Ingelheim, me dijo el inglés, casi un compatriota vuestro. Probadle.

—No conozco ese nombre entre nuestros vinos de Francia, le respondí.

—Verdad es; porque Ingelheim es la antigua residencia de Carlo-Magno. Pues el anciano emperador, que estimaba lo que habia de bueno en Francia, habia apreciado un precioso vino de Orleans; hizo traer de allí cepas

que él mismo plantó. Lo que probais ahora está sacado de las plantas descendientes de las que el mismo Carlo-Magno metió en la tierra. Este es el vino favorito de milord: con este es con el que sencillamente le detengo.

—Es preciso para eso que no fuese muy grande el amor á su muger.

—Por el contrario, la adoraba. Vais á verlo, voy á hacerle llorar.

—Milord, dijo el estudiante dirigiéndose á su camarada.

—¿*What do you want* (1)? respondió éste.

—¿*Shall we not go presently and see how they are going ou whith the tomb of that dear lady* (2)?

—¡Heul! dijo el inglés, y dos gruesas lágrimas cayeron de sus ojos. Las enjugó con una mano, y con la otra alargó su vaso diciendo:

—*Another glass of this capital Ingelheim* (3).

—Me he equivocado en una botella, dijo el estudiante echando otro vaso de Ingelheim al pobre viudo. Una botella mas, y se hubiera deshecho en lágrimas; jamás falta.

—¿Pero sabeis, dije á mi anfitrión, que milord no habla mejor los demas idiomas que el francés?

—Milord es meditabundo, y como el jóven Hauslet, habla con sus propias ideas, ¿no es así, milord?—*To be, or not to be*.

—*Another glax of ihis capital Ingelheim*, repitió milord.

—¿Acaso cuando estais solos no tiene vuestro discípulo otra conversacion mas variada que ahora? pregunté. En ese caso, al paso que va, no podrá haceros pie largo tiempo.

—Desengañaos. Así estará entre tres y cuatro de la madrugada.

Miré al reloj iban á dar las doce.

—Siento no saber bastante inglés para felicitar á milord en su propio idioma.

—Milord, dijo el estudiante: *His gentleman paix you his dest complimento* (4).

Milord se incorporó y me respondió con una frase inglesa.

—¿Qué dice milord? pregunté á su camarada.

—Dice que si alguna vez vais á Inglaterra, está completamente á vuestras órdenes.

—¡Oh! se lo agradezco mucho.

—Y yo, caballero, digo que si volveis á bajar ó subir por el Rhin, espero que me hareis el mismo honor que me habeis hecho hoy. Siempre me encontraré entre Manheim y Bonn.

—Estad seguro, os lo ruego, que no dejaré de hacero.

—Nos saludamos por última vez. Volví á

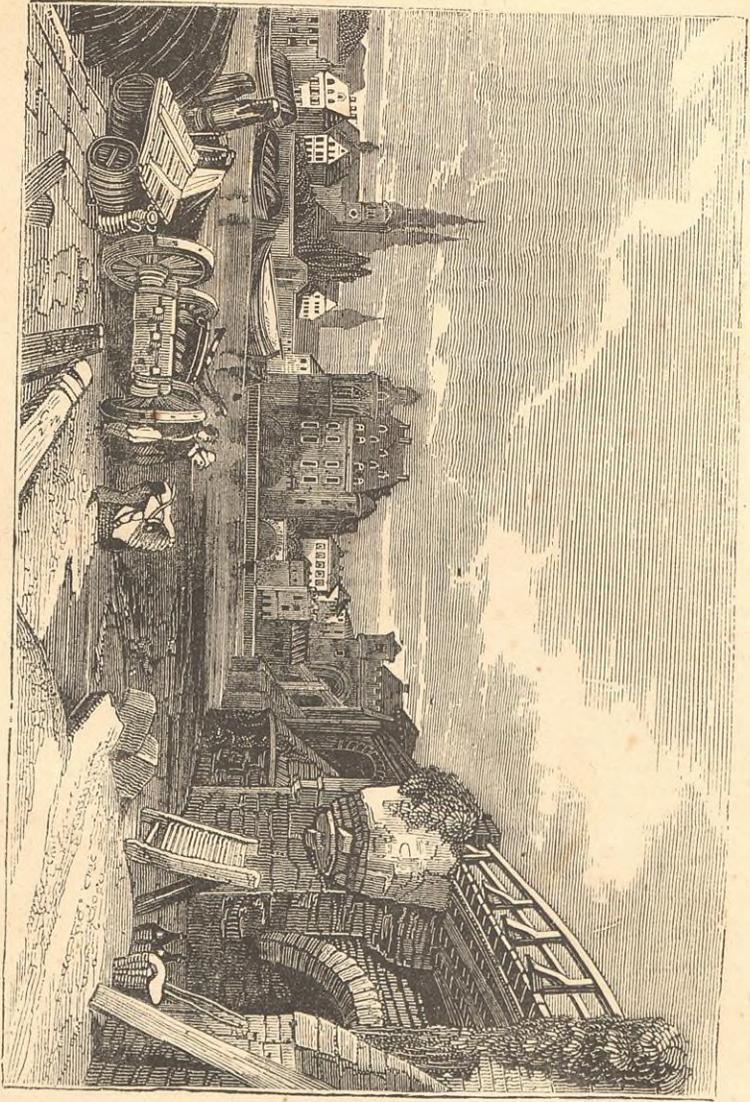
(1) ¿Qué queréis?

(2) ¿Iremos pronto á ver el sepulcro de aquella querida milady?

(3) Otro vaso de ese excelente Ingelheim.

(4) Milord, este caballero está á vuestra disposición.





Vista de Coblenza. — Pág. 83. — 0.

subir á mi habitacion, y los dos ingleses continuaron bebiendo.

Al día siguiente por la mañana me despertó el mozo á las cinco, y le dije fuese á traerme la cuenta mientras me vestía; salió y volvió un momento despues con lo que le había pedido.

En vano buscaba en la cuenta el vaso de Johannisberg que había bebido al llegar, y el precio del carruage. En cuanto á lo demas, era tratado como todos: esto era de mucho gusto. Pregunté al mozo si como le había encargado, me había procurado un medio de transporte cualquiera. Me respondió que el señor Simrock me esperaba con su carruage; deseaba llevarme hasta Rungsdhorf, es decir, á las siete montañas.

—Bajé, y le pedí noticia de sus dos ingleses.

—Continuan allí, me dijo.

—¡Cómo! ¡aun allí! ¿todavía bebiendo?

—¡Oh! no, ahora duermen.

—¡Cómo! ¿duermen?

—Duermen donde se encuentran. ¡Oh! ¡ellos no tienen necesidad de camas á la francesa!

—¡Pardiez! tengo la curiosidad de verlo.

—Es muy fácil. Entrad.

Empujé la puerta suavemente, milord S... se había caído de su silla y estaba tendido en el suelo con su *copa* en la mano (4); el *estudiante* estaba echado con la cabeza encima de la mesa, estrangulando con su mano derecha el cuello de una botella de vino de Champagne.

Conté los muertos, tanto de Johannisberg y de Champagne como de Ingelheim: había catorce botellas vacías.

Respeté su sueño; pero no queriendo dejar á los dos ingleses en la idea de que un francés se quedaba tras de ellos en cortesanía, tomé dos tarjetas, y metí una en el vaso de milord, y otra en el cuello de la botella de su camarada.

Estaba hecha mi visita.

Subí al punto en el carruage, y partimos.

## LA DRAKENFELS.—COBLENTZA.

Despues de haber salido de Bonn, fuimos por un camino encantador, que costea una orilla del Rhin, resguardado al otro lado por la base de una cadena de montañas sembradas de aldeas, castillos y vilas. Encontramos á

(4) Así se llaman los vasos de vino del Rhin que han conservado la forma de la copa en que hacían beber á los emperadores romanos el día de su coronacion.

nuestra izquierda, en una de las laderas del camino, un pequeño monumento llamado Hock Kreuz (la Cruz alta). Ninguna tradicion encierra aquella capillita del mas bonito gusto gótico; es simplemente un testimonio de la piedad de monseñor Valram de Juliers, arzobispo de Colonia, uno de mis antiguos conocimientos, que representa un papel en mi novela de la *condesa de Salisbury*.

Desde allí es desde donde se empieza á descubrir bajo su mas pintoresco punto de vista, las bellas ruinas de Godesberg. Al salir de esta aldea, tomamos á nuestra izquierda por un caminito de travesía que nos condujo en pocos minutos á la aldea de Rhungsdorf, orilla del Rhin, donde nos encontramos muchas lanchas en espera de los viajeros; en pocos minutos mas fuimos trasportados á Koenigsointer, lindo caserío situado en la otra orilla. Nos informamos de la hora en que pasaba el buque de vapor, y nos contestaron que pasaba al medio día. Esto nos daba de tiempo cinco horas; era mas de lo que se necesitaba para visitar las ruinas de Drakenfels.

En cuanto pusimos el pie en tierra, como no dudaron que fuésemos trepadores, recibimos una carga de un verdadero escuadron de burros, burreros y burreras, que nos envolvían y se pusieron á alabar cada uno las cualidades de su cabalgadura. Uno de estos corceles nos sedujo por el contraste de su magnífica silla y la modestia de su nombre, se llamaba Juanito Hacuschen. Su amo, prometió por él, bajo palabra de honor, que no se revolvería ni pasaría muy cerca de los precipicios. Mediante estas dos promesas, nuestra compañera de viage, se confió á él.

Juanito cumplió su palabra, por lo que puedo recomendarle en conciencia á las lindas viageras de todos los países que desean no verse precipitadas en algun barranco.

Despues de tres cuartos de hora de subida próximamente, por un bonito sendero que rodea la montaña, llegamos á la primera meseta, donde encontramos una posada y una pirámide. Juanito se dirigió directamente á la una y yo á la otra; de modo, que por lo que respecta al parador me veo obligado á referirme á él. En cuanto á la pirámide, se elevó en memoria del paso del Rhin por el ejército prusiano.

En las cuatro caras de la base hay las inscripciones siguientes:

¡Honor y gloria al Altísimo!

¡Paz y libertad á la patria!

¡Honor á los héroes que han sucumbido!

¡A los héroes, homenaje de la Lansturna de Siebenberg!

Como se ve, hay en la cuarteta de Lansturna de Siebenberg mas patriotismo que imaginacion; pero parece que la lansturna ha

sido quien la ha hecho: como se sabe, la Lansturna es la guardia nacional de Prusia.

Desde esta primera plataforma, un lindo camino tortuoso y enarenado como el de un jardín inglés, conduce á la cima de Drakenfels. Se llega primero á una torre cuadrada, en la que se entra con bastante dificultad por una hendidura, luego á una torre redonda, que completamente deteriorada por el tiempo, ofrece mas fácil acceso. Esta torre está situada en la roca misma del Dragon. El Drakenfels toma su nombre de una antigua tradicion que se remonta al tiempo de Juliano el Apóstata. En una caverna que se enseña á la mitad del camino de la montaña, se habia retirado un enorme dragon, tan perfectamente arreglado en sus comidas, que el día que se olvidaban de llevarle un prisionero ó un culpable, al sitio donde tenia costumbre de encontrarle, bajaba al llano y devoraba á la primera persona que hallaba. Bien entendido que el dragon era invulnerable.

Sucedía esto, como hemos dicho, en el tiempo en que Juliano el Apóstata llegó con sus legiones á acampar en las orillas del Rhin. Los soldados romanos, que no tenian mas vocacion para ser devorados que los naturales del pais, se aprovecharon de la guerra que hacia á los pueblos de las cercanías para alimentar el monstruo sin que les costase nada. Entre los prisioneros se encontraba una jóven tan hermosa que se la disputaron dos centuriones, y no queriendo cederla ninguno de los dos, estaban próximos á degollarse, cuando el general para ponerlos en armonía decidió ofrecer á la jóven al monstruo. Se admiró mucho la sabiduría de aquella sentencia, que algunos compararon á la de Salomon, y se dispusieron á gozar del espectáculo.

En el día dicho, la jóven fué conducida, vestida de blanco y coronada de flores, á la cima del Drakenfels: la ataron al árbol, como Andrómeda á su roca; únicamente pidió la dejasen las manos libres, y no creyeron que debian negarla tan pequeño favor.

El monstruo, ya lo hemos dicho, tenia una vida muy metódica, comía como se come aun hoy en Alemania. Así, en el momento en que se le esperaba salió de su caverna y subió, medio arrastrando, medió al vuelo, al sitio donde sabia encontraria su pasto. Aquel día tenia el aspecto mas feroz y mas hambriento que de costumbre. La víspera, sea casualidad, ó refinamiento de crueldad, se le habia servido un anciano prisionero bárbaro, muy duro, y que no tenia mas que la piel y los huesos; de modo, que todos se prometieron un doble placer de aquel aumento de apetito. El mismo monstruo; viendo la esquisita víctima que le habian presentado, rugió de alegría, sacudió al aire su escamosa cola y se lanzó á ella.

Mas cuando estaba próximo á cogerla, la jóven sacó de su pecho un crucifijo y le presentó al monstruo. Era cristiana.

A la vista del Salvador, el monstruo quedó como petrificado; despues, viendo que ya no tenia nada que hacer allí, huyó silbando á su caverna.

Esta era la primera vez que aquellas poblaciones veian huir al dragon. Así, mientras unos acudian á la jóven y la desataban, los demas habitantes persiguieron al dragon, y animados por el espanto de éste, introdujeron en la caverna una gran cantidad de haces de leña sobre los que colocaron azufre y resina, prendiendo en seguida fuego.

Por espacio de tres días arrojó llamas la montaña como un volcan, por espacio de tres días se oyó al dragon luchar silbando en su caverna; al fin cesaron los silbidos: el monstruo estaba asado.

Todavía hoy se ven las señales de las llamas, y la bóveda de piedra, calcinada por el calor, se hace polvo con solo tocarla.

Se concibe que semejante milagro ayudó mucho á la propagacion de la fé cristiana. Desde últimos del siglo IV, habia ya muchos sectarios de Jesucristo en las orillas del Rhin.

Cuando estaba yo ocupado en admirar el magnífico paisaje que se desarrolla en veinte y cinco leguas á la redonda desde la cima del Drakenfels, la mas elevada de las siete montañas, el propietario de Juanito me enseñó mucho mas allá de Bonn, es decir, á cuatro ó cinco leguas sobre el Rhin, un puntito negro, que á aquella distancia apenas parecia movable, pero que con el auxilio de mi anteojo vi era nuestro buque de vapor, ese otro dragon moderno que se acercaba arrojando llamas y humo por sus abiertas fauces, batiendo el Rhin con sus alas de hierro. Empezamos á bajar de la montaña, Juanito se picó en su honra, y llegamos á tiempo á Kænigs Winter.

Volví á encontrar en el buque á los dos ingleses, el que se llamaba estudiante, de cuarenta y cinco años, y su amigo milord S... aquel viudo inconsolable de que he hablado en mi último capítulo sobre Bonn; subian el Rhin para ir en compañía hasta Maguncia, á ver en qué estado se hallaba el sepulcro de milady S...

Encontrábase tambien allí un holandés, que segun la costumbre de su pais, viajaba solo con su prometida. Es excelente la costumbre de Holanda, y que compensa perfectamente su manera de componer el pescado cocido, el permiso de viajar juntos que los desposados obtienen de sus padres. Como el viajar es la situacion de la vida en que se desarrollan mas libremente las buenas y malas costumbres, los futuros esposos, solo con subir el Rhin de Nimega á Strasburgo, conocen su respectivo carácter como si hubiesen ya vivido diez años juntos. Si se avienen, vuelven cogidos de la mano al hogar de sus abuelos que les dan su bendición y los casan. Si no congenian, se separan, vuelven separados cada uno en un buque, y comienzan otra vez á viajar, el novio

con una nueva prometida, y esta con un nuevo novio. Resulta de esta combinacion, que es muy raro que al sétimo ú octavo viage, las dos mitades de almas que se buscan segun Platon y Mr. Dupaty, no se hayan encontrado.

Una vez casados, los holandeses no salen ya de sus casas.

Apenas el de que hablo supo que estaba yo allí, miró como un deber presentarme á su prometida; era una corpulenta y bella holandesa que se creyó obligada á figurar me habia leído. En cuanto al novio, me habló mucho de la poesia holandesa, y me preguntó si conocia á dos poetas que me nombró; le respondí que no tenia ese honor. El novio partió de aqui para decirme que eran dos hombres muy superiores á Lamartine y Hugo, y que serian conocidos del mundo entero, si se pudiera pronunciar su nombre en otro país que en Holanda.

Lamenté la suerte de aquellos dos genios desconocidos y relegados á la oscuridad por una conspiracion de consonantes. Lo cual me captó la simpatía del novio, y de la novia, que me hicieron mil ofrecimientos para en el caso de que quisiese alguna vez ir á Lekkerkerk. Este era el nombre de su localidad.

Felizmente el paisaje que era maravilloso, me proporcionó ocasion de interrumpir la conversacion holandesa en que me habia metido. En aquel momento pasábamos entre Rolandseck y Nonenwerth.

La peregrinacion del *Rolandseck* ó á las ruinas de Rolando, es una necesidad para las almas tiernas que habitan no solo las dos orillas del Rhin, desde Schaffouse á Rotterdam, si no tambien de cincuenta leguas en lo interior de las tierras. Si se ha de creer la tradicion, allí es donde Rolando, dispuesto á partir para combatir á los sarracenos de España, subiendo por el Rhin para responder al llamamiento de su tío, fué recibido por el conde Raimundo. Este, sabiendo el nombre del ilustre paladin á quien tenia el honor de recibir en su casa, quiso que fuese servido á la mesa por su hija, la bella Ildegonda. Poco importaba á Rolando quién le sirviera, siempre que la comida fuera abundante y el vino bueno. Alargó, pues, su vaso: en aquel momento se abrió una puerta, y entró una linda jóven con una vasija en la mano, y se dirigió al caballero. Mas cuando hubo andado la mitad de la distancia que de él la separaba, se encontraron las miradas de Rolando é Ildegonda, y ¡cosa extraña! ambos empezaron á temblar de tal modo, que la mitad del vino cayó en el pavimento, tanto por culpa del convidado como de la escanciadora.

Rolando debia partir al dia siguiente, mas el anciano conde Raimundo insistió para que pasase ocho dias en el castillo. Rolando conocia perfectamente que su deber le llamaba á Ingelheim; pero Ildegonda levantó hácia él sus preciosos ojos, y se quedó.

Pasados los ocho dias, los dos amantes no se habian hablado de su amor, y sin embargo, en la noche del octavo, Rolando cogió de la mano á Ildegonda y la condujo á su capilla. Luego que estuvieron ante el altar se arrodillaron ambos con un movimiento unánime. Dijo Rolando:

—Jamás tendré por muger á otra que á Ildegonda.

Ildegonda añadió:

—¡Dios mio! recibid el juramento que hago de ser vuestra si no soy suya.

Partió Rolando. Un año trascurrió. Rolando hizo maravillas, y la fama de sus proezas se estendió desde los Pirineos hasta las orillas del Rhin; despues y repentinamente, se oyó vagamente hablar de una gran derrota, y el nombre de Roncesvalles fué pronunciado.

Una noche llegó un caballero al castillo del conde Raimundo á pedir hospitalidad; iba de España á donde habia acompañado al emperador. Ildegonda se aventuró á pronunciar el nombre de Rolando, y entonces el caballero la refirió como en el desfiladero de Roncesvalles, rodeado de sarracenos (1), y viéndose solo contra ciento tocó su bocina para llamar al emperador en su socorro, y lo hizo con tal fuerza que á pesar de hallarse á mas de legua y media el emperador, habia querido volver oyéndole; pero Ganelon se lo impidió, y el sonido de la bocina se alejó perdiéndose, último esfuerzo del héroe. Entonces le habia visto, para que su excelente espada *Durandalne* no cayese en poder de los enemigos, intentar romperla contra las rocas; mas acostumbrada á hendir el acero, *Durandalne* habia hendido el granito, y habia sido preciso que Rolando metiese la hoja en una grieta y la rompiese apoyándose encima. En seguida, cubierto de heridas, habia caído junto á los pedazos de su espada murmurando el nombre de una muger que se llamaba Ildegonda.

La hija del conde Raimundo no derramó una sola lágrima ni exhaló un grito: únicamente se levantó pálida como un cadáver, y aproximándose al conde:

—Padre mio, le dijo, no ignorais lo que Rolando me habia prometido, ni lo que de mi parte habia prometido á Rolando. Mañana, con vuestro permiso, entraré en el convento de Nonenwerth.

Miró el padre á la hija moviendo tristemente la cabeza, porque se decia á si mismo: ¿es decir que Rolando era todo? ¿Y yo no era, pues, nada?

En seguida, recordando que era cristiano antes que padre:

—¡Cúmplase en todo la voluntad de Dios! respondió.

(1) El autor confunde, sin duda por una equivocacion, á los sarracenos con los vascos, que fueron los que real y verdaderamente derrotaron la retaguardia del ejército de Cárlo-Magno.

Y al día siguiente Ildegonda entró en el convento. Despues, como ella tenia prisa por tomar el velo, porque la parecia que cuanto mas se separase de la tierra estaria mas próxima á Rolando, obtuvo del obispo diocesano, que era tio suyo, se redujese el tiempo de las pruebas para ella á tres meses; y pasados estos tres meses, pronunció sus votos.

Ocho dias habian pasado, cuando un caballero pide hospitalidad en el castillo del conde Raimundo. Sale el conde á su encuentro, el caballero se para y le mira estupefacto, porque en tres meses que estaba separado de su hija, el conde habia envejecido mas de diez años. Levanta el caballero la visera de su casco:

—Padre mio, dice, he cumplido mi palabra. ¿Me ha guardado Ildegonda la suya?

El anciano lanza un grito de dolor. Aquel caballero era Rolando. Las heridas que habia recibido eran profundas, pero no eran mortales. Despues de una larga convalescencia, se habia puesto en camino para ir á reunirse con su prometida.

El anciano se apoyó en el hombro de Rolando; en seguida, recobrando su valor, le condujo sin responder una sola palabra á la capilla, y allí haciéndole señal de que se arrodillara, y arrodillándose junto á él:

—Oremos, le dice.

—¿Ha muerto? murmuró Rolando.

—¿Ha muerto para tí y para el mundo! ¿No habia jurado no ser mas que tuya ó de Dios? Ha cumplido su juramento.

Al día siguiente por la mañana, salió á pie Rolando, dejando su caballo y sus armas en el castillo del anciano conde; se internó en la montaña, y al anoecer llegó á la cima de uno de los picos que dominan el rio; vió á sus pies, al extremo de la verde isla, el convento de Nonenwerth. En aquel momento cantaban las monjas la oracion, y en medio de todas aquellas santas voces que subian al cielo, habia una que llegó directamente á su corazon.

Rolando pasó la noche tendido sobre la roca; al día siguiente al amanecer, cantaron las monjas á maitines, y oyó de nuevo aquella voz que hacia vibrar todas las fibras de su alma. Entonces resolvió construirse una ermita en la cima de aquella montaña, á fin de no alejarse al menos de la que amaba. Puso su obra en ejecucion.

Como á las once, salieron las monjas y se esparcieron por su isla; mas una de ellas se alejó de sus compañeras y fué á sentarse bajo un sauce orilla del agua. Tenia echado su velo; llevaba el mismo traje que las demas religiosas, y sin embargo, Rolando no dudó ni por un momento que aquella era Ildegonda.

Por espacio de dos años oyó Rolando día y noche en medio de las plegarias religiosas aquella voz que le era tan querida; por espacio de dos años, todos los dias á la misma hora,

la misma religiosa solitaria iba á sentarse á un mismo sitio, aunque cada dia se dirigia á él con mas lentitud. Al fin una noche faltó la voz. Al día siguiente por la mañana, la voz faltaba tambien. Dieron las once, y Rolando esperó inútilmente. Las religiosas se esparcieron como de costumbre por el jardin, mas ninguna fué á sentarse bajo el sauce orilla del agua. A las cuatro, las religiosas, relevándose de cuatro en cuatro, cavaron una fosa al pie del sauce; cuando la fosa estuvo hecha, Rolando volvió á oír aquellos cánticos en que continuaba faltando la voz mas dulce y sonora, y toda la comunidad salió acompañando el feroetro en que yacia una virgen cuya frente estaba coronada de flores, y que llevaba descubierto su pálido rostro.

En dos años esta era la primera vez que Ildegonda se levantaba el velo.

Tres dias despues trepó hasta la cima de la montaña un pastor á quien se le habia extraviado una cabra, y encontró á Rolando sentado, con la espalda apoyada en la pared de su ermita, y la cabeza inclinada sobre el pecho. Estaba muerto.

Los dos súbditos del rey de Holanda, el novio y la novia, de quienes he hablado mas arriba, se bajaron en la aldea de Rolanswerth, y antes que el vapor hubiese doblado la punta de Unkelbach, los vimos aparecer amorosamente enlazados sus brazos, en la cima del Rolandseck.

Frente á la punta del Unkelbach, en la ribera opuesta, está la aldea de Unkel, con sus canteras de basalto, algunas de cuyas columnas se elevan del fondo del Rhin, como las ruinas de una ciudad sumergida; y al otro lado Remayen, la antigua Regomayen de los romanos, á través de la que el elector palatino Carlos Teodoro, hizo construir un camino, que terminó Bonaparte en 1804. Diez y seis siglos antes, Marco Aurelio tuvo la misma idea y ejecutó el mismo trabajo. Asi los operarios encontraron en todas partes vestigios de la calzada romana, piedras miliarias, monedas, columnas, inscripciones y sepulcros; de modo que en rigor no hubieran tenido mas que seguir el antiguo trazado. Detrás de Remayen se eleva el Appollinarisberg, donde se conserva la cabeza de Santa Apolinaria, la cual se dice es una reliquia muy milagrosa.

En este momento mi viejo estudiante inglés se acercó á mí, seguido siempre de milord S... quien con su crespon en el sombrero y su crespon en el brazo tenia el aspecto de una dueña dolorida. El estudiante tenia en la mano una botella y dos vasos, milord S... tenia otro.

—Tomad, me dijo alargándome uno de los dos vasos, es preciso que probeis del vino de Ley, frente á la montaña donde se hace la recoleccion de la uva, y aunque no me habeis parecido muy aficionado, me direis lo que pensais de él...

—¡Oh! respondí despues de haberle probado, es un vino excelente.

—Ya lo creo, respondió el inglés sonando la lengua; éste, el *Johannisberg* y la *Leche de la Virgen*, son los mejores del Rhin.

—¿Y dónde se coge ese néctar?

—Mirad, me dijo el inglés ¿veis aquella roca de basalto?

—¿Y bien?

—Saludada, esa es su patria.

—¡Pero, si no hay una pulgada de tierra sobre vuestra roca, y á menos que salga de algun manantial!...

—¡Ah! ved, querido, cuando hayais estudiado treinta años como yo, sabreis que siendo el hombre un animal industrioso, ha encontrado remedio para todo, y siempre que ha sido necesario, ha revisado y corregido la obra de la creacion. Y como aquí la creacion no habia pensado en hacer crecer la viña y el hombre ha conocido que le vendria perfectamente la cepa; reconocido esto, se ha plantado la cepa en canastillos; y ha llevado sus canastillos á la montaña; la vid ha producido en ella, ha madurado la uva como si estuviera en el suelo todo de tierra, y se hace este vino.

—Es excelente.

—Ya lo creo, milord, *another glass tho memory of that dear lady* (1).

—¡Heu! pronunció el inglés tragándose compunido su *wein ley*.

—Ya lo veis, me dijo su camarada; segun las palabras del Salmista, bebe su vino mezclado con sus lágrimas. Yo le prefiero puro; ¿otro vaso?

—Gracias.

—Por mi parte, bebo siempre tres al pasar por este sitio. El primero por mí, el segundo en reconocimiento al inventor desconocido del sistema de la vid en cesto y el tercero en honor al señor de Alpenahr; ya veis que habeis faltado en dos vasos.

—¡Muy bien! el primero lo he bebido por corresponder á vuestra invitacion. Voy á beber el segundo en reconocimiento al hombre de las cestas; mas en cuanto al tercero, como el vino del Rhin, que por lo demas yo aprecio mucho, me ataca terriblemente á los nervios, me permitiréis os pregunte quien era el señor Alpenahr, antes de beber á su memoria.

—¡Ah! pues bien, el señor de Alpenahr era un digno caballero, cuya mansion estaba situada en la vega que termina en el Rhin, allí, precisamente á nuestra derecha, y que se llama Lahr. Hallábase sitiado por uno de sus enemigos, cuyo nombre no recuerdo, mas no importa; en el momento en que el sitiador plantaba su bandera sobre las murallas, el señor de Alpenahr apareció á caballo y armado de punta en blanco en su balcon, y diri-

giéndose á su enemigo: «Conde Hermann, le dijo, (se llamaba Hermann) vuestros dardos y vuestras piedras han matado á mis gentes. El hambre y la peste me han arrebatado mi muger y mis hijos: nadie queda en el castillo mas que yo y mi caballo de batalla; no cogereis vivos ni al uno ni al otro. Adios, conde Hermann, ¡y maldito seas!»

Dichas estas palabras, picó espuela á su caballo, que saltó relinchando por encima de la barandilla del balcon, y desapareció con su señor en las ondas.

—¡Oh! no puedo negarme á beber un vaso de vino del Rhin á la memoria de tan valiente caballero; llenadle, sir...—Si no habeis olvidado vuestro nombre como el del conde Hermann, me atreveré á preguntarle.

—Sir Patrick Warden.

—Pues me parece que sois injusto, sir Patrick.

—¿Cómo es eso?

—Bebeis á la memoria del caballero de Alpenahr ¡y olvidais su caballo!

—¡Por mi alma; teneis razon! ¡En ese caso, tengo que hacer un gran recuerdo! Hace diez años que subo y bajo el Rhin. A cuatro veces por año (y hago un cálculo muy bajo) resultan cuarenta vasos que debo beber á los manes del caballo. Mozo, otra botella de vino de Ley.—Milord, este caballero dice una cosa muy justa, continuó en inglés sir Patrick, y dirigiéndose á milord...

Me aproveché de la esplicacion para ir al otro extremo del buque, y desde allí vi á milord reconocer visiblemente el error que su compañero habia cometido, ayudándole tanto como le era posible á rectificarle.

Recibieron mas de seis botellas de vino de Ley, pero sir Patrick, que era hombre de mucho arreglo, se encontró al corriente de sus cuentas.

En tanto continuábamos avanzando y habíamos pasado á Leusdorf con la torre blanca de su iglesia; Linz, tomada por Carlos el Temerario en 1476, es decir, un año antes de su muerte; Jenzig, la antigua *Sentiacum* de los romanos, fundada por Sentino, lugarteniente de Augusto; Argenfels y su antiguo castillo; Reineck, donde murió en 1344 el último descendiente de la familia de este nombre; Brohl, encantadora aldea, cuyos techos rojos y azules brillan á través del velo que forma el ramaje de los olmos. En fin, Hammerstein, célebre por la hospitalidad que prestó en lo antiguo á Enrique IV.

Era á fines del año 1103. El habitante del antiguo castillo cuyas ruinas se ven todavia hoy, se llamaba el conde Wolf de Hammersstein, era el último de su raza, porque no habia tenido hijos varones, sino dos hijas tan lindas que se las llamaba las rosas del Rhin.

Pero lejos de calmar su dolor, las dos jóvenes condesas eran para su anciano padre objeto de eterno pesar y hubiese dado dos por

(1) Otro vaso en memoria de aquella querida milady.

bonitas que fuesen, por un hijo, por feo que hubiese dispuesto Dios concedérselo, siempre que fuera valiente, y que pudiese transmitir noblemente á sus hijos el esclarecido nombre que recibiera de sus padres.

Así, cuando veía á sus hijas hilar con la rueca un lino mas fino que el hilo de la Virgen, ó bordar con aguja alguna tela de colores mas vivos, mas matizada y mas florida que sus prados en el mes de mayo, exclamaba colérico:

—¿Qué haceis? ¿Es ese vuestro traje de boda? ¿Qué haceis? ¿Es ese mi sudario de muerte?

Y sus hijas le respondian tiernamente y con lágrimas en los ojos, porque sabian el dolor que oprimia su corazon:

—Padre mio, no es mi vestido de desposada lo que bordo, porque jamás me casaré, para estar siempre junto á vos.

—Padre mio, no es vuestro sudario de muerte lo que hilo, porque gracias á Dios, no corre prisa, todavía teneis muchos años de vida.

Una noche que el anciano conde estaba mas sombrío que de costumbre, porque habia una tormenta y el viento silbaba tristemente en sus antiguas torres, mientras la lluvia bacia sus ventanas que de cuando en cuando iluminaba algun azulado relámpago, oyó llamar á la puerta del castillo, y se estremeció, tan extraordinario era que á aquella hora y con aquel tiempo, hubiese subido un viagero á tal altura cuando podia detenerse en la aldea; por su parte las dos jóvenes se pusieron en pie, alarmadas y temerosas. En aquel momento abrió un criado la puerta y dijo que un anciano pedia hospitalidad.

No bien lo oyeron salieron al punto las dos jóvenes á su encuentro, y no tardaron en entrar sosteniendo efectivamente en sus brazos, un hombre de blancos cabellos y barba gris, cuyos vestidos calados de agua y manchados de lodo indicaban que acababa de hacer á pie una larga caminata; las jóvenes no se habian informado de su condicion, y á pesar del grueso traje que le cubria, le habian hecho entrar en la mas hermosa habitacion del castillo; porque así era el conde de Hammerstein. Fuese cualquiera el huésped que recibia, el sitio de honor en la mesa era su asiento; la cámara de honor era aquella en que estaba su lecho.

Wolf se adelantó hácia el anciano, mas cuál fué la admiracion de las dos hijas del conde, cuando levantando su huésped la cabeza, vieron á su padre ante él con una rodilla en tierra.

—Luego me reconoces, Wolf, mi anciano amigo, dijo el viagero.

—¡Oh, emperador mio! dijo el conde, ¿por qué habeis dejado vuestro palacio de Ingelheim ó de Colonia, qué fatalidad os ha sucedido que venis solo, á pie, á esta hora y con este tiempo, á llamar á la puerta de vuestro humilde siervo?

Y pronunciada por su padre la primera palabra, las jóvenes, viendo que el anciano á quien sostenian con sus brazos no era otro que el emperador Enrique IV, se habian alejado por respeto cada una de su lado, y le miraban con veneracion.

—Lo que hay, mi antiguo porta-estandarte, respondió el viagero, es que no solo no soy ya ni rey ni emperador, sino que aun ayer todavía á estas horas, era yo prisionero, y hoy, lo cual no es mucho mejor, ya lo veis, ando fugitivo.

—¿Y quién es el que ha osado poner la mano en el hombre que es dos veces ungido del Señor?

—El que hubiera debido defenderle ante todos y contra todos, el que ha nacido de mi sangre, el que lleva mi nombre; ese es Enrique, ese es mi hijo.

Las dos jóvenes se cubrieron el rostro, el conde de Hammerstein dió un paso atrás, y el anciano emperador lanzó un gemido.

—Si, es mi hijo, continuó. Me escribió que estaba enfermo en el castillo de Klopp. Ya sabes cómo yo le amaba. No me aguardé el tiempo suficiente para que me acompañaran mis guardias; por otra parte, ¿podia yo desconfiar de mi hijo? Monté á caballo y partí; caminaba de dia y de noche, rogando al Señor en todo el camino me quitase los pocos dias que me restan para añadirlos á los suyos. Al fin llegué; me esperaba una guardia, creí que era para hacerme los honores, ó mas bien no fijé mi atencion en ello. Unicamente pregunté donde estaba mi hijo; me señalaron con el dedo la escalera; subí sin desconfianza. Iba de habitacion en habitacion diciendo: «Hijo mio, hijo mio.» Y á medida que avanzaba, parecia que las puertas se cerraban por sí solas detrás de mí, y oia rechinar los cerrojos. Entonces sentí un estremecimiento en mi cuerpo, no porque tuviese miedo por mi cuerpo, sino que comenzaba á sospechar lo que pasaba, y temia por su alma. No me habia engañado: aquella carta que me habia escrito era un lazo. ¡Desventurado, habia contado con mi ternura, y estaba prisionero.

—¡Un hijo, un hijo! murmuró el anciano conde.

Y las jóvenes retrocedieron aun mas y se colocaron en la sombra.

—Así pasé quince dias, creyendo á cada momento que iba á entrar y caer ante mí de rodillas. Y cada vez que se abria la puerta, estendia los brazos para estrecharle contra mi corazon. Al cabo de quince dias se abrió lentamente mi puerta, y el soldado que me guardaba entró.

—¿Qué quereis? le pregunté.

—Monseñor, me dijo, ¿ois ese ruido que viene de la ciudad?

—¡Y bien! ¿quién hace ese ruido?

—Monseñor, son los principes eclesiásticos. La dieta de Maguncia precedida por vuestro

hijo, os ha depuesto y le ha elegido; ahora él es el emperador, y viene al castillo de Klopp para buscar la corona, la espada y el globo que están en él depositados.

—¿Has abierto mi puerta para decirme eso? le pregunté.

—No, señor, era para deciros que si temeis algo por vos mismo, yo sé un camino que os conduciría fuera de este castillo.

Miré á aquel hombre, cuyo rostro no me era desconocido.

—¿Y quién eres tú? le pregunté, tú que ofreces su apoyo á aquel á quien su hijo hace traicion, de quien reniegan sus amigos, á quien el cielo olvida y la tierra abandona.

—¿Quién soy yo? ¡Ah, monseñor! no soy mas que un pobre soldado que os vió ceñir en Worms la espada de caballero. Éramos de la misma edad, y vos teniais un aspecto tan altivo y guerrero, que juré unirme eternamente á vuestra fortuna. Era yo simple infante en las tropas de Zehving, cuando la revolucion de los sajones os obligó á huir de la ciudad de Harsbourg. Yo era de vuestra escolta cuando atravesamos los Alpes para bajar á Italia, cuando el rey de los pastores os hizo esperar con los pies descalzos en la nieve, en el patio de su castillo de Canossa. Yo estaba en el combate de Mersebourg, y quedé herido en el campo de batalla.

Despues me ha obligado la miseria á engancharme en las tropas maguncias, y Dios es sin duda el que me ha conducido hasta vos de esta manera. Porque el ver á mi emperador tan desgraciado, que no solo ha perdido su libertad, sino que acaso tambien ve amenazada su vida, me ha recordado mi juramento de Worms. Si quereis huir, os queda un guia; si quereis combatir, os queda un soldado.

—Gracias, le dije, consérvame esa adhesion para otros momentos y otras circunstancias; pero hoy no huiré.

—Sois mi emperador y mi amo, debo obedeceros, dijo el soldado: hágase, pues, vuestra voluntad, porque para mí, continuais en el trono.

Y dichas estas palabras, salió.

Apenas cerró la puerta, me dirigí á la habitacion donde estaban encerradas las insignias del imperio; me ceñí la espada de Carlo-Magno, coloqué la corona sobre mi cabeza, eché el manto sobre mis hombros y tomé el globo en mi mano; en seguida, oyéndolos entrar en la habitacion inmediata, salí á su encuentro. Al verme retrocedieron, porque esperaban encontrarme como un prisionero que suplica, y no como un emperador que manda.

—¿Quién te envia aqui, Ruthor de Maguncia? ¿qué buscas en este castillo, arzobispo de Colonia? pregunté.

Y por un momento permanecieron mudos y con los ojos fijos en el suelo; pero Ruthor, mi antiguo enemigo, recobró al punto el uso de la palabra.

—Venimos á pedirte, dijo, lo que ya no te pertenece. La dieta de Maguncia te ha depuesto, la Iglesia te ha arrojado de su seno; vuélvonos lo que te está prohibido llevar, lo que pertenece á Enrique V; entrégnanos esa espada, esa corona, ese manto, ese globo.

—Acercaos á cogerlo, les dije sonriendo, porque, lo confieso, no pensaba que se hubiesen atrevido á poner la mano sobre su emperador, pero Ruthor se arrojó sobre mí, y me arrancó el manto imperial; y los demas, animados por su ejemplo, hicieron lo mismo, y me arrancaron el globo y la espada, mientras los caballeros que ocupaban las escaleras del patio hasta la puerta de la habitacion gritaban: ¡Viva el emperador Enrique V, nuestro magnánimo soberano!

Aquella misma noche, me trasladaron al castillo de Ingelheim, y allí permanecí cinco meses prisionero, cuando un dia vi abrirse la puerta, y el viejo soldado de Klopp volvió á aparecer.

—Mi emperador, me dijo, otra vez tu fiel siervo viene á ofrecerte sus servicios. Esta noche estoy de guardia á tu puerta desde las diez hasta las doce; si quieres seguirme, te verás libre.

Acepté y le seguí; mas hace dos horas, que los soldados de mi hijo han entrado de repente en la aldea donde descansábamos un momento. Entonces, fiel hasta el último punto, el viejo soldado ha tomado mis vestidos y me ha dado los suyos, y mientras le perseguian, yo, á la luz de los relámpagos, he buscado tu castillo sabiendo que encontraría en él pan y un lecho.

—¡Monseñor! ¡monseñor! exclamó el anciano conde, no os habeis engañado, porque el castillo y el castellano son vuestros.

Y diciendo estas palabras, le dió su mas hermoso traje y quiso vestirse él mismo; luego que estuvo vestido, le hizo sentarse á la mesa y le sirvió; en seguida, cuando hubo cenado, le condujo á su habitacion, y veló á la puerta con la espada desnuda.

Al dia siguiente, cuando el emperador se habia marchado, llamó á sus dos hijas, las estrechó contra su corazon, y las dijo: sois dos ángeles del cielo, benditas seais.

Y jamás volvió á sentir que en lugar de dos hijas el cielo no le hubiera concedido un hijo.

Desde la isleta que está frente á Hammers-tein, se descubre ya Audernach con su alta torre, esta es la antigua Antoniacum de los romanos y una de las siete ciudades del Rin tomadas por Juliano en su expedicion contra los alemanes en 359. Su puerta romana y su alta torre datan probablemente de aquella época. Los reyes francos tuvieron allí un palacio, desde cuyas ventanas, dicen los antiguos historiadores podian pescar en el Rin. O los antiguos historiadores se engañan, ó el Rin se ha desviado mucho de su antiguo cur-

so, porque estas ruinas, situadas al sudeste de la ciudad, están hoy próximamente un cuarto de legua del río. En 1688, Audernach, como una parte de las ciudades del Palatinado, fué quemada por Turena.

Cuando estábamos examinando á nuestra satisfaccion, y con el auxilio de los anteojos la antigua ciudad romana, nuestro timonel lanzó un grito de verdadera alegría que fué repetido por algunas personas de la tripulacion; acababa de reconocer á la altura de Iriich y dirigiéndose á nosotros, lo que se llama una gran almadía, es decir, una de las construcciones mas curiosas que los hombres han intentado hacer despues del arca de Noé.

Todos acudieron sobre cubierta.

La gran almadía bajaba magestuosamente por el Rhin, cuya corriente sabíamos nosotros, y parecia una montaña de madera flotante. Podia tener de ochocientos á nuevecientos pies de largo y de sesenta á setenta de ancho. A medida que se acercaba á nosotros, distinguimos una aldea, una poblacion, rebaños. La aldea se componia de una docena de cabañas, la poblacion de setecientos ú ochocientos remeros y operarios, y los rebaños de unos treinta bueyes y mas de cien carneros trasportados por ab stecedores. Al pronto me figuré eran los habitantes de alguna ciudad destruida que emigraban con armas y bagajes. Pero el capitán me dijo que era sencillamente una almadía que trasportaba madera de roble y de pinabete desde Maguncia á Dordrecht.

Como eran las seis de la tarde, es decir, la hora de cenar, no tardó en presentársenos un nuevo espectáculo. A las seis en punto, el piloto de la almadía dió un grito é izaron al estremo de un palo una gran asta; segun parece, esta era la señal de la hora de la comida; todos dejaron su trabajo, á escepcion del piloto y de una docena de hombres, y con ayuda de largas varas, continuaban dirigiendo la enorme masa, aproximáronse todos con una cuchara en la mano á una enorme caldera que contendria como de ochocientas á nuevecientas raciones de sopas. Les deseamos buen apetito.

Si se quiere tener una idea de lo que es ese mundo que se llama una gran almadía, debe saberse que la poblacion que la habita consume de ordinario durante su trayecto por el Rhin, de cuarenta y cinco á cincuenta mil libras de pan, de diez y ocho á veinte mil libras de carnes frescas, de ocho á diez quintales de carne salada, de diez á doce mil libras de queso, de diez á quince quintales de manteca, de treinta á cuarenta sacos de legumbres secas, de quinientas á seiscientas medidas de cerveza, y ocho á diez cubas de vino.

Es preciso ser un hábil piloto para dirigir semejante masa por entre los recodos, las rocas y los torbellinos del Rhin; así sucede algunas veces que se desprenden de la almadía

algunos trozos, y aun que se sumerge toda entera. Por eso es por lo que los habitantes de las orillas del Rhin tienen costumbre de decir, que el dueño de una almadía necesita tres clases de capital, uno sobre el agua, otro en tierra, y el tercero en su bolsillo. Una almadía flotando sobre el río, cuesta efectivamente á su dueño, 350 ó 400,000 florines, es decir, mas de un millon de nuestra moneda.

Consérvase como el nombre de un grande hombre el nombre de un batelero que ha conducido desde Maguncia á Dordrecht mas de cincuenta de aquellas grandes almadías sin que le sucediese jamás accidente alguno. Se llamaba Zung, de Rudenheim.

Seguimos la almadía con la vista durante algun tiempo, mas al llegar á la altura de Neuwied, llamó á su vez nuestra atencion un monumento completamente francés, situado en la orilla izquierda del Rhin; es la pirámide elevada por el ejército del Sambre y Mosa al general Hoche. Por este punto es por donde en efecto pasó el Rhin el 13 de abril de 1797, haciendo la casualidad fuese el mismo sitio por donde César habia pasado diez y ocho siglos antes, el año de Roma de 609.

De Neuwied á Coblentza no ofrece el Rhin ninguna otra cosa notable; así que está dispuesto todo de modo que se hace este trayecto entrada la noche.

Llegamos á Coblentza próximamente á las nueve, y nos alojamos en la fonda de los Tres Hermanos, por no dejar de ver el Rhin. Una media hora despues de mi llegada, habiendo visto desde mi ventana un puente muy bonito, quise ir á dar un paseo por allí; mas al primer paso que dí por la calle, oí el *¡quién vive!* de un centinela. Como no hablaba yo con bastante correccion el idioma del rey Federico Guillermo para dialogar con el soldado prusiano, el mas lacónico de todos los soldados del mundo conocido, juzgué mas prudente volver á entrar, y dejé para el siguiente dia ver el puente, que por magnífico que fuese, no me pareció, sin embargo, que valia tanto como una bala de calibre.

Al dia siguiente, al bajar de mi habitacion, encontré en el salon comun á un banquero francés llamado Mr. Leroy, quien habiendo sabido mi llegada, iba á ofrecerse cortesmente á mi disposicion para todo el dia. Acepté con reconocimiento; almorzamos y salimos.

El famoso puente á donde habia querido ir el dia antes, y cuyo gusto me quitó el *¡quién vive!* del centinela, conduce á la aldea de Ehrenbrestein, situada en una encantadora calle de árboles que conduce á las aguas de Ems; al estremo del puente, á la izquierda, se encuentra un camino muy bonito: es el de la ciudadela.

La ciudadela tiene su historia especial. En un principio castillo fortificado, construido por Juliano Ehrenbrestein, comenzaba á ar-

ruinarse, cuando en 1453 el arzobispo Hellinus le restauró. Vino en seguida el elector Juan, margrave de Baden, quien añadió nuevas fortificaciones é hizo cavar un pozo de quinientos ochenta pies de profundidad.

En setiembre de 1795, Marceau bloqueó á Ehrenbrestein por espacio de un mes. En 1797 despues del paso del Rhin por Neuwied, Hoche le sitió á su vez, pero sin mejor éxito; en fin, en el momento del asesinato de los plenipotenciarios de Rastadt, apareció de repente ante la fortaleza un cuerpo de tropas francesas, sin que hubiese habido tiempo de abastecerla de viveres, de modo que al poco tiempo se hizo sentir en ella la escasez. No tardó en ser tan terrible el hambre, que se pagaba por un gato cuatro francos, por una libra de caballo cuarenta sus, y por un raton quince kreutzers. El coronel Faber, despues de haberse sostenido así seis semanas, entregó al fin la fortaleza en 27 de enero de 1799.

Apenas dueños de Ehrenbrestein, los franceses, que le habian sitiado dos veces sin poderle tomar, comprendieron la importancia de semejante posicion, y no solo repararon las fortificaciones ya existentes, sino que construyeron otras nuevas. Estaban en lo mejor de su obra, cuando llegó la paz de Luneville. Entonces, juzgando inútil dejar en pie en beneficio de una potencia enemiga una fortaleza cuya importancia habian conocido, hicieron jugar las minas de tal modo, que al cabo de algunos dias, Ehrenbrestein se encontró completamente desmantelado.

Los prusianos son gentes de orden. Cuando les fué entregada Coblenza en 1814, se presentaron con una cuenta de gastos á Luis XVIII, y en virtud del antiguo proverbio que el que rompe paga, nos encargamos de los gastos de reconstruccion. Por su parte, los prusianos, viendo que no les costaba nada, hicieron las cosas en grande. En último resultado, Ehrenbrestein fué reedificado por los planos de Montalembert y Carnot, y es tenida como la obra maestra de las fortificaciones modernas, lo cual es muy lisonjero para nosotros, puesto que ha sido hecha con el dinero de la Francia, y segun los planos de dos franceses.

Nuestro pasaporte nos abrió las puertas, y llegamos á la azotea que domina el Rhin, la ciudad y todo el paisaje. Es uno de los panoramas mas magníficos que pueden verse.

Al extremo izquierdo, la vista se limita deliciosamente por la pequeña ciudad de Oberwerth, perteneciente al condado de Staffendorf; despues, dirigiendo la vista de izquierda á derecha, se definen sucesivamente en el fuerte Alejandro, en la ciudad y sus monumentos; el palacio electoral, el palacio Metternich, Winebourg, donde nació Metternich; la iglesia de Nuestra Señora, con sus dos campanas amarillas; la iglesia de San Castor, cuya fundacion atribuye una tradicion popular á

Luis el Pio; la casa Teutónica, cuyo primer gran maestre fué Walpoll de Bassenheim; el Mosela, pobre hija de Francia desposada con el extranjero, y á quien no puede consolar el magnifico puente que su viejo esposo le ha dado como una corona; el fuerte del emperador Francisco, á pocos pasos del cual se halla el sepulcro del general Marceau. Y entre el sepulcro y la aldea de San Sebastian, en medio de un grupo de álamos, el palacio á donde los principes franceses se retiraron en 92; en fin, á la estremidad derecha, Sein y Neuwied, por donde, como hemos dicho, pasó Hoche el Rhin.

En frente, en las montañas de Rubenach, donde el duque de Brunswick hizo su famosa proclama, se eleva la aldea de Metternich, cuna y propiedad de la familia del primer ministro de la córte de Viena, y que, como la familia, se llamaba Metter antes de añadir nich á su nombre. He aqui como refieren la adición de ese monosilabo los Cherin del Austria.

En el siglo XV, habiendo dado un emperador de Alemania una gran batalla, vió huir á su presencia todo un regimiento, á escepcion de un solo hombre que quedó, y se defendió hasta que cayó sucumbiendo al número. El emperador hizo preguntar el nombre de aquel valiente: se llamaba Metter.

Por la noche dijo el emperador cenando, hablando del regimiento:

—Han huido todos, pero *Metter*, no. Nadie ignora que *no* en aleman se dice *nich*.

He ahí el origen del nombre Metternich. Como se ve, es un origen poco diplomático, pero que no por eso es menos noble.

Habia yo empezado por el lado mas agradable; restábase ver la fortaleza. El oficial prusiano me habia dado un cabo, con orden de no dejar de enseñarme ni una media luna. Me fué preciso visitar todo, desde las casamatas hasta los almacenes de pólvora; y cuando esto concluyó, es decir, despues de una hora de subidas y bajadas á través de la armeria, almacenes, casernas, plataformas, fosos y porternas, el cabo se desesperó formalmente por no poderme enseñar el Griffou, que era una gran culebrina de peso de doscientos quintales, que lanza balas de ciento sesenta libras; pero el gigante habia sido trasladado á Metz, y cuando los prusianos le volvieron á pedir, se les dijo que estaba ya hecho pedazos. Le dije para consolarle, que estaba muy satisfecho con lo que habia visto. Volví á montar en mi carruage, perfectamente al corriente de los granos de pólvora que contiene un cartucho de una pieza de á cuarenta y ocho. Mia era la culpa; ¿por qué habia ido á una fortaleza?

Al bajar de la ciudadela, mi compañero, Mr. Leroy, quien al ver la religiosa atencion que habia prestado á mi guia, habia creído que tenia un gran placer en todas las obras de guerra, me dijo que podría ver tambien, si me

agradaba, el fuerte del emperador Alejandro y el del emperador Francisco; mas yo le di las gracias; habia hecho provision de hornabeques para largo tiempo.

Volvimos á pasar el puente y entramos en la ciudad. Para desquitarme de toda aquella arquitectura militar, me dirigí hácia San Castor. El nombre de Luis el Pio, su fundador, me habia atraído; mas la primera cosa que llamó mi atencion, fué una portada moderna. No obstante, examinándolo bien, encontré poco mas ó menos, la antigua basilica donde en 806 se celebró el famoso sínodo al que asistieron tres reyes y once obispos. Animado por el resultado, entré en lo interior y vi el sepulcro de Santa Ritza, hija de Luis el Pio. Santa Ritza es una santa acaso poco conocida en Paris, pero muy venerada en Coblentza. En efecto, la gracia del Señor se habia manifestado para ella de una manera irrecusable. La buena santa vivia en Ehrenbrestein, y como tenia gran devoción á la iglesia de San Castor, construida por su padre, iba á ella todas las mañanas á rezar sus oraciones. En aquella época no existia aun en Coblentza el bonito puente que el centinela prusiano no me permitió ver á la luz de la luna. Pero Santa Ritza, gracias á la fé ardiente que sentia, habia encontrado el medio de no necesitarle: marchaba sobre el agua, como hubiera hecho San Pedro si hubiera creído como ella, y de este modo, á presencia de todos, atravesaba el rio, que se contentaba con mojarla la planta de los pies.

Hacia dos ó tres años que Santa Ritza hacia diariamente este paso milagroso con aquel éxito, cuando una mañana encontró el rio muy alterado efecto de una tormenta nocturna. Jamás habia visto su corriente tan rápida y agitada: un temor desconocido hasta entonces se apoderó de ella, y en lugar de ponerse en camino con su confianza habitual, no apoyándose mas que en su fé en el Señor, fué á una viña y cogió un rodrigon para sostenerse; mas apenas habia andado algunos pasos por el rio, sintió que se sumergia gradualmente, de modo que no sabiendo nadar se vió en grande aprieto. Felizmente, renaciendo en ella su primitiva fé, arrojó lejos de sí el maldito rodrigon cuya inutilidad reconocia, y el rio la volvió á sacar suavemente á la superficie: llegó á la otra orilla, sin que sus vestidos conservasen la menor huella de aquel accidente.

Ya se adivinará que despues de tal milagro, Ritza fué canonizada sin oposicion.

Por su parte, San Castor ejecutó otro milagro de distinto género, y que tambien tiene su mérito. En 1688, Luis XIV en persona puso sitio á Coblentza con el mariscal de Boufflers, y encargó á Vauban dirigiese las operaciones obsidionales. Vauban empleó en él su ordinaria celeridad. A los pocos dias, el rey, á quien como se sabe no le gustaba esperar, habia mandado comenzar un bombardeo de los mejor combinados, cuando con gran admiración

suya vió izar sobre la iglesia de San Castor una bandera blanca con las flores de lis de Francia. Mandó preguntar qué significaba aquella bandera, y le respondieron que en su cualidad de iglesia francesa, fundada por Luis el Pio, San Castor se ponía bajo su proteccion. Luis XIV, que veia que el sitio, calificado de inútil por sus generales, amenazaba prolongarse mucho, se aprovechó de aquella ocasion para aparecer magnánimo, y levantó el sitio diciendo que no queria esponer á los estragos de un prolongado sitio una iglesia fundada por uno de sus antepasados.

La respuesta no era muy fuerte en historia, pero como convenia á los coblenteses, no se mostraron meticulosos en cuanto á la genealogia.

Saliendo de San Castor, atravesamos una plaza en la que hay una fuente notable por su doble inscripcion: fué construida en 1812, en medio de las mil obras que ejecutaba á la vez con sus trescientos brazos el Briar imperial; y cuando estuvo terminada, el gefe del departamento del Rhin y Mosela hizo grabar las cuatro líneas siguientes:

Año 1812,  
*notable por la campaña contra los rusos,  
durante la prefectura de  
Jules Dauzan.*

El 4.º de enero de 1814 se apoderaron los rusos de Coblentza, y habiendo encontrado completamente nueva su general la fuente conmemoratoria, y apenas terminada la inscripcion, mandó grabar debajo:

*Visto y aprobado por nos, comandante ruso  
de la ciudad de Coblentza.  
4.º de enero de 1814.*

La chanza era bastante buena para un cosaco. Verdad es que este cosaco era un francés que estaba al servicio de los rusos.

Atravesamos el puente del Mosela, uno de los mas bonitos que existen, y un camino que va de Suiza á Holanda, obra de Napoleon, nos condujo ante el sepulcro de Marceau.

---

## MARCEAU.

Era el 4.º de octubre de 1794, el consejo militar y el civil se hallaban reunidos en la casa ayuntamiento de Verdun, porque la ciudad estaba sitiada por los prusianos, y el comandante Beurepaire habia manifestado decidida-

mente la intencion de defenderse, y los ciudadanos la de capitular. Habia mas, el populacho habia ya saqueado los almacenes de la guarnición, desde el primer dia del ataque, que fué la autevispera, es decir, el 30 de agosto.

En efecto, el 30 de agosto, desde por la mañana, la ciudad de Verdun, al despertarse, habia visto una parte del ejército prusiano acampado en las alturas del lado de San Miguel, situadas á dos mil pasos de Verdun próximamente, y que dominan la ciudad: otra parte del ejército habia llegado la vispera á colocarse entre Fleury y Brazo Grande: el cuerpo de vanguardia del príncipe de Hohenlohe Kirbosg estaba en Belleville, es decir, á menos de media hora: Clairfaix estaba en Marville reconociendo á Montmedy y Juigny: en fin, el duque de Brunswick y el rey de Prusia en persona tenian su cuartel general en Brazo Grande, sobre la ribera derecha del Mosa, á una legua próximamente de la ciudad: componiendo el total de cuarenta á cincuenta mil hombres próximamente.

Verdun, por su parte, tenia por gobernador militar á uno de los mas valientes oficiales superiores del ejército: era este el comandante Beaurepaire. Tenia una guarnición de tres mil quinientos hombres, sacados de entre los mas bravos de nuestros jóvenes soldados republicanos. Tenia diez bastiones unidos entre sí por medio de cortinas, cubiertas con tenazas y medias lunas, fosos profundos, algunos hornabeques y obras coronadas. Además, una ciudadela compuesta de un pentágono irregular y rodeado de una falsa braga. No eran fortificaciones de primer orden; pero era todo lo que se necesitaba para detener al ejército enemigo durante algun tiempo; y cada minuto que se retenia á los aliados lejos del corazon de la Francia era un minuto precioso y que no podia pagarse con demasiada sangre, porque daba un minuto mas á la Asamblea legislativa para organizar la defensa de la patria.

Tal era, pues, el estado de las cosas cuando el 31 de agosto, habiendo echado los aliados un puente sobre el Mosa, el general Kalkreuth le atravesó con la brigada Wittingoff, dos batallones y quince escuadrones, y con la posicion que tomó completó el cerco. El mismo dia, á las diez de la mañana, el rey de Prusia mandó se intimase á la ciudad la rendición; la respuesta de Beaurepaire, como debia esperarse de él, fué negativa.

Así que fué conocida la respuesta negativa, un sordo rumor circuló por las calles, el espíritu de la ciudad era realista, y á este espíritu se unia como un poderoso ausiliar, el temor de que un sitio, destruyendo una parte de la ciudad, arruinase á aquellos á quienes tocase el estrago. Los ciudadanos que no debian mirar mas que á la patria, contaron sus tres mil quinientos defensores, y volviendo sus

ojos al ejército que los estrechaba, vieron que era doce veces mas fuerte que ellos. Y mientras los republicanos estaban dispuestos á deramar hasta la última gota de su sangre, vacilaron aquellos en comprometer una parte de su fortuna.

No obstante, al principio ahogaron las murmuraciones las enérgicas disposiciones de Beaurepaire. Mas apenas el enemigo tuvo noticia de la respuesta del comandante de Verdun, colocó tres baterías, una en la altura de San Miguel, otra en el campo del príncipe de Hohenlohe, y la tercera en el campamento del general Kalkreuth. Los habitantes de la ciudad, murmurando sordamente desde lo alto de sus casas, pero sin atreverse aun á oponerse abiertamente, seguian los terribles preparativos. A las seis de la tarde brilló una de las baterías, las otras dos le respondieron como obedeciendo á una señal, y las primeras bombas, cruzando sus disparos sobre la ciudad como una red de hierro, de fuego y humo, anunciaron que habia llegado el momento de la abnegacion ó de la traicion.

Duró el bombardeo toda la noche. En toda ella permanecieron los ciudadanos encerrados en sus casas; pero al amanecer salieron, y á pesar del peligro que habia en permanecer fuera de ellas, se reunieron en la plaza. Cayó una bomba y reventó en medio de la multitud; muchos ciudadanos cayeron heridos.

Esta fué la señal del motin. Fueron tumultuosamente á ver á Beaurepaire; le amenazaron con abrir las puertas sin capitulacion y entregar la ciudad al enemigo sino se rendian. Beaurepaire se vió obligado á convocar el consejo, porque en aquella época, un consejo civil y militar estaba encargado de apreciar el estado de defensa de las plazas fuertes, y el comandante de la plaza se veia obligado á someterse á este consejo, ó en caso contrario, quedaba él mismo sujeto á un consejo de guerra.

Beaurepaire habia fijado la hora de las seis de la tarde para la apertura de este consejo; fué, pues, á él con sus oficiales, aunque tenia completa seguridad. Pero la mayoría era de ciudadanos, y como el bombardeo habia durado todo el dia ocasionando nuevas desgracias, decidieron los ciudadanos por unanimidad que era preciso rendirse. Beaurepaire los demostró todos sus medios de defensa, respondia con su cabeza que la ciudad no seria tomada por asalto; mas en vano fueron sus ruegos, sus súplicas, los ciudadanos se mantuvieron firmes en su decision. Entonces, Beaurepaire se levantó, paseó una mirada de desprecio por toda la reunion, y cogiendo en seguida una de sus pistolas que estaban colocadas en la mesa ante la cual se hallaba sentado:

—Sois todos cobardes y traidores, les dijo: deshonraos, pero sin mí.—Y se levantó la tapa de los sesos.

Mr de Noyon, el teniente coronel mas antiguo, reemplazó al comandante. Ante el cuerpo ensangrentado de Beaurepaire se hizo entrar al parlamentario prusiano, y se acordó una suspension de armas hasta el dia siguiente por la mañana: al dia siguiente por la mañana, Mr. Noyon y el general conde Kalckreuth debian arreglar los articulos de la capitulacion. Los ciudadanos, sumamente satisfechos de haber obtenido lo que deseaban, se retiraron diciendo, que Beaurepaire se habia muerto en un momento de locura. Esta fué la version que adoptaron en aquella época todos los enemigos de la república.

La capitulacion quedó arreglada, la guarnicion debia salir con todos los honores de la guerra, llevando sus armas, bagages, dos piezas de á cuatro y sus armones. Segun la costumbre, el mas jóven de los oficiales superiores de la guarnicion era el que debia llevarla al rey de Prusia. Se consultaron los cuadros, y se llamó á Marceau. Entonces un jóven de veinte y dos años, de cabellos rubios que caian sobre sus hombros, y de tez pálida, que llevaba las charreteras de comandante de batallon, salió de las filas, y se adelantó para recibir la capitulacion de manos de Mr. Noyon. Mas antes de tomarla:

—Mi coronel, dijo, ¿no podriais encargar á otro esta mision?

—Imposible, dijo el comandante; las leyes de la guerra os señalan, obedeced.

Entonces Marceau desenvainó su sable y le rompió.

—¿Qué haceis? preguntó Mr. de Noyon.

—No quiero, respondió Marceau, que se diga que teniendo un sable al costado con el que podia defenderme ó matar, he llevado al enemigo una capitulacion que nos deshonorá á todos.

Introducido ante el rey de Prusia que le recibió en medio de un estado mayor de principes, duques y generales, Marceau quiso hablar; pero á las primeras palabras el llanto ahogó su voz. El rey quiso consolarle; pero entonces Marceau levantó su hermosa cabeza, y sonriendo á través de sus lágrimas con toda la confianza que la juventud posee en el porvenir,

—Señor, dijo, una sola cosa hay que consuele á un francés de una derrota, y es una victoria.

El rey de Prusia se inclinó ante aquel dolor, y mandó volviesen á acompañar á Marceau con todos los honores de la guerra concedidos á los parlamentarios.

Al dia siguiente salió la guarnicion de la ciudad llevando, ademas de sus armas, bagages y cañones, un furgon en el que iba el cuerpo del bravo Beaurepaire. En Sainte-Menhould, se unió al ejército del general Galbant. Marceau habia perdido en aquel sitio su equipage, sus caballos y su dinero.

—¿Qué quereis que se os dé en cambio de

las pérdidas que habeis tenido? le preguntó un representante del pueblo.

—Otro sable, dijo Marceau.

En cuanto á Beaurepaire, la Asamblea legislativa le recompensó como hubiera podido hacerlo el senado de Roma; decidió que sus rostos se colocasen en el Panteon; que sobre su tumba se pondria esta inscripcion: *Beaurepaire prefirió matarse á capitular con los enemigos de la Francia*, y que se daria su nombre á una de las calles de la capital.

En tanto, Verdun abria sus puertas al enemigo, y veinte doncellas vestidas de blanco, iban delante del rey de Prusia con canastillos llenos de flores.

Dos meses despues, el rey de Prusia repasaba la frontera fugitivo, y las veinte doncellas de Verdun marchaban al cadalso.

Marceau pasó con su grado á los coraceros de la legion Germánica, y partió con ellos de Philippeville para ir á combatir á los vendeanos, mas al llegar á Tours, se encontró que le habia precedido la denuncia y la calumnia, asi como á los demas oficiales camaradas suyos, y todo el estado mayor en cuerpo fué arrestado. Pero se reconoció absurda la delacion, y la víspera de la batalla de Saumur volvieron á abrir las puertas á los prisioneros y se les devolvió sus espadas, de las cuales se sirvieron al dia siguiente de una manera que probó á la Convencion habia hecho bien en obrar asi.

La guerra de la Vendée era una guerra terrible y que mataba muy pronto á los que la hacian, porque alli no solo se moria por el hierro y el plomo enemigo, sino tambien por las denuncias de los envidiosos. Apenas llegado á aquel suelo fatal, Marceau habia tenido que luchar contra la calumnia, la que sin embargo, se hubiera creído que no tenia que mezclarse para nada con su corazon leal y su bello y bondadoso rostro: vengóse haciendo prodigios de valor en la derrota de Saumur salvando al convencional Bourbotte, quien desmontado iba á ser cogido, cuando él le colocó casi á la fuerza sobre su caballo, y sosteniendo la retirada, ó mas bien, intentando parar la derrota, á pie y con un fusil en la mano. Bourbotte envió su parte á la Convencion, y Marceau fué nombrado general de brigada: tenia veinte y dos años y tres meses.

No tardó Marceau en tomar la rebancha: designado por Kleber, su amigo, para mandar los dos ejércitos del Oeste, reunió todas las tropas repartidas en sus diferentes acantonamientos, y fué atacar á Mans, el 43 de diciembre de 1793. En el mismo dia los vendeanos son lanzados de todas las posiciones exteriores y vueltos á encerrar en la ciudad. Eran las cinco de la tarde. Marceau viendo á su ejército cansado y á medio tiro de cañon de la plaza, aplaza para el dia siguiente la bata-

lla decisiva; mas llega entonces Westerman, el general en jefe.

—¿Qué haces? le grita á Marceau; ¿te detienes en medio de tu victoria? aprovechate de tu fortuna, jóven, y marcha adelante.

—Es apurar demasiado el juego, dice Marceau presentándole la mano con su bondadosa y triste sonrisa; mas no importa, marcha y te seguiré.

Y al punto el ejército entero se lanza siguiendo á los dos generales: llegan á luchar con el enemigo cuerpo á cuerpo; pero como las calles de Mans están atestadas de gente, los vendeanos oponen la misma resistencia que opondria una muralla. Durante toda la noche, Marceau ataca, hiere, derriba aquellas murallas vivas, y al amanecer, los realistas, deshechos en todas partes, despues de hacer de cada casa una ciudadela que ha sido preciso tomar por asalto, huyen por todas las puertas, dejando en las calles de Mans mas de tres mil muertos y mil quinientos heridos, porque en aquella guerra fatal en que todo prisionero es pasado á cuchillo, todo el que ha podido ir arrastrando, ha huido.

Mas entre los prisioneros se encuentra una prisionera. De una casa toda incendiada se ha lanzado una jóven; ha visto á Marceau con el sable en la mano, y ha ido á poner su honor y su vida bajo la salvaguardia de su lealtad. Marceau ha guardado religiosamente el doble depósito que se le ha confiado; mas por premio de su victoria, es denunciado á la Convencion por haber sustraído al suplicio una muger vendeana, cogida con las armas en la mano.

Siendo esta una grave acusacion, fué arrestado con la jóven vendeana. Al separarse de ella, en el momento en que iban á ser arrestados, la dió una rosa encarnada que tenia en la mano. La jóven amaba á Marceau: ella recibió el regalo que la hacia, y le guardó cuidadosamente.

Ambos tenian espuesta la cabeza; por tanto Bourbotte, que se acordaba de la derrota de Saumur, y del servicio que Marceau le habia prestado, tomó al punto la posta y se presentó en la Convencion á abogar por la causa de su salvador. Fácilmente obtuvo su libertad, mas no fué lo mismo respecto de la vida de la jóven vendeana.

La mañana del mismo dia en que Marceau debia salir de la cárcel, ella fué conducida al cadalso. Marchó á él llevando en su boca la rosa encarnada que la habia dado el jóven general, y cuando, según la costumbre, enseñó el verdugo la cabeza al pueblo, aquella rosa encarnada hizo creer á muchos espectadores que vomitaba sangre.

Marceau dejó á Mans y volvió á París. Apenas llegó se adelantó la Convencion á sus deseos, quitándole el mando del ejército del Oeste, y dándosele á mi padre, quien á los tres meses envió á su vez su dimision, pi-

diendo servir como voluntario en cualquier otro ejército.

Al abrirse la campaña de 1774, fué enviado Marceau á las Ardenas para tomar el mando de una division; pasó de allí al ejército del Sambre y Mosa, permaneció dos años en el Hundernek y en el Palatinado, á las órdenes del general Jourdan, entre Kleber y mi padre, sus dos mejores amigos; en fin, estaba ocupado en el sitio de la fortaleza de Ehreimbresstein, cuando recibió órden del general Jourdan de que fuera á reunirse á él.

Jourdan estaba en plena retirada, y se encontraba acorralado en los desfiladeros de Attenkirken: era necesario, pues, contener al enemigo, á fin de dar al ejército tiempo para atravesar los desfiladeros; á Marceau fué á quien el general en jefe encargó esta peligrosa mision.

Marceau tomó el mando de la retaguardia: era adorado de los soldados; al verle se contuvo el movimiento retrógrado. El archiduque Carlos creyó que habia llegado un refuerzo á los franceses, y se detuvo por su parte. En aquella misma noche supo que era un solo hombre.

Mas durante aquella detencion, Marceau habia tenido tiempo de tomar todas sus disposiciones, y desde aquel momento el ejército no retrocedió mas que paso á paso, y sin que á pesar de sus incesantes ataques, pudiese el archiduque Carlos desbaratarle una sola vez. De este modo atravesaron el bosque de Ros-senbach; mas luego que llegaron al otro lado del bosque, un ayudante de campo de Jourdan fué á advertir á Marceau que el ejército francés no habia aun terminado de atravesar el desfiladero, y que era necesario se detuviese é hiciese frente á los austriacos. La palabra ¡alto! resonó al punto en toda la linea, y la retaguardia francesa presentó al enemigo una muralla de acero: habiendo dirigido inmediatamente despues la vista á su rededor para ver qué partido podria sacar del terreno, vió dos mamelones que dominan la salida del bosque; manda poner en bateria seis piezas de artillería ligera, hace avanzar el grueso de sus tropas para sostener su retaguardia, y para examinar mejor al enemigo que avanza, parte al galope acompañado del capitán de ingenieros Souhait, del teniente coronel Billy, y dos ordenanzas. Llegado casi á la linde del bosque, se detiene Marceau, señalando con el dedo á Souhait un húsar del emperador que caracolea ante él. En aquel momento, un disparo de carabina parte de unos veinte pasos de distancia, y en medio del humo que sale de un matorral, se ve á un cazador tirolés que se retira volviendo á cargar su arma. Marceau acaba de ser herido por un balazo de carabina. Da maquinalmente algunos pasos hácia adelante, con la mano sobre su pecho. El teniente coronel Billy observa que vacila; corre á él y le recibe en sus brazos.

—¡Ah! ¿eres tú, Billy? le dice Marceau; creo que estoy herido de muerte.

Jourdan acude al punto y se arroja llorando sobre el cuerpo de Marceau; pero Marceau le dice con su sonrisa bondadosa y triste:

—Tienes otra cosa mas importante que hacer que llorar mi muerte; tienes que salvar al ejército. Jourdan hace con la cabeza una señal afirmativa, porque no puede hablar; toma el mando de la retaguardia, y ordena trasladar á Marceau á Attenkirken.

El ejército pasa el desfiladero sin ser alcanzado. Por la noche Jourdan vuelve á Attenkirken; manda llamar á los cirujanos, y sabe por ellos que no solo no habia ninguna esperanza de salvar á Marceau, sino que el menor movimiento apresuraría su muerte. Entra en la habitacion del herido, y al verle pálido y moribundo como estaba, tranquilo y risueño como de costumbre, no puede menos de llorar, él, soldado veterano desde las primeras guerras, que habia visto caer á su rededor tantos hombres. Marceau hizo un esfuerzo y tendió la mano á los que le rodeaban.

—Amigos míos, les dijo, soy demasiado llorado. ¿Por qué quejarme? ¿no soy feliz? ¡Muero por nuestro país!

Al día siguiente por la mañana fué preciso dejar á Attenkirken; esta fué la hora terrible. Mucho le costaba á Jourdan dejar á Marceau en poder del enemigo; pero era evidente que ningun socorro humano podia conservar la vida. Jourdan escribió á los generales austriacos para recomendarles á Marceau. En seguida se retiró el ejército francés dejando junto á su lecho mortuario dos oficiales de estado mayor, dos cirujanos, y dos húsares de ordenanza.

Dos horas despues de la retirada del ejército francés, anunciaron al general Haddick; era el jefe de la vanguardia austriaca.

Despues del general Haddick llegó el general Kray, el veterano del ejército enemigo.

En fin, despues del general Kray, para que ningun honor faltase á la agonía del jóven oficial republicano, se presentó el mismo archiduque Carlos. Llevaba á su propio cirujano, á fin de que uniese sus esfuerzos á los de los cirujanos franceses.

Todo fué inútil. Marceau espiró el 27 de setiembre de 1796, á las cinco de la madrugada, llorado por los oficiales enemigos, como lo habia sido la víspera por sus compañeros.

Desde Bayardo era la primera vez que se veian estos ejemplos.

Apenas murió Marceau, los oficiales que habian quedado con él pidieron al archiduque se devolviese su cuerpo á sus compañeros de armas; y no solo el archiduque lo consintió, sino que mandó que fuese escoltado el cadáver hasta Neuwied por un numeroso destacamento de la caballería austriaca. Despues él mismo pidió como un favor que se le participase el día en que fuera enterrado Marceau, á fin de que el ejército imperial pudiese reunirse al

ejército republicano en los honores que se le hacian.

Cuatro días despues, noticiaron al archiduque Carlos que el entierro de Marceau tendria lugar al día siguiente.

Ocupaba entonces el ejército imperial la orilla derecha del Rhin, al mismo tiempo que el ejército republicano la orilla izquierda; mas las hostilidades se suspendieron por todo el día. Franceses y austriacos pusieron sus armas á la funerals, y los cañones enemigos respondieron con salvas iguales á los cañones franceses durante todo el tiempo que se empleó en la fúnebre ceremonia.

El cuerpo de Marceau fué depositado en el fuerte que hasta 1844 llevó su nombre, y que desde esa época ha tomado el de Petersberg ó del emperador Francisco. Consistia en una pirámide truncada, de veinte pies de altura, colocada sobre un sarcófago y que remataba en una urna donde estaba su corazón. En la urna estaba grabada esta inscripcion: *Hic cinere; ubique nomen.*

Aquí sus cenizas; en todas partes su nombre.

En las cuatro fachadas del monumento se leen entre otras inscripciones, las siguientes:

*Aquí yace Marceau, nacido en Chartres, departamento del Eure y Loire. Soldado á los diez y seis años, general á los veinte y dos, murió combatiendo por su patria el último día del año IV de la república francesa, á los veinte y seis años de edad.*

*Quien quiera que seas, amigo ó enemigo de este jóven héroe, respeta sus cenizas.*

\*\*\*

*El ejército del Sambre y Mosa, despues de su retirada de Franconia, abandonaba el Saar; el general Marceau mandaba el ala derecha; estaba encargado de cubrir las divisiones que desfilaban sobre Attenkirken, el primer día complementario, año IV.*

\*\*\*

*Tomaba sus disposiciones para salir del bosque de Rossenbach, cuando fué herido mortalmente de un balazo: se le trasladó á Attenkirken, donde su estado obligó á dejarle abandonado á la generosidad de los enemigos. Murió en los brazos de algunos franceses y de los generales austriacos, en el año de su edad XXVI.*

\*\*\*

*Venció en los campos de Fleurus, sobre las orillas del Ourthe, del Rouer, del Mosela y del Rhin.—El ejército del Sambre y Mosa tiene su bravo general Marceau.*

\*\*\*

*«Quisiera que me costase la cuarta parte de mi sangre y que conservase su salud*

*mi prisionero; por mas que sé que el emperador mi amo no ha tenido en sus guerras mas rudo ni incómodo enemigo (4).*

(Memorias del caballero Bayardo.)

No habia pasado un año cuando el general Hoche, su amigo, habia ido á reunirsele, y á descansar con él en la misma tumba, pero menos feliz que él, murió envenenado.

Estos dos generales, cada uno de los cuales habia mandado en jefe tres ejércitos, y llenado el mundo con su fama, tenian apenas cincuenta y cuatro años entre los dos.

En el mes de marzo de 1847, el oficial de ingenieros prusiano que dirigia las nuevas fortificaciones del fuerte de Petersberg, vió que el monumento del general francés estorbaba á sus planos, y le derribó; mas advertido por el rumor público del sacrilegio que habia cometido, mandó el rey de Prusia que este monumento se reedificase en la llanura. Entonces se reunieron los dos sepulcros en uno solo.

Este fué el último homenaje tributado á la memoria del general Marecau.

### SAN GOAR.

A las seis de la mañana, la campana del buque nos llamó á bordo; al volver á él encontré á Mr. Leroy ya levantado, el cual en su cualidad de propietario administrador, habia querido ir á recomendarnos por sí mismo al capitán, á fin de que si nos agradaba bajar en algun parage donde no hubiese desembarcadero, pusiesen la chalupa á nuestras órdenes. Me llevó ademas un precioso álbum con todas las vistas del Rhin, el que me suplicó llevase conmigo en recuerdo del bonito pais que acababa de recorrer.

Habia perdido á mis dos ingleses: probablemente habian llegado en aquel momento á Maguncia, porque en lugar de bajar como yo á Coblenza, habian continuado su camino, ansiosos como se encontraban de ver el estado del sepulcro de aquella buena milady. Mas en rebancha, volví á encontrar á los dos novios holandeses, que estaban amorosamente sobre el puente, entrelazados sus dedos á la vista de todo el mundo; habian hecho la peregrinación á Rolandseck, y habian vuelto de allí con un aumento notable de ternura. Esto fué al menos lo que me dijo con un gesto muy malicioso el

(4) Alusion á las palabras del general austriaco, baron de Kray.

novio, mientras la novia bajaba la cabeza y hacia todo lo que podia por ruborizarse.

Al salir de Coblenza se ve á la derecha, y por consiguiente en la orilla izquierda del rio, una de las ruinas mas bonitas de las orillas del Rhin; aquel era el castillo de Holzengfelds. Y sin embargo, estas ruinas que pertenecian á la ciudad de Coblenza, estuvieron cerca de dos años en venta por diez luises, sin que escitasen el deseo en ningun viagero de comprarlas; viendo lo cual, el consejo municipal se las regaló al príncipe real. Como el príncipe real es un perfecto artista y hombre de gusto, apreció el regalo, hizo restaurar y amueblar por el estilo gótico una de las mejores habitaciones: puso en ellas un guarda, y le autorizó para enseñar el castillo á los estrangeros; desde entonces ha habido ingleses que han ofrecido por él hasta mil libras esterlinas. Frente está el castillo de Lasneck, que domina el pequeño rio de este nombre que desagua en el Rhin; y un poco mas distante la ciudad de Oberlanstein, toda erizada de torres, y semejante á una antigua ciudad feudal.

No tarda en encontrarse el viagero frente á la pequeña ciudad de Rhensée, donde se encontraba en otro tiempo el famoso *Sitio Real*, que fué demolido en 1802 por los franceses, del que cuatro piedras tan solo de mediana dimension, y que se ven en medio del Rhin, á cuatrocientos pasos poco mas ó menos por bajo de la ciudad, indican al presente el sitio: en este Kœnigstuhl es donde se reunian los electores del Rhin para deliberar sobre los intereses de Alemania, y se habia erigido en aquel lugar porque los cuatro escritorios de los cuatro electores se unian allí como los rayos de una estrella. Desde lo alto de las sillas se veian al mismo tiempo cuatro ciudades pequeñas: Sanstein, en el territorio de Maguncia; Capellen, en el de Tréveris; Rhensée en el de Colonia; y en fin, Brabach, feudo palatino. Frente, en la otra orilla del Rhin, está la pequeña capilla donde en 1400 los electores, despues de terminada su deliberacion acerca de Kœnigstuhl, declararon al emperador Wenceslao destituido del trono.

Apenas se ha tenido tiempo de dirigir una mirada sobre las ruinas del Sitio Real y la capilla histórica que está unida á él por ese gran acontecimiento, nos encontramos delante del castillo de Marksburg, perteneciente al duque de Nassau. Es un antiguo castillo feudal muy bien conservado, y que es hoy una prision muy pintoresca, donde entre otros prisioneros de estado, cuando nosotros pasamos, estaba un primo de Mr. de Metternich, que llevaba el mismo nombre que él, y el cual, en el motin del 5 de junio, que como se sabe, tuvo gran eco en Francfort, tuvo la idea de enarbolar sobre el Johannisberg la bandera nacional. Desgraciadamente para el pobre jóven, probablemente habia bruma en aquel momento sobre el Rhin, de modo que la bandera no fué vista

mas que por los espías de la Prusia, los cuales le arrestaron y condujeron al castillo de Marksburg, donde pudo ver para recrearse los instrumentos de tortura que se conservan allí, felizmente tambien como un simple objeto de curiosidad. Se puede visitar el castillo, pero como para obtener este favor se necesita un certificado de buena vida y costumbres, dado por la Santa Alianza, y no me habia yo provisto de tan importante documento, forzoso me fué, con gran sentimiento mio, pasar adelante. En esta misma ribera del Rin, y subiendo algunas millas, es donde se recoge la uva cuyo famoso vino se llama Leche de la Virgen.

Muy pronto perdimos de vista el magnífico castillo-prision, porque el Rin tiene una de sus curvas mas pronunciadas desde Marksburg á Boppart. En su ángulo mas notable se eleva la pequeña ciudad de Boppart, la antigua Bandoberga de los romanos, cuyas murallas están edificadas sobre los cimientos de un fuerte de Druso. Esta es la patria del emperador Enrique VII, que nació allí en 1312.

Desde Boppart se ve en lo alto de una montaña bifurcada, los dos castillos de los Dos Hermanos: son dos de las mas antiguas ruinas del Rin, porque su abandono data, segun dicen, del siglo XIII. Estaban habitados por dos hermanos gemelos que se parecian de tal modo, que algunas veces sucedió á sus mismos padres tomarlos uno por otro. Vivieron en la union mas perfecta hasta la edad de veinte y cinco años, mas al llegar á esta edad, los dos se enamoraron de la misma muger, y la discordia comenzó entre ellos. No tardaron en llegar las cosas á punto que no queriendo cederla ni el uno ni el otro, resolvieron disputársela por las armas. Advertida de esta resolución la dama de sus sangrientos pensamientos, acudió á procurar ponerlos de acuerdo, mas la dijeron que los dos hermanos habian salido juntos, dirigiéndose hácia el valle. Hizo que la indicasen el camino que habian tomado, y fué en su seguimiento; á la mitad de la pendiente de la montaña próximamente, oyó el zic zas de sus espadas; dobló el paso, pero por mas ligera que fué, llegó demasiado tarde, y cuando estuvo en el campo de batalla, encontró á los dos desventurados hermanos tendidos el uno sobre el otro, como Eteocles y Polynice. Desesperada por haber sido la causa de un doble fratricidio, se retiró al convento de Marienberg, que se descubre mas arriba de Boppart, y murió allí religiosa. En cuanto á los castillos de los Dos Hermanos, desde aquel dia quedaron inhabitados.

San Goar es no solo un desembarcadero, sino tambien una peregrinacion. En otro tiempo un bonito castillo fortificado velaba sobre la ciudad, pero en 1794 hicimos volar sus murallas. Un posadero ha entrado allí por la brecha, y ha edificado en él una posada.

El antiguo santo que dió su nombre á la ciudad, tambien ha perdido materialmente al-

go con el paso de los franceses; pero moralmente, ha conservado una influencia aun demasiado grande para el siglo XIX.

He aqui como San Goar ha merecido esta gran reputacion, que hoy se estiende todavia desde Strasburgo á Nimega.

San Goar era contemporáneo de Carlomagno, y por consecuencia asistió á la lucha del gran emperador contra los infieles. Por mucho tiempo sintió el santo amargamente no poder ayudar al hijo de Pepino de otro modo que con sus oraciones. San Goar no solo era ermitaño, sino tambien batelero. Se entregaba á este sentimiento al mismo tiempo que iba á la orilla derecha del Rin á salir al encuentro á un viagero que le habia hecho señal de que le fuera á buscar, cuando de repente se le ocurrió una idea que le pareció era de tal modo una inspiracion del cielo, que resolvió ponerla al instante mismo en ejecucion.

En efecto, apenas San Goar se encontró con el viagero en medio del Rin, es decir, en el sitio en que el rio es mas rápido y profundo, cuando cesando de repente de remar, preguntó á su pasajero de qué religion era, y sabiendo que se las habia con un herege, dejó el remo, se arrojó sobre él, le bautizó en un abrir y cerrar de ojos, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espiritu Santo, é inmediatamente, temiendo que un bautismo administrado de aquel modo perdiese su virtud, arrojó al nuevo convertido en el rio, que le llevó directamente al paraíso. En la misma noche se apareció á San Goar el alma del ahogado, y en lugar de reprenderle el modo algo brutal con que le habia obligado á salir de este mundo, le dió gracias por haberle procurado la eterna felicidad. No necesitó mas el santo con las disposiciones naturales que tenia, para lanzarse en aquel nuevo camino de conversiones; asi desde aquel momento, se pasaron pocos dias que no fuesen señalados con alguna conversion nueva. Cuando trataba con un cristiano, por el contrario, San Goar no se contentaba con pasarle el Rin; le conducia á su ermita, y allí dividia con él los dones que la piedad de los fieles le proporcionaban con tal prodigalidad, que aumentándose de dia en dia, probaban que la reputacion del santo era cada vez mayor.

Esta gran reputacion llegó hasta Carlomagno, quien en su cualidad de inteligente, apreciaba el medio de conversion adoptado por San Goar, y resolvió no dejar sin recompensa á tan poderoso auxiliar. Fué, pues, como un simple extranjero á pasar el Rin, y habiendo hecho la seña acostumbrada, vió dirigirse hácia él al buen ermitaño; pero su deseo de pasar de incógnito el rio quedó sin resultado, porque Dios habia impreso en su rostro tal magestad, que San Goar le reconoció aun antes de que hubiese puesto el pie en la barca.

Semejante huésped debia dejar la huella

de su paso; así, en cuanto llegó á la otra orilla, y habiendo bebido de un vinillo que le pareció agradable, Carlo-Magno pidió noticias acerca de la tierra que lo producía, y habiendo sabido que estaba de venta; la compró y la regaló á la ermita, prometiéndole al ermitano enviarle un tonel y una argolla.

Efectivamente, algunas semanas despues del paso del emperador, San Goar recibió los dos objetos prometidos. Ambos eran obras del encantador Merlin, y cada uno tenia su propiedad particular. El tonel, al contrario del de las Danaides, estaba siempre lleno, siempre que no se sacase el vino mas que por la espita; en cuanto al collar era una cosa muy distinta.

En la expansion de la conferencia, San Goar se habia quejado á Carlo-Magno de la mala fé de los infieles, puesto que sabiendo ya las costumbres de San Goar, en vez de confesar su heregia, respondian sencillamente que eran cristianos, atravesaban el rio, bebían su vino, y se iban haciéndole gestos. Y no habia remedio para evitar esto, no diferenciando nada á un cristiano de un herege que hace la señal de la cruz.

Este inconveniente era el que el emperador Carlos prometió obviar, y para cumplir su promesa le envió el collar preparado por Merlin.

En efecto, el collar tenia una virtud particular; apenas habia tocado al cutis, conocía con quien se las habia; si era con un cristiano permanecia en su *statu quo*, y dejaba pasar tranquilamente el vino de la boca á su estómago; si era un herege, se estrechaba inmediatamente hasta reducirse á la mitad, de modo, que el bebedor soltaba el vaso, sacaba la lengua y ponía los ojos en blanco. Entonces San Goar que estaba junto á él con una taza de agua, le bautizaba apresuradamente; y el resultado era el mismo. Eran, pues, inapreciables y hechos para estar juntos, ambos dones del tonel y de la argolla.

San Goar conocía el valor de este regalo; por tanto, no solo hizo uso de él toda su vida, sino que mandó á los frailes, que se habian reunido á él, y que le hicieron superior de una abadía que fundaron, que le siguiesen despues que él muriera. Los frailes no dejaron de hacerlo, y el collar y el tonel milagrosos atravesaron los siglos conservando su poder.

Desgraciadamente en 1794 se apoderaron los franceses de San Goar tan de improviso, que no tuvieron tiempo los frailes de poner en salvo su tonel. Al entrar en el convento el primer cuidado de los vencedores fué bajar á la bodega, y como por una sola espita no corria bastante vino para apagar su sed, emplearon el espediente usado en semejantes casos, y dispararon tres ó cuatro pistoletazos al bienaventurado barril, sin tomarse el trabajo de tapar el agujero de las balas. Por

la noche el regimiento estaba borracho, pero el tonel, cuyo encantamiento se habia deshecho estaba para siempre vacío.

En cuanto á la argolla, el tambor mayor la cogió para hacer con ella un collar á su perro, y los aficionados á arqueología pueden verle tal como se conservaba aun en 1809 en el lindo cuadro de Horacio Vernet, titulado el *Perro del Regimiento*.

Mas desde 1812 no se sabe que ha sido de él, habiéndose helado el pobre perrillo con su amo en la retirada de Rusia.

## EL LORE-LEI.

Por lo demas, San Goar tiene para su reputacion un terrible vecino, ó mas bien, una temible vecina, que es la hada *Lore*, que ha dado su nombre á una inmensa roca cortada á pico, que se encuentra á medio cuarto de legua mas arriba de las ruinas de Katzeilen, y que por ella se llama *Lore-Lei*.

Desde Coblentza oíamos hablar de aquel paso del Rhin, no solo por la leyenda poética que va unida á él, sino como el mas vistoso que el rio presenta á los viageros en todo su curso. En efecto, al atravesar este sitio, los viageros mas indiferentes habian subido al puente y reinaba en toda la tripulacion una agitacion tradicional como la que se observa en el Ródano al aproximarse al puente del Espiritu Santo. Y efectivamente, en aquel sitio el Rhin se estrecha y se hace sombrío, su curso adquiere mas rapidez; porque en un espacio de quinientos pasos, sus aguas tienen una pendiente de cinco pies. En fin, el *Lore-Lei* se eleva como un sombrío promontorio y se ve salir del rio las puntas de las rocas que han rodado por sus costados y que han sembrado aquel paso de escollos. En la cima de esta montaña es donde residia la hada Lore.

Era esta una bonita jóven de diez y siete á diez y ocho años, tan bella, que los bateleiros que bajaban por el Rhin olvidaban por mirarla el cuidado de sus bagcles; de suerte, que iban á estrellarse contra las rocas, y no habia día en que no hubiese que deplorar alguna nueva desgracia.

El obispo que habitaba la ciudad de Lorch, oyó hablar de aquellos accidentes tan frecuentemente repetidos, que parecían efecto de una fatal influencia, y las hijas, las esposas y las madres de los que ella habia hecho perecer habian llegado vestidas de luto á acusar á la linda Lore de magia; por lo que la citó para que compareciese ante él.

La buena Lore prometió ir; mas el día en que debía verificarlo se olvidó de su promesa, y el obispo envió dos hombres para prenderla, y estos dos hombres la encontraron sentada según su costumbre en la roca: cantaba una antigua balada como las que cantan las nodrizas á los niños que mecen, y sin hacer resistencia alguna se levantó y los siguió.

Compareció ante el obispo, y éste quiso interrogarla severamente; mas apenas la vió, experimentando el encanto universal, fijó las miradas en sus ojos; despues, con un acento que descubria la compasion que experimentaba hácia la jóven:

—¿Es verdad, linda Lore, la dijo, que sois una maga?

—¡Ay, ay! monseñor, respondió la pobre niña, si yo fuera una maga, tendria encantos para retener á mi amante, y mi amante no hubiera partido; y yo no pasaria mis días y las noches esperándole en la cima de una roca, y cantando la balada que tanto amaba. Y diciendo estas palabras, la bella Lore se puso á cantar la balada ante el obispo, de modo que éste conoció que estaba loca.

Entonces, en lugar de pensar en castigarla, comenzó á compadecerse de ella, y temiendo, al verla trastornado el juicio, que despues de haber perdido su cuerpo perdiese su alma, mandó la condujesen al monasterio de Marienberg, y la recomendó por una carta á la superiora, que era parienta suya.

La bella Lore partió montada en la hacanea de movimiento mas dulce que pudo hallarse, porque el obispo temia la sucediese alguna desgracia en el camino, y él mismo la siguió con la vista, en medio de la escolta que la acompañaba, hasta que ella y la escolta desaparecieron tras el castillo de Nottingen; y y todo marchó perfectamente hasta que se hallaron á la vista de las rocas donde tenia costumbre de estar esperando á su amante.

Mas cuando estuvo á la vista de aquellas rocas, pidió permiso para subir á su cima á dirigir la última mirada sobre el Rhin, y por ver si aquel á quien esperaba tan largo tiempo hacia, volvía; y como el obispo habia encargado que no se la contradijese en nada, sus guardias la ayudaron á desmontar, y dos de ellos la siguieron á algunos pasos de distancia, á fin de volverla á coger si intentaba huir.

Apenas puso sus pies en el suelo, echó á correr con tal velocidad, que parecia rozar la tierra como una golondrina, y sallaba de roca en roca con tal facilidad, fuese cualquiera su altura y aspereza, que se hubiese creído era una sombra mas bien que una criatura humana perteneciente todavía á la region de los vivos. De este modo llegó á la cima de la montaña, en el sitio mismo en que caía á plomo sobre el río; y avanzando hasta el último estremo, cogió el arpa que habia dejado allí la vispera, y con aquella triste voz que privaba

de la razon á los que la escuchaban, se puso á cantar su acostumbrada balada. Mas esta vez, terminada la balada, oprimió su arpa contra el pecho, y con los ojos fijos en los cielos, tendidos los cabellos al viento, se dejó caer lentamente, no como un cuerpo que se desploma, sino como una paloma que vuela: en el mismo instante, la escolta que la acompañaba prurumpió en un gran grito: la bella Lore habia desaparecido en las ondas.

Volvió la escolta y refirió al obispo lo que habia pasado: entonces, moviendo el obispo su mitrada cabeza, mandó que se dijese misas por el descenso del alma de la pobre loca; pero aun él mismo tenia pocas esperanzas, porque sabia que el crimen que Dios perdona mas dificilmente es el suicidio.

En efecto, pocos días despues supo que habian visto de nuevo á la bella Lore sobre su roca, y que al oír su dulce voz y su suave canto, se habian perdido algunos bateleros: mas como sabia, sin que le quedara duda, que se habia precipitado en el río, creyó que en aquella ocasion se encontraria seguramente allí algun encantamiento, é hizo ir á un matemático muy sabio en materia de magia.

El sabio consultó los astros, y dijo al obispo que efectivamente la bella Lore habia muerto, pero que como habia muerto en pecado mortal, estaba condenada á volver al mismo sitio en que se hallaba en vida, y que volveria del mismo modo hasta que encontrase un jóven caballero que la hiciese olvidar su primer amor.

El obispo era demasiado piadoso para oponerse de ningun modo á los decretos del cielo; únicamente hizo anunciar en todas partes que desconfasen de la hada Lore, porque en castigo de sus pecados, la pobre loca se habia convertido en una infame encantadora, y nadie tuvo trabajo en creerle, porque los suaves cánticos que dejaba oír en otro tiempo, se habian vuelto ásperos, y si algun batelero encallaba al pie de su roca, respondia á su grito de muerte con una carcajada, como responden por la noche las hienas á los gritos de los viageros extraviados en las selvas.

Y duró mas de un siglo: el obispo murió. La generacion que habia visto á la pobre Lore viva, desapareció refiriendo su historia á la generacion que debia seguirla, y así pasaron otras cuatro generaciones, refiriéndose unas á otras cómo habia ido allí aquella mala hada, que se veia á modo de un espectro sobre la roca, y cuyas carcajadas se oían cada vez que alguna lancha extraviada zozobraba en las tinieblas.

Cien años ó mas habrian pasado: reinaba en Alemania el emperador Maximiliano, y Roderico Lenzoli Borgia, de terrible memoria, era papa en Roma, cuando una noche, un jóven cazador, extraviado en el valle de Ligrenkoff, apareció de repente á la salida de aquel valle, y se encontró delante del Rhin.

Era uno de esos dias abrasados del estío, en que el agua fresca y limpida atrae; fatigado de su correría, el jóven cazador se apeó de su caballo para bañarse. Mas antes de entrar en el rio, queriendo indicar á su comitiva dónde se hallaba, tocó el cuerno; al punto su tocata fué repetida tan distintamente, que creyó que algun perrero le respondia; volvió á comenzar al punto otro aire de caza, y fué repetido tan exactamente como el anterior, comenzando á hacerle titubear: al fin, á una tercera prueba, movió la cabeza diciendo:

—Es el eco, y habiendo dejado su cuerno en tierra, se desnudó y se arrojó al rio.

Walter, así se llamaba el jóven nadador, era hijo de un conde palatino; tenia diez y ocho años aun no cumplidos, y ya era no solo el mas hermoso, sino tambien el mas valiente y diestro de los jóvenes señores que de Maguncia á Niméga habitaban las riberas del Rhin.

Por tanto, al ver tan bello jóven, de quien habia comenzado por mofarse, devolviendo el sonido de su cuerno, y que acababa, por decirlo así, de entregarse á ella, esperiméntó repentinamente la hada Lore un sentimiento que hacia largo tiempo creia muerto en su corazon; pero engañándose á si misma, atribuyó su turbacion á piedad. La hada Lore se engañaba: era el amor.

El jóven por su parte la vió sentada sobre su roca y se puso á nadar en direccion de donde ella estaba; la hada Lore le veia aproximarse con alegría, y se puso á cantar aquella antigua balada que todos habian olvidado, excepto ella; y al oír aquella voz, Walter redobló sus esfuerzos para llegar al pie de la roca. Mas de repente recordó la hada que entre el bello nadador y ella estaba el abismo donde tantos desgraciados se habian sumergido; al punto interrumpió su canto y desapareció, de modo, que todo volvió á quedar en el silencio y la oscuridad.

Conoció entonces Walter que habia sido el juguete de una ilusion, y como se sentia arastrado á su pesar, se acordó del abismo; felizmente aun era tiempo, y el jóven, gracias á su vigor y destreza, consiguió ganar la orilla; apenas tocó en ella, vió llegar á su viejo escudero Blum. Este habia oido la triple llamada del cuerno, y habia acudido.

Walter y el viejo escudero se unieron al punto á su comitiva; en seguida, reunidos todos los cazadores, emprendieron el camino del castillo. Todos volviañ conversando alegremente acerca de las hazañas de la jornada; solo Walter marchaba pensativo y con la cabeza inclinada sobre el pecho; pensaba en aquella graciosa aparicion que no habia durado mas que un momento, pero que le habia dejado una impresion tan profunda.

Y al otro dia y los siguientes, por mas que los pescadores navegaron sobre el Lei, no vieron á la hada. En cambio desde aquel momen-

to, todo lo que emprendia Walter le salia bien; se hubiese dicho que un buen genio velaba sobre él y le allanaba todas las dificultades.

En efecto, el cielo estaba cubierto de nubes, y amenazaba la mas horrorosa tormenta, bastaba que Walter saliese para que el cielo se iluminase en el mismo instante. Se hallaba en los alrededores á un caballo fogoso, Walter segun su costumbre hacia se le llevasen, y apenas le montaba, el caballo se volvía dócil como un carnero. Estaba sediento, un manantial puro y fresco se presentaba á su vista; estaba cansado, un lecho de flores...

De modo, que en las orillas del Rhin no se hablaba mas que de su felicidad y destreza; su flecha daba en el blanco á cualquier parte donde fuese lanzada, fuese al águila que se cernia en lo mas alto de la region del espacio ó al gamo que huía á lo mas espeso de la selva: sus halcones eran los mas audaces, sus perros los mas fieles.

Un dia que su jauría perseguia á un corzo, y que para seguirle por los caminos escarpados por donde se habia internado habia dejado su caballo, se estravió el jóven cazador, y aunque se encontraba en un sitio de la comarca que le era muy conocido, no pudo encontrar su camino, porque le parecia que por un efecto mágico de que no podia darse cuenta, los objetos habian cambiado de forma.

Mas como si fuera impulsado por un poder invisible, Walter continuaba avanzando. No tardaron en llegar hasta él los sonidos de una harpa, y creyendo estar próximo á algun castillo, marchó hácia el sitio de donde le parecia venir el sonido. Pero el sonido retrocedia á medida que él avanzaba, permaneciendo siempre bastante cerca para que no cesase de oírle, demasiado lejos para ver el instrumento que le producía.

Así marchó desde la hora en que habian descendido las sombras hasta las doce de la noche. A media noche se encontró casi en la cima de una alta montaña que dominaba el Rhin, á derecha é izquierda el rio huía por el valle, como una ancha cinta argentina. Walter trepó al último vericuetto, y sobre la punta mas elevada de la roca vió á una muger sentada.

Aquella muger tenia en la mano el harpa cuyos sonidos le habian guiado; una suave luz semejante á la del alba la rodeaba como sino hubiese podido respirar mas que en una atmósfera distinta de la nuestra, y sonreía con tan maravillosa sonrisa, que esa sonrisa encerraba desde la primera declaracion de amor hasta las últimas promesas de la voluptuosidad.

Walter reconoció al punto el ser misterioso que ya habia visto la noche que se bañaba en el Rhin; su primer movimiento fué dirigirse á él, mas apenas dió algunos pasos se detuvo recordando todo lo que habia oido referir de la Lore-Lei; en seguida, como tenia un cora-

zon religioso, hizo devotamente la señal de la cruz, y en el mismo instante se estinguió la luz, y la que la esparcía arrojó un grito y desapareció como una sombra.

Mas aunque desapareció de la vista de Walter, desde aquel momento quedó presente en su imaginación: sin cesar oía resonar en sus oídos la melodiosa música que le había guiado hasta lo alto de la roca, y apenas cerraba los ojos, veía resplandeciente con su extraña luz aquella bella hada que le había acogido con sonrisa tan graciosa.

Y Walter cayó en una profunda melancolía, porque al lado de aquella imagen, presente sin cesar á su imaginación, ninguna muger le pareció mas bella, y como sentía instintivamente que aspiraba á una cosa que no era de la tierra, siempre que le preguntaban la causa de su tristeza, movía la cabeza, suspiraba y señalaba con el dedo al cielo.

En fin un dia el padre de Walter le anunció se preparase á partir para Worms donde el emperador Maximiliano tenia su córte; tratabase de hacer la guerra al rey de Francia y el emperador llamaba en su ayuda á sus mas valientes caballeros. Los ojos de Walter brillaron un momento de alegría á la idea de la gloria que podia ganar en aquella guerra, y respondió á su padre que estaba dispuesto á partir.

Sin embargo, al dia siguiente, volvió á caer en su melancolía habitual. Sin cesar parecia escuchar rumores que nadie oía, continuamente sus ojos parecia que trataban de seguir una imagen que se escapaba á todas las miradas; y el anciano escudero, viendo esta preocupacion continua, apresuraba todo lo que podia los preparativos de la partida, esperándolo todo de un cambio de lugares.

Mas la vispera del dia tan esperado por el pobre Blum, Walter le envió á llamar. El escudero se apresuró á ponerse á las órdenes de su jóven señor, y le encontró mas sombrío y abatido que nunca; no obstante, alargó la mano al anciano escudero, como tenia de costumbre, le dijo que antes de abandonar la comarca, habia resuelto hacer su última pesca en el Rhin, y le preguntó si queria acompañarle.

Blum, que tan frecuentemente habia participado de aquel placer con su jóven señor, no vió en este deseo nada que no fuese muy sencillo; mandó llevar las redes á la lancha, y Walter ordenó que la lancha les esperase frente á la pequeña aldea de Urbar.

Era uno de esos hermosos dias de primavera en que toda la naturaleza despertándose de su sueño, es armoniosa como si cada objeto de la creacion, con aquella voz que Dios ha dado á los elementos como á los hombres, cantase su himno al Señor: el viento tenia extrañas melodías; la noche perfumes desconocidos; el rio reflejaba el cielo como un espejo, y las estrellas que corrian atravesando

el azulado manto, parecian, en medio de la calma universal, caer en silenciosa lluvia sobre la tierra.

El anciano Blum echó las redes; pero Walter, en vez de ocuparse de la pesca, miraba al cielo. De modo, que la lancha en deriva, seguía la corriente del agua. De repente, una melodía muy conocida llegó á los oídos del jóven conde; bajó los ojos, y en el sitio acostumbrado vió á la hada Lore sentada sobre su roca.

Era la tercera vez que se le aparecía así, y ahora, como habia ido á buscarle, no pensó en alejarse de ella; antes al contrario, cogió los remos y se puso á remar en su direccion. A aquel movimiento inesperado y que desarreglaba sus redes, Blum levantó los ojos y vió que la lancha se dirigía lentamente al abismo.

Quiso entonces arrancar los remos de manos de Walter; mas era demasiado tarde, y aunque los hubiese cedido sin resistencia, era tan rápida la corriente, que á pesar de todos los esfuerzos del anciano escudero, arastraba la lancha hácia la sima. Y se oían los rugidos que llamaban á su presa. Blum dejó los remos y se volvió hácia Walter esperando, que arrojándose al agua con él, podrian todavía ganar ambos la orilla; pero Walter tenia los brazos estendidos hácia la mágica aparicion que por su parte parecia deslizarse por la ladera de la montaña y aproximarse á él. Blum le conjuró para que no caminase de aquel modo á una segura perdicion; pero Walter estaba sordo é inmóvil. El anciano escudero quiso cogerle abrazándole y precipitarse con él en el rio, pero Walter rechazóle. Entonces el fiel servidor viendo que no podia salvarle, resolvió morir con él, y como Walter no pensaba en orar, se puso de rodillas en el fondo de la barca y oró por los dos.

Y la lancha continuaba siempre avanzando hácia el abismo, y los mugidos del abismo eran cada vez mas fuertes; veíase en medio de la oscuridad salir del rio la negra cabeza de las rocas, contra las que se estrellaba la espuma, y cada una de ellas parecian al pobre Blum un informe monstruo que habia subido á la superficie del agua para devorarlo.

El hada Lore, por su parte, rodeada de aquella suave aureola que parecia esparcir, semejante á una estátua de alabastro en cuyo interior luciera una llama; se aproximaba con su suave sonrisa y tendia los brazos al jóven, como el jóven los tendia hácia ella: ya habia bajado de la roca, y ligera como un vapor, se deslizaba sobre el agua; en fin, Blum sintió la lancha temblar y estremecerse, como un ser animado que se aproxima á su destruccion. Levantó los ojos, y vió que estaban en medio de las rocas á pocas brazas del abismo. Walter y la hada Lore iban á reunirse: de repente notó que la lancha, atraída como por la mano

de un gigante, se sumergía en las profundidades del río; no tuvo tiempo mas que para hacer la señal de la cruz y encomendar su alma á Dios, porque habiendo chocado su cabeza contra una roca, se sintió desmayar, y creyó que iba á morir. Cuando volvió en sí, era muy de día, y estaba tendido en la arena al pie de la roca.

El pobre escudero buscó y llamó á Walter; solo le respondió el eco burlon del Lei; resolvió entonces volver á emprender el camino del castillo; mas cuando hubo andado las tres cuartas partes de él, encontró al conde en persona, quien inquieto por la ausencia de su hijo, iba en su busca. Blum se arrojó á sus pies, y se cubrió la cabeza con su manto en señal de duelo.

Al fin le fué preciso explicarse, y refirió todo al conde; como por dos veces su jóven señor se habia librado de la hada Lore, pero que á la tercera vez habia ido él mismo á buscarla. El conde permaneció un momento inmóvil y como anonadado por el dolor; mas ni una lágrima vertieron sus ojos, ni un suspiro exaló su garganta. Al fin, despues de un momento de silencio.

—Aquel, exclamó, que me entregue esa hada infernal, recibirá una recompensa régia.

—¡Oh! si es así, monseñor, exclamó Blum, permitid que sea yo mismo quien intente esa empresa; porque ¡por el alma de mi jóven señor! ó lo conseguiré ó perderé en ella la vida.

El conde hizo señal con la cabeza de que admitía la demanda del anciano escudero, y volvió á tomar el camino del castillo, donde se encerró en cuanto entró; y nadie le vió ya mas durante el día, á ningun criado llamó; solo sí, á través de la puerta del oratorio se le oía llorar dando sollozos.

Llegada la noche, Blum eligió entre los hombres de armas del castillo aquellos con quienes creía poder contar para que subiesen con él á la roca, al mismo tiempo que hacia rodcar su base, para que si la hada Lore intentaba escaparse, fuese cogida entre ellos y el río. Luego tomadas estas disposiciones, subió atrevidamente á la cima.

La noche era sombría y semejante á aquella otra en que Walter habia hecho la misma ascension: Blum llegó á la primera meseta donde el conde se habia detenido; luego, animado de nuevo á los soldados, trepó á la cima mas alta. En cuanto estuvo allí, vió á la hada Lore, sentada en su roca, y los ojos tiernamente fijos en el río.

A su vista, por poco á propósito que fuese para asustar, los hombres de armas, sobrecogidos de terror, se negaron á ir mas lejos; pero el anciano escudero, en vez de participar de su espanto, sintió aumentarse su cólera contra la encantadora que le habia arrebatado su jóven señor; y viendo que por mas instancias que hizo á sus soldados para ayudarle á

coger á la hada, no se atrevian á dar un paso mas, se adelantó solo hácia ella exclamando: —¡Oh maldita magal! al fin vas á pagar el mal que has causado.

Al oír aquella voz y aquella amenaza, la hada levantó lentamente la cabeza, y mirándole con su dulce sonrisa:

—¿Qué quieres, anciano? le dijo, ¿qué esperas hacerme á mi, que no soy mas que una sombra?

—Lo que quiero, es, respondió Blum, que me vuelvas el cadáver de mi jóven señor á quien has precipitado al fondo del Rhin. Lo que espero es vengar en tí su muerte y las de tantos otros que han perecido antes que él en la sima donde ha desaparecido.

—El jóven conde no pertenece ya á la tierra, murmuró la hada con su melodiosa voz; el jóven conde es mi esposo. El es el rey del río, como yo soy la reina; tiene una corona de coral; tiene un lecho de arena mezclada de perlas; tiene un precioso palacio de lapis-lázuli con columnas de cristal; es mas feliz que lo hubiera sido jamás sobre la tierra; es mas rico que si hubiera heredado la herencia paterna, porque posee todas las riquezas que el Rhin ha devorado desde el día de la creacion hasta hoy. Vuelve, pues, al lado de su padre, y dile que no lllore.

—Mientes, hada infernal, respondió Blum, y lo que quieres es escapar á mi venganza; pero no me engañarás así; estás en mi poder, y tu hora ha llegado, á menos que no vea á mi jóven señor, y que me confirme él mismo con la voz ó el gesto, lo que tú me has dicho. Así pues, disponte á seguirme.

Y desenvainó su espada y dió un paso para aproximarse á la hada; mas con voz potente, y estendiendo hácia él su brazo

—¡Espera! dijo la encantadora.

Y se desprendió el collar de su cuello, y cogió de él dos perlas que arrojó al río. En el mismo instante el río hirvió á borbotones, y dos enormes olas con la forma indecisa y fantástica que se atribuye á los caballos marinos, subieron á lo largo de las rocas hasta la cima de la montaña, y sobre una de aquellas dos olas, estaba un bello adolescente de rostro pálido y largos cabellos flotantes, en quien el anciano Blum creyó reconocer al jóven conde; tanto que permaneció inmóvil de estupor.

En tanto las dos olas continuaban subiendo, hasta que llegaron á mojar los pies desnudos de la hada; entonces la bella Lore se sentó sobre la que estaba vacía, y enlazando sus brazos á los del jóven, le dió un beso. Luego las olas comenzaron á bajar, y viendo que la hada se le escapaba, quiso Blum perseguirla. El jóven le miró sonriendo.

—Blum, le dijo, ve á decir á mi padre que no lllore, que soy feliz.

Dichas estas palabras, volvió á su esposa el beso que de ella habia recibido, y ambos desaparecieron en el río.

Desde aquel día nadie volvió á ver á Lore-Lei, y los bateleros no tuvieron ya que temer su canto de sirena. Todo lo que de ella queda es un eco burlon que repite cuatro ó cinco veces el sonido del cuerno, ó la tirolesa nacional que el piloto canta siempre al pasar por delante de la roca de la Lore-Lei.

## MR. DE METTERNICH Y CARLO-MAGNO.

Los estrémos se tocan. Despues de la pobre Lore-Lei víctima de su amor, están las siete vírgenes víctimas de sus rigores: estas siete vírgenes son otras tantas hermanas que se divertían en hacer morir á los bellos jóvenes enamorados. San Nicolás, sin duda el antiguo protector de los mancebos, las convirtió en otras tantas rocas que salen del agua, y que nunca dejan de enseñar al paso á las jóvenes, para curarlas de la misma enfermedad, si por acaso eran atacadas de ella.

Dejamos á Oberwesel, su grande torre, y la Prusia Rhiniana, para entrar otra vez en el pais de Nassau de donde acabábamos de salir. El castillo de Gutenfelds, demolido en 1807, y que domina á Caub, contiene un cuerpo de guardia conservado en memoria de Gustavo Adolfo, quien estuvo en él para dar sus órdenes en una batalla que dió á los españoles que querían impedirle pasar el Rhin. Casi frente á este cuerpo de guardia, y en medio del Rhin, se eleva una construccion maciza y de forma estraña, que de lejos parece un navio anclado, dispuesto para bajar por el rio. Es el Pfalz; al que se sube por una escalera estrecha, y donde las princesas palatinas iban á dormir. Un pozo escavado en la roca, y con el que no comunicaban las aguas del Rhin, ha ido á buscar su manantial á veinte pies bajo el suelo del rio.

Cien pasos mas arriba del Pfalz se encuentra Bacharah: tres cosas le recomiendan á la curiosidad del viagero, sus ruinas, su Wilde-Geféehrt y su vino. Las ruinas son las iglesias de Werner. Su Wilde-Geféehrt, el paso furioso, es una especie de remolino que forma el rio, poco peligroso en tiempo de calma, pero terrible en los días borrascosos; su vino en fin, de que hacia tanto aprecio el emperador Wenceslao, que por cuatro odres de aquel vino concedió la libertad de Nuremberg. Por lo demas, por una roca que se encuentra entre la isla Bacharah y orilla derecha del rio, se puede saber de antemano cuál será la calidad de aquel maravilloso liquido. Si del mes de julio al de setiembre saca la

cabeza la roca fuera del rio, lo cual no sucede sino en los años de gran sequía, se puede comprar la recoleccion sobre seguro; si por el contrario permanece la roca cubierta por el agua, los aficionados saben que tienen que esperar á otro año.

En cuanto á las ruinas de la iglesia, de las que no hemos dicho mas que una palabra, se conservan deterioradas como están, como un lugar de peregrinacion muy frecuente: su reputacion la han adquirido de los milagros que San Gualberto hizo, no solo durante su vida, sino despues de su muerte. Habiendo sido asesinado en Vesel, por juédios que querían hacerle renegar de su religion, y arrojado su cadáver en el Rbin, en lugar de bajar por el rio, subió la corriente hasta Bacharah, de modo, que al día siguiente al de su asesinato cuando sus asesinos le creían por lo menos en Coblentza, le encontraron frente á su iglesia, echado y como dormido en la ribera.

Por lo demas, á medida que se sube el Rhin, pasan las tradiciones de lo poético á lo material; es que gradualmente se aplanan las orillas y sus costados cubiertos de viñedos suceden á las montañas coronadas de antiguos castillos, de modo, que cuando se ha pasado el castillo de Senneck, destruido en 1282 por Rodolfo de Habsbourg, y reedificado por la familia de Waldeck, que estinguida antes que él, le ha dejado estinguirse á su vez; el castillo de Falkemburgo, destruido en la misma época, y que como su vecino, reedificado á principios del siglo XIV por un conde palatino, fué abandonado en seguida al arzobispo de Maguncia, quedando en poder de los acreedores de este; por fin el castillo de Rheinsteim, que mas feliz que los anteriores, daba su antigua celebridad á la tradicion de Cunon de Falkenstein y su prometida, y su celebridad moderna á la proteccion que le concede el príncipe Federico de Prusia; tanto digo, que cuando se han pasado estos tres castillos, no tiene otra cosa mejor que hacer el poeta que dejar á su cicerone y tomar algun comisionista de buena casa de Colonia ó de Maguncia, é informarse de los mejores terrenos que le queda que encontrar. Y entonces, segun prefieren el vino tinto al blanco ó el blanco al tinto, eligirá entre Ingelheim, plantado por Carlo-Magno, ó el Johannisberg explotado por Mr. de Metternich.

La primera de esas dos celebridades doblemente históricas que se encuentran en el camino, es el Johannisberg: es una altura avanzada y saliente del Taurus, notable por su convexidad, y que de mesetas en mesetas descende casi al nivel del rio. En esas mesetas es donde crecen las viñas que proveen el famoso Chateau Johannisberg, que goza de tan alta reputacion, que por poco catadores que seamos nosotros, no podemos dispensarnos de consagrar algunas líneas á su historia.

El famoso Bischfsberg ó Johannisberg,

segun se le quiera llamar monte del Obispo ó monte de San Juan, tenia en un principio en su cima un priorato fundado en 1109 por el arzobispo de Maguncia, Ricardo II. En 1430, es decir, veinte y dos años despues de su fundacion, el arzobispo hizo de él una abadía que floreció por espacio de cuatro siglos, y que al fin, en 1552 fué quemada por Alberto de Brandeburgo. Este incendio que habia destruido el convento, produjo su supresion en 1587: lo que quedaba del edificio fué demolido por los suecos durante la guerra de treinta años.

Pero lo que constituia la fama del monte San Juan no era ni sus prioratos ni sus abadías: eran sus viñas. Asi, en 1644, la primera montaña se entregó en prenda del tesorero del imperio, Huberto de Bleymann, por la suma de 30,000 florines, 66,000 francos próximamente, y como el reembolso de aquella suma no se verificó jamás, en 1716 se transmitieron al príncipe Foulde los derechos de sus herederos. A contar desde este momento, la explotación de aquel famoso viñedo comenzó á hacerse segun las reglas del arte; de este modo el producto de las sesenta y tres fanegas de tierra que forman su superficie asciende en manos de su nuevo propietario á quince ó diez y seis toneles, que algunas veces llegó á veinte y tres y veinte y cuatro. Como cada tonel contiene mil trescientas botellas, y en los años buenos, como sucedió en 1779 y 1783, por ejemplo, se vende la botella hasta en doce florines, es decir, hasta veinte y cuatro francos, se comprende, que la renta de esas sesenta y tres fanegas no deja de valer la pena. Asi, cuando se suprimió la abadía de Foulde, que se verificó en 1803, el príncipe de Orange no se descuidó en hacer valer sus derechos sobre aquel precioso dominio: desgraciadamente, apenas tuvo tiempo de probar su producto, cuando Napoleon se le tomó como hizo despues con el reino de Holanda, y le dió al mariscal Kellermann, sin duda en memoria de su bonita carga de Marengo. El duque de Valmy lo conservó hasta 1816, en cuya época el emperador de Austria, que naturalmente no debía tener para con él los mismos motivos de reconocimiento que Napoleon, le despojó de él en provecho de Mr. del Metternich, quien le recibió á título de feudo, y á condicion de pagar el dinero. El célebre diplomático ensanchó los jardines, puso un piso mas al cuerpo del castillo, é hizo pintar sobre cristal en la capilla sus armas. ¿Ha querido indicar con eso la fragilidad de las cosas humanas?

Ademas de su gusto por la diplomacia y la agricultura, el príncipe de Metternich tiene tambien la pasion de los autógrafos. Sus relaciones por espacio de treinta años con todos los soberanos de Europa, algunos de los cuales le deben sus coronas, le proporciona-

ron la ocasion de reunir con facilidad una coleccion bastante bonita de cartas reales é imperiales, y con mas razon, como se comprende, de todos aquellos pequeños príncipes, cuyos estados han pasado y repasado ocho ó diez veces por sus manos. Ademas, como las odas de los poetas alemanes, y los sonetos de los improvisadores italianos no debieron faltarle, nada tenia que desear sobre este punto, cuando observó que en una época en que la prensa ha llegado á ser un poder, necesitaba por lo menos algunos autógrafos de periodistas. Mas como en Italia y Alemania, gracias á la censura, hay muchos periódicos, pero pocos periodistas, forzoso le fué recurrir á Francia. Mr. Jules Janin fué uno de los que recibieron con todas las formas de aristocrática cortesania que le distinguen, la demanda del rival de Mr. Talleyrand.

Mr. Jules Janin tomó en el mismo instante la pluma, y le escribió muy ingeniosamente este lacónico autógrafo:

*«Recibí de Mr. el príncipe de Metternich veinte y cuatro botellas de Johannisberg de primera clase.»*

*«Paris, 15 de mayo de 1838.»*

Un mes despues, el periodista recibia de Mr. de Metternich las veinte y cuatro botellas de Johannisberg, cuyo recibo habia acusado de antemano con una confianza que sin duda apreció el príncipe.

Mr. de Metternich ha conservado escrupulosamente el ingenioso autógrafo de Janin. En cuanto á éste, dudo que haya conservado el vino de Mr. de Metternich.

El Ingelheim, que es el Johannisberg de la pequeña propiedad, á pesar de la inferioridad en que le tienen los inteligentes, puede gloriarse de tener un origen no menos aristocrático que su rival, porque si no es vendido por un príncipe, fué plantado por un emperador. Habiendo notado la escelencia del terreno, fué Carlo-Magno quien mandó trasportar allí las cepas del mejor vino de Orleans, y segun sus esperanzas, la vid ganó un ciento por ciento con la trasplantacion. Fué un gran dia para el emperador en el que obtuvo aquel triunfo, puesto que despues de Aix-la-Chapelle, su residencia preferida era Ingelheim, ó la Casa del Angel. He aqui el motivo de haber bautizado aquel castillo con ese poético y celestial nombre.

Por el año 868, resolvió Carlo-Magno hacerse edificar un palacio que dominase el Rhin, y en 874 este palacio estaba edificado. Era un magnífico edificio, medio fortaleza, medio castillo, que estaba sostenido por cincuenta columnas de mármol, y cincuenta de granito. Las columnas de mármol le fueron enviadas de Roma y Ravena por el papa Esteban III, y las columnas de granito habian sido sacadas del Adenwald. De modo que viendo su nueva

mansion imperial terminada tan felizmente, resolvió celebrar en ella una dieta. En consecuencia, fueron convocados para aquella gran solemnidad los príncipes y los señores de las inmediaciones.

La noche que precedió al día en que la dieta debía verificarse, y cuando el emperador acababa de dormirse, se le apareció un ángel y le dijo estas palabras: «*Cárlos, levántate y roba.*» Carlo-Magno se levantó al punto y percibió un celestial perfume en su habitación. Mas como las palabras que el ángel le había dicho le parecieron nada mas que á medias con los preceptos de Dios y la Iglesia, se figuró que había soñado, y se volvió á dormir.

Mas apenas el emperador había cerrado los ojos, la misma vision se le apareció de nuevo, y con severo rostro como el de un mensajero que tiene derecho de admirarse de que no se obedezcan sus órdenes, repitió el ángel por segunda vez las palabras que ya había dicho, y que el emperador creyó haber oído mal. Abrió al punto los ojos, y vió la habitación llena de una luz celestial, que fué poco á poco debilitándose, y concluyó por extinguirse completamente.

Sin embargo, era tan estraña la órden, que Carlo-Magno vaciló aun en obedecer, y echando la cabeza sobre la almohada, se durmió por tercera vez. Por tercera se le apareció el mismo ángel, pero con un rostro tan amenazador, repitiéndole la misma órden con voz tan imperiosa, que el emperador, que no se asustaba con facilidad, se estremeció de terror, y se despertó sobresaltado. Esta vez, no solo se había esparcido el mismo perfume y brillaba la misma claridad, sino que el ángel estaba en pie junto á su lecho, y hasta que no estuvo seguro de que el emperador no podia dudar de la realidad de su presencia, no estendió sus alas de oro y desapareció. Carlo-Magno no dudó ya que la órden le venia del cielo, porque el mensajero era demasiado bello para ser un enviado del infierno.

Carlo-Magno ya no vaciló; se levantó al punto, se vistió á fientas, deplorando aquel precepto del cielo, que le mandaba empezar tan tarde un oficio tan infame. Pero, como Abraham, el emperador estaba decidido á sacrificar todo á Dios, aun su mismo honor. Por tanto, se vistió su armadura, ciñó su espada, y tomó su casco en la mano, como si fuera á mandar una de aquellas expediciones guerreas por las que sentia tantas simpatías como por esta repugnancia: por fin salió de su habitación, y deteniéndose en una galería que dominaba todo el pais, hizo un alto para decidir hácia qué lado dirimiria aquel robo cuya ejecucion tanto le costaba.

Por lo demas, la noche era oscura y como conviene para semejante expedicion; mas por insprador que fuese la oscuridad, el emperador era tan novicio en el nuevo arte que le tenia que ejercitar, que por mas que se paseó

en todas direcciones cerca de una hora, todavía no se le habia ocurrido ni una idea mediana, cuando de repente vió que acababan de robarle su casco, que habia dejado en la balaustrada de la galería. El emperador buscó por todas partes, miró dentro y fuera; mas fué inútil toda pesquisa: el casco habia desaparecido.

Quanto mas audaz era el robo, mas diestro era el robador; y siendo diestro el robador, podia en semejantes circunstancias dar un buen consejo al emperador. Por tanto, le pareció que aquel robo era un nuevo favor del cielo, que viendo su embarazo, habia tenido piedad de él. Por tanto, levantando la voz:

—Que el que me ha robado mi casco, esclamó, se presente ante mí, y por mi pecho real, en lugar de ser castigado, recibirá una recompensa de cien ducados.

Al punto resonó una aguda carcajada en la galería, y por bajo del tapete que cubria una mesa, vió Carlo-Magno salir á su enano, quien se aproximó á él tendiéndole el casco á fin de que echase en él la suma prometida.

—¡Ah! eres tú, infame ladrón, dijo Carlo-Magno; debiera haber sospechado que nadie mas que tú era capaz de jugarme tal chasco, y mandar que te diesen cien vergajazos, en vez de prometerte tan imprudentemente como lo he hecho, cien ducados.

—Si, amo mio, dijo el enano, eso hubicra sido mas económico, es verdad; pero un hombre honrado no tiene mas que una palabra. He aquí tu casco; ¿dónde están los cien ducados?

—Los tendrás al momento, cuando me hayas dado un buen consejo.

—Los cien ducados, dijo el enano, han sido prometidos por el casco, y no por el consejo; dame los cien ducados por el casco, y tendrás el consejo gratis.

Carlo-Magno alargó la mano para coger al bribon que le hablaba con tal atrevimiento: pero el enano vió el movimiento, y rápido como el pensamiento, saltó sobre la balaustrada, y con la destreza y agilidad de un mono, se puso á trepar á lo largo de una de las columnas, y no se detuvo hasta que estuvo montado en una de las hojas del capitel. Allí se puso á cantar una cancion cuyo tono y palabras componia á la vez. Decia esta cancion:

«Ya tengo un casco, un bonito casco, un casco terminado en una corona real: un casco que me cuesta cien ducados.

«Y voy á tratar de proporcionarme por el mismo precio una coraza y una espada, y entonces me haré armar caballero por algun emperador que no haya faltado nunca á su palabra.

«Despues, cuando esté armado caballero, que tendré una buena espada, de buena hoja, me iré por montes y valles haciendo justicia,

porque en los países de Alemania y Francia hay gran necesidad de hacer justicia.

«Mas ¡ay! ¿dónde encontraré para armarme caballero un emperador que no haya faltado nunca á su palabra?»

El ruido de un bolsillo que caía sobre el pavimento interrumpió la improvisación del cantor; el enano comprendió que su moral había producido su efecto: se bajó de la cornisa y fué á recoger la bolsa, con un ojo en ella y otro en el emperador.

—Vamos, ven aquí, bribon, dijo Carlo-Magno, y no temas. Te necesito.

—¡Oh! entonces, dijo el enano, si me necesitas es otra cosa, ya no tengo miedo.

—Quiero robar, añadió Carlo-Magno.

—Mal oficio, replicó el enano, y sobre todo cuando hay que habérselas con gentes que prometen y no cumplen; así, si me crees, puesto que tienes la desgracia de haber nacido hombre honrado, permanece hombre honrado.

—Te digo que quiero robar, dijo Carlo-Magno con un tono que probaba que comenzaba á cansarse de las reflexiones filosóficas de su interlocutor.

—¡Oh! entonces, dijo el enano, si es una vocación decidida, no hay mas que decir. ¿Qué quieres robar?

—¡Ah! he ahí lo que no sé, dijo Carlo-Magno. Pero quiero robar á alguien, y eso inmediatamente, esta misma noche.

—¡Diablo! contestó el enano; ¡pues bien! robemos.

—¿Pero á quién robar? preguntó Carlo-Magno.

—Mira, dijo el enano estendiendo la mano, ¿ves aquella pobre cabaña?

—Sí, contestó el emperador.

—Pues bien, allí hay un bonito negocio que hacer. Por pobre que te parezca, encierra hoy cien florines: hace cerca de diez años trabaja el aldeano que la habita, todos los días desde las cinco de la mañana hasta las ocho de la noche, de modo que á fuerza de remover la tierra ha conseguido reunir esta cantidad. La puerta cierra mal, el pobre hombre tiene el sueño pesado, y ya ves que es fácil robarle.

—¡Miserable! exclamó Carlo-Magno, ¡quieres que vaya á arrebatar á un desgraciado el fruto de diez años de trabajo; un dinero empapado en el sudor de su rostro!

—¡Yo! dijo el enano, no quiero nada; me pides un consejo y te le doy; he aquí todo.

—Otro, otro, exclamó Carlo-Magno.

—¿Ves aquella casa de campo? dijo el enano dirigiendo el dedo hácia otra parte.

—La veo, respondió el emperador.

—Es la de un rico comerciante; no serán florines lo que encuentres en casa de este, sino ducados, y no los encontrarás á centenares sino á millares.

—¿Y sin duda, dijo Carlo-Magno, dedicándose á la usura y estafando en el peso es como ha hecho semejante fortuna?

—No, dijo el enano, no. Por el contrario, haciéndolo para sí como para los demás, tal exactitud en sus cuentas, que su probidad ha llegado á ser proverbial; y á este por casualidad le ha dado la probidad lo que á los demás la truhanería.

—¡Cómo, tunante! dijo el emperador, ¿y es precisamente á un hombre que ha hecho su fortuna de una manera tan honrada, á quien quieres que arruine?

—Yo no quiero nada, dijo el enano; por el contrario, tú eres el que quiere robar. Yo te digo quiénes son los que tienen dinero, y nada más.

—Sí, sin duda, quiero robar, contestó el emperador, pero no al pobre labrador, no al industrioso comerciante; mejor quisiera robar á algun buen abate, obeso por la molicie, enriquecido por el diezmo, que no haya hecho jamás otra cosa que dormir, comer y beber. He aquí á quien quisiera yo robar, si quieres saberlo.

—¡Diantre! para un principiante, dijo el enano, no está mal razonado; pero robando á tal persona, siempre sería á los pobres á quienes robarías, porque sabría muy bien hacer que al día siguiente le entregase el pueblo el doble de lo que tú le hubieras cogido.

—Pues bien, entonces, añadió el emperador, quisiera robar á alguno de esos malos caballeros que no viven mas que del saqueo y los desafueros; que hacen traición á aquellos á quienes deberían servir, y que oprimen á los que deberían defender.

—¡Oh! entonces es otra cosa, ¡que no te explicaras antes! dijo el enano. Tengo lo que deseas. ¿Ves aquel castillo fortificado?

—Sí, contestó Carlo-Magno.

—Pues bien, es del señor Harderic, el bribon mas grande que la tierra ha abortado despues del rey Atila y el falso profeta Mahoma.

—Tanto mejor, dijo el emperador.

—Pero eso no será cosa fácil. Tiene el sueño ligero y la mano pesada. Habrá que ganar algunos golpes.

—Tanto mejor, tanto mejor, dijo el emperador.

—Pues bien, entonces ve á ponerte otra coraza, una coraza oscura como la noche, á favor de cuya oscuridad nos escurriremos. Ve á coger un puñal corto en vez de esa larga espada. La espada es una arma de día para alcanzar de lejos. Por la noche no se hiera mas que á lo que se toca. Se tienen los ojos en las manos, y no se necesita que la vista alcance mas lejos que la hoja. Anda y vuelve, te espero aquí, contando mis ducados á ver si la cuenta está bien.

El emperador no se lo hizo repetir dos veces; volvió á meterse en sus habitaciones, y salió al instante cubierto de una cota de malla

de acero bruñido, que le ajustaba al cuerpo como un jubon, y le cubría la cabeza como una capucha. Además llevaba á la cintura un cuchillo ancho, corto y cortante como la espada romana. El enano le examinó de pies á cabeza, é hizo una señal de aprobacion.

—Vamos, dijo Carlo-Magno.

—En marcha, repitió el enano.

Y ambos salieron del palacio; y por el camino mas corto, es decir, atravesando tier-  
ras, se dirigieron hácia el castillo de Harderic.

En el camino, habiendo encontrado Carlo-Magno un término que servia para demarcar los límites de un campo, le arrancó de la tierra y se lo echó al hombro.

—¿Qué diablos haces! dijo el enano.

—¿Crees que encontraré la puerta abierta? preguntó el emperador.

—No, respondió el enano.

—¡Y bien, ya llevo con qué hundirla!

El enano prorumpió en una carcajada.

—Eso es, dijo, y al primer golpe que di-  
eras, toda la guarnicion se pondria en pie, y entonces, ¿qué encontrarías que coger? alguna gallina asustada que se guareciese en el foso. Te creía mas sagaz, amo.

—¿Pues cómo hemos de hacer? preguntó Carlo-Magno un poco confuso por su inesp-  
erencia.

—Ese me corresponde á mí, dijo el enano.

Carlo-Magno dejó caer su marmolillo y continuó su camino sin decir una palabra.

En cuanto llegaron á la puerta, como lo habia calculado Carlo-Magno, la encontraron cerrada. Miró á su enano como para preguntarle qué habia que hacer; el enano le hizo seña que estuviese lo mas cerca que le fuese posible de la puerta; y lanzándose sobre una higuera que cruzaba el foso, y de la higuera encaramándose por la muralla, subió, metió sucesivamente sus manos y sus pies en los intervalos de las piedras hasta llegar á las almenas, y desapareció. Un instante despues oyó Carlo-Magno rechinar una llave en la cerradura: la puerta se movió pesadamente, pero sin ruido, luego se entreabrió lo preciso para dejar pasar á un hombre. Carlo-Magno pasó; el enano entornó la puerta con las mismas precauciones que habia tomado para abrirla, y los dos ladrones se encontraron en el patio del castillo.

—Hé ahí vuestro camino, dijo el enano señalando á Carlo-Magno la escalera que conducia á las habitaciones del castillo; he ahí el mio, continuó enseñando la caballeriza.

—¿Por qué no vienes conmigo? preguntó Carlo-Magno.

—Porque yo tengo tambien que dar mi golpe, dijo el enano.

Y poniéndose á correr gateando como un perro, á fin de no ser reconocido como criatura humana en el caso de que fuese visto, atravesó el patio, y entró en la caballeriza.

Esta confianza del enano picó el amor propio de Carlo-Magno: subió la escalera lo mas calladamente que pudo, entró en las habitaciones, y alumbrado por un rayo de luna que precisamente se descubrió en el cielo en aquel momento, llegó á la habitacion que precedia á la alcoba en que dormian Harderic y su muger. En cuanto llegó allí, estendió la mano por si encontraba algo que coger, y su mano tocó un cofre redondo que le pareció debia contener dinero ó alhajas. En aquel momento el caballo del castellano relinchó tan violentamente, que Carlo-Magno se estremeció.

—¡Hola! dijo Harderic despertándose sobresaltado, ¿qué pasa en mi caballeriza?

—Nada, respondió la voz de su muger, es tu caballo que relincha.

—Mi caballo no tiene costumbre de relinchar así, dijo Harderic, es preciso que alguno á quien no conoce intente desatarle.

—¿Y quién quieres que intente desatar tu caballo?

—¿Quién, pardiez? un ladron.

Y dichas estas palabras, Carlo-Magno oyó á Harderic bajarse de la cama y coger su espada. Entonces se hizo atrás, y gracias al rayo de la luna le vió pasar. Carlo-Magno permaneció en su rincón, maldiciendo al enano, y teniendo para todo evento, la mano en la empuñadura de su espada.

A los pocos momentos volvió á entrar el castellano.

—¡Y bien! le dijo su muger, ¿quién habia en la caballeriza?

—No habia nadie, respondió Harderic, pero hace tres ó cuatro noches que no puedo dormir.

—Y no puedes dormir porque sin duda meditas algo.

—Es verdad, dijo el castellano.

—¿Y qué meditas?

—Ahora ya puedo decirte, respondió Harderic, porque el momento en que debe llevarse á efecto nuestro proyecto, casi ha llegado; mañana, yo y otros once condes, barones y señores, debemos matar al rey Carlos, que nos impide ser dueños de nuestras casas, lo cual estamos cansados de soportar, y ya no queremos sufrir mas.

—¡Ah, ah! dijo en voz muy baja Carlo-Magno.

—¡Oh, Dios mio, Dios mio! dijo la castellana asustada, y si fracasa vuestro proyecto, sois perdidos.

—¡Imposible! contestó el castellano, estamos unidos por los mas terribles juramentos; mañana convocados á la dieta con todos los demas, entramos en palacio sin escitar ninguna sospecha; iremos bien armados, y él no lo estará, rodeamos su trono, le herimos, y cae.

—¿Y quién son los conjurados?

—Eso es lo que no puedo decir, ni aun á tí

misma; pero su compromiso firmado con su sangre está aquí en la habitación inmediata, encerrado en la cajita que se encuentra sobre la mesa.

Carlo-Magno alargó la mano, la cajita estaba efectivamente allí donde había dicho Har-deric.

—¡Ay! dijo la castellana, ¡Dios quiera que esto acabe bien!

—Amen, dijo el castellano.

Y se puso á dormir: por algun tiempo aun se oyeron los suspiros de la castellana, mas no tardó en mezclarse su suave é igual respiración á los ronquidos de su marido: ambos habian vuelto á continuar su interrumpido sueño.

Entonces Carlo-Magno cogió la cajita, la puso bajo su brazo, atravesó las habitaciones, bajó la escalera, y llegó al patio. Allí vió á su enano que sujetaba el caballo de guerra del castellano, al que había montado, y que relinchaba y piafaba, como si juzgase indigno de él obedecer á tan miserable escudero. Mas entonces el buen emperador saltó encima, y apenas el caballo sintió el peso de un hombre, y comprendió que se las había con un diestro caballero, se volvió dócil como un cordero. Carlo-Magno cogió al enano por el cuello de su justillo, le puso á la grupa, y partió á todo galope.

Luego que llegó al castillo, abrió Carlo-Magno la cajita que había robado, y encontró en ella los compromisos de los doce conjurados firmados con su sangre. Hizo entonces despertar á sus gentes y mandó que se levantasen en uno de los patios del palacio once cadalsos de ordinaria altura, y otro mas elevado que los demas, y en lo alto de cada uno de los once patibulos, hizo clavar en carteles los nombres de los once conjurados, y en el mas elevado el nombre de su gefe Har-deric.

Despues, como había dos entradas en palacio, mandó recibir á los demas barones convocados por otra puerta y otro patio, y no recibir mas que á los conjurados por la puerta y en el patio de los cadalsos.

Y se hizo como Carlo-Magno lo había mandado, y cuando vió á todos los barones reunidos, les refirió el complot tramado contra él, les enseñó el compromiso firmado con la sangre de los doce conjurados, y les preguntó qué pena habían merecido: y todos los barones á una voz, dijeron que habían merecido la muerte.

Entonces Carlo-Magno mandó abrir los balcones que daban al segundo patio, y los barones vieron á las doce conjurados ahorcados en las doce horeas.

Y en memoria de la celeste aparición á la que debía la vida, llamó al palacio donde la había tenido *Ingelheim* ó la *Casa del Angel*.

Apenas se ha pasado Ingelheim, desaparecen las montañas, el valle se estiende has-

ta casi perderse de vista, y el Rhin se estiende como un inmenso lago. Se ha dejado atrás la parte mas pintoresca, y se tiene á la izquierda el castillo de Biberick, y enfrente, como el fondo del horizonte, la ciudad de Maguncia, que parece cortar el rio.

Biberick es la residencia del duque de Nassau. La mañana misma del dia en que pasamos por delante del castillo ducal, S. A. había llegado de vuelta de presidir sus estados, que no habian durado mas que una hora, puesto que el soberano los había abierto y cerrado con el mismo discurso. He aquí el que dirigió á sus cámaras:

«Señores,

«En el ducado de Nassau contamos próximamente ciento cincuenta mil almas.

«Desde los romanos hasta nuestros dias, se han hecho próximamente, por mis predecesores, y por los predecesores de mis predecesores, ciento cincuenta mil leyes; sale á ley por cabeza, lo cual me parece bastante. Os daré, pues, el consejo de ateneros á nuestras antiguas leyes, y no hacer otras nuevas.

«En cuanto á mi lista civil del año actual, como me queda aun próximamente la mitad de la cantidad que me votasteis el año pasado, es inútil que nos ocupemos de ella hasta el año próximo.

«Y con esto, señores, ruego á Dios os conserve en su santa y digna guarda.»

Y pronunciadas estas palabras, los Estados habían sido cerrados.

Así es como se practica el gobierno parlamentario en Alemania.

Diez minutos despues de haber pasado Biberick, abordamos al muelle de Maguncia.

Nuestro primer cuidado al llegar á Maguncia, fué ver la plaza de la Parada, donde se acababa de erigir la estatua de Guttemberg, fundida en Paris por un modelo de Thorwaldsen. Lo siento por el inventor de la imprenta, pero merecía algo mejor que aquello, y no ha ganado gran cosa en pasar del granito al bronce.

Però tengo que reprenderme el haber contribuido por mi parte á aquella pícara obra. Agotados todos los medios de estímulo que ejercen comunmente su acción sobre los suscritores, acaso por haber tenido la imprudencia de publicar el producto de la suscripción, quedaba un déficit de 8,000 francos; concibióse entonces la idea de dar una representación de beneficio para cubrir aquella cantidad, y se eligió un drama francés que acababa de ser traducido al alemán. Este drama era *Kean*.

El producto escedió en mas de 2,000 francos al déficit que debía llenar, lo cual debe atribuirse ciertamente al patriotismo de los magunciezes.

Di tres veces la vuelta alrededor de la es-

tátua para afirmarme en mi opinion, y volvi á la fonda perfectamente enterado.

Dos horas despues rodaba nuestro carruaje por el camino de Francfort.

### FRANCFORT.

Una ventaja inapreciable de las carreteras generales alemanas, es que se duerme en ellas mejor que en las posadas. Al salir de Maguncia me aproveché del escelente estado de los caminos para vengarme del mal estado de las camas. Desde Roma no habia dormido.

No sé á que hora llegamos á Francfort. Fui despertado con sobresalto por un austriaco que me sacudió el brazo para que le diera mis documentos. Desde que á uno le sucedió una aventura, los austriacos son feroces en materia de pasaportes.

La ciudad libre de Francfort, que en su cualidad de ciudad libre es custodiada por un regimiento prusiano y otro austriaco, habia manifestado por el órgano de sus dos burgomacstres, el deseo de prender á un famoso ladrón, quien en la feria de otoño habia ejercido su industria á espensas de nacionales y extranjeros. En consecuencia, como á pesar de las pesquisas de la policia tocando la feria á su fin, el ladrón no habia sido cogido, se dió orden á los centinelas para que redoblasen su vigilancia é hiciesen entrar en el cuerpo de guardia á todos los que saliesen de la ciudad, á fin de examinar con atencion si los pasaportes estaban en regla, y si la filiacion consignada en ellos convenia con la del rostro, la estatura y las señas particulares de los individuos; y tomadas estas medidas y comunicadas á los gefes de los regimientos, las autoridades de la ciudad, satisfechas de su sagacidad, se durmieron con completa tranquilidad.

No sucedió lo mismo al ladrón; el pobre diablo estaba muy inquieto; la naturaleza le habia dado un fisico muy particular, lo cual le hacia muy dificil el uso de un pasaporte que se hubiese estendido exactamente para él. No obstante, pasó revista á sus documentos; mas en los cinco ó seis pasaportes que poseia, no encontró uno que le tranquilizase suficientemente para hacerle intentar la prueba del cuerpo de guardia. Resolvió salir sin pasaporte como un ciudadano que va de paseo.

Presentóse, pues, en la puerta de Affenhor, guardada por un puesto austriaco, é intentó pasar contoneándose y con un junco en

la mano. Pero el centinela, que habia recibido su consigna, gritó: ¡Quién vive! con toda la fuerza de sus pulmones.

—¡Ciudadano! respondió el ladrón.

—Acercaos á la orden, dijo el centinela.

No habia medio de negarse á semejante invitacion acompañada de una actitud militar que no dejaba duda alguna acerca de las intenciones del que la hacia.

—Aqui estoy, dijo el ladrón aproximándose.

—¿Vuestro pasaporte? preguntó el centinela.

—¡Mi pasaporte! respondió el ladrón como si le admirase sobremanera la pregunta, no le tengo.

—Pues bien, dijo el centinela poniendo el arma al brazo, sois muy dichoso en no tenerle, porque si le tuviérais, me hubiera visto obligado á haceros entrar en el cuerpo de guardia, donde se hubiera examinado si la filiacion estaba en relacion con vuestra fisionomia, lo cual os hubiera hecho perder media hora larga; pero puesto que no le teneis, es otra cosa. Marchad.

El ladrón se aprovechó del permiso que se le habia concedido tan graciosamente por el centinela.

Por lo que hace á nosotros, como nuestro fisico, en relacion con nuestras señas, no escitó al parecer ninguna desconfianza, salimos del paso con media hora de espera, despues de lo que nuestro carruaje nos dejó á la puerta del *Emperador romano*, donde terminó la noche tan bien comenzada en la diligencia.

Al dia siguiente al despertar, me puse al balcon. Estaba en la Zeila, la calle mas hermosa de Francfort. Por encima de mi cabeza tenia un magnifico emperador, cuya intencion es representar á Carlo-Magno ó Luis de Baviera, ó no sé á cuál, pero que ciertamente no representa ni al uno ni al otro; á derecha é izquierda se veian las casas mas ricas de Francfort. Este primer aspecto me dió la mas alta idea de las ciudades libres.

Bajé al salon general; como en lo demas de Alemania, las comidas de los huéspedes estaban señaladas para la una y para las cuatro, lo cual permite á cada uno comer segun su costumbre. A la comida de la una no hay mas que alemanes, y en cambio á la de las cuatro no hay mas que ingleses y franceses.

Me quedaban aun dos horas; pregunté la direccion del Rømer ó del Ayuntamiento. En este monumento, como es sabido, era donde se elegian los emperadores.

Francfort, cuyo nombre teuton *Frankfurt* quiere decir *vado franco*, debe su origen á un castillo imperial que habia mandado construir allí Carlo-Magno, en el sitio mismo en que el Mein es vadeable. La primera huella de él que se encuentra en la historia, es la fecha del concilio que se celebró allí en 794, concilio en el que no se admitió la adoracion de los Magos. En cuanto al palacio de Carlo-Mag-

no, no queda ningun vestigio de él; solo si pretenden los anticuarios que se hallaba junto al sitio en que despues se edificó la iglesia de San Leonardo.

Desde Luis el Pio hasta el fin de la dinastía Carlovingia, Francfort fué la capital del reino oriental de los francos; los tres Othones la hicieron sucesivamente rodear de murallas, y en tiempo de Luis de Baviera, su directo protector, llegó casi al grado de estension que tiene hoy. Por lo demas, desde 1132, en Francfort era donde se elegian los emperadores romanos, cuando en 1556 apareció la Bula de Oro, dada por Carlos IV, y que llegó á ser la ley fundamental del imperio. Esta famosa bula, escrita en cuarenta y cinco hojas de pergamino, y que comenzaba por estas palabras: *Omne regnum in se divisum desolabitur*, se conserva en los archivos del Ayuntamiento. Su nombre le viene de la lámina de oro que cubria y cubre aun su sello, á fin de conservarle intacto. Dos siglos mas tarde, no solo fueron elegidos los soberanos en Francfort, sino que tambien fueron alli coronados; lo cual dió á la ciudad nueva importancia.

Francfort se gobernó, mejor ó peor, como ciudad municipio-imperial, hasta el momento en que, despues de haber sido bombardeada por los franceses durante las guerras de Napoleon, fué donada el dia menos pensado por Napoleon al principe primado Carlos de Dalberg, y entonces pasó á ser la capital del gran ducado de Francfort; en fin, el 9 de junio de 1815, el acta del congreso de Viena hizo de Francfort el asiento de la dieta de la Confederacion germánica, y la capital del gran ducado de Francfort se encontró otra vez ciudad libre.

Por su nueva constitucion, los francforteses tienen derecho á una cuarta parte de voto en la dieta, perteneciendo las otras tres cuartas á las tres ciudades libres, Hamburgo, Bremen y Lubeck.

En cambio de este honor, Francfort debe tener setecientos cincuenta hombres á disposicion de la Confederacion germánica, y disparar el cañon el dia aniversario de la batalla de Leipsick. Este último artículo experimentó al principio algunas dificultades, porque la ciudad libre no tenia desde 1808 murallas, ni desde 1813 cañones. Pero se aprovechó el primer momento de entusiasmo para abrir una suscripcion con el objeto de comprar dos piezas de á cuatro. Y gracias á esta liberalidad voluntaria, la ciudad libre hace en el dia fijo y con una exactitud completamente comercial, el fuego y el humo que debe á la Santa Alianza.

En cuanto á las murallas, no hay nada que decir; en vez de murallas antiguas y fangosos fosos, los francforteses han visto surgir como un cinturón gracioso y embalsamado, un encantador jardín inglés que permite dar vuelta á la ciudad bajo magníficos árboles y por en-

arenados caminos. De modo que con sus casas pintadas de blanco, de color de melocoton y de rosa, Francfort parece un ramillete de camelias rodeado de brezo. El sepulcro del maire á quien se le ocurrió esta idea, se eleva en medio de aquel encañador laberinto, que pueblan los ciudadanos y sus familias todos los dias á las cinco.

Por curioso que fuese visitar el paseo de la Muralla, como se llama, no quise salir del Ayuntamiento sin haber visto el salon de los emperadores. Conseguí exhumar una especie de conserje que subió delante de mí con un manajo de llaves en la mano, y me abrió aquel salon, que lleva hoy el titulo de salon del Senado. Una de las cosas curiosas de este salon, que contiene todos los retratos de los emperadores, desde Conrado hasta Leopoldo II, es que el arquitecto que le construyó hizo exactamente tantos nichos como emperadores debia haber alli, de modo que en el momento en que Francisco II fué elegido, habiendo acabado el espacio en la sala, no se encontró ya nicho para el nuevo César. Discutiase mucho para saber donde se pondria el retrato del nuevo elegido, cuando en 1806 se desplomó el antiguo imperio romano al estrépito del cañon de Wagram, sacando de este modo de su embarazo á los cortesanos.

El arquitecto habia previsto el número de emperadores que debian colocarse alli. Nosotradamus no lo hubiera hecho mejor.

Desde Conrado hasta Fernando I, es decir, desde 911 á 1556, se verificó la coronacion en Aix-la-Chapelle: Maximiliano II comenzó en 1564 la série de los emperadores coronados en Francfort.

Despues de la ceremonia, que se verificó en la iglesia catedral de San Bartolomé, mas conocida bajo el sencillo nombre del Domo, el nuevo elegido, acompañado de los electores, volvió al Ayuntamiento y subió al gran salon, para ejecutar y ver ejecutar las ceremonias acostumbradas en semejantes casos.

Los electores de Tréveris, Maguncia y Colonia, se colocaban en el primer balcon, contando de derecha á izquierda.

El emperador, de traje de gala, con el manto imperial sobre sus hombros, la corona en la cabeza, el cetro y el globo en la mano, se colocaba en el segundo balcon.

En el tercero habia un dosel, bajo el que estaban el arzobispo y el clero.

El cuarto estaba destinado á los embajadores de Bohemia y del Palatinado.

El quinto á los electores de Sajonia, Brandeburgo y Brunswick.

En el momento en que aparecia esta brillante asamblea, toda la plaza estallaba en gritos y aclamaciones.

Esta plaza merece una descripcion particular.

El centro estaba ocupado por un buey entero que se asaba en una cocina hecha de tablas,

En uno de los lados había una fuente que remataba en un águila de dos cabezas, que por uno de sus picos echaba vino tinto y por el otro vino blanco.

El otro lado lo ocupaba un monton de avena que tendría unos tres pies de altura.

Cuando todos los batcones estaban ocupados, cuando el emperador, el arzobispo y los electores estaban sentados en sus respectivos puestos, se oía el sonido de la trompeta, y el archi-mariscal salía á caballo, metía hasta la cincha el caballo en la avena, llenaba una medida de plata, volvía á subir al salon, y presentaba al emperador esta medida.

Esto queria decir que las caballerizas estaban provistas.

Oíase entonces segunda vez la trompeta, y el copero mayor salía á caballo, é iba á llenar dos copas de plata en la fuente, la una con vino tinto, la otra con vino blanco, y llevaba estas dos copas al emperador.

Esto queria decir que las bodegas estaban llenas.

Se oía la trompeta por tercera vez, y el trinchante mayor salía á caballo, é iba á cortar un pedazo de buey y lo llevaba al emperador.

Esto queria decir que las cocinas estaban florecientes.

En fin, se oía la trompeta por cuarta vez, y el tesorero mayor salía á caballo, llevando en la mano un saco donde estaban mezcladas monedas de oro y plata, y arrojaba estas mondas al pueblo.

Esto queria decir que el tesoro estaba lleno.

La vuelta del tesorero mayor era la señal de un gran combate á que se entregaba el pueblo por tener avena, vino ó buey. Generalmente se dejaba á los carniceros y cosecheros de vino sitiar y tomar la cocina; la cabeza del buey era el trofeo mas honroso de la lucha. La victoria se adjudicaba al partido que tenia la cabeza; y todavía hoy los cosecheros enseñan en las cuevas del palacio y los carniceros en su mercado las cabezas que sus antepasados conquistaron en las memorables jornadas de las coronaciones.

Despues de haber visitado escrupulosamente las bodegas y el mercado, y rendir mis homenajes á los descendientes de los cosecheros y á los sucesores de los carniceros, me dirigí hácia el malecon por el cual bajé hasta Mainhüt, y saliendo por la puerta inmediata, me encontré en los encantadores jardines de que he hablado mas arriba, y que son realmente deliciosos. Seguí por ellos hasta la puerta de Bockenheim, y volví á entrar en la ciudad. Como sabia que estaba en la patria de Goëthe, y no debiendo estar muy lejos la casa del poeta del barrio en que me encontraba, me aproximé á un respetable caballero que con una caña con puño de oro en la mano, atravesaba la plaza del Teatro; despues, con toda la cortesania posible, me informé de si hablaba francés.

—¿Si hablo francés, caballero? me dijo. Un banquero debe hablar todos los idiomas, y yo soy banquero retirado. Me incliné con todo el respeto que profeso á esta estimable clase de la sociedad, y cuando me hubo devuelto mi saludo:

—En ese caso, caballero, le dije, ¿me hareis el gusto de indicarme la casa de Goëthe?

—¿La casa de Goëthe? ¿la casa de Goëthe? repitió por dos veces el buen hombre cogiéndose la barba con la mano, y procurando reunir todos sus recuerdos. ¿La casa de Goëthe? ¡hum! ¡hum! Caballero, preciso es que sea esa una casa que haya hecho bancarrota ó que todavía no tenga reputacion, porque no la conozco.

—Entonces, dispensadme por haberos importunado.

—No hay de qué, servidor vuestro.

Y nos separamos sumamente complacidos el uno del otro. El buen hombre me había dado mas que lo que le pedia.

Al volver al *Emperador romano*, me informé del mozo de la fonda dónde estaba situada la casa de Goëthe, supe que era la casa señalada con la letra F, número 74, en la calle *Grosser-Thirschgraben*, que quiere decir, segun creo, la calle del Gran Foso de los Ciervos.

Sea dicho esto de paso para librar á los viajeros del embarazo de prolongadas indagaciones.

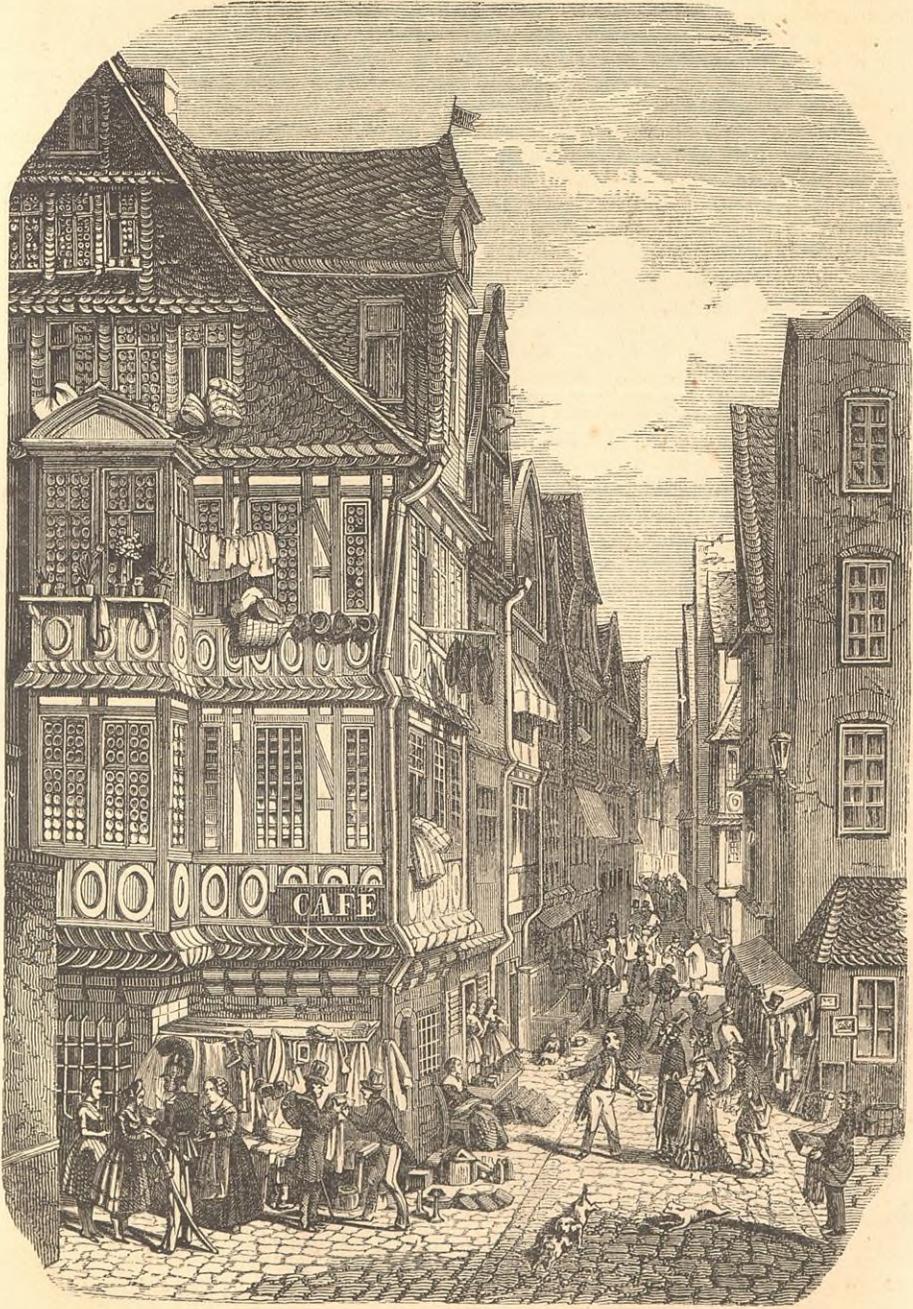
## LA CALLE DE LOS JUDÍOS.

Inmediatamente despues del almuerzo me puse en campaña, y como sabia ya dónde encontrar la casa de Goëthe, me contenté con preguntar la direccion de la calle. Aunque Francfort se vanagloria de poseer 247 calles, todos felizmente conocian esta; así que estuve pronto frente á la letra F, número 74.

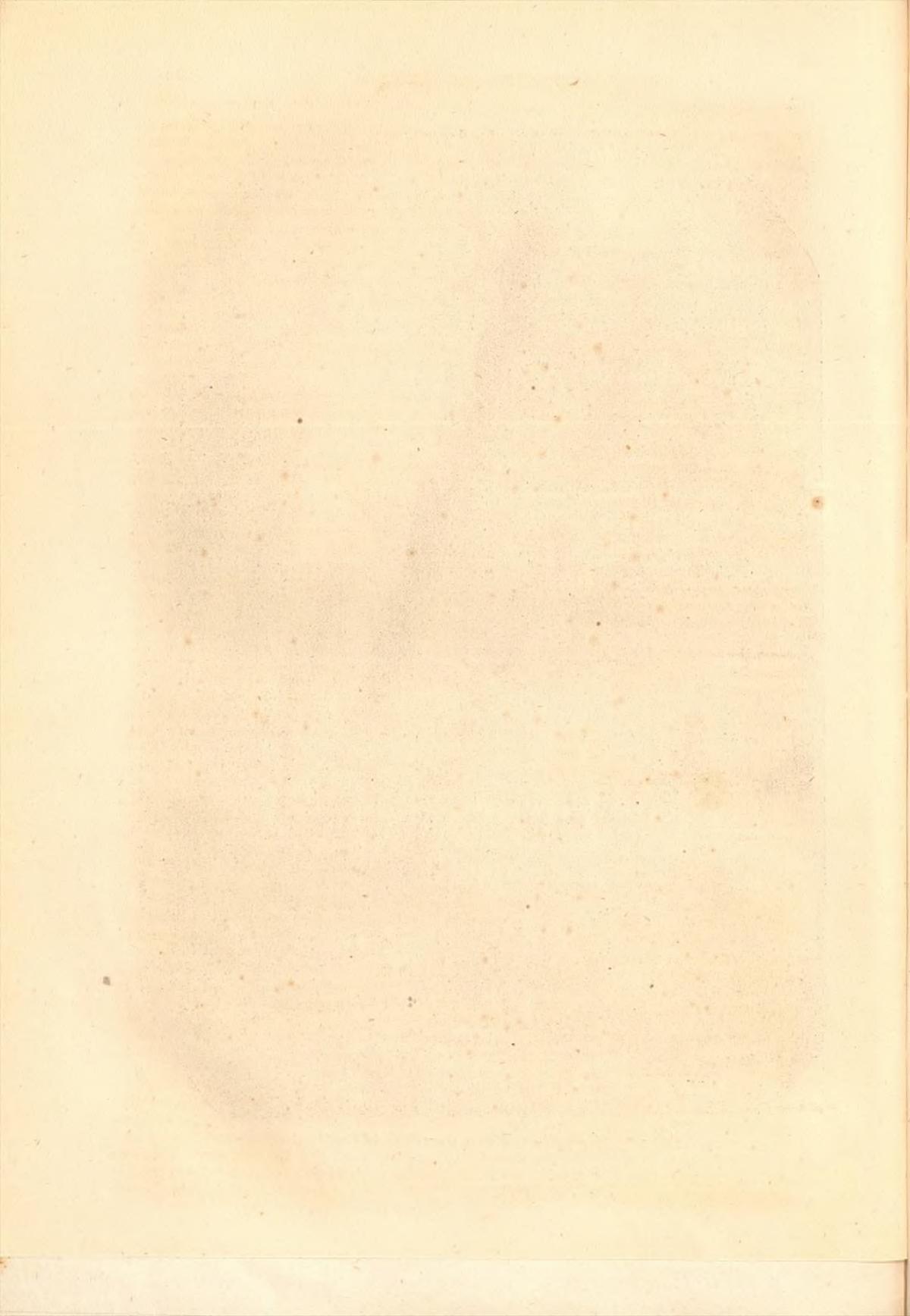
Esa letra y este número son los de una casa que en nada se distingue de las casas inmediatas; únicamente encima de la puerta están las armas de la familia, armas proféticas y cuyos colores no se pueden conocer por la ignorancia heráldica del que las talló, pero cuya pieza mas notable es una banda con tres lirás.

En esta casa es donde Goëthe escribió una parte de *Werther*.

Goëthe es sin contradiccion, uno de los genios mas poderosos, no diré que haya poseído la Alemania, sino que haya poseído el mundo. En cada ramo de la literatura ha dejado alguna obra maestra. En novelas *Werther* y *Wilhelm weister* son maravillas; *Gatz de*



Calle de los Judios, en Francfort.—Pág. 112.—O.



*Berlichingen* y *El Conde de Egmont* están á la altura de los dramas de Shakespeare. *La Desposada de Corinto*, *El Pescador* y *El Bey de Thule*, valen tanto como lo que los mas grandes poetas antiguos y modernos han hecho mejor. Fausto no tiene igual en ningun idioma, y cosa estraña, Goëthe á pesar de todo ha vivido feliz y respetado; ha encontrado á la vez un principe y un pueblo que le han comprendido viviendo; ha asistido á su apoteosis como si ya la sancion de los siglos hubiese pasado sobre él: de modo, que cuando murió cargado de años y honor, todos parecieron admirarse de que pagase el tributo comun; se habian acostumbrado á creerle inmortal.

Goëthe fué el primero que dió nuevas hermanas á esa familia de ángeles creada por Shakespeare. Clara, Mignon, y Margarita son creaciones tan castas en su afecto, tan puras en su amor, tan grandes en su abatimiento como Desdemona, Julieta y Ofelia. Todo nuestro teatro ha pasado entre esos dos hombres, creando mugeres apasionadas ó timidas doncellas, pero sin imaginar nada que se pareciese á la aristocrática amante de Otelo, ó á la pobre querida de Fausto.

En la esquina de la calle donde está situada esta casa santa, lei el cartel de la funcion de la noche en el teatro: se representaba *Grise-lidis*.

La calle que tomé al acaso, segun mi costumbre, me condujo derecho á la catedral. Es una construccion irregular, rodeada de casas que la ocultan, terminada en un campanario truncado: comenzada por los Carlovingsios, fué acabada ó mas bien interrumpida en el siglo XVI. Su aspecto tiene algo de estraño por la enorme cantidad de escudos que la adornan y que le dan el aspecto mas bien de un salon de armas que de un lugar santo. Contiene dos sepuleros notables.

Se enseña alli ademas un gran reloj, *obra maestra de mecánica*, que á mi parecer tiene una gran ventaja sobre los que andan mal, y es la de no andar.

En la catedral se me acercó el dueño de la fonda, que habia salido de su casa con intencion de verme, y que me buscaba para ponerse á mi disposicion el resto del dia. Le suplique me condujese á la calle de los Judios.

En Francfort, como en todas partes, la calle de los Judios es el barrio mas sucio, pero tambien el mas pintoresco de la ciudad. La calle que habitan es hoy lo que era en el siglo XV. Mientras es posible permanecer en una casa, jamás un judio, hablo de un judio de pura sangre, un judio de la raza judáica, jamás un judio la derriba. La casa tiene grietas, las tapa; la casa se inclina, la pone puntales. El judio tiene horror á todo lo nuevo. Todo cambio le asusta; sus ojos prefieren fijarse en los objetos que han sido vistos por sus padres.

Sin embargo, hace cuarenta y cinco años turbó estraordinariamente un suceso el hormi-

guero israelita. En 1796 Jourdan hizo bombardear la ciudad durante dos dias con sus noches: la mayor parte de las bombas cayeron en la calle de los Judios, donde incendiaron y derribaron mas de cien casas. Este accidente ha producido sino la creacion, al menos el ensanche de una calle nueva.

Esta calle, como la otra, estaba adherida por puertas que se cerraban por la noche á cierta hora, y ante las que se colocaba un centinela. Todo judio que se retiraba tarde debia pagar una multa; pero desde 1849 todas aquellas medidas opresoras han desaparecido felizmente; los judios que no podian tener mas que una casa en la calle que les estaba especialmente reservada, pueden habitar donde quieran, y poseer tantas casas como les convenga. A su correligionario Mr. de Rotschild es á quien deben en gran parte esta mejora en su condicion: asi, contra lo que generalmente sucede á los que hacen bien, Mr. de Rotschild es adorado en Francfort.

Hay, sin embargo, costumbres que Mr. Rotschild no ha podido vencer á pesar de sus súplicas, antipatias que á pesar de sus instancias no ha podido destruir: y son las costumbres y antipatias de su madre á todas las nuevas invenciones del bienestar y del lujo que ella dispensa soberanamente. Jamás ha querido dejar su casita del Ghetto por ninguno de los palacios que sus hijos han hecho construir, en Paris, Lóndres, Viena, y aun en el mismo Francfort. Jamás ha querido ir en carruaje, jamás ha cambiado nada de su modo de vivir, y la fortuna de sus hijos ostenta por todas partes sus magnificencias, sin haber podido hacer caer sobre ella visiblemente ninguno de sus reflejos dorados.

Por lo demas, el manantial de esta fortuna es tan curioso como houroso. El principe de Hesse-Cassel, obligado á abandonar sus Estados en 1793, y no habiendo á quien confiar una cantidad de dos millones, pidió consejo á un amigo suyo quien le indicó, como el hombre mas honrado que conocia, á un judio con quien habia tenido algunas relaciones de negocios. El principe de Hesse-Cassel le hizo ir y le entregó la cantidad. El judio le preguntó si era á titulo de depósito ó para hacerla producir. El principe tenia prisa; le respondió que hiciera lo que quisiera, y se limitó á pedirle un recibo. Entonces el judio meneó la cabeza y le suplicó volviese á tomar aquel dinero, puesto que si el principe de Hesse-Cassel, era cogido, y entre sus papeles le encontraban el recibo, este recibo seria para el depositario una causa de persecucion.

Sin recibo, respondia de todo; pero con un recibo, de nada respondia. El principe vaciló un instante; el judio tenia aspecto de honrado, pero la cantidad era bastante fuerte para merecer algunas precauciones. Sin embargo, la confianza pudo mas que el temor; el principe le entregó la cantidad, y en seguida se pronun-

ció en retirada como todos los demas príncipes colegas suyos.

En fin, en 1814, el tratado de París devolvió á cada príncipe, sobre poco mas ó menos, lo que habian perdido antes de todos aquellos grandes terremotos de imperios, que desde 1795 á 1814 habian devorado tantos tronos: el príncipe de Hesse-Cassel volvió á entrar en su capital. En su ausencia, Napoleon habia hecho de ella la capital de un reino, de modo que quedó muy satisfecho del estado en que la encontraba.

Una mañana le anunciaron que un judío preguntaba por él; el príncipe de Hesse-Cassel responde que si el judío tiene que hacerle alguna peticion, se la haga por escrito á sus ministros. El judío contesta que lo que tiene que decir al príncipe á nadie interesa mas que á él, y no lo dirá á nadie mas. El judío es introducido.

El príncipe le reconoce: era aquel el mismo traje, un poco mas raído; la misma fisonomía, algo mas envejecida; los mismos cabellos, algo mas escasos; y la misma barba, un poco mas encanecida. El judío se inclina.

—¡Ah, pardiez! le dice el príncipe, ¿eres tú? no pensaba volverte á ver. ¡Y bien! ¿qué vienes á decirme? ¿qué mi dinero ha sido descubierto y robado? ¡Y qué quieres, buen hombre, es una desgracia! Gracias á Dios y á la Santa Alianza, no soy muy pobre, y puedo perder dos millones con los que no contaba.

—No es eso, monseñor, respondió el judío inclinándose á cada palabra. Gracias al Dios de Israel, no han tocado á vuestros dos millones; pero V. A. me habia dado permiso para hacerlos producir.

—¡Ah! comprendo, dijo el príncipe; los has hecho producir tan bien, que se han perdido. ¡Qué quieres! ¡estos desgraciados tiempos han sido tan terribles para el comercio!

—No es eso, alteza. Los dos millones no se han perdido.

—¿Cómo! exclamó el príncipe, ¿me traes mis dos millones?

—Tampoco es eso, monseñor; no os traigo vuestros dos millones, os traigo seis. El dinero bien manejado produce así.

—¡Y bien! ¿pero, y tú?

—Yo ya saco mi agencia, mi corta comision, mi seis por ciento; pero es aparte de eso. Además, ya vereis los libros, monseñor; están en órden.

—¿Y en qué diablos has podido ganar cuatro millones?

—En una porcion de cosillas que seria demasiado largo deciros, monseñor; pero ya vereis todo eso en los libros.

—¿Y crees que voy á tomar ese dinero? Tomaré mis dos millones, pues lo demas es para ti; yo no comercio.

—V. A. no tiene razon; pudiendo disponer de unos fondos como esos, se pueden empre-

der grandes negocios, puesto que solo con dos millones.....

—Vuelveme, te digo, los dos millones con los que has negociado, y guarda los cuatro millones de ganancia.

—¡Pero si yo os he dicho que yo he descontado mi corto interés!

—¡Cómo! si dices una palabra mas, no tomo nada.

—¡Ah! monseñor, hay leyes, aun para los pobres judíos; yo os obligaré á ello.

—¿A tomar seis millones cuándo no te he dado mas que dos? ¡Pardiez, la cosa es grandel!

—No, replicó el judío despues de haber reflexionado un instante; no, yo no puedo obligar á V. A. á tomar los seis millones, puesto que puede negar que me autorizó para hacer producir su dinero, y si no tiene palabra, será condenado.

—¡Pues bien! dijo el príncipe, no tengo palabra; no te he autorizado para hacer producir mis dos millones, y si dices otra palabra mas, te persigo como defraudador de depósitos.

—¡Ya no hay buena fé en el mundo! murmuró el judío entre dientes.

—¿Qué dices? preguntó el príncipe.

—Nada, monseñor, dijo, que sois un gran príncipe, y yo no soy mas que un pobre judío. Hé aqui vuestros dos millones en buenas letras á la vista sobre el tesoro de Viena; en cuanto á los otros cuatro millones, puesto que resueltamente no los quereis (el judío exhaló un suspiro) será preciso que me quede con ellos.

Y el judío se volvió á Francfort llevándose los cuatro millones, y no comprendiendo como marchaban ya las cosas.

Este judío era Mr. Rothschild, padre.

Hé aqui el origen de esa gran fortuna, tal cual se me ha referido en Francfort: le reproduzco porque no puede herir, antes al contrario, á ninguno de los que llevan el mismo nombre.

Despues, he sido presentado á Mr. Rothschild de Francfort, que es cónsul de Nápoles, como su hermano de París es cónsul de Austria, y me ha recibido como Mr. Rothschild trata á los estrangeros, con la mayor amabilidad. En cuanto á su señora, no diré de ella mas, sino que es uno de los privilegios de las señoras Rothschild ser modelos de buen gusto y modales, habiten en Lóndres, en París ó en Francfort.

Para terminar, me propuso mi cicerone visitar el hospital judáico, fundado en gran parte, y sobre todo, sostenido por Mr. de Rothschild.

Es un hospital semejante á todos los hospitales, con la sola diferencia, acaso, de estar algo mas limpio. ¿Es para quitar la gana á los judíos de Francfort de caer enfermos?

Uno de los balcones del hospital da al antiguo cementerio. Jamás he visto nada mas

triste que este campo mortuorio abandonado: todas las piedras cinerarias son semejantes, y si en alguna parte existe la igualdad, ciertamente es en aquel rincón de tierra. Una cabra la habita; es sin duda la cabra emisaria. Al brotar la yerba de los sepulcros, debe estar encargada de digerir los pecados de los que yacen debajo. Por lo demás, es una tarea que ejecuta concienzudamente: jamás he visto cabra mas grande y de mejor aspecto. Verdad es que á no tener miedo á los aparecidos, hay pocas existencias que puedan compararse á la suya; habiendo reemplazado á una cabra que murió de vejez, á su vez de vejez morirá. Esta es la muerte que ambicionaba Arlequin, y Arlequin no es un imbécil.

Al volver á la fonda, recordé que el abate Sméets me había dado una carta para el obispo D.... Fui á su casa, pero el obispo D.... estaba en las aguas de Viesbaden. Esta carta tenia por objeto proporcionarme noticias acerca de Sand. Escribí al obispo D.... Su respuesta iba acompañada de una carta para monsieur Widemann, doctor en cirugía, calle Mayor de Heidelberg, núm. 444.

### ESCURSION.

Los alrededores de Francfort son curiosos; sobre todo, el pequeño principado de Homburg, merece ser visto, no precisamente por él mismo, sino por su colonia francesa.

Figúrese el lector toda una aldea protestante desterrada de Francia, cuando la revocación del edicto de Nantes, es decir, por el año de 1686, que ha emigrado del país natal con las costumbres, el idioma, y casi el traje del siglo en que vivía, para la que en vano ha girado la tierra desde aquel tiempo, que nada sabe sino por tradición, que cree que los dragones acuchillan á los protestantes, y que os habla de Cavalier y de Mr. de Baviile, como si hubieran muerto ayer; todo esto en un idioma que no es el nuestro, con giros de frases que no se encuentran mas que en Moliere; de modo que, menos el talento, se creeria, cuando se oye hablar á aquellos habitantes, que se lee una carta de Mad. de Sévigne ó de Busby-Rabutin.

Al llegar á la capital, de la que está distante la colonia francesa una legua próximamente, vi á dos soldados que se paseaban del brazo. Como no conocía su uniforme, pregunté al posadero á qué cuerpo pertenecian.

—Es nuestra infantería, me respondió.

—¡Ah! vuestra infantería.

—Si señor. Ayer hubiera podido enseñaros nuestra caballería, pero nuestra caballería, ha muerto *él* esta noche.

—¿Cómo, vuestra caballería, ha muerto *él*?

—Sin duda, *él* ha muerto. Era un húsar. Debemos tres hombres á la confederación, dos infantes y un ginete. Los dos infantes ahí los tencis; en cuanto al ginete, ha muerto. Pero mañana habrá otro.

El príncipe de Homburg, que tiene derecho de vida y muerte en sus estados, es segundo comandante de la fortaleza de Luxemburgo, lo cual hace que á pesar de su título de soberano, el primer comandante puede enviarle arrestado si falta á su servicio.

—Entonces, continué, vuestro príncipe es uno de los mas pequeños soberanos de Alemania, puesto que no tiene mas que tres hombres.

—¡Oh, monseñor! respondió el posadero, los hay mucho mas pequeños; los hay que tienen dos hombres, y uno, y medio.

—¿Medio hombre? ¿y cómo se gobiernan?

—¡Y bien! se arreglan con otro que debe hombre y medio. Uno presenta el hombre y el otro le viste.

Quince dias despues encontramos en Baden al príncipe de N.... ¡Esto ya es otra cesa!

Como era segundogénito, no le tocó en herencia mas que una aldea de doce casas.

Habia vendido sucesivamente sus doce casas, y por consecuencia sus súbditos, á escepcion de uno solo á quien habia hecho su ayudante de campo. Mas al llegar á Baden riñó con su ayudante de campo, y este para burlarle, le presentó su dimisión; de modo que aun era príncipe soberano, pero que no tenia súbditos.

El pobre príncipe se arrancaba los cabellos de cólera. Estaba reducido á dar latigazos á su perro.

Espero que el dia menos pensado habrá sacudido tanto al pobre animal, que rabiará y concluirá por morderle.

Por lo demás, se me olvidaba decir que el príncipe de Homburg nos pareció era adorado de sus súbditos. Mas vale ser amado de pocos que detestado de muchos.

La escursión de Homburg nos habia puesto en camino: resolvimos hacer al dia siguiente una correría al Taunus.

El Taunus es una de las cadenas de montañas mas graciosas que he visto. Da á Francfort un horizonte encantador, que cambia de color á todas horas del dia, y que para la tarde sufre todas las variaciones de luz que le envia el sol poniente. En otro tiempo tenia minas de plata que fueron explotadas por los romanos. De trecho en trecho se encuentran en sus flancos anchas aberturas, profundas cavernas, en las que se descubre la señal del azadon legionario; y tambien en distintos sitios se ven restos de calzada, que parecen ca-

minos de gigantes, y que unos atribuyen á Germánico, otros á Adriano y otros á Carlo-Magno.

Partimos una mañana para visitar á Vinter-nöde y su lindo riachuelo, el Nida; Sden con sus catorce manantiales minerales, algunos de los que tienen sabor á tinta; Sellers, cuya agua espumosa, azucarada y ácida, se parece mucho al vino de Champagne, y en fin, Kœnigsfelden ó la Piedra del Rey.

A pesar del orgulloso nombre que llevan, las ruinas de Kœnigsfelden no son objeto de ninguna tradicion de la edad media; todo lo que la historia dice de ellas, es que habiendo muerto el último vástago de sus condes en 1581, aquella fortaleza se convirtió en prision de estado del arzobispo de Maguncia, que encerraba en ella sus prisioneros. En 92 se apoderaron de ella los franceses, y sostuvieron un sitio contra los prusianos, quienes en su ardor por tomarle, batieron en brecha á Kœnigsfelden de día y de noche; pero como por la noche se perdian las balas mal dirigidas, los franceses, para economizarlas la pólvora, encendieron linternas, que ataron á las murallas. Los prusianos se picaron tanto con aquella burla, que levantaron el sitio; de modo que los franceses conservaron á Kœnigsfelden hasta 1796, en cuyo año le volaron.

Preguntaban al duque de Nassau por qué no reparaba, reedificándole, los estragos que los franceses habian causado en Kœnigsfelden.

—No soy tan tonto, respondió, ese castillo está en su camino.

Ya hemos tenido ocasion de hacer notar que el duque de Nassau era un hombre muy sensato.

Nos entró el deseo de almorzar en medio de aquellas ruinas, obra nuestra. Me dirigí al punto á la aldea para proporcionarnos algunas provisiones, pero no era cosa fácil con mi modo de hablar el alemán. Entré por tanto en casa de un barbero, esperando que por sus relaciones con las barbas de los viajeros, habria tenido ocasion de aprender el francés. No quedé desairado mas que á medias; mi barbero me habló latin, verdadero latin. No lo haria como Ciceron, es verdad, pero era mas fuerte que Elvincourt. De modo que sobre poco mas ó menos, encontramos lo que buscábamos.

El barbero no quiso absolutamente recibir nada por el trabajo que le habiamos dado, y me vi obligado para que aceptase algo, á hacerme cortar el pelo.

Desde nuestro comedor, que habiamos establecido sobre la plataforma de Kœnigsfelden, disfrutábamos una vista magnífica. A nuestra izquierda el Alt-Kœnig, la única montaña del Taunus que el buitre de los Alpes juzga digna de su nido; el gran Feldberg, donde una antigua tradicion dice que se retiró la reina Brunchant, y donde aun se enseña hoy su ermita escavada en la roca; en fin, frente á nosotros,

Falkenstein ó la Piedra del Halcon, cuyas ruinas conservan la antigua tradicion del caballero Cuno de Sagen y de Ermangarda.

Eran estos dos bellos jóvenes que se amaban; eran jóvenes, ricos y nobles ambos, y cada uno tenia para dar tanto como recibia. No vieron, pues, á su felicidad otro impedimento que el carácter caprichoso del anciano conde de Falkenstein. En el momento en que el caballero de Sagen hizo su peticion, el padre de Ermangarda estaba sin duda con malas disposiciones de estómago; porque conduciendo al que deseaba ser su yerno á un balcon, desde el cual se dominaba toda la montaña sobre que estaba situado el castillo, llamado la Piedra del Halcon, porque era preciso en cierto modo, las alas de aquel pájaro para subir á él,

—¿Me pedis mi hija? le dijo; ¡y bien! es para vos, pero con una condicion; haced tallar en la montaña un camino por el que se pueda subir á caballo hasta el patio del castillo, porque empiezo á hacerme viejo y me cansa subir á pie.

—La cosa es difícil, dijo Sagen, pero no importa; mis mineros son los mejores de todo el Taunus, y yo le emprenderé. ¿Cuánto tiempo me dais para eso?

—Os doy hasta mañana á las seis de la madrugada.

Sagen creyó haber oido mal.

—¡Hasta mañana por la mañana! replicó.

—Ni una hora mas, ni una menos; venid mañana por la mañana á caballo á pedirme la mano de mi hija, y por un camino por donde yo pueda conducirla á la iglesia, y Ermangarda es vuestra.

—¡Pero eso es imposible! exclamó Sagen.

—Nada es imposible para el amor, replicó el anciano sonriendo. Así, hasta mañana, yerno mio.

Y dió con la puerta en las narices al pobre caballero.

Sagen bajó pensativo el sendero maldito; apenas á pie y con grandes precauciones, no se corria el peligro de desnucarse. Todo lo largo del camino dió con el corte de su espada en la montaña. Era una verdadera maldicion. La montaña se componia de la mas dura roca, del verdadero granito de primera formacion.

Así, aunque no fuese mas que por tranquilizar su conciencia, y para no tener nada que echarse en cara, se dirigió hácia sus minas. Llegado á la abertura, mando llamar al gefe de sus mineros.

—Wigfrid, le dijo, siempre te has vanagloriado de ser el mas hábil de tus camaradas.

—Y me alabo aun de ello, monseñor, respondió Wigfrid.

—¡Y bien! cuánto tiempo necesitarías, reuniendo todos tus obreros, para tallar desde abajo arriba en el Falkenstein, un camino por el que se pueda subir al castillo á caballo?

—¡Oh! dijo el minero, otro cualquiera necesitaría diez y ocho meses, yo haría en menos de un año.

El caballero exhaló un suspiro y no respondió. Despues, haciendo seña al anciano minero de que podía volver á su trabajo, se sentó pensativo á la orilla de la galería.

Y cayó en tan profunda abstraccion, que no se apercibió que habiendo llegado la hora del descanso, todos los obreros habian dejado la mina.

Llegó el crepúsculo, y con él esos momentos en que no es ya de día ni tampoco aun de noche, en que los vapores se elevan de la tierra al cielo en nubes para volver á caer en rocío; pero el caballero no veía mas que una cosa, y era el inaccesible castillo de Falkenstein perdido en la bruma fantástica de las praderas.

De repente oyó que le llamaban por su nombre; se volvió. En lo alto de la escala que conducía desde la galería inferior á la abertura, y en el último peldaño, estaba en pie un viejecillo de un codo de altura escaso, cuyos cabellos y barba habian encanecido por la edad, y cuyos ojos, sin embargo, brillaban como los de un joven.

—¡Caballero de Sagen! repitió otra vez el enano.

—¡Y bien! ¿qué me quieres? preguntó el caballero mirando con asombro aquella aparición.

—Quiero ofrecerte mis servicios; he oído lo que preguntábais al viejo minero.

—¡Y qué!

—He oído tambien lo que te ha respondido.

El caballero exhaló un suspiro.

—Es un buen muchacho que sabe bien su oficio, continuó el enano, pero yo le sé todavía mejor que él.

—¿Y cuánto tiempo necesitarías tú para hacer ese camino?

—¿Entendiéndose con la ayuda de mis compañeros?

—Con la ayuda de tus compañeros.

—Yo necesitaría una hora.

El caballero lanzó un grito de alegría.

—¡Una hora! ¿pues quién eres?

—Soy el jefe de los duendes que habitan en las profundidades de la montaña.

El caballero se santiguó.

—¡Oh! no temas nada, dijo el enano, nosotros no somos ni enemigos de los hombres ni malditos de Dios; nosotros somos los anillos invisibles que unen la tierra al cielo; solo que tan por encima del hombre como el hombre lo está de los animales, tenemos mil medios que son desconocidos de tus semejantes.

—¿Y entre esos medios, tendrás el de hacer el camino en una hora?

—Si, pero ya lo sabes, por nada, nada se hace.

—¿Qué quieres decir? preguntó el caballero con inquietud.

—Pues te hablo el lenguaje de los hombres.

—¡Pues bien! pide lo que quieras, y todo lo que está en poder del hombre, todo lo que no comprometa á la salvacion de mi alma, te lo concederé.

—¡Jaz cesar hoy mismo la mina de Santa Margarita, que está ya tan próxima á mi palacio subterráneo, que oigo desde mi cama los golpes de los martillos de tus obreros. No te pido un gran sacrificio, porque debes notar que el filon se agota y el mineral escasea cada vez mas,

—¿No es mas que eso? preguntó el caballero.

—Nada mas, dijo el enano, y aun te daré una indemnizacion. A la izquierda de la mina, en el sitio donde encuentres la cabeza de un caballo, escava y encontrarás dos flones abundantes bastantes á enriquecer á un rey.

—¡Un millon de gracias! dijo el caballero, desde mañana dormirás tranquilo.

—¿Tu palabra?

—¡A fé de caballero! ¿La tuya?

—¡A fé de duende!

—¿Y qué hay que hacer ahora?

—Nada; ve á acostarte, sueña en tu bella, y mañana á las cinco, monta á caballo; tú encontrarás el camino hecho.

Y dichas estas palabras desapareció el viejecillo como si el peldaño hubiese faltado y hubiera caído en el fondo del pozo.

Volvióse el caballero á su casa, mandó llamar á Wigfrid, le dió orden de cesar desde el dia siguiente la direccion de los trabajos, y despues esperó con impaciencia.

Cuando la noche cerró completamente, se adelantó hácia su balcon que daba al Falkenstein, mas como estaba distante una media legua nada oía, pero veía una multitud de luces que subian y bajaban por los costados de la montaña, tan numerosas que se hubieran creído un enjambre de luciérnagas.

El anciano conde de Falkenstein oyó, por el contrario, un gran ruido y corrió á su balcon, pero nada vió; le parecia que miles de mineros minaban por su base la montaña; oyó resonar el martillo, entrar la piqueta, rodar pedazos de roca, y se dijo:

—Es mi yerno que está en su tarea. Mañana será de dia, y veremos donde está. Y se volvió á acostar muy tranquilo, esperando el dia.

A las seis de la madrugada le despertó el relincho de un caballo, y al mismo tiempo entró su hija en su habitacion sumamente gozosa, exclamando:

—¡Padre mio! el camino está hecho, y aqui teneis al caballero Guno de Sagen que viene á visitaros montado en un magnífico corcel de batalla.

Mas el viejo conde no quiso creer lo que

dijo su hija y se echó á reir encogiéndose de hombros. Sin embargo, habiendo oido por segunda vez los relinchos de un corcel, se levantó y fué al balcon.

El caballero estaba en el patio, caracolando en el mas bonito y fogoso de sus palafrenes. En aquel momento daban las seis en el reloj del castillo.

—Conde, dijo el caballero saludando al anciano señor, espero que seréis vos tan fiel á vuestra promesa como yo he sido exacto á vuestra cita, y que hoy mismo probareis yendo á la iglesia, el camino que he mandado haceros esta noche.

—Un noble no tiene mas que una palabra, y la mia está dada, respondió el anciano conde; si el camino es tal como decís, mi hija es vuestra.

Aquel mismo dia bajó una cabalgata del castillo de Falkenstein, dirigiéndose hácia la iglesia de Kromberg, por el camino tallado en la roca que existe hoy, y que todavía se llama el camino del Diablo.

Despues del almuerzo, trepamos nosotros por el camino del Diablo, hasta lo mas alto de la Piedra del Falcon, desde donde se pueden contar, en un horizonte de ciento cincuenta leguas, hasta setenta ciudades, pueblos ó aldeas. Por lo que hace á las montañas, entre el Alt-König y el Feldberg que se toca con la mano, se ven ademas Iselberg cerca de Gotha, el monte Mercurio junto á Bade, el Donoe en los Vosges, los Siebenbergeberg inmediatos á Bonn, en fin, el Meinner en la Baja Hesse y el Habiehlowald junto al Cassel.

En medio de este panorama se eleva el castillo de Eppstein, cuyatradicion referiria si no hubiese ya referido demasiadas.

Volvimos por Kronniberg, y atravesamos su castañar que data del siglo XII: aun existen algunos de los árboles primitivos, que son los primeros plantados en Europa.

Al volver á entrar en la fonda, encontré la carta del abate Sméets, que como me habia dicho, habia ido á celebrar su jubileo; era demasiado tarde, ó mas bien me sentia demasiado cansado para ir á su casa en la misma noche. Dejé mi visita para el dia siguiente por la mañana.

A la mañana siguiente, me entregaron una carta, era la respuesta del obispo D.... de quien ya he hablado. Cuando iba yo á salir, el abate Sméets entró. Nos abrazamos como antiguos amigos. Sabia ya que no habia yo encontrado al obispo D.... Le enseñé la carta que habia recibido de él, leyó el sobre y reflexionó al parecer un instante.

—¡Y bien! le dije alarmado; acaso el obispo D.... se ha engañado: ¿es que aquel á quien me dirige para que tenga noticias de Sand no puede dármelas?

—Al contrario, me respondió; y mas exactas ciertamente que ningun otro.

—Entonces, ¿en qué pensais?

—Pienso en una historia que voy á referiros.

—¿Una historia que tiene relacion con Sand?

—No; pero una historia que es preciso sepaís.

—¿Tiene, pues, alguna relacion con esa carta, puesto que esta carta es la que os hace pensar en ella?

—Indirectamente, sí.

—Mi querido abate, hablais hoy por la mañana como una esfinge.

—En Heidelberg, tendreis la esplicacion del enigma.

—Entonces, pasemos á la historia.

—Héla aqui:

—La noche de la coronacion de Luis de Baviera, hubo en el ayuntamiento un magnifico baile de máscaras, al que asistió la emperatriz.

Estaba en aquel baile de máscaras un caballero completamente vestido de negro, y que llevaba el rostro cubierto con una mascarilla negra.

Invitó á la emperatriz á bailar: la emperatriz aceptó, y cuando bailaba con ella, otro enmascarado se inclinó al oido del emperador, y le preguntó si sabia con quién bailaba la emperatriz.

—No, respondió el emperador. Sin duda con algun principe soberano.

—Menos que eso, dijo el máscara.

—¿Con algun señor, algun conde ó algun baron?

—Baja.

—¿Será con un simple caballero?

—Baja mas.

—¿Con un escudero?

—Continúa bajando.

—¿Con un page?

—Todavía no has dado en ello Augusto.

—¿Un lacayo?

—Mas bajo.

El rubor salió al rostro del emperador.

—¿Un palafrenero?

—Mas bajo aun.

—¿Un villano?

—¡Si no fuese mas que eso! dijo el desconocido prorumpiendo en una carcajada.

—Pero, ¿quién es? exclamó el emperador con voz ahogada.

—Arráncale su careta, y le verás.

El emperador se aproximó al caballero negro, le arrancó su antifaz, y reconoció en él al verdugo.

El emperador desenvainó su espada.

—¡Miserable! le dijo; encomienda tu alma á Dios. Vas á morir.

—Señor, respondió el verdugo arrodillándose; aun cuando me matáseis, no por eso habria dejado de bailar la emperatriz conmigo, y si en ello hay deshonor, no por eso quedaria menos deshonrada. Haced otra cosa mejor: armadme caballero, y si alguno ataca á su gloria, con la

misma espada con que hago justicia, haré razón.

El emperador permaneció un momento pensativo.

Después levantando la cabeza:

—El consejo es bueno, le dijo. En adelante no te llamarás el verdugo, sino el juez.

Después habiéndole dado tres golpes de plano con su espada en el hombro:

—Levántate, añadió. Desde este momento, eres el último de los nobles y el primero de los ciudadanos.

—Y en efecto, continuó el abate Sméets; desde aquel momento, en todas las ceremonias públicas, sean civiles ó religiosas, el verdugo va solo detrás de los nobles y delante de los ciudadanos.

—Os agradezco vuestra historia, le dije; es muy curiosa. ¿Pero puedo saber por qué me la habeis referido?

—Porque podría muy bien suceder que un día ú otro, me respondió, os encontráseis en presencia de los descendientes del Caballero Negro, y en este caso, creo sabrías muy bien los miramientos á que tiene derecho, como el último de los nobles, y el primero de los ciudadanos.

—Os doy gracias por la prevision, mi querido abate, pero espero que será inútil.

—¿Quién sabe? respondió el abate.

Y salimos juntos para ir á dar una vuelta por la feria, él sonriendo con aire malicioso, y yo buscando en mi imaginacion cuál podría ser el objeto del apólogo que acababa de referirme.

Cuatro ó cinco dias después, dejé á Francfort sin haber podido obtener del abate Sméets ninguna otra esplicacion.

## MANHEIM.

Estaba decidido que yo no viese en Maguncia mas que su estatua de Guttemberg; llegué allí á las dos de la noche en la diligencia, y volví á partir á las seis en el buque de vapor.

Desde Maguncia hasta Strasburgo, las orillas del Rhin cesan completamente de ser pintorescas, y no tienen ya otros atractivos que los recuerdos históricos de los romanos y de los tiempos de Julio César y Carlo-Magno. Los antiguos castillos han desaparecido, pero quedaban aun las antiguas catedrales, y lo menos que puede hacerse por Worms y por Spira, es efectivamente nombrarles al pasar por delante de ellas.

Manheim, á donde íbamos, está situado á mitad del camino, entre esas dos ciudades, á

un cuarto de legua del Rhin. El buque de vapor nos dejó, á las siete de la tarde próximamente, en las orillas, donde encontramos omnibus y berlinas en abundancia. A los cinco minutos, nos apeamos en la plaza mayor.

Manheim es la ciudad de las novelas de Augusto Lafontaine, impregnadas en una tranquilidad y una tristeza que no carece de encanto. Al dia siguiente del en que nosotros llegamos era dia de fiesta, lo cual contribuía animándole un poco, á caracterizarle mas aun. Por lo demas jamás ví mas bella poblacion. En una media hora que estuvimos á la puerta de la iglesia de los Jesuitas, vimos salir de ella mas de cincuenta mugeres bonitas. Los jóvenes en nada las ceden, á pesar de su traje azul y blanco y el fantástico gorro, que los hace asemejarse con los soldados de la ópera cómica.

Manheim es una gran ciudad, que tiene el carácter del gran sistema mitológico que siguió entre nosotros el reinado de Luis XIV. La iglesia de los Jesuitas, no se por qué, posee en su fachada dos nichos, y en ellos una Minerva y una Hebe, que admirados de encontrarse allí, hacen una estraña figura.

Frente está el teatro, que creo es de la misma época, edificado por el mismo arquitecto y del mismo gusto. En la parte superior de las puertas hay esfinges que representan la comedia y la tragedia, y que tienen bajo su pata la una una careta y la otra un puñal. Cíñen su cabeza raices rectas, con trenzas de pelo empolvado, y que sienta de un modo maravilloso á su carácter egipcio.

El castillo, residencia habitual de la gran duquesa Estefanía, es de una época anterior, y por consecuencia de un carácter mas grandioso. Su encantador parque inglés constituye el jardín, y como es público tuvimos la ventaja de pasar revista, de dos á cuatro de la tarde, á toda la sociedad de tono de la ciudad. Este segundo exámen confirmó mi primer juicio. Manheim, proporcionalmente, es seguramente con Arlés, la ciudad de Europa donde hay mas mugeres hermosas.

No habia yo olvidado en tanto que Manheim habia sido teatro del asesinato de Kotzebüe y de la ejecucion de Sand. El amo de la fonda me dió uno de los mozos para que me enseñara la casa de Kotzebüe. Es la casa que hace esquina á la calle A 2, frente á la iglesia de los Jesuitas. Por indiscreto que fuese el paso, llamé á la puerta, é hice al mozo de la posada pidiese permiso para ver la habitacion donde fué asesinado el consejero áulico. Esperaba que el amo de la casa bajaría para hacerme los honores de ella; pero sea que me tomó por un estudiante y que temiese por sí la misma suerte de su predecesor, sea que tuviese cosa mas urgente que hacer, me concedió mi demanda, haciéndome sus cumplidos, pero permaneció invisible.

Subí unos veinte escalones, entré en una

antecámara, y de la antecámara pasé á un gabinete que servía de biblioteca: aquí era donde se había perpetrado el crimen. Quise preguntar á la criada, pero la pobre Maritorres era estúpida. No pude sacar de ella otra cosa que:

—El señor Sand no le conozco. No viene á casa del amo.

Volví á la fonda, á donde había ido el cochero á preguntarme á qué hora quería el carruaje al día siguiente. Le dije que le quería inmediatamente, puesto que iba á dormir aquella misma noche en Heidelberg.

Diez minutos después, estaba el carruaje á la puerta. Supliqué á mi huésped me indicase al menos el sitio donde había sido ejecutado Sand. Dijo algunas palabras en alemán á su cochero, el cual penetró dentro del sitio indicado. En efecto, saliendo de la ciudad, á la izquierda del camino de Heidelberg abrió la portezuela, y enseñándome una pradera cortada por un arroyuelo, y que extendía á un cuarto de legua próximamente su verde tapiz.

—He aquí, me dijo, el Sand Himmelfarts-wiese.

La palabra era demasiado larga y muy difícil de pronunciar para que yo pidiese su explicación; me contenté con bajarme y dirigir una mirada á la pradera, pero sin saber aun donde detener mis ojos.

En aquel momento pasaba por fortuna uno que se paseaba; se detuvo á pocos pasos mirando hacia el mismo sitio que yo. Era un hombre de unos cincuenta años, cuyo rostro lleno, y de una bondadosa calma, prevenía singularmente á su favor. Me atreví á dirigirme á él.

—Caballero, le dije, ¿podéis indicarme con precisión el sitio en que fué ejecutado Sand?

—Con mucho gusto, caballero, me respondió.

Y bajando del camino á la pradera, echó á andar delante de mí invitándome á que le siguiera. A los ciento cincuenta pasos próximamente, se detuvo en una eminencia que dominaba el arroyuelo, y tocando en el suelo con su bastón

—Aquí es, me dijo.

—¿Aquí, precisamente en este sitio? ¿Estáis seguro de ello?

—Muy seguro, caballero, yo estaba aquí.

—¿Cómo! ¿vos estábais aquí? ¿vos habeis visto morir á Sand?

—Le he visto morir.

—¿Estábais entre la multitud?

—No, caballero, estaba en el patíbulo.

Yo le miré con admiración.

—Pero en el patíbulo, le dije, no están ordinariamente mas que el sacerdote, el paciente... y el verdugo.

—Aquel día, caballero, había una cuarta persona, porque yo no soy ninguna de esas tres que acabais de nombrar.

—Pues entonces, y dispensadme una pregunta tan directa: ¿quién sois?

—Yo soy el director de la casa de la Fuerza donde Sand estuvo preso por espacio de tres meses.

—En ese caso, debéis tener detalles preciosos acerca de ese jóven.

—Tengo sus albums, su correspondencia, sus recerchos, y acaso el único retrato que de él existe.

—¡Dios mio, caballero! le respondí sumamente gozoso de haber encontrado de un modo tan inopinado lo que buscaba, pero temiendo que la ocasion se me escapase; soy extranjero, francés, como lo podeis ver; viajo por vuestra poética Alemania, para recoger en ella todas las tradiciones antiguas y modernas que pueda hallar. ¿Sereis bastante complaciente para comunicarme algunas de las noticias que poseeis?

—¿Y con qué objeto, caballero, deseais recoger estas noticias?

—Con un objeto sumamente nacional para nuestros dos países; he oido hablar de Sand, no como de un asesino ordinario, sino como de un hombre que creía, con una gran abnegación personal, salvar á su patria. En Francia, hasta hoy no se conoce á Sand mas que de nombre, y se podría confundirle con un Memsier ó un Fieschi.—A cada uno el lugar que le es debido; aun á los muertos.—Yo quisiera, pues, á los ojos de mis compatriotas, dar á Sand lo que merece.

—¿Y cómo habiendo venido con esa intención no os habeis proporcionado algunas cartas de recomendación para Mannheim.

—Tenia una para el señor párroco D.... de Francfort; él me ha enviado esta carta para un cirujano de Heidelberg, el doctor Widemann.

—¡Ah! si, dijo, es un hombre que puede daros excelentes noticias, pero solo acerca de los últimos momentos de Sand; todavía era él muy jóven. Fué con su padre con quien Sand tuvo que ver, y no con él.

—Pues entonces, ¿quién es ese señor Widemann? pregunté.

—¿No lo sabeis?

—No.

—Es el verdugo. Un hombre excelente, que es verdugo porque su padre lo ha sido.

—¿Cómo! vos os equivocais, dice el sobre: doctor en cirugía.

—Es costumbre en Alemania que los verdugos sean cirujanos; por otra parte, ya lo sabeis, nosotros no unimos á este último juez, ó á este juez cortante, como nosotros le llamamos, la idea de reprobación que vosotros unis á él en Francia. Aquí el verdugo frecuenta los cafés y los casinos, y si no es buscado, al menos es perfectamente recibido.

—Entonces ya no me admira que el buen abate Sméets me haya referido la tradición del Caballero Negro.

—¿Conoceis al abate Sméets?

—El es quien me habia dado una carta para el doctor D.....

—¡Oh! le perdono haberme olvidado; mas permitid, caballero, que repare su olvido; todas las noticias que poseo acerca del pobre Karl están á vuestra disposicion.

—¡Ah caballero, mil gracias!

—Pero, me dijo mi interlocutor, para tomar todas esas noticias necesitareis un dia.

—Un dia, dos, ocho, si es preciso.

—Pero vais á marchar á Heidelberg.

—No parto.

—¿Y vuestro carruage?

—Va á volverse á la fonda.

—¡Y bien! caballero, enviadle. Sin duda tenéis algunas órdenes que dar; os espero en mi casa.

—Dentro de una media hora soy con vos.

—Sereis bien recibido, caballero.

Y nos separamos, yo para volver á tomar mi habitacion en la fonda, y el Sr. G..... para ir á poner en órden los papeles que descaba comunicarme.

Como media hora despues estaba en su casa.

Es importante, para que nuestros lectores se formen una idea de las obras y de las cosas, que les digamos algunas palabras del estado en que se encontraba la Alemania, en la época en que se verificó en Manheim el gran drama que voy á referir.

Ya hemos dicho en nuestro artículo sobre la ciudad de Bonn, los progresos de las asociaciones secretas entre los escritores alemanes. Las asociaciones estimuladas por los mismos soberanos mientras pudieron serles útiles, produjeron los alistamientos voluntarios que condujeron á Leipsick y Warteloo casi todos los jóvenes de las universidades que pasaban de diez y seis años. Estos jóvenes hicieron las dos campañas de 1814 y 1815, y despues se retiraron á Gottingue, Heidelberg, y Jena, para volver á continuar sus estudios. Mas como se comprende, era muy difícil disciplinarlos despues de haber pasado dos ó tres años en los campamentos; era ridiculo tratar como á niños á soldados acuchillados, no por los espadones y los schleges, sino por los sables franceses.

Resultó que en la especie de lucha interior y misteriosa que siguió á las dos últimas campañas, los mismos profesores se dividieron en dos campos: los unos tomaron partido por la autoridad, los otros por los jóvenes patriotas tan cruelmente defraudados en sus esperanzas. En el número de los profesores que se habian constituido los defensores de sus discípulos, estaban los doctores Oken y Luden; el primero, profesor de ciencias naturales, y el segundo profesor de historia.

Hacia tres años, publicaba el doctor Oken, bajo el título de *El Iris*, un periódico exclusivamente consagrado hasta allí á las ciencias naturales; pero viéndose atacado el señor Oken, así como sus discípulos, en sus mas queridas

creencias y en su culto religioso, comprendió la importancia del arma que tenia entre las manos, y que de inofensiva que habia sido hasta entonces podia hacerse terrible, por la popularidad de que gozaba entre sus numerosos suscritores. En fin poniéndolo por obra quiso hacer el ensayo, y de repente aparecieron en *El Iris* algunos artículos políticos de una oposicion acre, con gran aplauso de sus lectores y grandísimo asombro de la autoridad. Sin embargo, el gran duque de Weimar, príncipe escelente, enemigo de las medidas violentas, prohibió que se ensañasen contra el señor Oken: mas habiendo sucedido nuevos artículos á los primeros, la Rusia, la Prusia y el Austria reclamaron á una voz la destitucion del director de *El Iris*. El gran duque de Weimar, despues de vivas instancias cerca de las tres potencias, obtuvo por fin una modificacion favorable en aquella reclamacion, que podia equivaler á una órden. que el señor Oken optaria entre la cátedra y su periódico.

Presentaron este ultimatum al señor Oken, quien respondió que no conocia ley que declarase incompatibles las dos funciones, y que hasta que aquella ley apareciese, conservaria su cátedra y su periódico. En consecuencia de esta respuesta, en el mes de junio de 1819, fué destituido sin proceso ni sentencia, y la comision permanente de la Cámara legislativa del duque de Weimar, no solo dejó ejecutar este golpe de Estado, sino que aprobó su ilegalidad.

Los discípulos del señor Oken protestaron contra su destitucion, ofreciéndole una copa de oro en la que estaba grabada esta máxima filosófica.

«¡Te han presentado agenjos: bebe vino!»

El señor Oken continuó con la direccion de *El Iris*, que siguió obteniendo tanto mas éxito cuanto que su director era el mártir de las ideas liberales, que en aquella época eran las de toda la juventud alemana.

El señor Luden, por su parte, habia creado desde 1814 otro periódico, *El Némesis*. Este diario, como su título indica, tenia por objeto atizar el odio contra los franceses, y en ese sentido habia sido aceptado, y aun protegido por la Santa Alianza, pero cuando llegó la paz, y con ella las decepciones germánicas, el periodista volvió su pluma contra los que acababan de faltar así á la palabra sagrada que habian empeñado á la faz del mundo. Mas como el señor Luden, de un carácter mas frio y mas contenido que su colega el señor Oken, habia dirigido sus ataques con una gran moderacion y maravillosa prudencia; como sus artículos, en los que era imposible denunciar una sola personalidad, no encerraban mas que discusiones históricas acerca de hechos irrecusables, *El Némesis* no dió motivo á ninguna persecucion, y sus enemigos se vieron obligados á buscar una ocasion favorable para herirle. Esta ocasion se la proporcionó un altercado que se suscitó entre Kotzebúe y el señor Luden.

Un artículo de *El Némesis*, redactado por el mismo señor Luden, acerca de la administración civil de Rusia y su política exterior; observaciones que acaso por estar redactadas con la conveniencia acostumbrada en el escritor hábil, eran mas peligrosas para aquel gobierno tenebroso. Cayó este artículo en manos de Kotzebüe. Todo el mundo sabe las estrañas funciones que desempeñaba en Alemania por cuenta de Alejandro, y cómo en aquella época el consejero áulico de su magestad autocrática estaba en guerra abierta con las universidades. Aprovechó la ocasion de una segunda relacion que hacia al emperador Alejandro acerca del estado de la literatura germánica, para darle cuenta del artículo del señor Luden, haciendo resaltar los pasages que podian herirle, y suprimiendo todos los que podian servirle de correctivo, acompañando el todo de notas las mas injuriosas sobre el doble carácter público y privado del autor.

La relacion estaba escrita en francés.

Desgraciadamente para Kotzebüe, su original cubierto de tachones necesitaba una copia: dió su relacion á ponerla en limpio á un especie de escribiente público, que se la llevó á su casa, el cual, poco familiarizado con el idioma francés y temiendo cometer faltas, consultó acerca de ciertas palabras y ciertas frases que no conocia, al doctor L.... Uno de esos pasages era precisamente dirigido contra el señor Luden. La diatriba picó la curiosidad del doctor L., quien, habiendo sabido que el manuscrito original era de Kotzebüe, fingió tener á su vez dificultad, y suplicó al copiante le dejase el manuscrito por algunas horas. El copiante, que estaba muy obligado al señor L... no se atrevió á negarse á una comunicacion, cuya importancia, por otra parte, probablemente no comprendió. El señor L... poseedor momentáneamente del despacho, sacó al momento una copia que envió á Luden. Este, habiendo extractado los trozos mas notables, y acompañándolos á su vez de comentarios acerca de Kotzebüe, los envió á la redaccion de *El Némesis* para que se insertáran en el número inmediato. Kotzebüe se ignora cómo supo la infidelidad del copiante, y los resultados que aquella infidelidad iba á tener. Corrió al punto á casa del conde de Lesdigny, ministro de Negocios extranjeros, y le refirió el hecho. El conde Lesdigny, previendo que aquella publicacion no haria sino enconar aun mas los ánimos, dió orden al dueño de la imprenta de que suspendiesen la composicion del número; pero la orden llegó demasiado tarde: la tirada se habia comenzado, y como no habia orden oficial que se opusiese á la publicacion, el dueño de la imprenta se apresuró á remitir á Jena los números ya tirados; lo que quedaba de la impresion fué recogido y archivado; pero ya circulaban entre los estudiantes doscientos ó trescientos números. Entonces Oken reprodujo el artículo recogido en *El Iris*, que á su vez fué

recogido; mas el perseguido artículo reapareció al punto en el periódico redactado por Useland, hijo. Este periódico fué á su vez recogido y condenado: pero él habia conseguido el objeto: el artículo habia circulado por toda Alemania, y Kotzebüe estaba denunciado públicamente como un espía.

Kotzebüe, furioso, publicó un folleto contra el gobierno del gran duque, contra las universidades, y contra los profesores, á quienes trataba de jacobinos; era un verdadero llamamiento al gobierno despótico, era el toque de alarma contra las ideas liberales.

Habia por aquel momento en Jena un joven de unos veinte y dos años, que vivia solitario y entregado á la meditacion entre sus camaradas. Casi niño, habia hecho como voluntario la campaña que terminó en Waterloo; despues, como sus camaradas, volvió á la universidad para terminar en ella sus estudios. Era uno de aquellos á quienes las decepciones politicas habian vuelto de carácter sombrío. Todos los dias escribia en su album, no solo las ideas que se le ocurrian en las veinte y cuatro horas, sino tambien lo bueno y lo malo que habia hecho. El 24 de noviembre de 1817, el folleto de Kotzebüe cayó en sus manos, y el 24 de noviembre por la noche escribia en su album:

«Hoy, despues de haber trabajado con mucho cuidado y asiduidad, he salido á las cuatro de la tarde con E... Al atravesar la plaza del Mercado hemos oido leer el nuevo y envenenado insulto de Kotzebüe. ¿Qué ira anima, pues, á ese hombre contra los Burcheux y contra todo lo que toca á la Alemania?»

Era esta la primera vez que en ese album, reflejo inocente hasta entonces de sus placeres y disgustos de joven, estaba escrito el nombre de Kotzebüe; pero en lo sucesivo mas de una alusion oculta y mas de un ataque directo debian seguir á esta primera insercion. En efecto, el 31 de diciembre del mismo año, escribia en el mismo album, en ese estilo místico que le era propio:

«¡Oh Señor misericordioso! este año le comencé con la oracion, pero en estos últimos tiempos me he distraído y estoy mal dispuesto. Cuando miro atrás, encuentro, ¡ay! que no me he hecho mejor; pero he entrado mas hondamente en la vida, y presentándose la ocasion, me siento al presente con fuerza para obrar. Es que tú has estado conmigo siempre, Señor, aun cuando yo no estaba contigo.»

Al día siguiente, que era el 4.º de enero de 1818, el joven comenzó otro album, y en la página blanca unida á la encuadernacion, escribió, siempre con el mismo estilo:

«Señor, déjame afirmarme en la idea que he concebido de la libertad de la humanidad por el santo sacrificio de tu Hijo; haz que yo

sea un Cristo para la Alemania. y que segun y por Jesus, sea yo fuerte y sufrido en el dolor.»

Pasados cuatro meses escribió:

5 de mayo.

«Señor, ¿por qué, pues, esta angustiosa melancolía se ha apoderado de mí? pero domina una voluntad firme y constante, y la idea de la patria da á los mas tristes y débiles, alegría y valor. Cuando medito, me admiro siempre de que no se encuentre entre nosotros uno bastante animoso para hundir un puñal en la garganta de Kotzebüe ó de cualquier otro traidor.»

El 18 de mayo continúa:

«Un hombre no es nada en comparacion de un pueblo; es una unidad comparada á millones, es un minuto comparado á un siglo. El hombre á quien nada precede y á quien nadie sigue, nace, vive y muere en un espacio mas ó menos largo, pero que relativamente á la eternidad, equivale apenas á la duracion de un relámpago; un pueblo, por el contrario, es inmortal.»

En fin, el 31 de diciembre del año 1818, aferrado á su sangrienta resolucion, escribió:

«He tomado el último dia de este año de 1818 una disposicion seria y solemne, y he decidido que el dia de Navidad que acaba de pasar, será la última Navidad que yo celebre.... Si debe resultar algo de nuestros esfuerzos, si la causa de la humanidad debe sobreponerse en nuestra patria, si en esta época sin fé pueden renacer y hacerse lugar algunos sentimientos religiosos, será á condicion de que caiga el miserable, el traidor, el seductor de la juventud, el infame Kotzebüe. Mientras no haya yo ejecutado la obra que he resuelto, ya no disfrutaré reposo alguno. Señor, á tí que sabes he consagrado mi vida á esta accion grande, hoy que se ha fijado en mi imaginacion, no tengo mas que pedirte que la verdadera firmeza y el valor del alma.»

El jóven fanático que hacia de este modo á Dios, no solo el cómplice, sino aun el instigador de un asesinato, era Karl Ludwig Sand.

Habia nacido el 3 de octubre de 1795, en Vonsiedel, y sus padres eran Godofredo Cristóbal Sand, primer presidente y consejero de policia del rey de Prusia, y Dorothea Juana Wilhelmina Schapf, su muger; tenia por consecuencia veintidos años escasos.

El haberse librado como por milagro de muchos peligros durante su juventud, habia hecho decir á algunos que estaba predestinado.

Predestinacion fatal que le vamos á ver llevar á cabo.

## KARL LUDWIG SAND.

En efecto, á partir desde el momento á que hemos llegado, Sand no hizo mas que afirmarse en la culpable resolucion que habia tomado. Sus estudios cambiaron de objeto. Todos los dias asistia á las lecciones de anatomía, siguiendo con una singular atencion las esplicaciones del operador; haciéndose esplicar en sus menores detalles las funciones del corazon, y reconociendo como lo hace un general con el punto que quiere atacar, el sitio que este órgano ocupa en el pecho.

Muchos meses se pasaron en este horrible estudio, sin que sus mejores amigos sospecharan el objeto. Á su melancolía y tristeza habian sucedido por el contrario una tranquilidad y bondad estremadas. Unicamente algunas veces se entregaba á acciones inexplicables, y que hacian creer estaba atacado de locura. Hé aqui una de las que difundidas por la universidad escitaron la hilaridad de sus camaradas.

Un dia Sand, oyendo subir la escalera á un amigo suyo, cogió un cuchillo de papel y permaneciò arrimado á una mesa; y en el momento en que el amigo abria la puerta, se lanzó sobre él y le dió con la punta del cuchillo en el rostro. El amigo, ignorando si aquella era una amenaza ficticia ó real, intentó parar el golpe con las dos manos. En el mismo instante, Sand le hirió en el pecho; despues, con la mayor tranquilidad:

—Yes, le dijo, cuando se quiere matar á un hombre, he ahí cómo se hace: se amenaza al rostro, él hace como tú has hecho; se lleva á él las manos, y entonces se le hunde el cuchillo en el corazon.

Tres meses despues estaba explicado el enigma con una palabra sangrienta!—Kotzebüe.

Á fines de febrero, anunció Sand, que para un corto viage de familia, iba á dejar la universidad. En fin, el 7 de marzo invitó á todos sus amigos á pasar la noche con él, y les anunció su partida para el 9. Le propusieron todos acompañarle dos ó tres leguas, pero Sand, temiendo que aquella demostracion, por inocente que fuese, les comprometiese mas tarde, no admitió, y se despidió de ellos aquella misma noche.

Habiendo quedado solo Sand, escribió á su familia esta estraña carta:

A TODOS LOS MIOS:

«Almas leales y eternamente queridas.

«¿Por qué aumentar aun vuestro dolor? me pregunté. Y vacilaba en escribiros. Pero la religion del corazon hubiese sido sorda con mi silencio. Sal, pues, de mi pecho lleno de an-

gustias! ¡Adelante, cruel y prolongado tormento de una última conversacion, pero lo único que queda sin embargo, cuando es necesario dulcificar la pena de la partida!

«Esta carta, ¡oh madre mia! ¡oh padre mio! ¡oh hermano mio! ¡oh hermanas mias! os lleve el último adios de vuestro hijo y de vuestro hermano.

«La mayor desgracia de la vida para todo corazon generoso, es ver la causa de Dios detenida en su desarrollo por culpa nuestra... y la mas deshonrosa infamia seria sufrir que las bellas adquisiciones obtenidas valientemente por miles de hombres, y por las que millares de hombres se han sacrificado con júbilo, no sea mas que un sueño pasajero, sin resultados reales y positivos. La resurreccion de nuestra vida alemana se comenzó con los últimos veinte años, y especialmente en el santo año de 1813, con un valor inspirado por Dios. Mas he aquí que la casa paterna se estremece desde la cúpula hasta su base. ¡Adelante! levantémosla otra vez nueva y hermosa, y tal como debe ser el verdadero templo del verdadero Dios.

«Son en número muy pequeño los que intentan oponerse como un dique al torrente del progreso de la alta humanidad, en el pueblo alemán. ¿Por qué han de doblegarse grandes masas al yugo de una perversa minoría? ¿Por qué, apenas curada, volver á caer en una enfermedad peor que de la que salimos?

«Muchos de esos, sobornan, y estos son los mas infames, y juegan con nosotros al juego de la corrupcion; entre ellos, Kotzebúe es el mas diestro y el peor de todos, verdadera máquina de palabras de donde sale todo discurso detestable y todo pernicioso consejo.... Su voz es hábil para separar toda animadversion y toda amargura de las mas injustas medidas; tal como conviene á los reyes para adornarnos en el antiguo abandonado sueño, que es la muerte de los pueblos. Todos los dias hace traicion á su patria, sin que á pesar de su traicion deje de ser un idolo para la mitad de Alemania, que deslumbrada por él, acepta sin resistencia el veneno que destila en sus folletos periódicos, protegido y envuelto como está bajo el manto seductor de una gran reputacion de poeta. Escitados por él los príncipes de Alemania que han olvidado sus promesas, no dejaron consolidar nada libre ni bueno, ó si algo que se le parecía se verificó á su pesar, se ligaron con los franceses á fin de destruirlos. Para que la historia de nuestra edad no esté cubierta de una eterna ignorancia, es preciso que él caiga.

«Siempre lo he dicho, si queremos hallar un grande y supremo remedio al estado de abatimiento en que nos encontramos, es preciso que ninguno tema el combate ni el dolor; y la verdadera libertad del pueblo alemán no se consolidará hasta que el bravo ciudadano se arriesgue por si mismo al juego á que ha puesto; y cuando todo hijo de la patria preparado á la

lucha por la justicia desprecie los bienes de este mundo, para no desear sino los bienes celestiales que están bajo la salvaguardia de la muerte.

«¿Quién pues herirá á ese miserable asalariado, á ese traidor cruel?

«Hace largo tiempo espero en el temor, en la oracion y las lágrimas, yo que no he nacido para el asesinato, á que otro se me adelante, lo haga por mí, y me deje en fin, continuar mi camino por el sendero suave y tranquilo que me he elegido, ¡Y bien! á pesar de mis oraciones y lágrimas, el que debe herir no se presenta; en efecto, todos como yo, tienen el derecho de contar con otro, y pensando todos así, cada hora de retraso empeora nuestra situacion, porque de una hora á otra—¡y qué vergüenza tan honda no seria para nosotros!—Kotzebúe impune puede dejar la Alemania é ir á devorar en Rusia su tesoro, á cuyo precio ha perdido su honor; ¿quién podrá garantírnos de esa vergüenza, si todos, si yo mismo no me siento con fuerza para salvar á mi querida patria, constituyéndome en el elegido de la justicia de Dios?

«¡Así, pues, adelante!.... Yo soy quien se lanzará valerosamente sobre él (no os asustéis) sobre él, sobre ese seductor inmundo; yo soy quien matará al traidor, á fin de que estinguéndose su corruptora voz, cese de alejarnos de las enseñanzas de la historia y del espíritu de Dios. Un deber irresistible y solemne me impulsa á esta accion, desde que he reconocido á qué altos destinos puede llegar en este siglo el pueblo alemán; y desde que conozco al cobarde é hipócrita, el único que le impide llegar á él, ese deseo ha llegado á ser para mí, como para todo alemán que quiere el bien público, una severa y rigurosa necesidad. ¡Pueda yo, con esta venganza popular, indicar á todas las conciencias rectas y leales donde existe el verdadero peligro, y salvar del grande y próximo peligro que las amenaza á nuestras asociaciones despreciadas y calumniadas! ¡Pueda yo en fin difundir el terror sobre los picaros y los traidores, y el valor y la fé sobre los buenos! los discursos y los escritos, á nada conducen; solo las acciones pueden.

«Yo obraré pues, y aunque impulsado violentamente contra mis dorados sueños del porvenir, no por eso tengo menos confianza en Dios; y aun espero gozar de una celeste alegría, despues que, como los hebreos buscando la Tierra prometida, vea trazado ante mí, en la oscuridad, el camino á cuyo extremo habré pagado mi deuda á la patria.

«Así pues, adios, corazones fieles. Ciertamente es dura esta pronta separacion; ciertamente, vuestras esperanzas como mis deseos se han engañado. Sin duda os direis: sin embargo, gracias á nuestros sacrificios, habia aprendido á conocer la vida, y á gustar de los goces de la tierra, y parecia amar profundamente el pais natal y el humilde estado á que era llamado. Ay! si, eso es cierto. Con vuestra proteccion,

y gracias á vuestros innumerables sacrificios, el pais natal y la vida me habian llegado á ser muy queridos; si, gracias á vosotros he penetrado en el Eden de la ciencia, y he vivido con la vida libre del pensamiento; gracias á vosotros, he mirado en la historia, y me he reconcentrado despues en mi conciencia para agarrarme á los sólidos pilares de la fé en el Eterno.

«Si, yo debía atravesar dulcemente esta vida, como un predicador del Evangelio; si, yo debía, en mi fidelidad á mi estado, precaverme contra las tormentas de la existencia. ¿Pero bastaría esto para despreciar el peligro que amenaza á la Alemania?»

«¿Y vosotros mismos en vuestro amor infinito, no debéis por el contrario, impulsarme á arriesgar mi vida por el bien de todos?»

«Que yo desconozca vuestro amor, ó vuestro amor sea para mí una consideracion ligera, no lo creais. ¿Qué pues me impulsaría á la muerte, si no fuera mi adhesion á vosotros y á la Alemania, y la necesidad de probar esa adhesion á mi familia y á mi pais?»

«Madre mia, tú dirás: ¡porqué he criado á un hijo á quien yo amaba y que me amaba, para el que he empleado mil cuidados y he pasado mil penas, el cual, con mis oraciones y mi ejemplo fué impresionable al bien, y del que debía, despues de mi larga y fatigosa carrera, recibir cuidados semejantes á los que le he prodigado!... ¿por qué me abandona ahora?»

«O mi buena y tierna madre, si, acaso vos direis eso; ¿pero la madre de otro, no podría decir lo mismo? ¡y reduciré todo á palabras, cuando hay necesidad de obrar para el pais! ¿Y si nadie quisiese obrar, qué sería de esta madre de todos que se llama Alemania?»

«Pero no, esas quejas están lejos de ti, noble muger, y si en esta hora, no se presentase nadie á defender la causa de la Alemania, tú misma me impulsarias. Tengo delante de mí dos hermanos y dos hermanas, todos nobles y leales; ellos os quedarán, madre mia, y ademas, tendrán tambien por hijos á todos los hijos de Alemania que aman su patria.

«Todo hombre tiene un destino que debe cumplir; el mio está consagrado á la accion que voy á emprender. Aun cuando yo viviera aun cincuenta años, no podría vivir mas feliz que lo he sido en estos últimos tiempos.

«¡Adios, madre mia! Os recomiendo á la proteccion de Dios; concédaos él esa alegría que los infortunios no pueden turbar, conducid al punto á vuestros pequeños hijos, de los que tanto hubiese deseado ser su tierno amigo, á la cima de nuestras bellas montañas; que allí, sobre aquel altar elevado por el Señor mismo en medio de la Alemania, le consagren y juren tomar la espada luego que tuvieran fuerzas para sostenerla, y no dejarte hasta que todos nuestros hermanos estén reunidos por la libertad, cuando todos los alemanes, teniendo una constitucion liberal, sean grandes ante el Señor,

poderosos contra sus vecinos, y unidos entre sí.

«Que mi patria levante siempre sus miradas, dichosas, hácia ti, Padre Todopoderoso; caiga siempre tu bendicion abundantemente sobre sus mieses próximas á ser segadas, y sobre sus ejércitos dispuestos á combatir, y que reconocida á los dones de que la has colmado, sea siempre el pueblo alemán entre todos los pueblos el primero á levantarse para sostener la causa de la humanidad, que es tu imagen en la tierra.

«Vuestro eternamente adicto hijo, hermano y amigo.

«KARL LUDWIG SAND.

«Jena, 8 de marzo de 1819.»

Sand escribió esta estraña carta en dos veces, mitad en la noche del 7 al 8, y mitad en la noche del 8 al 9. Cuando la terminó, escribió en el sobre: *A mis mas queridos y mis mas intimos*, la colocó en el sitio mas á la vista del escritorio, se acostó, y se durmió como de costumbre. Al amanecer, habiendo tenido cuidado de coger la llave de la habitacion, se puso en camino, despues de haber reservado el recibo del alquiler de ella, por un semestre, pagando adelantados los dos primeros meses. Pasó por Erfurt y Henach. El 29 á las nueve de la mañana llegó á la cima de una pequeña colina, desde donde descubrió á Francfort. Aqui se detuvo un momento, como dijo despues él mismo, para buscar con los ojos el sitio donde sería su sepulcro.

Luego que llegó á Manheim, fué á alojarse Sand al Weinberg. Como de costumbre, le presentaron el registro, y se inscribió en él bajo el nombre de Enrique; despues se informó de la casa de Kotzebüe, y como le dijese que estaba situada frente á la iglesia de los Jesuitas, preguntó la letra y el número de la casa, á fin de no equivocarse.

Serian las diez y media cuando Sand llamaba á la puerta del consejero áulico. Kotzebüe habia ido al jardin del castillo, á dar su paseo de por la mañana. Sand pretestó un negocio urgente, hizo le indicasen la calle de árboles que preferia y fué en su busca. Pero sea que Kotzebüe dirigiese á otro sitio su paseo, sea que las señas que habian dado á Sand acerca del traje y el rostro de aquel á quien buscaba fuesen inciertas, no le encontró ó no le reconoció. Sand se paseó hasta las once y media. Entonces desesperando de encontrar á Kotzebüe en el parque, volvió á la fonda, resolviendo volver á su casa á la tarde.

Era la hora de comer; Sand se sentó á la mesa con una completa tranquilidad. La conversacion recayó sobre la teología: Sand desenvolvió comiendo con el mejor apetito, sus ideas acerca de la inmortalidad del alma, y habló con tan gran concision y tal elocuencia, que todos guardaron silencio para escucharle.

Mas al punto, viendo el efecto que producía, Sand se deluvo y rompió pidiendo perdon por haberse apoderado así de la conversacion.

Despues de comer en mesa redonda, Sand subió á su habitacion; se cree que oró á Dios. A las tres salió y tomó otra vez el camino de la casa de Kotzebüe.

El consejero daba en el mismo dia una gran comida; mas habiendo sabido que un jóven habia ido y habia pedido con instancia hablarle, dió la órden, si se volvía á presentar aquel jóven, de que le hicieran entrar. Un momento despues entró Kotzebüe, Sand le dejó adelantarse como á los tres tercios de la habitacion, y como la puerta se habia cerrado tras él, renovó la escena que hemos referido, y sacando un puñal de su bolsillo, amenazó á Kotzebüe en el rostro. Kotzebüe se llevó á él las manos. Inmediatamente le hundió la hoja en el pecho en toda su estension. El corazon estaba atravesado de parte á parte; Kotzebüe arrojó un débil grito y cayó.

Pero por débil que fuese aquel grito, su hija lo habia oido. Era una niña de seis años, una de esas encantadoras sirenas alemanas, con largos cabellos rubios, con trage blanco, y una cinta azul por cinturon, como las conque Rafael anudaba el talle de sus ángeles. La pobre niña vió á su padre tendido en el suelo; se arrojó sobre él, prorumpiendo en sollozos, y llamándole: «Padre mio, padre mio!» Sand no pudo sufrir el espectáculo desgarrador de aquel dolor infantil, y presentándosele entonces su accion en toda su horrible desnudez, se hundió en el pecho hasta el mango, el puñal aun todo bañado con la sangre de Kotzebüe.

Pero, con gran admiracion suya, Sand quedó en pie; únicamente una nube sangrienta pasó por sus ojos, y entonces comprendió que iba á caer vivo en manos de los criados. El sentimiento instintivo de su conservacion pudo mas que la intencion decidida de matarse. Se volvió vacilante, abrió la puerta, se precipitó hácia la escalera, encontró una familia que iba á comer con Kotzebüe, y que viendo á un hombre todo ensangrentado y con un cuchillo en el pecho, se puso á dar grandes gritos, y se separó en lugar de detenerle. Sand llegó pues á la calle; mas al poner el pie en el dintel de la puerta, vió á diez pasos soldados que iban á relevar la guardia del castillo. Sand creyó que acudían á los gritos y que le perseguian, acaso tambien sus piernas flaquearon; se arrojó de rodillas á cinco ó seis pasos de la casa, unió las manos, hizo en alta voz una corta plegaria, y sacando en seguida el puñal de su herida, se tiró otra puñalada junto á la primera, y cayó desmayado gritando:

—¡Oh, Dios mio, recibe mi alma!

En cuanto á Kotzebüe, habia muerto.

## LA CASA DE CORRECCION.

La patrulla era mandada por el mayor Badois Holzungen. Vió á Sand á quien creía muerto, pero viendo que no estaba mas que desmayado, le hizo trasladar al hospital. Aquí tuvieron á Sand bajo la guardia mas severa, aunque esto fuera inútil, siendo de tal modo graves sus heridas que apenas podia hablar; no podia respirar sino cuando estaba echado de espaldas. Una de ellas se curó, pero la otra como la hoja del puñal habia penetrado entre la pleura costal y la pleura pulmonar, se habia formado un derrame entre las dos membranas; de modo que en vez de dejarla cerrar, la mantuvieron cuidadosamente abierta, á fin de extraerle todas las mañanas por medio de un émbolo la sangre extravasada durante la noche, como se practica en la operacion del empiema. Sand estuvo tres meses entre la vida y la muerte; sin embargo, al cabo de tres meses, se mejoró su posicion lo bastante para que le trasportasen á la casa de correccion. Aquí encontró al señor G..., que le esperaba y que habia ya hecho preparar para él su mejor habitacion: es que ya en aquel momento Sand no era un asesino vulgar. Por lo demas, se puede adquirir una idea de cómo era tratado el prisionero, y de los dolores que padeceria, por la siguiente carta fechada en su *isla de Pathmos*, y que escribía á su padre en el mes de enero de 1820, para darle gracias por la bendicion que el anciano le habia enviado; en el sesenta y siete aniversario de su nacimiento.

«Enero de 1820.

«Mis queridos padres, hermanos y hermanas.

«A mediados del mes de setiembre del año último, he recibido por la comision especial judicial del gran duque, cuya humanidad habeis podido apreciar ya vosotros, vuestras queridas cartas de fin de agosto y principios de setiembre, y ellas han tenido la mágica influencia de colmarme de alegria, trasportándome al círculo íntimo de vuestros corazones.

«Vos, mi tierno padre, me escribisteis el dia del sesenta y siete aniversario de vuestro nacimiento, y me bendicis con toda la expansion de vuestro mas tierno amor.

«Vos, mi querida madre, llegais hasta la promesa de la continuacion de vuestro afecto materno, en el que he creído invariablemente siempre, y así es como he recibido vuestras dos bendiciones que, en mi posicion actual, ejercen sobre mí una influencia mas bienhechora que ninguno de los bienes que todos

los reyes de la tierra hubieran podido concederme: si, vosotros me alimentais abundantemente con vuestro bendito amor, y yo os doy gracias, mis queridos padres, con la respetuosa sumision que mi corazon me inspirará siempre como el primer deber de un hijo.

«Mas cuanto mayor es vuestro amor, cuanto mas tiernas son vuestras cartas, mas tengo yo que sufrir, debo confesarlo, por el sacrificio voluntario que nos hemos impuesto de no vernos, y he tardado tanto en responderos, mis queridos padres, para darne á mi mismo tiempo para recobrar la energia que habia perdido.

«Vosotros tambien, querido cuñado y querida hermana, me asegurais vuestro sincero y no interrumpido cariño. Y sin embargo, despues del terror que en todos vosotros he espereado, no sabeis aun al parecer, qué debéis pensar de mí; pero mi corazon lleno de reconocimiento por vuestras bondades pasadas, se tranquiliza, porque vuestros hechos hablan y me dicen que aun cuando no quisierais amarme como yo os amo, no podriais hacerlo: estos hechos valen mas para mí, en este momento, que todas las protestas posibles, que las mas tiernas palabras.

«Y tú tambien, mi cuñado, tú hubieras querido acudir inmediatamente, con nuestra querida madre, á las orillas del Rhin, aqui donde se han establecido entre nosotros las verdaderas relaciones del alma, y donde habemos sido dos veces hermanos. Pero dime, ¿no estás aqui en realidad, para el pensamiento y el espíritu cuando considero el rico manantial de consuelos que me ha proporcionado tu cordial y tierna carta?

«Y tú, buena cuñada, asi como desde el primer momento mostraste tu tierna delicadeza, como una verdadera hermana, tal te encuentro hoy: siempre las mismas afectuosas relaciones, siempre el mismo cariño fraternal; tus consuelos, que emanan de una piedad crédula y sumisa, han caido como fresco rocío en lo mas profundo de mi corazon. Pero, mi buena cuñada, preciso es te diga, á ti como á los demas, que eres demasiado generosa conmigo dispensándome tu estimacion y tus alabanzas, y tu enagenacion me ha hecho juzgarme interiormente, y este juicio me ha hecho ver en el espejo de mi conciencia reflejado el perfil de todas mis debilidades.

«Tú, buena Julia, tú no desearias mas que arrebatarme á la suerte que me espera, y me aseguraras, en nombre de todos, que tú, como ellos, serias feliz arrostrándola en mi lugar. Te reconozco en eso completamente, y reconozco tambien las dulces y tiernas relaciones en que hemos sido educados desde la infancia. ¡Oh! tranquilízate, buena Julia, gracias á la proteccion de Dios, yo te aseguro que me será fácil, mucho mas fácil que creia, soportar lo que me espera.

«Recibid, pues, todos mis expresivas y sin-

ceras gracias por haber regocijado mi corazon.

«Ahora que he reconocido por esas cartas que me fortifican, que semejante al hijo prodigo, el amor y la bondad de mi familia son mas grandes hacia mí á mi regreso que á la partida, quiero, con tanto cuidado como me sea posible, pintaros mi estado físico y moral, y suplico á Dios apoye mis palabras con su poder, á fin de que mi carta contenga el equivalente de lo que vosotros me habeis traído, y que os ayude á conseguir ese estado de calma y de serenidad que he alcanzado yo mismo.

«Endurecido, á fuerza de voluntad sobre mi corazon, contra los bienes y los males de la tierra, sabeis ya que en estos últimos años no he vivido mas que para las alegrías morales, y debo decir, que tocado de mis esfuerzos, sin duda, el Señor, santo manantial de todos los bienes, me ha hecho apto para buscarlas y gozar de ellas con toda plenitud. Dios está siempre junto á mí y conmigo, y encuentro en él, principio soberano de todas las cosas, en él nuestro sagrado padre, no solo el consuelo y la fuerza, sino un amigo inmutable, lleno del mas santo amor, que me acompañará á todas partes donde tenga necesidad de sus consuelos. Ciertamente, si se hubiese alejado de mí, ó si yo hubiese desviado mis ojos de él, me encontraria ahora muy desgraciado y miserable; mas por su gracia, por el contrario, á mí, humilde y débil criatura, me hace fuerte y aun poderoso para sufrir todo lo que puede caer sobre mí.

«Aquello que reverencié hasta aqui como sagrado, lo que he deseado como bueno, aquello á que aspiré como celestial, no ha cambiado en nada en este momento, y doy gracias á Dios por ello, porque me encontraria ahora muy desesperado si hubiese de reconocer que mi corazon ha adorado imágenes engañosas, y se ha envuelto en fugaces quimeras. Asi, mi confianza en esas ideas, mi puro amor hacia ellas, que son los ángeles guardianes de mi imaginación, se acrecentarán hasta mi fin, y pasaré de ese modo muy fácilmente, asi lo espero, de este mundo á la eternidad. Paso mi vida en la exaltacion y la humildad cristiana, y á veces tengo esas altas visiones, por las que, desde mi nacimiento, he adorado al cielo sobre la tierra, y que me dan el poder de elevarme hasta el Señor en las ardientes alas de la fé. La enfermedad, aunque larga, dolorosa y cruel, ha sido muy dominada por mi voluntad para dejar el tiempo de ocuparme con fruto de la historia de las ciencias positivas y de los bellos ramos de la educacion religiosa; y cuando la mayor violencia del mal interrumpia algunas veces estas ocupaciones, yo luchaba victoriosamente contra el fastidio, porque los recuerdos del pasado, mi resignacion para el presente, y mi fé en el porvenir eran bastante ricos y fuertes, en mí y á mi alrededor, para hacerme caer de mi paisa terrenal.

Yo, según mis principios, en la posición en que me encuentro y en que yo mismo me he colocado, jamás hubiera querido pedir nada para mi bienestar, y sin embargo, me he visto por todos estilos, colmado de tantas bondades, de tantos cuidados, y con una delicadeza y una humanidad, que no puedo, ¡ay! reconocer lo bastante; los votos que no me hubiera yo atrevido á formar en el rincón más secreto de mi corazón, los he visto llegar aun más allá. Jamás me he visto bastante postrado por los dolores del cuerpo para no poder decir interiormente, elevando mi pensamiento al cielo: «¡Sea lo que quiera de esta miseria!» y por grandes que hayan sido los dolores, no sabré ponerlos en parangón con esos sufrimientos del alma tan punzantes que experimentamos con el sentimiento de nuestras debilidades y faltas.

«Por lo demás, es raro ahora que este dolor me haga perder el conocimiento; la tumefacción y la inflamación no han adelantado bastante, y la fiebre ha sido siempre moderada á pesar de haberme visto obligado á estar echado de espaldas cerca de dos meses, sin poder ni aun incorporarme, y aunque han salido de mi pecho, del lado del corazón, más de cuarenta azumbres de sangre. No, la herida aunque siempre abierta está en buen estado; y esto lo debo, no solo á los cuidados de que estoy rodeado, sino también á la sangre pura que he recibido de vos. ¡oh madre mía! Así, ni los socorros de la tierra, ni los estímulos del cielo me han faltado; he tenido mil motivos, el día aniversario de mi nacimiento, no para maldecir la hora en que nací, sino por el contrario, después de la seria contemplación de este mundo, de dar gracias á Dios, y á vosotros, mis queridos padres, por la vida que me habeis dado.

«He celebrado el 13 de octubre con una penosa y ferviente sumisión á la voluntad del Señor. El día de Navidad he procurado ponerme en la disposición de los niños consagrados á Dios, y con la ayuda del cielo, pasará el año nuevo, como el precedente, en los dolores del cuerpo acaso, pero ciertamente en la alegría del alma; y con este voto, el único que formo, me dirijo á vosotros, mis queridos padres, y á vosotros y vosotras, mis queridos hermanos y hermanas.

«No puedo esperar conocer mi año veinte y cinco; pueda, pues, ser oída la plegaria que acabo de hacer, pueda este cuadro de mi vida actual llevaros alguna tranquilidad, y pueda esta carta, que os escribo con mi corazón, no solo probaros que no soy indigno de vuestro inapreciable amor, sino por el contrario, asegurarme ese amor por toda la eternidad:

«Me regocijo muy sinceramente de la venida al mundo del primito. Doy alegremente mis felicitaciones á los abuelos; me trasporto, para su bautismo, á esa sociedad querida, adonde envío mi afecto como hermano cristia-

no, y sobre la que deseo eche todas sus bendiciones el cielo.

«Para no incomodar demasiado á la comisión del gran duque, creo que nos veremos obligados á suspender nuestra correspondencia; concluyo, pues, asegurándoos otra vez, pero acaso por la última, mi profunda sumisión filial y mi afecto fraternal,

«Vuestro tiernamente afectísimo,

«KARL LUDWIG SAND.»

En efecto, entre los cuidados particulares de que Sand era objeto de parte del señor G..., la comisión judicial del gran duque de Weimar, en consideración al estado en que se encontraba, y acaso por la causa que le había reducido á aquel estado, había permitido, á título de indulgencia, que su madre y las demás personas de su familia que quisiera designar, fuesen á verle. El primer movimiento de Sand cuando le anunciaron tan buena noticia, fué de alegría; pero habiendo reflexionado al punto con su calma y energía habituales en los inconvenientes que aquella visita podría tener, escribió á la familia la carta siguiente:

«Mis queridos padres:

«La comisión judicial del gran duque, me ha participado ayer que sería posible tuviese la alegría muy viva de ser visitado por vosotros, y que acaso podría veros y abrazaros aquí, á vos, madre mía, y á algunos de mis hermanos y hermanas.

«Sin ser sorprendido de esta nueva prueba de vuestro amor maternal, esta esperanza ha despertado de nuevo en mí el ardiente recuerdo de esa vida feliz pasada dulcemente juntos. La alegría y el dolor, el deseo y el sacrificio, han agitado violentamente mi corazón, y me ha sido preciso pesar el uno al lado del otro, y con el poder de la razón, todos esos movimientos diversos, para volverme á hacer dueño de mí mismo, y tomar una decisión en una circunstancia tan solemne.

«La balanza se ha inclinado del lado del sacrificio.

«Ya sabeis, madre mía, la alegría y el ánimo que podrían darme en este tiempo tan corto una mirada de vuestros ojos, esas relaciones diarias, vuestras conversaciones piadosas y elevadas; pero también sabeis mi posición, y conocéis demasiado bien la marcha natural de todas estas dolorosas diligencias, para no creer como yo, que semejante disgusto renovado á cada momento, turbaría mucho la alegría de nuestra reunión, si no llegaba á destruirla completamente; además, madre mía, después del largo y fatigoso viage que os veríais obligada á emprender para volverme á ver, pensad en los terribles dolores de la despedida cuando llegue el momento de separarnos en este mundo. Resignémonos, pues, al sacrificio; esta creo que es la voluntad del

cielo, y entreguémonos únicamente á esta dulce comunidad de pensamientos que la distancia no puede interrumpir, y en la que tengo mi única alegría, siéndonos siempre á despecho de los hombres concedida por el Señor, nuestro padre.

«Vivid feliz.

«Vuestro hijo profundamente respetuoso,

«KARL LUDWIG SAND.»

A es'a carta, que aparte de los sentimientos religiosos se podría creer dictada por Bruto, llegó esta respuesta, que se podría creer escrita por Cornelia:

«Querido, indeciblemente querido Karl.

«¡Cuán dulce me ha sido volver á ver después de tan largo tiempo escritura tuya tan querida! Ningun viage habria para mí bastante penoso, ni camino alguno bastante largo que me impidiera ir á reunirme contigo, é iria con un amor profundo é infinito de un extremo á otro de la tierra, solo con la única esperanza de verte, aunque fuera de lejos.

«Pero como conozco bien tu tierno afecto y tu profunda solicitud por mí, y me das con una firmeza tan grande y tan varonil reflexion razones á que nada tengo que contestar, y que no puedo menos de honrar, será, mi muy querido Karl, como tú lo has querido y decidido. Continuaremos sin hablarnos la comunicacion de nuestros pensamientos; pero tranquilízate, nada puede separarnos; yo te envuelvo en mi alma, y mis maternas pensamientos velan en derredor tuyo.

«Que este amor infinito que nos sostiene, nos afirma y conduce á todos á una vida mejor, te conserve, mi querido Karl, el valor y la energía.

«Adios, y está firmemente persuadido de que jamás dejaré de amarte grande y profundamente.

«Tu madre fiel, que te amará hasta la eternidad.»

Efectivamente, el momento fatal previsto por Sand, llegó. No es que el gran duque no hubiese particularmente deseado salvar á Sand, en quien en aquel momento se concentraban no solo las miradas, sino tambien el interés de toda la Alemania. Desgraciadamente, la Rusia estaba allí, la Rusia, que tenia que vengar su agente, y que encontraba la convalescencia de Sand muy larga para su deseo de venganza; excitaba, pues, á la comision judicial á que concluyese con el asesino, en cualquier estado en que se hallase.

Sin embargo, aunque la última, quedaba una esperanza á los habitantes de Manheim, y aun á los miembros de la comision judicial, y era que Sand, que no se habia levantado hacia trece meses, estaria demasiado débil para ponerse en pie, y como no se le podia ejecutar

en el lecho, se obtendria de este modo, y casi legalmente un nuevo plazo. Decidióse, pues, que un médico de Heidelberg visitaria á Sand, y que con su declaracion, segun que Sand estuviera en estado de levantarse ó en la imposibilidad de dejar la cama, se apresuraria ó prorogaria la instruccion.

En consecuencia, una mañana se presentó un desconocido en la habitacion del preso, anunciándose como un profesor de la escuela de medicina de Heidelberg, quien atraido por el interés, iba á pedir noticias.

Sand le miró un instante como para leer hasta el fondo de su alma, y viendo que el médico, por mas que se violentase, no pudo menos de ruborizarse:

—¡Ah! si, le dijo, comprendo. Se desea saber en San Petersburgo si estoy bastante fuerte para ser ejecutado; ¡y bien, caballero! vamos á hacer juntos la experiencia. Perdonadme, añadió, en el caso en que me encontrara mal, pero como hace trece meses que no me he levantado, es posible que á pesar de toda mi buena voluntad, suceda eso.

Dichas estas palabras, se levantó Sand sin apoyo; con un valor sobrehumano dió dos vueltas por su habitacion, y volvió á caer casi desmayado sobre su cama. El médico le hizo respirar sales.

—Ya véis, caballero, dijo Sand volviendo en sí, que estoy mas fuerte que lo que yo mismo creia; llevad, os lo suplico, esta buena noticia á mis jueces. Hace mucho tiempo que les hago perder un tiempo precioso: den, pues, su sentencia, y nada impedirá que sea ejecutada.

Desgraciadamente, el médico no podia decir mas que lo que habia visto. Dió su parte á la comision, y el 3 de mayo de 1820, la sentencia, que condenaba á Karl Ludwig Sand á ser cortada la cabeza, se dió por el tribunal supremo de justicia.

El 17 se notificó la sentencia á Sand. La escuchó en pie, apoyado en el respaldo de una silla, á pesar de que los consejeros, viendo su palidez, le rogaron varias veces que se sentase; pero Sand les dió gracias con esa fisonomía bondadosa y tranquila que le era habitual. Y cuando fué terminada la lectura de la sentencia, volviéndose hácia el señor G..., que estaba preparado á recibirle en sus brazos en el caso en que le faltasen las fuerzas:

—Espero, le dijo, que mis padres querrán mejor aun morir de esta muerte violenta y pronta, que de alguna enfermedad lenta y vergonzosa. En cuanto á mí, he sufrido tanto hace catorce meses, que miro á mis jueces como ángeles de libertad.

Salieron los consejeros; Sand les saludó al marcharse con la misma calma y serenidad que les habia saludado á su entrada, y volviéndose á acostar inmediatamente, porque no podia estar mas tiempo en pie ni sentado,

pidió al señor G..., papel, pluma y tinta, y escribió á su familia la siguiente carta.

Manheim 17 del mes de la primavera de 1820.

«Queridos padres, hermanos y hermanas.

«Por la comision del gran duque habeis debido recibir mis últimas cartas, en las que contestaba á las vuestras, y procuraba consolaros acerca de mi posición, pintándoos el estado de mi alma, tal como esté, y el desprecio á que ha llegado de todo lo que es frágil y terrestre, y que se debe sufrir como una necesidad cuando éste se pone en la balanza con la ejecución de un pensamiento, y esta libertad intelectual que puede sola alimentar nuestra alma. En una palabra, yo pensaba consolaros con la seguridad de que los sentimientos, los principios y las convicciones de que yo hablaba en otro tiempo, han sido fielmente conservados en mí, y han permanecido exactamente los mismos; pero todo esto eran demasiadas precauciones de mi parte, estoy seguro de ello, porque en cualquier otro tiempo no hubiérais exigido de mí otra cosa, que tener á Dios ante los ojos y en el corazón. Y vosotros mismos habreis visto como el precepto pasó de tal modo á mi alma, que llegó á ser en este mundo y el otro el único objeto de mi felicidad. Sin duda, como eslabo en mí y junto á mí, Dios estará con vosotros, y junto á vosotros, en el momento en que esta carta os lleve la noticia de la lectura de mi sentencia. Muero por mi voluntad, y el Señor, lo espero, me dará fuerza para que pueda morir.

«Os escribo completamente tranquilo acerca de todas las cosas, y espero que vuestra vida pasará también tranquila, hasta el momento en que nuestras almas se encuentren llenas de una nueva fuerza para amarnos y participar juntos de la eterna felicidad.

«En cuanto á mí, tal como he vivido desde que me conozco, es decir, con una serenidad llena de deseos celestes, y un animoso é infatigable amor á la libertad; tal voy á morir.

«Que Dios sea con vosotros y conmigo.

«Vuestro hijo, hermano y amigo,

«KARL LUDWIG SAND.»

Después, escrita esta carta, Sand envió recado al señor G... suplicándole subiese á verle, y le dijo que tendría gusto en hablar con el verdugo antes del día de la ejecución. Pareció tan extraño el deseo del señor G... que vacilaba en responder, pero Sand insistió de un modo tan bondadoso y firme á la vez, que el señor G... le prometió que al punto que aquel individuo llegase á Manheim, se haría como lo pedía.

## LA EJECUCION.

La ejecución se había fijado para el 20, es decir á los tres días de la notificación de la sentencia. En Alemania concede la ley tres días completos al reo para dejarle tiempo de prepararse á la muerte. El 20, pues, á las dos de la tarde era cuando debía cesar de vivir Sand.

El 18 se pasó en recibir á diferentes personas que habían manifestado deseos de ver al reo, y á los que había él concedido el permiso, siendo una de estas personas el mayor Holzungen que le había detenido. Aunque no le había visto mas que un momento, y á través del sangriento velo que le cubría los ojos, Sand le reconoció, y tan segura tenía su cabeza en el momento en que se hirió, y como hemos dicho, con una segunda puñalada, que recordó al mayor el traje que llevaba cuando le arrestó. Admirado de aquella sangre fría y de aquella tranquilidad en un joven que iba á morir tan distante aun de la edad que la naturaleza había señalado como término de su vida, el mayor dirigió á Sand algunas palabras de compasión. Pero Sand le respondió sonriendo:—No es de mí de quien hay que tener compasión, señor mayor, sino de vos; yo muero por una convicción que me es propia, y vos moriréis probablemente por una convicción que os será extraña. El mayor Holzungen le animó á que se mantuviera en la misma firmeza.

—Señor mayor, dijo Sand, los mártires hebreos morían tan valerosamente como los soldados romanos.

Llegó la noche, Sand pidió le dejasen solo y estuvo escribiendo hasta cosa de las once, pero quemó lo que había escrito, de modo, que no se encontró ni resto de ello. A las once se acostó y durmió hasta las seis; el cirujano que iba para curarle como de costumbre, le despertó al entrar en su habitación.

Como dos horas después de terminada la operación, estando Sand acostado y el señor G... hablando con él, sentado al pie de su cama, se abrió la puerta, y uno de los criados del correccional hizo señal al señor G... de que tenía algo que decirle. El señor G... fué al punto á la puerta donde cambió con él algunas palabras en voz baja; después volviéndose á Sand:

—Karl, le dijo, con una voz cuya emoción le era imposible dominar, es el señor Widemann de Heidelberg á quien habeis deseado hablar.

—Hacedle entrar, os lo suplico, dijo Sand, y haciendo un esfuerzo se sentó en la cama, tendiendo la mano al señor Widemann. Ve-

nid, caballero, le dijo, y sentaos aqui; tengo cosas importantes que deciros. Luego, como el señor G... quisiera retirarse:—¡Oh! quedaos, quedaos, mi querido director, no estais demas.

—Es decir, que sabeis quien soy, dijo buccando el señor Widemann.

—Si, ciertamente, por eso deseaba hablaros.

—Estoy á vuestras órdenes, caballero.

—¿Habeis hecho muchas ejecuciones, señor Widemann? continuó Sand.

—Tres, respondió.

—¿Y las tres han salido bien?

—¿Cómo entendeis eso? caballero.

—¿Entiendo, que la cabeza ha caido del primero al segundo tajo?

—Dos han caido al primero, y uno al segundo.

—Pero conmigo, ya lo veis, señor Widemann, la cosa no será tan fácil, porque mi herida me ha paralizado casi todo un lado del cuerpo, de modo, que no puedo tener mi cabeza alta como seria necesario; pero no importa, tened fuerza, y aun cuando necesitarais dos tajos para separar la cabeza del cuerpo, y aun tres ó cuatro, como dicen sucedió al dnque de Monmouth, no os aturdaís por eso. Por otra parte, si quereis, podemos ensayar, á fin de que pueda ayudaros en el momento supremo en cuanto de mi dependa, porque no habiendo visto una ejecucion nunca, no sé lo que hay que hacer, he ahí porque deseaba hablaros.

El verdugo estaba estupefacto de aquella sangre fria, y no sabiendo aun si Sand hablaba formalmente, cuando éste se salió de la cama, y apoyado en el hombro del señor G..., llegó á una silla en la que se sentó, rogando al señor Widemann le indicase lo que tendria que hacer al día siguiente.

Entonces comenzó el ensayo del terrible drama del patibulo, ensayo durante el que faltaron las fuerzas, no al paciente, sino al verdugo; porque sacado de aquel modo de su terreno, le pareció la ficcion mas horrible que la realidad; no por eso dejó de terminar la demostracion homicida, indicó á Sand cómo estaria sentado en el banquillo, cómo el criado le levantaria la cabeza con una especie de trencilla de cuerda, y como él, aprovechando la ocasion en que el cuello estuviera estendido, se le cortaria con una espada. Sand, escuchó unas despues de otras todas las esplicaciones con la misma sangre fria; despues, cuando el señor Widemann las dió todas, desde la primera á la última, le dió gracias y se volvió á su cama, dejando al verdugo mas pálido y desfallecido que él. El señor G... creia tener una atroz pesadilla, y me dijo no haber pasado jamás media hora como aquella, ni aun al día siguiente.

En el momento en que el señor Widemann se retiraba, Sand le dió de nuevo las

gracias, y le recomendó otra vez tuviese la mano firme al día siguiente.—Sobre todo, añadió, no vayais á hacer lo que hoy, os he sentido temblar.

Momentos despues entraron tres eclesiásticos conocidos de Sand, uno era el señor párroco D..., de quien yo tenia una carta. El señor G... se aprovechó de su presencia para retirarse; no tenia ya ánimo, y se sentia destrozado todo el cuerpo, como si hubiese caido, me decia, de un piso segundo.

Los tres eclesiásticos estuvieron mas de tres horas con Sand; todo ese tiempo le emplearon en conversar de religion. Sand era un admirable teólogo, y siempre que hablaba de Dios era con una conviccion profunda y fé ardiente. Antes de separarse de él, el párroco D... le dijo que habian llegado tantos estudiantes la vispera, y que continuaban llegando tantos de minuto en minuto, que se temia al día siguiente una colision entre ellos y los militares. Sand espresó con frases tan verdaderas cuál seria su gran sentimiento de que la sangre corriese por él, que el párroco D... se aprovechó de aquella disposicion de ánimo para pedirle á nombre de la autoridad que no hablase en el cadalso.

—¡Oh! estad tranquilo, dijo Sand sonriendo, aun cuando quisiera no tendria fuerza para ello; además, si esto puede contribuir á daros seguridad, os juro que no diré una palabra.

En efecto, como lo habia dicho el párroco D... habian llegado tantos estudiantes á Mannheim, que no encontrando alojamiento en la ciudad, se habian alojado en las aldeas de las inmediaciones. Por su parte la autoridad no habia quedado inactiva, y se habia hecho ir de Carlsruhe al general Neustein con mil quinientos ó mil ochocientos hombres, entre caballeria é infanteria: acompañaba al general ademas una compañía de artilleros y cuatro piezas.

Mas á pesar de haberse tomado aquellas precauciones, llegaban los estudiantes en tal número, que la autoridad resolvió adelantar la hora de la ejecucion; pero como hemos dicho, la ley alemana es terminante: deben pasar tres dias entre la notificacion de la sentencia y el suplicio; se necesitaba pues, la autorizacion de Sand para que se hiciese aquella alteracion. Tanto conocian su carácter que resolvieron pedirselas.

Sand, como de costumbre, se habia acostado en la noche del 49, á las once. Entraron en su habitacion á las cuatro de la mañana, y le encontraron tan profundamente dormido, que tuvieron que llamarle para despertarle. Sand abrió los ojos sonriendo, y reconoció al señor G....

—¡Ah! sois vos, mi querido director, dijo Sand; bien venido seais. ¿Habré dormido tan bien que ya será la hora?

—No, respondió el señor G..., no son mas que las cuatro de la mañana.

—Entonces ¿por que me despertais tan pronto? preguntó Sand en tono de reprension. ¿Han creido que no estaria dispuesto?

—No es eso, caballero, dijo el carcelero; pero se espera de vos un grande acto de abnegacion en pró de la tranquilidad pública.

—Hablad, dijo Sand, todo lo que yo pueda hacer, lo haré.

—Se teme una colision entre los estudiantes y los soldados; y como están tomadas de antemano las disposiciones militares, esta colision causaria grandes desgracias, sin dejar siquiera la probabilidad de salvacion.

—¿Y quién os dice que yo quiero salvarme? preguntó Sand. Yo he muerto á un hombre: todo asesinato exige un espacion. ¿Me he conducido como hombre que quiere librarse de la muerte? ¡No, señores! cuando al llegar á Manheim me detuve en la pendiente de la colina que domina la ciudad, he visto de antemano el sitio donde estaria mi sepulcro. Lejos de querer librarme de la mirada de Dios y de la justicia de los hombres, no tengo mas que darles gracias por haber prolongado hasta hoy mi existencia.

—Esas disposiciones me dan la esperanza de que me concederéis la peticion que tengo encargo de haceros, suplicó entonces el carcelero.

—¿Cual? preguntó Sand.

—Que permitais que vuestra ejecucion en vez de ser á la tarde, sea en esta misma mañana.

Sand hizo seña al señor G..., de que le diese papel, tintero y pluma, y escribió con mano firme, y con su carácter de letra ordinario, las cinco líneas siguientes:

«Doy gracias á las autoridades de Manheim de haberse anticipado á mis deseos, adelantando ocho horas el momento de mi ejecucion.

«*Sit nomem Domini benedictum.*

«KARL LUDWIG SAND.

—Tomad, dijo entregando el papel al carcelero, he aqui lo que deseais; únicamente pido tiempo para tomar un baño. Esta era, ya lo sabeis, la costumbre de los antiguos antes del combate.

Entonces el médico se aproximó á él para curarle.

—¿Merece la pena? preguntó Sand.

—Estaréis mas fuerte, respondió el médico.

—En ese caso, curad.

Le llevaron en seguida un baño. Se metió en él, y continuó hablando de cosas generales, haciéndose entretanto peinar sus largos y hermosos cabellos. Luego, terminado su tocador, salió, se puso un pantalon blanco con

botas por encima, un redingot negro, que como los redingots de los estudiantes, permitia al cuello estar muy desahogado, y fué á sentarse en su cama, donde estuvo un rato orando en voz baja; despues se despidió de los sacerdotes, diciéndoles que no teniendo nada de que acusarse, siendo casi él mismo eclesiástico, iria solo al cadalso, para no dar á su caridad el espectáculo de su muerte. Se despidió igualmente del médico, dándole gracias por el trabajo que se habia tomado en el espacio de once meses que le iba á curar todas las mañanas en su prision. Entonces se retiraron sacerdotes y médico, y dejaron solo á Sand.

En aquel momento redobló el tumulto de la calle, que iba siempre en aumento desde el amanecer, y Sand comprendió que pasaba algo de nuevo. En efecto, un momento despues entró el señor Widemann: lo que habia causado aquel aumento de ruido, era la presencia del verdugo.

Iba vestido con una larga levita negra, bajo la que ocultaba su espada. Al verle Sand, como la vispera y con la misma sonrisa, le alargó la mano, y como el señor Widemann, incomodado con su espada, que no queria se viese, vacilase:

—Venid, le dijo Sand, y enseñadme vuestra espada; bueno es conocer á las personas con quienes tiene uno que habérselas. Entonces el señor Widemann, pálido y tembloroso, se aproximó á él y le presentó su espada.

Sand la cogió, la desenvainó, pasó el dedo por el filo, y dijo:

—Está bien, he ahí una hoja que no os dejará mal; que no tiemble el brazo, y todo saldrá bien.

Y dichas estas palabras, volvió la espada al señor Widemann. Luego, volviéndose hácia el señor G...:

—¿No me hareis el último favor de acompañarme hasta el cadalso?

El señor G... le contestó con la cabeza que sí, porque conocia que si hubiese pronunciado una sola palabra, habria prorumpido en sollozos. Entonces Sand se levantó apoyándose, y volviéndose al señor Widemann y á los demas circunstantes:

—¿Y bien, señores! dijo, ¿qué se espera? Estoy pronto. Dichas estas palabras, el señor Widemann, sin responder, empezó á marchar silenciosamente el primero. Sand le siguió apoyado en el señor G... Los demas siguieron á Sand.

Bajó la escalera y entró en el patio interior. A la puerta habia un pequeño cabriolé descubierto que se habia comprado en Heidelberg sin decir con qué objeto se compraba, porque en todo Manheim no se habia encontrado un alquilador de coches que quisiera alquilar ni vender el carriage que habia de conducir á Sand al patíbulo. En el momento en que el reo apareció en el patio, los demas pre-

nos se pusieron todos á la ventana para despedirse de él. Muy débil para responder, Sand les hizo seña con la mano, y subió al carruaje.

Al poner el pie en el estribo, se inclinó hácia el señor G...

—Subís conmigo, ¿no es así? le dijo.

—¿No os lo he prometido?

—¡Gracias! y si me viérais debilitarme, decidme en voz baja mi nombre, ¿ois? y eso bastará.

En seguida se entró en el carruaje. El señor G... se colocó junto á él, y le abrieron las puertas de la calle.

En la calle habia un gentío inmenso, y á pesar de las numerosas patrullas que circulaban, era tanta la multitud, que apenas podia avanzar el carruaje. En el momento en que apareció, todas las voces exclamaron con un solo grito: ¡Adios, Sand! ¡adios, Sand!.... Al mismo tiempo cayeron muchos ramilletes en el birlocho, mientras que los que estaban demasiado lejos para arrojarlos hasta allí, los arrojaban sobre la multitud, que los dejaba pasar.

La atmósfera estaba sombría, y á pesar de ser el mes mas hermoso del año, habia llovido toda la noche. Demasiado débil aun para permanecer sentado, Sand llevaba la cabeza echada en el hombro del señor G... Su rostro, como de ordinario, era bondadoso, tranquilo y doliente. Su frente estaba despejada, sus ojos llenos de vida, pero habia sufrido tanto, que todo lo demas de su rostro, si es permitido decirlo así, habia envejecido diez años en sus catorce meses de cautividad. De vez en cuando, no obstante, levantaba su pálida fisonomía á que hacian sombra sus bellos cabellos negros, y miraba á la multitud sonriendo; entonces una nueva explosion de gritos y de corage se elevaba por todos lados, tan desgarradora y tan dolorosa, que á cada una, Sand, tan tranquilo y resignado, no podia menos de enjugarse las lágrimas que á su pesar sentia correr de sus ojos.

El cortejo llegó al fin al sitio de la ejecucion. Hallábase, como hemos dicho ya, á unos cien pasos del camino real, en medio de una linda pradera, y sobre una colina que dominaba un arroyuelo. Se detuvieron un momento, porque los ayudantes del verdugo, que no estaban advertidos del cambio de hora, habian comenzado su almuerzo en el cadalso. Despues de un alto de cinco minutos, el cortejo continuó su camino, y el birlocho se detuvo al pie de la escalerita, compuesta de ocho escalones, que conducia á la plataforma. En cuanto llegó allí, Sand miró al cadalso con la mayor calma; luego, volviéndose hácia el señor G...:

—Hasta ahora, le dijo, Dios me ha dado fuerza.

Dios se la dió hasta el fin. Sand se bajó del carruaje y subió al cadalso, apoyado en

dos, encorvado por el dolor, pero sin exiliar un quejido. Llegado á la plataforma, levantó la cabeza, enjugó su frente cubierta de sudor, y despues miró con calma toda aquella multitud amiga, que parecia haberle acompañado hasta allí no por curiosidad, sino por deber. Despues, dirigiendo los ojos al cadalso:

—¡He ahí el sitio donde voy á dejar de padecer! dijo. ¡Yo te doy gracias, oh Dios mio! por haberme dado fuerzas para llegar aquí. Entonces, como el señor G... le viese palidecer:

—Sentaos, Sand, le dijo, sentaos.

Sand se sentó, pero habiendo comenzado casi en el mismo momento la lectura de la sentencia, se levantó, y por mas instancias que le hicieron, quiso oír la lectura de pie. Terminada que fué, estendió la mano y dijo en alta voz:

—Muerdo confiando en Dios...

Mas al punto el señor G... le interrumpió, acercándose á su oído:

—¿Qué haceis, Sand? le dijo. Habeis prometido no hablar.

—Es verdad, dijo Sand, lo habia olvidado. Ademas, saben bien que muerdo por la libertad de la Alemania.

Entonces, arrolló el pañuelo con que acababa de enjugarse el sudor de su agonía, y como Conradino hizo con su guante, le arrojó á la multitud. En el mismo instante, fue dividido el pañuelo en mil pedazos, y todos los que tenian un giron levantaron la mano gritando:

—¡Sand, Sand!... ¡adios Sand!...

Se oyó un redoble de tambores.

—Caballero, dijo el verdugo, ¿me permitis os corte los cabellos?

—¿Es pues necesario? preguntó Sand llevándose apresuradamente la mano á su cuello.

—Es para vuestra madre.

—¡Oh entónces, hacedlo, hacedlo! exclamó Sand.

El verdugo le cortó los bucles que caian por detrás, dándoselos á medida que los cortaba. Sand los tomó, los remió en un solo mazo, y mirando despues fijamente al verdugo:

—Por vuestro honor, señor Widemann, ¿es para mi madre?

—¡Por mi honor! respondió éste.

—Entonces, helos aquí.

Se levantó los otros y los anudó con una cinta en lo alto de la cabeza.

—Ahora, dijo el verdugo, será preciso que os dejeis atar las manos.

—¡Atad! dijo Sand presentándolas.

Y el verdugo le ató las manos á la espalda; pero como esta postura le tiraba atrás los brazos al paciente, y le obligaba á causa de su herida, á inclinar la cabeza sobre el pecho, se vió obligado á desatárselas, y atartas á los mustos; gracias á esta nueva posicion, Sand volvió á poder levantar la cabeza.

—¡Colocaos bien! dijo el verdugo.

—¡Y vos, tened firmeza! respondió Sand.

A tan escasas palabras sucedió un silencio terrible. Brilló la espada como un relámpago y descendió. Entonces resonó un gran grito en aquella multitud; la cabeza no había caído, y medio desprendida del cuerpo, pendía sobre el pecho. El verdugo dió un segundo golpe que la echó abajo del todo, y al mismo tiempo fue á cortar la mano que estaba atada á la rodilla izquierda.

En este momento, sin que fuese posible contenerla, la multitud atropelló la fila de soldados y se precipitó al cadalso, empapando todos su pañuelo en la sangre, y los que llegaron despues, cuando la sangre se había empapado, hicieron pedazos el banquillo en que había sido ejecutado, llevándose unos la madera y otros la paja de la silla; llegaron por fin los que no habían podido obtener ni sangre ni silla y que se pusieron á cortar pedazos de las tablas, para tener al menos algo del patíbulo. Pero al fin, subió la tropa, separó la gente, y la cabeza y el tronco, puestos en un mismo féretro, fueron colocados en el birlocho y llevados al correccional en medio de una numerosa escolta militar.

A media noche, sin antorchas y sin luces, fue trasladado el cádaver al pequeño cementerio protestante situado en el camino de Heidelberg. Allí, en un rincón, se había preparado un sepulcro de modo que fuese ignorado de todos. En efecto, en toda su longitud, se había levantado el césped con precaucion, y la tierra que se había sacado se había puesto en telas, de modo que cuando el ataúd estuvo colocado y cubierto de tierra, volvieron á poner la que tenía el césped, y despues hicieron jurar á los presentes que no enseñarian á nadie el lugar donde estaba aquella tumba. Los circunstantes juraron y salieron. La puerta del cementerio se cerró tras ellos, se echó el sobrante de la tierra en un patio del correccional, y todo concluyó.

La pradera en que Sand fué ejecutado, recibió desde aquel dia el nombre que lleva hoy; el pueblo la llama: Sand Himmelfartswiese.

Lo cual quiere decir:

—Pradera de la ascension de Sand.

## EL DOCTOR WIDEMANN.

Como se comprenderá, esos detalles, sea dados por el señor G....., sea copiados de los documentos oficiales, me habian ocupado todo el dia y parte del siguiente, de modo que no me encontraba dispuesto á partir para Heidelberg hasta las seis de la noche. Volví, pues, á

subir en el carruage despues de haber dado mil gracias al señor G.....; pero no queriendo dejar á Manheim sin dar el último adios á Sand, me hice conducir al cementerio donde está enterrado.

En él reposan, á veinte pasos uno de otro, el asesino y la víctima, ó si se quiere mejor, el traidor y el mártir: en fin, Kotzebüe y Sand.

Sobre la tumba de Kotzebüe, situada precisamente frente á la puerta de entrada, en el centro del cementerio, se eleva un monumento de una arquitectura estraña: la base es una masa de rocas alrededor de las que trepan enredaderas; sobre esta masa de rocas descansa por su punta una piedra tallada en rombo, y sostenida por ambos lados por las caretas de la comedia y la tragedia, y en el lado plano de la piedra está grabada esta inscripcion:

*El mundo le persiguió sin piedad,  
la calumnia fué su triste herencia,  
no encontró la felicidad mas que en los brazos de su muger,  
ni el descanso mas que en el seno de la muerte;  
la envidia vigilaba siempre para llenarle el camino de espinas,  
el amor hizo florecer sus rosas.  
Que el cielo le perdone  
como él ha perdonado á la tierra (1).*

Entonces, y como hacia largo tiempo los nocturnos sepultureros de Sand habían sido relevados de su juramento, como en aquel momento todos los que habían empapado su pañuelo en la sangre le han lavado con gran cuidado, y los unos son consejeros, y los otros jueces, y por consiguiente no han creído á propósito tener secreta aquella fosa, me condujeron hácia un ángulo de la pared, y allí me enseñaron un cuadro de tabla, de seis pies de largo y tres de ancho, en medio del que crece un ciruelo silvestre: esta es la tumba de Sand.

Corté una rama del ciruelo del sepulcro de Sand, arranqué un ramito de yedra del monumento de Kotzebüe, y me los llevé enlazados el uno á la otra.

Volvimos á pasar cerca de la pradera: fui á visitar otra vez el cerro sobre el que se había construido el cadalso; y con la imaginacion llena de esos pensamientos que han hecho decir á Bruto que la virtud no era mas que una sombra; volví á montar en el carruage, y tomamos el camino de Heidelberg.

Por mas prisa que tuviese de visitar al señor Widemann y de completar con sus noticias las que me había dado el señor G....., era demasiado tarde cuando llegué á la ciudad universitaria para pensar en otra cosa que cenar

(1) Entiéndese que este epitafio está escrito en alemán, y que estas cortas líneas son su traduccion.

y acostarme; así lo hice, encargando me des-pertasen al día siguiente á las ocho.

Apenas desperté, me vestí y corrí á casa del señor Widemann, donde indicaba la dirección de la carta que tenía para él. El señor Widemann vivía calle Mayor, núm. 444. No tuve, pues, necesidad de preguntar, para llegar á su casa. Me detuve ante la puerta un momento. Confieso que la idea de ir á abordar al verdugo en su misma casa, para preguntarle acerca de una ejecución, despertó todas mis preocupaciones de Francia; pero no había yo ido de tan lejos para retroceder: alargué la mano y llamé á una puertecita de un corredor.

Una anciana salió á abrir, el corredor se prolongaba hasta el jardín. En medio del corredor, había una escalera de piedra por donde se subía al piso principal. La anciana le abrió, y me dijo que entrase y esperase un momento, que el señor Widemann iba á bajar.

La habitación donde me introdujo era un lindo salon que formaba al mismo tiempo biblioteca, cubierto de un papel azul celeste con flores blancas. Sobre la chimenea y en estantes, estaban colocadas una multitud de curiosidades, como pájaros disecados, vitoras enroscadas con ramas de árboles, conchas nacaradas ó purpúreas, y en fin, en medio de todo esto colgados formando un trofeo, un fusil, una canana y un frasco de pólvora, que indicaban que el dueño de la casa era cazador. Miraba todas aquellas cosas, que como se ve, no pertenecían á la especialidad de aquel á quien iba á visitar, cuando oí abrir la puerta. Me volví, tenía delante al señor Widemann.

Era un jóven de buena presencia, de treinta á treinta y dos años, de tez morena y cabellos negros, con patillas dispuestas de modo que rodeaban enteramente su fisonomía. Se aproximó á mí con excelentes modales, y me preguntó á qué debía el inesperado honor de mi visita.

Confieso que en aquel momento no encontré una palabra que contestarle; me contenté pues con entregarle la carta del párroco D.... La leyó, é inclinándose de nuevo:

—Estoy á vuestras órdenes, caballero, para daros todas las noticias, que os agrade preguntarme. Desgraciadamente, no soy un verdugo muy curioso, añadió con una ligera sonrisa de ironía, puesto que aun no he ejecutado á nadie; mas es preciso no juzgarme por eso, caballero, no es mía la culpa, es de esos buenos alemanes, que no cometen crímenes, ó del gran duque, que siendo un príncipe escelente, perdona lo mas que puede.

—Al doctor Widemann, le dije, es á quien yo vengo á ver; al hijo del hombre que, cumpliendo con la terrible misión que se veía obligado á ejecutar, ha conservado hasta el último momento para el desventurado Sand miramientos que podían comprometer al que los tenía para él.

—No había gran mérito en eso, caballero; todo el mundo amaba y sentía á Sand, y ciertamente, si mi padre hubiese creído que su adhesión podía salvarle, se hubiera cortado la mano derecha antes que ejecutarle. Pero Sand estaba sentenciado, Sand debía sufrir la pena.

—Ya sé que vuestro padre dulcificó todo lo posible sus últimos momentos; así, respecto á eso, no teneis nada que decirme: el Sr. G.... me ha referido todo. Pero he creído que habria algunos detalles que se le habrian escapado, y como pienso escribir algo acerca de Sand, quisiera me dijerais esos detalles.

—Yo era muy jóven entonces, me respondió el señor Widemann, porque apenas tenía catorce años; así muchas cosas se han borrado de mi memoria, y el único detalle que puedo daros, caballero, si es de alguna curiosidad para vos, es que mi padre pidió permiso para hacer otro cadalso á espensas suyas, á fin de conservar el de Sand, y para que un asesino vulgar no deshonrase el que había manchado con su sangre aquel noble y desventurado jóven. Habiendo obtenido su permiso, mi padre, de aquel cadalso mandó hacer los postigos y las puertas de su casa de campo.

—¿Y esa casa de campo, está lejos de aquí?

—A una milla de la ciudad, en medio de un viñedo, á la izquierda del camino de Carlsruhe; una casita blanca con tejado encarnado, ventanas grises y un arco iris encima de la puerta. Si teneis curiosidad de ir allá, la reconoceréis fácilmente; ademas, cualquiera os la enseñará. Las puertas y las ventanas están hechas pedazos, porque durante cinco ó seis años, era una peregrinación para los estudiantes, que iban á quitar con las puntas de sus puñales pedazos de aquella madera; luego poco á poco se han hecho mas raros los curiosos, hasta que concluyeron por no ir ninguno. Así, caballero, no os admireis de mi recibimiento en un principio un poco frio, y acaso poco conveniente; pero hará diez años que nadie me ha hablado del pobre Sand, de modo que eran recuerdos, sino olvidados, al menos adormecidos.

—Gracias, pero mi visita era al mismo tiempo bastante indiscreta en sí misma, para que tuviera una acogida que no fuese fria. Gracias por la noticia que me habeis dado; ciertamente, iré á ver esa casita, extraño monumento del interés que inspiraba Sand. Mas debeis conservar aun otra cosa que tendria mucho gusto en ver, aunque no sé como pedirlo.

—¿Y cuál es esa otra cosa? preguntó el señor Widemann con la sonrisa ligeramente irónica que ya había notado en él.

—Os haré observar, le respondí, que no me animais á hacer esta petición.

Su rostro cambió de espresion.

—Perdonad, dijo, he hecho mal. ¿Qué cosa deseais ver? tendré un placer en enseñarosla.

—La espada con que Sand ha sido decapitado.

Un vivo carmin se pintó en el rostro del señor Widemann. Mas al punto, moviendo la cabeza como para hacer caer aquel rubor,

—Voy á enseñárosla, caballero, me dijo; pero la encontrareis en muy mal estado. Gracias á Dios hace doce años que no ha servido, y en cuanto á mí, es la primera vez que la tocaré. Si hubiese sabido iba á tener el honor de recibir vuestra visita, la hubiera hecho limpiar á uno de mis ayudantes; pero me dispensareis, sabeis mejor que nadie que he sido cogido desprevenido.

Al decir estas palabras, el señor Widemann se inclinó y salió, dejándome mucho mas embarazado de mi fisonomía que el de la suya. Sin embargo, resolví, puesto que hacia ya el papel del tonto, representarlo hasta el fin.

Un instante despues, el señor Widemann entró llevando en la mano una larga espada sin vaina, mas ancha en la punta que por el puño; la hoja estaba hueca y contenia cierta cantidad de azogue que precipitándose desde la empuñadura hasta la estremidad de la punta, daba al tajo una fuerza mucho mayor. En muchas partes la hoja estaba efectivamente oxidada; porque el óxido como se sabe, aparece casi siempre en los sitios manchados por la sangre.

—He aqui la espada que queriais ver, caballero.

—Os pido de nuevo me dispenseis por mi indiscrecion, y os repito las gracias por vuestra amabilidad.

—¡Y bien, caballero! si es cierto que os creeis algo obligado por mi amabilidad, permitid ponga á ella un precio.

—¿Cuál?

—Que rogueis á Dios conmigo para que jamás tenga yo que tocar á esta espada mas que para satisfacer la curiosidad de los estrangeros que quieran honrar con su visita la pobre morada del verdugo de Heidelberg.

Vi que habia llegado el momento de retirarme. Hice al señor Widemann la promesa que me pedia, le saludé y salí.

Era aquella la primera vez que habia tan completamente divagado, sin encontrar en una conversacion de media hora, una sola ocasion de tomar la revancha.

Por lo demas, no por eso dejé de cumplir al señor Widemann la promesa que le habia hecho, y sin duda ha sido eficaz nuestra comun plegaria, porque no he oido decir que desde mi visita haya tenido necesidad de desoxidar su espada.

## HEIDELBERG.

En esta ciudad universitaria volví á ver los rostros de estudiantes; eran absolutamente iguales á los de Bonn; lo que constituye entre ellos las diferencias de fisonomías, es la diferencia de las pipas.

Era hora muy á propósito para visitar las ruinas antes de almorzar. Me puse, pues, á trepar por la montaña, y al cabo de un cuarto de hora, estábamos en el patio del castillo palatino. Como Königstein es tambien una ruina de nuestra época, solo que esta data de Luis XIV, y se remonta á la guerra del Palatinado; es ciertamente una de las mas hermosas y pintorescas que existen.

El interior del castillo, (porque algunas habitaciones están todavia cerradas y habitadas) conserva dos cosas curiosas, una para los anticuarios, la otra para los bebedores: estas dos cosas son el gabinete del señor Carlos de Graimberg y el gran tonel de Carlos Teodoro.

Hace treinta años que el señor de Graimberg entró en las ruinas de Heidelberg con intencion de verlas; detúvose en ellas todo el dia, y volvió al siguiente y aun al otro, hasta que al fin descubrió una especie de habitacioncita, desde cuya ventana se gozaba una vista tan hermosa, que pidió permiso para llevar alli una cama. Desde aquel tiempo la habita.

Desde entonces, con una paciencia maravillosa, el señor Carlos de Graimberg ha reunido todo lo que hacia relacion al castillo y á la ciudad de Heidelberg: libros, grabados, cuadros; tanto, que su gabinete, ensanchado hoy con otras tres ó cuatro habitaciones, se ha convertido en una verdadera galeria, que él se apresura con extremo agrado á enseñar á los viajeros.

En cuanto al gran tonel, la historia es mas larga, porque es la de toda una dinastía; hubo un gran tonel I, gran tonel II, gran tonel III, y gran tonel IV.

Gran tonel I debió su nacimiento á Juan Casimiro, por sobrenombre el Piadoso. Un dia que desde lo alto de la azotea del castillo, se perdía su vista en aquellas llanuras y colinas cubiertas completamente de cepas, se le ocurrió la idea de construir, como Horacio, su monumento. Este monumento fué el gran tonel.

Juan Casimiro llamó á todos los toneleros que habia en su capital, y les declaró queria un tonel como no se habia visto jamás; por consecuencia les dió carta blanca, y les abrió sobre su tesoro un crédito ilimitado. Los artistas, picados en su honra, tomaron informes sobre lo que existía mejor en su género. Ha-

biendo sabido que lo mas célebre eran las pipas flamencas que contenian treinta ó cuarenta mil botellas, se encargaron de hombros y se pusieron á la obra. Al cabo de seis meses, los toneleros invitaron á Juan Casimiro á que fuese á ver su obra, á la que acababan de dar la última mano. El gran tonel contenia ciento cincuenta mil botellas.

Juan Casimiro quedó tan satisfecho de aquello, que calculando que no podia hacer cosa mejor, tomó el partido de morir, para quedar con su gloria.

Los entusiastas que despues de haber admirado la obra, quisieran tener una idea del que la ha ejecutado, encontrarán su estatua en el patio del castillo, en el piso interior de la capilla edificada por su sobrino; esta es la estatua cuya cabeza separada del tronco está inclinada hácia el fondo del nicho.

Una miserable bala de cañon lanzada de una bateria sueca la puso en este triste estado, el año de gracia de 1633 de la Encarnacion de Nuestro Señor Jesucristo.

Desgraciadamente sucedió al tonel de Juan Casimiro lo que sucede á todas las cosas humanas; los sucesos políticos hicieron se apartasen los ojos de él, se olvidaron llenarle; se secó, se hundió, y estalló; de modo que despues de la guerra de los treinta años, cuando el elector Carlos Luis bajó por si mismo á sus bodegas para ver con sus propios ojos la maravilla de Juan Casimiro, se decidió en consejo que lo mejor seria hacer uno nuevo. Era esto lisonjear la mania de Carlos Luis, á quien los laureles de su tío impedian dormir. Mandó se hiciese un nuevo tonel, el cual, tanto por el tamaño, como por la riqueza, hizo olvidar á su predecesor. Pusieronse los operarios á la obra, y el año 1664, el gran tonel II, fué terminado; era una tercera parte mayor que el otro, y contenia doscientas veinte mil botellas. Además, dice la historia, tenia sentado delante, sobre un leon tendido, una estatua de Baco coronado de pámpanos, y en la animada actitud que conviene al padre de la embriaguez; parecia que hacia un llamamiento á los bebedores, y les presentaba con aspecto de triunfo en su mano derecha una grande urna cincelada, y en la otra una copa de proporciónés no menos razonables.

Además, se habia dispuesto en la parte superior del tonel una plataforma rodeada de una barandilla en la que cuatro personas podian bailar una contradanza.

Los poetas quisieron concurrir á la obra nacional celebrando á Carlos Luis: una multitud de cuartetos que prometian la inmortalidad á uno por el otro, se grabaron á los lados del coloso, y el buen elector cerró sus ojos en la confianza de que una vez ejecutada tal maravilla el tiempo no gastaria su nombre. El tiempo se portó perfectamente.

Carlos Luis habia dado su hija única á Monseñor, hermano de Luis XIV. El elector

Carlos su hijo, acababa de morir sin sucesion, despues de un reinado de corta duracion; Felipe de Orleans reclamó la herencia paterna que recaia toda entera en su muger, herencia que le hubiese dado el derecho de votar en la dieta del imperio. Se le respondió que en Alemania no era costumbre que las hembras sucediesen en los señoríos, y que por tanto se debia contentar con la dote que habia recibido. Como á pesar de la validez de estas razones, no se satisficiese Monseñor, y se quejase á su hermano, Luis XIV emprendió la famosa guerra del Palatinado.

De esto resultó para Heidelberg el incendio de 1689.

Por mas precauciones que se tomen, no se quema un castillo sin que las bodegas se resientan; el calor de las llamas penetró hasta el tonel de Carlos Luis, el tonel chascó y se hundió.

Desgraciadamente habia otras cosas que hacer que pensar en acudir á sus gemidos, y por otra parte era de una corpulencia que no permitia se le trasportase. Le abandonaron pues, al cuidado de Dios, y Dios, que probablemente tenia en aquel momento cosa mas preciosa que guardar, dejó al pobre tonel retorcerse, hendirse y saltar como su predecesor gran tonel I. En este deplorable estado permaneció cuarenta años.

En fin, gracias á la paz de Riswick que habia devuelto á Juan Guillermo los estados paternos, los electores volvieron á tomar posesion, no ya del castillo de Heidelberg, sino de las ruinas de Heidelberg. Carlos Felipe habia oido hablar por tradiccion de un gigantesco tonel que debia estar encerrado en las bodegas del castillo. Tuvo curiosidad de penetrar en ellas, y haciendo quitar los escombros de las escaleras, llegó á ver con gran trabajo el coloso.

Carlos Felipe era un apreciador de lo bello: le asombró la magestad que conservaba gran tonel II en su desgracia. Resolvió como hijo piadoso, reparar la obra de sus padres, y el año 1727, bajo la direccion del tonelero de la corte, Eugler, la maravilla de Carlos Luis, revisada, corregida y considerablemente aumentada, volvió aparecer bajo el nombre de gran tonel III.

Pero esta vez se dió á la magestad nombrada de nuevo una guardia digna de ella; era la estatua del bufon Perker, quien no se acostaba nunca sin haber bebido en el día de diez y ocho á veinte botellas de vino: era difícil encontrar mejor palladium.

Desgraciadamente los grandes toneles se iban en compañía de los reyes. Por una desgracia que la historia de la dinastía bávara atribuye á la fatalidad, al cabo de veinte y tres años de reinado, gran tonel III falleció, atacado de una grieta invisible que hacia que nada le pudiese parar en el cuerpo.

Esta desgracia sucedió en el reinado de Carlos Teodoro, por el año 1750.

Carlos Teodoro tenía acerca de la legitimidad los principios mas positivos: mandó se preparase todo para la inauguración del gran tonel IV; pero instruido por la esperiencia de lo pasado, no descuidó nada para asegurar á este cuarto monarca un reinado largo y tranquilo.

Los artistas se escedieron, y gran tonel IV hizo su aparición en 1751, despues de haber devorado en su vasto recipiente doscientas treinta y seis mil azumbres, es decir cerca de trescientas mil botellas.

Este coloso, mas feliz que sus predecesores, habiendo atravesado las guerras y las revoluciones, es el que se presenta hoy á la curiosidad de los viageros, para cuya mejor comodidad se han colocado á su alrededor, escalas, escaleras y galerías. Un pobre tonel comun, que parece de muñecas, está colocado entre él y la estatua de Perker, como punto de comparacion. No obstante, segun el parecer de los verdaderos aficionados, el pobre tonel enano vale mas con mucho que el orgulloso gigante: aquel está lleno, y este otro vacío.

Esta es la imágen del pueblo y de ciertas magestades del siglo XIX.

Como empezábamos á tener el estómago tan vacío como su magestad gran tonel IV, volvimos á la fonda, y oímos gran ruido en la sala de los estudiantes. Había habido un duelo notable por la mañana, y se bebía grandemente cerveza, en loor del vencedor, y á la curación del vencido; y esto acompañado de *Hurra* y de *Wivallerallera* hasta no entenderse.

En otro tiempo, es decir, de 1806 á 1820, las universidades estaban divididas en tres secciones.

Había el Rey de los Asesinos, especie de Viejo de la Montaña, á quien estaban subordinados los iluminados, que debían por medio del puñal, librar al mundo de sus traidores y sus tiranos. Estilo de la época.

Había el Rey de la Espada, especie de don Quijote que debía, al menos tres veces por semana, batirse para entretener la mano y conservar su poder.

Había, en fin, el Rey de la Cerveza, especie de esponja que debía beber, no tres, no seis ni doce botellas, sino estar bebiendo siempre.

Segun que cada uno tenía el genio republicano, caballeresco ó báquico, se agregaba á cada uno de sus tres poderes. Los había bastante ricamente dotados por la naturaleza para reunirse á los tres. Estos eran objeto de la admiración general; se les señalaba con el dedo cuando pasaban, y *las mas antiguas casas*, las mismas *casas añejas* les cedían el paso, y con mayor razon, como se concibe, los *zorros*, *pinzones* y los *philistins*.

El Rey de los Asesinos se ha eclipsado. Acaso la magestad existe aun en algun subterráneo de la Baviera, en algun antiguo castillo de la Franconia, ó en alguna espesura de la Selva Negra; pero sea lo que quiera no se oye hablar de él.

En cuanto á los otros dos reyes continúan floreciendo, y á pesar de estar el duelo severamente prohibido, no hay semana que no se verifiquen tres ó cuatro en cada universidad. Por lo demas, tranquilicense nuestros legistas, estos duelos, aunque siempre sangrientos, rara vez son peligrosos. He visto en Heidelberg un anciano doctor en cirugía quien me dijo que en cincuenta años próximamente que habitaba la ciudad, no había visto mas que dos casos mortales: sucumben muchos mas bebedores que duelistas; lo cual prueba que la cerveza se digiere allí con mas dificultad que el acero.

Debe decirse tambien en honor de la verdad que el modo como beben algunos estudiantes tiene algo de milagroso. El Rey de la Cerveza de la universidad de Heidelberg, por ejemplo, bebe á eleccion doce frascos de cerveza ó seis de vino, es decir, doce botellas de zumo de lúpulo, ó seis botellas de zumo de uva, mientras dan las doce de la noche. Así no le llaman generalmente mas que *der trichter*: el embudo.

Por lo demas, la vida de los estudiantes es variada. Al amanecer, el *studiosus* despacha su duelo, si ha tenido la suerte de preparar uno. En el caso contrario, sirve de padrino á su camarada mas feliz que él; en seguida vuelve á almorzar, despues de lo cual asiste á la clase de filosofía, de teología, de medicina ó de botánica. A las once, vuelve á la sala de armas; al medio dia recorre la ciudad y los paseos, echando la mayor porción de humo que puede por medio de su pipa, y el mayor ruido posible por medio de sus espuelas. Sigue algunas veces un curso particular cuya clase dura desde las dos hasta las tres. Quédale hasta las doce de la noche para hacer ladrar los perros, jurar á las muchachas, condenar á los ciudadanos, y preparar su duelo del dia siguiente.

Cuando el estudiante tiene un duelo, entra en la taberna para buscar en ella padrinos, y decide con ellos, segun las reglas del *comento*, la gravedad del negocio.

Uno de nuestros mas célebres colaboradores ha publicado ya particularidades muy curiosas sobre esta parte de las costumbres del estudiante alemán. Nosotros hemos podido juzgar por nuestra misma vista de la realidad de esas noticias. Puesto que la ilación de nuestro asunto nos arrastra á nuestro pesar, séanos permitido, completarlas con su continuación, dando algunos nuevos detalles.

El *comento* es el código caballeresco de las universidades, el evangelio de los matones,

El *comento* entra en los mas minuciosos detalles sobre el grande asunto del duelo; contiene un catálogo de injurias, no por alfabeto, sino por progresion ofensiva: la escala de los términos injuriosos empieza por la palabra *imbécil*. La palabra *imbécil* exige una reparacion ruidosa: ratero no es mas que una bicooca en su comparacion.

El que no exigiera una reparacion por la palabra *imbécil* seria castigado con el *werchiss*, ó pequeña escomunion, de la que puede ser relevado batiéndose en un tiempo dado con otro de sus camaradas; pero si deja pasar el tiempo sin rehabilitarse, es un hombre deshonrado y puesto en el boletin del imperio universitario. Todos pueden desde entonces insultarle impunemente, sin verse obligados á darle satisfaccion.

El *comento* es al mismo tiempo el regulador de la venganza. Cada epiteto ofensivo tiene al márgen el número de los asaltos que exige. El estudiante sabe esto como nuestro industrial su código: deja á su arbitrio fijarse en la simple reclusion ó llegar hasta galeras.

Convenido el duelo, se previene al instante mismo á los celadores. Los celadores son la contra-policia de los estudiantes; en Heidelberg hay cuatro. Los bravos se escalonan desde la puerta de la ciudad hasta la casita donde debe verificarse el duelo; porque, como se presumirá, estando severamente prohibido el duelo, no puede verificarse al aire libre. El sitio del combate es, pues, para la universidad de Heidelberg una posada pequeña situada en un valle en la vertiente opuesta del monte Kaisersthul. Los celadores reciben cuarenta sus siempre que están de servicio. Teniendo por objeto este gasto el honor del cuerpo, se saca de la masa comun; de modo que el mas pobre como el mas rico estudiante, está seguro al menos de batirse tranquilamente.

Al dia siguiente, al amanecer, los celadores están en su puesto; unos lo pasan fumando, otros hablan con los aldeanos madrugadores que van á la ciudad. Este está tendido orilla de un foso y duerme al parecer; aquel pesca en el Necker, pero todos dedican solo un ojo á lo que aparentan hacer, mientras fijan el otro en lo que realmente hacen.

Seguros que el camino está vigilado, salen los estudiantes; los adversarios y sus padrinos llevan la hoja de su *schleguer* ó su *espadon*, desmontada. Esta hoja la guardan en el pecho y todo á lo largo por el muslo, y en un bolsillo el puño y en el otro el guardamonte. El cirujano de rigor lleva su estuche, sus hilas y sus vendas. En fin, los curiosos, porque los curiosos tienen siempre el derecho de ser admitidos, siempre que sean de la universidad, los curiosos van en seguida, y son como los escuderos del señor de Marlboroug, que no llevaban nada, ó como Jausion que llevaba tan solo su baston.

Todo lo largo del camino se pregunta á los celadores. Si los auspicios son contrarios, se da media vuelta á la derecha, entran en la ciudad, y el duelo se aplaza para el siguiente dia; si las señales cambiadas son tranquilizadoras, continúan su camino y llegan á la posada. El posadero conoce el negocio: tratase de derramar un poco de sangre en el suelo y mucha cerveza en la mesa.

La posada es una linda casita pintada de color de rosa y melocoton, y toda rodeada de flores. Allí se baten toda la semana, y se baila los domingos y dias festivos; porque se baila al otro lado del Rhin, á pesar de que todos los viajeros que han escrito acerca de aquel interesante pais no han hablado mas que del wals. Verdad es que se necesitan trombones, redoblatantes voluminosos y timbales para poner en movimiento á un alemán; pero una vez conseguido, no se detiene: es un coreógrafo al vapor; baila con la fuerza de ciento veinte caballos.

Por lo demas, el salon de baile y el de armas, están separados por un lindo jardinito donde hay mucha sombra y muchos perfumes. Esta es una atencion del dueño de la posada, que ha querido que si habia una disputa en el baile, se pudiese ventilar en el acto. Como se ve, la posada de Kaisersthul, es un paraiso.

Al llegar al salon, los estudiantes empiezan por encerrarse en él con el mayor cuidado; despues, mientras los padrinos arreglan las condiciones del combate con el *comento* en la mano, los adversarios van á vestirse.

En Alemania, pais escéntrico si los hay, no se baten como entre nosotros para matarse sencillamente, se baten por batirse, y como batirse es un placer algo mas peligroso y mas vivo que los demas, no quieren privarse de él en poco tiempo. En consecuencia, en vez de quitarse el frac, se ponen otro traje, ó mas bien se cubren con una armadura completa.

Esta armadura se compone de un fieltro de anchas alas que libra la cabeza y da sombra á los ojos; de un inmenso cinturón que semejante á una pechera de sala, defiende el pecho y el vientre; de una media maravillosamente reenchida que en lugar de ponerse en la pierna, se pone en el brazo, y protege desde el hombro hasta el puño; en fin, de una corbata fermidoriana que cubre las carótidas y la traquearteria; de modo que casi no se presenta al adversario mas que una pequeña superficie de la megilla y la punta de la nariz.

Olvidaba una cazoleta que se sujeta á la hoja de la espada por medio de una virola, y que tiene tal estension, que los burlones, vista su semejanza con el objeto indicado, la llaman la sopera de honor.

Añadamos que está prohibido dar estocada, y que no se puede herir mas que de corte.

Salvo la aplicacion mas ó menos exacta de la palabra, no hay gran peligro para un estu-

diente, á pesar de algunas sangrientas escepciones, en ser llamado imbécil.

Entre cada asalto, y mientras los combatientes descansan sobre la punta de su espada, dos mozos barren los pedazos de sombrero, de cinturón, de corbata y de manguito que los adversarios han hecho saltar luchando; despues, dada la señal, vuelve á comenzar el combate para cesar ó comenzar otra vez, hasta que las prescripciones del *comento* se hayan cumplido rigorosamente. Sucede frecuentemente que el duelo se termina, no sin dolorosas contusiones, pero sin heridas graves.

Se han desollado: hé aqui todo.

Es preciso que el gobierno prusiano sea un gobierno muy paternal para prohibir semejantes distracciones.

No quise partir de Heidelberg sin hacer mi visita á la posada de Kaiserstuhl, pero no teniendo el honor de ser estudiante, no pude ser admitido mas que en la sala de baile.

Como no habia en aquel momento ni bailarines ni orquesta, se comprende que no presentaba un interés bastante vivo para detenerme por mas tiempo. Volvimos inmediatamente á Heidelberg, y como no eran mas que las dos de la tarde, hicimos enganchar los caballos al carruage y nos dirigimos hácia Carlsruhe, á donde no llegamos hasta las once de la noche.

## CARLSRUHE.

Al dia siguiente por la mañana, al abrir mi ventana, desde la fonda de Inglaterra, vi que tenia ante mis ojos la mas hermosa vista de Carlsruhe, es decir, la plaza del Mercado.

Carlsruhe es una capital en miniatura; tienen en pequeño lo que las demas ciudades tienen en grande: un teatro, una iglesia, una pirámide y un obelisco. Como no hay mas que una plaza, el gran duque tiene todos esos monumentos á la mano, lo cual no deja de ser cómodo. Ademas, como la ciudad está dispuesta en forma de abanico, y como todas las calles tiradas á cordel desembocan en el castillo, S. A. no tiene mas que ponerse al balcon, y simplemente con la vista, ve todo lo que pasa en su capital; lo cual debe simplificar singularmente el empleo de esa honorable institucion llamada policia.

Un capricho del gran duque Carlos ha dado nacimiento á la ciudad; tenia costumbre de cazar en el bosque de Hartwald, y despues de dedicar cierto tiempo á este ejercicio, ir á descansar en un banco de madera situado

en un parage por el que tenia particular predileccion. Un dia se le ocurrió la idea luminosa de que seria mas cómodo para él descansar en un buen castillo que en un mal banco. A la siguiente caceria hizo ir á su arquitecto y le enseñó el sitio en cuestion. El arquitecto le encontró perfectamente elegido, y en el otoño de 1713, pudo el gran duque descansar en la nueva construccion. De ahí el nombre de Carlsruhe ó *Descanso de Carlos*.

Un amigo mio, hombre de gran imaginacion, que ha tenido la desgracia de permanecer en Carlsruhe durante cuatro años como ministro residente de Francia, me decia que era la ciudad mas fastidiosa de la Alemania, que es sin embargo, el pais de las ciudades fastidiosas.

Yo no he permanecido mas que una noche y medio dia en Carlsruhe, y soy exactamente del parecer del señor ministro residente.

Al salir de la capital del gran duque, se atraviesa por un puente de un solo arco, un rio de ocho pies de ancho; este es el Nilo de la pirámide y del obelisco de la Plaza Mayor.

Al cabo de tres horas estábamos en Rastadt, antigua residencia de los margraves de Baden-Baden. Destronada por Carlsruhe, pereció en la humillacion la pobre ciudad, con sus dos plazas donde crece la yerba, y un castillo que se desmorona. Desmoronado como está, y enseñando su esqueleto de ladrillo á través de su desgarrada piel de estuco, no por eso dejó de recibir la visita que le hice en razon de sus recuerdos históricos. Aunque no contuviese ningun recuerdo que mereciese fijar la atencion en él, es una maravilla de mueblage de fines del siglo de Luis XIV.

El castillo de Rastadt fué construido por disposicion de la margrave Sybilla Augusta, que debia ser muger de gran gusto y mucha imaginacion. Deseaba yo mucho haber permanecido dos ó tres dias en una de aquellas habitaciones de magníficos tapices, para leer en ella cómodamente las Cartas de madama Sévigné y las Memorias de Bussy-Rabutin. Me parece que haciéndose valer las unas á las otras, las habitaciones y los libros hubieran ganado en ello.

Por lo demas, al lado de las alfombras, porcelanas, y objetos de china de la margrave, que causarían las delicias de uno de nuestros gabinetes, se ven curiosidades no menos preciosas, reunidas por el margrave Luis Guillermo, su marido. Son los trofeos conquistados por él á los turcos, y que llenan dos habitaciones de armas y banderas. Una tercera está reservada á un trofeo no menos curioso; son cuatro retratos, de tamaño natural, cuatro mugeres del pachá, á quien el vencedor hizo prisioneras, y que llevó á Rastadt. Se asegura que esta fué la parte del botin peor recibido por la margravina.

Rastadt fué sitio de dos congresos; el primero verificado en 1714 entre el príncipe Eugenio y el mariscal de Villars. Todavía se ven á lo largo de la madera que forra la pared las manchas de tinta que echó el mariscal de Villars, arrojando en un momento de cólera, la pluma con que querían hacerle suscribir un artículo que miraba como indigno de la grandeza de la Francia.

Otro congreso se celebró allí que dejó manchas, no de tinta, sino de sangre; éstas no se han lavado, á pesar de haber salpicado al Austria. Queremos hablar del congreso de 1797, que duró hasta la primavera de 1799 y á consecuencia del cual Juan de Bry, Robergeot y Bonnier d'Alco fueron asesinados.

El asesinato se perpetró el 28 de abril de 1799. Hacia dos años, como hemos dicho, que el congreso se iba prolongando. Viendo el Austria que los negocios se arreglarían á satisfacción de la Francia, rompió bruscamente las conferencias. Al anuncio de aquel rompimiento, los plenipotenciarios franceses contestaron que solo la fuerza podría alejarlos del puesto donde la nación les habia colocado, y que permanecerían en Rastadt hasta que la nación los llamase. Al saber esta respuesta, los austriacos acometieron la ciudad, y sus destacamentos, interrumpiendo las comunicaciones con la Francia, cogieron las cartas que aquellos escribían al gobierno. Bonnier d'Alco, que era presidente de la diputación, recibió entonces orden de volver á Strasburgo, y se dispuso á dejar la ciudad, verificándolo el 28 de agosto, amenazando al Austria con la cólera del Directorio. Mas apenas los tres diputados que seguían el camino del Rin en dos carruages, llegaron á Reinhan, un destacamento de húsares de Szecklers, que salió de repente de la Selva Negra, los acometió sable en mano, mataron á Robergeot en los brazos de su muger, y arrancando del carruage á Bonnier d'Alco y Juan de Bry, dejaron al primero muerto al pie de un árbol y al segundo moribundo en el camino real; en seguida, apoderándose de todos los papeles relativos á la misión, volvieron á internarse en el bosque de donde habian salido.

Entonces, con un valor sobrehumano, la viuda de Robergeot, la muger de Juan Bry, que estaba en cinta, y las dos hijas de este último, volvieron á colocar en los carruages al herido y los muertos, y emprendieron otra vez el camino de Rastadt para pedir allí, á los once plenipotenciarios todavía en aquella población, justicia por aquella violación del derecho de gentes. Pero, viudas y huérfanas, por mas que hablaran á nombre de la Francia, no obtuvieron otra cosa que un sumario redactado por el ministro de Prusia y firmado por todos sus colegas, en que se certificaba el asesinato, y reconocía á los asesinos como húsares del regimiento austriaco de Szecklers.

Juan de Bry curó de sus heridas. A su vuel-

ta al Consejo de los Quinientos, de que era miembro, fué nombrado presidente. En cuanto á Bonnier, su sitio en el Consejo de los Ancianos permaneció dos años vacío, y su asiento se cubrió con un crespon; al leer su nombre, lo cual se hacia en cada apertura, el presidente respondia: ¡Venganza!

Desde lo alto de la torre del castillo, terminada en una estatua de Júpiter de bronce dorado, y desde la que se descubre un magnífico panorama, se puede conseguir del conserje que señale el sitio del bosque donde se perpetró el triple asesinato que acabamos de referir.

Bajando de la torre, se encuentran en el corredor otros dos retratos, no en pie, sino en patas: son las efigies de dos gigantescos gatos.

El primero, victima de la destreza del margrave Luis Guillermo, es un magnífico gato salvaje que S. A. mató en una cacería en la Selva Negra.

El segundo, favorito de la margravina Sibylla Augusta, conociendo la importancia de tal posicion, ha dejado memorias escritas por él mismo, á ejemplo de todos los grandes personajes. Como tienen la ventaja de ser un poco mas laónicas que aquellas con que nos ha abrumado la imprenta moderna, las han escrito por bajo de su retrato. Hélas aqui:

«He venido aqui de edad de dos años, y pesando diez y ocho libras. En cuatro años que hace estoy cerca de mi augusta señora, he comido tantas magníficas gallinas, capones asados y grasientas ánades, que he llegado á pesar treinta y tres libras.»

Aquí están interrumpidas las memorias, habiendo arrebatao una indigestion al respectable Rodillard á sus trabajos gastronómicos y literarios.

El conserje me aseguró que aquellas cortas líneas eran las que habian dado á Hoffmann la idea de su Gato Moor.

El castillo de Rastadt nos habia hecho agradables los edificios de la margravina Sybilla: por tanto, resolvimos visitar al dia siguiente la Favorita, subir por el valle de la Murg, y volver á Baden por Stanfemberg. Llevar á efecto esta idea, era hacer una gran jornada.

Nuestra primera visita fué al castillo de la Favorita. No se describe semejante castillo; es preciso verle. Las personas que no tienen otra cosa mejor, vayan, pues, á ver el castillo de la margravina Sybilla; acaso es el mas perfecto modelo en su género. Data de 1725: era la bella época.

Solo una cosa perjudica algo al efecto del conjunto, y es los catres de caoba, y las cortinas de algodon, amarillas y encarnadas, que el gran duque actual ha introducido de un modo estravagante en medio de aquellas maravillas de la regencia.

Asegúrase que la sombra de Sybilla vuel-

ve allí, y que su castigo en el otro mundo por los pecadillos que cometió, es ver esas cortinas y esos calres, entre aquellos muebles encantadores que se han hecho por sus propios diseños.

Si esto es cierto, preciso es que sus pecados sean mas gordos que lo que se asegura, ó que la encantadora margravina haya conservado aduladores hasta despues de su muerte. Nos despedimos de ella, deseándole un término inmediato á tan cruel pena.

En Konppenheim se entra por el valle. Konppenheim es una linda ciudad pequeña con mil quinientas ó mil ochocientas almas, situada en una posicion muy pintoresca: sin embargo, como no ofrece nada de curioso, no nos detuvimos en ella mas que el tiempo de almorzar, y continuamos nuestro camino.

Al salir de Konppenheim, nos enseñó nuestro guia la aldea de Rothenfeltz, y sobre la roca cuyo sangriento color ha dado nombre á la aldea, las ruinas de un antiguo castillo.

He aqui lo que se refiere del último señor que le habitó.

Era un hombre sombrío y severo, que tuvo sucesivamente tres mugeres, que habian desaparecido no se sabe cómo, únicamente se decia que á los tres años de matrimonio con la primera, vió que no le daba hijos, y la envenenó para casarse con la segunda. Pero á los tres años, permaneciendo estéril la segunda, se arregló de modo que pudo casarse con la tercera, de la que se habia deshecho tres años despues como de las otras dos.

Vivia pues aislado en su castillo, sin parientes ni amigos, haciendo recaer su cólera sobre sus pobres colonos; á quienes obligaba á trabajar de un modo tan terrible, que muchos murieron de fatiga; y en el número de estos últimos se encontraba un pobre anciano llamado Gottfried. Muchos sintieron su muerte en la aldea, en primer lugar porque era muy querido, y ademas porque dejaba una huerfanita de edad de siete años.

Asi los aldeanos se hicieron su reparto proporcional, y resolvieron que serian comunes los gastos que ocasionára el criar á la pequeña Clara. Felizmente no era un gran gasto, porque de otro modo los vasallos del conde Rothenfeltz eran tan pobres que no hubiesen podido satisfacerle. Tratabase sencillamente de un pedazo de pan todos los dias y un vestido todos los años. En cuanto á lo demas de vestir, la niña que hilaba maravillosamente, lo hacia con sus manos, y el tejedor de la aldea se lo tejia gratis.

Pasáronse siete años durante los cuales Clara creció, y se hizo una jóven bonita. A muchos inspiró amor; pero á quien ella preferia sobre todos era al jardinero del castillo. Como por las funciones que ejercia

tenia ocasion de ver algunas veces á su ámo, le pidió muchas veces permiso para casarse; pero el conde siempre se lo habia negado. En fin, una vez que se aventuró á hacerle una nueva peticion:

—¿Y con quién quieres casarte? le preguntó el conde.

—Salvo vuestro permiso, monseñor, es con Clarita.

—¿Y quién es Clarita?

—Monseñor, respondió el jardinero con algun embarazo, es la hija del pobre Gottfried.

—¡Ah! si, ya sé, respondió el conde; ¿es la que llaman la huérfana, no es así?

El jardinero hizo una señal afirmativa.

—¡Y bien! envíamela. ¿Dicen que hila maravillosamente?

—Ni mas ni menos que la Virgen Santísima, monseñor. La abuela del Roken es quien la ha enseñado.

—¡Razon de mas! tengo obra que darla. Si quedo contento de ella, ya veremos.

Y acompañó estas palabras con una sonrisa tan estraña, que el pobre jardinero, en lugar de alegrarse de la especie de promesa que le habia hecho el conde, tembló por todos sus miembros por si tenia malos deseos acerca de la pobre Clara; pero era ya demasiado tarde y era preciso hacer lo que el conde habia mandado. Clara fué, pues, advertida por su amante de que tenia que ir al castillo al dia siguiente.

Clara obedeció. Encontró al conde sentado junto á una ventana que daba al cementerio de la aldea. Se aproximó á él temblorosa.

—¿Deseábais verme, monseñor? balbuceó la pobre niña.

—Sí, respondió el conde.

—Vedme aqui, monseñor.

—Escucha, dijo el conde; se dice que despues de la vieja del Roken, eres tú la mejor hilandera del valle del Murg.

—Monseñor, yo no hilo mejor que otra; solo que, en lugar de cantar mientras hilo, rezo, de modo que Dios bendice mi obra.

—En ese caso, ven aqui, dijo el conde.

La jóven obedeció.

—Mira por esa ventana.

La jóven obedeció tambien. La ventana, como hemos dicho, daba al cementerio.

—¿Ves allá abajo aquella fosa? continuó el conde.

—¡Ay! respondió la jóven; es la de mi padre.

—Como ves, está toda cubierta de ortigas.

—Las ortigas crecen muy bien sobre los sepulcros, murmuró suspirando la doncella.

—¡Pues bien! añadió el conde; he oido decir á mi nodriza que las ortigas daban hilo mas fino que la mas fina seda. Hilame una pieza para dos camisas con esas ortigas: una será tu

camisa de boda, la otra mi camisa de muerte. Cuando me traigas las dos, daré mi consentimiento para tu casamiento.

—¡Ay, monseñor! respondió la jóven Clara; jamás he oído decir que se hiciese hilo con ortigas, y no sé cómo se puede hacer eso.

—Infórmate. Tu matrimonio será con esa condición.

—¡Pero monseñor!

—He dicho. Vete, y no vuelvas aquí sino con las dos camisas.

La pobre Clara salió llorando. A la mitad del camino de la aldea, se encontró al jardinero, que la esperaba. Le refirió lo que había pasado, y le preguntó si había oído decir alguna vez que se hiciese hilo con ortigas.

—¡Ay, sí! respondió el pobre muchacho; pero hilo tan fino, que necesitarías mas de veinte años, y la vieja Roken mas de quince para hilar esas dos camisas. Así, es como si nos hubiese dado una negativa.

—Es preciso, sin embargo, no desesperar aun, respondió la jóven. Esta noche iré á la tumba de mi padre, y rezaré tanto, que acaso Dios tendrá piedad de nosotros, y vendrá á nuestro socorro.

Pero su amante movió la cabeza, y como vió que el conde miraba por la ventana, temió ser castigado por haber abandonado un momento su trabajo, y se volvió al jardín. En cuanto á Clara, bajó hácia la aldea, y cuando llegó la noche, se fué al cementerio y se arrodilló ante el sepulcro de sus padres; y oró tanto y tan profundamente, que no vió que la vieja del Roken había entrado tras ella, y estaba en pie á su lado, esperando que hubiese terminado su oración. Mas como la pobre niña continuaba rezando:

—Clara, la dijo la buena anciana; ¿qué os ha sucedido que llorais así, y llorais rezando?

Y Clara lanzó un grito de alegría, porque había conocido la voz de la anciana del Roken, aun antes de verla, y como se decía en la aldea que era una buena hada, pensó que el socorro que esperaba del cielo había llegado. En su consecuencia, se arrojó en sus brazos refiriéndole todo lo que había pasado entre ella y el castellano.

—¿No es más que eso, mi buena Clarita? dijo la anciana sonriendo. En ese caso, puede arreglarse todo, y dentro de tres meses tendréis vuestras dos camisas.

Y dichas estas palabras, se puso á arrancar las ortigas que crecían en la tumba de Gottfried, y habiendo llenado su delantal, salió del cementerio repitiendo á la huérfana que no se inquietase por nada, y Clara, que tenía una grande confianza en las palabras de la anciana, volvió á su casa mas tranquila.

Seis semanas habían pasado desde aquel día, y el conde, que no había vuelto á ver á Clara, no pensaba ya en ella, cuando cazando en la montaña, se fué persiguiendo á una lie-

bre, y pasando por delante de una gruta, vió una anciana que hilaba con rueca; pero tan á prisa, con tal habilidad, y tan bien, que salía de sus dedos un hilo muy fino. Detúvose y aproximándose á ella:

—Buenos días, buena anciana, la dijo; ¿sin duda hilais vuestra camisa de boda?

—Camisa de boda, camisa de muerte; á vuestro servicio, monseñor, murmuró la anciana.

El conde sintió á su pesar un estremecimiento. Pero serenándose al punto

—Hé ahí un hilo muy bueno, la dijo; ¿dónde lo has robado?

—No lo he robado, monseñor, respondió la anciana: es simplemente del producto de la tierra de la tumba del buen Gottfried, es cáñamo de ortigas. ¿Vuestra señoría no ha oído decir á su nodriza que las ortigas dan hilo mas fino que la mas fina seda?

—Sí, sí, he oído decir eso, respondió el conde cada vez mas conmovido. Pero creí que sería un cuento de brujas.

—Pues no era un cuento, dijo la anciana.

—¿Y para quién hilais así?

—Para mi buena Clarita, la novia del jardinero del castillo, á quien el castellano de Rothenfeltz ha encargado dos camisas. Si conocéis al castellano de Rothenfeltz, mi señor, decidle que dentro de seis semanas estarán hechas sus camisas.

El castellano conoció que se desmayaba á su pesar, y avergonzado de su debilidad, puso su caballo á galope sin responder; en cuanto á la anciana, continuó hilando, cantando una de esas antiguas canciones que se cantan en las veladas del invierno.

Tres meses, día por día, despues del en que había encargado las camisas á Clara, el señor de Rothenfeltz vió entrar á la jóven; llevaba una camisa bajo cada uno de sus brazos.

—Monseñor, dijo, ved aquí las dos camisas que me habeis encargado; están tejidas con las ortigas que cubrian la tumba de mi pobre padre. He cumplido fielmente vuestras órdenes, espero que vos cumplireis fielmente vuestra promesa.

En efecto, el señor de Rothenfeltz, como había prometido, ordenó para el día siguiente las bodas de Clara y del mozo jardinero, y cuando el capellan del castillo acababa de echarles su bendición, le fueron á buscar apresuradamente de parte del castellano. Le había acometido una hemorragia y se moría.

Y por la noche, en el momento mismo en que dos jóvenes doncellas ponían á Clara su camisa de boda, dos ancianas amortajaban al castellano con su camisa mortuoria.

## PEDRO DE STAUFFENBERG.

A medida que se sube por el valle del Murg, el país es mas agreste y salvaje. El riachuelo, todo lleno de tablas, vigas y árboles apenas despojados de sus ramas, corre hácia el Rhin, al que va á llevar el tributo de la Selva Negra. Se creeria viajar por uno de los bonitos desfiladeros del Oberland y del Delfinado. Las decoraciones de la Opera cómica han desaparecido para dar lugar á una naturaleza grande y bella.

Guernsbach es en cierto modo la capital de aquel pequeño rincon de apartada tierra; es una linda ciudad de dos mil habitantes próximamente, llena de actividad, cuya industria consiste en el serrage de las tablas que le proporcionan los magníficos abetos de la Selva Negra. Al estremo de la gran calle, ó mas bien de la única calle de que creo se compone, se encuentra un sendero que conduce al antiguo castillo de Eberstein; esta era la residencia de los antiguos condes de este nombre, que en el siglo X se aliaron con la familia imperial. Hé aqui con qué motivo.

En 938, habiendo batido el emperador Othon en Alsacia á Giliberto, duque de Lorena, y deseando reducir bajo su obediencia á los condes de Eberstein, que habian adoptado el partido del vencido, resolvió, para conseguir el fin que hacia difícil la situacion admirable del castillo, anunciar un gran torneo en Spira: nadie dudaba que los tres condes de Eberstein, atraidos por el deseo de mostrar su valor y destreza, responderian al llamamiento que hacia á la nobleza de Alemania, y que entretanto le seria fácil apoderarse del nido, estando fuera de él las águilas. En consecuencia todo se preparó, y quedó convenido que durante el baile que seguiria al torneo se intentaria la espedicion.

Como lo habia previsto el emperador, los tres condes no fueron los últimos en ir á Spira; el mayor ganó el premio el primer dia, y fué coronado por mano de la princesa Hedwige, hija del rey Enrique y hermana del emperador. Esta victoria le dió ademas el derecho de empezar por la noche el baile con ella.

El conde de Eberstein era tan bello como valiente, y tan galan como bello; resultó de aqui que la princesa Hedwige, al ver un caballero tan perfecto se enamoró de él. Por su parte, el conde la habia encontrado muy hermosa; pero jamás se hubiese atrevido á esperar tan elevada alianza; de modo que juró ocultar aquel amor en su pecho.

Mas hé aqui que bailando con la princesa Hedwige, le dijo esta:

—Tened cuidado, conde de Eberstein, mien-

tras vos sois aqui vencedor, acaso sois vencido en otra parte. Esta misma noche, por sorpresa, deben tomar vuestro castillo.

El conde dió gracias á la jóven apretándola la mano, y terminó su contradanza sin que un solo músculo de su rostro revelase el aviso que habia recibido; luego, cuando la hubo llevado á su sitio, fué á despedirse del emperador, diciéndole, que cansado de la jornada, y deseando estar descansado para el dia siguiente, le pedia en su nombre y el de sus hermanos, el permiso para retirarse á las habitaciones que les habian preparado. El emperador mandó que les condujesen á ellas; y en seguida, habiéndose asegurado por sus criados de que estaban ya encerrados, dió orden á sus tropas de que se pusiesen en camino, y volvió á presidir la fiesta.

Mas los tres condes de Eberstein, en vez de acostarse, bajaron por la ventana, y cogiendo sus tres caballos de la caballeriza, partieron á todo galope, y llegaron á su castillo, cuando los que debian atacarle estaban aun lejos.

De modo que cuando los hombres del emperador se presentaron, dos de los jóvenes condes habian tenido tiempo de armarles una emboscada, mientras su hermano mayor los esperaba en lo alto de las murallas. Por consecuencia todos quedaron muertos ó prisioneros, y ni uno escapó para llevar la noticia del desastre á Spira.

Mas en lugar de celebrar su victoria con fiestas y estrépito, los condes de Eberstein condujeron silenciosamente los prisioneros á los subterráneos del castillo, y habiendo despojado á los imperiales de sus vestidos, disfrazaron con ellos á sus soldados, y los colocaron á la puerta para hacer creer que el castillo habia sido tomado.

En efecto, al amanecer, llegó Othon con una escolta compuesta únicamente de doce de los caballeros mas de su intimidad, y viendo desde lejos su bandera imperial que flotaba en lo mas alto de las torres, batió palmas, y puso su caballo á galope exclamando: ¡Hurra! Eberstein está tomado.

Al verle, los soldados que habian recibido su consigna agitaron sus armas, y gritaron ¡Viva el emperador! De modo que no sospechando nada, entró Othon con su escolta en el patio del castillo.

Mas entonces cambiaron las cosas de aspecto; cerróse la puerta tras el emperador, los soldados de los tres condes salieron de todas partes armados, y Eberstein mismo se adelantó, con su casco en una mano y la espada en la otra, de modo que llevaba la cabeza y la espada descubiertas:

—Señor, dijo, es inútil que hagais ninguna resistencia; todos vuestros soldados han sido muertos ó hechos prisioneros, y vos mismo lo sois mio.

Entonces el emperador, viendo que lo que

le decía el conde era cierto, quiso tratar de su rescate y le ofreció llenar con monedas de plata los cascos de los soldados, y con monedas de oro los cascos de los oficiales. Verdaderamente era un rescate imperial el que ofrecía, porque había enviado para tomar á Eberstein doce oficiales y trescientos soldados.

Pero el conde de Eberstein le contestó que no necesitaba nunca oro ni plata mientras tuviese hierro y acero.

Entonces el emperador le ofreció darle en propiedad, y sin que dependiese de nadie, todo el valle del Murg, desde el sitio en que nace hasta el en que desemboca en el Rhin.

Pero el conde Eberstein le respondió que era bastante poderoso, puesto que aunque no poseía mas que un castillo, tenía en aquel castillo prisionero á su emperador.

El emperador, viendo que sus ofertas eran rehusadas, le dijo que fijase él mismo el rescate que quisiese, y que ese rescate, cualquiera que fuese, le sería concedido.

Al punto el conde Eberstein arrojó á un lado su casco y su espada, y poniendo una rodilla en tierra ante el emperador

—Señor, le dijo, os pido, no á título de rescate, sino á título de súplica, una cosa mas preciosa que todo el oro del mundo y todas las tierras del imperio. Pido la mano de la princesa Hedwige.

El emperador quedó por un momento pensativo; pero conociendo al punto que jamás encontraría para su hermana un caballero mas valiente y desinteresado que el conde de Eberstein

—Levantaos, hermano mio, le dijo, é id cuando querais á Spira á recordarme la palabra que os doy, y el dia en que vayais, tendreis el premio del rescate.

Y ocho dias despues, el conde Eberstein abria de nuevo el baile con la princesa Hedwige, pero esta vez era él quien hablaba en voz baja, y menos dueña de sí que su prometido, todos podian, dice la crónica, adivinar en su rubor lo que la decía.

Un descendiente del conde Eberstein y de la princesa Hedwige, fué el que perseguido por el conde Everard de Wurtemberg, antes que caer en manos de su enemigo, obligó á su caballo á saltar desde lo alto de la roca sobre que está situado el castillo, es decir, desde una altura de setenta pies, y quien, por una casualidad milagrosa, no habiéndose hecho daño alguno atravesó el Murg y se escapó. Todavía hoy se enseña al viagero el sitio desde donde se lanzó, y la tierra donde cayó, y el espacio que atravesó se llama el Salto del Conde.

Como el aspecto del valle era magnifico tomado desde aquel punto de vista, hicimos llevar allí nuestra comida: una desventurada botella de vino del Rhin, la última que teníamos, y que conservábamos con el mayor cuidado, por ser original del mismo Johannis-

berg, rodó por la pendiente de la roca, y dió el mismo salto que el conde, pero menos feliz que él se hizo mil pedazos.

A cosa de las tres, nos volvimos á poner en camino y bajamos de Eberstein por Stauffenberg; aquí habia tambien en otro tiempo un magnifico castillo del que todavía se ven algunos restos. Pero despues de la muerte del último conde, no atreviéndose nadie á habitarle, porque estaba ocupado, segun decian, por fantasmas, el castillo se arruinó. He aquí la aventura que dió lugar á esta creencia, todavía tan admitida hoy que á cierta hora prefieren los habitantes del valle dar un rodeo de media legua á pasar cerca de sus ruinas.

Pedro de Stauffenberg era el último de los condes de este nombre, mas á pesar de eso, no prometia la raza extinguirse en él, porque era un hombre de buena presencia, lleno de juventud y de fuerza, y uno de los mas valientes caballeros de todo el Rhingan.

Como en aquel momento se gozaba tranquilidad en las posesiones del imperio, Pedro habia depositado el casco y la coraza, y no pudiendo hacer la guerra á los hombres, se la hacia á los jabalies y venados del valle del Murg, cuando una noche, despues de una larga y fatigosa cacería, abrasado de calor y de sed, se acordó de una encantadora fuente en la que muchas veces habia apagado su sed; la fuente no debia estar lejos del sitio en que se encontraba, puso su caballo á galope, y oyendo á poco el murmullo del agua, saltó de su caballo, y afándolo á un árbol del camino, entró á pié en el bosque.

Apenas dió algunos pasos vió la fuente que buscaba, mas fresca y deliciosa que jamás la encontró y porque era en esa hora encantadora de la noche en que el rocío cae sobre la tierra y el vapor sube al cielo.

Pero esta vez la fuente no estaba solitaria como de costumbre: una preciosa jóven, que tenia al parecer quince ó diez y seis años á lo mas, estaba echada á su orilla, con el extremo de sus pequeñitos pies pendientes en el manantial, sosteniendo con su mano su cabeza coronada de flores, y mirando melancólicamente correr el agua. Al verla Pedro de Stauffenberg se detuvo, creyendo era una vision que tenia ante los ojos, porque jamás habia encontrado cosa semejante en la tierra.

Pero al ruido que hizo, la jóven levantó los ojos, y cogiendo de su lado una concha que parecia hecha de plata y lapis-lázuli, la llenó de agua y se la presentó al caballero, quien mirándola habia olvidado todo, calor, fatiga y sed. El caballero levantó la cabeza, bebiendo, mas cuando bajó los ojos y dirigió la vista hácia el sitio donde estaba la jóven, nada vió. En el sitio donde ella estaba; no parecia pisada la yerba, y las flores mas menudas estaban en pié en sus tallos llenas de frescor y humedecidas por el rocío; únicamente le pareció ver el agua agitada encalmarse poco á poco, como

si la bella desconocida se hubiese dejado deslizar en la fuente; pero cuando el agua quedó en calma, ya no hubo ninguna huella de su presencia, y á no ser por la bonita concha de lapis-lázuli y plata que tenia en la mano, el caballero hubiera creído que soñaba.

Acaso hubiera permanecido allí toda la noche, esperando á que volviese, si no hubiera oído la bocina de sus monteros, y si su caballo rechinando no los hubiese guiado hácia el sitio donde estaba; pero temiendo que tan gran acompañamiento asustara á la jóven y la impidiese volver, no solo aquella noche sino los dias siguientes, salió apresuradamente del bosque, mandó que nadie fuera á beber á la fuente, y emprendió con toda su gente el camino del castillo.

Al dia siguiente no quiso beber el conde mas que en su bonita copa de nácar; pero aunque su vino era de las mejores tierras del Rhin y del Mosela, estaba lejos de parecerle tan bueno como aquella agua pura del manantial, que le habia presentado la bella desconocida.

Por la noche, á la misma hora, Pedro de Stauffenberg salió solo de su castillo y se dirigió á la fuente: en el mismo sitio vió tendida á la jóven, quien al descubrirle, le saludó con dulce sonrisa. Su alegría fue grande, porque la vispera habia desaparecido sin darle ninguna esperanza de volver. La desconocida le hizo seña de que se sentara junto á ella, como si le hubiese esperado, y entonces el conde le preguntó cual era su nombre y donde vivia.

—Me llamo Ondina, respondió la jóven, y vivo cerca de aqui; frecuentemente os he visto venir á apagar la sed á esta fuente, y hé aqui porque os conocia.

Hacia como media hora que conversaban, cuando un corzo que sin duda iba á beber á su favorito manantial, hizo algun ruido; el caballero temiendo que fuese algun indiscreto, se volvió á mirar del lado donde se oia el ruido: mas cuando tranquilizado acerca de la causa quiso reanudar la conversacion con Ondina, Ondina habia desaparecido, y como la vispera, el agua removida le indicó que por aquel lado habia huido.

Como la vispera tambien permaneció el caballero aun largo tiempo esperando, mas nadie volvió á aparecer, y pasado cierto tiempo, se vió obligado á marcharse; sin embargo, no quiso dejar la fuente sin beber por segunda vez de aquella agua que le habia parecido tan sabrosa la primera, y como no tenia allí su bonita copa, se tendió en la orilla y aproximó su rostro á la superficie del agua; pero en lugar de verse retratado en el espejo de la fuente, le pareció que era la imágen de Ondina la que tenia enfrente, y cuando su boca tocó al agua, en lugar del contacto húmedo que esperaba, sintió la abrasadora impresion de dos labios: Pedro de Stauffenberg exhaló un suspiro de amor; un suspiro de amor que parecia salir

del profundo manantial respondió al suyo; los amantes habian cambiado su primer beso.

Pedro de Stauffenberg volvió al castillo casi ébrio de felicidad. En toda la noche pudo dormir, sentia sin cesar en sus labios la impresion de aquel ardiente beso, y se reprendia no haber perseguido á Ondina hasta el fondo de su retiro; luego por la tarde hacia mil proyectos á cual mas insensatos: á cada momento miraba al sol, porque la noche no llegaba.

Llegó al fin la noche. Pero mucho antes de la hora en que tenia costumbre de encontrar á Ondina, Pedro de Stauffenberg estaba junto á la fuente; pero la fuente estaba solitaria, y el pobre caballero se desesperaba, cuando de repente creyó oír un suave canto que salia del fondo del agua, y entre los lirios que cubrian la corriente del arroyo, vió aparecer la rubia cabeza de Ondina; hizo un movimiento para precipitarse hácia ella, pero la jóven le detuvo con una seña, y marchando sobre las anchas hojas de las plantas acuáticas que el peso de su cuerpo no hacia doblar, llegó á la orilla, cosa estraña, sin que el agua, que se deslizaba por su cuerpo en gruesas gotas semejantes á perlas, mojase al parecer ni sus cabellos ni sus vestidos. Luego que estuvo junto al caballero, se sentó como lo habia hecho la vispera; Pedro se puso de rodillas ante ella, la cogió las manos, y la miró tan tiernamente que no habia lugar á equivocarse acerca de los sentimientos que le inspiraba. Ondina sonrió, y despues de un momento de silencio durante el cual le miró con la misma ternura:

—Si, me amais, le dijo, porque aunque guardais silencio, leo en vuestro corazon; y yo tambien os amo; una hija de los hombres os hubiese hecho esperar esta confesion, y acaso yo hubiese obrado bien imitando á la hija de los hombres, pero, ya lo habeis visto, soy de otra naturaleza que la vuestra, y trasparente como el palacio de cristal que habito, no sé ocultar nada.

—¡Oh! qué feliz soy, exclamó el caballero, porque os amo lo que no puede decirse, y esto desde el primer dia que os he visto, y para siempre.

—¿Para siempre? murmuró Ondina, ved lo que decís, porque nosotras hadas de las aguas, no concedemos nuestro amor mas que con nuestra mano, ni nuestra mano sino con nuestro amor; y como somos inmortales, el juramento que hacemos nos liga por toda una eternidad; ¿os sucederá lo mismo respecto á vos?

—Yo no puedo comprometerme mas que durante mi vida, respondió el caballero; pero mientras me dure, os amaré.

—¿Estais seguro de lo que decís? preguntó Ondina; no hagais imprudentes promesas; ó no comprometais vuestra fé, ó que vuestra fé sea pura como el cristal de esta agua, firme como el acero de vuestra espada; pensad que el dolor que me causarais no seria un dolor momentáneo como el que causan las penas de

la tierra, sino un dolor eterno como los dolores del infierno.

Entonces el caballero puso su mano sobre la cruz de su espada:

—Tan cierto, la dijo, como me es imposible vivir sin vos; del mismo modo me es imposible seros infiel. Puedo morir, pero cesar de amaros, ¡jamás!

—Entonces, soy vuestra, respondió Ondina; fíjad vos mismo el día de nuestras bodas, y mañana encontrareis al despertaros la dote de vuestra prometida.

—¡Oh! mañana, mañana, exclamó el caballero, ¿por qué retardar un día el en que seamos felices?

—Mañana, dijo Ondina, porque yo tengo tanto deseo de ser vuestra, como vos de ser mio. Pensad únicamente esta noche en el compromiso que aceptais; mañana por la mañana aun será tiempo de veros libre de vuestra palabra; mañana por la noche estaremos unidos para siempre.

—¡Oh! ¡que no sea ya mañana por la noche! exclamó el caballero estrechando á Ondina contra su pecho; pero ella desprendiéndose de sus brazos, se puso en pié, y en seguida, inclinándose como una flor encorbada por el viento, depositó en los labios del caballero otro beso mil veces mas voluptuoso que el del día anterior; y marchando de nuevo sobre las anchas hojas de los lirios, hasta que llegó al sitio en que el manantial era mas profundo, se sumergió lentamente, saludando al caballero con su sonrisa y con la mano, y desapareció bajo las aguas.

Al día siguiente al despertarse, halló el caballero sobre la mesa que estaba en medio de su alcoba tres cestas: una llena de ambar, otra de coral, y la tercera de perlas: Ondina habia cumplido su promesa; aquella era la dote de la esposa. Pero nadie le pudo decir quién lo habia llevado.

El caballero saltó de su lecho y se vistió apresuradamente. Apenas habia acabado de ataviarse, le anunciaron que una porcion de doncellas se dirigian hácia el castillo. Corrió á su balcon, y reconoció á Ondina que se acercaba con la comitiva de una reina. Eran las ninfas de las aguas que le estaban sumisas desde el Necker hasta Kensing; estaban vestidas como ella, coronadas con las mismas flores que ella; sin embargo, á la primera mirada se diferenciaba á la reina de las esclavas. Pedro de Stauffenberg salió corriendo á su encuentro; y como la vispera por la noche habia avisado al capellan, quiso conducirle directamente á la iglesia, pero Ondina quiso aun hablarle antes por última vez, y el caballero la condujo á un gabinete; allí viéndose sola con él, le miró fijamente Ondina y leyendo en sus ojos las mismas promesas de amor:

—¿Habeis reflexionado bien? le dijo.

—No sé si he reflexionado, respondió el caballero, sé que no he pensado mas que en

vos, que no amo mas que á vos, que no amaré á otra.

—Pensad aun otra vez lo que acabais de prometer y lo que vais á hacer; porque si alguna vez vuestro corazon se enfria respecto á mí, ó late por otra, si de cualquier modo que sea me fnéseis infiel, por distante que esteis del sitio en que yo me encuentre, sois perdido, y tendreis una señal de vuestra próxima muerte. Este signo será la aparicion de este pie que veis; es la única y última parte que veriais de aquella á quien habeis prometido amarla siempre.

El caballero cayó de rodillas, y besando aquel pie tan lindo que era imposible creer llegase jamás á ser un signo siniestro, renovó el juramento de amar á Ondina hasta la muerte. Ondina era feliz creyendo; quedó, pues, facilmente persuadida, y en aquel mismo dia el capellan del castillo unió á los dos amantes.

Su felicidad fué grande, y durante un año aquella dicha, en vez de disminuir, no hizo mas que aumentarse, porque á los nueve meses dió á luz Ondina un hijo hermoso como su madre; pero pasado aquel año, Luis de Baviera, que á solicitud de Eduardo III de Inglaterra, habia declarado la guerra á Felipe de Valois, hizo un llamamiento á todos los caballeros que le estaban subordinados, y como Pedro de Stauffenberg era uno de los mas poderosos, y sobre todo uno de los mas valientes, se adivina que fué comprendido en este llamamiento.

Ondina vió llegar con terror el momento de una separación, y sin embargo, era demasiado celosa de la gloria de su marido para detenerle á su lado; asi que fué la primera á inspirarle el ánimo que le faltaba. Solo si, en su nombre y en el de su hijo le recordó su juramento y el riesgo que habia para él en faltar á él. Todo lo que puede inventar el corazon de promesas tiernas, le hizo Pedro de Stauffenberg: de modo, que Ondina le vió partir, sino consolada, al menos confiada.

Pasó el segundo año, durante el cual Pedro de Stauffenberg dió cima á magníficos hechos de armas, y durante el cual el conde de Brabante dió esplendentes fiestas á toda la corte de Inglaterra que habia ido á Bruselas. El duque de Brabante no tenia hijos varones, sino únicamente una hija de modo, que para asegurar su ducado en su familia, necesitaba un yerno de corazon valiente y de talento. Por su valor habia distinguido á Pedro de Stauffenberg, de modo, que habiendo llamado un dia al jóven caballero, se manifestó á él francamente, y le ofreció la mano de su hija y la supervivencia de su ducado. Pedro le dió gracias por el grande honor que queria hacerle, pero le confesó que estaba casado, y le refirió con quién y cómo. Entonces el anciano conde meneó la cabeza, no porque dudase de ello pues sabia que un hombre como Pedro era

incapaz de mentir, sino porque la cosa le parecia algo diabólica; despues, pasado un momento de silencio durante el que se arraigó esta creencia en su espíritu

—Creedme, mi jóven amigo, le dijo, no estáis obligado con semejante promesa, algo de mágia se encierra en eso.

Dos años antes, Pedro de Stauffenberg hubiese respondido que la única mágia que existia era el amor; pero habian pasado dos años desde su matrimonio, un año de posesion y otro de ausencia: le pareció que el anciano podria tener razon. No obstante, respondió al duque de Brabante que en el fondo de su corazon participaba de sus temores, pero que no por eso se creia menos comprometido por el juramento que habia hecho. Entonces el duque le propuso recurrir á las luces de monseñor el arzobispo de Colonia, Walrame de Juliers, que era un gran hombre en semejante materia, y Pedro de Stauffenberg, cuya ambicion se aumentaba por momentos á espensas de su antiguo amor, consintió en aceptar su arbitraje y prometió sujetarse á él.

Como se calculará, monseñor Walrame de Juliers fué del parecer del duque de Brabante, y aun añadió que semejantes alianzas estaban prohibidas por la Iglesia, y que era hacer una obra meritoria romperlas. Ante semejantes autoridades, Pedro de Stauffenberg, impulsado ya por su deseo secreto, no encontró objeciones que hacer: celebráronse los esponsales, y el matrimonio se fijó para de alli á ocho dias.

La vispera del dia en que debia verificarse el matrimonio, uno de los vasallos de Pedro de Stauffenberg pidió permiso para hablar á su señor. Iba á anunciarle que siete dias antes habia desaparecido su muger llevándose á su hijo. El caballero calculó las fechas; el momento de la desaparicion de Ondina correspondia minuto por minuto á la hora de los esponsales de Pedro. Con esto quedó mas convencido de que su primer matrimonio era obra de mágia, y que habia sido juguete de algun demonio que habia tomado la forma de una muger para hacerle caer en el lazo. Los poquitos remordimientos que sentia en conciencia desaparecieron, y se preparó alegremente para la ceremonia del dia siguiente.

Llegó por fin el dia señalado. Monseñor Walrame dió la bendicion nupcial á los nuevos esposos, y despues fueron á una casa de campo inmediata donde estaba preparada la comida. Despues de comer, debian ir los recién desposados á un magnifico castillo situado entre Lovaina y Malinas, y que era un regalo que el duque de Brabante les hacia.

Estaban en los postres, los mejores vinos del Rhin circulaban en las mayores copas que se habian podido encontrar. Todos estaban alegres y contentos. Pedro de Stauffenberg parecia participar de la alegría general, cuando de repente se fijaron sus ojos en la parte de pared que daba frente á él: un pié, tan

lindo y pequenito que no podia ser mas que el pié de una muger, salia de la pared, sin que se pudiese ver ninguna otra parte de aquella á quien pertenecia. Pedro recordó la prediccion de Ondina y la amenaza que á ella iba unida: por valiente que fuese, se le erizaron los cabellos, y un sudor frio le corrió de la frente, porque el peligro de que estaba amenazado era un peligro desconocido é invisible, un peligro al que no podia hacer frente, y por consecuencia, que debia intimidarle por bravo que fuera.

La vision duró algunos minutos, durante los que los ojos de Stauffenberg permanecieron constantemente fijos en la pared; en seguida desapareció.

Mas cualquiera que fuese la impresion moral producida en el caballero, tenia él bastante poder sobre sí mismo para ocultarla á todas las miradas; nadie se apercibió, pues, del arrobamiento en que su espíritu habia caido. Solo si se chancaron porque cesaba de comer y beber, pero respondió con tal oportunidad y buen humor, que nadie fijó ya en ello su atencion.

Llegó la hora de dejar la mesa. El castillo á donde debian ir los recién casados estaba situado á dos leguas próximamente de la casa de campo donde se verificaba la comida. A eso de las once, se levantaron de la mesa, y los convidados, montando á caballo, resolvieron conducir á los dos jóvenes hasta su mansion.

El cortejo se puso en camino: la noche era oscura, y apenas se veia bastante claro para seguir el camino mal trazado que conducia al castillo, cuando al pasar cerca de unas ruinas, se levantó una cosa como una sombra delante del caballo de Pedro de Stauffenberg, que espantado de aquella aparicion, dió un bote y echó á correr. Pero como se sabia que el jóven conde era excelente caballero, no hicieron mas que reir del capricho de su caballo, y continuaron avanzando, seguros de que no tardaria en reunirse á la comitiva despues de hacer entrar su caballo en razon.

Mas no fué así, parecia que el caballo del conde tenia un demonio en el cuerpo; asi que no se detuvo hasta despues de media hora. Intentó entonces el caballero orientarse, mas no era cosa fácil, porque como hemos dicho, la noche era muy oscura; mas al cabo de un instante, vió de repente iluminarse al horizonte los balcones de un castillo, y no dudó que era aquel á donde debia ir, y donde sin duda habian llegado antes que él los demas. Tomó al punto el camino atravesando tierras, y á medida que se aproximó, reconoció que habia calculado con exactitud; no estaba mas que á algunos centenares de pasos, cuando se encontró orilla de un riachuelo.

El caballero volvió los ojos á todas partes para buscar un puente; subió y bajó la orilla en distancia de un cuarto de legua próxima-

mente; pero viendo que no encontraba lo que buscaba, creyó que el río era vadeable, y lanzó en él su caballo.

Mas apenas Pedro de Stauffenberg estuvo en medio de la corriente, la misma sombra que habia ya espantado á su caballo salió del agua, y de nuevo se elevó ante él. Al verla se encabrió el caballo, derribó á su amo en el río, llegó á la orilla, y se lanzó hácia el castillo relinchando de terror.

Y de lo que sucedió al caballero nadie supo nada; porque, aunque al día siguiente la huella de las patas del caballo conducian directamente al sitio donde habia caído, y aunque aquel sitio se conocia hasta entonces como que no tenia mas que dos ó tres pies de profundidad, se habia hecho allí de repente un pozo, cuyo fondo ha sido aun hasta el día imposible saber.

En cuanto al castillo de Stauffenberg, como jamás pudo probarse que el conde habia muerto, puesto que no se habia encontrado su cadáver, el emperador no creyó que podía disponer de él, sino hasta que el castillo quedó arruinado.

Estas ruinas son las que, segun dicen los aldeanos, están habitadas por Ondina y su hijo.

## BADEN-BADEN.

Llegamos á Baden-Baden, que por la comodidad de las pronunciaciones francesas, llamamos Bade abreviado, á las ocho de la noche, con la intencion de detenernos allí todo el día siguiente.

Doce horas para ver á Bade cuando ha terminado la estacion de las aguas, son seis horas mas de las que realmente necesita un viajero concienzudo. Bade en el mes de octubre, es la mina sin los mineros, es la colmena sin las abejas.

Felizmente tenia yo conmigo un jóven, amigo amable y de imaginacion, conocido de mis lectores, que seis semanas antes, y despues de muchas tribulaciones, se me habia reunido en Francfort. Como estas tribulaciones no carecen de algun interés artistico, y por otra parte, en medio de ellas encontrarán nuestros lectores lo que en vano buscarian en mí, una pintura de Bade en la estacion de las aguas, sustituiré por un momento la prosa de Gerard de Nerval á la mia: como se vé, esto será muy cómodo.

El es, pues, quien habla:

«Bade es el Saint-Cloud de Strasburgo. El

sábado cierran los strasburgüeses sus tiendas y se van á pasar el domingo á Bade; esto es muy sencillo: ¿esta circunstancia no quita algo á la aureola aristocrática de Baden-Baden? Las grisetas del jardin Lips codean en el baile del sábado á las condesas de Alemania y las princesas de Rusia, porque la presentacion en el *Circulo de los estrangeros*, con que se hace tan gran ruido en Baden, no excluye á nadie mas que á las mugeres con gorra, los obreros con chaqueta, y los soldados.

«Heme aquí, pues, caminando un sábado como un simple strasburgüés, pero caminando en posta, á la una, por un camino lleno de carruages. Se trata solo de poder llegar en la misma tarde y poderse vestir para el baile. Atravesamos los mercados, hacemos saltar chispas de lo que sirve de piso en las calles de Strasburgo, simple guijo que el asfalto amenaza invadir. Costeamos el arsenal y seiscientos cañones apilados en los patios como *salmones* de plomo. Seguimos la isla de verdosas aguas, rodeada de militares que pescan todo el día, cebando sus sedales con langostas, medio económico que rara vez les sale bien. Dejamos á la derecha el monumento de Desaix, esculpido en piedra encarnada, en medio de sauces llorones. Dejamos tambien atrás la aduana francesa, los dos brazos del Rhin, y nos encontramos al fin frente á frente de la aduana de Kehl.

«La aduana de Kehl es un personaje muy bondadoso y de mucha expedicion. ¿Y qué podríamos nosotros, efectivamente, introducir en Alemania? Guantes de París, damasco de algodón, blondas, cigarros de regalia, cachemiras Ternaux. Este seria un comercio poco lucrativo. Verdad es que nosotros tenemos la pretension de introducir allí ideas, pero esto no es tambien mas que una pretension.

«El camino es recto como una vía férrea; en la singular comarca que atravesamos, todo es ó montañas ó país llano; nada de colinas, de accidentes de terreno. Los prados son magníficos; los caminos vecinales, con hileras de árboles frutales, tienen con que escitar el entusiasmo del general Bugeaud. A ratos seguimos el Rhin, que serpentea á la izquierda, y como á la mitad del viage, el fuerte Luis se nos presentaba al horizonte. El camino atraviesa muchas aldeas bastante feas. Despues nos aproximamos al fin á esas montañas de color de violeta, que parecen tan próximas cuando se las mira desde lo alto de las murallas de Strasburgo. Estas son las verdaderas montañas de la Selva Negra, y sin embargo, su aspecto nada tiene de terrible. Pero cuando veremos á Bade, la ciudad de las fondas, asentada en el flanco de una montaña, por la que sus casas van trepando poco á poco como un rebaño al que falta la yerba en el llano? ¿Su anfiteatro célebre por sus ricos edificios, no se nos aparecerá antes de llegar? No; no veremos nada de Bade antes de entrar en él. Una

larga calle de álamos de Italia, cierra como el telon de un teatro esa maravillosa decoracion que parece la escena preparada de una ópera pastoril. Hay que colocarse en otra parte para gozar de este gran espectáculo. Tomad vuestras entradas para el *Salon de conversacion*; pagad vuestro abono, ocupad vuestro asiento, y entonces, en medio de las galerias de Chabert, oyendo las melodias de una orquesta que toca al aire libre todo el día, podreis gozar del aspecto de todo Baden, de su valle, de sus montañas, si el bondadoso Dios tiene cuidado de encender convenientemente su araña, é iluminar los bastidores con sus hermosos rayos de estio.

«Porque á decir verdad, y esta es la impresion que nos causa al principio, toda aquella naturaleza tiene cierto aire artificial. Aquellos árboles están cortados, aquellas casas están pintadas, aquellas montañas son vastos telones corridos sobre bastidores, por donde los aldeanos bajan por senderos *practicables*, y se busca en el cielo del fondo si alguna mancha de aceite va á descubrir al fin la mano del hombre y á disipar la ilusion. Se tendrá fé, allí sobre todo, en aquella fantasia de Enrique Heine, que siendo niño se imaginaba que todas las noches habia allí criados que iban á arrojar las praderas como si fuesen alfombras, descolgaban el sol, encerraban los árboles en un almacén, y que al día siguiente por la mañana, antes que nadie se hubiera despertado, volvian á poner todas las cosas en su sitio, limpiar los prados, arreglar los árboles, y encendian la lámpara universal.

«Y por otra parte, nada que venga á alterar aquel pequeño mundo ideal; llegais no por un camino pedregoso y lleno de lodo sino por los enarenados paseos de un jardín inglés. A la derecha, bosques, grutas talladas en las rocas, ermitas, y aun una fuentejilla, adorno sin precio, por la escasez de este liquido, que se vende por vasos en todo el país de Baden; á la izquierda un riachuelo (sin agua) que tiene espléndidos puentes y en sus orillas verdes sauces que no desearian otra cosa que sumergir en él sus ramas. Antes de atravesar el último puente que conduce á la posta *Gran Ducale*, se ve la calle del Comercio de Bade, que no es otra cosa que un ancho paseo de encinas, á lo largo del cual se estendén magníficos bazares: osténtanse allí telas de Sajonia en cajas de Inglaterra; cristaleria de Bohemia, porcelana, mercancias de las Indias, etc., todas esas magnificencias prohibidas entre nosotros, cuyos atractivos arrastran á las señoras de Strasburgo á crímenes políticos, que nuestros aduaneros reprimen con ardor.

«La fonda de Inglaterra es la mejor de Baden, y su salon comedor es mas magnífico que ninguno de los comedores parisienses. Desgraciadamente la gran mesa se sirve á la una (esta es la hora á que se come en to-

da la Alemania) y cuando se llegue mas tarde, lo mejor que hay que hacer es ir á comer á la casa de Conversacion.

«En general, se come muy bien en Baden, las truchas del Mourgue, son dignas de su reputacion. Se come allí la caza fresca y no corrompida. Es un sistema culinario que da lugar á diversas luchas de opiniones. Las chuletas se sirven fritas, los pescados grandes asados en parrillas. La resposteria es mediana, los puddings son admirables.

«Ha entrado la noche: grupos misteriosos vagan bajo la sombra y recorren furtivamente los ribazos de césped de las colinas. En medio de un vasto parterre rodeado de naranjos, la casa de Conversacion se ilumina, y sus blancas galerias se destacan sobre el fondo espléndido de sus salones. A la izquierda está el café, á la derecha el teatro, en el centro el inmenso salon de baile, cuya araña es tan grande como la de nuestra ópera; la decoracion interior es de un estilo Pompeya, algo clásico, las estatuas trascienden á academia, las colgaduras recuerdan el gusto del imperio. Pero el conjunto es deslumbrador y la reunion que allí se apiña es del mejor tono. La orquesta ejecuta walses y sinfonias alemanas, á las que la voz de los que cantan no temen mezclar algunas notas discordantes. Estos señores han elegido el idioma francés, aunque sus puntos pertenecen en general á la Alemania y á la Inglaterra. «*El juego está hecho, señores, ¡nadie pone mas! ¡oros ganan! ¡bastos pierden! ¡trece, negro, paso!*» He aquí las frases obligadas que salen de las tres mesas verdes, de las que la mas concurrida es la del *treinta y cuarenta*. Causa admiracion el número de damas lindas y personas distinguidas que se entregan á estos juegos públicos. Yo he visto madres de familia que enseñaban á sus hijos á jugar por los palos, á los mayorcitos les prometian ensayarse en las pintas. Todo el mundo sabe que el gran duque de Tessé es el pie mas exacto del juego en Baden. Este principe lleva, segun dicen, todas las mañanas 42,000 florines que pierde ó cuadruplica durante el día. Una especie de estafermo le sigue á todas partes cuando cambia de mesa, y permanece detrás de él, á fin de observar á los que están inmediatos. Al que se aproxima demasiado, dirige este inspector observaciones: «¡Caballero, incomodais al príncipe! ¡caballero estais haciendo sombra á las cartas del príncipe!» El príncipe no se vuelve, no habla, no ve. De seguro podrian berirle por detrás sin que su fisonomia demostrase saberlo. Solo que el estafermo os diria con el mismo tono glacial: «¡Vuestro pie acaba de tocar al príncipe, tened cuidado, caballero!»

«El sábado, el día de gran baile, un tabique divide el salon en dos partes desiguales, de la que la mayor se deja á las parejas de baile;

solo los abonados son recibidos en esta última. No podeis formaros una idea de las muchas espaldas blancas, rusas, alemanas ó inglesas que vi en aquella reunion. Dudo que ninguna ciudad de Europa esté mejor situada que Baden para esta exhibicion de bellezas europeas, donde la Inglaterra y la Rusia compiten en brillo y blancura, mientras que las formas y la animacion pertenecen mas á la Francia y á la Alemania. Allí, Jaconde encontraría motivo de suspirar sin correr el mundo al acaso.

«Allí, don Giovanni formaría su lista en una hora, como una lista de restaurant, pronto á seducir en seguida á todas las que haya inscrito.

«¿Qué os diré, por otra parte, de ese baile, sino que son aquellos felices paises donde se baila en el verano mientras los balcones están abiertos á la brisa perfumada, la luna riela sobre el césped, y refleja en lontananza en los azulados flancos de las colinas, cuando podemos irnos á respirar á ratos bajo las oscuras calles de árboles, y se ven las mugeres lindamente ataviadas constituir el adorno mas bello de galerías y balcones? Estas tres cosas, belleza, luz y armonía, necesitan tanto del aire atmosférico, de las aguas y follaje, y de la tranquilidad de la noche. Nuestros bailes de invierno de París, con el ahogado calor de los salones, el aspecto fangoso de las calles, la lluvia que azota los balcones, y el terrible frio que nos espera á la salida, son una cosa bastante fúnebre. Y nuestras máscaras de febrero, no nos preparan mejor á la cuaresma que la muerte.

«Jamás, pues, ha habido un hombre rico en París, que haya concebido esta idea muy natural: ¡Un baile de máscaras en la primavera! Un baile que comience á las espléndidas luces de la noche; que termine con los tintes azulados de la mañana. Un baile donde se entra alegremente, de donde se sale con alegría, admirando la naturaleza y bendiciendo á Dios. ¡Máscaras sobre el césped, á lo largo de las azoteas, que vienen y desaparecen por los sombríos caminos, salones abiertos á todos los perfumes de la noche, cortinas que flotan al viento, bailes donde no falta el aliento, donde el cutis conserva su frescura! ¿Todo esto no es mas que un sueño de jóven que la moda se negará siempre á tomar por lo sério? El invierno, ¿no tiene bastantes conciertos y teatros sin apoderarse tambien de los bailes y las mascaradas del estío?

«Pero digamos algunas palabras acerca de la fiesta del gran duque, á que asistí.

«¿Qué fiestas imaginar en una ciudad perpetuamente de funcion? El medio de distinguir este dia seria no hacer ninguna, suprimir las orquestas, los bailes, los teatros, las iluminaciones de todas las noches. ¿Mas acaso tendremos paradas, grandes revistas? He ahí de lo que es bueno informarse.

«En efecto, la ciudad hace grandes cosas. A las diez, misa mayor y *Te-Deum*, tanto en Baden como en Sichtenthal; á medio dia, revista, parada, marchas militares; por la noche una pieza de hadas en el teatro aleman, compuesta en honor del gran duque de Baden; todo el dia cañonazos de cuarto en cuarto de hora; pero no poseyendo la ciudad ningun cañon, sospechamos se ha acudido á otro procedimiento para obtener esas detonaciones que se reproducen á lo lejos en las montañas.

«El camino de Lichtenthal se cubre de carruages, paseantes, ginetes; es todo el movimiento, todo el lujo, todo el brillo de un paseo parisiense. Lichtenthal es el Longchamps de Baden. Lichtenthal (valle de luz) es un convento de religiosas agustinas, que cantan admirablemente. Sus plegarias son cantatas, sus misas óperas. Este retiro romántico, esta cartuja risueña, es, dicen, el asilo de los corazones lacerados. Allí van á curarse de los amores profundos; pásase allí una temporada de tres, seis, nueve meses con el dolor, pero ¿quién sabe cuanto tiempo puede sobrevivir el tratamiento á la curacion?

«En verdad, es aquel un claustro de heroínas de leyenda, un monasterio con las ideas de Mad. Cottin y de Mlle. Riccoboni. Los edificios se apoyan en una montaña que á ciertas horas, proyecta en la ladera la tenebrosa sombra de los pinabetes. El rio de Baden corre al pie de las murallas, pero no presenta en ninguna parte bastante profundidad para poderse convertir en tumba de una trágica desesperacion; su eterna voz se queja por entre las rojizas rocas; pero una vez en la tersa llanura, ya no hay mas que una roca del Lignon, una pacífica corriente del Tendre, á lo largo de la que van á bajar los corderos de la aldea, peinada su lana y adornados con cintas segun el gusto de Watteau. Ya comprendéis que los rebanos forman parte del material del pais, y son conservados por el gobierno como las palomas de San Márcos en Venecia. Toda esta pradera que compone la mitad del paisaje se parece á la pequeña Suiza de Trianon. Como efectivamente, el pais entero de Baden es la imágen de la Suiza en pequeño, la Suiza, sin sus ventiscas y sus lagos, sin sus frios, sus nieblas y sus ásperas subidas; es necesario ir á ver la Suiza, pero es preciso ir á vivir á Baden.

«La iglesia del convento está situada en el fondo del patio grande, teniendo á la derecha la casa del claustro, y á la izquierda, al volver la esquina, una capilla gótica nueva, donde están los sepulcros de los margraves y todos los vidrios históricos que se han podido recoger, y leyendas inscriptas en mármol. Ahora representaos una decoracion interior de la iglesia de un Pompadour exorbitante, santas con trages mitológicos, en las actitudes las mas amaneradas del mundo, llevadas, sostenidas,

acariciadas por diablillos de ángeles, desnudos como amores. Las capillas son gabinetes; adornos grotescos se enlazan al rededor de encantadores medallones y de pinturas escogidas de Vanloo. Dos altares tan solo llevan la imaginación á ideas lúgubres, presentando á la vista religiosas muy bien conservadas de San Plus y de San Benedicto; pero aun en eso se ha buscado el medio de hacer la muerte presentable y casi coqueta. Los dos esqueletos, bien limpios, barnizados, engastados con plata, yacen en un lecho de flores artificiales, musgo y conchas, en una especie de bandeja de espejos. Tienen coronas de oro y follage; un cuello de encaje rodea las vértebras de su cuello; y cada una de sus costillas está adornada de una cinta de terciopelo encarnado bordado de oro, lo cual parece una especie de ustillo calado del mas caprichoso efecto. El aspecto ridiculo y penoso á la vez de esta mascarada de esqueletos, sólo puede compararse al de las momias de un duque de Nassau y de su hija que se enseñan en Strasburgo en la iglesia de Santo Tomás. Es imposible despoetizar mejor la muerte ni mofarse mas amargamente de la eternidad.

«Al presente, resonad, notas severas del canto de iglesia, notas prolongadas y llenas que traducis esos idiomas del cielo, el idioma sagrado de Roma. ¡Órgano magestuoso, esparce tus sonidos como oleadas al rededor de esa nave medio profana! ¡Voces inspiradas de las santas doncellas, lanzan al cielo entre el canto del angel, y el trino del ave! La multitud es grande y digna de asistir al santo sacrificio. Los extranjeros tienen el sitio de honor, ocupan el coro y las capillas laterales. Los habitantes del pais llenan modestamente el centro de la iglesia, arrodillados sobre la losa ó sentados en sus bancos de madera.

«Aquí comienza la misa mas singular que he oído jamás y que conozeo, no obstante las misas italianas. Era una misa acompañada de violines y ejecutada muy alegremente. No tardaron en detenerse los cantantes, y las hermanas agustinas bajaron de una especie de gran camaranchon, colocado detrás del órgano y cubierto con una espesa celosía. En seguida no se oyó mas que una sola voz que cantaba una especie de aria, á la antigua usanza italiana. Eran giros, floreos increíbles, bordados capaces de hacer perder la cabeza á Mad. Damoreau y la voz á Mlle. Grisi. Esto acompañado de una música del tiempo de Pergolése lo menos. Ya comprendereis mi placer; á nadie quiero ocultar que aquella música, aquel canto, me trasportaron al tercer cielo.

«Después de la misa, subí al locutorio: el locutorio no desdecía de lo demás; un verdadero locutorio de novelas, el locutorio de Marianne, de Melania, y aun si quereis, el locutorio de Vert-Vert. ¡Qué felicidad encontrarse en pleno siglo XVIII de repente y completamente! Desgraciadamente, no tenía ninguna reli-

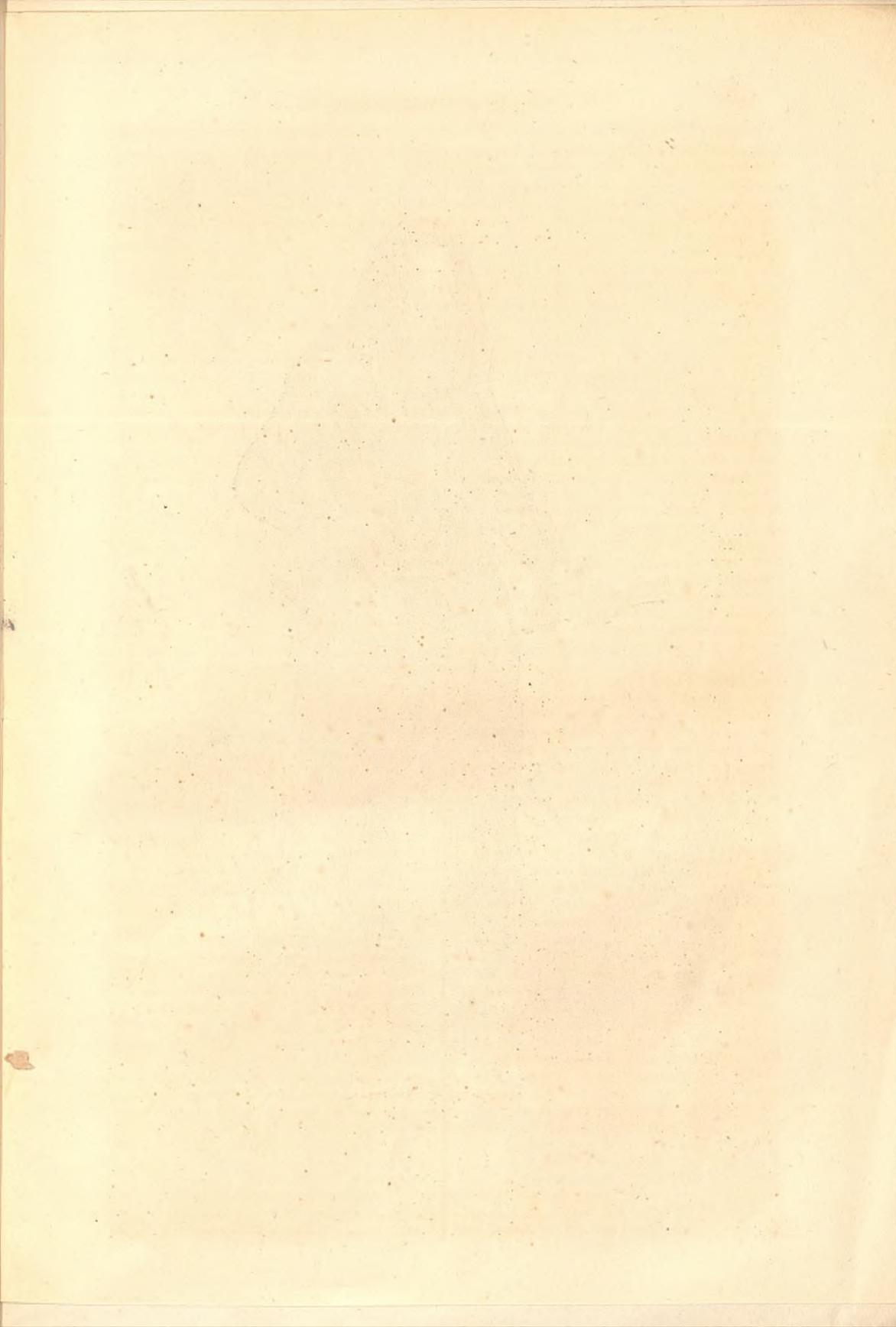
giosa á quien llamar, y me contenté con ver pasar dos jóvenes novicias azules que llevaban crema de café á la señora superiora. Se vuelve á Baden siguiendo el curso del rio, ¡pero qué rio! No es navegable mas que para los patos; los gansos hacen allí pie casi en todas partes; no obstante, orgullosos puentes le atraviesan de todos lados, puentes de piedra, puentes de madera, y hasta puentes colgantes. No podeis imaginaros hasta qué punto atormentan aquel pobre hilo de agua limpida que nada queria mejor que ser simple arroyo. Han construido portazgos al otrolado de la ciudad, á fin de que cuando pase por allí presente mas superficie. Cuando se anunció en Baden la llegada del emperador de Rusia, se habló de echar algunos cubos de agua en el riachuelo para hacerle pasar al estado de rio.

«Mas dejemos en paz el pobre riachuelo de Baden-Baden, el pais menos linfático del mundo. Un rumor circula por toda la ciudad. ¿Qué sucede? Es el ejército del gran duque que atravesaba por el paseo: cincuenta hombres de caballería, cien hombres de infantería, ocho tambores y veinte y cinco músicos. Esta magestuosa revista me da una idea bastante pobre de la educación militar de las tropas badenesas. Pero mas tarde supe que aquellos soldados no eran mas que honrados trabajadores del campo del pais, que van los dias de parada al castillo donde los visten, y en seguida devuelven fielmente aquel trage prestado. Las fuerzas militares de Baden no se componen en realidad mas que de doscientos uniformes un poco usados, con equipo completo, que queda á eleccion de la ciudad rellenar con cualquiera clase de figuras, cuando quiere dar á los extranjeros una idea de su poder.

«Las diversiones de la fiesta se reducian á las de todos los dias.

«Vamos á pasar á la pieza de circunstancias representada en el teatro aleman en honor del gran duque y su familia. Aquí sobre todo, es preciso alabar la intencion. Guirnaldas de flores y verdadero follage adornaban el antepedcho de los palcos, cuyas bellas espectadoras adornaban mejor el interior.

«Levantado el telon, se adelanta una actriz en trage de Thalia, y pronuncia algun centenar de versos en elogio del gran duque reinante. Creíamos que la pieza se reducía á un monólogo, cuando otra actriz, vestida de Melpómene, llega á reprender á la otra porque no habla mas que del soberano actual y olvida á su predecesor. Entonces estas dos musas conversan en estrofas alternativas, como los pastores de la égloga, reproduciendo cada una los diversos méritos del soberano y de su padre. Luego se levanta un busto por una trampa del fondo de la escena, y las dos van á depositar en él guirnaldas. Una Gloria corona el todo, y llamas azules y rojizas acompañan este cuadro final. No era esto mas ridiculo que la fiesta de la ceremonia de Molière en





Turena.—Pág. 153.—O.

el Teatro francés, pero lo era tanto. Una fuerte lluvia que ha caído toda la noche hubiera impedido los fuegos artificiales si los hubiese habido en el programa; lo cual sin duda haría que sintieran no haberlos anunciado los directores de la fiesta.»

### TURENA.

Me ajusté con un alquilador de carruages por tres thalers; mediante esta módica suma que corresponde á doce francos de Francia, tuve un carruage de cuatro asientos, y un conductor que se comprometió á detenerse en el sitio donde fué muerto Turena. Poética é históricamente es casi la única cosa que hay que ver de Baden á Strasburgo.

El camino que seguíamos para ir á Salzbach costea la Selva Negra, en cuyo lindero se interna algunas veces, pero para reaparecer casi al punto en el llano. Por lo demas, nada menos terrible, nada menos en relacion con su sombrío nombre, que aquellos lindos bosquecillos de verdura que se escapaban como una franja festonada de la vasta alfombra del Schwartzwald.

Almorzamos en Bühl; terminado el almuerzo, volvimos á subir en nuestro coche, y atravesamos aun dos pequeñas aldeas; en fin, el conductor detuvo los caballos á la entrada de otra, y se presentó á la portezuela anunciando que estábamos en Salzbach.

Apenas se detuvo nuestro carruage se precipitó hácia nosotros una multitud de niños; eran otros tantos cicerone que se ofrecían á enseñarnos el monumento de Turena, y que citaban á competencia el sitio, el día y la hora en que aquel gran general fué muerto; en efecto, hace ciento sesenta y tres años Salzbach vive con aquella muerte.

En medio de aquella multitud no tardó en presentarse con una gravedad que indicaba su rango, el cicerone con patente. Al verle, todos aquellos pequenuelos que habian querido apoderarse de nosotros, se dispersaron.

El cicerone nos ofreció enseñarnos primero la bala que mató á Turena. A esto respondí, que fiel observador de las leyes de la cronología, deseaba ver primero el sitio de su muerte, y despues la bala que la habia causado; pero el cicerone, que queria desembarazarse de su bala, insistió de tal modo, que no creí deber contrariar á aquel buen hombre por cosa tan insignificante; por otra parte, reflexioné que, cronológicamente hablando, podria muy bien

tener razon, siendo la bala la causa, y la muerte tan solo el efecto.

Es una bala muy linda de á cuatro, muy limpia, muy insensible al parecer al honor que la han hecho de conservarla como una alhaja, y que no aparenta estar convencida de con el mismo disparo haber herido á un marqués y muerto á un grande hombre.

El guia me dijo al oido que por cierta cantidad, la aldea de Salzbach, muy apurada en aquel momento, consentiria en deshacerse de aquel precioso objeto. Este ofrecimiento, que me recordaba los que me habian hecho en Ferney y en Fontainebleau del baston de Voltaire y la pluma de Napoleon, me dejó, á pesar de lo que era de agradecer, en una impasibilidad completa. Respondí que estaba yo mas apurado aun que la aldea de Salzbach, lo cual, por tanto, me privaba del placer de presarle aquel servicio, pero que conocia un inglés que poseia ya la bala que se habia llevado la cabeza al duque de Berwick, y que como estaba convencido de que agradecería sobremanera tener la pareja, le enviaria á Salzbach, si tenia el honor de encontrarle en mi camino. Esta respuesta me pareció tranquilizar algun tanto á nuestro cicerone acerca de la futura colocacion de su proyectil.

Nos pusimos en camino conducidos por él, y despues de un cuarto de hora de marcha, llegamos al sitio donde, despues de tres meses de marchas y contramarchas, llegando en fin á aquel punto donde la ventaja de su posicion le presentaba todas las probabilidades de la victoria, Turena, visitando una batería que habia mandado establecer, fué muerto por una bala, que despues de haber rozado el tronco de un nogal, y llevándose el brazo del mariscal Saint-Hilaire, fué á atravesarle el pecho. Turena cayó como habia caído el mariscal de Berwick, sin pronunciar una sola palabra.

El nogal existe aun, y el cicerone, llevando hasta el extremo desempeñar sus funciones con conciencia, intentó enseñarnos en su tronco nudoso y seco la señal de la bala austriaca.

En el sitio donde murió Turena, se elevó un monumento. El reconocimiento de Luis XIV habia vencido el odio de Louvois; verdad es que era una simple piedra, con esta triple inscripcion en francés, latin y alemán.

*Aquí fué muerto Turena, el 27 de julio de 1675.*

El 27 de julio de 1829, el ciento cincuenta y cuatro aniversario de ese gran suceso, el rey Carlos X, sin pensar que tocaba él mismo al destierro, solventó la deuda que el mezuquino monumento de su abuelo Luis XIV no habia pagado mas que á medias. Una columna de granito gris, de una sola pieza, y alta de veinte y cuatro pies, se erigió en el mismo

sitio en que el vencedor de las Dunas habia caido; léese en ella la inscripcion siguiente:

*A Turena,  
muerto en Salzbach el 27 de julio de 1673.*

Las entrañas de Turena fueron enterradas en la pequeña ciudad de Achern, situada á media legua de Salzbach. El cuerpo fué trasladado á Francia y enterrado en Saint-Denis, de donde en conformidad á un decreto del Directorio, fué sacado el 16 de agosto de 1799, para ser depositado en un sarcófago tallado á la antigua, y trasladado al museo de los monumentos franceses. En fin, el 23 de setiembre de 1800, por orden de Bonaparte, le volvieron á su primer sepulcro, y despues de haber pasado de Saint-Denis al museo de los monumentos franceses, se detuvo definitivamente bajo la cúpula de los Inválidos.

Bonaparte preveia ya que depositaba allí aquel noble cadáver para acompañar algun dia á Napoleon.

En Achern se divide el camino; el de la izquierda continúa internándose en el gran ducado de Baden; el de la derecha conduce á Francia.

Detrás de Achern y Salzbach se eleva la montaña Dettonik-Gross, una de las mas altas de la cadena á que pertenece, y en cuya cima se encuentra el Mummelsée, lago cuyo fondo no se ha podido encontrar, lo cual, como se concibe, en un pais tan poético como lo es el Ringaw, ha dado lugar á una multitud de tradiciones á cual mas fantásticas.

En primer lugar, si se atan en un lienzo balas ó guijarros, en número impar, y se suspende encima del lago, el número se vuelve par; si se suspende par, el número se vuelve non, lo cual como se ve, es ya un lindo juego de cubiletes.

Pasemos á otra cosa.

Un dia un pastor guardaba su ganado en las orillas del lago: de repente vió salir del agua un toro de color oscuro que tenia las pezuñas palmeadas, y que fué á mezclarse con sus bueyes; un momento despues salió á su vez un enano del agua, corrió tras del toro oscuro, le llevó hasta el lago, le obligó á sumergirse y se sumergió con él, murmurando de que no tenia perro para guardar su ganado. Al invierno siguiente estaba el lago helado; un aldeano pasó por él con dos bueyes que arrastraban troncos de árboles, y nada le sucedió, á pesar del peso enorme que acarrea; detrás de él iba su perro, el hielo se rompió bajo los pies del perro, y desapareció. Desde entonces nadie dudó que el enano del lago habia cogido el perro del aldeano para guardar su rebaño marino.

Otro dia, vió un cazador de gamos, al pasar orilla del lago, un hombrecillo que estaba sentado en la ribera con las piernas pendientes en el agua; tenia entre sus manos una multitud de

perlas y pedazos de ámbar y de coral, que contaba ocultándolos en su camisa, abierta por el pecho. Ocurrióle entonces al cazador la mala idea de apropiarse todas aquellas riquezas, y la puso en ejecucion; pero en el momento en que puso el dedo en el gatillo, el hombrecillo se sumergió y desapareció; un momento despues volvió á la superficie y dijo al cazador:

—Si me hubieras pedido estas perlas, este ámbar y este coral, te lo hubiera dado, y te hubieras hecho rico para siempre; pero has querido cogérmelo con mi vida, maldito seas. Y el cazador permaneció siempre pobre, asi como su posteridad.

De este modo apareció el enano del lago ann otras dos ó tres veces: se hicieron pesquisas para saber por qué época habia ido al pais. Un aldeano refirió entonces que habia oido contar á su padre que su abuelo le habia dicho que, cuando era jóven, un enano, habia ido por la noche á pedir hospitalidad á su padre: su padre, que era leñador, le habia dado la mitad de su cena, pero despues de cenar, como no tenia cama ni ann para sí, le habia ofrecido, ó quedarse con él en la habitacion donde estaban, ó ir á dormir á la granja, donde encontrarían buen heno para tenderse en él. El enano le contestó que no se inquietara por él, que encontraría donde alojarse perfectamente; y que dicho esto habia salido. El aldeano le acompañó hasta la puerta de su choza, y le vió alejarse en direccion de una fuente, del centro de la que salian gigantescos juncos. Como la luna daba algo de claridad, le vió bajar á la fuente y desaparecer entre los juncos, pero creyó que habia visto mal, no pudiendo figurarse que una criatura humana prefiriese una cama de agua helada á un buen lecho de heno. No obstante, como lo que habia visto le parecia muy extraordinario, se levantó al amanecer para ver lo que habia sido del hombrecillo, y llegando á su puerta, le vió salir de los juncos donde se habia metido la vispera por la noche; pero, cosa estraña, ni un hilo de su vestido se habia mojado, y estaba tan seco desde la cabeza á los pies como si hubiese pasado la noche en una sarten puesta al fuego.

Entonces el aldeano le manifestó la sorpresa que le causaba lo que veia, pero el hombrecillo se echó á reir, y le respondió que nada habia en ello de admirable, puesto que era un hombre de las aguas. El aldeano le preguntó, siendo asi, qué iba á hacer á la tierra. El enano refirió al aldeano que habia nacido en un lago en lo interior de un pais que toca al polo y que se llama la Groenlandia. Que se habia casado allí con una Ondina á quien amaba mucho; pero como aquella Ondina era muy caprichosa y le agradaba mucho jugar en la yerba de las praderas y recoger flores á orillas del lago, placeres de que allí estaba privada durante nueve meses del año, porque en esos nueve meses la tierra estaba cubierta de nieve, le habia atormentado frecuentemente

para que buscarse una comarca mas dulce y mas próxima al sol, diciéndole que si la obligaba á quedarse en aquella horrible Groenlandia, se escaparía algun día é iria á buscar para establecer su mansion algun bello y limpio lago, de cielo azul y bellas riberas. Pero aquella Groenlandia que detestaba la Ondina era la patria del pobre enano. La amaba como se ama á la patria, y respondió que no queria abandonarla. A consecuencia de esto un dia que volvía de buscar coral para hacer un collar á su Ondina, se encontró con que habia desaparecido; la Ondina habia cumplido su amenaza, habia huido. Desde entonces se habia dedicado á buscarla y habia visitado todos los lagos de la tierra, desde el lago Ontario en América, hasta el lago de Genezareth, en Siria. Pero en ninguna parte habia vuelto á ver á su muger, no le quedaba ya mas que el Mummelsee, y si la Ondina no estaba allí, se habia perdido. Iba, pues, al Mummelsee, cuando habia pedido la vispera hospitalidad al aldeano á quien acababa de referir su historia.

Entonces el aldeano, que habia tomado un gran interés en las tribulaciones del pobre hombrecillo de las aguas, le ofreció le guiaría su hijo hasta el lago, lo cual aceptó el enano con gran reconocimiento, atendiendo á que por la tierra andaba mal y no veia muy bien, mientras que en el agua nadaba como un sollo, y veia brillar una perla á mil piés debajo de él. Pusiéronse el jóven y el enano en camino, y caminando le refería el enano al jóven cómo el agua estaba mas poblada que la tierra; cómo el fondo de los lagos estaba tapizado de grandes pastos, en medio de los que pacian manadas de bueyes y vacas mansas, mas numerosas que las que cubren las fértiles montañas de la Suiza: cómo, en fin, habia allí, en las llanuras liquidas como en las llanuras de los hombres, ricos pescados. Pero estos pescados eran campos de perlas, de ámbar y coral, una sola de cuyas recolecciones enriquecía por toda su vida al cosechero que la hiciese.

Y discurriendo así, el jóven y el enano llegaron orilla del lago; el enano dió gracias al jóven, y le dijo le esperase junto al agua media hora, y que si pasado aquel tiempo no volvía, es que habia vuelto á encontrarse á su muger, y en este caso, vería subir á la superficie un saquito de piel que le enseñó; y que entonces podría coger aquel saco, y lo que contenía seria para él.

Dichas estas palabras, el enano se sumergió en el lago y desapareció.

A la media hora vió el jóven en la superficie del lago el saco de piel, le atrajo á sí con el gancho de su palo de montaña, y le abrió; el saquito estaba lleno de perlas, de ramas de coral y de pedazos de ámbar; que su padre fué á vender á Strasburgo, y con su valor compró magníficos prados, que desde aquella época conserva su familia.

Este era el pago de la hospitalidad, que el pobre leñador habia dado al hombrecillo de las aguas, el cual, habiendo, segun parece, encontrado á su muger en el Mummelsee, no ha dejado desde aquel momento el lago, que habita continuamente, pero en cuyas orillas por desgracia se presenta hoy mas rara vez que en otros tiempos.

Tenia yo gran deseo de verle, pero como me dijo mi conductor, meneando la cabeza, que seria una *casualidad* si yo le encontraba, continué mi camino, tanto mas, que á falta de él me quedaban por visitar la reina de un antiguo castillo que veia elevarse á mi izquierda, y que mi conductor se contentó con designarme bajo el nombre de las ruinas del Erable; he aquí la leyenda que ha dado lugar á este nombre.

Hacia ya doscientos años que el castillo no era mas que un monton de piedras desprendidas, y en medio de estas piedras habia nacido un magnífico arce, que muchas veces los aldeanos de las inmediaciones quisieron derribar sin poderlo conseguir, tan dura y nudosa era su madera. En fin, un jóven, llamado Wilhelm, fué á su vez á probar ventura; como los demas, y despues de haberse quitado su chaqueta, cogiendo una hacha que habia hecho afilar espresamente, dió en el tronco del árbol con toda su fuerza, pero el árbol rechazó el hierro como si fuera de acero. Wilhelm no se desanimó y dió el segundo golpe, el hacha fué rechazada de nuevo; en fin levantó el brazo, y reunió todas sus fuerzas, dió el tercer golpe, pero á este tercero, habiendo oido como un suspiro, levantó los ojos y vió delante de sí á una muger de veinte y ocho á treinta años, vestida de negro, y que hubiese sido completamente bella, si su palidez no hubiese dado á toda su persona un aspecto cadavérico que indicaba que hacia largo tiempo no pertenecía aquella muger á este mundo.

—¿Qué quieres hacer de este árbol? preguntó la dama Negra.

—Señora, dijo Wilhelm mirándola con admiracion, porque no la habia visto llegar, y no podia adivinar de dónde salia; señora, quiero hacer de él una mesa y dos sillas, porque me caso el San Martin próximo con Roschen, mi novia, á quien amo hace tres años.

—Prométeme hacer con él una cuna para tu primer hijo, respondió la dama Negra, y levantaré el encanto que defiende á este árbol contra el hacha del leñador.

—Os lo prometo, señora, dijo Wilhelm.

—¡Y bien, dá! respondió la señora.

Wilhelm levantó su hacha y del primer golpe hizo en el tronco una grieta profunda; al segundo golpe tembló el árbol desde su copa hasta las raíces; al tercero cayó enteramente desprendido de su base y rodó por el suelo. Entonces Wilhelm levantó la cabeza para dar

gracias á la dama Negra, pero la dama Negra habia desaparecido.

Wilheim no por eso dejó de cumplir la promesa que le habia hecho, y aunque se burlasen mucho de que hiciese la cuna para su primer hijo antes de verificado el matrimonio, se puso á la obra con tanto ardor y destreza, que antes que hubiesen pasado ocho dias, habia acabado una encantadora cuna.

Al dia siguiente se casó Roschen, y nueve meses despues, dia por dia, dió á luz un hermoso niño, que depositaron en la cuna del arce.

En la misma noche, cuando el niño lloraba, y su madre, desde su cama, le mecía en su cuna, se abrió la puerta de la habitacion, y la dama Negra se presentó en el dintel, llevando en la mano un ramo de arce seco; Roschen quiso gritar, pero la dama Negra se llevó su dedo á la boca, y Roschen, temiendo irritar la aparicion, quedó muda é inmóvil, con los ojos fijos en ella. La dama Negra se aproximó entonces al lecho con paso lento, y que no tenia ningun eco.

Llegando junto al niño, le unió las manos, suplicó un instante en voz baja, y despues de haberle dado un beso en la frente:

—Roschen, dijo á la madre toda asustada, toma esta rama seca, que es del mismo arce de que se ha hecho la cuna de tu hijo, guárdala con cuidado, y luego que tu hijo llegue á la edad de diez y seis años, métela en agua pura, despues, cuando esta rama haya echado hojas y flores, dála á tu hijo, y que vaya con ella á tocar la puerta de la torre del lado de Oriente, lo cual será para su felicidad y mi libertad.

Dichas estas palabras, dejando la rama seca en manos de Roschen, la dama Negra desapareció.

El niño creció y se hizo un hermoso mancebo; en todo lo que hacia, un buen génio parecia guardarle; de vez en cuando Roschen dirigía la vista á la rama de tu hijo, que habia puesto bajo el crucifijo, con los ramos de boj bendito de los domingos de Ramos. Y como la rama se secaba mas y mas, movía la cabeza, dudando que un ramo tan seco pudiese jamás dar ni hojas ni flores.

Sin embargo, el mismo dia en que su hijo tuvo diez y seis años, no dejó de obedecer el mandato de la dama Negra, y cogiendo el ramo de debajo del crucifijo, fué á colocarle en medio de un manantial de agua que corre por el jardin.

Al dia siguiente fué á ver el ramo, y la pareció que la sávia comenzaba á circular bajo su corteza; á los dos dias, vió apuntar los botones, al dia siguiente se abrieron, luego crecieron las hojas, aparecieron las flores, y á los ocho dias de estar la rama en el manantial, se diría que acababan de cogerla en el arce inmediato.

Entonces Roschen cogió á su hijo, le condujo al manantial, y le refirió lo que habia pa-

sado el dia de su nacimiento; el jóven, aventurero como un caballero errante, cogió la rama, é inclinándose ante su madre, la pidió su bendicion, porque queria tentar la aventura al instante mismo. Roschen le bendijo, y el jóven se encaminó inmediatamente hácia las ruinas.

Era el momento del dia en que el sol poniéndose en el horizonte hace subir las sombras de los sitios profundos á los mas elevados. El jóven, á pesar de ser valiente, no estaba exento de aquella inquietud que experimenta el hombre mas animoso en el momento en que va á afrontar un suceso sobrenatural é inesperado; al pisar las ruinas, latía su corazón con tal violencia, que se detuvo un instante para respirar. Se habia ocultado el sol completamente, y la oscuridad comenzaba á llegar al pie de las murallas, cuya parte superior daban los últimos reflejos del dia.

El jóven se adelantó, con su ramo de arce en la mano, hácia la torre de Oriente, y al oriente de la torre encontró una puerta, llamó á ella tres veces, y al tercer golpe se abrió la puerta y la dama Negra apareció en el dintel. El jóven dió á su pesar un paso atrás, pero la aparicion le tendió la mano, y con una voz dulce y rostro risueño:

—No tengas miedo, jóven, le dijo; porque este dia, es un dia de festin para ti y para mí.

—¿Pero quién sois, señora? ¿No puedo saber el servicio que os he prestado?

—Soy la señora de este castillo, replicó la fantasma; y como ves, nuestra suerte es la misma; él no es ya mas que una ruina, y yo una sombra. Jóven, yo fui desposada con el jóven conde de Windeck, que vivía á algunas leguas de aquí, en el castillo cuyos restos llevan aun su nombre. Despues de haberme dicho que me amaba, despues de haberse asegurado de que yo participaba de su amor, me abandonó por otra muger de que pasó á ser esposo; pero su dicha no fué de larga duracion. El conde de Windeck era ambicioso; entró en la liga contra el emperador, y fué muerto en un combate donde su partido fué vencido; entonces los imperiales se esparcieron por las montañas, saqueando, quemando los castillos de sus enemigos. El castillo de Windeck fué saqueado y quemado como los demás, y la jóven condesa huyó con su hijo en los brazos; pero rendida al punto de fatiga, cogió una rama de arce para ayudar su marcha. Habia visto de lejos las torres del castillo que habitaba yo, y como ignoraba lo que habia pasado entre su marido y yo, iba á pedirme hospitalidad; pero si ella no me conocía, la conocía yo; la habia visto pasar en una cacería, embriagada de amor, ardiente en el placer, seguida á lo lejos de apuestos jóvenes, que envidiosos de mi ingrato amante, la decían que era bella. Al verla, en lugar de sentir compasion hácia ella, como debia hacerlo una cristiana, se despertó todo mi

odio. La vi con alegría encorvada bajo el peso de su maternal carga, subir con los pies descalzos y destrozados á través del sendero pedregoso que conducia á la puerta de mi castillo. Pero bien pronto se detuvo en la plataforma que domina aquel estanque sombrío que ves; por un último esfuerzo, hincando su palo en tierra para apoyarse, tendió hácia mi sus dos brazos que sostenian á su hijo, y moribunda, se dejó caer sin fuerza y oprimiendo aun á su pobre niño contra su pecho. Yo entonces, bien lo sé, hubiera debido bajar de mi balcon, hubiera debido acercarme á ella, levantarla en mis brazos, sostenerla sobre mis hombros, conducirla á este castillo y hacer de ella mi hermana. Esto hubiera sido hermoso y caritativo á los ojos de Dios; si, lo sé, pero estaba celosa del conde, aun despues de su muerte. Quise vengarme en su pobre muger inocente de lo que yo habia sufrido. Llamé á mis criados, y les mandé la echasen de alli como á una gitana. ¡Ay! me obedecieron: los ví aproximarse á ella, insultarla, negarla hasta aquel lecho de tierra donde reposaba un momento sus fatigados miembros. Entonces ella se levantó loca, insensata, y cogiendo á su hijo en sus brazos, la vi correr toda desmelenada hácia la roca que domina el lago, subir á su cima, y despues dirigiéndome una terrible maldicion, precipitarse en el agua con su hijo. Lancé un grito: en aquel momento me arrepenti, pero era demasiado tarde. La maldicion de mi víctima habia subido hasta el trono de Dios. Habia gritado venganza, y venganza debia ejecutarse.

Al día siguiente, arrojando un pescador sus redes en el lago, sacó á la madre y al hijo, que permanecian abrazados. Como segun la relacion de mis criados habia atentado ella misma á su vida, el capellan del castillo se negó á enterrarla en tierra sagrada, y fué depositada en el sitio mismo donde habia metido en tierra su palo de arce; bien pronto aquel palo, que estaba verde aun, echó raices, y en la primavera siguiente, dió flores y frutos.

En cuanto á mí, devorada por el arrepentimiento, sin tranquilidad de día, sin descanso por las noches, pasaba mi tiempo rezando, arrodillada en la capilla, ó vagando alrededor del castillo. Poco á poco sentí debilitarse mi salud, y conocí que estaba afectada de una enfermedad mortal. Pronto una languidez irremediable se apoderó de mí y me obligó á guardar cama. Hicieron acudir á los mejores médicos de Alemania, pero todos movian la cabeza al mirarme, y decian: Nada podemos, la mano de Dios está sobre ella. Tenian razon, estaba condenada. Y el día aniversario del tercer año en que habia muerto la condesa, fallecí á mi vez. Me pusieron mi vestido negro, que siempre llevaba yo, á fin, como lo habia encargado, de llevar aun despues de mi muerte el luto de mi crimen; y como á pesar de lo culpable que yo era, me habian visto morir

como una santa, me dejaron en la capilla funeraria de mi familia, y colocaron sobre mí la piedra de mi tumba.

La noche misma del día en que me habian dejado alli, me pareció, en medio de mi sueño mortal, oír dar la hora en el reloj de la capilla. Contaba los golpes del mazo, y oí tocar doce veces.

A la última campanada, me pareció que una voz me decia al oído:

—Muger, levántate.

Reconocí la voz de Dios y exclamé.

—¡Señor! ¡Señor! ¿pues que no he muerto cuando creía estar para siempre jamás dormida en vuestra misericordia, vais á volverme en la vida?

—No, dijo la misma voz, no temas, no se vive mas que una vez; si, estás muerta ciertamente; pero antes de implorar mi misericordia, es preciso que satisfagas á mi justicia.

—Dios mio, ¡Señor! exclamé estremeciéndome, ¿qué vais á ordenarme?

—Vagarás, pobre alma en pena, respondió la voz, hasta que el arce que da sombra á la tumba de la condesa sea bastante completo para sacar de él tablas con que construir la cuna del niño que debe librarte. Levántate pues, de tu tumba, y cumple tu sentencia.

Entonces, con el extremo de mi dedo levanté la piedra que cubria mi sepulcro, y bajé pálida, fria, inanimada, y vagué así al rededor de mi castillo hasta que se oyó el primer canto del gallo; al punto, por mi misma, y como impulsada por un brazo irresistible, volví á entrar en esta torre, cuya puerta se abrió sola ante mí, y me tendí en mi tumba, cuya losa se cerró por sí misma. La segunda noche sucedió lo mismo, y todas las noches que siguieron á la segunda del mismo modo.

Esto duró cerca de tres siglos. Ví todos los años caer una á una todas las piedras del castillo, y brotar una por una todas las ramas del arce. En fin, del edificio y de las cuatro torres no queda ya mas que esta; en fin, el árbol creció y se robusteció hasta el punto de que ví aproximarse la hora de mi libertad.

Un día vino tu padre con el hacha en la mano. El arce que hasta entonces habia resistido al mas afilado acero, ablandado por mí; cedió al hierro de su hacha; por mi súplica hizo del tronco una cuna donde me metieron el día de tu nacimiento.

El Señor me ha cumplido su palabra, bendito sea el Señor, porque es poderoso y misericordioso.

El jóven se santiguó.

—Y ahora, dijo, ¿no me queda nada que hacer?

—Sí, respondió la dama Negra, si tal, jóven, os queda que terminar vuestra obra.

—Mandad, señora, dijo el joven y obedeceré.

—Cavad al pie del arce y encontrareis los huesos de la condesa de Windeck y su hijo; haced enterrar sus huesos en lugar sagrado, y cuando estén enterrados levantad la piedra de mi sepulcro, ponedme en la mano un ramo de boj bendito en la última Pascua, y haced cerrar definitivamente la losa, porque no la levantaré hasta el día del juicio final.

—¿Pero cómo reconoceré vuestro sepulcro?

—Es el tercero entrando á la derecha; además, añadió la dama Negra extendiendo hácia el joven una mano que hubiese sido perfecta sin su estremada palidez, mirad esta sortija, la reconoceréis en mi dedo.

Miró el joven y vio un carbunco tan puro, que iluminaba no solo la mano de la dama, sino también su bello y melancólico rostro, al que como á la mano, no se podía poner mas defecto que una excesiva blancura.

—Lo haré como deseáis, dijo el joven tapándose el rostro con su ramo, deslumbrado por los rayos que despedía el carbunco, y lo haré mañana por la mañana.

—Así sea! respondió la dama Negra.

Y desapareció como si la hubiera tragado la tierra.

El joven reconoció que acababa de pasar algo de extraño, retiró la mano de sus ojos y miró á su alrededor, pero estaba solo en medio de las ruinas, con su ramo de arce en la mano, frente á la puerta de la torre de Oriente, y esta puerta estaba cerrada.

El joven volvió á su casa, y refirió todo á su padre y á su madre, quienes reconocieron la mano de Dios en todo aquello; al día siguiente avisaron el cura de Achern para que fuese al sitio indicado por el joven cantando el *Magnificat*, mientras que dos sepultureros cavaban al pié del arce. A cinco ó seis pies de profundidad, como habia dicho la dama Negra, encontraron los dos esqueletos; los huesos de los brazos de la madre oprimian aun al niño contra los huesos de su pecho.

Aquel mismo día, la condesa y su hijo fueron inhumados en lugar sagrado.

Después al salir de la iglesia, el joven cogió de debajo del crucifijo un ramo bendito en la última Pascua, y llamando á dos amigos suyos, uno albañil y otro cerrajero los llevó á la torre de Oriente. Cuando vieron á donde les conducía, ambos compañeros vacilaron, pero el joven les dijo con tal confianza que obedeciéndole obedecian al mismo Dios, que no vacilaran y le siguieron.

Al llegar á la puerta de la torre, notó el joven que habia olvidado el ramo de arce con que habia llamado la vispera, pero creyó que su ramo bendito tendria el mismo poder; no se engañaba. Apenas tocó con el tiempo de la rama seca la maciza puerta, gi-

ró sobre sus goznes, como si un gigante la hubiese empujado, y se encontraron las escaleras francas él y sus dos compañeros.

Entonces encendió cada uno una antorcha de que se habian provisto de antemano y bajaron: al vigésimo escalon se encontraron en la bóveda.

El joven marchó directamente al tercer sepulcro, y llamó á sus dos compañeros para que le ayudasen á levantar la losa; otra vez vacilaron, pero su compañero les aseguró que lo que iban á hacer en vez de ser una profanacion, era un acto de piedad, y entonces uniendo los tres sus esfuerzos, descubrieron la tumba.

Encerrábase en ella un descarnado esqueleto en el que el joven dudó al principio conocer aquella hermosa dama que le habia hablado la vispera, y á la cual, como hemos dicho, no se podía poner otro defecto que una estremada palidez. Pero en los huesos de su dedo, vió brillar aquel carbunco tan magnífico que no habia otro semejante á él en el mundo; púsole pues en la mano el ramo bendito, y cerrando la piedra de la tumba, suplicó á sus dos amigos la cerraesen con la mayor solidez que les fuese posible. Los dos compañeros accedieron.

En esta tumba, que se enseña á los viajeros bastante temerarios para aventurarse bajo las ruinosas bóvedas de la capilla subterránea, es donde reposa la dama Negra, esperando el juicio final.

Y como hemos dicho aunque no queda resto alguno del árbol que le ha dado su nombre, esas ruinas, que se ven á la izquierda del camino saliendo de Achern, se llaman aun hoy las Ruinas del Arce.

Desde este punto hasta Kehl no ofrece el camino nada bastante curioso para detenerse en él. Kehl tiene de notable que aunque tan antigua como Strasburgo, siempre ha sido nueva; consiste esto en que de veinte y cinco en veinte y cinco años la queman y arrasan, y despues la reedifican para volverla á quemar y arrasar; y esto durará mientras haya una Francia y una Alemania en constante reaccion la una contra la otra: lo cual hace que Kehl esté siempre preparada, y que á pesar de ser prusiana mire con la mayor admiracion al rey Luis Felipe, ese robusto pilar de la paz europea.

Por Kehl se pasa al Rhin, en otro tiempo, cuando nosotros erámos protectores de la Confederacion, teniamos allí una magnífica cabeza de puente que parecia una obra avanzada de aquella bella fortaleza de Strasburgo, obra maestra de Vanbau, que la construyó en 1682, y que grabó en ella esta leyenda: *Servat et observat*; aquí se divide el rio en dos brazos: el primer puente es de barro, conduce á una isla, y cerca del camiuo se ve un monumento consagrado á Desaix. Este monumento consiste en una pirámide truncada, con bajos relieves

en sus costados. Es uno de esos sarcófagos sin importancia, que las ciudades consagran por órgano de su consejo municipal á sus grandes ciudadanos. Pero como no se encuentran muchos donde haya un nombre semejante al que en este se lee, nos detenemos y le saludamos.

Gracias á la aduana de Kehl, no entramos en Strasburgo hasta las siete y media de la tarde, lo cual me hizo dejar para el día siguiente mi visita á la catedral.

Mi compañero de viage me condujo á la fonda del Cuervo; habia permanecido allí ocho días al ir á reunirse conmigo á Francfort, y la habia hecho célebre con versos que Chepelle ó Bachaumont hubieran dado cualquier cosa, si los hubiesen conocido, por poderlos poner en sus viages.

Asi que fuimos recibidos como conocidos antiguos, y todos se apresuraron á nuestra llegada; el amo de la fonda dejó su partida de los cientos para salir á nuestro encuentro, y aun su misma pareja se levantó y fue á dar la mano á Gerard, quien le saludó con el nombre de general.

—Diablo, mi querido amigo, le dijo luego que nos hubimos sentado frente á un pastel de ligado de cerdo de rigor, flanqueado de un lado por un satchichon, y de otro por seis knatwurch. No sabia que tuviéreis tan buenos conocimientos en la ciudad libre de Strasburgo.

—¿El general, no es eso? quereis decir.

—Si, el general. ¿Y cómo se llama el general?

—El general Guarnicion.

—Aunque el nombre sea de los mas guerreros, y está muy bien apropiado al personage que le lleva, permitidme deciros que me es completamente desconocido.

—Es un nombre leal, y que si es desconocido en el resto de Francia, es muy venerado en Strasburgo.

—¿Y con qué motivo ha adquirido esa popularidad?

—Sacad vuestro relój, me dijo Gerard.

—¿Y bien? dije obedeciendo.

—¿Qué hora es?

—Las nueve menos cuarto.

—A las nueve el general Guarnicion se levantará, cogerá su sombrero y saldrá: es su hora, y el general es muy puntual. Entonces pedireis á vuestro huésped os refiera su historia, y os la referirá; entretanto, otra cuchara de del hígado de cerdo, y un pedazo de knatwurch.

Como no habia mucho que esperar, tuve paciencia; á las nueve menos cinco minutos, fui á colocarme en el dintel del comedor, desde donde veia hasta el salon de nuestro huésped. Al dar las nueve, como me habia dicho Gerard, se levantó el general, tomó su sombrero, me saludó y salió.

Me dirigí en seguida á nuestro huésped y

le supliqué me refriese la historia del general Guarnicion.

Hela aqui:

## EL GENERAL GUARNICION.

Era á fines de agosto de 1815, dos meses y medio despues de Waterloo. El general Rapp, que mandaba en gefe el ejército del Rhin, se habia visto obligado á retirarse á Strasburgo con dos divisiones de infanteria diezmadadas por las acciones que habia dado en su retirada, y los restos de dos ó tres escuadrones de caballeria que queria conservar á la Francia. Los aliados le habian perseguido hasta allí, y setenta mil hombres cercaban al reducido ejército del general, y amenazaban á Strasburgo con un sitio desastroso.

El 3 de julio, el principe de Wurtemberg habia ya anunciado al general Rapp un parlamentario para pedirle á nombre de Luis XVIII, que acababa de entrar en Paris, la entrega de la plaza de Strasburgo; pero el general pidió se le entregase la orden del rey, y como el parlamentario no tenia orden, le habia hecho volver á conducir hasta las avanzadas.

Estas intimaciones se renovaron el 4 y el 5, pero el 6, el general Rapp, impaciente de aquella insistencia, se puso á la cabeza de un puñado de hombres, y haciendo un reconocimiento de las posiciones austriacas, colocó muchos puestos, acuchilló fuertes destacamentos de caballeria, y se volvió á la plaza, despues de haber dado esta prueba de lo poco dispuesto que estaba á tratar con el enemigo.

Mas aun no podian convencerse de su resolucion, cuando dos dias despues, en un ataque de noche de la parte de Strasburgo, el general Rapp sorprendió y atacó á la bayoneta el campo atrincherado de los aliados, destruyó su caballeria, hizo prisioneros en la cama á muchos oficiales austriacos, y obligó vergonzosamente á muchos generales á huir en camisa. Trataron de hostigar á los nuestros en su retirada; pero los asaltantes fueron rechazados dos veces con mucha pérdida y completamente desorganizados. Las tropas francesas volvieron á entrar en el campo, despues de haber adquirido la seguridad de que tenian en frente fuerzas infinitamente superiores en número.

Seguióse á esto un convenio militar, que puso término á las hostilidades en todo el territorio del mando del general Rapp. En virtud de este convenio, el general austriaco Wolkmann se instaló en la plaza.

Pero renunciando á tomar por la fuerza á Strasburgo, resolvieron los aliados al menos sorprenderle. No lo habian conseguido con el acero, quisieron ensayar el oro. Un motin hábilmente dispuesto podia dar lo que una guerra leal habia dado, y acaso los agitadores serian mas felices que los soldados.

Por otra parte, la mitad de su obra estaba hecha. En medio de aquella gran derrota del imperio, una duda inquieta y terrible agitaba á todos los espiritus. Habia la firme creencia de que el emperador era invencible, y el emperador habia sido vencido. Era preciso pues, que le hiciesen traicion, traicion por sus generales, sus oficiales y sus soldados. ¿Por qué las tropas habian cesado de sostener la campaña? ¿Los enemigos eran veinte veces mas numerosos que ellos! ¡Bonita razon! Seguramente los gefes se entendian con los aliados.

He aqui lo que se decia en voz baja en los bivaques y en los salones, y lo que se dice muy bajo se oye muy lejos.

Mientras cada uno desconfiaba de todos, el conde Rapp recibió del gobierno real la orden de licenciar sus tropas, y enviar á cada hombre aisladamente y sin armas. Pero del sueldo de ningun modo se trataba. Se le envió ademas adjunta la orden de entregar á comisarios rusos diez mil fusiles del arsenal de Strasburgo. Júzguese de la agitacion y aun mas de la tristeza de los soldados. ¡Todos aquellos correos cambiados con los aliados, aquellas armas ocultamente trasportadas al campo del enemigo! ¡El general en gefe estaba, pues, ciertamente vendido á los austriacos! Habia, como se aseguraba, recibido de ellos dos millones por entregarles los franceses.

Rapp en tanto hacia inauditos esfuerzos por obtener del gobierno el sueldo de las tropas antes de licenciarlas, y no conseguia mas que 360,000 francos, cantidad despreciable que no se atrevia á ofrecerles á cuenta.

Entonces comenzó la sublevacion mas tranquila, el motin mas justo, el desórden mas regular, la insubordinacion mas respetuosa del mundo.

El 2 de setiembre por la mañana, el general en gefe, enfermo á la sazón, estaba en el baño. Entraron á decirle que cinco oficiales subalternos de diversos regimientos pedian permiso para hablarle á nombre de sus compañeros. Dió orden que los introdujeran.

—Mi general, dijo uno de los delegados, venimos para tener el honor de someteros una resolucion del ejército, concierne á la orden de licenciamiento.

Y leyó:

«En nombre del ejército del Rhin, los oficiales, sargentos y soldados no obedecerán á las órdenes dadas para el licenciamiento sino con las condiciones siguientes:

«Artículo 4.º Los oficiales, sargentos y soldados no dejarán el ejército sino despues

de haber sido pagados de todo lo que se les debe.

«Art. 2.º Saldrán todos el mismo dia, llevándose armas, bagages, y cincuenta cartuchos cada uno.

«Art. 3.º....»

El general Rapp no dejó terminar. No era mas fácil de acomodarse con sus oficiales que con los enemigos. Furioso, se lanza del baño, arranca el papel de manos del malhadado orador: ¡Condiciones á mí! ¡Ah! ¡me imponeis condiciones!...

Y los enviados tampoco le dejan acabar, y dan media vuelta y marchan á paso redoblado para dar cuenta á las tropas de la acogida poco graciosa del general en gefe.

Los sargentos y cabos en número de quinientos los esperaban gravemente en la plaza de armas. La relacion de los diputados es escuchada con calma. Luego se ve á aquellos quinientos hombres aproximarse, reunirse en grupos, cuchichear entre sí alguna cosa en voz baja. A los diez minutos se restablece el mas profundo silencio.

—Sargento Dalouzi, dice una voz.

Dalouzi, sargento del regimiento número 7.º de infanteria ligera, se adelanta. Es un hombre de treinta y cinco años, de buena fisonomia, sería é impasible, aptitud resuelta y solemne, hablar breve é imperturbable. Su boca no sonrie á menudo, su mirada no se asombra jamás.

—Sargento Dalouzi, por unanimidad de votos, sois elegido general en gefe. ¿Aceptais?

Dalouzi responde: Acepto el honor y el peligro. Vais á prometerme tres cosas: os abstendreis de todo desórden, respetareis las propiedades, protegereis las personas. Os juro por mi cabeza, que seréis pagados antes de veinte y cuatro horas.

Elévanse mil aclamaciones de júbilo. Dalouzi no pestañea. Impone silencio á los suyos con un gesto notable de dignidad, y sin embarazo, sin emocion, continúa:

—¡Mayor Garnier!

El tambor mayor del 38 sale de un grupo.

—Mayor Garnier, os nombro gefe de mi estado mayor.

¡Sargento Dupuis!

Vos llenareis las funciones de gobernador de la plaza.

¡Cabo, Simon!

Vos mandareis la primera division de infanteria.

¡Cabo Adonis!

Vos tomareis el mando de la caballeria.

En cinco minutos los regimientos tienen coroncles, los batallones y escuadrones gefes, las compañías capitanes. He aqui un estado mayor completo con galones y charreteras de estambre.

Entonces se toca generala. Infantería, caballería, artillería se dirigen en buen orden y á paso redoblado á la plaza de armas. Dalouzi da á reconocer á los nuevos gefes, y designa á los diferentes cuerpos los puntos de la ciudad que deben ocupar.

Por mas aceleradamente que acudió el general Rapp, no salió de su alojamiento á la cabeza de su estado mayor, sino cuando el estado mayor rebelde estaba ya en el pleno ejercicio de sus funciones usurpadas. Y ni aun dejaron tiempo á Rapp para salir de la plaza del palacio; porque por todas las calles que desembocaban en la plaza, salian las columnas corriendo, se colocaban precipitadamente en batalla, y cruzaban las bayonetas en cuanto el general intentaba pasar. Ocho piezas de artillería cargadas con metralla, obstruian formidablemente una de las salidas.

Decir la admiracion y el furor del conde Rapp cuando se vió de aquel modo inutilizado y aprisionado por sus propias tropas, seria seguramente difícil. Corria de un batallon á otro; pero su cólera se estrellaba contra la actitud sombría y resuelta de los soldados. Quería hablar, pero su voz era ahogada por los silbidos del pueblo, y sobre todo por las bocas de los agitadores. Se lanzó hácia un obus junto al que estaba un artillero con la mecha encendida.

—¡Miserable! ¿quieres matarme? Aplica la mecha: heme aquí á la boca.

El artillero arrojó su botafuego.

—¡Ah, general! dijo sencillamente, estaba yo en el sitio de Dantzick con vos.

No obstante, detrás de las filas inmóviles de los soldados mudos, continuaban los gritos y las provocaciones.

—Disparad... ¡he vendido al ejército!..... Disparad, pues...

Algunos jóvenes soldados extraviados apuntaban al general. El gefe de estado mayor Garnier se dirigió á él á todo escape.

—Mi general, ¡por Dios! retiraos; no espongaís inútilmente vuestra vida. ¿Qué podríais hacer? Estamos absolutamente decididos á hacer que nos paguen.... Asi volveos á palacio, y el general Guarnicion responde de todo.

—¿Quién es el general Guarnicion, si os agrada decirlo?

—Mi general, es nuestro nuevo general en gefe.

Tal era, en efecto, el nombre colectivo que acababa de adoptar ingeniosamente Dalouzi, para poner algo á cubierto su responsabilidad. Ulises habia dicho á Polifemo: Yo me llamo *Persona*. Dalouzi escudia á Ulises en toda la altura del hombre civilizado sobre el hombre primitivo. Dalouzi tenia el honor de pertenecer al siglo que debia ser el siglo del gobierno representativo y de la prensa. Estad seguros que Dalouzi hubiese respondi-

do orgullosamente al Cielope: Yo me llamo *Todo el Mundo*.—*Persona, Todo el Mundo*: hay cinco mil años entre esas dos palabras. *Persona, Todo el Mundo*, ¿no es en el fondo lo mismo?

Rapp sabia que su ejército no estaba inclinado al enemigo, y le repugnaba ser el enemigo para él. Se retiró al palacio. Al punto mil hombres de infantería, ocho escuadrones, y ocho piezas de artillería le signieron y tomaron la guardia exterior. Un batallon de granaderos fué á situarse en el patio, y se instaló guardia interior. Colocáronse sesenta centinelas de dos en dos en todas las escaleras, en todas las puertas y hasta en la de la alcoba del conde.

Por otra parte, Rapp estaba reemplazado maravillosamente: el general Guarnicion multiplicaba las órdenes como si no hubiese hecho mas que mandar toda su vida. Mandaba como un dictador; se le obedecia como á un amigo.

—Van á apoderarse del telégrafo y de la casa de moneda: levantar los puentes y nadie podrá comunicar con los puntos exteriores sin un permiso especial del gobernador de la plaza. Publicar la prohibicion, *bajo pena de la vida*, de entrar en los figones y tabernas. La misma pena contra los fautores de desórdenes, del saqueo y de la *insubordinacion*.—Se organizaron vivacs permanentes á las dos en las calles principales y en las plazas. Esto para los enemigos interiores. En cuanto á los enemigos exteriores, que se doble la linea exterior y los cuerpos de guardia de la ciudadela. Además, centinelas en las poternas del Mercado Viejo y del arrabal San Luis; no sé cómo el general Rapp podia abandonar estos puntos; ¡era una indiscrecion!—Comandante Adonis, haced decir al general austriaco Wolkman que no tiene absolutamente nada que temer, y poned un destacamento á su disposicion. Es preciso ser corteses, ¡diablo!

—Vos, mayor Garnier, id con un corneta al cuartel general de los aliados, é intimadles que si respetan la tregua, la guarnicion no se propasará á ningun acto de hostilidad; pero que si hacen la intencion de atacarnos, ó de meterse sencillamente en nuestros negocios de casa, los recibiremos poco fraternalmente.

—¡Y bien! coronel Seurhumé, ¿qué es eso? Parece que estais avergonzado.

—Perdonad, mi general, es que el fusilero Sebertre me ha llamado coronel postizo.

—¿Y bien?

—¡Y bien! Con vuestro permiso, mi general, le he hecho poner los grillos.

—Perfectamente.

—Si, perfectamente; pero en el momento en que yo decia: ¡Los grillos á ese insurrecto! me encontré frente á frente con mi coronel, el otro, el antiguo, el verdadero... quien me ha dicho llanamente: ¡Miserable! ¿Seria preciso

tambien hacer le pusieran á este los grillos?

—¡Diablo! dijo el general Guarnicion.

—¡Y bien! dijo despues de haber reflexionado, la cosa es muy sencilla: todos los generales, y todos los que tienen un mando de alguna importancia, están detenidos en su alojamiento hasta nueva orden. Cada uno de ellos será custodiado por soldados de un cuerpo distinto del suyo. Ténganse los mas minuciosos miramientos. Si algun gefe se insurrecciona, se le hará presente con suavidad que ante todo son la disciplina y la subordinacion militares, y que es deber suyo dar el ejemplo no quebrantándolas. No se obrará con rigor sino al último estremo.

A las doce del día habiéndose tomado bien todas las medidas de policia, y la seguridad interior y exterior perfectamente asegurada, el general en gefe Guarnicion cedió su puesto á Guarnicion el administrador. Constituyó á los señores furieles en comision de viveres, y á los señores sargentos mayores en comision de impuestos. Despues llamó al inspector de revistas y al recibidor general. El primero hizo un presupuesto aproximado de las cantidades necesarias para pagar lo atrasado, el segundo presentó el estado de su haber en caja. Entonces Dalouzi convocó el consejo municipal, y con esquisita política, suplicó al corregidor buscase los medios de realizar los fondos necesarios para extinguir aquella deuda.

Mientras los concejales discutian en el ayuntamiento, los ciudadanos temblaban en las calles, lo cual hacia avanzar mas las cosas. Preciso es decir que el ejército, despues de haber ejecutado diversos movimientos, marchas y contramarchas, se habia quedado inmóvil y como petrificado en los bivacs y en los puestos. Verdaderamente era aquello terrible, para el esposo ó el padre de familia. Las tropas estaban sobre las armas, sombrías, inertes é imponentes, sin hablar, sin moverse, era esa calma magestuosa y solemne que precede á la tormenta. Los soldados se habian convertido en estátuas. En vano los comerciantes, saludando, sonriendo muy amables, les hacian las promesas mas seductoras, les insinuaban paternales preguntas; un brutal «¡largó!» los hacia dar un salto de diez pasos.

Era preciso pues, transigir á toda costa, y los buenos habitantes que no soñaban mas que en el saqueo, matanza é incendio, consintieron al fin en adelantar las cantidades necesarias.

Guarnicion, habia sido mas diestro y mas persuasivo que Rapp.

Este envió entonces á su gefe de estado mayor cerca de las autoridades, para arreglar la reparticion del empréstito. Un cabo y seis hombres condujeron á este oficial al ayuntamiento, terminó allí sus cuentas, y volvió al palacio con la misma escolta.

A la noche, la alarma de los pobres habitantes de Strasburgo se calmó algo; multi-

plicadas patrullas circulaban por todas las calles, y la ciudad habia recibido orden de iluminar, á fin de que fuese mas facil ejercer una vigilancia severa. Al mismo tiempo que los habitantes se tranquilizaban, se humanizaban los soldados, porque el general-sargento habia hecho leer en todos los puestos esta proclama:

«Todo marcha bien. Los ciudadanos abonan. Los pagos van á comenzar.

«Firmado, GUARNICION.»

Al día siguiente, 2 de setiembre, intentaron los austriacos mezclarse en el drama para darlo animacion. Primero llega á galope á la plaza de armas un cazador de á caballo. Anuncia á Dalouzi que acaban de detener tres furgones cargados de oro, que pertenecian al general Rapp, quien los hacia salir bajo la proteccion de los austriacos. Estos tres carruages, añade, han sido conducidos al Puente cubierto, y he aquí el recibo que os traigo. ¡Venganza! El general Rapp nos ha vendido al enemigo; es un traidor. Es preciso fusilar á los traidores.

—Es muy justo, respondió Dalouzi. ¡Seis hombres y un cabo!

—¡Presente! dijo el general Simon adelantándose.

—¡Y bien! ¿qué es lo que haceis, general? ¿Estais loco que olvidais vuestro grado? Enviad seis hombres y un cabo, y que fusilen inmediatamente á ese honrado espía.

Dos horas despues, individuos con uniforme y vestidos con insignias de cabo y sargento, se presentan sucesivamente en el palacio, y engañando á la guardia interior y exterior, quieren usar de violencia para introducirse en la alcoba del general. Pero son rechazados, hechos prisioneros, y conducidos á lugar seguro.

Los soldados habian puesto sitio á su general, porque su general les incomodaba; pero se harian todos matar por defender su vida, porque le respetaban y le amaban.

Al medio día fueron á decir al general Guarnicion que por la mañana la línea enemiga habia estrechado sus acantonamientos y recibido refuerzos. La situacion se hacia cada vez mas grave, y la responsabilidad mas inmensa. Dalouzi conservó una magestuosa calma. Hizo aun reforzar la division exterior, dobló los grandes destacamentos, y esperó. El enemigo se estuvo quieto.

En tanto el empréstito se habia realizado. Los oficiales cajeros, siguiendo el orden numérico de su regimiento, fueron conducidos, bien escoltados, á casa del pagador general, y allí percibieron las cantidades necesarias para dar las pagas á su cuerpo; pero se les prescribió no efectuasen los pagos individuales hasta que todos los regimientos hubiesen percibido su haber.

Las funciones temporales del general Guarnicion tocaban á su fin; pero no permitió que se relajase en lo mas mínimo la mas rigurosa disciplina; y á las tres quiso recorrer por sí mismo la ciudad, á la cabeza de su estado mayor improvisado.

Para pintar este estado mayor, seria preciso el lápiz de Charlet. Todos estaban montados, pero Dios sabe cómo; ¡Mazeppa tambien iba á caballo! Los unos alargaban las piernas en arco, y no se mantenian asi sino á fuerza de puños; los otros no iban sentados, sino tendidos. Los pantalones de muchos descubrian la rodilla, convirtiéndose en calzones cortos. Todos los rostros estaban pálidos ó encendidos, segun los temperamentos. Dalouzi, derecho, tieso, mordiéndose sus labios, conservaba su presencia imponente y su aire senatorial.

Tenia motivo para estar contento: por todas partes hallaba la tranquilidad mas completa, el orden de uua colmena, el silencio de un claustro. A su paso, se batian cajas; y se le hacian todos los honores debidos á un general en gefe. El bravo sargento estaba algo deslumbrado, embriagado, preciso es decirlo. Su frente estaba tranquila, pero bajo aquella frente fermentaban tumultuosos pensamientos. Habia hecho en fin, lo que el general Rapp no habia podido hacer: se habia servido poderosamente de la sedicion para arreglar la sedicion; habia vencido la tempestad con la tempestad. Ejecutó la voluntad de todo un ejército. Al menos recibian sus camaradas la débil indemnizacion de su sangre derramada y sus heridas; tendrian con qué hacer su viage y retirarse á sus hogares. Dalouzi era quien habia hecho todo esto, conteniendo al mismo tiempo con su firmeza á un enemigo dispuesto á aprovecharse de sus faltas. Ciertamente un mariscal de Francia no hubiese demostrado mas sangre fria, orden y energia. ¡Tan notable capacidad en un sargento! El gobierno lo sabria, y ¡quién sabe!... Una música guerrera mecia aquellos sueños y llevaba el compás á aquellas ambiciosas ideas, y Dalouzi no podia decir si era Rapp quien le habia usurpado su puesto, y si no entraba él en triunfo en sus honores y dignidades leítimas.

Pero, al dia siguiente, estos últimos vestigios de la humanidad hubieran desaparecido en el alma modesta y honrada del buen sargento.

A las nueve de este dia, habiendo terminado la reparticion de los fondos, se oyó tocar generala, el ejército se reunió, retiró sus puestos, levantó el sitio del palacio, y se dirigió á la plaza de armas. Dalouzi acompañado de su estado mayor, hizo colocar las tropas en batalla, mandó el silencio con un gesto *histórico*, como diria San Simon, y leyó la proclama siguiente:

«Soldados del ejército del Rhin.

«El paso atrevido que acaba de darse por vuestros gefes subalternos, para obligar á que se os haga justicia y para la perfecta solvencia de vuestras pagas, los he comprometido para con las autoridades civiles y militares. En vuestra buena conducta, vuestra resignacion y escelente disciplina, esperan encontrar su salvacion: la actitud que habeis conservado hasta hoy es de ello la mas segura garantia. Ellos esperan que no la desmentireis. Soldados, los oficiales cajeros tienen en sus manos todo lo que se les debe; la guarnicion volverá á entrar en su primera plaza; los puestos continuarán hasta que el general en gefe dé las órdenes competentes. Luego que se verifique la entrada, los sargentos mayores y los cuartel-maestres irán á casa de sus respectivos oficiales pagadores, y tomarán, antes de pagar á la tropa, las órdenes de los señores coroneles, á fin de hacer la retencion á quien corresponda. La infanteria debe ser licenciada: tomará órdenes superiores; y la caballeria, no teniendo aun ninguna orden, esperará su suerte, á fin de entregar al menos, antes de marchar, caballos, armas, y todo lo que pertenece al gobierno. Y se podrá decir:

—Son franceses; han servido con honor; se han hecho pagar lo que se les debia, y se han sometido á las órdenes del rey con el bello titulo de ejército del Rhin.»

—Y ahora, añadió el general Guarnicion, haced prevenir al general Rapp que puede venir á pasar revista á su ejército.

Y el sargento Dalouzi fué á colocarse entre filas detrás de su compania.

Dos horas despues dejaron las armas en el arsenal, y todos los cuerpos fueron licenciados. Dalouzi, gefe de motin, habia incurrido en la pena capital: el ministro le dió la charretera de subteniente.

Pero como la paz amenazaba prolongarse indefinidamente, en cuanto tuvo el tiempo exigido para el retiro, el buen sargento pidió su licencia y volvió á la vida privada, no conservando de sus honores pasados mas que el titulo honorario de general.

Así es, como se ha visto, como se le llama aun generalmente en la ciudad libre de Strasburgo.

Con esto, perfectamente satisfecho de la narracion de mi huésped, nos despedimos de él, fuimos á acostarnos, y dormimos como verdaderos alsacianos.

Al dia siguiente, á las nueve de la mañana, estaba yo delante de la catedral de Strasburgo.

Era aquello lo mas hermoso que habia yo visto en todo mi viage. Por lo cual no intentaré describirlo, sino que invitaré sencillamente á mis lectores á que la vean, como la octava maravilla del mundo.



# ÍNDICE.

---

	PAGS.		PAGS.
Bruselas. . . . .	4	Marceau. . . . .	92
Waterloo. . . . .	44	San Goar. . . . .	97
Amberes. . . . .	45	El Lore-Lei. . . . .	99
Gante. . . . .	24	Mr. de Metternich y Carlo-Magno. . . . .	404
Brujas. . . . .	28	Francfort. . . . .	440
El jubileo de 850 años. . . . .	36	La calle de los Judios. . . . .	442
Fonda de Albion. . . . .	38	Escursion. . . . .	445
Lieja vista durante el almuerzo. . . . .	40	Manheim. . . . .	449
El banquete de Warfusée. . . . .	47	Karl Ludwig Sand. . . . .	423
Aix-la-Chapelle. . . . .	53	La casa de correccion. . . . .	426
Las pequeñas y las grandes reliquias. . . . .	56	La ejecucion. . . . .	430
Los dos jorobados.—El Frankenberg.— La calle de los Duendes. . . . .	58	El doctor Widemann . . . . .	434
Colonia. . . . .	64	Heidelberg. . . . .	436
La catedral. . . . .	64	Carlsruhe. . . . .	440
El padre Clemente. . . . .	66	Pedro de Stauffenberg. . . . .	444
Los siete pecados capitales. . . . .	69	Baden-Baden. . . . .	449
El Rhin. . . . .	75	Turena. . . . .	453
La Drakenfels.—Coblentza. . . . .	83	El general Guarnicion. . . . .	459

---

# INDICE

PAGS.

82	Marsano
83	San Juan
89	El Loreal
104	M. de Mettenich y Carlo Magno
110	Praxdorf
112	La calle de los toros
118	Escursion
119	Mantelina
122	Karl Ludwig Sand
128	La casa de correction
130	La eleccion
132	El doctor Wisemann
138	Heidelburg
140	Darwin
142	Pedro de Scharfberg
143	Baden-Baden
152	Torona
159	El general Garrison

PAGS.

83	La Baskonia—Coplanta
84	El Rhin
85	Los siete pecados capitales
86	El padre Clemente
87	La catedral
88	La calle de los buendes
88	Heidelburg
88	El doctor Wisemann
88	La eleccion
88	La casa de correction
87	Karl Ludwig Sand
86	Mantelina
86	Escursion
86	La calle de los toros
85	Praxdorf
84	M. de Mettenich y Carlo Magno
83	El Loreal
83	San Juan
82	Marsano

